This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

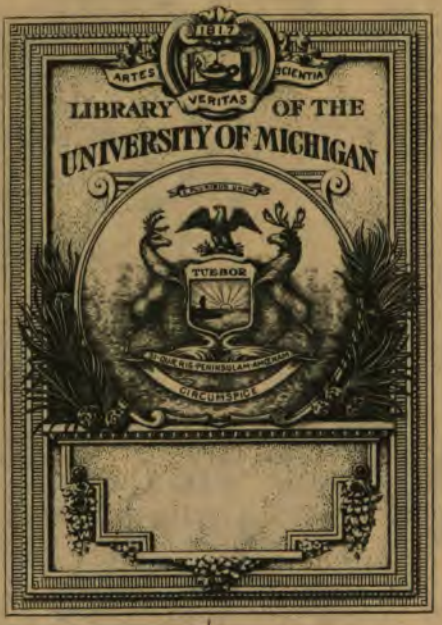
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



THE GIFT OF

Sociedad Española

860.8
T26

EL AVARO DE SU AMOR.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

Teatro español. 5

EL AVARO DE SU AMOR,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL ROMERO DE AQUINO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Martin, en la noche del 4 de Noviembre de 1873.

C. C.

Número 12.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
CELIA.....	Srta. Torrecilla.
DON JULIAN.....	Sres. Rodriguez (D. Franc.).
DON JUAN.....	Rodriguez (D. Alberto).
DIEGO.....	Ruiz Cámara.
DON LUIS.....	Fraile.
CLARIN.....	Calvacho.
CEBOLLEDO.....	Galé.
LILO.....	Masferrer.

La escena en las cercanías de la Córte. Siglo XVI. Reinado de Cárlos V.

Esta obra es propiedad de D. Cárlos Calvacho, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Gaiff
Sociedad Española
L 26339
8-3-33

EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO HURTADO.

Acoja usted benigno, mi querido maestro, este primer ensayo dramático, que con todo corazon le dedica

El autor.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Julian; en el fondo izquierda puerta de entrada; á la derecha un gran balcon ó galería que se supone dar al huerto; en el centro un gran retrato de mujer; puertas laterales; la de la izquierda, habitacion de D. Julian; á la derecha otras dós; la primera, habitacion de Celia; la segunda deberá ser una verja. Grupos de armas en las paredes; en primer término una mesa, al lado un sillon; otro sillon á la derecha; muebles al estilo del siglo XVI.

Al levantarse el telon sale Clarin de la habitacion de Celia y se dirige sigilosamente al fondo, desde donde hace señas llamando á D. Juan.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, CLARIN.

CLARIN. Nadie nos ha visto entrar;
ahuyentad vanos recelos.
JUAN. Has visto á Celia?
CLARIN. Más bella
la ví há poco que un lucero.
JUAN. Y al verte?...
CLARIN. Debió cegar.
JUAN. Cómo?
CLARIN. Pensó que era un sueño,
un fantasma, ó un...

JUAN. ¡Qué dices?
No quiero que vuelvas... necio...
CLARIN. Clarín soy!...
JUAN. Á tus locuras
ni gracias.
CLARIN. Ya estoy más serio
que fué valiente Roldan
y fué galan Gerineldos.
JUAN. Dudó al verte, no te espantes,
que así como suele el sueño
parecer verdad, á veces,
Clarín, realidades vemos
que sueños se nos figuran;
y así no te espantes viendo
sueños como realidades,
realidades como sueños!...
CLARIN. Cierto que no usaba en Flandes
tan bellísimos concetos.
JUAN. Dijo que vendrá?
CLARIN. Volando.
JUAN. Viste á Diego?
CLARIN. He visto á Diego.
JUAN. Y él te vió?
CLARIN. Pues si me viera...
JUAN. Bien dices.
CLARIN. Adios misterio.
JUAN. Y mi padre?
CLARIN. Oh! vuestro padre...
JUAN. Aguarda, Clarín.
CLARIN. Qué es ello?
JUAN. Celia llega.
CLARIN. Ó tal vez otro...
JUAN. No; si no estuviera cierto
de que ella viene á este sitio
donde impaciente la espero,
me lo anunciáran bien claro
los latidos de mi pecho!...

ESCENA II.

DICHOS, CELIA.

JUAN. Celia!
CELIA. Don Juan!
JUAN. Vida mia!
Ah! que no es, hazme ver,
quimera tanto placer,
ni sueño tanta alegría.
Tú que luz prestas al dia,
hazme escuchar tu suspiro:
pienso al verte que deliro,
y ántes que el pesar me venza,
haz, por Dios, que me convenza
de que te escucho y te miro!...
CELIA. Un año lejos de aquí!!..
un año sin decir nada!...
JUAN. Un año que mi menguada
estrella lejos de tí
me ha tenido! Un año, sí...
(Aún tiemblo cuando me acuerdo.)
pasé en loco desacuerdo
siempre esperando la muerte,
sin mayor mal que no verte,
ni más bien que tu recuerdo!
(Clarin en tanto va de un lado á otro de la escena vigilando como quien teme se acerque álguien.)
CELIA. Un año que hasta las flores
del huerto tristes estaban;
mustias, porque las regaban
los llantos de mis amores!
Año de pena y dolores
por el temor de perderte,
año que en mísera suerte
las horas se han sucedido,
temiendo en unas tu olvido,
llorando en otras tu muerte!
JUAN. Olvidarte, vida mia!
Pues si la vida olvidára,
entónces qué recordára,

Celia, ¿qué recordaría?
Tú eres toda mi alegría,
y si es mi vida adorarte
¿cómo pudiera olvidarte?
Muy mala eleccion tuviera
si de no amarte muriera,
pudiendo morir de amarte.
Cuando mi suerte tirana
me tuvo lejos de tí,
no vistes un ave, dí,
que al despuntar la mañana
se posaba en tu ventana?
Yo te enviaba al cantor
para calmar tu dolor
y aminorar tus quebrantos,
y eran sus sonoros cantos
mis juramentos de amor.

CELIA. Ah!

JUAN. ¿Por qué dulde inhumana,
des que tuve que dejarte,
no corriste al levantarte
anhelosa á tu ventana?
el aura de la mañana
te aguardaba allí impaciente,
pues traía dulcemente
entre sus revueltos giros,
á tu oido mis suspiros
y mis besos á tu frente!...
¿Cómo poderte olvidar?
cómo olvidarte, bien mio,
si sólo en el mundo ansío
el bien de poderte amar?
si muero al dulce pesar,
vida mia, de adorarte,
más muriera de olvidarte;
y mala eleccion tuviera,
si de no amarte muriera,
pudiendo morir de amarte.

CELIA. El cielo te hizo venir
para calmar mis dolores!..

CLARIN. Sí, pero basta de amores,
que si os aciertan á oir...

JUAN. (Á Clarin.) Nada tienes que decir,
qué me ocultas? (Á Celia.)
CELIA. Nada!
JUAN. No?
tendré que decirte yo
lo que há un año me dijiste?
CELIA. No acierto!...
JUAN. ¿No me escribi
un pliego?
CELIA. Sí!...
JUAN. Á mí llegó,
y aquí está. (Sacándole.)
CLARIN. Bien le guardaste.
JUAN. Calla.
CLARIN. Callo.
JUAN. (Leyendo.) «Á mí don Juan:
»guarda de que don Julian
»sepa que no me olvidaste;
»que si hasta Flandes llegaste
»y él partir te permitió,
»fué porque no supe yo
»ocultar cuánto me amabas.»
(Hablado.)
Ya ves que si me ocultabas,
ya ves que olvidabas...
CELIA. Oh!
qué extraño si se me olvida,
al pesar acostumbrada,
por el bien de tu llegada
el dolor de tu partida?
JUAN. ¿Celia, acaso mi venida
calma nuestro padecer?
CELIA. ¿Viste á padre?
JUAN. No; hasta ver
cómo acallar sus rigores!...
CELIA. Qué intentas?
JUAN. Cuando tus flore.
riegues al anochecer,
Celia, si tu amor es cierto,
en ello has de consentir...
CLARIN. Señor, que van á venir.
JUAN. Vive Dios! (Echa mano á la espada.)

CLARIN. Dóime por muerto,
pero vamos.
JUAN. (Á Ella.) En el huerto
tengo de hablarte!
CELIA. (Sorprendida.) Don Juan!...
JUAN. Tan sólo así á nuestro afan
poner remedio podremos...
CELIA. Mas...
JUAN. Qué dudas?
CLARIN. Acabemos,
mirad, señor, que vendrán.
JUAN. Estarás?
CELIA. Allí estaré!...
JUAN. Qué tienes?
CELIA. No sé qué siento,
no sé qué presentimiento,
qué temores, no sé qué.
CLARIN. No sabes? yo sí lo sé;
que se acercan, ¡vive Dios!
y aquí os cogen á los dos
y se nos agua la fiesta.
JUAN. (Llevando á Celia hasta su habitacion.)
Que estarás fué tu respuesta.
CELIA. Allí estaré.
JUAN. Adios!
CELIA. Adios!
(Salen D. Juan y Clarin por el fondo.)

ESCENA III.

D. JULIAN.

Sale por la izquierda con un pliego en la mano.

JULIAN. (Leyendo.) «Y ya que os digo quién soy
»y conoceis la pasion
»que abrasa á mi corazon
»por ella, á pediros voy
»por esposa á vuestra hija,
»no dudo que á ello se avenga...»
(Tirando sobre la mesa el pliego.)
No hay dolor que yo no tenga

ni pena que no me aflija.
(Mirando el retrato.)
Caro me cuesta el amor
que á tu hija prometí;
no tendrás queja de mí,
desventurada Leonor!
Si donde quiera que estés
gozando de Dios, hermana,
miras mi suerte tirana
y mi sentimiento ves;
si ves mi pena prolija
y que con mi tierno afan
al amor de mi don Juan
antepuse el de tu hija,
ruega al cielo desde ahí
dé más paz á mi existencia,
que siento que mi conciencia
se revela contra mí!...
Ruega, hermana, tantos son
tan grandes, que mis enojos
me hacen verter por los ojos
gota á gota el corazon!!...
(Viendo y tomando el pliego.)
Me pide á Celia!... ay de mí!
Cierto, cielos, que pequé...
mas cielos! tanto no fué
para castigarme así...
Necio, he vivido engañado
buscando á mi mal consuelo
porque le ha negado el cielo
tanto bien al desgraciado!
Que del amor y el dolor
bajo la fuerte cadena,
gozarse de la misma pena
es el consuelo mayor!!...
(Apoya la cabeza sobre las manos. Aparece Diego en el fondo y se aproxima lentamente á él.)

ESCENA IV.

D. JULIAN, DIEGO.

DIEGO. (Despues de una pausa.)

Cómo os encontrais, señor!...
JULIAN. Ya lo ves!... no puedo más!!...
DIEGO. Don Julian!
JULIAN. ¿Qué me dirás
que mitigue mi dolor?
DIEGO. Quién sabe...
JULIAN. Diego, estoy cierto,
cierto que don Juan no vive;
quien en un año no escribe
á su padre es porque ha muerto.
DIEGO. Perdida veis vuestra calma
por negaros á escuchar...
JULIAN. Diego! ¿vienes á irritar
las heridas de mi alma?
Si don Juan partió á la guerra
con su obligacion cumplió;
él quiso partir... y yo...
que abandonase esta tierra!
Si en vez de glorias allí
don Juan encontró la muerte,
culpa á su menguada suerte
mas no me culpes á mí:
á mí que voy con afan
tristes las horas contando,
y van pasando... pasando
sin noticias de don Juan.
Servir á la patria es ley,
y aunque dejar de existir,
no es tanta muerte morir
por su patria y por su rey!...
DIEGO. La patria... el rey... vive Dios!
perdonad mi juramento;
pero no sé lo que siento
cuando tal siento de vos.
Palabras que algunos locos
no ven... en el mal no duchos,
que son perjuicio de muchos
en provecho de unos pocos.
Mientras en estrecha ley
tantos valientes perecen
por conqnistar .. lo que ofrecen
á la codicia del rey;

mientras que con sobrehumano
esfuerzo allí combatiendo,
van con su sangre tiñendo
los dominios del tirano;
latiendo sus pechos fieles
al clamor de los clarines,
derrochan aquí en festines
el precio de sus laureles;
y á aquel que tanto merece
por su fe y por su valor,
ni el rey le premia, señor,
ni la patria le agradece!

JULIAN. Calla!

DIEGO. Tambien necio fuí!
mis buenos tiempos pasé
en guerra, y lo que logré
á vos sólo lo debí!

JULIAN. En verdad, Diego, en verdad
que escuchándote estoy viendo
que á la postre vas perdiendo
tu más bella cualidad!
Ciego atropellas por todo,
y miro cuando te escucho,
que piensas que sabes mucho
y lo ignoras, Diego, todo!

DIEGO. No he de hablar si estoy deshecho!...
tan valiente!... tan galan!!...

JULIAN. Diego! hablando de don Juan
me estás desgarrando el pecho!
(Despues de una pausa.)
Y... Celia!

DIEGO. La desgraciada
siempre en su dolor sumida.

JULIAN. Sí!!...

DIEGO. Flor apenas nacida
ya por el dolor ajada!...
Celia y don Juan...

JULIAN. (Levantándose irritado.) No hables más
de ese amor ¿oyes? ni en chanza!
si quieres mi confianza
tener siempre, Diego; estás?...

DIEGO. Seguro de que os inquiete

podeis estàr!

JULIAN. Eso quiero;
dile á Celia que la espero.

DIEGO. Mandais más?

JULIAN. Nada más; vete.

ESCENA V.

D. JULIAN, pensativo.

Sí; me importa conocer
si Celia dijo á ese hombre...
y si no... juro á mi nombre
que... sé lo que debo hacer.

ESCENA VI.

CELIA, D. JULIAN.

CELIA. Llamais, señor?

JULIAN. Sí por Dios:
y ya que juntos nos vemos,
ocasion es de que hablemos
muy seriamente los dos.
Y mal podremos hablar
si ántes no enjugas tu llanto...
Celia! ¿por qué lloras tanto?
¿qué adelantas con llorar?
Ten al viejo compasion,
porque aumenta mis enojos
ver siempre el llanto en tus ojos
y el luto en tu corazon!
Verte llorar es morir;
no llores pues, hija mia.

CELIA. Si este llanto es de alegría...
(Ap.) (Cielos! ¿qué iba yo á decir?)

JULIAN. (Con extrañeza.)
Alegre estás? (Ap.) (Ahora muda!
(Pensativo.) Si será verdad... qué es esto?
preciso es saberlo presto,
porque me mata la duda.)
Dí, por aquí tiene amores

cierto hidalgo...

CELIA. Yo... no creo...

JULIAN. Todas las tardes le veo
por estos alrededores;
con prudencia tan escasa
y tan contínuo mirar,
que he llegado á sospechar
que se dirige á esta casa.
Tú... no le conoces?

CELIA. No!

JULIAN. No le has visto nunca?...

CELIA. Ah! sí;
le he visto una tarde... ahí!...

JULIAN. Dónde suelo verle yo,
verdad, Celia?

CELIA. Aquella tarde
estaba yo en mi ventana.

JULIAN. Alguna frase galana
dijo acaso?

CELIA. (Con disgusto.) Haciendo alarde
de su figura!

JULIAN. Y qué hiciste?

CELIA. Cerré y vine aquí!

JULIAN. Bien hecho!

CELIA. No hay otra sombra en mi pecho
que la de don Juan!

JULIAN. ¿Dijiste
esa sola?

CELIA. No por Dios,
y si tal dije mentí,
que siento otra sombra aquí,
y esa sombra es la de vos.
Vos mi padre, él mi galan;
ingrata y perjura fuera
si mi amor no repartiera
entre vos y entre don Juan!

JULIAN. Amas á don Juan!...

CELIA. Señor,
casi desde que nací;
me cupo la suerte á mí
de ser su primer amor!...
Crecimos juntos; hermanos

nos llamaban, lo creimos,
y nuestras vidas unimos
al enlazar nuestras manos.
Del campo nuestra alegría
gozábamos la frescura,
y del bosque en la espesura,
con su dulce melodía,
cantaban los ruiseñores;
y tanto y tanto cantaron,
que al cabo nos enseñaron
á entender en mal de amores!
Pasaron sin más enojos
los años, ni más sucesos,
hasta una vez que sus besos
me hicieron bajar los ojos!
Qué sentí entónces? no sé;
más luz, más aire, más vida,
no sé qué desconocida
delicia experimenté;
yo indiferente miraba
la flor, las fuentes, las aves;
las frescas auras suaves
indiferente aspiraba;
más ay! que llegó aquel dia
y eché de ménos mi calma,
y sentí dentro del alma
tan dulcísima armonía,
tan nunca sentido encanto,
que ya no ví indiferente
ni el murmurar de la fuente,
ni del ave el dulce canto,
ni el dulcísimo lamento
de las perfumadas flores
cuando vierten sus olores
que airado les roba el viento;
todo dulcemente hablaba;
todo murmuraba amor:
el ave, el aura, la flor,
la fuente, cuánto miraba!
De entónces en loco afan
fueron las horas pasando;
él en su Celia pensando,

yo soñando en mi don Juan!
Pintaros nuestra pasion
fuera inútil intentarlo;
que ni sé cómo explicarlo,
ni encuentro comparacion:
nunca os la podré hacer ver,
que en esto las fuerzas ceden,
todo cuanto amarse pueden
un hombre y una mujer!!...

JULIAN. (Despues de una pausa.)
De amor vencida en la lucha
te he visto, Celia, soy viejo....
y quiero darte un consejo...

CELIA. Decid...

JULIAN. (Le toma una mano.)
Seré breve; escucha.
Una rosa se mecía
sobre su tallo galana,
y el aroma que esparcía,
ufana la recogía
el aura de la mañana.
Poco más lejos se mece
una dalia entre otras flores,
como de aroma carece
esa belleza que ofrece,
debe sólo á sus colores.
Es la mujer una flor,
rosa, y dalia puede ser;
es su aroma su candor,
más ¡ay! Celia! qué dolor
cuando lo llega á perder!....

CELIA. Y qué me quereis decir
con esa comparacion!

JULIAN. Que dando con tu sentir
tanta vida al corazon
pudiera el alma morir.
Qué flores son tus amores;
é inocente no imaginas,
que andando siempre entre flores,
pudieran en sus espinas
enredarse tus candores!...
Celia, don Juan... estoy cierto

casi... valiente y altivo...
quién sabe!...

CELIA. (Con resolucion.) Cuando yo vivo!...
señal es de que él no ha muerto!...

JULIAN. Yo tambien tuve ilusiones,
más con tan negra fortuna,
que fuí perdiendo una á una
las más gratas. Corazones
que acariciando un engaño
dulce, os miro dormitar,
triste será el despertar,
si os despierta el desengaño!...

CELIA. Desengaño! tal dolor
no pudiera resistir.

JULIAN. (Por qué le dejé partir?
hijos del alma!!...)

ESCENA VII.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. (Desde el fondo.) Señor!

JULIAN. Qué buscas, buen Diego aqui?

DIEGO. Llama á la puerta un hidalgo,
que quiere deciros algo
que mucho interesa.

JULIAN. Á mí?
quién es?

DIEGO. No dijo su nombre:
es un hidalgo que viene
muchas tardes...

JULIAN. ¿Y qué tiene
que decirme á mí ese hombre?
(Ap.) (Ah!! será... ¿cómo olvidé?
dile que pase al momento...
retírate á tu aposento...
sí, Celia, retírate!...
(Sale Celia por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. JULIAN, luégo D. LUIS.

Necio me pide ese hidalgo
el bien que negué á mi hijo...
Celia á ese hidalgo aborrece
y así me allana el camino!...

LUIS. (Entrando.) Dios os guarde.

JULIAN. Guárdeos Dios,
hidalgo, y muy bien venido.
Dicen que quereis tratar,
no sé qué asunto conmigo...

LUIS. Cómo!! (Sorprendido.)

JULIAN. (Sentándose.) Sentaos; ya os escucho.

LUIS. Me conoceis?

JULIAN. Os he visto
algunas tardes rondando
por estos cercanos sitios;
más siendo, como vos sois,
galan y de porte altivo,
presumí que os habría hecho
esclavo de sus hechizos
alguna dama...

LUIS. Es un ángel
la dueña de mi albedrío!...

JULIAN. Tal supuse y no pensé
que os fuera nunca preciso;
pero venís á buscarme
y que os escucho repito.

LUIS. Si me veis todas las tardes
rondando por estos sitios;
si pensásteis que era esclavo,
esclavo de los hechizos
de una mujer, ¿no pensásteis
qué mujer pudo haber sido?

JULIAN. (Ap.) (No se descuida el hidalgo.)

LUIS. Soy capitan, noble y rico;
Luis de Aguilar es mi nombre,
honrado y esclarecido...

JULIAN. Á nombre honrado yo os juro,
que no le va en zaga el mio!
LUIS. Tengo favor en la córte,
la córte de Cárlos quinto;
amo con toda mi alma
á un ángel, ángel divino,
que presta amor al amor
y delirios al delirio!...
ella es el bien de mi vida...
vivir sin ella es lo mismo
que sufrir eternamente
el más horrible suplicio.
Celia, en fin.
JULIAN. (Levantándose como el que no puede resistir más.)
Celia? ¿mi vida?...
(Conteniéndose.)
perdonad... sentaos... ha sido...
yo no sé... no sé.
LUIS. (¿Qué es esto?)
JULIAN. Sabeis si de su cariño
sois el dueño?...
LUIS. (Desconcertado.) No lo sé...
yo por esposa os la pido,
mas...
JULIAN. Nunca! (Sin contenerse.)
LUIS. ¿Qué decís?
JULIAN. Nunca!
no lo digo, ya lo he dicho.
Olvidad eso, don Luis:
que ó me engaña á mí el oido,
ó pretendeis imposibles...
al cielo y á vos suplico...
LUIS. (Interrumpiéndole.)
Explicaos... ó por el cielo!
que me hareis perder el juicio!...
JULIAN. Don Luis, dad nuestra vivienda
y vuestro amor al olvido.
LUIS. Juro á Dios!!
JULIAN. Yo tambien juro,
mas ya que hablar es preciso,
escuchad: era una noche
negra como un hondo abismo;

soplaba irritado el cierzo,
y al estrellarse en los riscos
de esos montes, al tronchar
del bosque los carcomidos
troncos, que rodando bajan
desde la cumbre al camino,
sintiera miedo, os lo juro,
el corazon más altivo
al escuchar solitario
de la ráfaga el ahullido.
En esa cercana estancia
mientras tanto, sus quejidos
unió al quejido del viento
una mujer; no es preciso
decir quién, ni á vos importa,
mas podeis tener por fijo
que era claro su linaje
y era noble su apellido.
Aún me parece escucharla!...
(Ap.) (¡Pobre hermana!) guarda, dijo,
Julian, un ángel que el cielo
bendice cual yo bendigo:
al mismo tiempo escuchaba
el débil llanto de un niño,
que en ansia de darle vida
su madre, el postrer suspiro
dióle. Diez y siete años
han pasado y he vivido
viviendo y amando á mi Celia...

LUIS. Celia?

JULIAN. Ella es; con prolijos
afanes, con mis cuidados
la vida le ha sonreido,
y cual tierna florecilla
crecer y crecer la he visto,
meciendo sólo su tallo
las auras de mi cariño!

LUIS. Mas no es razon...

ULIAN. Escuchad,
hidalgo, no he concluido,
tenéisme que agradecer
si es que os digo lo que os digo;

ni me avengo á dar razones,
ni á ser demasiado explícito
acostumbro, pero importa
que sepais...

LUIS. (Ap.) (Mal lo resisto!)

JULIAN. Jamás anubló el pesar
mi existencia, ni un motivo
tuve de queja, hasta el dia
en que ví á Celia perdido
su color, tristes sus ojos,
con los que bien claro dijo
que amaba á un hombre; miré
que me robaba el cariño
de mi Celia, y ver no pude
que aquel hombre era mi hijo...

LUIS. Mirad...

JULIAN. ¿Qué vais á decir?...
harto negro es el castigo
que por mi pecado sufro...

LUIS. Nada me habeis respondido...

JULIAN. (Interrumpiéndole.)
Nunca un miserable avaro
de su riqueza habeis visto?
¿No habeis visto relumbrar
sus ojos, mirando el brillo
de su dinero y contar,
y embriagarse en el sonido
del oro á aquel miserable;
decid, don Luís, lo habeis visto?

LUIS. Oh!! (Irritado.)

JULIAN. Yo tambien soy avaro,
ciego del tesoro mio,
de mi Celia, y mientras viva
Celia vivirá conmigo...

LUIS. Gracias dad á vuestras canas
si con paciencia os he oido,
que á ser otro el que...

JULIAN. Yo basto,
á sostener cuanto he dicho!

LUIS. Tenga prudencia el anciano.

JULIAN. Tenga el mozo mayor tino,
y cuente que está en mi casa,

y en mi casa no resisto
que nadie insulte mis canas
ni levante nadie el grito.

LUIS. (Burla.) Quisiera ver como haceis
de quien tal haga el castigo.

JULIAN. Pensad que no tienen fama
de cobardes los Carrillos.

LUIS. Carrillo? teneis en Flandes
acaso en la guerra un hijo?

JULIAN. Sí.

LUIS. Mas...

JULIAN. Don Juan es su nombre.

LUIS. Don Juan?...

JULIAN. (Con ansiedad.) Le habeis conocido?
decid, don Luis, decid pronto
lo que sepais de mi hijo!...
ha muerto tal vez?...

LUIS. Quién sabe!
es hace un año cautivo...
bien lo sentí!...

JULIAN. Lo sentísteis?...

LUIS. Sí que lo sentí; por Cristo...
que tuvo en cierta ocasion
que entendérselas conmigo.

JULIAN. Con vos, don Luis!

LUIS. Tuvo suerte...

JULIAN. Venció don Juan?...

LUIS. Sólo ansío
el dia en que le devuelva
la ofensa que entónces me hizo.

JULIAN. (Con satisfaccion.)
Bien, don Juan!! pues no temais
que no está todo perdido:
no habrá tan fuertes cadenas,
ni habrá tan pesados grillos,
ni habrá muros que no estén
lo bastante quebradizos
para dar paso á un don Juan
hijo de Julian Carrillo.
Gracias, don Luis!

LUIS. No olvideis
que aborrezco á los Carrillos.

Velad por vuestro tesoro
que pienso que está en peligro.

JULIAN. Si sólo le atacais vos,
don Luis, puedo estar tranquilo.

LUIS. Cuenta que el tesoro vuestro
hace tiempo que codicio.

JULIAN. Cuenta que está bien guardado
por ser Celia y por ser mio!

LUIS. (Desde el fondo.)
Vive Cristo, lo veremos...

JULIAN. Lo veremos, vive Cristo!

ESCENA IX.

D. JULIAN.

(Llamando.) Hóla! Diego... Por pequeño
que parezca el enemigo,
es bien estar preparado
y bueno estar prevenidos.

ESCENA X.

D. JULIAN.

DIEGO. Qué se os ofrece, señor!

JULIAN. Diego, vigila la casa;
y si algun hombre se acerca
ó intenta saltar las tapias
del jardin...

DIEGO. Qué debo hacer?

JULIAN. Como á ladrones los tratas;
quien por tales puertas entra
mirar debe como salga.
No olvides nada, que hay cosas
que no son para olvidadas;
me amenazó y es preciso
castigar sus amenazas.

DIEGO. Descuidad; ah! si estuviese
hoy don Juan...

JULIAN. Basta de plática.

ESCENA XI.

D. JULIAN, CELIA.

CELIA. (Saliendo.)
La noche se acerca...
JULIAN. Celia,
si vas á cuidar tus plantas
ántes que de la oracion
se oiga el toque en la cercana
eórte, retírate, Celia,
á mi estancia ó á tu estancia.
Vino el hidalgo á pedirte,
y al mirar que te negaba,
me amenazó con robarme
mi tesoro!
CELIA. Dios le valga!
no temais, señor, por mí,
que pienso que las palabras
de ese hidalgo, fueron hijas
de sus mal nacidas ansias!...
JULIAN. No olvides lo que te he dicho;
no tardes, hija del alma!
CELIA. Y vos, señor?
JULIAN. No daré
hoy mi vuelta acostumbrada,
que tengo intranquilo el pecho
y quiero velar mi casa. (Sale izquierda.)

ESCENA XII.

CELIA.

Qué es esto, Dios mio,
que siento en el alma?
no sé si son dichas!
no sé si son ansias!
Las luces del dia
de la tarde en alas
se alejan; las sombras
que tanto anhelaba,

cobijan la tierra...
don Juan ya me aguarda...
mas ay! que no acierto
qué siento en el alma;
no sé si son dichas!
ni sé si son ansias!
Qué temo?... qué espero?...
si há un instante ansiaba
volar á sus brazos?...
por qué esta mudanza?...
qué temo? desdichas!
qué espero? desgracias!
y á un tiempo me brindan
amor y esperanza!...
Decidme, Dios santo,
qué siento en el alma,
si son dulces dichas
ó son tristes ansias!
(Yendo hácia el fondo.)
Dos voces escucho;
dos voces contrarias,
una dice—espera!
otra grita—anda!
(Con resolucion.)
sí, voy á su lado,
qué mal me amenaza?
no sé por qué temo...
vacila mi planta...
recelo... ¿qué dudo?
don Juan ya me aguarda,
y con sus amores,
con su dulce plática,
colmará mis dichas,
calmará mis ansias!.!. (Se va.)

(Queda la escena un instante desierta: entran luces.)

ESCENA XIII.

D. JULIAN.

Me tiene intranquilo ese hombre
con sus rudas amenazas:

¿querrá robarme á mi Celia!
si á tanto llega la audacia
de ese hombre, con cien vidas,
con mil vidas no me paga!
(Se oye un tiro: rumores dentro.)
Cielos ¿qué es esto? Dios santo!
(Descolgando una espada.)
Celia! Celia!!!
(Al ir á salir por el fondo tropieza con Clarin, que entra precipitadamente.)

ESCENA XIV.

D. JULIAN, CLARIN.

CLARIN. (Entrando.) Dios me valga!
JULIAN. Cielos! Clarin!
CLARIN. Don Julian!
JULIAN. Y mi hijo? y don Juan? habla...
habla, Clarin...
CLARIN. (Todo muy vivo.) Si no puedo!
si hasta me faltan palabras;
si tengo un nudo en el pecho
y un pesar en la garganta...
si se me saltan los ojos
porque el llanto me los salta.
JULIAN. Mira por lo que en el mundo
quieras más! deja esa calma;
me atormenta tu silencio...
cuenta mi pena!
CLARIN. Escuchadla.
Ansioso por ver á Celia,
más que cabalgar, volaba
don Juan, á encontrar el término
de sus amorosas ansias!...
JULIAN. No te detengas.
CLARIN. Llegamos,
y al conocer que llegaba
á las horas que acostumbra
á regar Celia sus plantas...
JULIAN. No respires!!
CLARIN. Anhelante

despues de ausencia tan larga...

JULIAN. Sigue!...

CLARIN. Acerca su caballo,
sube en él, monta en la tapia,
le imito yo, pero apenas
si la cabeza asomaba,
cuando un tiro...

JULIAN. (Cayendo en el sillon.) Dios me asista!...
parricida!!

(Entran Diego y otros criados, que traen sin sentido á D. Juan.)

ESCENA XV.

DICHOS, DIEGO, CRIADOS.

DIEGO. (Entrando.) Y no me matan!
Mil rayos! maldito sea
quien es de este mal la causa!

JULIAN. Hijo! Don Juan ¿no contestas?
no me escuchas?

DIEGO. (Con lástima.) Dios le valga!

JULIAN. Aquí está Celia! hija mia!...
tal vez tu voz...

(Todos buscan con los ojos á Celia.)

CEBOLL. (Dentro.) Perro! Á rastras
te he de llevar...

JULIAN. Diego y Celia?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CEBOLLEDO y LILO.

JULIAN. Celia!

CEBOLL. Vamos!

LILO. (Temblando.) Vírgen santa!

JULIAN. Celia!!

CEBOLL. Razon has de dar
ó he de aplastarte!

JULIAN. Qué?

CEBOLL. Nada;
abierto está el portalon

por donde saco mis vacas...
sombras he visto que huian...

JULIAN. Y Celia?

CEBOLL. Es vano buscarla!...

LILO. Yo juro, señor!... (Cae de rodillas.)

DIEGO. Mil rayos!...

JULIAN. (Cayendo desmayado en el sillon.)
Don Juan! Celia! Hijos del alma!!!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Durante el acto va aclarando el dia.

ESCENA PRIMERA.

CEBOLLEDO, LILO, detrás de la verja.

LILO. Pastor!
CEBOLL. Otra vez!
LILO. Pastor!
no me escuchas?...
CEBOLL. De hablar cesa;
que tiene en ménos la boca
quien tiene en más la vergüenza!...
LILO. Escucha lo que es del caso
y vanas razones deja...
CEBOLL. Vanas razones!...
LILO. Dí á tu amo
don Julian, que bien pudiera
la libertad otorgarme
en premio de mis respuestas:
díle que pues por mí puede
ver á la triste doncella,
vil traicion que me arrancaron
más que el temer, sus promesas;
dile, que ya que á don Juan
respetó la suerte, y fuera

la causa de su desmayo
el cansancio y la sorpresa,
mejor que la leve herida
que recibió, en la que entra
en mucho más su ignorancia,
que entrára la culpa nuestra;
dí que si ligero anduvo,
no es bien que su ligereza
pague yo, y así, que rompa,
que ya es tiempo, las cadenas
con que sin razon me oprime.
Haz lo que te digo y cuenta
que de no hacerlo, te juro
que es de buen temple mi negra,
y he de hacer yo porque tú hagas
conocimiento con ella.

CEBOLL. Si por tus respuestas son
mal esperas recompensas,
que harto trabajo costaron
y harto tiempo tus respuestas!...
Si por desdicha se agrava
de don Juan el mal, si aumentan
dolores que ha despreciado
por salvar á doña Celia,
si acaso llegaron tarde,
tus esperanzas deshecha:
espera sólo un castigo
menor que la infamia vuestra,
que nunca el castigo es grande
cuando es tan grande la afrenta!...
Deshecha tus amenazas,
que por ser tuyas son necias,
que si de espadas no entiendo
hondas tengo y sobran piedras!...

LILO. Por Dios que en el huerto anoche
no hablabas de esa manera!...

CEBOLL. En donde mandan traiciones
callan honradas defensas!...

LILO. Haz lo que te dije...

CEBOLL. Calla.

LILO. Oye!...

CEBOLL. Don Julian se acerca!...

(Ap.) (Y por Dios que estoy temblando
y me espanta su presencia!...)
(Sale D. Julian y se dirige á la galería, sin ver al pastor, que se retira al fondo izquierda.)

ESCENA II.

D. JULIAN, CEBOLLEDO.

JULIAN. Cuán lentas pasan las horas?
cuánto tardan, ya comienza
de la aurora á clarear
la débil luz, y se alejan
las tinieblas de la noche
y no se alejan mis penas,
que son tan negras, tan grandes
como esas mismas tinieblas.
(Viniendo al proscenio.)
Conque era ilusion mi amor,
y mi cariño quimera?
Conque no es Celia mi vida
puesto que vivo sin ella?
Conque tengo el corazon
tan duro como las piedras,
que dicen que el dolor mata
y no me mata su ausencia...
Ah! le plugo airado al cielo
que el desgraciado no tenga
ni aun el mísero placer
de que le mate su pena.

CEBOLL. (Suspirando.)
Ay! Dios!

JULIAN. Qué! quién está ahí?
qué buscas?

CEBOLL. Ay! Dios!

JULIAN. Qué rezas?
¿Han muerto acaso á don Juan?
Murió de mi amor la esencia?
Murió Diego? Se ha incendiado
y hecho cenizas mi hacienda?
Habla, dilo: qué te espanta?
No ves que me sobran fuerzas

y que tengo el corazon
tan duro como las piedras!!
¿No ves que su ausencia sufro
sin que me mate su ausencia!!
Aún callas? habla.

CEBOLL. Mi llanto,
señor, á llanto os mueva;
ni me separeis de vos
ni vos me separeis de ellas.

JULIAN. No comprendo.

CEBOLL. De mis vacas,
es su establo mi vivienda,
entre ellas nací, señor,
y me he criado entre ellas...
El ladron vino á engañarme.

JULIAN. Qué!! sigue... no te detengas.

CEBOLL. Que viendo inútil su ruego
é inútiles sus riquezas,
puso una daga en mi pecho
y ví la muerte tan cerca...
que al verme allí sin amparo
temblé de espanto, y la prenda
dile que pidió...

JULIAN. ¿Qué dices
infeliz, qué prenda es esa?...

CEBOLL. Pidióme y dile... la llave
del portalon...

JULIAN. Dios me tenga
de su mano; tú, tú fuiste,
y vienes y me lo cuentas,
y yo te escucho insensato
sin arrancarte la lengua,
y siendo cómplice vives...
vas á escuchar tu sentencia...
(Amartillando un pistolete: Cebolledo cae de rodillas.)

CEBOLL. Oh!... señor!!...

JULIAN. (Apuntando.) Yo soy tu juez...

ESCENA III.

DICHOS, CELIA y DIEGO.

CELIA. (Corriendo á ponerse delante de Cebolledo.)
Mas no su verdugo!!...
JULIAN. (Tirando el pistolete y tendiéndole los brazos.)
Celia!!...
CELIA. ¿Qué ibais á hacer?
DIEGO. (Á Cebolledo.) Alza y vete. (Vase.)

ESCENA IV.

D. JULIAN, CELIA, DIEGO.

JULIAN. Loco me tuvo tu ausencia!...
me mata, Celia, el placer,
y no me mató la pena!
CELIA. Yo soy, miradme, yo, libre
de las horribles finezas
de aquel hombre!
JULIAN. Si te escucho
y pienso que el alma sueña,
si entre mis brazos te miro
y hasta dudo que tú seas!...
DIEGO. No en balde alienta don Juan
aunque de milagro alienta,
que á la cabeza apuntaba
y hubiérale en la cabeza,
puesto el tiro; mas no en balde
pasan los años, las fuerzas
se agotan, su vigor pierden
los ojos, los brazos tiemblan;
bendito aquel que dispuso
del tiempo, si así no fuera
muerto estuviera don Juan,
y vos loco, y loca Celia...
cieguen mil veces mis ojos
ántes que tal dolor vean!
JULIAN. Bien dices, Diego, bien dices,
ha diez años no se hubiera

contentado tu arcabuz
con rasgar un brazo apenas...
pero y tú... por qué así callas? (Á Celia.)

DIEGO. Cierto...

JULIAN. ¿Por qué no nos cuentas...

CELIA. Valiera mas olvidarlo!

JULIAN. Me mata la duda: piensa
que ausente toda la noche
estuviste, Celia, cuenta
que en poder de ese malvado
pasaste la noche entera,
y que puso el miserable
(Tómeselo Dios en cuenta.)
una cadena á tu honor,
un dogal á la honra nuestra:
no te olvides que murmura
la gente, y cuando lo sepan
dirán al verte en la calle...

CELIA. Dios lo quiso!...

JULIAN. Es esa... es esa...
esa es... y maliciosos
sonreirán, y la doncella
pierde con cada sonrisa
su más delicada esencia!
que es la materia de honras
tan delicada materia,
que es mucho más que una daga
terrible una mala lengua!...
Habla, pues, Celia, no tardes!

CELIA. Escuchad. (Dios me dé fuerzas!)
Pediros debo un perdon;
ayer por la vez primera
guardé para vos secretos,
esperaba á don Juan!

JULIAN. Celia!!...

CELIA. Mi padre á nuestros amores
se resiste, ántes que sepa
que torne de Flandes quiero,
porque á nuestro bien es fuerza,
reparar nuestros afanes
y vencer su resistencia!...

JULIAN. Ah!

CELIA. Te espero á la oracion
en el huerto...
DIEGO. ¡Quién pudiera
pensar que don Juan...
CELIA. Y triste
y al mismo tiempo contenta
de verle esperé la noche;
tocó la oracion, y llena
de esperanzas bajé al huerto;
al poco sentí muy cerca
un tiro, luégo mil voces,
despues... nada, creíme muerta!..
Qué fué de mí? no lo sé;
pero despues, no supiera
decir si tarde, mis ojos
ojalá nunca se abrieran,
al sentirme acariciada
de la noche por las frescas
auras, se abrieron llorosos;
luz buscaban, luz quisieran,
tinieblas sólo encontraron,
por todas partes tinieblas!...
Fuí recobrando el sentido,
y cual si alguna centella
me arrestrase, así sentíme
con una infernal violencia
trasportada.—Don Juan—dije,
—á dónde vamos! qué intentas?—
y escuché luégo una voz
entre amorosa y severa
que dijo:—Ten esperanzas
y los recuerdos deshecha,
que entre esperanza y recuerdos
la esperanza es más risueña!
No era su voz!! gritar quise
y aliento faltóme y fuerza!...
Casas pensé descubrir
y calles, y estuve cierta
cuando ví la santa imágen
de la Vírgen, de una puerta
sobre el arco, y á la débil
luz que la alumbraba viera

distintivamente una calle
larga, solitaria, negra!...
Estábamos en la córte;
paró al poco la litera
de otra calle ante una casa
de miserable apariencia;
—Baja -me dijo, y bajé,
entré donde dijo—entra,
y en una estancia sombría,
entre bruja y entre dueña,
me recibió una mujer,
que al verme exclamó contenta:
—No temais, que de esta casa
sois desde luégo la reina—
añadiendo por lo bajo:
—Por Dios que es linda pareja!—
No sé cuánto tiempo estuve
con aquel hombre, sujeta
por mi martirio, á escuchar
sus miserables finezas...

DIEGO. Pobre Celia!

JULIAN. Sigue.

CELIA. Luégo
entró en la estancia la dueña...
entregó un pliego y don Luis
leyó—urgente—en la cubierta.
Duda, da un paso, vacila,
vuelve á vacilar con muestras
de pesar, y al cabo exclama:
—Si Cárlos quinto lo ordena,
quién resiste? y dirigiéndose
á mí:—Niña—nada temas
me dijo,—me llama el rey
y estaré pronto de vuelta.
Salió y la dueña siguióle
cerrando tras sí la puerta.
Víme sola, una ventana
ví y respiré!... mas sus rejas
no ablandaron ni mis ayes,
ni mi llanto, ni mi queja!
Lentas pasaron las horas!

JULIAN. Lentas pasaron!...

CELIA. Muy lentas!...
pidiendo á la santa Madre
la Vírgen de la Almudena
amparo; pasé una noche
como mis pesares negra!...
Nunca apartaba los ojos
de aquella terrible puerta,
temblando al verla cerrada,
temblando de que se abriera!

JULIAN. Y... se... abrió?... (Con interés creciente.)

CELIA. Cuando la aurora
blanca á clarear comienza;
cuando respiran las flores
engalanadas con perlas...
cuando deja el nido el ave
y á cantar el alba empieza,
se abrió...

JULIAN. Y entónces...

CELIA. (Muy vivo.) Entónces
como una ilusion risueña
ví que no en vano pasára
la noche de pena muerta,
pidiendo amparo á la Vírgen,
la Vírgen de la Almudena!
Entró don Juan agitado,
del dolor la dura huella
marcada en el rostro; y casi
á un tiempo, como la fiera
que le arrebatan sus hijos,
ó que le roban su presa,
entró don Luis, y don Juan
dijo:—Partidas como ésta,
á no ser entre leales
compañeros, merecieran
mucha sangre; y añadió:
—Habeis ganado la apuesta—
y dirigiéndose á mí,
—Vé con Diego y nada temas,
que don Luis es muy mi amigo
y fué una locura nuestra
cuanto pasó. Dijo—Cierto—
don Luis, más de una manera...

que no sé qué triste duda...

JULIAN. Pero y don Juan.

DIEGO. (Dudando.) Allá queda...

CELIA. Hablando alegre á don Luis.

JULIAN. (Ap.) (Alegrías como esta
pueden trocarse en desdichas...)

DIEGO. (Ap.) (Á estas horas ya no alienta
uno de los dos...)

JULIAN. (Ap.) (Ya tarda!...)

CELIA. ¿Qué nuevo mal nos aqueja?...

JULIAN. Nada!... Diego!...

DIEGO. Señor.

JULIAN. (Ap. á él.) Oye:
á estas horas nuestra afrenta
se habrá lavado con sangre.

DIEGO. Tal pienso!

JULIAN. Mas por si fuera
esa sangre de don Juan,
no son tan pobres mis fuerzas,
ni tan grande de una espada
el peso, que yo no pueda
manejarla como un hombre;
la tuya á tu cinto cuelga,
que ir á la córte al momento
nos precisa.

DIEGO. Al punto. (Sale Diego.)

JULIAN. Vuela.

ESCENA V.

CELIA, D. JULIAN.

JULIAN. Vé á tu estancia, que ya es hora
de que algun reposo tengas.

CELIA. Vais á salir?...

JULIAN. Á la córte.

CELIA. Vos... á la córte?

JULIAN. Me espera...
un grande amigo...

CELIA. Á estas horas?

JULIAN. Pronto vuelvo.

CELIA. Señor!...

JULIAN. Deja,
que he de ir; nada receles...
vuelvo pronto.
CELIA. Pero...
JULIAN. Celia!
no repliques...
CELIA. Obedezco!...
(Váse á su habitacion.)
JULIAN. Ahora, que Dios me proteja.
(Sale por la izquierda. Queda la escena un instante desierta.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

Cielos!... me mata el dolor!...
adios patria, adios hogar,
cuna de tan dulce amar,
sepultura de mi amor!...
Casa que nos vió nacer...
y por mi suerte tirana,
miras tan triste el mañana
como dichosa el ayer!...
Fuentes, cuyas aguas puras
pintaron su imágen bella,
avecillas, ay! que de ella
cantaron las donosuras!...
Campos que yo despojé
de tantas hermosas flores
para ornar con sus colores
á la que tanto adoré!
Dichas, sueños, alegrías,
esperanzas é ilusiones,
que á dos tiernos corazones
disteis tan dichosos dias!...
Adios todos! mi amargura
mayor que mi bien ha sido;
ya será siempre el olvido
cárcel de tanta ventura!...

ESCENA VII.

D. JUAN, DIEGO.

DIEGO. (Al verle.) Don Juan!...
JUAN. Diego!...
DIEGO. Vos aquí!
(Llamando.) Celia! Señor!...
JUAN. Calla, Diego!
DIEGO. Vuelvo al punto! (Queriendo salir.)
JUAN. (Deteniéndole.) Yo te ruego
que no te muevas de ahí.
(Despues de una pausa.)
Tiraste tú!!...
DIEGO. (Triste.) Yo... tiré...
JUAN. Mucho erraste!...
DIEGO. Y por la suerte
de no haberos dado muerte
eternas gracias daré. (Señalando al cielo.)
JUAN. Perdiste mucho; no en vano
pasa el tiempo, son despojos
hoy ya la luz en tus ojos
y el pulso, Diego, en tu mano!...
Mal tiro diste!...
DIEGO. Don Juan,
muévaos á piedad mi pena!...
JUAN. Déjasme una vida llena
de amarguras y de afan!...
DIEGO. Si hubiera querido el cielo,
contra nosotros airado,
que os hubiera contemplado
muerto, don Juan, en el suelo,
y mi mente al recordar
vuestra existencia de niño,
siendo el único cariño
que supe siempre guardar,
sin vida os viera á mis piés,
fuera tal mi desventura,
que loco... es poco locura;
sí, don Juan, poco despues
entre rabia y afliccion,

rompiera al alma los lazós
y arrojára hecho pedazos
á un perro mi corazon!!
Si hasta vuestra leve herida
me causa tanto pesar!...

JUAN. Más te debiera causar
verme un instante con vida!...
No más, Diego, ¿quién pensára
cuando amé por vez primera,
que un amor vida me diera
y el mismo amor me matára!...
¿Te acuerdas, Diego?... era niña,
y la vimos tan hermosa
que daba envidia á la rosa
más pura de la campiña!...
¿Dónde están aquellos dias!

DIEGO. Celia os ama...

JUAN. Qué se hicieron?...
voy á partir cual partieron,
Diego, aquellas alegrías!...
no más.

DIEGO. Partir?!...

JUAN. Sí; mi suerte
me separa de esta tierra,
hay guerra y amo la guerra
porque en ella está la muerte!...
Pero... no los quiero ver,
que si sus palabras siento,
perderé el último aliento
que me resta que perder.

DIEGO. Mas...

JUAN. Si viera, Diego, aquí
del pobre anciano el quebranto;
si viera de Celia el llanto
no sé qué fuera de mí!...
él, mi padre, y sus dolores
no podré con calma ver!...
ella la dulce mujer
ensueño de mis amores!...

DIEGO. Y vais á partir, señor!

JUAN. Sí, y te juro por mi vida
que llevo el alma transida

de un insondable dolor!

DIEGO. Les va á matar el pesar:
si algo valiera mi ruego,
no partais.

JUAN. Escucha, Diego:
si aciertan á preguntar,
ni acertáran á decir
por qué tal suerte nos cupo,
dices que Celia no supo
ántes que ceder, morir!...
que su merecido, fuerte
castigo, tuvo el malvado
don Luis; mas que lo ha jurado
y nadie miente en la muerte!...

DIEGO. Qué dices?...

JUAN. Más su afliccion,
Diego, para no aumentar,
si aciertan á preguntar
cómo llevo el corazon,
niegas todo sentimiento,
dices que partir me has visto
contento...

DIEGO. No; vive Cristo!

JUAN. Oyes? que parto contento;
dí que no miren mi huella
que será huella de hiel,
que llevo odios para él
y desprecios para ella...
oyes?...

DIEGO. Cómo mentir tanto?
ántes me arranco la lengua!

JUAN. Ah! ¿no ves que así se amengua
por el odio su quebranto...
(Mirando respectivamente á las habitaciones de Celia y don Julian.)
Adios! (Á Diego.) que parto con calma
adios! (Id.) casi con placer!...
(Apoyándose en el marco de la puerta del fondo.)
más cómo partir sin ver
esos pedazos de mi alma?!!...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JULIAN.

JUAN. (Sin ver á D. Julian.)
Para siempre adios!
JULIAN. Don Juan!
JUAN. Ah!... (Sorprendido.)
DIEGO. (Bien!) (Con satisfaccion.)
JULIAN. Partir de esa suerte!
Dónde vas?
JUAN. Donde la muerte
ponga término á mi afan!
JULIAN. Qué?!
JUAN. Donde no pueda ver
esa encantada llanura
testigo de mi ventura,
de mis delicias de ayer;
donde pueda suspirar
sin que me regale el viento
á cada paso un tormento,
ni me pueda recordar
una ilusion cada flor,
cada fuente una sonrisa,
cada átomo de la brisa
un juramento de amor!...
Donde no pueda mirar
sitios que me han sonreido,
adonde pueda el olvido
tanta pena mitigar!...
adonde...
JULIAN. Cesa; loco un dia
permití que te alejáras,
temiendo que me robáras
con Celia la vida mia!
Harto mis penas despues
mi pecado castigaron;
harto mis ojos lloraron,
harto lloran!... ya lo ves!...
Mucho ha sido su rigor,

mas sabe el cielo bendito
que fué mi único delito
ser avaro de su amor!...
Loco y ciego no encontraba
depósito digno de ella;
loco y ciego hasta á mi estrella
por ella desafiaba!
Ah! luégo ví sus enojos;
luégo mi amor desoyendo
cuando triste viví viendo
contínuo el llanto en sus ojos,
busqué con afan prolijo
un depósito á su amor...
Loco estuve; ¿cuál mejor
que los brazos de mi hijo!...

JUAN. ¡Cielos! (Aterrado.)

DIEGO. (Id.) Ah!...

JULIAN. No partirás;
todos nos perdonaremos
y felices viviremos
sin separarnos jamás!...
Callas?...

DIEGO. (Ap. á D. Juan.) (Don Juan, compasion,
le va á matar su agonía!...)

JUAN. (Ap.) (Su faz angustiada y fria
me desgarra el corazon!...)

JULIAN. Aún callas?... Tan mal te hallas
aquí... á mi lado...

JUAN. Señor!...

JULIAN. Era mentido tu amor!!

JUAN. Padre!...

JULIAN. Entónces por qué callas?...
Hijo, tú no habrás dejado
sin castigo nuestra afrenta...

JUAN. Padre! siempre tuve en cuenta
el nombre que me habeis dado!...

JULIAN. Habrá pagado bien cara
su infamia.

JUAN. Sólo quisiera
que muchas vidas tuviera,
que otras tantas le arrancára!...

JULIAN. Entónces cuál es tu afan?

Hoy que vengo á Celia á darte,
por qué en lugar de alegrarte
sufres y callas, don Juan?

JUAN. Ah! porque no quiere el cielo,
que de pesares me llena,
que tenga alivio mi pena,
ni tenga mi mal consuelo!
porque es mi estrella sufrir,
vivir muriendo...

JULIAN. Qué dices?...

JUAN. Porque así como hay felices
que nacen para vivir
y con ellos va el placer,
hay tambien mil desgraciados
que viven, desheredados,
muriendo desde el nacer!...
Porque es muy negro el afan
en que mi vida se anega...
porque Celia...

DIEGO. (Interrumpiéndole.) Celia llega...
(Ap á D. Juan.)
(Es vuestro padre, don Juan!)

JUAN. Verla otra vez... ay de mí!...

JULIAN. (Ap.) (¿Que me ocultan?...)

JUAN. Padre... Diego...

JULIAN. Dí...

JUAN. Que me dejeis os ruego
con Celia...

JULIAN. (Ap.) (Qué pasa aquí?)

DIEGO. (Ap.) (De fijo su vida acorta
tal dolor!)

JUAN. Sólo un momento.

JULIAN. (Al salir.) La causa de su tormento
mucho conocer me importa!...
(Sale D. Julian por la izquierda y se queda al paño. Diego por el fondo.)

ESCENA IX.

CELIA, D. JUAN.

JUAN. Dadme, cielos, valor; porque al mirarla

tan imposible al verla,
no sé si aborrecerla ó adorarla,
no sé si amarla más ó aborrecerla!...

CELIA. Don Juan!... (Con alegría.)

JUAN. (Apartándola.) Celia!

CELIA. (Muy sorprendida.) Qué tienes?
no te causa ya verme una alegría!...

JUAN. (Cielos! ¿qué dice?...)

CELIA. Callas!...
por qué no me hablas ya, como aquel dia
que amante en la pradera
me jurabas tu amor por vez primera!...

JUAN. Cesa, Celia, que siento
un martirio cruel al escucharte,
y aumenta mi agonía
mucho más que mi mal tu fingimiento,
más que el pecado, más, tu hipocresía!...

CELIA. (Aturdida.) Don Juan!...

JUAN. Á qué cansarte
recordando aquel tiempo venturoso,
por nuestro mal pasado!...
tiempo feliz en que me ví dichoso
siempre cerca de tí, siempre á tu lado
gozando tus amores,
ilusiones perdidas,
marchitas ya como las pobres flores
del sol al rayo ardiente sometidas!...
Y si perdidas ves tan dulces horas,
por qué guardas el llanto,
y en vez de recordarlas no las lloras!...

CELIA. Ni tus quejas entiendo,
ni entiendo la razon de tu quebranto!...
qué ha sido de tu amor! ¿qué sueño horrible
es este? ó qué maldito
genio infernal contra nosotros lucha!
ah! dímelo, don Juan, ¿cómo es posible
que un amor que jurabas infinito,
se apague, por mi mal, tan pronto!...

JUAN. Escucha.
Saliste, Celia, á la pradera un dia
y embalsamaste el aura con tu aliento!...
murmuraron los campos su contento,

las fuentes su alegría!...
las encantadas flores exhalaron
sus alientos suaves
cuando cerca pasabas, y dejaron
su pobre nido las canoras aves,
y creyéndote el alba te cantaron!...
En el bosque los tiernos ruiseñores
cantaron tu hermosura:
dióte el bosque su encanto
la flor su donosura,
el sol hermoso su dorado manto,
sus alientos las flores,
y el cielo mismo su dosel de amores!...
Y yo que lo veía,
sin poderme explicar lo que sentía
dentro del corazon, lo preguntaba,
á aquellos mismos seres, anhelante,
mi pobre pecho amante
logró sólo saber... que te adoraba!
—Dulce el tiempo pasaba, hasta que un dia
pensé que no bastaba
nuestro infantil placer, nuestra alegría,
que era poco adorarte,
y que ya el tiempo huyera
de recorrer gozosos la pradera,
y con sus flores, Celia, coronarte;
quiso ofrecerte el hombre
fuego en su corazon, gloria en su nombre!
Dejé mi amada tierra,
guerra en Flandes había, y deseando
laureles para tí, partí á la guerra!
En alas de mi amor y mi esperanza,
hasta Flandes llegué, «Celia» diciendo,
siempre tu nombre amado repitiendo!...
De abril era una tarde,
del sol hermoso los templados rayos,
próximos á partir se reflejaban
en los limpios aceros;
contraria á nuestras armas horrorosa
la lidia comenzó, y allí espiraban
valientes peleando
con español valor, cien caballeros,

su Dios, su amor, su patría recordando!
Nuestras fuerzas cedian
al contemplar contraria nuestra estrella;
ah! me acordé de tí! «todo por ella»
me gritó el corazon, y víme luégo
por cuarenta contrarios rodeado
sembrando muerte y respirando fuego.
Por tu recuerdo amado
entónces luché altivo,
era «Celia» mi enseña, tú mi guía;
y luégo al ver mi sangre que corria
y en infelice suerte
tender los brazos hácia mí la muerte.
«¡¡Celia!!» dije otra vez en mi agonía,
que tuyo el pensamiento,
tu nombre dije mientras tuvé aliento!!...
Un año de amargura
pasé despues muriéndome de pena,
pendiente á mi cintura
en lugar de una espada, una cadena!...
Sus negros eslabones
me entretuve en contar; ¿qué me importaba
cautivo el cuerpo, si tu faz querida
amante al recordar me regalaba
de ventura y de amor toda una vida!!
Mil veces contemplando
el pálido destello de la luna,
que dolido tal vez de mi fortuna
entraba en mi prision, víme forjando
mil sueños de placer y bienandanza;
del desgraciado es siempre
el único consuelo la esperanza!...
La mia se cumplió: manos amigas
me dieron libertad; vuelo á tus brazos,
llego cerca de tí y haces pedazos
mi corazon; y encuentro en vez de aquellas
dichas que imaginé dulces y bellas,
encuentro en vez de mi soñada calma,
otro martirio más para mi vida!
un desengaño más para mi alma!...
una esperanza más... desvanecida!!!...
Perdóname si loco

el recuerdo feliz de aquellas horas
en estas de afan llenas
última vez, por nuestro mal, evoco:
causa al feliz placer,
Celia, el recuerdo de pasadas penas
como causa placer al desgraciado
dulce el recuerdo de su bien pasado!..
Vuelvo, Celia, á partir; los halagüeños
ensueños de ventura que forjaba
eran al cabo ensueños,
sueños tan sólo han sido,
que al despertar cual todos, han huido!...
Fuerte debiste ser, y débil fuiste;
tu honor viste asaltado,
y ni guardarlo ni morir supiste;
y ya que te he vengado,
vengo á decirte de amargura lleno,
que no creeré jamás que el desgraciado
que da su propio honor guarde el ajeno!...

CELIA. (Teniendo para no caer que apoyarse en el sillon.)
Cielos!... (Despues de una pausa.)
Partid, don Juan, partid y sea
mayor vuestra ventura
que mi horrible tormento y mi amargura!...
Tambien pensábais como yo que era
la tierra toda esa extension florida,
que era toda la tierra
esa pradera que á lo lejos cierra
enhiesto Guadarrama; esa querida
pradera en que crecimos
y tantas veces juntos recorrimos!...
Tierras vísteis despues; y ya aquel dia,
al comparar, don Juan, os pareciera
mísero estéril campo la pradera
que entónces deliciosa os parecía.
Vísteis despues la córte,
vísteis aquellas damas
de rostro hermoso, de arrogante porte;
comparada con ellas,
Celia, aquella que amabas otros dias,
por doncella tal vez de sus doncellas
acaso la tendrías!...

quizá más merecieran
porque al hacer, don Juan, comparaciones
tocábame perder! ah! si pudieran
compararse tambien los corazones!!...
Engañado vivías,
quisiste deshacer tan torpe engaño
y no encontrabas modo, no sabías
cómo causar á Celia tanto daño!...
Una ocasion buscabas
y con don Luis acaso concertabas
esa misma ocasion...

JUAN. (Indignado.) ¿Cómo pensaste
tan negra infamia en mí?...

CELIA. Ya te la ha dado
con su horrible calumnia ese malvado!...

JUAN. No se miente al morir!...

CELIA. (Con fuego y altivez.) Verme pensabas
suplicante á tus pies, ah! te engañabas!
dudando della á la virtud se ofende,
la virtud es altiva,
sí, la virtud don Juan, no se defiende!!...

JUAN. Cielos, qué horrible duda!...

CELIA. Qué tormento!

JUAN. Qué miserable vida!...

CELIA. Qué triste amor tan mal correspondido!...

JUAN. Cuánta ilusion perdida!

CELIA. Cuánto sueño de amor desvanecido!...

JUAN. Adios!...

CELIA. (Cielos!) Partid, y si en el mundo
otra infeliz hallais que os ame tanto...
como os amaba yo, que no taladre
su pecho este quebranto...
(Cada vez más angustiada.)
que horrible... siento... aquí... en el alma...
(Corriendo hácia D. Julian, que aparece por la izquierda.)
Ay! padre!!...

ESCENA X.

DICHOS, D. JULIAN.

JULIAN. (Abrazándola.)
Hija, alivia tu afliccion,
las lágrimas jugo son
del alma, llora tú agora,
que la mujer que no llora
tiene seco el corazon!

CELIA. Lloro otro'llanto más fuerte,
crudo llanto; y es de suerte
que ofrece aparente calma
y seca sólo la muerte,
padre, es el llanto del alma!...

JUAN. Habrá tormento mayor!
habrá más grande dolor
que odiar á un tiempo y querer
y tener que aborrecer
cuando se muere de amor!...

JULIAN. Mientras tan dichosa has sido
amada, Celia, te ví;
hoy eres árbol caido,
y hasta el mismo que ha vivido
por tí, se aparta de tí!...
Mira al padre vencedor
en ese ataque traidor
que nos da, siempre enemigo,
con su amistad el amigo
y el amante con su amor!
Mas tú siempre gozarás
mis paternales abrazos...
y al estrecharte sabrás
cuáles son, Celia, los brazos
que no se cierran jamás!...
Tal vez la amistad te aliente,
quizá alivie tu castigo...
porque mil consuelos miente;
mas recuerda que el amigo
consuela, pero no siente!...
El amante en su agonía

por no perdonar pregona
que primero moriría!...
porque el amante, hija mia,
siente pero no perdona!...
Hija siempre, aunque taladre
su pecho un pesar ardiente
y arrugue el dolor su frente,
Celia, el padre, sólo el padre
consuela, perdona y siente!...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLARIN, luégo DIEGO.

CLARIN. (Entrando.) Aquí está Clarin que viene
con un recado de un muerto.
JUAN. Qué dices?
CLARIN. Lo que es muy cierto,
mi señor!
JUAN. Muy mal se aviene
con mi dolor el descaro
de tu locura sin fin.
CLARIN. Es cierto que soy Clarin
y que suelo mentir cláro;
pero esta vez ¡vive Dios!...
que no miento, y es lo cierto,
que se le ha metido al muerto
que tiene que hablar con vos!
JUAN. Calla, necio!...
CLARIN. Eso os espanta?...
JUAN. (Irritado.) Consentirte más es mengua!...
CLARIN. (Sacando un pliego que entrega á D. Juan.)
Voy á buscarle la lengua
al difunto, pliego canta.
JUAN. Es...
CLARIN. De don Luis; y concibo
que ya desto se colige
el cómo un muerto dirige
cuatro palabras á un vivo.
JUAN Murió!... (Abriendo el pliego.)
CLARIN. Llególe su dia,
y no alivió sus dolores

tener allí más dotores
que santos la letanía!
Morirá! con gran dolor
uno tras otro dijeron,
si otra cosa no aprendieron
debiera yo ser dotor.

CELIA. Dios le perdone!...

JULIAN. Escuchar
me agrada tu compasion!
Muy dulce satisfacion
de la vida es perdonar.

JUAN. (Que en tanto ha leido el pliego.)
Ah! de confusion me llena,
porque añade su letura
más dolor á mi amargura
y mayor pena á mi pena!...

JULIAN. Qué dices?

JUAN. Tomad y ved
si encuentra á mi mal razon!...

JULIAN. Que calme nuestra aflicion,
¿qué podrá decir?...

JUAN. Leed!...

JULIAN. (Leyendo.) «Quien os hizo tal afrenta
»nunca supo perdonar;
»mas siente tan cerca el dar
»della al cielo estrecha cuenta;
»que implora vuestro perdon;
»y delante de Dios jura
»que es Celia inocente y pura...»

CELIA. (Cayendo de rodillas.)
Madre de mi corazon!...
escuchaste, madre mia
sin duda mi ruego triste!

JULIAN. (Á D. Juan.) Que no calmaba, dijiste,
este pliego tu agonía!...

JUAN. Aumentan más el rigor
de su castigo los cielos,
que si al partir con mis celos
me asesinaba el dolor!
¿cómo recobrar mi calma
si en lugar de mi despecho,
llevo su amor en el pecho

y su retrato en el alma!...

DIEGO. (Ap.) (Diego, oculta tu torpeza
y de dudar te arrepiente,
la mujer lleva en su frente
el sello de su pureza!...)

JUAN. Á pesar de mi aflicion
estar más aquí no debo
que ni á implorarlo me atrevo
ni merezco su perdon!...

CELIA. Ah!...

JULIAN. Lloras!... y tú... Don Juan...
sufres!... acércate á mí...
acércate, Celia... así...
tiempo es ya de que el afan
cese y que cese el castigo
de nuestra suerte enemiga...
hijos! que Dios os bendiga
lo mismo que yo os bendigo!...

JUAN. Celia!...

CELIA. Don Juan!...

JUAN. Me mataba
de abandonarte el pesar...

CELIA. Muriendo estaba al pensar
que de tí me separaba!...

JUAN. Ah! (Tomándole una mano.)

CELIA. Castigo merecieras...

JUAN. Leve porque fuí celoso,
pero sufriré dichoso
el castigo que tú quieras!...

JULIAN. Gracias, cielos, porque veo
su felicidad cumplida...

DIEGO. Cumplido está de mi vida
el más ardiente deseo!...

CLARIN. Amor, locura del cuerdo;
aunque á veces el afan
cesa de dama á galan
y si te ví no me acuerdo:
pero hay otras que el demonio
toma parte, y el amor
es peor, mucho peor,
porque acaba en matrimonio!...

JULIAN. Don Juan, si ya los enojos

quieres calmar de este viejo,
mírate en el dulce espejo
de sus clarísimos ojos!
que será mi bien mayor
poder mirar complacido
que eres tú, como yo he sido
EL AVARO DE SU AMOR.
(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

CATÁLOGO DE LAS ORRAS

propiedad del Sr. Calvacho, *administradas por los señores* Gullon *é* Hidalgo.

ACTOS.	TITULOS.	AUTORES.	Precios.
1	Al pie del precipicio.....	C. Calvacho.....	4rs.
1	Consuelo.....	J. Alba.....	4
1	Cantones domésticos.....	J. Alba.....	4
2	El nido de la cigüeña...	J. Bergaño.....	6
1	El hijo de D. Damian.....	P. Escamilla.....	4
3	El collar de esmeraldas.	J. Aranaz.....	8
1	El festin de Baltasar....	J. Bergaño.....	4
2	El avaro de su amor....	M. Romero de Aquino.	6
1	La cruz roja en Alicante.	J. Alba.....	4
1	La tea de la discordia....	C. Calvacho.....	4
1	La novia ó la vida.....	C. Calvacho.....	4
1	Llegar á tiempo.....	E. Navarro y Gonzalvo.	4
1	La criada respondona....	C. Calvacho.	4
1	Por un descuido...	E. Navarro y Gonzalvo.	4
1	Pia y Flora.....	J. Bergaño.....	4
3	Tapas y medias suelas....	C. Calvacho.	8
1	Un lance de carnaval...	J. Bergaño.....	4
1	Una tostada.....	C. Calvacho.....	4

LA AVENTURA DEL COCHE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AVENTURA DEL COCHE

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALFREDO TESTONI

adaptada a la escena española por

ANTONIO F. LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el 23 de Noviembre de 1917

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 552

1917

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ALICIA, duquesa de San Marcos.....	Sra.	Plana.
DOÑA ANGELITA, madre de.....		Abrines.
MARÍA TERESA y..... ...		Banquer (M.)
NATI.....		Banquer (C.)
CONCHA, esposa de Fernández.....		Roig.
PEPITA CORTEJARENA		Ortiz.
REMEDIOS, esposa de Beltrán.....		Torres.
MISS BROWN.....		Valls.
ANTONIA, doncella.....	Seta.	Pardo.
AMALIA REPULLÉS.....	Sra.	Valls.
ALFONSO ARANA.....	Sr.	Navarro.
EUSEBIO GUTIÉRREZ.....		Sánchez Bort.
BLAS FERNÁNDEZ, alcalde.....		Rausell.
LORENZO RIVAS, arquitecto.....		Villarreal.
EMILIO BELTRÁN gobernador....		Aguirre.
JORDANA, periodista.....		Llano (M.)
ERNESTO BENÍTEZ.....		Torrecilla.
GASPAR.....		Sánchez París.
UN CRIADO.....		Ferré.

Criados, invitados

La acción en la capital de una provincia castellana

NOTA

Se ruega encarecidamente a los directores de escena que no hagan ningún corte ni supresión en el diálogo de esta comedia y que cuiden extraordinariamente su ensayo, pues la mayor parte de su éxito en Madrid fué debido a la prodigiosa interpretación que obtuvo.

ACTO PRIMERO

Una sala en casa de la familia de Gutiérrez. El mobiliario es moderno y decentito, pero de bazar. Las señoras de la casa han acumulado en la habitación toda clase de adornos para darle cierto tono elegante.

Una puerta al foro, que es la que más directamente comunica con la entrada de la casa, y dos laterales. La de la derecha da acceso a la sala, y la de la izquierda a las habitaciones interiores. Es por la tarde.

—

(Aparecen en escena MARÍA TERESA, que es una señora joven; DOÑA ANGELITA, su madre, señora de cierta edad, pero con pretensiones aún; NATI, hija también de doña Angelita, muchachita muy joven y vivaracha; AMALIA, modista provinciana, y ANTONIA, doncella de la casa, vestida de negro, con delantal, guantes y cofia. Las señoras visten trajes lujosos, pero algo más propios para calle que para casa. Rodean a la modista, escuchándola con religiosa atención.)

AMALIA El baile va a ser un acontecimiento.

ANG. ¿Y la de Cortejarena, la esposa del fiscal?

AMALIA Seda liberty color palo de rosa con adornos de oro viejo. (Interrumpiéndose.) ¡Pero por Dios, no me comprometan ustedes!

M. TER. No; diga, diga. ¿Y la gobernadora?

AMALIA (Con tono burlón.) ¡Oh, esa no puede encargar el traje a una modista provinciana!... Le ha mandado traer de Madrid... Me han asegurado que es de lance.

NATI ¿Qué se ha encargado Concha?

AMALIA ¿La señora del alcalde?

M. TER. Ya ve usted, es íntima de casa y no ha querido decirnos el traje que va a llevar.

AMALIA Ya saben ustedes que la viste la Catalana. ¡Así saldrá ella! Yo preguntaré a las oficialas.

ANG. Por Dios y por todos los santos, Amalia, no descuide usted el de mi hija. Es el primer baile a que asiste después de casada; la gente sabe que ha pasado seis años en Madrid codeándose con lo mejor... Se han de fijar mucho en ella.

AMALIA Descuide usted, doña Angelita, resultará de las más elegantes.

ANG. Conviene que tenga cierta originalidad. No hay que olvidar que la duquesa es una yanque, y estas mujeres se desviven por lo excéntrico.

AMALIA La idea de dar un baile por la noche y en el jardín ya es algo raro.

ANT. Pero también están adornando los salones del Palacio.

NATI Yo sí que voy a hacer el ridículo con mi trajecito blanco de la primera comunión.

ANG. ¡Quién va a conocerle, tontina!

AMALIA Se va a quedar monísimo con las flores de seda rosa y un pequeño escote bordeado de hojitas.

NATI No, no; yo le quiero muy escotado, muy escotado.

ANG. ¡Niña, niña!

NATI Yo no quiero que la duquesa se ría de mí y me tome por una paleta.

ANG. Más que a el traje ha de fijarse en tu educación, en que la hables en correcto inglés.

AMALIA ¿Ha aprendido usted inglés, señorita Nati?

ANG. En cuanto supe que se iba a dar esta fiesta le compré un manual de conversación, y lo está estudiando. Seguramente será la única de las invitadas que hable en inglés a la duquesa.

AMALIA ¡Cuidado que ha armado revuelo la recepción! No se habla de otra cosa. Por lo visto han repartido muchas invitaciones.

ANG. No tantas, no tantas... Sólo estamos invitadas las familias distinguidas de la capital... Con nosotras tuvo la duquesa una amabilidad extraordinaria, invitándonos el mismo día que le fuimos presentadas en casa del alcalde.

M. TER. Y no fué eso solo; nos preguntó qué día recibíamos para venir a visitarnos.

ANG. Le dijimos que los miércoles, y hoy vendrá.

ANT. ¡También ha sido capricho elegir el día de plancha!

M. TER. (Seria.) Antonia, ¿no tiene usted nada que hacer en la cocina? (Antonia hace mutis por la izquierda murmurando.)

AMALIA No tiene nada de extraño que la duquesa las visite. Como su yerno...

ANG. (Con una muequita de suegra desdeñosa.) Por eso, no... Mi yerno, al fin y al cabo, no es más que un modesto médico.

M. TER. (Picada.) Sin embargo, es un especialista en las enfermedades de los niños, que gozaba de gran fama en Madrid y que ha sido llamado dos veces al palacio del duque, a pesar de haber tan famosos médicos en la capital.

AMALIA Pero, ¿tienen niños los duques?

M. TER. No; le llamaron para asistir al duque, que es un viejo muy delicado... Si le llamasen de nuevo, Alfonso tiene decidido variar de especialidad.

ANT. (Con una cesta de flores.) Estas flores acaban de traer.

ANG. Las he encargado yo.

ANT. También han venido dos caballeros a informarse de la salud del señorito.

AMALIA ¿Está malo don Alfonso?

ANG. ¡Qué ha de estar! Se habrán enterado del pequeño percance que le ocurrió ayer. Se hizo una cortadura, sin importancia, con un cristal... Nati, María Teresa, a ver los jarrones para las flores.

AMALIA Con el permiso de ustedes me retiro.

(Entra EUSEBIO por el foro. Es un hombre de unos sesenta años, pero fuerte y sanote.)

EUS. Buenas tardes.

AMALIA Muy buenas, señor coronel, y enhorabuena.

EUS. ¿Por?...

AMALIA Por la presidencia del Tiro Nacional.

EUS. ¡Bah! Yo no hago caso de esas cosas; pequeñas vanidades de las que soy enemigo. (A su mujer.) Oye, al entrar me ha parecido ver en el recibimiento al criado de Lorenzo Rivas.

ANG. (Tratando de variar de conversación.) Sí... Bueno, Amalia, en usted confiamos.

AMALIA No tiene usted nada que decirme. Buenas tardes. (Vase por el foro, despedida hasta el umbral de la puerta por Nati y Eugenia. Antonia hace mutis acompañándola.)

ANG. Podías guardar las preguntas para mejor ocasión.

EUS. ¿Qué?

ANG. Lo del criado... Sí, es Gaspar. Lorenzo, tan amable como siempre, nos lo ha cedido por unas horas.

EUS. ¡Ah, ya!... Para cuando venga la duquesa. No me gustan las vanidades; pero es buena idea. (Mirando en derredor y riendo.) ¡Qué gracia tiene! El aspecto de esta habitación ha cambiado por completo. ¿Y la mesa de despacho y la librería de Alfonso?

M. TER. Fué una idea que se le ocurrió a mamá. Como la gobernadora tiene varios salones para recibir y la de Cortejarena tres, por los que hace atravesar invariablemente a todas las visitas ..

ANG. No tener más que una sala es una ridícu. lez. (Con énfasis.) Nosotras hoy tendremos dos.

EUS. No me gustan esas cosas, pero reconozco que es una buena idea. (Desenvuelve un paquete de cuadros que trajo envueltos en un periódico y dejó al entrar sobre una silla.) No creais, que yo tengo también las mías, a pesar de mi natural modestia.

ANG. (Con vivo interés.) A ver, a ver, ¿qué has comprado?

EUS. No he comprado nada; he mandado poner marco a mis diplomas y a mis títulos... No es vanidad, es sencillamente por alegrar un poco las paredes... Los pondremos aquí.

ANG. (Indignada.) Pero, ¿estás loco, Eusebio??

M. TER. ¡Pero, papá, en un salón de recibir!

GASPAR (De frac, aparece en el foro. Es viejo y tiene un gran tipo; es un criado decorativo. Precede a Alfonso, al que recoge el bastón y el sombrero.)

ALF. (Es un hombre que ha pasado de los treinta y cinco años, buen mozo, algo enterado de ello; simpático, alegre y naturalmente elegante, pues viste con sencilleza. Mira con curiosidad a Gaspar, que hace una reverencia y desaparece.) ¡Ah, pero si es Gaspar, el ayuda de cámara del arquitecto!... ¿Qué significa?...

ANG. (Contrariada.) Nada... Ha venido para ayudar a Antonia.

M. TER. ¿Cómo te encuentras, Alfonso?

ALF. Perfectamente; fué un arañazo sin importancia. (Mirando a su alrededor.) Pero, ¿qué pasa aquí? (Con extrañeza.) ¿Una mudanza?

M. TER. No, hombre... como va a venir la duquesa....

ANG. Me parecía de muy mal gusto hacerla atravesar un despacho para pasar a la sala.

ALF. Pero ¿y mi mesa?

ANG. En la cocina.

ALF. ¡En la!...

ANG. Está cubierta de periódicos.

ALF. ¿Y si viene un enfermo?

ANG. ¡Ya sería casualidad!

ALF. ¿Y mis papeles, mis libros, el carnet de las visitas?...

ANG ¡Para lo que te sirve!...

ALF. ¿Es que tengo yo culpa de que en esta población los niños se crien sanos y fuertes?

M. TER. Hemos hecho esta modificación para recibir con más decoro a esa gran señora que nos honra con su visita.

ALF. Yo creo que lo mejor era recibirla con toda sencillez; la sinceridad ante todo.

EUS. Este es de los míos. La modestia también tiene su buen tono.

M. TER. Es una señora muy amable; dinos si es cierto, tú que la conoces mejor.

ALF. Sumamente amable y muy linda. Llena de vida y de alegría, con un carácter tan original como atrayente... Ha causado una verdadera revolución en esta vetusta ciudad. Apuesto a que ya vosotras habeis empezado ha pensar en los trajes para la recepción.

M. TER. ¡Ya verás, ya verás qué elegante va tu mujercita!

ALF. (Cómica invocación.) ¡Dios mío, haz que caigan muchos clientes!

M. TER. (Riendo) Hombre, por humanidad pídele también que te ayude a salvarlos!

ALF. Bueno, que caigan muchos aunque se levanten pronto.

ANG. Haces bien en pedir milagros, porque de otro modo dudo de que conozcan tu letra en las farmacias.

ALF. Creo conocerme, y sé muy bien que no soy una eminencia, pero tampoco una nulidad.

Lucho con el anónimo, cosa horrible en mi carrera... pero paciencia, con constancia y trabajo irán aumentando los pocos clientes de ahora... O un golpe de suerte me los dará de una vez.

EUS. ¡Eso, eso! ¡Si tuvieses la suerte de que le ocurriese una gran desgracia a un torero estando tú de servicio!

NATI. ¡Papá, por Dios! (Ríen.)

EUS. ¡No os riais! Es que confío en que Alfonso haría una cura maravillosa, y los periódicos le pondrían por las nubes. ¿Qué enfermo podía interesar en España más que un torero?

ALF. Hay otro medio de alcanzar lo popularidad y de acreditarme como médico: dedicándome a la política. ¡Así que no tendría yo fama si hubiese sido ministro!

ANG. ¿Es por eso acaso por lo que te metes en empresas periodísticas?

ALF. (Riendo.) ¡Tal vez!

ANT. (Entra con una bandeja.) El correo.

M. TER. A ver, trae. (Antonia deja la correspondencia y vase.) ¡Cuántas cartas tienes hoy! Toma, *El Eco liberal.*

ANG. Dámele, que leo el folletín.

EUS. Hombre, parece mentira que teniendo tú acciones de ese periódico no haya dado la noticia de lo del Tiro Nacional... Y no es que me gusten a mí esas cosas...

M. TER. (A Alfonso, que abrió varias cartas.) ¿Cómo recibes hoy tanta correspondencia?

ALF. (Riendo.) Todas nuestras amistades que se interesan por mi salud, deseando que no tenga importancia la herida. ¡No sé cómo ha podido enterarse toda la población de esta tontería!

EUS. ¿Ves? Un arañazo sin importancia basta para que la gente se ocupe de ti. ¡Si viniese el suceso extraordinario conquistabas la celebridad!

GASPAR (Anunciando.) La señora de Fernández.

EUS ¡La mujer del alcalde!

M. TER. ¡Concha! (Sale a su encuentro.)

CONCHA (Joven y guapa. Lujoso traje de visita. Trata en vano de disimular su excitación nerviosa.) No se molesten ustedes por mí. He venido demasiado temprano, ¿verdad?

M. TER. (Besándola.) Tonta, tú no eres una visita; eres cosa de la familia.

ALF. (Saludándola) ¿Y nuestro amigo el alcalde?

CONCHA Está muy atareado estos días a causa del duque. El Ayuntamiento tiene que hacer los honores a tan ilustre huésped.

ANG. (Mirando al reloj.) ¡Las cuatro! ¡Vamos, hijas, acabemos de arreglar esto. Vamos a colocar las flores y a ordenar la sala. Tú, (A EUSEBIO.) el papel de Armenia. (Da a EUSEBIO unas tiras de papel de Armenia, que éste enciende.)

EUS. No me tienes que decir nada. (Vase, agitando el sahumerio.)

(Doña Angelita, María Teresa y Nati vanse por la derecha, llevándose las flores y después de haber repartido un buen puñado de ellas en los búcaros y jarrones de los muebles.)

CONCHA (Tan pronto como desaparecen los precitados personajes se deja caer en una butaca.) ¡Estamos perdidos!

ALF. (Volviéndose sobresaltado.) ¿Qué dice usted?

CONCHA ¡Que estamos perdidos! (Con desesperación.) ¡Por qué se nos ocurriría ayer tomar el maldito coche!... Mi marido...

ALF. (Dando un brinco.) ¿Lo ha descubierto?

CONCHA No... aun no... Pero al volver a casa lo primero que ha hecho ha sido comunicarme la noticia de su herida.

ALF. (Sorprendido.) Pero, ¿lo ha sabido también él?

CONCHA ¿Quién no lo sabe a estas horas? ¡Lo ha publicado el periódico!

ALF. ¿*El Eco Liberal*? (Alarmadísimo.) ¡Ahora me explico el por qué de todas esas cartas y tarjetas!... ¡Por vida del... Nunca lee nadie el periódico y justamente hoy... (Buscando). ¡Vaya, le ha cogido mi suegra! Pero, ¿qué dice?

CONCHA Aquí traigo yo un número. (Saca el periódico del bolso.)

ALF. (Desdoblándole nerviosamente.) ¿Dónde está? (Leyendo.) «Accidente desgraciado. Ayer, en la ronda de San Antonio, fuera de las murallas, por haber resbalado el caballo volcó un coche de alquiler en que paseaba el doctor don Alfonso Arana y su distinguida esposa... El famoso especialista en enfermedades de la infancia se causó una ligera herida en la mano derecha a consecuencia de la

rotura de un cristal y su señora tuvo la suerte de salir indemne... Es censurable que por el mal estado de los paseos de las afueras ocurran estos accidentes... Debe el señor alcalde dar un paseíto por las rondas...»
(Desplomándose en una silla.) ¡Qué atrocidad!... ¡Mi mujer!... ¡Si lo leen estamos perdidos!... Vaya usted allá dentro y con cualquier pretexto quíteles el periódico.

CONCHA ¡Ay, por Dios, no me comprometa usted! Cuando yo le decía que me daba el corazón...

ALF. ¿A usted? ¡A mí sí que me lo daba! Siempre he tenido un sagrado temor a los coches para las aventuras amorosas. ¡Ah, si me hubiese hecho usted caso! ¿Por qué no quiso usted ir al sitio que le indicaba?

CONCHA ¡No me reproche usted, Alfonso; era lo único que me faltaba, después de haber caído en sus brazos!

ALF. ¡Qué más podía pedir yo!... Hasta la fecha el único que cayó fué el caballo.

CONCHA Cierto que nada serio tengo que reprocharme; pero... ¡Cuidado, que viene Lorenzo!

GASPAR (Levantando el cortinón y anunciando con solemnidad.) Pase usted... Mi señorito.

LOR. (Hombre maduro; pero de buen ver, elegante y simpático.) No hace falta anunciarme, hombre, ya me conocen. (Riendo, da una palmadita en el hombro a Gaspar y éste desaparece.) ¡Señora!... (A Alfonso.) Celebro verte. ¿Qué tal la herida? Acabo de leer...

ALF. Perfectamente. (Levantando la voz.) ¡Perfectamente! (Con ira.) ¡Me he curado ya! ¡No tengo nada! ¡Nada!

LOR. (Sorprendido.) Más vale así; pero tu mujer se habrá asustado.

ALF. (Cada vez más molesto.) ¡Qué se ha de asustar!

LOR. Enhorabuena.

CONCHA Justamente, también yo estaba felicitando al doctor. Con su permiso, voy a saludar a las señoras. (Vase por la derecha.)

LOR. Generalmente, leo el periódico cuando voy a cenar; pero hoy me encontré al repartidor en la escalera... (Enseña un ejemplar.)

ALF. (Quitándoselo.) Muy bien; pero no veo la necesidad de que vayas ondeándole como si fuese una bandera.

LOR. Pero, ¿se puede saber lo que te pasa? Estás de un humor insoportable.

ALF. ¿A mí? ¡Nada en absoluto!... ¡Al contrario! (Momento de indecisión.) Bueno... pues sí, amigo del alma... Me ha ocurrido un percance muy lamentable. Necesito el consejo de un hombre como tú.

LOR. Habla, habla.

ALF. Necesito hacerte esta confidencia. (Secándose el sudor.) La dama que ha volcado conmigo no era mi mujer.

LOR. ¡Ah!... Entonces, ¿cómo se explica la noticia de este periódico?

ALF. Ahí está el punto grave. Al ocurrir el vuelco acudió gente de la que tomaba el sol por las murallas, y yo, como puedes suponer, me dí mucha prisa para dejar la posición tan incómoda en que me encontraba y me corté la mano al romper el cristal del lado opuesto para que mi compañera de infortunio pudiera salir en seguida del coche, alejándose a escape mientras yo, a unos conocidos que se habían aproximado, les decía que iba a dar un paseo por el campo en compañía de mi mujer.

LOR. ¡Claro, siempre que quiere uno meterse a dar explicaciones en casos tan comprometidos, dice una tontería!

ALF. (Preocupado.) Y el castigo no se ha hecho esperar. Al volver a casa dije que me había cortado con un frasquito y nadie dió importancia al arañazo; pero he ahí que el dichoso periódico se apresura a publicar esa estupidez.

LOR. Es lógico, hombre, eres accionista, se interesa por ti, te hace el reclamo de la especialidad... y aprovecha la ocasión para combatir al alcalde como enemigo político.

ALF. (Resuelto.) Mandaré recoger la edición.

LOR. ¿Pero estás loco? ¡A buena hora! En todo caso, di que la información está equivocada.

ALF. Es que subsiste el hecho; tampoco puedo negar lo evidente.

LOR. Pero, dispensa, ¿cómo se te ocurrió ir en un coche de punto?

ALF. ¡Eso es lo que me pregunto yo también!... Pero tímida ella, un poco cohibido yo por-

que esto no es Madrid. Ella me dió venia para que le expresara mi amor, siempre con la condición de que había de ser platónico...

LOR. Y a ti se te ocurrió que para expresársele bastaba un coche de punto.

ALF. Sí, era el tercer paseo que dábamos.

LOR. ¡Hombre, eso ya es mucho!

ALF. Eso mismo pensaba yo... y ya ves, al tercer paseo, cuando iba ganando terreno...

LOR. ¡Le faltó al vehículo!

ALF. ¿Qué hago ahora?

LOR. En efecto; la situación es comprometida, especialmente en lo que se refiere a tu mujer.

ALF. No es solo ella la que me preocupa... La familia es la que me da miedo.

LOR. Sin contar con las complicaciones y conque tendrás que preocuparte de la que ha volcado contigo..

ALF. ¡Ah, desde luego! Ella no puede resultar comprometida en lo más mínimo. Su nombre permanecerá en el misterio.

LOR. A mí no tienes que decirme quién es.

ALF. (Exaltado.) ¡Ah, eso jamás!

LOR. Porque ya lo sé... Pero, vamos, anímate, es tan imbécil...

ALF. ¿Quién?

LOR. El marido, el alcalde. Por ese lado nada tienes que temer.

ALF. ¡Es que no hemos cometido ningún delito!

LOR. Hombre, esos paseos tan espirituales...

ALF. Pero no le hemos engañado... Lo único que engañábamos era el tiempo.

ANT. Señorito, un caballero pregunta por usted.

ALF. ¡Otro que vendrá a interesarse por mi salud!

ANT. Dice que es un redactor de *El Eco Liberal*.

ALF. (Se levanta de golpe y corre hacia un extremo de la habitación.) ¡Dile que dé gracias a mi suegra por haberse llevado de aquí la mesa donde guardo el revólver!

JOR. (Presentándose.) Perdone usted, doctor, soy yo que deseaba saber...

ALF. ¡Señor mío!... (A Antonia.) Puedes retirarte. (Vase la doncella.)

JOR. Veo que está usted bien y me alegro infini-

to; así en el número de mañana podremos decir...

ALF. ¡Que me he levantado la tapa de los sesos! Ya puede usted ir haciendo la información, le daré datos...

LOR. No haga usted caso, joven. Lo que hace falta es que no vuelvan ustedes a hablar del accidente, y si no hubiesen publicado la noticia...

JOR. ¿Es que no está usted contento de la forma cariñosa, del pequeño reclamo que le hacemos y del puyacito al alcalde? No debe haber leído bien. (Saca un ejemplar del periódico.)

ALF. ¡Hágame usted el favor de no sacar más ejemplares! (Se le quita y le esconde.) ¡Parece mentira que la tirada sea tan grande y que nos siga costando dinero la publicación!

LOR. La noticia que han publicado ustedes no era exacta.

JOR. ¿No?... ¡Ah, pues rectificaremos!

ALF (Indignado.) ¿Rectificar? (A Lorenzo.) Pero, no oyes? ¡Rectificar ahora! (A Jordana.) Pero, ¿me hace usted el favor de decirme por qué se mete en lo que no le importa?

JOR. Doctor, yo creo...

LOR. (Procurando tranquilizar a Alfonso.) No hables tan alto.

ALF. (Con la misma indignación, pero con voz reconcentrada.) Deje usted que los caballos se caigan cuando les plazca y que las carreteras estén convertidas en lodazales.

JOR. (Cada vez más confuso.) ¿Como copropietario del periódico me aconseja usted que desprecie los sucesos y desaproveche las ocasiones de combatir a los enemigos políticos?

ALF. Lo que deseo es que nadie se ocupe de mis percances personales.

LOR. Procura que no te oigan, hombre; vente a esta habitación. (De mala gana se lleva a Alfonso por la izquierda. Jordana se queda asombradísimo en el centro de la habitación.)

GASPAR Pase usted, señor alcalde.

BLAS (A Gaspar, extrañado.) Caramba, ¿está usted aquí hoy?

GASPAR Sí, señor; por una tarde.

BLAS ¿Cómo por una tarde?

GASPAR Como estuve la semana pasada en casa de usted. Voy a avisar a las señoras.

BLAS No, espera, no vayas; yo no hago visitas nunca. Solo quiero ver al doctor.

GASPAR ¡Ah, entonces!...
(Medio mutis.)

BLAS Hola, Jordana. Quería saber cómo sigue el doctor. ¿Es grave la herida?

GASPAR (Deteniéndose.) ¿Qué, está herido?

JOR. ¡Ah, no lo sé!... Si se tratase del mordisco de un perro, había para creer que el doctor estaba ya hidrófobo.

BLAS Dispense; pero no entiendo.

JOR. Figúrese usted que me ha armado un escándalo porque hemos dicho que deseamos que cure pronto! (Saca otro número del «Eco».) Lea usted y dígame si el suelto puede ser mas amistoso.

BLAS A propósito; bueno me pondrán ustedes mañana con motivo del nuevo presupuesto. ¿Ha estado usted en la sesión?

JOR. Sí, señor; y diré que es usted el alcalde modelo, el hacendista más grande que han conocido los tiempos.

BLAS ¿De veras?

JOR. ¡Usted lo leerá!

ANT. (Por el foro, con más cartas.) Todas estas cartas... (Se detiene.)

BLAS (Sacando otro ejemplar de «El Eco Liberal.») Voy a ver qué dice usted de la herida del doctor.

ANT. Ustedes perdonen. ¿Dice el periódico que el señorito está herido?

GASPAR (Con gran interés.) ¿Lo pone el papel?

ANT. Hace usted el favor de enseñármelo?

JOR. Aquí lo tiene usted. (Entregándole el periódico.) Fué un vuelco sin importancia, cuando paseaba ayer en coche con su esposa.

ANT. ¿Con quién? ¿Con la señorita María Teresa? Ese es un error. La señorita no salió ayer de casa en todo el día.

BLAS ¿No salió?... En ese caso...

ANT. (Picarescamente.) Tal vez fuese otra...

JOR. ¡Una incógnita!

BLAS ¡Encerrada en un coche con él! ¡Qué suerte tienen algunos hombres!

ANT. ¡Una aventura!

BLAS ¡Así se explica su ira!

JOR. Y el temor a que se lea el periódico.

ANT. ¡Quién podía figurarse!... Un señorito tan

formal... que ni conmigo se ha atrevido nunca.

BLAS Pues es preciso salvar a mi amigo a toda costa. Una cosa es la política y otra la amistad personal.

JOR. Claro, pobre doctor.

ANT. Hay que evitar que las señoritas conozcan el hecho.

GASPAR Eso, porque si no menudo zipizape se armaría.

BLAS A ver, ustedes, Antonia, Gaspar, ustedes pueden ayudarle mucho.

ANT. No tenga usted cuidado.

BLAS Que no lean el periódico.

ANT. Descuide usted. (Vase por el foro.)

GASPAR Yo estaré con cien ojos. Cuidado que aquí vienen. (Vase.)

JOR. Yo no sé si escurrirme...

BLAS Quedamos en que tratará usted muy bien con motivo del presupuesto...

JOR. ¿Está usted loco? Pedimos la destitución.

BLAS ¿Pero no decía usted?...

(ALFONSO entra por la izquierda, pero al ver a Jordana se precipita iracundo hacia él. En seguida se reprime y hasta finge una sonrisa.)

ALF. ¡Caramba, Jordana, usted por aquí... Vendrá por las pruebas de aquel articulito mío ¿verdad? Ya se las mandaré, no quiero entretenerle. (Le acompaña hacia el foro y le obliga a hacer mutis.)

JOR. Lo sé todo, doctor. (Movimiento de sorpresa de Alfonso.) ¡Animo! (Mutis.)

(DOÑA ANGELITA, MARÍA TERESA, NATI y después EUSEBIO han ido saliendo por la derecha,)

ANG. (Aparte a Lorenzo.) Muchas gracias por habernos enviado a Gaspar.

LOR. No vale la pena.

M. TER. Hola, señor alcalde, cuanto bueno...

EUS. Su esposa acaba de marcharse.

ANT. (Saliendo por el foro.) Preguntan por usted, señorito.

ALF. (Preocupado viendo que doña Angelita tiene el periódico en la mano.) ¿Han dicho lo que desean?

ANT. Saber como sigue usted.

ALF. (Sin poder reprimir un movimiento de impaciencia.) ¿Y qué les importa? ¡Estoy perfectamente, que me dejen en paz!

M. TER. No sé por qué te molestas.

ALF. ¡Voy a despacharlos porque no digan ustedes! (Mutis por el foro.)

ANG. No te entretengas que va a venir la duquesa.

BLAS Ayer, en mi calidad de alcalde, tuve el honor de ir a presentar mis respetos al embajador.

ANG. ¿Sí? Supongo que *El Eco* hará el relato de la visita. (Dispónese a desdoblar el periódico. Gran turbación por parte de Blas y Lorenzo. Antonia y Gaspar discuten visiblemente detrás de una cortina.)

GASPAR (Entrando muy resuelto.) Señora..

ANG. ¿Qué? ¿La duquesa?

GASPAR Vengo a decir a la señora que no ha llegado todavía. (Todos se miran extrañados.)

ANG. Bueno, muchas gracias, puede usted retirarse.

EUS. Le acogerían a usted muy bien.

BLAS Sí, con mucha amabilidad.

M. TER. ¿Y qué le dijo a usted el duque?

BLAS Nada... no me dijo nada.

EUS. Vamos, usted es demasiado modesto, seguramente elogiaría las reformas de la población. A ver, Angelita, trae el periódico.

ANG. Toma. (El mismo movimiento de antes por parte de los demás.)

ANT. ¿Ha llamado usted, señorita?

ANG. (Con sorpresa.) Yo no.

ANT. Me pareció... Usted perdone.

LOR. (Impidiendo a Eusebio desdoblar el periódico.) Es hombre de pocas palabras el duque.

M. TER. Pero la duquesa, porque ella estaría presente...

BLAS Sí, pero tampoco me dijo nada.

M. TER. A ver, papá, que no lees ni dejas leer.

LOR. (Arrancando casi el periódico de manos de Eusebio,) *El Eco Liberal* no tratará del asunto por no dedicar elogios a Fernandez.

ANG. ¿Pero esa dama es realmente inglesa?

BLAS Norteamericana, yanque hasta la punta de los pies.

EUS. Creo que es fabulosamente rica.

BLAS Enormemente Me dijeron que estuvo a punto de casarse con un príncipe real.

M. TER. Y ha acabado por casarse con un viejo.

BLAS Pero archimillonario.

LOR. Creo que su vida en América era bastante original. Amiga de aventuras...

ANG. Nati, vé a ver si Antonia ha preparado el té. (Vase Nati con gesto de mal humor.)

BLAS Yo también he oído contar que allá en su tierra era una mujer un tanto libre.

EUS. Vamos, que es una aventurera en toda regla.

TODOS ¡Tanto como aventurera!...

NATI Aquí está Ernesto.

ANG. ¡Mi sobrino!

NATI (Aparte a Lorenzo.) Con que dígame usted, ¿es una aventurera?

LOR. ¿Quién?

NATI La duquesa mamá; me ha mandado salir justamente para preguntarlo.

LOR. ¡Vamos, chiquilla!

(ERNESTO saliendo por el foro. Es el Petronio de la población.)

ERN. Buenas tardes. (Con mucho interés a María Teresa.) ¿Saliste realmente ilesa, indemne, como dice el periódico?

M. TER. ¿Indemne?

ERN. Sí, mujer, del percance de ayer. Lo refiere *El Eco Liberal*. (Le entrega un ejemplar del periódico.)

ANT. (Sale y se adelanta corriendo.) ¿Ha llamado la señora?

ANG. ¡No hemos llamado! ¡Qué manía!

BLAS ¿Me permite usted que eche una mirada por el periódico?

M. TER. Pero vamos a ver, ¿qué pasa aquí? Parece que hay una conspiración para evitar que se sepa...

ANG. Es verdad, ya había notado yo algo... Lee, lee, vamos a ver...

ERN. Aquí lo tienen ustedes. (Leyendo.) «Accidente desgraciado. Ayer, fuera de las murallas por haber resbalado el caballo, volcó un coche de alquiler en que paseaba el doctor don Alfonso Arana y su distinguida esposa...»

NATI, ANG., EUS. Pero ¿dice eso?

M. TER. (Le quita el periódico y sigue leyendo.) «El famoso especialista en enfermedades de la infancia se causó una ligera herida en la mano derecha a consecuencia de la rotura de un cristal y su señora tuvo la suerte de salir indemne...»

EUS. (A María Teresa.) De manera ¿que has volcado?

M. TER. ¡Yo, no!

LOR. Por lo visto es que han confundido a Alfonso con otro.

NATI ¡Pero si Alfonso está realmente herido en la mano!

ERN. ¿Que está herido?

ANG. Por lo que a él se refiere el relato del periódico es exacto.

M. TER. También puede que sea exacto lo demás... solo que la distinguida esposa no era yo...

NATI ¡Su amante de fijo!

ANG. ¡A ver si te callas, Nati!

EUS. Nati, vé a ver si Antonia ha preparado el té.

NATI ¡Y dale con el té!... Debieran ustedes haberme mandado salir antes, porque ya me he enterado de que mi cuñado tiene una amante. (Vase.)

LOR. A mí me parece que este suelto es un solemne infundio.

ANG. Usted perdone, Lorenzo, pero ya es inútil que intenten ustedes burlarse de nosotras.

M. TER. (Con energía.) ¡De manera que mi marido se pasea en coche con una mujer mientras a mí me hace creer que está dedicado a su profesión! ¡Muy bien!

ERN. (Escandalizado.) ¡Es indigno!

LOR. Usted perdone, María Teresa, pero a mí me parece...

M. TER. ¡Tenía una amante!... Pues bien, que la disfrute a sus anchas, pero lo que es nosotros no hemos de permanecer en esta casa ni un día más.

EUS. ¿Marcharnos nosotros? No, hija mía, nosotros somos cuatro y él... él es solo, por lo tanto él es quién se debe marchar.

ERN. ¡Muy bien dicho!

BLAS No precipitemos las cosas, caballeros.

LOR. Lo primero es enterarse de lo ocurrido por el propio Alfonso.

M. TER. Lo que más me indigna es que haya intentado hacer creer a la gente que la mujerzuela que le acompañaba era yo.

ANG. Sí, eso es indecente

M. TER. ¡Ah, pero yo me enteraré de quién era!

ERN. ¡Vaya si la descubriremos, no faltaba más!

ANG. A ver si por el suelto del periódico podemos deducir algo. (Salen a relucir todos los ejemplares de "El Eco.")

(ALFONSO entra apresuradamente y se dispone a hablar, pero se queda callado al observar la actitud de los personajes y mira angustiosamente a Lorenzo.)

LOR. (Encogiéndose de hombros.) ¡Chico!...

ANG. Por nuestra actitud ya puede usted figurarse que lo sabemos todo, caballero.

EUS. Su conducta no puede ser más censurable.

NATI ¡Una amante!

ANG. (Secamente.) Nati, vé a ver si...

NATI Si está listo el té... ¡Ya me lo figuraba yo! (Mutis.)

ALF. No comprendo...

M. TER. (Agitando el periódico lo mismo que los restantes personajes.) Acabamos de leer el periódico que con tanto empeño nos ocultabas.

ALF. ¿Quién ha sido el que?...

EUS. Nuestro sobrino Ernesto fué el que inocentemente nos abrió los ojos.

ALF. ¡El tenía que haber sido!

ANG. ¡Comprometerse en una aventura ridícula, propia de Madrid, no de una población moral como esta!

ALF. (Recobrando su aplomo.) Al fin y al cabo con la única persona con quien tengo que disculparme es con mi mujer, pues con ella me he casado y no con ustedes. Ante ella me explicaré.

EUS. Sí, inventando alguna mentira.

ANG. Por Dios, no levantéis tanto la voz que están a punto de llegar las visitas.

ALF. Tiene usted razón. Ya hablaremos de esto. Yo ahora me marcho.

EUS. A visitar a tus niños ¿no es eso?

ALF. A veces mejor se puede tratar con niños que con personas mayores. (Mutis.)

ERN. Eso lo ha dicho por tí, tío.

EUS. (Indignado.) ¿No ha sido por tí?

ANG. ¡Es la primera vez que se ha atrevido a levantarnos el gallo!

M. TER. ¡Qué modo de sincerarse!

ANG. (Viendo entrar a Gaspar.) Callad por Dios que viene alguien. (A María Teresa.) Cuidado con perder la serenidad y que se te conozca el disgusto. Lo que hay que hacer es tratar de adivinar quién era la del coche. A lo mejor es una amiga íntima

GASPAR (Anunciando.) La señora de Cortejarena.

ANG. (Saliendo a su encuentro.) Pase usted, Pepita. (Cambio de cumplidos.)

(PEPITA, señora joven y guapa, admirablemente vestida, sale por el foro.)

PEP. Siento no poder estar con ustedes más que unos minutos.

ANG. ¿Tiene usted muchas visitas que hacer?

PEP. No, es que el médico me tiene ordenado el ejercicio, el aire del campo. (Todos hacen un gesto muy significativo y cambian miradas como diciéndose: «¿Será esta? ¡Cuidado, exploremos!» Todo esto ha de ser muy marcado.)

EUS. Ya, ya... ¿Con que paseitos por el campo, eh?

PEP. A diario.

ANG. Por las murallas, seguramente.

PEP. Sí, es lo más pintoresco.

EUS. Pero tenga usted cuidado, señora, es muy peligroso.

M. TER. (Fijando con insistencia la mirada en Pepita.) Ayer, al dar un paseo en coche volqué yo, yo misma.

ANG. Sí, señora, volcó ella.

PEP. ¿De veras? ¡Cuanto lo siento! No sabía nada. A mí no me gusta el coche, aparte de que lo que me ha recomendado el médico es andar mucho. Por eso siempre voy a pie.

(Angelita, María Teresa, Eusebio, Ernesto y Blas se miran mutuamente meneando la cabeza y como diciendo: «¡No es ella!»)

GASPAR (Anunciando.) La señora gobernadora.

ANG. ¡Remedios!

(Sale REMEDIOS por el foro. Joven también y muy elegante.)

REM. Hola, amigas mías. (Besos y saludos.) He tenido noticia del percance que le ha ocurrido.

ANG. ¿Por el periódico?

REM. No, por mi marido, ya pueden ustedes figurarse, como él está en todo...

EUS. Es de suponer.

ERN. Para eso es la primera autoridad.

REM. ¿Realmente fué usted la que volcó?

M. TER. Sí, yo misma.

REM. ¡Ah!

ANG. ¿Por qué decía usted eso?

REM. Nada... es decir, si ha sido usted la que ha volcado no hay indiscreción al decirles que en el gobierno se creía que no era usted la que iba con su marido.

TODOS (Se levantan de golpe y preguntan a una.) ¿Quién era?

REM. ¿Pero?...

EUS. Diga, diga...

ANG. Estamos en el secreto.

M. TER. Sólo nos falta averiguar el nombre de la individua.

REM. Pues eso es lo que tampoco se sabe en el gobierno. La policía no lo pudo averiguar.

EUS. ¡Lo de siempre!

(Todos se sientan con desilusión.)

PEP. ¿De modo que no fué usted la que volcó?

ANG. No, Pepita, no fué ella, y lo que tratamos es de averiguar...

PEP. (Entre ofendida y asombrada.) ¡¡Ah!!...

ANT. (Entra precipitadamente seguida de Nati.) Ha parado un automóvil en la puerta.

ANG. La duquesa, seguramente.

(Este anuncio despierta gran interés en todos los reunidos. Los dueños de la casa se muestran inquietos y echan una última ojeada a la habitación. Las otras señoras componen los detalles de sus tocados.)

EUS. (A Nati.) No olvides el saludo en inglés.

NATI (Aparte también.) Descuida.

ANG. (A María Teresa.) Sal a su encuentro, hija mía. (Enojada.) Pero risueña, no con esa cara de duelo. No es de buen tono.

(María Teresa se dirige hacia el foro.)

GASPAR (Aparece en el umbral levantando la cortina y dice con su acento más solemne.) La señora duquesa de San Marcos. (Todos se ponen en pie. Aparece la DUQUESA ALICIA; es una mujer joven, muy bella, muy elegante. Su traje es del último modelo, original y atrevido, pero no extravagante. Es la dama que se siente muy por encima de cuantos la rodean, pero no se aprovecha de ello. Se divierte al notar las preocupaciones que suscita y observa en los demás hasta el gesto más insignificante, pero es sumamente afable, extremadamente atenta. En fuerza de amabilidades quiere hacerse perdonar su superioridad. Al entrar se detiene, examinando con gran curiosidad a Gaspar, en seguida avanza decidida hacia los que la esperan.)

EUS. Señora...

(Todos hacen una profunda reverencia.)

ALICIA Les ruego que no se molesten por mí.

ANG. Es un honor muy grande el que usted nos dispensa al visitar esta casa.

NATI (Pronunciando trabajosamente.) Madam, I have

the honour to wish you good day. (Pronúnciese: Mádam, ai jav si óner tu uich gud de.)

ALICIA Thank you, dearl girl. (Pronúnciese: Ttzank yu.) (Sonriendo.) Muy bien; hasta en inglés. La felicito a usted, señorita. (La besa.)

M. TER. (Presentando.) Mi padre.

EUS. Duquesa, permita usted que bese su mano.

ALICIA Caballero...

M. TER. Mi primo...

ALICIA Mucho gusto. ¿Y el doctor? (Se sienta y todos la imitan.)

ANG. Salió para visitar a unos enfermos, pero supongo que no ha de tardar.

ALICIA Celebraré mucho verle; somos muy amigos... ¡Es tan simpático el doctor!... ¡Oh, la señora gobernadora, no me había fijado... Perdóneme.

REM. (Pronunciando trabajosamente. It is really not wot the trouble. You thanks. (It is riali not uerz si treubl. Ttzank yu.)

(Angelita y Eusebio hacen un gesto de sorpresa.)

ALICIA ¿Usted también, señora de Cortejarena? (Saluda con efusión a Pepita.)

PEP. ¿How do you do? (¿Au du yu du?)

ALICIA (Asombrada.) ¿Very wel; thank you, madam, And how areyou? (Veri uel, ttzank yu mádam. And au ar yu?)

(Pepita quiere contestar, pero no acierta.)

BLAS (Avanzando con solemnidad.) Excelentísima señora...

ALICIA ¡Oh, nuestro caro alcalde! (Se levanta y todos la imitan.) Se ha reunido en esta casa lo mejorcito de la población.

BLAS Yo no hablo inglés, pero...

ALICIA No hace falta, no se apure, según puede ver, ahora en España, prefiero el castellano. (Se han sentado.)

EUS. Y lo habla usted con rara perfección.

ALICIA No tiene gran mérito. Mi facilidad para los idiomas es grande; de pequeñita tuve una doncella española, y luego, al casarme, me pareció que el mejor homenaje para mi marido era hablarle en su idioma. Y ahora, últimamente no he querido venir a España hasta hablar el castellano a la perfección. Juzgué que esta era la mejor prueba de simpatía que podía dar a los españoles, por los que tengo muchas.

LOR. [redacted]ñar.

EUS. (Presentando.) Don Lorenzo Rivas, arquitecto.

ALICIA (Alargándole la mano.) ¿Pariente de ustedes?

ANG. Como si lo fuera, duquesa; íntimo de toda la familia. (Indicando la puerta de la sala.) Si quiere usted tener la bondad de pasar a la sala...

ALIC'A (Acomodándose.) Muchas gracias.

(Las señoras de la casa se muestran un tanto contrariadas.)

EUS. Acaso se encontrase usted más a gusto...

NATI Aquí tenemos otra salita...

ALICIA Me encuentro aquí muy bien, y quien se encuentra bien que no se mueva, según reza un antiguo refrán.

LOR. ¿Americano?

ALICIA No, español. En América se diría tal vez: Quien se encuentre bien que siga moviéndose a ver si se encuentra mejor.

NATI
PEP.
REM. (A un tiempo.) ¡It is lovely! (Se quedan algo cortadas.)

ANG. Si nos hiciera usted el honor, querida duquesa, de aceptar una taza de té..

ALICIA Con muchísimo gusto.

(Angelita toca el timbre y aparece Gaspar.)

ANG. El té.

(Gaspar hace una reverencia y desaparece.)

ALICIA (Saludando a Gaspar con una sonrisa.) ¡Ah, ya decía yo!

ANG. ¿Qué?

ALICIA ¿No lo saben ustedes? Soy una admiradora suya. Me llamó la atención la primera vez que le vi. Es Wagner, la misma fisonomía; un poco más joven que en los retratos que vulgarmente se conocen. Wagner redivivo.

ANG. (Azorada y respondiendo en seguida.) Es raro, nosotros le tenemos a nuestro servicio desde hace algún tiempo y no nos habíamos fijado.

LOR. (Disimula una sonrisa e interviene en la conversación para variarla.) Le parecerá a usted muy monótona la vida de esta vetusta población.

ALICIA Al contrario, me encantan estas poblaciones antiguas y tranquilas; al mismo tiempo yo hago una vida muy activa, como habrán podido observar. Doy largos paseos a caballo, hago excursiones en auto, sola muchas

veces, porque como mi marido se pasa la vida encerrado en sus habitaciones cuidando achaques imaginarios... Ayer, sin ir más lejos, di un larguísimo paseo en coche.

M. TER. ¡Ah! ¿Usted también pasea en coche?

ALICIA Oh, me gusta mucho; es más tranquilo que el automóvil, se goza más del paisaje.

NATI (Cada una con una taza se disputan el honor de ofrecérsela a la duquesa, diciéndole:) If you please.

PEP. (Pronúnciese: If yu plis.)

REM. (Angelita, que ha cogido una taza, tropieza con la que lleva Nati y sobre la falda del vestido de Alicia caen unas gotas. Consternación general.)

NATI ¡Ay, Dios mío; qué contrariedad más grande!

ANG. ¡Y precisamente en la falda!

TODOS (Rodean a la duquesa lamentando el percance con las frases: ¡Qué pena! ¡Qué lástima! ¡Qué contrariedad!)

ALICIA (Riendo de muy buena gana.) ¡Pero por Dios, no se preocupen ustedes!

ANG. Se va a quedar la mancha. A ver, trae enseguida un vaso de agua.

ALICIA Nada, no se apuren ustedes por tan poca cosa. Volveré a mi casa con una mancha, ¡qué más da! No será la primera ni tampoco la última.

M. TER. Pero si es que tiene usted que hacer más visitas...

ALICIA Pues las haré con el traje manchado. Miren ustedes, ayer mismo, tal vez se lo hayan contado, tuve que ir a visitar a la señora de... de... no recuerdo el nombre en este momento... A la señora del Rector del Seminario.

REM. Usted perdone, el Rector del Seminario es el padre Ranero...

ALICIA (Riendo.) ¡No, no; tiene usted razón! La señora del director del Instituto... Bueno, pues llevaba en la falda un desgarrón de lo menos una cuarta de largo, aquí precisamente... ¡Figúrense!

M. TER. ¿De veras?

REM. ¿Es posible?

ANG. ¿Y cómo fué eso, si no es indiscreción?

ALICIA (Divirtiéndose al ver el interés que ha despertado su relato.) ¿Quién sabe? Tal vez al apearme deprisa del coche... ¡Qué sé yo! Lo cierto es que me encontré con un desgarrón tremen-

do cuando aún tenía que hacer fuera de casa.

EUS. ¡Qué raro!

ALICIA Eso mismo dijo mi marido al verme entrar: ¡Qué raro! Naturalmente, le contesté con una carcajada. (Ríe.)

(Se miran unos a otros y ríen también.)

ANG. Y tal vez el duque se enojase...

ALICIA ¡No! Rió conmigo.

LOR. No se dice en vano que son ustedes un matrimonio modelo, una pareja feliz.

ALICIA Así es en efecto; nos forjamos la ilusión de que nos hacemos felices el uno al otro.

[redacted]

¿Cómo que se hacen la ilusión?

Claro; en este mundo para ser dichoso basta creer que lo somos en realidad... Tal vez sea la única forma de serlo... (Riendo.) Pero, por Dios, no vayamos a hacer filosofía alrededor del roto de una falda. (Después de echar una ojeada la habitación.) ¡Cuánto me gustan estos hogares provincianos! Me parece que así han de vivir más cerca los unos de los otros, que han de sentirse más unidos... ¿Ustedes viven juntos suegros y yerno?

LOR. Y muy felices.

ALICIA No me cuesta trabajo creerlo. De fijo que el doctor es un yerno modelo.

M. TER. (Subrayando un poco la frase.) Como yerno.

ALICIA ¿Y como marido no? (A María Teresa.) ¿Celosa pues? ¿De veras tiene usted celos? Pero, ¿de quién ni de qué...? A lo más algún desgarrón sin consecuencias.

LOR. (Riendo.) Eso es: algún desgarrón... como el de usted ayer.

ALICIA (Riendo también.) Eso es... o bien alguna que otra manchita sobre la fe jurada, como mi manchita de hoy.

(Angelita mira a Lorenzo. Eusebio mira a Blas. María Teresa parece cada vez más preocupada.)

M. TER. El caso es...

ALICIA A mí me parece que al fin y al cabo debe ser un motivo de satisfación para su amor propio tener por un marido un hombre que les gusta también a las demás mujeres. (Nuevas miradas entre los personajes.) ¡No puedo yo decir tanto!

LOR. Tiene usted una lógica encantadora, duquesa.

ALICIA Nada, que en el fondo esos celos son una satisfacción. Y que este es un hogar feliz no cabe duda. La felicidad parece que flota en las habitaciones. Un detalle, un adorno parece decirnos algo de la dicha de la dueña de la casa y en esta habitación todo es alegría...

EUS. Tenemos también otra salita...

ALICIA Sí, ya me lo dijeron ustedes antes.

REM. (Levantándose.) Duquesa, he tenido un verdadero placer.

ALICIA ¿Se retira usted ya?

PEP. Y yo también.

REM. I have the honour to wish you good day. (Pronúnciese: ai jav si óner tu uich yu gud de.)

PEP. I have the honour to wish you good day.

ALICIA (Saludando amablemente a las dos señoras.) Hasta el miércoles próximo si es que no tengo el gusto de ver a ustedes antes.

BLAS Yo también me retiro con la venia de usted.

(Pepita, Remedios y Blas, salen por el foro, y Eusebio invita a Alicia a pasar a la salita. Ella lo hace acompañada de María Teresa, Eusebio, Ernesto y Nati. Doña Angelita vuelve de acompañar a Pepita y Remedios y llama a Lorenzo, que se dispone a pasar también a la sala.)

ANG. Lorenzo.

LOR. ¿Qué desea usted, doña Angelita?

ANG. (Animada.) Hay que ir a buscar á Alfonso a escape, no hay más remedio; se ve claramente que la duquesa está prolongando la visita por verle.

LOR. ¿Lo cree usted así?

ANG. Se ve a la legua. (Animándose a cada palabra.) ¡Qué mujer más encantadora! Qué distinción, qué elegante desenfado... Y demuestra tener un interés vivísimo por Alfonso... Por otra parte, todas esas cosas raras que le han sucedido ayer, su manera de pensar... Creo que también lo ha notado el alcalde... y hasta mi marido, que no es ningún lince, me ha mirado dos veces como diciéndome...

LOR. (Que ha escuchado con mucho interés.) De modo que en concepto de usted... aquella mujer de ayer, la del coche... puede que fuera ella...

ANG. (Sin poder contener su satisfación.) ¿A usted también se le ocurre suponerlo? ¿Lo ve usted?

Una duquesa... una embajadora.. De ser así... ¿No le parece a usted?... De ser así la cosa variaba bastante... Y Alfonso, hay que reconocerlo, obraba perfectamente, dejando adivinar que se trataba de su mujer... Reconozco que siempre ha sido un caballero.

LOR. ¡Qué duda tiene!

ANG. Por Dios, Lorenzo, no deje usted de buscar en seguida a Alfonso. Yo no puedo faltar más tiempo. (Vase por la derecha.)

LOR. (Sigue con la mirada a Angelita hasta que desaparece mostrando primero sorpresa y después satisfacción, que se dibuja en una sonrisa, y cuando va a dirigirse hacia el foro ve entrar a ALFONSO, serio y preocupado. Se dirige a su encuentro con cara alegre.) Alfonso, hijo mío, voy a salvarte.

ALF. ¿Qué dices?

LOR. Elige. ¿Prefieres la lucha terrible a todas horas, las escenas de celos, el espionaje y por último la bomba final con el descubrimiento de la verdadera dama del coche, o quieres que todo se acabe pacíficamente?

ALF. ¿Se puede saber qué quieres decir con eso?

LOR. Por el pronto ten presente que lo malo de tu aventura estriba en que todos nosotros suponemos que se trata de un cualquiera, quiero decir, de una mujer de nuestra clase, de la esposa de...

ALF. (Fuerte.) ¡Lorenzo, por Dios!...

LOR. Por eso juzgamos el escándalo con un criterio natural desde el punto de vista de nuestro medio ambiente; pero una vez que tu aventura se salga de lo normal, que la veamos rodeada de una aureola de conquista, de orgullo casi para la población, entonces la opinión de todos nosotros, personas todas de una moralidad intachable, se modifica con arreglo al interés moral y hasta material que tu aventura pueda proporcionarnos. (Grave y resuelto.) Pues bien, para que lo sepas, la mujer que ayer se hallaba contigo en el coche era ni más ni menos que la duquesa de San Marcos.

ALF. (Dando un brinco.) ¿Estás loco? (Riendo.) ¿Y tú te figura-?.. ¿De ese modo vas a salvarme?... ¡Gracias, hombre, no sabes cuánto te lo agradezco! (Se dispone a marcharse.)

LOR. Ten cuidado, que aquí está la Duquesa.

ALICIA (Saliendo.) Cuando les digo que les envidio su nido... (Viendo a Alfonso.) ¡Ah, querido doctor, he preguntado por usted no sé cuántas veces!

(Antonia y Gaspar recogen el juego de té y ordenan las sillas con lentitud para enterarse de la conversación. Angelita observa atentamente a la Duquesa.)

ALF. (Azorado, al ver que Lorenzo no deja de mirarle, besa la mano a la Duquesa.) En cuanto he sabido que estaba usted aquí me he apresurado a venir.

ANG. Anda siempre tan atareado el pobre con sus enfermos.

ALICIA Ya me lo figuro. Sin embargo, espero que aproveche un ratito para visitarnos a nosotros. ¿No saben ustedes que el doctor ha conquistado por completo a mi marido? Esta mañana me confió un proyecto que acariciaba desde que vino a su ciudad natal. Quería dejar una fundación, un recuerdo que le sobreviviese, y como ha perdido ya toda esperanza de tener sucesión ha decidido construir un hospital para los niños de los demás. Hospital y asilo, algo que sea útil. ¿Qué les parece a ustedes la idea?

ANG. ¡Oh, no puede ser más noble!

LOR. Como de un hombre como el Duque.

ALF. No tengo palabras para...

ALICIA (A Alfonso.) Excuso decir que el Director del hospital ha de ser usted. Nadie más indicado. Mi esposo quiere también que usted se encargue de la construcción para que sea con arreglo a las exigencias de la ciencia, así es que buscaremos el arquitecto que crea más conveniente...

EUS. (Indicando a Lorenzo.) Justamente tenemos aquí al mejor arquitecto de la capital.

ALICIA ¡Ah, muy bien! Por mi parte, como yo no he de residir aquí, dejaré nombrada una junta protectora y para ello cuento desde luego con las damas aquí presentes.

(Las señoras a excepción de María Teresa, dan las gracias efusivamente.)

ALF. Iré a dar las gracias al Duque en nombre de mis pobres enfermitos.

ALICIA Sí, aprovechemos esta simpatía que tiene por usted él siempre tan enemigo de los médicos, para que usted vele por su salud sin que él se aperciba. Créame que me preocu-

pa mucho su estado y justamente deseaba saber su opinión... Con el permiso de ustedes.

ANG. No faltaba más, señora. (Se aleja de ellos.)

ALICIA. No, no es ningún secreto.

LOR. Bien; pero los médicos son algo así como los confesores.

(Los personajes cruzan expresivas miradas.)

ALICIA (Que forma grupo con Alfonso lejos de los demás.) ¿Me da usted su palabra de que no ha mentido piadosamente al decirme que los achaques de mi marido son más imaginarios que reales?

ALF. Mi palabra. Pura aprensión; y se comprende que se preocupe tanto un hombre que al final de su vida ha reunido todas las felicidades.

ALICIA Es usted muy galante. (Le da la mano.) Y un millón de gracias por la tranquilidad que me da. (Volviéndose hacia los demás.) Señores, ya es hora de que dé por terminada mi visita.

ANG. Duquesa, por nuestro gusto la retendríamos aún muchas horas.

EUS Hemos tenido un verdadero honor...

ALICIA Amigos míos, nada de cumplidos; no lo consiento.

ANG. Alfonso la acompañará hasta el automóvil.

NATI (Adelantándose.) Adieu for the present. (Pronúnciese: Adiú for si présent.)

ALICIA Thank you. (Por Gaspar que espera en el umbral.) Aquí está nuestro estupendo Wagner.

GASPAR I am quite at your service. (Pronúnciese: Ai am cuátit at yur servis.)

ALICIA ¿También él habla inglés? ¡Muy bien, hombre!

(Todos hacen grandes reverencias a la Duquesa y esta sale por el foro acompañada de Alfonso.)

ANG. (Con entusiasmo.) Es lo que se dice una gran dama.

EUS. Parecía que era amiga nuestra de toda la vida.

ANG. Y el recibimiento nos ha salido divinamente, ¿verdad?

EUS Lástima que por abusar tanto del inglés haya comprendido que todas las frases las han aprendido en el mismo manual.

LOR. (Con mucho tacto.) Pero ella las ha agradecido

lo mismo y tengo la seguridad de que ha de repetir la visita.

EUS. Nos ha demostrado tanta simpatía...

NATI Particularmente a Alfonso.

(Todos asienten.)

M. TER. Precisamente.

ANG. (Mirando a Lorenzo.) Nati, siempre has de decir inconveniencias... La simpatía se explica perfectamente... Como ha salvado a su marido...

LOR. Claro, ella siente un impulso de gratitud...

M. TER. Y no ha podido demostrárselo mejor que yéndose a pasear con él en coche...

ANG. ¿Tú crees que ha sido ella?

ERN. ¡No lo ha de creer!... Me parece que la cosa no puede estar más clara. (Mirando con lástima a María Teresa.) ¡Engañada una criatura como tú por ese tipo!... ¡Debes vengarte!

ANG. ¿Quieres callarte?

EUS. Oye, Nati; vé a ver si...

NATI El té ya se ha servido.

ANG. Bueno, pues retírate un momento.

NATI (Entre dientes al hacer mutis.) En cuanto una conversación comienza a ser interesante...

ANG. ¿Sabes, María Teresa, que me parece que tus celos dan a las cosas unas proporciones exageradas?

M. TER. Todo lo que ustedes quieran, pero por lo pronto todos ustedes han sospechado como yo... Ayer precisamente paseaba en coche...

LOR. (Con maña y como si no se diese cuenta de sus palabras.) Y el desgarrón...

M. TER. ¡Eso es, y el desgarrón del vestido!

LOR. En efecto, todas las circunstancias...

M. TER. Y sus excentridades, sus originales ideas sobre la fidelidad conyugal, ese constante mirar a Alfonso...

ERN. ¡Hasta quiere hacerle un hospital!

LOR. No precipitemos las cosas... Aun admitiendo que la dama que iba en el coche con Alfonso fuese ella...

M. TER. ¡Que lo era!

LOR. ... No por eso se puede afirmar que sea su amante.

M. TER. ¡Sea como sea; yo no voy a la recepción!

ANG. ¿Cómo que no? ¡Después de que te has mandado hacer expresamente un traje!...

M. TER. Y vosotras tampoco debéis ir.

ANG. Dispensa, hija, pero estas son ridiculeces propias de una provinciana.

EUS. Sin contar que tendrás que hacer lo que te mande tu marido.

ANG. Que es un hombre lleno de buen sentido.

EUS. Que sabe perfectamente lo que se hace.

ALF. (Entrando.) La Duquesa me encarga que reitere a ustedes sus afectos.

(Todos, menos María Teresa y Ernesto, dicen muy satisfechos: Gracias.)

M. TER. Por mi parte no los acepto.

ERN. Muy bien dicho.

ALF. (Después de haber interrogado a Lorenzo con la mirada.) ¿Qué pasa ahora? ¿Qué les has dejado suponer?

LOR. (Sonriendo.) Pero si yo no...

ANG. (Afable.) No te enojes, Alfonso, ya hemos justificado tu proceder.

EUS. (En el mismo tono.) Alfonso, por Dios, ¿crees que no somos unas personas de mundo que saben hacerse cargo de las cosas?

ALF. (Después de mirar con extrañeza a Lorenzo.) En fin, quiero que me digas...

LOR. ¿Qué he de decirte? Nadie me impide suponer que la dama que iba ayer contigo no fuese la Duquesa.

ALF. (Con un arranque de evidente sinceridad.) ¡Eso es mentira!

ANG. ¡Qué dignidad!

EUS. ¡Cómo se ve la nobleza del caballero!

ALF. (A Lorenzo, enojadísimo.) ¡Tú no puedes honradamente acusar a esa mujer!

LOR. (Dominando la voz de Alfonso.) ¿Qué es eso de acusar? ¿Quién ha de atreverse a suponer que ella hubiese ido en busca de una aventura vulgar como una mujer cualquiera? No, no es eso, tal vez al ir de paseo encuentra a Alfonso, por el que abriga una simpatía vivísima, irresistible...

M. TER. ¿Están ustedes oyendo?

LOR. Pero inocentísima... Manda subir al doctor en su coche... (Alfonso, poco a poco, acaba por compartir las ideas de Lorenzo a quien sigue con la mirada y remeda con el gesto repitiendo con el movimiento de los labios las palabras y acalorándose cada vez más al ver el gran efecto que en los presentes produce el discurso.) ¿Quiere usted acompañarme? —¿De veras no molesto?— Al contrario.—Y

entonces Alfonso no se niega a complacerla. Alfonso vive en una familia donde los caballeros son nobles, y una negativa por su parte, tras no ser galante, podía parecer algo así como una cobardía.

EUS. ¡Muy bien!

LOR. En América un paseo en coche representa el medio más cómodo para hablar entre amigos. Pero en España los coches de alquiler vuelcan con una frecuencia aterradora. Alfonso, que se hace cargo de las cosas, al ver acudir gente, recuerda que no está en América, que aquí no se concibe que dos amigos den un inocente paseo por el campo, y como es un caballero, no puede entregar a una dama a las bastardas maledicencias de la muchedumbre. Y es justamente en aquel momento supremo cuando su corazón le sugiere el nombre más puro, el más amado, y dice para disipar toda sospecha malévola: ¡Es mi esposa!.. Y ante esa palabra sagrada la muchedumbre le deja paso respetuosamente; y la dama, temblorosa, sí, pero honesta, dirige sus pasos hacia el hogar doméstico con las ropas destrozadas, pero con la frente alta y serena.

(Alfonso, al terminar Lorenzo su discurso, se limpia el sudor de la frente. Está tan fatigado como si hubiese hablado él mismo. Angelita se ha conmovido hasta lagrimear. Eusebio y Nati están entusiasmados, y Antonia y Gaspar asoman las cabezas por el foro y siguen el relato sin parpadear. María Teresa y Ernesto aparecen algo desorientados y sin saber qué decir.)

EUS. En su caso no hubiese yo obrado de otro modo.

ANG. Alfonso, tu conducta es magnánima.

NATI Parece cosa de una novela.

ALF. (Perplejo.) Bien; pero echemos un velo sobre todo lo ocurrido y que no se hable más del asunto... En cuanto a ti, María Teresa...

M. TER. No; vamos por partes. Los demás se han conformado con unas palabras, muy elocuentes por cierto, pero yo, en cambio, exijo pruebas... y aun así... ¡quién sabe! (Digna, se va por la izquierda)

ERN. Bien dicho; pruebas, pruebas, fehacientes. (Vase.)

ANG. (Amable a Alfonso, que se ha quedado muy mortifica-

do.) No te preocupes, hijo mío... yo me hago cargo de las cosas... No tienes tú la culpa de tener esa finura... ese atractivo tan especial... (Mutis por la izquierda.)

EUS. No te preocupes, hombre; aquí estamos nosotros que no somos unos suegros de sainete. ¡Animo, don Juan!... Oye, si la duquesa te habla de la administración del asilo, dile que yo estoy dispuesto a ayudarle en su obra. (Mutis.)

NATI (Muy infantilmente.) ¡Adiós, conquistador! (Mutis.)

ALF. (Atontado.) ¡Pero en qué enredo me has metido, desgraciado!

LOR. (Satisfecho.) ¡Si te he salvado!... ¡Animo, conquistador! (Vase por el foro. Alfonso se sienta abrumado. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un elegantísimo salón en el palacio de los Duques de San Marcos.

Al foro, una serre con muchas plantas, sillones de mimbre, veladorcitos, etc. Por los cristales del fondo se verá el jardín profusamente iluminado.

En el salón, puertas en los laterales. Las de la derecha comunican con otros salones; las de la izquierda con las habitaciones del Duque.

Muebles suntuosos, cuadros, tapices, etc., etc. El mobiliario y el decorado del salón han de dar idea de la gran fortuna del Duque y del buen gusto de la Duquesa.

Luz eléctrica en un aparato central y en otros laterales.

—

ERN. (Estrenando su primer frac, muy elegante, muy relamido, entra por la serre dando el brazo a su prima NATI, que viste de blanco.) Aquí se puede fumar.

NATI Y yo podré admirar despacio toda tu elegancia. Hijo, no te falta detalle.

ERN Sin chanzas, ¿no estoy bien? ¿no resulto elegante?

NATI No, porque se ve que te empeñas en aparecerlo. Todo tan nuevecito, tan a propósito... Alfonso es el verdadero elegante; parece que no se cuida de su aliño, y, sin embargo, siempre está bien. A su lado me pareces un alcalde de pueblo en día de gran fiesta.

ERN. Eres la única que me dices eso... La Duquesa, ya has visto, se ha apresurado a llamarme y me ha encargado que haga bailar a las muchachas.

NATI No es para ufanarse. Con el mismo fin ha hecho venir al pianista.

ERN. Caramba, Nati, vienes esta noche muy mordaz.

NATI Es que hoy luzco el primer escote y he decidido dejar de ser ingenua.

ERN. A mí se me figura que tienes ya demasiada experiencia, primita.

NATI Figúrate; como que desde hace cuatro años me hacen retirar a otra habitación siempre que se va a hablar de algún lance escabroso.

ERN. Razón de más...

NATI Era la forma de indicarme lo que debía escuchar detrás de las puertas... Según vuestras ideas, las muchachas no comenzamos a ser listas hasta después de casadas; así que, siquiera por amor propio, no tenemos más remedio que procurar enterarnos de algo un poco antes.

(Durante el anterior diálogo se ha estado oyendo dentro una orquesta que interpreta un vals. Momentos después de cesar la música van entrando en escena por la serre, y por la derecha, DOÑA ANGELITA, EUSEBIO y LORENZO. Por la serre cruzará, sin entrar en escena, alguna pareja. Todos los caballeros visten de frac y las señoras han procurado rivalizar en el lujo de sus «toilettes».)

ANG. Nati, ¿no ha venido aún María Teresa?

EUS. (Que luce un buen golpe de condecoraciones.) Tampoco he visto a Alfonso.

ERN. Ni yo; y ya falta poco para media noche.

LOR. Algunos invitados han iniciado el desfile.

ANG. Ernesto, echa una mirada por ahí fuera a ver si han llegado.

ERN. Con mucho gusto. (Vase.)

ANG. El Duque me ha preguntado por él.

EUS. Y a mí me ha preguntado la duquesa.

LOR. No deja de preocuparme este retraso.

ERN. Seguramente es culpa de la modista; se empeñó en ir a vestirla para corregir los defectillos, y cuando nosotros nos vinimos ya se le había enviado el segundo recado... Me da mucha rabia también por la gobernadora... ¡Se da unos aires la muy tonta con su traje mandado traer de Madrid!... Si no viene a tiempo María Teresa, seguirá pasando por la mejor vestida.

ERN. (Entra corriendo.) Aquí viene Alfonso.

ANG. ¡Alabado sea Dios!

(Todos se dirigen hacia el foro.)

EUS. (A Alfonso.) ¿Y María Teresa?

ALF. No ha venido.

ANG. ¿Que no ha venido?

TODOS ¿Cómo es eso? ¿Por qué?

ALF. (De malhumor.) Cuando ustedes salieron de casa, María Teresa aun no había empezado a vestirse.

ANG. Por culpa de la dichosa modista. Sigue.

ALF. Yo fuí a ponerme el frac y después volví para rogarle que procurase despachar pronto. ¡Nunca lo hubiese hecho! Comenzó por decirme que me consumía la impaciencia por venir aquí... En fin, la consabida escena de celos que con tanto éxito venimos representando hace unos días... Por último, se echó a llorar desconsoladamente, y cuando Dios quiso que mis juramentos y mis palabras consiguiesen tranquilizarla, tenía los ojos rojos e hinchados y el vestido empapado en lágrimas. Nueva desesperación, más llanto y más manchas... Y he tenido que venir yo solo para que no estuviesen ustedes con cuidado, pues no conseguí convencerla para que saliese de su tocador.

ANG. ¡Has hecho bien!

EUS. ¿Y qué van a decir los duques?

ANG. ¡Esa hija mía es tonta de capirote!

NATI Cuidado, que aquí viene la Duquesa.

ALICIA (Muy elegante y con valiosas alhajas.) ¡Hola, querido doctor! ¡Dichosos los ojos! Usted llega cuando los demás se marchan.

ALF. (Besándole la mano.) Duquesa, me ha sido imposible venir antes a tan encantadora fiesta.

ALICIA ¿Y su esposa?

ALF. Me ha encargado que le pida a usted mil perdones... Desde hace algunos días se halla algo indispuesta, y esta noche, cuando ya iba a salir...

ANG. Se agravó.

EUS. Intentó sobreponerse a su malestar, pero...

ALF. No me atreví a traerla con harto sentimiento de los dos.

ALICIA (Con interés.) ¡Lo lamento mucho! Pero supongo que no será nada de cuidado, ¿verdad?

ALF. No tiene importancia. Le agradecemos a usted mucho su interés.

ALICIA Me tranquiliza usted. Espero que mañana cuando venga usted a visitar al Duque me dirá que está por completo restablecida.

ALF. ¿Acaso el Duque no se siente bien?

ALICIA Sí, muy bien; pero esta noche se fatigó algo y se ha retirado a sus habitaciones. (A miss Brown, mujer de tipo marcadísimamente inglés, que salió un momento antes.) [redacted]

BROWN [redacted]

ALICIA Por fortuna está de un humor encantador y hasta le encuentro menos aprensivo que de ordinario. (Alegre.) De seguir así las cosas, querido doctor, el día que nos vayamos usted recibirá el beso de ritual.

ALF. ¿El beso de ritual? ¿Qué es ello, Duquesa? (Todos escuchan con interés el relato que hace Alicia jovialmente.)

ALICIA ¡Ah! ¿No saben ustedes? En algunas localidades de mi país natal, el médico no recibe honorario alguno; su profesión se considera como un sacerdocio, como una misión caritativa, y al terminar la curación del enfermo, el médico recibe por toda recompensa un beso.

LOR. ¿Del enfermo?

ALICIA Y de toda la familia... ¡Comprenderán ustedes que costumbre tan patriarcal está muchas veces complicada con ósculos muy efusivos!

ALF. Decididamente, América es el país del progreso.

EUS. Y de la economía.

ALICIA Perdonen ustedes, me olvidaba de mis deberes de dueña de la casa. (Va hacia el foro para despedir a algunas personas. Los demás charlan en grupos y desaparecen.)

(Entra REMEDIOS por el foro, elegantísima; no debe olvidarse que su «toilette» ha llamado la atención de todos. Al verla Alfonso se dirige muy solícito a ella y la besa la mano.)

ALF. Señora gobernadora...

REM. ¡Por fin se le ve! ¡Qué tarde ha venido usted! (Solos.)

ALF. Es cierto, demasiado tarde para el deseo que tenía de admirarla. Hasta las señoras me habían ponderado su *toilette*.

REM. ¿Y la impaciencia era solo por admirar mi vestido?

ALF. Por admirarle en usted.

REM. ¿Y María Teresa?

ALF. No ha venido; se halla indispuesta.

REM. Comprendo. (Se sonríe maliciosamente.)

ALF. ¿Qué comprende usted?

REM. (Con intención.) Quería decir que a usted le agradará más venir solo a esta casa... según acostumbra.

ALF. En efecto, señora; vengo solo, pero en mi calidad de médico.

REM. Del Duque, claro. (Siempre sonriendo.) Enhorabuena, querido doctor.

ALF. ¿Por qué motivo?

REM. Vamos, no se haga usted de nuevas. La Duquesa no perdona ocasión para alabar su ciencia.

ALF. No deja de ser un buen reclamo.

REM Tanto, que yo tengo decidido llamarle a usted en cuanto me ponga enferma... si me lo permite mi marido. ¿No sabe que tiene celos de usted?

ALF. Es muy lisongero para mí, pero supongo que no tendrá celos como médico; así es que me permito rogar a usted que tenga la bondad de ponerse enferma muy pronto, y de ese modo tendríamos ocasión por fin de conocernos un poco más de cerca.

REM. ¡Como si no me conociera usted bastante a estas horas!

ALF. ¡No todo lo que yo quisiera!.. Sólo a la cabecera de un enfermo es donde un médico puede formar su cabal juicio...

REM. ¡O perderle!... Usted tiene ya muchas enfermas a que asistir.

ALF. Usted sería la que más me preocupase.

REM. Iré estudiando una enfermedad interesante, un padecimiento chic.

ALF. ¿No siente usted alguna opresión en el pecho? Será preciso reconocerle.

REM. ¡Por Dios, eso es demasiado! ¿No le asombraría a usted encontrarme de pronto tan *mala*?

ALF. A mí me parecería usted muy buena.

CONCHA (Por el foro, del brazo de EMILIO BELTRAN.) Aquí tiene usted a su esposa, señor gobernador.

EMILIO (Hablando a Remedios, pero sin dejar de mirar a Alfonso.) Hace un rato que te estoy buscando por el jardín.

REM. Hacía demasiado fresco.

EMILIO En cambio aquí hace demasiado calor. (Saludando a Alfonso.) Buenas noches, doctor. (A Remedios.) Ya te indiqué que deseaba retirarme temprano. Vé a disculparte con la Duquesa.

REM. Diré que estoy algo indispuesta.

EMILIO (En seguida.) No; tú estás perfectamente. Dí que yo soy el enfermo.

REM. Vamos cuando gustes.

EMILIO (A Concha.) ¿Me da usted permiso, señora?

CONCHA ¡No faltaba más!

(Se saludan todos.)

REM. Adios, Concha.

EMILIO Buenas noches. (Se dirigen hacia el foro. Remedios tose con fuerza.) ¿Toses?

REM. Me parece que me he enfriado en el jardín. (Mutis.)

CONCHA Veo que no pierde usted el tiempo, doctor. Acaba de llegar y ya le sorprendo muy entretenido con la gobernadora... Tenga cuidado; es usted la preocupación de los maridos y éste no es tan ciego como otros. (Pausa.) ¿Y María Teresa?

ALF. Se ha quedado en casa. Hemos tenido una escena de celos.

CONCHA (Como si lo lamentase.) Pero no por mí... me figuro.

ALF. No; por fortuna, no ha hecho ni la más pequeña alusión a usted.

CONCHA ¡Claro!

ALF. ¡Y pensar que sospecha en cambio de una dama que no tiene le menor culpa!... Le doy a usted mi palabra de que tengo un gran cargo de conciencia. ¡Hasta pena me da!

CONCHA Si he de ser sincera... le confieso que a mí también me da pena.

ALF. ¿A usted?

CONCHA Eso de oir decir a cada instante y a todo el mundo que es usted el amante de la Duquesa... ¡me causa hasta rabia!

ALF. Eso sí que no lo creo.

CONCHA Cierto que no se ve envuelto mi nombre en el escándalo, pero no es tampoco nada halagüeño verse postergada por otra.

ALF. Que no existe.

CONCHA Pero todo el mundo lo cree así... Hasta mi marido dice que el amor de la Duquesa le ha trastornado en otro hombre, le ha hecho más aristocrático, le ha puesto de moda...

Es humillante para mí. ¡Mi marido y yo siempre acabamos riñendo por estas cosas!

ALF ¡Por Dios, para inspirarle sospechas!

CONCHA A veces hasta lo preferiría a esta situación.

ALF Bien sabe usted que todo es una mentira, muy lamentable, pero muy necesaria para salvar su reputación.

CONCHA De todos modos, se le envidia a usted por ella, cuando yo sola...

ALF. ¡Cuánto de amor propio hay en el amor de todas las mujeres!

CONCHA Parece que me rehuye usted.

ALF. Hay que tener prudencia; parece que todo el mundo no tiene otra cosa que hacer que vigilar mis pasos...

CONCHA Cuando el hombre es prudente es que ha dejado de querer.

ALF. ¡Qué injusta es usted, Concha!

BLAS (Entra con LORENZO y se para detrás de Alfonso.) ¡Hola, Alfonso!

ALF. (Un tanto cohibido.) ¡Hola!... Estaba charlando con su señora.

BLAS ¡Mujer! ¿A qué le haces perder el tiempo después de que ha venido tan tarde? La Duquesa desea verle. Vaya usted; con nosotros está cumplido.

ALF. ¡Y a mí qué me importa la Duquesa!

BLAS ¿No?... Puede que le necesite para preguntarle algo urgente con referencia a la salud de su marido.

ALF. ¡No tolero ciertas bromas!

BLAS Hombre, entre nosotros... Ande, ande; como alcalde, se lo ruego en nombre de los intereses de la población. (Dando el brazo a Concha.) Vamos.

(Se van por el foro.)

ALF. (Que está a punto de entregarse a un ataque de cólera.) ¿Estás viendo lo que ocurre?... ¡Y pensar que todo te lo debo a ti, estúpido!

LOR. Pero ¿de qué te quejas, dichoso mortal? Eres el hombre del día; ya debías haberlo comprendido.

ALF. Lo único que comprendo es que cuanto más hago para destruir tu burda patraña más y más se creen las gentes que soy yo su preferido... ¡Y pensar que jamás me he permitido dirigirle una sola palabra que no haya sido respetuosa!

LOR. Eso lo creo sin que te esfuerces.

ALF. Cada vez que me encuentro ante ella, tiemblo pensando que haya podido llegar a sus oídos algún rumor.

LOR. No, eso no es fácil. El mundo en que vive ella está demasiado lejos del nuestro... Y por otra parte, a ti te ha proporcionado, en cambio, unas ventajas nada despreciables... ¿Te atreves a negarlo, granuja?

ALF. (Sonriendo a pesar suyo.) Hombre... sí... en efecto, parece que el escándalo me ha abierto las puertas del éxito. En unos días he andado más camino...

LOR. Que la famosa tarde del coche.

ALF. Verdad es que caro me cuesta. Mi mujer no me deja vivir con sus celos...

LOR. Pero tu suegra, en cambio, es otra.

ALF. Sí, un raro fenómeno. Ahora le ha dado por admirarme... Mi suegro me envidia, mi cuñadita me abruma a cuidados... Y para la doncella soy una especie de don Juan Tenorio.

LOR. En cuanto a la dama del coche, también parece que ha cambiado... y muy favorablemente.

ALF. ¡Calla, por Dios!

LOR. Por otra parte, tu posición también ha cambiado, ¡digo! Te has puesto de moda, se te llama a las casas para admirarte, para conocer de cerca tus extraordinarias dotes de seducción. Tú soñabas con ser el médico de los niños; pero a este paso se te conocerá por el médico de las damas... (Subrayando.) O por ambas cosas.

ALF. Sí, ya es una popularidad que abochorna. ¿Para qué negarlo? Debido a tu calumnia contra esa pobre doña Alicia marcho viento en popa por todos conceptos, y hasta creo que soy dichoso. ¡Ese es mi remordimiento!...

LOR. Tranquilízate. Dentro de un mes, todo lo más, los duques se habrán marchado, y aquí paz y después gloria.

ALF (En un suspiro.) ¡Si que es un consuelo!

LOR. Sí; desde luego pierdes el mejor de tus clientes y momios como el asilo...

ALF. Y el encanto de ver a todas horas una de las mujeres más bonitas y sugestivas del mundo.

LOR. Cuidado, chico; según dicen, en América hubo un caballero que perdió el juicio por ella.

ALF. Pues me parece que en España está ocurriendo algo peor todavía; aquí toda una población se ha vuelto loco por esa mujer.

LOR. Tampoco es nuevo el caso. Sabes que nos han dicho personas del mayor crédito que también subievó un pueblo durante una propaganda electoral.

ALF. Verdades y mentiras, son ya tantas las cosas extraordinarias que nos han contado de esta mujer tan encantadora, que a mí me parece una heroína de exótica película hecha carne y hueso para trastornar el juicio a unos pobres provincianos...

ANG. (Seguida de EUSEBIO, NATI y ERNESTO.) No te encontrábamos. Mira, nosotros nos vamos.

LOR. ¿Tan pronto?

EUS. Está desfilando todo el mundo.

ALF. Yo no me he despedido aún de la Duquesa ni he podido cumplimentarla por esta fiesta...

ANG. Pues quédate, si quieres.

NATI Podíamos quedarnos también nosotras otro ratito.

ANG. ¿Para qué? ¿Para seguir admirando la toilette de la gobernadora?

(Poco a poco van entrando en escena REMEDIOS, PEPITA, CONCHA y BELTRAN. Reunidos en grupos, charlan.)

NATI Ahí está.

ANG. Miren ustedes qué pisto se da. (Resueltamente.) Oye, Alfonso, es absolutamente preciso que hagas que trasladen a este gobernador.

ALF. ¿Yo?

ANG ¡Si quieres lo puedes hacer!

ALF. (Aburrido.) ¡Por Dios, mamá, déjeme usted en paz!

ANG. (A Lorenzo.) ¿Nos acompaña usted?

LOR. Con mucho gusto.

(Angelita, Nati, Lorenzo y Eusebio se van por el foro.)

JOR. (Deteniendo a Alfonso) Dígame, doctor, ¿es cierto que su señora está enferma?

ALF. (Furioso.) Sí, es verdad; está mala, muy mala; pero mucho ojo con publicarlo en el periódico. (Vase.)

(MISS BROWN cruza despacio por el escenario inspeccionando)

JOR. ¿Pero se puede saber qué tiene el doctor Arana para estar tan furioso?

EMILIO ¿Qué ha de tener? Que pretendía traer a su mujer a la fiesta, y como no lo ha conseguido está furioso.)

PEP. ¡Qué descaro, ponerla frente a la otra!.. María Teresa es la única que tiene vergüenza de todos los de la casa.

BLAS (Poniéndose en el centro del grupo y con mucha solemnidad.) ¡Por Dios, señores, hablen bajo!

REM. (Suspirando.) ¡Pobre víctima!

EMILIO ¡Hay cosas que claman al cielo!

PEP. ¿Pero la mujer sabe lo de Alicia?

EMILIO ¡No lo ha de saber!

JOR. ¡Después del lance del coche, figúrese usted!

BLAS En casa debe haber tenido un jaleo gordo.

CONCHA Callense ustedes. Anda por ahí la miss.

JOR. No entiende una sola palabra de español. Antes le pregunté varias cosas y sólo obtuve unos cuantos «yes».

BLAS Aquí mismo, ¿se han fijado ustedes? Todo resulta muy raro.

PEP. El mismo dueño de la casa...

BLAS Ha dado una vuelta por los salones y por el parque y se ha retirado a sus habitaciones.

PEP. (Riendo.) Es que ella le ha mandado a acostar.

BLAS Un diplomático tiene que ser discreto.

CONCHA ¡Que está aquí la Duquesa!

(Todos se vuelven y salen a su encuentro.)

ALICIA Pero ¿de veras quieren ustedes marcharse?

BLAS Sí, Duquesa; es muy tarde y ya hemos abusado de tan amable hospitalidad.

(Todos se van despidiendo muy ceremoniosamente de la Duquesa.)

ALF. (Que acaba de entrar) Con su venia, Alicia, yo me retiro también.

ALICIA (Desabridamente.) No, usted, doctor, hágame el favor de quedarse un momento. (Miradas entre los que escuchan.) El Duque no se siente bien del todo. Luego le llevarán a usted a casa en el auto.

ALF. (Extrañado.) Como usted disponga.

ALICIA Es cuestión de poco tiempo. (A miss Brown.)

Miss Brown, tenga la bondad de llevar al doctor al cuarto del señor Duque.

(Miss Brown indica a Alfonso el camino por la izquierda y vase acompañándole. Todos han seguido con interés la escena, y van saliendo por el foro después de hacer una última reverencia a la Duquesa. Sale un criado que va apagando sucesivamente todas las luces, a excepción de alguna lateral. La iluminación del parque también ha desaparecido. Está iluminado por la luna, que entra por la cristalería de la serre hasta el centro de la escena. Alicia se para en el centro de la escena, después abre los cristales de la serre para que entre de lleno la luz de la luna y por último con los brazos cruzados espera ante la puerta por la que salió Alfonso.)

BROWN (Precediendo a ALFONSO.) Por aquí, doctor. (Acento inglés.)

ALF. ¡Estamos donde antes!

BROWN Exactamente.

ALF. Pues no comprendo este paseo a través de los salones.

ALICIA Yo se lo he ordenado. Miss Brown, puede usted retirarse.

(Miss se va por la derecha.)

ALF. (Viendo entonces a la Duquesa.) Usted perdone; me he permitido hacer esta observación; como se me dijo que viera al Duque...

ALICIA El Duque está perfectamente y descansando.

ALF. Lo celebro infinito.

ALICIA Soy yo la que necesita de usted.

ALF. ¿Usted?... Estoy a su disposición.

ALICIA Tengo que decirle una cosa muy sencilla. (Se le aproxima muy tranquila, pero seria, y le mira fijamente.) ¿Es cierto que soy amante de usted?

ALF. (La mira un momento como atontado y después se desploma en una silla.) ¡Duquesa!... ¡Señora Duquesa!...

ALICIA Por lo menos todo el mundo está convencido de ello. Miss Brown acaba de referirme lo que se ha dicho en este salón hace pocos instantes.

ALF. Duquesa... señora...

ALICIA ¿Qué? ¿Acaso no ha oído usted nunca ninguna alusión?

ALF. Escúcheme usted; yo...

ALICIA ¿Qué piensa usted de ello? Para que seme-

jante rumor haya circulado hasta el punto de ser ya el tema de todas las conversaciones, es preciso que tenga algún fundamento... ¿Quizás sus visitas a mi marido?

ALF. (Un poco animado.) Eso es; quizás mis visitas.

ALICIA Sin embargo, siempre he recibido en mi casa a médicos de todos los países, jóvenes y viejos, sabios y necios, y nadie, que yo sepa, ha sido mi amante... ¿Tal vez mi afabilidad para con su familia?...

ALF. Eso es; tal vez su afabilidad...

ALICIA Pero entonces tenía yo que ser la amante del alcalde, del gobernador, del juez... porque a todos traté como a ustedes... ¿O bien porque soy una mujer un tanto excéntrica?

ALF. Eso es... sus excentricidades...

ALICIA ¡No, señor mío! Es usted un caballero... demasiado como hay tantos para una mujer tan excéntrica como yo... ¿Que es simpático, culto, rico?...

ALF. (Cada vez más confuso.) ¡Eso es! (Rectificándose.) Quiero decir que nada de esto; ¡al contrario!

ALICIA Miss Brown me ha indicado algo de cierto lance...

ALF. (Mirándola como pidiendo compasión.) No sé... No podría decirle a usted...

ALICIA De cierto vuelco de un coche... Y en efecto, me acuerdo de haber leído hace días en un periódico... Sí, y hasta envié a preguntar por su herida en una mano; ahora recuerdo perfectamente... ¿De manera que en el coche aquel quien iba con usted era yo? ¿No?

ALF. Oigame usted, señora Duquesa...

ALICIA (Reprimiéndose con trabajo.) ¿Y ha sido usted el que ha hecho creer eso?

ALF. (Con evidente sinceridad.) ¡Eso sí que no!

ALICIA ¡También embustero!

ALF. Le repito a usted que yo no he sido, que yo no he dicho eso... ¡No! (Secándose la frente y sin atreverse a mirarla.) Lo más, quizás... lo habré dejado creer así...

ALICIA (Con ímpetu, dejando desbordar su indignación.) ¡Eso es sencillamente inaudito!... ¿Y ha podido hacerlo un hombre que, a juzgar por su aspecto parece un hombre como los demás, sin que nada en absoluto haya en él que le haga parecer un fenómeno? Lejos de

eso, un hombre que tiene unos modales dignos, unos ~~modales correctos y hasta insinuantes~~. Y, sin embargo, ha continuado viniendo a mi casa ~~tan tranquilo, tan sereno, tan amable~~. Ha seguido asistiendo a mi marido... Y ~~semejante sujeto sigue viviendo, está bien, existe como los demás~~ y no se considera obligado a desaparecer bajo tierra en el momento en que yo descubro la verdad y le juzgo merecedor de todo mi desprecio.

ALF. (Radiante.) ¡Ah, muchas gracias, señora; le doy a usted las gracias con toda mi alma! .. No sabe usted bien la dicha que me proporciona al cubrirme de insultos. ¡Ay, señora Duquesa, permítame usted que bendiga una y mil veces este instante tan afortunado para mí, que respire a mis anchas!... Por fin me veo libre de una pesadilla que me torturaba, de un peso abrumador para mi conciencia. Cada calificativo que usted me arroja al rostro tiene en mi alma un eco dulcísimo. ¡No sabe usted que siempre que me encuentro solo no hago más que dirigirme toda clase de injurias para descargar mi conciencia!

ALICIA ¿Acaso se forja usted la ilusión de que así va a quitarse de encima toda responsabilidad y a librarse de toda culpa? Francamente, cuanto más le miro a usted, más y más me asombro, sin saber exactamente cómo he de juzgarle. Cuando le vi entrar en esta sala, de haber obedecido al primer impulso le hubiera echado, prohibiéndole hasta despegar los labios.

(Alfonso se dirige lentamente hacia la puerta y Alicia no se vuelve a mirarle. Corto silencio.)

ALF. Tenía usted perfectísimo derecho para hacerlo así y me retiro sin intentar siquiera justificar mi conducta.

ALICIA ¡Y aún pretendía justificarse!

ALF. No, no, señora; no es eso, al contrario. Lo que yo quería era acusarme más duramente aún para ver si de ese modo dábamos entre usted y yo con el medio, para que la verdad resplandeciese.

ALICIA Pero, ¿cómo va a ser eso posible desde el momento en que usted mismo ha consentido que se suponga?

ALF. (Con desesperación.) ¡Eso es lo grave, en eso estriba mi culpa!. . Arrastrado por las circunstancias, con mi maldito carácter falto de voluntad me dejo arrastrar a veces por unas ideas... ¿Ve usted? Yo dije para mí, que de habernos encontrado usted y yo en un coche nadie hubiera podido sospechar ni remotamente, que se tratase de una aventura... Usted me encuentra y me invita a subir. —¿Sube usted, doctor?—¿De veras no molesto?—Nada de eso... Y luego el coche vuelca, no pasa nada y yo recobro la paz doméstica y salvaba a una dama culpable a medias y a la vez evitaba toda sospecha a un marido sospechado también a medias... Ha sido una locura, ahora lo comprendo; pero cuando comencé a darme cuenta de ello era demasiado tarde. Todo cuanto intentaba hacer me comprometía más y más.

ALICIA ¿Comprometerle a usted?

ALF. A los dos... Para mayor desgracia, el Duque me honraba con su simpatía...

ALICIA ¡Bien empleada, por cierto!

ALF. (No encontrando palabras para replicar, suspira.) ¡Es verdad! (Y se dirige otra vez hacia la puerta.)

ALICIA ¿Y qué va usted a hacer ahora?

ALF. Como ya no sé de qué manera replicar a sus justas observaciones... sigo retirándome.

ALICIA (Casi para sí.) ¡Meterme a mí en una aventura de lo más cursi y vulgar!.. ¡En un coche!... En un coche de punto si a mano viene...

ALF. (Cabizbajo y avergonzado.) No poseyendo ninguno mío...

ALICIA Y cerrado... Vamos, dígalo usted todo, cerrado, ¿verdad?

ALF. (Resuelto.) Sí, voy a contárselo todo; más vale que no le oculte nada, así mi remordimiento será más hondo...

ALICIA ¿Y usted dejó adivinar que yo iba dentro de aquél coche?

ALF. Sí; pero sin ninguna mala intención... Ya lo he dicho. Nos encontramos casualmente.—Suba, doctor.—¿De veras no molesto, duquesa?...—¡La cosa no podía ser más inocente! ¡Hay una distancia tan grande entre usted y yo!

ALICIA Pero bien podía suponer que había de acor-

tarse bastante en un coche cerrado... y tal vez con las cortinillas echadas.

ALF. También eso es verdad.

ALICIA Y de fijo que se ha dado usted cuenta de ello... con la otra.

ALF. En efecto, resultaban muy peligrosas las entrevistas en coche.

ALICIA ¡No han de resultar para un conquistador de la categoría de usted!... No sé cómo no alquila una *garçonniere* para esas aventuras.

ALF. (Ingenuamente.) Ya lo he hecho.

ALICIA ¡Era de suponer!

ALF. Ya ve usted que no le oculto nada.

ALICIA ¡Gracias por el favor! ¿Y era a ese pisito al que acudía yo? ¡Sabe Dios las veces que nos habrán visto salir juntos! ¿No es eso?

ALF. No, eso no; le doy mi palabra.

ALICIA Pero eso es lo que supone la gente. ¡Claro! Toda vez que me he prendado de usted, la cosa no podía ser más lógica... Porque yo estoy loca perdida por usted, así lo han creído todos en seguida... Pero yo quisiera saber qué atractivos tan excepcionales, qué encantos tan seductores, qué dotes tan privilegiadas posee usted para que a todo el mundo le parezca tan natural y tan sencilla esta supuesta conquista de usted... ¿Sabe usted que tengo una gran curiosidad por averiguarlo?

ALF. ¡Ah! También la tengo yo... Pero no encuentro medio de satisfacerla.

ALICIA ¿Atractivos físicos acaso?.. No creo que sea usted ningún Adonis. ¡Juventud... A mediados, porque ya está usted lejos de ser el inexperto adolescente que cautiva por su ingenuidad ..

ALF. No, no es eso...

ALICIA ¿Encantos morales?... Tampoco. Un hombre que hace lo que usted ha hecho conmigo, no puede ser más malo...

ALF. Abominable.

ALICIA ¿Pues entonces?...

ALF. (Con tristeza.) ¡Vaya usted a saber!

ALICIA Porque también ese aire de timidez y azoramiento de que hace usted alarde, no puede por menos de ser en realidad algo así como un lazo más para cazar a las esposas de las

autoridades del pueblo... Pues me figuro que a estas horas ya las habrá usted paseado a todas en su coche.

ALF. ¡Señora, yo!...

ALICIA Pero si eso se ve claro por el ensañamiento con que se apresuran a propalar el rumor de su supuesta conquista... ¡Están celosas las pobrecillas!... Las pone furiosas que haya venido yo a alterar su monótono trote... de caballo de alquiler... Dígales de mi parte que se tranquilicen. Yo mis paseos los doy en automóvil... No deje de decírselo. (Pulsa un timbre.)

ALF. (Resignado.) Se lo diré, descuide. Todo lo que me mande usted hacer, haré.

ALICIA Perfectamente.

CRIADO ¿Ha llamado la señora?

ALICIA Diga al mecánico que tenga preparado el auto, y antes avise a miss Brown para que haga el favor de venir.

(El criado se inclina, se va por la derecha y luego pasa y sale por el foro.)

ALICIA Ya ha visto usted que nada le he pedido ni nada tampoco le he aconsejado para que remedie la mala acción que conmigo ha cometido, lo único que deseaba era poder decirle todo lo que le he dicho.

ALF. Crea usted, Duquesa, que por reparar el mal, yo daba hasta mi sangre.

ALICIA ¿Frasecitas también ahora?... No se preocupe; ya ha vertido la de su mano derecha... o la de la izquierda no sé...

BROWN (Por la derecha.) Milady...

ALICIA Bring me thousand francs an envelope.

BROWN Very well, milady. (Vase por la derecha.)

ALICIA Así que esté listo el auto puede usted marcharse. (Irónica.) Si se entretiene aquí más tiempo, Dios sabe cuánto arraigo tomarían las sospechas... Como no sea que usted mismo se dé maña para fomentarlas todavía más...

ALF. (Que ha observado una actitud humilde, prorrumpe con violencia.) ¡Eso sí que no se lo autorizo!... Bastante me ha dicho usted ya, Duquesa; esto es demasiado... Ya habrá usted visto que he tolerado que me pusiese a la altura de un bandido, de un apache, sin defenderme siquiera con una palabra; pero eso de

que usted sospeche que le preparo una celada, ¡eso no lo tolero!... ¿Para qué iba yo, después de todo, a tenderle a usted una celada, vamos a ver? ¿Para aspirar, acaso, a subir al auto de usted?... ¡Ah, ligero sí; pero tonto no... Le juro a usted que para mí ha estado usted colocada siempre tan arriba que apenas si me he atrevido a mirarla... Y por lo mismo, al reflexionar sobre lo ocurrido, no conseguía acallar mis remordimientos... Y ya que me obliga usted a confesarlo... ¡si supiera usted!... Desde hace algún tiempo es usted mi pensamiento fijo. ¡No puede usted figurarse que de horas pasamos juntos al cabo del día usted y yo! En lo íntimo de mi pensamiento, ¡claro está!... ¡Y qué de veces he invocado su perdón de rodillas! ¡Qué de ruegos le he dirigido a usted, temblando de emoción!... Y por espacio de días enteros he estado oyéndola a usted resignado, como acabo de oirla ahora aquí, cuando me hablaba con tanta severidad y me estremecía de júbilo sin poder pronunciar ni una palabra cuando decía usted que me perdonaba.

ALICIA (Al principio le ha escuchado con aire de gran fiereza y luego con atención creciente y muy seria; pero después su mirada va perdiendo paulatinamente sus destellos de desdén y observa con gran sorpresa al que la habla con tanto calor.) ¡Oh, qué imaginación tan viva tiene usted, amigo mío! Bien se ve que es usted un meridional.

ALF. Es una prueba que da Dios a los mortales de su bondad infinita. Si no tenemos una felicidad, nos queda el recurso de forjarnos cuantas ilusiones queramos.

ALICIA ¿Y usted se forjaba la ilusión de que yo iba a ser tan buena que le perdonase a usted pasando por encima de todo? ¡No, hijo mío, mi bondad no llega hasta ese punto!

ALF. ¡Yo soy entonces mejor que usted!

ALICIA ¿De veras? (Sus palabras y sus miradas han dejado de ser duras.)

ALF. Porque yo la hubiese perdonado a usted... ¡Ah, si yo pudiese verla aunque no fuese más que un instante compasiva y risueña para conmigo!... ¡La vida!... No; porque

después ya no la vería... Y como ya se han matado otros por usted, tampoco le conmovería el sacrificio!

ALICIA (Con interés.) ¡Ah! ¿Le han contado a usted?...

ALF. Sé todo lo que a usted se refiere... ¡Y ahora me explico que haya podido usted revolucionar multitudes, como haya habido gente que haya preferido no tener vida a tenerla sin usted, y que no hayan faltado millonarios que arrojasen a su paso puñados de piedras preciosas...

ALICIA ¿Y después de esto no me tiene usted miedo?

ALF. ¿Miedo? Por amor se han hecho las mayores heroicidades...

ALICIA Sin embargo, debo ser mala, no olvide que se dice que he combatido como una Juana de Arco.

ALF. Pero ya se ha puesto a Juana de Arco en los altares.

ALICIA Que he destrozado la fortuna de algunos millonarios...

ALF. También ante las santas se quema incienso.

ALICIA Que si a mano viene engaño a mi marido...

ALF. América es el país de las libertades... (Poniendo nuevo fuego en sus palabras.) Y ahora que me hago la ilusión de que su voz se ha tornado más dulce, hago un llamamiento a mi valor para preguntarle qué debo hacer para que todo el mundo sepa que usted me ha escarnecido, me ha injuriado, me ha humillado y que no le inspiro a usted más que horror y desprecio. ¿Qué puedo hacer? ¡Podía hacer de manera que me sorprendiesen con otra mujer que se pareciera a usted!... ¡Pero quién se puede parecer a usted!... Para salvarla no sé a quién me resignaba a contestar... ¡Por Dios, señora, deme usted una mujer!

ALICIA La única de que puedo disponer es miss Brown. ¿Le conviene?

ALF. Sería difícil entenderse con ella... La diferencia de idioma no es fácil de salvar.

ALICIA Le daré a usted un Manual de inglés.

ALF. Ya le tenemos en casa. Lo hemos comprado por usted, y yo también he aprendido cua-

tro palabras inglesas... que no sé decir más que en castellano y que repito todos los días cuando me hallo a solas con usted.

ALICIA En el célebre pisito...

ALF. ¡No!... Allí no ha entrado usted ni en mi imaginación. Mi dear lady... (Como está escrito.)

ALICIA ¿Mía?

ALF. Eso lo digo con voz muy queda para que no oiga usted la mentira.

ALICIA (Corta pausa. Ella le mira atentamente.) ¡Qué demonio, al fin y al cabo no encuentro tan difícil que obligue a rendirse a las fortalezas locales! (Sonríe.)

ALF. ¡Dios de bondad! ¡Ella me sonríe! ¡He conseguido hacerla sonreir!... En estos momentos yo me siento millonario también para arrojar a sus plantas puñados de dicha.

ALICIA ¡Ah, también poeta y original!

ALF. Es mi única fortuna.

ALICIA No la derroche.

ALF. Es manantial que no se agota. Mientras haya una mujer habrá amor y mientras haya amor habrá poesía. (Alicia acentúa la sonrisa.) ¡Ay, cuánto se hubiese perdido si Colón no descubre América!

ALICIA ¡Eh, despacito, amigo mío!... Se está atreviendo demasiado.

ALF. Perdóneme usted... ¿Me perdona?... Diga que sí.

(Le mira prolongadamente y se aparta de él en el momento de aparecer miss Brown, que entrega a la Duquesa un sobre cerrado y hace mutis.)

ALICIA Gracias. (Mira el sobre y después de una pausa le deja sobre un velador.) ¿Conque?...

ALF. ¿Qué?

ALICIA Es preciso que se vaya usted.

ALF. Es cierto; me había olvidado... ¿Ya no volveré a verla?

ALICIA (Recoge el sobre y le desdobla y dobla nerviosamente.) Es indispensable... Aquí tenía preparado...

ALF. ¿El qué?

ALICIA Sus honorarios por las visitas...

ALF. (Con sincero pesar.) ¡Una despedida en toda regla!

ALICIA El Duque se ha curado...

ALF. ¡Y le he curado yo mismo!

ALICIA (Muy afable.) Por lo tanto, ya no es precisa su presencia en esta casa.

ALF. Lo comprendo... Está bien. Pero ya que quiere usted humillarme hasta ese punto, estoy esperando...

ALICIA ¿Qué?

ALF. Mis honorarios.

ALICIA (Con sorpresa.) ¿De veras?... ¿Y usted?... (Tornándose fría.) Pues aquí los tiene usted. Tome. (Con un gesto de repugnancia y sentimiento le alarga el sobre.)

ALF. No, esto no... Usted es americana... Estoy esperando el beso de ritual.

ALICIA (Muy sorprendida.) ¡Ah! ¿Conque usted, después de lo ocurrido?...

ALF. Pero ¿me ha perdonado usted o no?

ALICIA ¡De ninguna manera!

ALF. Pues entonces justo es que me haga la ofensa de pagarme.

ALICIA ¡Ah! Pero ¿usted tomaba mi beso como una ofensa?

ALF. No sé cómo le tomaría... pero le tomaría porque se me debe.

ALICIA (Su mirada brilla, toda ella aparece turbada y demostrando una gran agitación.) ¡No puede ser más estrambótico lo que aquí pasa! Yo que he empezado insultándole había de acabar ahora dándole un beso... (Riéndose nerviosamente.) Y usted por su parte, con su astuta sencillez, con su fingida cortedad, habría acabado por vencerme hasta el punto de obligarme a confesarle, supongamos, que me es usted simpático y quién sabe si tal vez me lo ha sido usted desde el primer día... ¡Ea, basta ya! Que cada uno de los dos vuelva a ocupar su sitio y no se hable más del asunto... (Con afectuosa insistencia.) Vamos, sea usted como debe y márchese.

ALF. (Con emoción.) Yo vuelvo a pedir lo que me pertenece.

ALICIA Pero ¿otra vez?... ¿De verdad?... (En un repentino e invencible arranque.) ¡Pues tome! (Le coge la cabeza con ambas manos y le besa. Después se separa rápidamente de él y llama al timbre. Corta pausa. Aparece un Criado en el foro. Sin mirar a Alfonso.) Acompañe al señor doctor.

(Alfonso, dichoso, radiante, se dirige hacia el foro sin dejar de mirar a la puerta por donde desapareció Ali-

cia. Al volverse se encuentra cara a cara con el Criado. Intenta ocultar su júbilo, pero no lo consigue y vase confuso y azorado. Alicia se queda en el foro, bañada por la luna, mirando hacia el sitio por donde desapareció Alfonso, conmovida y turbada. Pausa corta. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Estudio o cuarto de trabajo en casa del arquitecto Lorenzo Rivas.

Una puerta en la derecha, ventanal en la izquierda y en el foro una amplia puerta de cristales que da al vestíbulo de la casa que es amplio. En el fondo un mirador o ventanal.

La habitación tiene mucha luz y mucha alegría.

Cerca de la ventana de la izquierda, una mesa de trabajo y sobre ella, extendidos y sujetos, unos planos y objetos de dibujo.

Rivas es algo artista y tiene arreglado el estudio con muchos objetos de arte, cuadros, esculturas, armas y tapices.

Un taburete alto junto a la mesa de trabajo; otra mesita, antigua y artística, en el centro; sillones de cuero repujado, escabeles, un diván y ninguna silla moderna.

—

(LORENZO aparece dibujando, sentado sobre el taburete alto. GASPAR entra por el foro.)

GASPAR. ¿Aun no ha tomado el desayuno el señorito?

LOR. No puedo perder un minuto. Va a venir la Duquesa y antes necesito haber terminado estos planos. Luego van a venir las demás señoras. ¿Está todo listo ahí dentro?

GASPAR. Descuide; todo está arreglado y en el comedor los refrescos, los fiambres y los vinos.

(Timbre dentro.)

LOR. Vé a ver quién es; pero no olvides que no estoy para nadie extraño.

(Gaspar vase por el foro y Lorenzo prosigue su trabajo.)

GASPAR. Pase usted.

(Entra DOÑA ANGELITA muy preocupada y Gaspar se retira)

LOR. (Bajando del taburete.) ¿Usted?

ANG. No le habíamos visto en dos días y estábamos preocupados.

LOR. Ya sabe usted que hoy es el día fijado para someter a la aprobación de los Duques y de las autoridades los planos del hospital de niños.

ANG. Ya, ya lo sé; luego vendremos todos.

LOR. Comprenderá usted mi prisa. Quiero que la Duquesa lo vea todo terminado antes de marcharse, no haga el diablo que luego se arrepienta.

ANG. Pero ¿es cierto que se marcha?... ¡Menos mal!

LOR. ¿Cómo que menos mal?

ANG. (Resuelta.) Lorenzo... he venido precisamente para contárselo todo y pedirle un consejo... Fuera de la familia, usted es el mejor amigo que tenemos... y como hombre de mundo sabrá...

LOR. Dígame usted, dígame usted. ¿Qué pasa?

ANG. Esta mañana, María Teresa ha llegado ha tener pruebas de que su marido la engaña.

LOR. ¿Cómo? ¿Qué es eso?

ANG. Alfonso ha alquilado un pisito de soltero para reunirse con su amante. Ya lo hemos descubierto, en la calle de San Carlos, número 2. Esta mañana le han visto salir de allí.

LOR. ¿Quién lo ha dicho?

ANG. Ernesto.

LOR. Las intromisiones de ese imbécil son ya insoportables.

ANG. Lo considera como un deber; al fin y al cabo es pariente y, además, va a casarse con Nati.

LOR. Pero bien, ¿dónde está la prueba que usted dice? Porque Alfonso es fácil que saliese de visitar a un enfermo.

ANG. Parece que ese pisito tiene ya historia, y en la casa no vive más que un dentista con una salud excelente.

LOR. ¿Y por qué no puede ir Alfonso a casa del dentista?

ANG. Porque es el candidato que derrotaron en las últimas elecciones, y comprenderá usted que no se pone uno indefenso en ma-

nos de un dentista al que se ha jugado una trastada.

LOR. Sí... sí... puede usted tener razón... ¿Y María Teresa?...

ANG. Ya puede usted imaginarse. Llantos, desesperaciones... Ha esperado inútilmente a que Alfonso volviese a casa, y ahora tiene decidido venir aquí para cantarle les verdades...

LOR. ¿A quién?

ANG. ¡Toma, a la Duquesa!

LOR. ¡Pero qué locura! ¿Qué tiene que ver con esto la Duquesa?

ANG. ¿Cómo que?... Pero si usted mismo...

LOR. ¡No haga usted caso!... Por lo visto, lo que María Teresa quiere es dar un escándalo. ¡Sería el colmo!... ¡La única forma para que se fuese definitivamente a paseo lo del hospital!

ANG. Eso le dije yo también... Es una locura enojar a esa señora tan poderosa... que puede ser el porvenir de esta población... y el de todos nosotros... Si ha tenido la desgracia de enamorarse de él, la debilidad de..

LOR. ¡No es eso, no es eso!... Ahí está el equívoco. En fin, doña Angelita, escúcheme usted... Ha llegado la hora de poner las cosas en claro... Usted que es una mujer inteligente tiene que ayudarme a salvar a Alfonso.

ANG. Pero ¿quién le acusa?... Se encuentra en una población donde nadie podía apreciar sus méritos de hombre mundano, su gran educación... Llega una mujer guapa, rica, poderosa, superior a todo lo que le rodea, se enamora de él locamente por su figura y por su talento... Me pongo en todo, no iba a ser tan tonto que escapase abandonando su capa como el casto José.

LOR. Perfectamente... ¿De modo que usted cree que un desliz de Alfonso tiene disculpa?

ANG. Mucha.

LOR. Muy bien; pero hay en todo esto una pequeña variación.

ANG. ¿Variación?

LOR. Que la Duquesa no tiene nada que ver en este asunto.

ANG. Explíquese usted.

LOR. Que la supuesta aventura entre la Duquesa

y Alfonso sólo ha existido en mi fantasía, y lo demás... lo que han inventado las malas lenguas, que son para estas cosas lo que el viento para un incendio.

ANG. Pero ¿qué está usted diciendo?

LOR. La verdad... lo que puede que sea ahora la verdad sospechosa... Créame usted, la Duquesa es una virtud... por lo menos en España.

ANG. (Desencantada.) Pero ¿y el vuelco del coche?...

LOR. Ocurrió en efecto... pero no fué la Duquesa la que volcó aquella vez.

ANG. ¿Quién era?

LOR. ¡Ah! Quiere usted saber demasiado... La dama del coche no estaba tan alto que enaltezca tanto verla tan bajo... El escándalo dejaría de ser el hecho que se comenta a hurtadillas y con fruición para convertirse en el escándalo... que escandaliza... Pero, usted lo decía antes, Alfonso no iba a ser tan tonto que dejase su capa... Tiene motivos sobrados para que se le disculpe.

ANG. Vamos por partes...

LOR. ¿Vamos por partes o vamos por clases?... ¿Va usted a variar de parecer tan pronto?

ANG. No... pero...

LOR. Déjeme usted a mí que lo arreglaré todo. Por el momento vaya a tranquilizar a María Teresa y dígale la verdad para que desista de sus propósitos...

ALF. (Presentándose por el foro.) Ya me había dicho Gaspar que estaba usted aquí, suegra simpaticona.

ANG. Me he querido adelantar a los demás para ver los planos.

ALF. Yo también tengo curiosidad por conocerlos.

ANG. (Acentuando el desabrimiento.) Esta mañana he estado esperándote en casa.

ALF. Ya sabéis que con los enfermos me falta el tiempo.

(Lorenzo, con dulzura, se lleva a Angelita hacia el foro.)

ANG. ¿Tienes alguno grave?

ALF. Varios.

ANG. El de la calle de San Carlos, dos, debe ser de mucho cuidado, ¿verdad?

ALF. ¿Cómo?

LOR. (Llevándose a Angelita.) Vaya usted a buscar a las demás señoras, que el tiempo corre. (Desaparecen.)

ALF. (A Lorenzo, que vuelve en seguida.) ¿Has oído lo que ha dicho? ¿Qué significa esto?

LOR. Pues sencillamente, que en tu casa se ha sabido que tienes un pisito de soltero en la calle de San Carlos. Parece que te han visto salir de allí esta mañana.

ALF. ¿Quién me ha visto?

LOR. ¡Ernesto!

ALF. ¡Qué imbécil!... ¿Y la han visto también a ella?

LOR. No.

ALF. ¡Menos mal!... (Resuelto.) Yo lo negaré todo. Además, de aquella casa no volverán a verme salir.

LOR. ¿No?

ALF. Era una cosa que no podía continuar. Ella tan cautelosa antes, se había vuelto tan exigente, que hubiese acabado por comprometerme. Hoy accedí a verla por última vez... Nos pueden sorprender cualquier día, y de esta no se sale tan fácilmente como del vuelco del coche. Así se lo he dicho rotundamente.

LOR. ¿Y ella?

ALF. Ha gritado, se ha desesperado... llegó a amenazarme... Pero yo la hice comprender que podíamos comprometer a su marido... que mi remordimiento se acentúa más cada día...

LOR. Ya, ya comprendo... El remordimiento por el marido no empieza uno a sentirle hasta que se ha cansado de la mujer... ¡Qué grande es el corazón humano!... Pero bien, ¿en definitiva?...

ALF. Que he terminado para siempre. (Alegre.) ¡Que ya estoy por fin libre! ¡Que ya puedo respirar a mis anchas!

LOR. Ahora te aconsejo que procures arreglar pronto ese asunto con tu familia, pues en tu casa dan por seguro que la dama a la que recibes en el pisito es la Duquesa.

ALF. ¿Es posible?

LOR. Pero yo acabo de jurar a tu suegra que la aventura con la Duquesa fué una invención mía y que ella es por completo inocente.

ALF. (Con alegría.) ¿Le has dicho eso? ¡No sabes cuánto te lo agradezco! (Tornándose serio.) Pero ella se lo ha creído?

LOR. Se ha marchado convencida.

ALF. (Alegre de nuevo.) Por lo menos así la Duquesa no seguirá resultando comprometida. ¡Gracias, Lorenzo! (Le abraza.)

LOR. ¡No hay de qué!

ALF. Supongo que tú también te harás cargo de todo. Era de todo punto necesario desvanecer aquella malhadada invención. Yo le tenía dada mi palabra...

LOR. ¿A quién?

ALF. ... A mí mismo.

LOR. Ah, ya, a ti mismo; pues no quiero ni dudar de que a sus oídos haya llegado ni el menor rumor.

ALF. (Cada vez más animado.) Así lo espero yo también.

LOR. Te hubiese juzgado un embustero, un indigno calumniador.

ALF. Es claro... mientras que mi deber es proclamar ante todo el mundo y en primer lugar ante ti, que yo...

LOR. Que tú no has pensado nunca en ella y menos ella en ti.

ALF. ¡Eso, eso es! (Vuelve a abrazarle.) ¡Gracias, Lorenzo!

LOR. Porque es la pura verdad.

ALF. ¡Y tan verdad! Tú eres el primero que debe creerlo así ¿Verdad que estás convencido de ello?

LOR. ¡Qué duda tiene!

ALF. ¡Ay, qué satisfación tan grande me das! Gracias de todo corazón, querido Lorenzo. (Vuelve a abrazarle.)

LOR. (Mirándole un poco extrañado) Hombre, ya son muchas gracias. Yo no he hecho nada más que cumplir con mi deber disipando toda sospecha sobre esa dama; era justo, y más ahora que va a marcharse...

ALF. (Serio.) ¿Que se va a marchar?

LOR. Sí, se dispone a dejarnos... Por lo menos así se anuncia.

ALF. ¿Quién lo anuncia?

LOR. El periódico de esta mañana.

ALF. (Serenándose.) ¡Ah, ya! *El Eco*. Será una filfa de Jordana.

LOR. No creo, es un telegrama de Madrid.

ALF. (Con ímpetu.) ¿Y a dónde van?

LOR. A los Estados Unidos, según parece.

ALF. Pues a mí nadie me ha dicho nada de eso. (Refrenándose.) Ni el Duque mismo, al que vi ayer, me hizo mención de semejante propósito.

LOR. (Trabajando.) Ya se sabía que no habían de estar aquí mucho tiempo... Antes creí yo...

ALF. Sí... está bien... ¡pero tan de repente! (Enojado.) Ya comprenderás que especialmente para una mujer irse a los Estados-Unidos no es irse ahí... a seis leguas...

LOR. ¡Puede que se vaya él solo por ahora, ve tú a saber!

ALF. (Serenándose.) ¡Ah, eso sí puede ser!... Tiene un cargo oficial... el Gobierno puede necesitar sus oficios... Que se vaya, eso me parece bien...

LOR. (Suspendiendo el trabajo.) Mi querido doctor, tú pasas de la alegría a la cólera de un modo asombroso.

ALF. No... es que razono; deduzco la posibilidad de que sea él solo el que se marche.

LOR. Nada, hijo, nada; lo que tú haces es revelar claramente el temor de que se marche ella.

ALF. ¡No digas tonterías!

LOR. Bien sabes que sé leer muy hondo en los espíritus, y tu acaloramiento...

ALF. ¿Acaso mi actitud te deja sospechar?... No, no lo creas así.

LOR. Es una cosa muy explicable; a fuerza de visitar al Duque, a fuerza de oir decir que era tu amante has acabado por prendarte de ella.

ALF. (Con menos acaloramiento.) ¡No es verdad!

LOR. ¡Y qué manera de prendarse por lo visto! (Paseándose.) Ahora me explico todo lo demás... Las entrevistas de ruptura de esta mañana, el remordimiento por el amigo engañado... Espero que no hayas hecho la tontería de dejar adivinar a la Duquesa tu exaltación.

ALF. Pero, ¿qué exaltación ni qué...?

LOR. Mejor dicho, tu furioso enamoramiento. Lo consideraría una falta de respeto, llegaría poco a poco a enterarse de toda la historia... y te pondría de patitas en la calle. Y no serías tú solo el perjudicado...

ALF. Sí, el proyecto del hospital... ya me hago cargo.

LOR. ¿Qué tiene que ver el hospital con esto? Yo hablo así por tu bien, por evitar que hagas el ridículo. ¿Qué esperanza puedes tú tener respecto a ella, di?

ALF. ¡Pero si te estoy dando la razón hace un rato!

LOR. Pero eres tan impulsivo que te creo capaz de venderte con un gesto, con una palabra.

ALF. ¡Descuida, eso no ocurrirá!

LOR. Pues que así sea. Ahora coge tu sombrero y lárgate. Ella va a venir de un momento a otro. (Fijándose en Alfonso.) ¡Pero soy tonto! Tú has venido por encontrarla aquí.

ALF. ¡Ni soñarlo!... Es que tenía deseo de ver los planos...

LOR. (Escuchando.) ¡Un automóvil!... ¡Claro!

ALF. (Asomándose a la ventana y muy contento.) ¡Ella es!

LOR. ¡Vete, vete en seguida!

ALF. Me vería salir y sería peor.

LOR. Bueno, quédate; pero dame tu palabra de que tendrás con ella una actitud respetuosa y correcta, que no has de tener ni un gesto que dé motivo a que ella sospeche... Eres un caballero, ¿eh?

(La DUQUESA aparece tras las vidrieras del foro y saluda con la mano. Gaspar se precipita a abrir de par en par la puerta.)

GASPAR La señora duquesa de San Marcos.

(Lorenzo sale a su encuentro.)

ALICIA ¿Qué tal, amigo Rivas? (Mirando a Gaspar.) Pero ¿también aquí encuentro a mi Wagner? ¿Es que este hombre tiene el don de la ubicuidad?

LOR. Como a usted le agrada tanto verle... yo le he alquilado.

ALICIA Es usted muy amable. (Da la mano a Alfonso.) Hola, doctor.

LOR. Acaba de entrar por casualidad.

ALICIA De fijo que ha querido ser el primero en admirar su proyecto.

LOR. ¿Y la salud del Duque?

ALICIA Muy bien... El también vendrá algún día, aunque me ha dado a mí plenos poderes.

LOR. (Riendo.) Ahora comprendo por qué nuestras relaciones con América marchan tan admirablemente.

ALICIA Por Dios, Rivas, no me haga usted cumplidos de ese género. No me ocupo de asuntos de Estado. Si la diplomacia estuviese en manos de las mujeres los *casus belli* serían cosa corrientísima.

LOR. Es que podía haber diplomáticas y diplomáticos.

ALICIA Entonces sería más fácil la *entente*. (Aproximándose a la mesa de trabajo.) Pero, ¿qué es esto? Tenga la bondad de explicármelo, porque de dibujos de esta índole entiendo muy poco. (Se sienta en el taburete alto tomando una coquetona postura.)

LOR. Esta es la planta del edificio... Piso bajo a la derecha... este el principal ..

ALICIA Pero, bien, ¿y el boceto completo del edificio? ¿No ha hecho usted un modelo corpóreo?

LOR. Claro, sí, señora. Le tengo en esta parte que dedico a taller.

ALICIA Sí, ya veo que es usted artista y que esto parece más bien el estudio de un pintor... Lo celebro, porque si en el arquitecto no hay un artista, sus edificios tienen una vulgaridad abrumadora.

LOR. Con su permiso voy a ver si el proyecto está preparado y a traerle unos dibujos de la fachada.

ALICIA Vaya usted. (Vase Lorenzo por la derecha, y tan pronto como ha desaparecido, Alicia, de un brinco, se sienta en la mesa para acariciar mejor la cabeza de Alfonso que está de pie a su lado.) ¡Darling! ¡Darling! He sido puntual, ¿verdad? Pero, ¿qué tienes?... ¡Di!

ALF. (Con amargura.) ¿Por qué no me dijiste anoche que te marchas?

ALICIA (Triste.) ¿Ya lo sabes?

ALF. (Con gran pesar acercándose a ella.) ¿Luego es cierto?... ¿Por qué me lo ocultaste?

ALICIA El telegrama llegó ayer mismo... Y te vi tan dichoso que me faltó el valor para decírtelo. (LORENZO entra precipitadamente con un papel en la mano. A la Duquesa no le da tiempo para bajarse de la mesa y toma una actitud de disimulo e inclinando la cabeza finge mirar el plano. Alfonso se inclina también y señala un punto del dibujo.) Ve usted, aquí está.

ALF. Sí, este es el muro.

(Lorenzo se para de golpe, no sabe qué pensar ni qué actitud tomar. Mira a los dos, que siguen disimulando y luego se aproxima a la mesa.)

ALICIA El muro de la fachada, claro.

ALF. Estos entrantes son las ventanas.

ALICIA Y aquí el tejado.

LOR. (Con tacto.) No, perdone, Duquesa... todavía no estamos ni en los cimientos.

ALICIA Es que nosotros subimos mucho con la imaginación.

LOR. (Mirando el asiento de Alicia.) Ya lo veo.

ALF. Hacemos castillos en el aire.

LOR. Y a veces se convierten de mampostería.

ALICIA Yo quisiera saber...

LOR. ¿Qué?

ALICIA Deseaba que fuese usted tan amable que me explicase el dibujo, porque no lo entiendo.

LOR. (Azorado.) Le diré a usted... como está usted ocupando toda el ala derecha del edificio...

ALICIA (Desciende riendo.) ¡Tiene usted razón! Dispense, lo desalojo en el acto... Empecemos por el vestíbulo... Vamos, ¿cuándo calcula usted que podremos inaugurarlo?

LOR. Yo creo que dentro de un par de años.

ALF. (Apesadumbrado.) ¡Un par de años! ¡Algo así como medio siglo!

ALICIA De usted depende que se terminen antes. Los medios materiales no han de faltarle. El Duque lo ha dejado todo dispuesto en vista de nuestra marcha.

ALF. Pero, ¿es completamente cierto?

ALICIA No hay más remedio.

ALF. ¡No hay más remedio! Comprendo que diga eso el Duque, el Gobierno puede necesitarle. (Levantando un poco la voz.) Pero lo que no veo es la necesidad de que...

LOR. (Levantando la voz hasta dominar la de Alfonso.) Con que decíamos que esta es la puerta principal y este el chaflán de esquina. (Indica en el plano.) En él pondremos los bustos de los generosos donantes y la lápida conmemorativa, pues aquí creo que debe celebrarse la ceremonia de la inauguración.

ALICIA Sí, nos reuniremos todos en esta rotonda.

ALF. De no olvidársele a usted la fecha.

ALICIA (Con dulzura.) ¿Por qué se me ha de olvidar? Las fechas en que han de sucedernos algo agradable no se olvidan nunca.

ALF. ¡Qué sé yo! Lleva usted una vida tan agitada en América; fiestas a todas horas, grandes acontecimientos...

ALICIA (Apasionada.) Precisamente en esos momentos de agitación y bullicio es cuando más se acuerda uno de las personas amables y cuando con más nostalgia rememora la dicha que ha disfrutado... La dulce tranquilidad, los días de invierno que nos parecieron primavera...

LOR. Desde aquí entramos a la enfermería principal...

ALICIA (Reponiéndose.) En la que los enfermitos estarán tan bien asistidos por nuestro doctor.

ALF. (En un arranque.) ¡De ninguna manera!

ALICIA ¿Cómo? ¿No querrá usted asistirlos a los pobrecitos?

ALF. (Serenándose.) Para entonces... ¡vaya usted a saber si habrá todavía niños!

LOR. ¡Qué ocurrencia, Alfonso!

ALICIA (Riendo.) ¿Es que van a nacer hombres hechos y derechos?

ALF. No... es... No estoy diciendo más que tonterías... ¿Ven ustedes? En este momento yo no veo ni puertas ni ventanas ni escaleras... Me hace el efecto de que no hay nada en su sitio y de que todo va a huddirse, a desplomarse, a convertirse en ruinas...

LOR. ¡Dispensa, hijo, pero como arquitecto no puedo por menos de protestar enérgicamente!

ALF. ¡Es que me da una tristeza tan grande este proyecto!

LOR. ¡Caramba, ni que fuera el proyecto de un cementerio!

ALF. ¡Quién sabe!... ¡Después de todo!...

LOR. Como médico-director tienes unos propósitos muy poco tranquilizadores para tus futuros enfermos.

ALF. Tú comienzas por llenar el edificio de bustos y lápidas... No tenemos tan mal corazón que necesitemos de lápidas ni bustos para recordar siempre a nuestros bienhechores.

LOR. Mira, Alfonso...

ALF. (Se serena un instante y en seguida vuelve al tono que dejó.) Hablo en nombre de la población, se comprende... Hablo en nombre de todos nosotros, que no necesitamos mármoles

para acordarnos de aquellos a quienes teníamos la gratísima costumbre de ver a diario, de los que nos habíamos forjado la ilusión de que ya formaban parte de nuestra vida y que para nuestra vida resultaban necesarios como el aire... En fin, es algo así como una protesta...

LOR. ¡En nombre del vecindario, claro está!

ALF. Naturalmente... Y pienso en nuestra horrible tristeza el día en que nos hayan dejado aquí tan solos, tan solos...

ALICIA (Que ya no sonríe.) Pero con la esperanza de que han de volver...

(Lorenzo mira sucesivamente a Alfonso y Alicia e inclina luego la cabeza sobre el plano. Corta pausa.)

ALF. (Como siguiendo con la mente un pensamiento prorrumpe.) ¡O se rebela y lo echa todo a rodar!

(Lorenzo levanta la cabeza con sorpresa.)

ALICIA (Hace un gesto enérgico y mira a Alfonso con severidad.) ¿Y qué conseguía usted con eso?

LOR. ¡Figúrese!

ALICIA (Serena.) Si yo hablase a solas con la población le aconsejaría que se serenase, que reflexionara como es debido...

LOR. Eso es.

ALICIA Y otras cosillas también le diría yo a la población cara a cara.

LOR. (Mira a ambos, y comprendiendo que no se atreven a continuar la conversación ni aun con alusiones, se levanta y dice con naturalidad.) Entre los primeros dibujos que tracé debo tener allá dentro una rotonda diferente... A ver si les gusta a ustedes más.

ALICIA ¿Sin lápidas?

LOR. Y sin bustos. Voy a buscarla, con el permiso de ustedes. (Serio y correcto desaparece por la derecha.)

ALICIA (Cariñosa.) Ven aquí, Alfonso; tus palabras, aunque llenas de amor y de pasión, han adquirido, ¡qué se yo!, cierto tonillo de reproche, de amenaza... ¿Por qué?

ALF. (Con acento respetuoso y tímido que es su más característica actitud.) Perdóname, Alicia... ya estoy arrepentido de ello.. Perdóname...

ALICIA No, no; ha sido la primera vez; pero me temo mucho que no sea la última. Mas vale que hablemos de esto... ¿Por qué motivo te quejas de mí? Vamos a ver.

ALF. Porque te vas. ¿Te parece poca cosa?

ALICIA ¿Es que eso no lo sabías desde un principio?

ALF. Lo que no podía suponer es que las cosas terminaran como han terminado.

ALICIA ¡Muy bien! ¿De modo que aquella noche yo debí haberte despedido?

ALF. ¡Tal vez!

ALICIA Para que hubiese vuelto al día siguiente... tu sencillez, tu acento de sinceridad me inspiraron una confianza tan grande, una fe tan honda...

ALF. Creo que no sabía pronunciar una palabra.

ALICIA ¡Oh! Hablabas de un modo... o por lo menos tenías la elocuencia de la simpatía.

ALF. ¡Te marchas!...

ALICIA Vuelvo a coger el tren (Dulcemente.) después de haberme detenido en una estacioncita del tránsito, muy alegre, muy bonita, en donde te encontré a ti.

ALF. (Sonriendo con tristeza.) Yo estaba en la sala de espera de tercera clase, y tú, en cambio, en la de primera.

ALICIA Y, sin embargo, tú no tardaste en penetrar también. Y entonces no me preguntaste de dónde venía.

ALF. Ningún derecho tenía para preguntártelo.

ALICIA Entonces, ¿por qué ahora me echas en cara reanude el viaje ya que no tienes el derecho siquiera de saber a dónde voy?... ¿Es que prefieres acaso que esperemos algún tren para que nos echemos bajo sus ruedas?

ALF. También podíamos esperar el tren para subir juntos...

ALICIA ¿E ir a dónde?

ALF. (Mortificado.) Ya, ya te comprendo... es difícil ir juntos con billetes de diferente clase...

ALICIA Tonto, tontín... No agotemos el idilio de una vez... dejemos algo para soñar esperándolo... que las verdaderas felicidades tal vez están más en lo que se espera que en lo que se tiene... No nos despidamos abítos... no terminemos la novela... pensemos que el capítulo mejor es el que no está escrito... ¿Tú crees que los folletines serían lo mismo de interesantes si se publicaran de una vez?

LOR. (Entra con un rollo de papeles, y al ver a la pareja tan abstraída se para; mira asorado y por fin se decide

a interrumpirlos.) Aquí está el dibujo; pero no, no es este. Dispensen ustedes. (Vase.)

ALICIA (Dulcemente.) ¿Acaso crees que no voy a sufrir dejándote? Pero me consuelo pensando en que voy a volver, y entonces me acogerás sonriendo como sonriendo lograste enamorarme.

ALF. ¡Cuánto más fuerte eres tú que yo!

ALICIA Más razonable tal vez... pero no soy una heroína ni tú eres un héroe; somos dos seres normales que no podemos prescindir de la realidad de las cosas aunque vivamos de pasión y de ilusiones.

ALF. (Exaltado.) Tú puedes discutir tan tranquila, y yo en cambio... Sométeme a la prueba que quieras; ahora que he probado lo que es amor amándote a ti, me siento tan tuyo, tan tuyo, que dispuesto estoy a decir a todo el mundo que te amo; dispuesto estoy a rebelarme, a ser malo, muy malo para con todos con tal de ser muy bueno para ti. ¿Dudas de que sea sincero?

ALICIA ¡Qué he de dudarlo!... Pero te quiero bueno, bueno para todos. Reflexiona, y algún día me agradecerás que no haya secundado tus locuras.

GASPAR (Dentro.) Sírvanse ustedes pasar.

(Alfonso y Alicia se separan. Alicia cambia la expresión de su rostro, y muy risueña sale al encuentro de DOÑA ANGELITA, EUSEBIO y, por último, MARIA TERESA, que entra por el foro.)

ANG. (Adelantándose.) ¡Mi querida Duquesa!

ALICIA Tengo que hacer yo los honores de la casa. El señor Rivas ha ido a buscar unos dibujos. (Llamando desde la puerta de la derecha.) ¡Rivas!

LOR. (Que sale corriendo.) ¡Hola, queridos! (Saluda.)

ALICIA (Que ya ha saludado a Angelita y Eusebio, da la mano a María Teresa.) ¿Qué tal, María Teresa? Veo que ya está usted por completo restablecida. Lo celebro de veras.

M. TER. (Mirando con enojo a Alfonso.) Todavía no estoy repuesta del todo.

ANG. (Interrumpiéndola.) Sigue un poco delicada.

ALICIA Justamente estaba pidiendo noticias de usted el doctor...

M. TER. ¡Qué sabe de eso!

ALICIA ¿Cómo que no?

EUS. (Adelantándose.) María Teresa... vamos...

ALF. (Azorado.) ¿No? ¿Y quién si no se interesa por tu salud?

M. TER. Tiene usted demasiado con atender a sus clientes de la calle de San Carlos.

ANG. (Rápida y enojada.) ¡A ver, María Teresa!... No es este el momento...

LOR. Si quisiera usted, Duquesa, pasar a mi taller podría ir viendo el proyecto en yeso...

ALICIA Con mucho gusto. (Sonriendo a María Teresa.) Por lo visto, la dolencia más aguda que usted padece son los celos.

M. TER. ¿Por qué dice usted eso? ¿Acaso por que he aludido a una casa de la calle de San Carlos, de donde han visto salir a mi marido esta mañana?

ALF. ¿Hay algo de malo en eso? ¡Un médico tiene que ir a donde le llaman!

M. TER. Claro, y por lo mismo va y vuelve a casa del dentista.

ALICIA (Interesándose.) ¡Ah! ¿En la casa hay un dentista?

M. TER. En el piso inferior. La estrategia es admirable.

ANG. En fin. María Teresa...

ALICIA Déjela usted que hable, señora, no dice ninguna cosa...

ALF. No dice nada malo; pero todo esto no puede ser más fastidioso y tonto.

ALICIA Sin embargo, se la puede dispensar teniendo en cuenta sus celos. (Con intención.)

ALF. Pero, ¿celos de quién? ¡Vamos a ver!

ALICIA Es que si tiene pruebas...

ALF. ¿Qué pruebas va a tener?

ALICIA Sin embargo, parece que sabe perfectamente que a la calle de San Carlos no va usted como médico...

M. TER. ¡Va a ver a su amante!

ALF. ¡Protesto con toda mi alma!

ALICIA (Con desabrimiento.) ¡Ah, la del coche!

(Todos quedan sorprendidos por esta salida de la Duquesa.)

ANG. ¿Usted sabe?...

ALICIA Yo no sé más si no que cierta dama hubo de verse muy comprometida a consecuencia del vuelco de un coche... Pero, la verdad, ignoro quién era.

ANG. Y nosotros también, señora.

ALICIA Pero de empeñarse en descubrirlo... tal vez...

M. TER. ¡Vaya si lo sabré! ¡Ya lo creo!

ALF. (Cada vez más azorado.) Me permito rogar a usted, Duquesa, y a ustedes también, que den por terminada esta conversación, que no tiene más fundamento que un lamentable equívoco, (A Lorenzo.) y que tú nos enseñes ya de una vez tu proyecto.

LOR. Perdonen ustedes, yo estaba esperando..

ALF. (Viendo entrar a Blas.) ¿Al señor alcalde quizá? Pues aquí le tienes.

BLAS (Entrando de prisa.) ¿Me he hecho esperar? Ustedes perdonen, y usted particularmente, Duquesa...

ALICIA No, he sido yo la que me he adelantado a la hora convenida.

BLAS Mi esposa ruega a ustedes que la dispensen por no haber venido. No se encontraba bien.

ALICIA Lo siento.

BLAS Estaba tan contenta con la idea de esta reunión para ver el proyecto del hospital, de cuya junta tiene el honor de formar parte...

ANG. No tendrá importancia su indisposición, ¿verdad?

BLAS Tal creo. Seguramente es un ataque nervioso. Esta mañana, sin duda debió experimentar alguna emoción desagradable, algún susto... Lo adiviné en seguida al salir del Ayuntamiento, y encontrémela muy agitada al cruzar la calle de San Carlos... Iba muy sofocada...

(Expectación en los oyentes.)

M. TER. ¿Por la calle de San Carlos?

BLAS Sí. Me sorprendió mucho verla en aquél estado y ella me dijo que salía de casa del dentista...

M. TER. (Con ímpetu.) ¿En el número dos?

BLAS El número no lo sé... La pobre debía sufrir muchísimo, daba pena verla... Después no quiso probar bocado,..

ALICIA Se comprende... le seguiría doliendo mucho el diente...

BLAS O tal vez la impresión, el miedo... (A Alfonso.) Le ruego a usted que vaya a verla cuando pueda. Tengo miedo a estas crisis de mi mujer y hoy está de lo más nerviosa. (Durante la narración de Blas los personajes cambian miradas

muy significativas y lanzan oportunas exclamaciones. El alcalde se sorprende y pregunta extrañado.) ¿Acaso no son ustedes de mi parecer?

ALICIA (Fijando la mirada en Alfonso y disfrazando con la dulzura de su voz su pensamiento.) Tranquilícese usted, señor alcalde; quitando el diente se quita el dolor.

BLAS Pero lo malo es que ella no quiere quitársele.

M. TER. (Con violencia.) ¡Ah, pues se le quitará; vaya si se le quitará!

BLAS Eso depende de Alfonso. Si como médico logra imponerse, convencerla...

ALF. (Azoradísimo y sin saber qué actitud tomar.) Duquesa... María Teresa... Yo...

M. TER. ¿Qué has de decir tú? ¡Ahora se explica todo perfectamente!... ¡Y yo!... ¡Y yo!... (Rompe a llorar con desconsuelo.)

BLAS (Que hablaba con Angelita y Lorenzo se vuelve hacia María Teresa.) Serénese, María Teresa. Lo de mi mujer no será nada, no tiene importancia alguna. ¿No me ve usted a mí tan tranquilo? No de confesarle a usted que el interés que veo le mueve a usted hacia mi mujer me llega al alma...

(María Teresa quiere interrumpirle, pero los demás se lo impiden rodeándola.)

ANG. (Con emoción, aparte a la Duquesa.) Por Dios, Duquesa, sólo usted puede arreglar esto. Por la Virgen Santísima, a ver si con su prestigio y su autoridad consigue.. evita...

ALICIA ¿Qué puedo yo hacer?

ANG. Con sus palabras amistosas procure usted convencer a María Teresa de que no debe dar tanta importancia... En usted confiamos todos.

ALICIA (Después de mirar a Alfonso.) ¿Y por qué no? Puedo intentarlo.

ANG. Dios se lo pague a usted... Mire que también mi yerno ir a meterse en esas aventuras... Una aventura de lo más vulgar y cursi..

ALICIA ¡Qué le vamos a hacer, señora; hay que resignarse! (A Lorenzo.) Oiga usted, amigo Rivas. ¿Quiere enseñar a estos señores el proyecto en yeso?

LOR. Estoy a la disposición de ustedes... Si quieren hacer el favor de pasar. (Lorenzo indica la puerta de la derecha y hacia ella se dirigen Angelita,

Blas, Eusebio y Alfonso, que es objeto de la atención de todos.)

ALICIA Doctor, ¿permite usted unas palabras?

(Todos hacen mutis por la derecha y quedan en escena Alicia, Alfonso y María Teresa. Esta se levanta de golpe secándose los ojos y se va a dirigir también hacia la derecha.)

ALICIA (Con dulzura.) María Teresa, no se vaya usted tan seria... se lo ruego... No quiero. Lo que debe usted hacer es exigir una explicación.

ALF. Por Dios, Duquesa...

ALICIA ¿Quiere usted justificarse ante su esposa? Es muy justo. Negar ya no es del caso; resultaría pueril.

ALF. Por Dios se lo suplico, no me apure más todavía.

M. TER. Hasta ahora no ha dicho más que embustes.

ALICIA (En tono irónico.) Ya que se le había ofrecido una ocasión favorable para proclamar la verdad a voz en grito, ¿por qué ha preferido engañar... a todo el mundo?

ALF. ¡Tendré siquiera alguna disculpa!

M. TER. ¿Es posible que pretendas tener disculpa cuando has estado esta mañana con esa mujer?

ALICIA (Con intención.) ¿Esta mañana? ¡Pues ya no cabe duda!

ALF. (Decidido.) ¿Y quién lo niega ya? ¿Quieren ustedes que me asome a esa ventana gritando: Es verdad, señores, soy el autor de ese escándalo que tanto les preocupa... He ido a esa casa porque no tenía más remedio que ir... Esa mujer, que había empezado la aventura pudiéramos decir que en broma, iba tomando por un camino demasiado serio.

ALICIA ¿Iba tomando el camino?...

M. TER. ¡Yo creo que había llegado al final!

ALICIA La verdad, diga la verdad sin rodeos.

ALF. Decidí darlo todo por terminado. ¡Todo!... Pero para ello era preciso hablar a solas con la señora...

M. TER. Y como es de suponer, escogieron ustedes para ello el sitio de sus citas amorosas.

ALICIA Eso, el sitio donde solían verse antes.

ALF. Eso es... antes... Fué una locura, una tontería mejor dicho... yo no pude medir el al-

cance de mi ligereza... A mí no me interesaba esa mujer, repugnaba a mi conciencia el engaño...

M. TER. ¡Y pensar que era una amiga mía!...

ALF. Por eso no podía seguir así.. Cada palabra afectuosa que yo dirigía a esa mujer parecía como que quemaba mis labios. Y cuando me hallaba solo experimentaba toda la vergüenza qûe tiene que experimentar un caballero al verse falto de la fuerza necesaria para rebelarse a semejante situación y confesarlo todo... a la persona a quien hubiera tenido yo que confesárselo. A veces pensaba que diciendo la verdad hubiera conseguido su perdón, pero otras, en cambio, temía que me despreciase... Pero ya no podía seguir por más tiempo fingiendo un afecto que no sentía, y esta mañana, por fin, le he revelado mis verdaderos sentimientos, mi remordimiento constante... He sido duro, tal vez brutal, pero sincero... Doy a ustedes mi palabra, les juro que quería salir a toda costa de una situación que se me había hecho intolerable. Necesitaba sentirme tranquilo, recobrar la seguridad de mí mismo... He incurrido en una falta muy grave, lo sé, pero no ha sido por maldad, sino por debilidad de carácter... He tenido la desgracia de que se descubra cuando todo estaba terminado, pero así y todo, bendito sea este momento si consigo finalmente aliviar mi alma del peso que la agobiaba y si me permite abrigar la esperanza de que la persona ofendida ha de tener para mí, sino una palabra, por lo menos un pensamiento de perdón. (Alfonso ha dicho toda la narración anterior pensando en el perdón de Alicia y dedicándole a ella todas las disculpas. María Teresa ha escuchado las palabras de Alfonso al principio con mucha severidad, pero poco a poco la calurosa palabra de su marido la va convenciendo y su rostro toma un aspecto más suave. Después se tranquiliza y se convence, y, por último, al terminar de hablar Alfonso, y precisamente cuando más intención pone este en llegar al alma de Alicia, se arroja en sus brazos conmovida.)

M. TER. ¡Con tal de que tu arrepentimiento sea sincero!...

ALICIA (Mira a los esposos y baja la cabeza. Corto silencio,

Después dice con naturalidad.) La verdad es que no me ha costado mucho trabajo conseguir que hiciesen las paces.

M. TER. (En una natural expansión.) ¡Ay, Duquesa, y yo que había llegado a dudar de!...

ALF. (Severo.) ¡María Teresa!...

ALICIA Vamos, no emplee usted ese tono tan desabrido; por nada lo merece la pobrecilla... Le quiere a usted mucho y sería una crueldad que le hiciese usted sufrir... Vea cómo no ha tardado en presentarse la ocasión de demostrar que no somos ningunos héroes... (A María Teresa, con su energía habitual.) Y usted por su parte, si quiere ser dichosa no deje de vigilar a este caballero que se excita y se entusiasma con una peligrosa facilidad y no le consienta usted que pasee en coche, como no sea en su compañía, y menos que tenga clientes en la calle de San Carlos.

M. TER. Descuide usted, señora, que de hoy en adelante viviré con los ojos muy abiertos y no dará paso que yo no vigile.

ALICIA Eso es lo que hace falta... Y no se confíe usted nunca, nunca...

M. TER. ¡Y cuando ellos sepan ahora que hemos hecho las paces!

ALICIA Se pondrán muy contentos.

LOR. (Presentándose.) Perdone usted, Duquesa; la estamos esperando con impaciencia...

ALICIA Voy, voy en el acto. ¿Sabe usted, Lorenzo, que he logrado que estos señores se reconcilien?

LOR. (Sorprendido.) Pero, ¿es verdad?

M. TER. Alfonso ha sido tan sincero con nosotras...

LOR. ¡Enhorabuena! (Estrecha la mano a María Teresa y con ella se dirige hacia la derecha.)

ALF. (Muy triste a Alicia cuando se quedan solos.) ¡Tú ya no me quieres!...

ALICIA ¡Al contrario! ¡Muchísimo!

ALF. ¿Y te marchas tan contenta?

ALICIA Contenta, no, pero sí tranquila.. Ahora tengo la seguridad de que no has de engañarme... Tu mujer se encargará de vigilarte... (Se dirigen del brazo hacia la derecha al tiempo que cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel)

El servicio dóméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano y al portugués.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.)

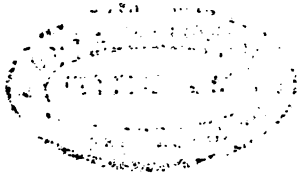
La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.)

LAS AVES DE PASO.



LAS AVES DE PASO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. LUIS RIVERA.

Representado por vez primera en el teatro de Novedades el 8 de noviembre 1858.

LIBRERIAS DE B. RICO
MADRID
Trav. del Arenal, 1 y Mayor, 10

Madrid, 1858.=Imp. de la Revista de caminos de hierro, á cargo de S. Baz, Arco de Sta. María, 39

PERSONAGES.		ACTORES.
CLEMENTINA.	SRAS.	RODRIGUEZ.
DOLORES.		RAMOS.
UNA POBRE.		MARTIN (1).
CRIADA.		N.
FERNANDO.	SRES.	ZAMORA.
D. PEDRO..		CALVO.
LUIS.		ALBALAT.
PRINCIPE D'ANSFELST. . .		BERMONET.
CORONEL HERRERA. . . .		MENDEZ.
LIVIO.		CABELLO.
CABALLERO 1.°.		HERNANDEZ (D. E.).
CABALLERO 2.°.		N.
RAMON, CRIADO.		MUR.
UN MOZO.		N. N.
MASCARAS.		

La accion es contemporánea. Los actos primero y cuarto se suponen en Granada; los restantes en Roma.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigente.

Los corresponsales de D. Prudencio de Regoyos, dueño de la galería dramática EL MUSEO LITERARIO, son los encargados esclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

---

(1) La señora Martin se ha encargado de este papel por obsequio al autor del drama.

A D. ANTONIO ZAMORA.

Me pediste, sin conocerlo, este drama; y la primera vez que lo leiste, celebraste lo que despues el público ha juzgado.

Nadie hacia caso de mí ni de mi obra, y hasta consideraba yo como imposible hacer que la escuchasen con atencion nuestros primeros actores. ¡Sucede esto con tanta frecuencia! Me disponia ya á encerrarla en el fondo del baul (porque creo que aun me quedaba baul), cuando llegó á tu noticia mi desgracia. Aquel dia fué mi drama al teatro de Novedades, cuya empresa lo aceptó, á pesar de las contrariedades que pudieran surgir de su admision. Pero gracias á tus esfuerzos y á los de la primera actriz señora Rodriguez, se puso en escena cuando menos lo esperaba yo: el drama, pues, es mio; el triunfo te lo debo.

Despues de esta confesion, creerás en la sinceridad de tu amigo

Luis Rivera.

ACTO PRIMERO.

Alrededores de Granada.—Una quinta á la izquierda del actor con un pabellon, en primer término, con ventana á la vista del público; en segundo término la entrada de la quinta.—En el fondo, verja.—A la derecha la quinta de Clementina, á la que se sube por una escalinata. Arboles, asientos, etc.—En el fondo, detrás de la verja, el camino real.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES *y* FERNANDO; *el segundo figura que está retratando á Dolores.*

DOLORES. Ya debe faltar muy poco. (*Sentados.*)
FERN. No te impacientes.
DOLORES. Cuidado
que, como nunca, te cuesta
mucho sacar mi retrato!
Otras veces tu pincel
volaba sin gran tran trabajo,
y con cuatro toques.....
FERN. Cierto;
hoy tengo torpe la mano.
DOLORES. Acaso tu pensamiento
en otra idea ocupado.....

FERN. Otra idea?
DOLORES. Qué se yo!
FERN. Si tú me distraes.....
DOLORES. Ya callo;
Pinte V. y punto en boca.
FERN. Lo haré. (*Pausa: Fernando pinta.*)
(*Despues, arrojando los pinceles.*)
Me fatigo en vano!
DOLORES. Es verdad: yo bien decia. (*Levantándose.*)
FERN. Dolores: debo estar malo. (*Idem.*)
Dejemos por hoy.....
DOLORES. (*Enojada*). Dejemos.....
(*Se sienta á la izquierda y toma la labor.*)
FERN. Te enojas?
DOLORES. Por qué? No alcanzo.....
FERN. Dolores, tú no comprendes
que hay momentos tan ingratos
para el artista, que en valde
se afana por....—Bien estamos!
A qué te enfadas conmigo?
DOLORES. Te engañas, yo no me enfado.
FERN. Culpa á tu mucha belleza,
si tan sin fruto me afano:
no hay tintas en mi paleta
que al lienzo den un traslado
del color de tus mejillas,
ni del carmin de tus labios.
Primero robar pudiera
al sol uno de sus rayos,
que á tus ojos andaluces
el destello soberano.
Mándame pintar la rosa,
mándame copiar el nardo,
el sueño de la inocencia
ó la soledad del cláustro;
dime que quieres del cielo
el claro azul en mis cuadros.....
Yo agotaré una por una
mis inspiraciones, y árbitro
de cielo, luces y flores
tendrás la copia en tus manos.
DOLORES. Y quien á tanto se atreve
no puede hacer un retrato!
—Tus ojos ya no me miran
como un tiempo me miraron.....
FERN. Y quién te dice....?

DOLORES. Quién? Yo
que espío todos tus pasos,
que con los ojos del alma
te sigo siempre, Fernando;
que ni un instante siquiera
me separo de tu lado,
y hasta cuando no te veo
mi ilusion te está mirando.
FERN. Angel mio!
DOLORES. Escucha:—Aquí
los destinos nos juntaron,
y niños nos conocimos,
y niños nos adoramos.
A la falda de esa sierra,
en estos cármenes gratos
que dan á Granada nombre,
y dan al viajero encanto,
deslizóse nuestra infancia
al arrullo de los pájaros,
al perfume de las flores,
al resplandor de los astros.
—«Ama á Dios,»—dijo mi padre;
y á Dios desde entonces amo.
—«Ama á Fernando,»—y te amé.—
Ya ves si cumplí el mandato.
Y si estos dos sentimientos
á mi vida se enlazaron,
qué alegría sin tu amor
puedo ambicionar, Fernando?
FERN. En tí los recuerdos todos
de mi infancia están guardados:
eres mi musa, mi mundo.....
todo.....
DOLORES. Te creo.
FERN. Te amo.

ESCENA II.

DICHOS *y* LUIS.

LUIS. Noticia. (*Entra por el fondo, muy alegre.*)
FERN. Quién es?
LUIS. Yo soy.
DOLORES. Luis!
LUIS. El mismo. Estoy cansado.....

Caramba! Vengo á galope.....
FERN. De Granada aquí hay un paso.
LUIS. Ya; pero el calor.....
FERN. Qué ocurre?
DOLORES. Antes descanse V. un rato.
(*Sentándose*).
LUIS. Echando vengo el pulmon.....
Tengo que hablarte. (*A Fernando.*)
DOLORES. En tal caso.....
les dejo solos.....
LUIS. Por qué?
No es secreto.....
DOLORES. Sin embargo.....
LUIS. Como V. quiera.....
DOLORES. Hasta luego.....
LUIS. (*Saluda y la sigue con la vista.*)
Qué linda! la quiero tanto....!

ESCENA III.

FERNANDO *y* LUIS.

LUIS. Fernando..... mírame bien.
FERN. Vamos, ya te estoy mirando.
LUIS. Tengo un proyecto, que hoy mismo...
FERN. Un proyecto...? Cuál? Sepámos.
LUIS. Que hoy mismo pongo en...—te acuerdas
de nuestros sueños? De cuanto
hemos forjado en la mente
sobre el porvenir?
FERN. Ya caigo!
Sueños de gloria que en humo
han de irse, Luis, disipando.
LUIS. No tal.
FERN. Cómo!
LUIS. Estáme atento.
Me faltan no mas dos años
para alcanzar, Dios mediante,
el grado de licenciado
en jurisprudencia.
FERN. Y qué...?
LUIS. Cachaza, que pronto acabo.
Yo no he salido jamás
de este rincon ignorado,
y me canso de vivir

entre flores y naranjos.
Quiero ver algo del mundo...
ir á la córte... y qué diablo!
Nace un tonto y va á Madrid
por decir que ha visto algo:
hé de ser menos que un tonto?
Así, pues, sin mas preámbulos,
me eché á los piés de mi padre...
no sé si lloré, y con harto
pesar me dió su licencia.
Conque hoy de Granáda salgo,
que ya se acerca el otoño,
y á Madrid sin mas reparo...!
allí estudiaré este curso.

FERN. Dichoso tú!

LUIS. O me engaño
ó he de divertirme mucho!
Madrid... Madrid...! gran teatro
donde un estudiante vive
libre, alegre, y sin un cuarto.
Si te vinieras conmigo...

FERN. Yo!

LUIS. Si, tú: es algun milagro?

FERN. Pero sabes que no es
Madrid mi sueño dorado...
Además, yo no poseo
nada, y seria ingrato
con Dolores y su padre,
que han sido mi único amparo.

LUIS. Lo sé.

FERN. Sin ellos, qué hubiera
sido de mí? En suelo estraño
mi padre ha muerto sin duda
lejos de su patria, en tanto
que mi refugio esta casa
ha sido por largos años;
en ella he crecido, en ella
dia por dia he guardado
oculto bajo la sombra
de la gratitud, el dardo
de la ambicion que mi pecho,
caro Luis, va desgarrando!
Hasta ahora sufrí con gusto
mi retiro... Ya lo hago
con violencia! Lucha horrible!
Mi inspiracion se ha agotado;

cojo el pincel con afan,
lo llevo al lienzo... y desmayo.
Oh! Nacer como la rosa
y sin variar de estado
morir en el mismo sitio...
qué destino tan infausto!
Ver siempre el mismo horizonte,
teniendo ya de antemano
las horas contadas, es
para morir de marasmo!—
Si á lo menos una vez,
como esas aves de paso
que mudan con la estacion
de clima, tendiera ufano
por mundos desconocidos
de mi mente el vuelo raudo,
quizás templar consiguiera
esta sed en que me abraso.
Has visto la golondrina,
nuevas regiones buscando
así que viene el invierno?
Viajera de los espacios,
melancólica se aleja,
y alegre vuelve al verano.
Cada vuelo suyo, un dia;
cada estacion es un año...
Y si un viaje es la vida,
oh Luis! mas ó menos largo,
infeliz de aquel que nace
y muere en el mismo campo,
pegado siempre á la tierra
como la piedra y el árbol!

LUIS. Y te sobra la razon...
Tú tienes genio... entusiasmo...
quién sabe lo que serias
fuera de aquí?

FERN. Quizás...

LUIS. Vamos...
no me conformo... Te vienes?

FERN. Qué disparate!

LUIS. Fernando:
mil realitos mensualmente
me enviará mi padre... y, claro,
si te vienes partiremos.

FERN. Gracias. (*Estrechándole las manos.*)

LUIS. Con el alma te hablo.

FERN. Lo sé: pero yo no debo....
A mas,... un deber sagrado
me encadena á esta familia.
LUIS. Amas á Lola... Tú al cabo
la mereces mas que yo...
FERN. Tambien tú...?
LUIS. Qué! no hagas caso...
Yo la amaba sin saberlo,
como amigo...
FERN. No lo estraño.
Es tan bella!
LUIS. Y un ingenio!
Con unos ojos y un garbo!
En Madrid la olvidaré...
Sino... mejor traza hallo...
Ya tengo conquista.
FERN. Cómo?
LUIS. Esa dama de alto rango...
Clementina... la que vino
á pasar aquí el verano....
FERN. La dueña de esa otra quinta...
Oh! Luisillo, buen bocado!
LUIS. Tan bella, tan elegante!
y un talento que es un pasmo..
Hoy mismo deja á Granada.
FERN. Se marcha? (*Conmovido.*)
LUIS. Yo la acompaño;
va á Madrid... Hasta despues.
FERN. Qué es esto? qué le habrá dado?
(*Entra en la quinta de Clementina.*)

ESCENA IV.

FERNANDO *solo*.

Se vá!—Bueno..... Qué se ausente!
Mas, por qué mi corazon
en su viva agitacion
diciendo está que lo siente?
—Sentir yo su marcha puedo?—
Vaya en buen hora!—qué afan!
mis ilusiones se van,
sin ilusiones me quedo!
Y es esta la primavera
de la vida?.... Y este amor

es ese bien superior
que á mi juventud espera?
Pues si el pecho allá en su centro
no siente placer ni calma,
dónde estais, flores del alma,
que os busco y ya no os encuentro?
Ambiciones de amor llenas!....
—La gloria..... el mundo..... mugeres!
—Siento sed de otros placeres
annque mezclados con penas!

ESCENA V.

FERNANDO. EL CORONEL. DOLORES. (*Fernando ha cogido los pinceles, y se pone á trabajar.*)

CORON. (*Con arreos de caza.*)
(*Llamando.*)
Lola! hija mia...
DOLORES. (*Saliendo.*) Papá...
CORON. Dáme el almuerzo... no tardes,
que traigo un hambre canina...
DOLORES. Yá! Saltando matorrales
toda la mañana.....
CORON. Es fuerza...
La caza es mi sueño...
DOLORES. Dale!
Jesus, cómo viene usted!
CORON. Mejor!...
DOLORES. Pues!...
CORON. ¡Anda, y despáchate!
DOLORES. Bien... Qué ha cazado V. hoy? (*Vuelve.*)
CORON. Hoy? Nada. Pero esta tarde...
DOLORES. Esta tarde no habrá caza...
es una vida de cafre...
correr con el arma al hombro
por montes, cerros y valles;
y para qué, si el morral
siempre vacio lo trae?
aquí quieto... con sus hijos.
CORON. Niña, niña!...
DOLORES. No hay escape.
Y tenga V. bien presente
que desde hoy en adelante,
no saldrá sin mi permiso

á cazar, ea!

CORON. (Es un ángel!)
Bien; haré lo que tu quieras:
qué te negará tu padre,
si por ahorrarte un disgusto
vertiera toda su sangre?
—Pero... dame de almorzar,
Dolores, que traigo hambre.

ESCENA VI.

CORONEL. FERNANDO.

CORON. Se trabaja mucho?
FERN. Si;
No he concluido el retrato...
CORON. Bueno; no pases mal rato...
FERN. Es empeño.
CORON. Siendo así...
A ver? faltará ya poco. (*Se acerca.*)
Lo tienes casi acabado!...
pero no es suyo el traslado
de ese lienzo ó me equivoco.
FERN. De Dolores es!
CORON. Bobada!
Yo lo miro y no lo creo:
ni es su semblante el que veo,
ni se le parece en nada.
FERN. Si V. á negarlo vá...
ella estaba ahí...
CORON. Corriente.
ella estaria presente;
pero en el lienzo no está.
Me parece, hablando en plata,
y de ofenderte no trato,
que un retrato no es retrato
sino cuando nos retrata.
Si en medio de esos colores
no veo su imágen propia,
es, Fernando, que esa copia
no es la imágen de Dolores.
Y estraño, por Belcebú,
verte con esa porfia
cuando cien veces al dia
pintabas su imágen tú.

(*Se acerca á mirar el retrato.*)
Y la cara es peregrina...
lástima que esté tan muda...
mas se parece... no hay duda...
se parece á Clementina.

FERN. A Clementina!

CORON. (*Con severidad.*) Qué es esto?
Fernando... responde.

FERN. (*Turbado.*) Yo!...

CORON. Te comprendo...

FERN. Quién pensó?..,
Casualidad...

CORON. Por supuesto!
Qué motivo?.....

FERN. No lo sé...
Dolores delante estaba...
aquí cerca... y yo pintaba...
henchido de amor y fé.

CORON. Fernando, es preciso hablar
francamente desde hoy;
y lo que á decirte voy
no lo debes estrañar. (*Se sientan.*)
Siéntate. Si amigo fuí
de tu padre, tu sostén
fuí, como sabes, tambien,
siendo un padre para tí.
Pobre y huérfano primero
mi casa tu amparo fué...
Como á un hijo te crié,
y como á un hijo te quiero.
Dolores creció á tu lado,
su infancia á la tuya unida,
te amó... te ama, y su herida
hoy contemplo amedrentado.
Me figuro la ocasion...

FERN. Señor...

CORON. (*Interrumpiéndole.*)
Qué vas á decirme?
tu voluntad está firme,
pero no tu corazon.
Cuando sin ver adelante,
y sin motivado intento,
el humano pensamiento
va buscando otro semblante,
es que falta la ilusion
del amor que se tenia,

es que doblan la agonía
para un pobre corazon.
Y ese corazon creyente
que en la luz de tu mirada
vió su dicha retratada,
que rie y su mal no siente,
es mi hija, mi Dolores...
pobre flor sin compañera
que muere en su primavera...
Cuán poco viven las flores!

FERN. Señor... me está usté injuriando...
Yo la adoro...

CORON. No lo niego;
pero ese amor no es el fuego
que siente por tí, Fernando.
Yo he dispuesto vuestra union,
y ella creyéndolo está...

FERN. Y esa union se cumplirá,
porque es una obligacion.

CORON. Y de otros sueños en pos,
no forjarás mil quimeras?
Responde cual si estuvieras
en la presencia de Dios.

FERN. Sueños! Locura!

CORON. Locura
que acaso infeliz te hará:
tu pensamiento podrá
vivir en esta estrechura?
Si á abrumarte la cadena
de su amor llegase un dia
y ella lo sabe...—hija mia!
se moriria de pena!

FERN. (*Levantándose.*)
Pues bien, yo he soñado, si,
con la gloria, los laureles,
y maldigo los pinceles
si he de vegetar aquí!
Soñé con la ardiente arena
do se conquistan coronas;
la fama cruzando zonas,
un nombre que el mundo llena.
De la gloria al estandarte,
tender arrogante el vuelo,
y de Italia bajo el cielo
robar el secreto al arte.
Sin dudar en mi camino

seguir, adorando en ellas,
de Miguel Angel las huellas,
de Velazquez, del de Urbino,
Roma!—La blanca paloma
del arte me está llamando,
y yo estoy, señor, soñando
desde mi niñez con Roma!
Luchar!—al rayo fecundo
de la gloria alzar la vista,
tener un nombre de artista,
ser conocido en el mundo...
Decir: es mi voluntad!
y porque á todos asombre,
legar á su patria un nombre
que honre á la humanidad...
Esto es caminar en pos
de lo eterno, en santa guerra,
dejando un rayo en la tierra
de la presencia de Dios!

CORON. Muy bien! Me das un consuelo
que te agradezco... no es broma...
irás á estudiar á Roma!

FERN. A Roma?

CORON. Sí, vive el cielo!
No soy rico, mas aun puedo
sostenerte allá dos años...
Que aquellos usos estraños
no te aparten...

FERN. Oh! no hay miedo!

CORON. En cuanto á Dolores... pues,
que espere... sí... y yo con ella...
No la olvides! es tan bella!

FERN. Posible olvidarla es?
Su hermosura y su virtud
juntas me darán valor.

CORON. Aunque perdamos su amor, (*Aparte.*)
salvemos su juventud.

ESCENA VII.

DICHOS. DOLORES.

DOLORES. Papá... (*Desde la puerta de la quinta.*)

CORON. (*Aparte.*)
Buscaré un buen medio

de anunciarla...
DOLORES. Me parece
que ya se ha olvidado el hambre.
CORON. Es verdad...—Vámos, Fernando?
Esta ausencia... (*Entrando.*)
FERN. Separarme
de ella... Mis sueños de gloria,
al fin van á realizarse. (*Entra.*)

ESCENA VIII.

LUIS, *saliendo de la quinta de Clementina.*

Mujer mas encantadora!
Me trastorna la chaveta...
Yo necesito decirla...
Pero me corto, y al verla
no soy dueño de esplicarme...
Mas de aquí á la corte es ella!
me declaro en el camino.
Oh, bendita diligencia,
tú servirás de pretesto!

ESCENA IX.

DON PEDRO *y* LUIS.

D. PED. Aquí debe ser..... las señas..... (*Desde el fondo*).
LUIS. Quién será este personage?
D. PED. Si no sirve de molestia
me dirá usted si aquí habita...
LUIS. Quién?
D. PED. El coronel Herrera.
LUIS. Sí, señor; esa es su quinta.
D. PED. Gracias.
LUIS. Si hablarle desea.....
D. PED. No: mas si usted es tan amable,
saber noticias quisiera
de un tal Fernando Valverde.....
LUIS. Amigo mio..... una perla!

Gran talento! Es un pintor
muy nombrado en esta tierra.....
Vive con el coronel.....

D. Ped. En esa quinta?

Luis. Sí.—Aquella
(*Señalando á la de Clementina.*)
la habita una ilustre dama
de la corte. Forastera,
que viene solo á Granada
por temporadas. Y es bella!
Quiere usté hablar á Fernando?

D. Ped. Sí.

Luis. Pues voy con su licencia
á prevenirle..... (Este hombre.....)

ESCENA X.

Don Pedro, *solo.*

Voy á verle....! No me vendas
corazon, y tu alegría
por un instante modera!

ESCENA XI.

Fernando, Don Pedro *y* Luis.

Luis. Aquel es!—Volveré luego. (*A Fernando.*)
(*Se vá.*)

D. Ped. Su misma frente serena.....
(*Contemplando á Fernando*).
su continente..... su andar.....
su mirada altiva y fiera.....

Fern. Caballero..... usted me busca?

D. Ped. Vengo de lejanas tierras;
mi nombre es Pedro Arellano.....
y deseaba..... una muestra (*Titubeando.*)
de su talento.... un retrato.....

Fern. Es mi oficio, y cuando quiera.....

D. Ped. Gracias.—Tiene usted familia?

FERN. No quiso mi mala estrella
concederme ese consuelo.....
Huérfano y niño, la agena
caridad tendió sus alas
y me cobijó con ellas.
Era mi padre marino,
dió al viento un dia sus velas,
y dé entonces no he sabido....
D. PED. Habrá muerto! (*Con intencion.*)
FERN. (*Con profundo sentimiento*).
Tal vez.
D. PED. Nuevas
no ha tenido usted jamás....?
FERN. No.
D. PED. Como ha de ser..... paciencia!
(*Pausa.*) (*Queriendo distraer á Fernando.*)
Y tiene usted aficion
á la pintura?
FERN. Oh! inmensa.
Además, como el trabajo
es mi única riqueza.....
D. PED. Y qué porvenir ofrece
ese arte que fama eterna
dió á Murillo y á Velazquez,
y á otros que el mundo celebra?
FERN. El arte es una nacion
que hermana todas las lenguas,
y tiene siempre por límites
mil esperanzas risueñas,
envidias que nos combaten,
ambiciones turbulentas,
críticas que en su altivez
muy pocos triunfos celebran,
—y á veces un hospital
como término en la tierra.
En esta nacion entramos
todos, pintores, poetas.....
todo el que en vuelo atrevido
levanta su inteligencia
en busca de espacio y luz
con que alumbrar su carrera.
Nuestro enemigo es el mundo.....
— la lucha entonces comienza!
y el mundo con el artista
traban horrible pelea.
Si sucumbimos..... olvido;

si triunfamos,..... gloria inmensa!
—Oh! vale bien esta lucha
las mil víctimas que cuesta!
—Tener por contrario el mundo,
sufrir su sarcasmo y mengua.....
luchar de dia y de noche.....
y cuando el momento llega
del triunfo, erguida la frente
y la mirada altanera,
al mundo decirle:—Calla!
y póstrate á mi presencia.....
Soy rey del talento, y tú
pedestal de mi grandeza!

D. PED. Ese fuego..... ese entusiasmo...,.
Un abrazo en recompensa!
Es en nombre de su padre....!

FERN. Mi padre....!

D. PED. Murió en América!
Yo fuí su mejor amigo,
y en mis brazos dió á la tierra
su postrera despedida,
rogándome que viniera
en busca de usted á Europa
y le entregara la herencia.

FERN. Padre mio....!

D. PED. Sí, Fernando;
siempre su nombre recuerda,
que mas honrado marino
nunca afrontó las tormentas.
Su juventud borrascosa,
su vida de escollos llena,
no pudieron apartarle,
jamás de la buena senda.
Júrame—dijo al morir,—
que le hallarás!—Mi promesa
cumplo, ofreciéndole á usted
la amistad mas verdadera
(*Le estrecha la mano.*)

FERN. Ah!

D. PED. Llore usted sin temor,
que el llanto de un hijo llega
hasta el sepulcro de un padre
y su cadáver refresca.
Sígame usted á Granada
y le entregaré la herencia
con las cartas que su padre

encargóme que le diera.
FERN. Enteraré al coronel
primero, y luego...
D. PED. Pues, ea,
no tarde usted. Allá espero...
voto á..! nada de pobreza!
que su fortuna, Fernando,
hoy por millones se cuenta.
(*D. Pedro se vá por el fondo. Fernando entra en la quinta.*)

ESCENA XII.

CLEMENTINA, *sola*.

(Despues de registrar la escena, se dirige al retrato y le examina.
Amor! Será un bien ó mal?
era su vida tan pura!
—Y labra su desventura
esta belleza fatal.
Sus ojos van tras de mí
por donde quiera que voy...
Fernando! segura estoy...
me adora, me adora, sí.

ESCENA XIII.

CLEMENTINA. LUIS.

LUIS. Vamos, Clementina?
CLEMEN. Vamos.
LUIS. Llegó el dichoso momento! (*Con alegria.*)
CLEMEN. Qué eso, Luis?
LUIS. (*Con intencion amorosa.*)
El contento;
juntos á Madrid marchamos....
CLEMEN. Ah ya comprendo.
LUIS. Tambien
Fernando la ruta toma.
CLEMEN. A Madrid?
LUIS. No tal: á Roma.
CLEMEN. A pintar?
LUIS. Justo.
CLEMEN. Muy bien.

LUIS. (*Con inteneion.*) Oh! Viage mas feliz!
CLEMEN. Antes de todo es preciso
que esté usted muy sobreaviso,
no cometa algun desliz.
LUIS. Clementina, no lo espero.
CLEMEN. Soy amiga de su padre
y aun cuando á usted no le cuadre,
desengañarle prefiero.
Juntos vamos á emprender
un viage, y á su edad
se ama con facilidad,
mas yo no puedo querer.
LUIS. Será verdad lo que escucho?
CLEMEN. Por esa razon lo advierto...
este corazon ha muerto
á fuerza de sufrir mucho.
LUIS. Pues mas me intereso ahora...
CLEMEN. Para convencerle á usté
mi historia le contaré,
que es muy sencilla.
LUIS. Señora!
CLEMEN. Mi alma, de sueños llena,
se despertó de repente
al sol del trópico ardiente
que enciende en llamas la arena.
En sus dichas incesantes
creció mi niñez tan pura,
como el aura que murmura
en los árboles gigantes.
A la sombra de una palma
el mar arrolló mi cuna,
y allí dejé una por una
las ilusiones del alma.
Un dia nublóse el sol,
el mar agitó su lecho,
y echó á mis playas deshecho
un bergantin español.
Lo trajo la furia insana
de la horrible tempestad,
y fue mi fatalidad
en la orilla americana.
En mi casa el capitan
vida y salud recobró—
me habló de amor—y mintió—
era bizarro y galan.
Yo en suz promesas fiaba,

y el corazon y la mano
á don Pedro de Arellano
loca de amor entregaba.
Iba ya, necia! al altar,
bella en mi traje de boda,
y era mi esperanza toda
ay! ser amada y amar.
Pero en aquel mismo dia,
sin despedirse de mí,
se fué don Pedro, y me ví
á solas con mi agonía,
llorando en mi cortos años
á la par de sus traiciones,
las torpes murmuraciones
de parientes y de estraños.
Que á los rayos de aquel sol
que escuchó su juramento,
sin un adios! se dió al viento
el bergantin español.
Memorias de encanto llenas...!
Amor...!—hermosa mentira!
—Solo venganza respira
la sangre que arde en mis venas!

LUIS. Y no habrá piedad...?

CLEM. Por cierto!
herida en el corazon,
de quién tuvo compasion
la leona del desierto?
Lloré en mi primera edad
males que no comprendia,
y á poder, me vengaria
en toda la humanidad.
Por eso no mas mi vida
es solo un viaje eterno,
con la pena del infierno
dentro del alma escondida.
Y nunca, desdicha humana!
puedo anudar el placer,
entre una pena de ayer
y una dicha de mañana.
Mi juventud casta y pura
conmigo segura va,
y el mundo trofeos da
á mi insolente hermosura!
A ese coro de gemidos
que me sigue á donde voy,

tan solo desprecios doy
cuando llega á mis oidos.
Quiero en el lujo vivir!
quiero á todos deslumbrar!
y que me lleguen á amar
para mirarlos morir!
Siga usted, Luis, mis consejos.
mi hermosura en sus enojos
es sol que abrasa los ojos,
y hay que mirarla de lejos.

ESCENA XIV.

CLEMENTINA, LUIS, DOLORES, FERNANDO, MARIA, RAMON.

LUIS. No lo olvidaré supuesto
que ya voy adivinando...
CLEM. Vamos ya?
LUIS. (*Viendo á Fernando que sale con Dolores.*)
Hola, Fernando,
Hasta la vuelta... Qué es esto?
Llora Dolores? (*Habla aparte con ellos.*)
CLEM. (*Llamando á la puerta de la quinta.*)
María! (*Mirando á Fernando.*)
El es!
(*Salen María y Ramon: la primera trae el sombrero y la sombrilla que dá á Clementina.*)
Todo está arreglado? (A *Ramon.*)
RAM. Todo, señora.
CLEM. Cuidado.
RAM. Y buen viaje, ama mia.
(*Se queda á la puerta hasta que haya desaparecido Clementina y María.*)
LUIS. Con qué esas nuevas tenemos? (A *Fernando y Dolores.*)
Dolores, no que hay llorar.
CLEM. (Aun no me ha visto.)
LUIS. Al pasar (*A Fernando.*)
por la corte, nos veremos.
CLEM. Luis... (*Luis vuelve á donde está Clementina.*)
FERN. (*Viendo á Clementina.*)
Ella... se vá...
DOLORES. Fernando,
lo ves como ya no lloro?
te creo porque te adoro...
No me olvidarás?...
FERN. Y cuándo?

Mientras viva mi razon,
y la juventud aliente,
tu imágen siempre presente
llevaré en mi corazon.

CLEM. (Lo veremos.)

LUIS. Vamos ya? (*A Clementina.*)

FERN. Cómo olvidarte podré?

DOLOR. Eterna será mi fé.

FERN. Mi amor eterno será.

ESCENA XV.

DICHOS. UNA POBRE.

POBRE. (*Dirigiéndose á la izquierda donde están Dolores y Fernando.*)
De la caridad en pos
voy siempre con planta incierta,
pidiendo de puerta en puerta
una limosna por Dios.
Nadie—por mi negra estrella—
hoy fija en mí su mirada,
y he sido feliz y amada,
he sido jóven y bella.

FERN. (*Dándole una moneda.*)
Tome usted.—La senectud
á quien mil penas acosan,
es la tumba en que reposan
el amor, la juventud.

POBRE. (*Que se ha alejado de Fernando y dirigido á la derecha, donde están Clementina, Luis, María y Ramon.*)
De la caridad en pos
voy siempre con planta incierta,
pidiendo de puerta en puerta
una limosna por Dios.
Doble pena mortifica
á quien llora un bien perdido...
—y yo festejada he sido,
noble, y opulenta, y rica!

CLEM. La esperiencia es el consejo
que presta al hombre la edad...
—Descuidada sociedad,
contemplate en ese espejo!
(*Dándole limosna.*)

Tome usted.

POBRE. Gracias. (*Se aleja.*)

CLEM. (*Aparte con tristeza, mirando á la pobre.*)
Qué horror!
Ni riquezas, ni hermosura!

FERN. (*Idem.*)
Oh, la juventud no dura!

DOLORES. (*Idem.*)
Ay, no es eterno el amor!
(*El Coronel aparece dos versos antes del final, Fernando le abraza, se arrodilla ante Dolores, dándole un beso en la mano y cae el telon.*)

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

ROMA.—El teatro representa el Café del *Greco*, en la calle del *Corso*.—Decoracion de sala ochavada.—Puerta de entrada á la derecha del actor.—Balcones con colgaduras de seda encarnada en el fondo.—En el primer término de la derecha, un velador con una butaca hácia el centro de la escena y una silla al otro lado.—A la izquierda otro velador igual con otra butaca y silla lo mismo.—Sobre este velador una botella de cerveza y una bandeja con dos vasos y un periódico.—En la misma izquierda, un sofá, y delante de él un velador con servicio de café para uno.—En las dos ochavas del centro á derecha é izquierda de la puerta del foro dos divanes, y encima de cada uno un magnífico espejo colgado en la pared.—Una lámpara elegante colgada en el centro de la escena.—Todos los muebles de tapicería.—Alfombra.—Al alzarse el telon se oye música que cesará en seguida, y varias máscaras miran por los balcones.

ESCENA PRIMERA.

EL PRINCIPE D'ANFELTS. EL CABALLERO LIVIO. (*D. Pedro bebe un ponche, prestando atencion á todo el diálogo.*)

LIVIO. He perdido mil ducados.
D'ANSF. Si lo decia...
LIVIO. Y qué hermosa!
yegua de mejor estampa
no he visto jamás en Roma.
D'ANSF. La carrera ha sido buena

LIVIO. Qué es ver la turba curiosa
siguiendo con ojos ávidos
las apuestas que se doblan!
Allí el árabe corcel,
bañado en su espuma, arroja
su crin que chispea al sol
y en remolinos se agolpa;
aquí la yegua británica,
como un ave se abandona,
y su escape volador
no surca el viento, lo corta.
D'ANSF. Las corridas de caballos
son muy frecuentes en Roma?
LIVIO. Solo por el carnaval
las tenemos, como ahora.
D'ANSF. Y qué animado está el Corso!
Las máscaras afanosas
lo invaden todo, y recuerdan
de Italia la antigua pompa.
LIVIO. Por eso en pos de sus fiestas
acuden aquí de todas
partes, viajeros ilustres
que el placer con oro compran.
D'ANSF. Como yo, como otros muchos...
LIVIO. Apropósito, la historia
de la hermosa viajera...
D'ANSF. Ah! Clementina!
LIVIO. Me asombra
ese séquito de amantes
que la cerca á todas horas.
D'ANSF. Ya que estamos en el Greco, (*Sentándose á la derecha.*)
tomemos alguna cosa.
Mozo! (*Llamando.*)
MOZO. Señor!
D'ANSF. Cafe.
MOZO. Al punto.
D'ANSF. Sí, sírvenos sin demora.
LIVIO. Conque..
D'ANSF. Quiere usted saber...?
LIVIO. Pues, la comenzada historia...
D'ANSF. Yo la conocí en Madrid
hará dos años ahora.
(*El mozo les sirve café.*)
Llamaba allí la atencion
de la corte por hermosa...
Su origen americano

y su riqueza notoria,
unidas á la altivez
de un carácter que no doman
ni seduccion ni amenaza,
me produjeron tan honda
sensacion, que desde entonces
juré y cumplirlo me importa
seguir hasta el desenlace
esa vida misteriosa.

LIVIO. Y qué objeto se propuso
el príncipe D'Ansfelts?

D'ANSF. Toma!
Asistir como curioso
de esa estrella portentosa
al ocaso; ver morir
esa garza que en la atmósfera
del mundo civilizado
se cierne tan orgullosa;
que va recorriendo altiva
las capitales de Europa,
dejando en todas recuerdos,
sembrando la muerte en todas.

LIVIO. Raro capricho!

D'ANSF. No tal.
Oh! la mano misteriosa
de Dios, sin duda me obliga
á proseguir esta obra.
Soy rico, noble, y no tengo
ocupacion que se oponga
á mi propósito. Por
distraccion, en qué otra cosa
mas inocente y honesta,
y tambien mas filosófica,
puedo ocuparme?

LIVIO. Es verdad;
mas la ocurrencia es diabólica.

CAB. 1.° Has leido la noticia
(*Leyendo un periódico.*)
que inserta el *Diario de Roma*?

CAB. 2.° A ver.—Sepamos.....

CAB. 1.° (*Leyendo.*)
«Un jóven de las mas ilustres familias de Inglaterra,
«Lord Falmonth, se ha arrojado anoche al Tiber. Hace
«poco mas de un mes que llegó á Roma, y se cree que
«su muerte sea ocasionada por ciertos amores des-
«graciados.»

D'Ansf. No hay duda;
abrigó una pasion loca
por Clementina.
(*Don Pedro se levanta despues de pagar al mozo, y sale*).
Livio. Pero ella
no tiene misericordia....?
D'Ansf. Está obligada á querer
á quien de ella se enamora?
Los rayos de su hermosura
al alma consuelo otorgan;
el que se acerca se quema.
—Esta es su vida y su gloria!

ESCENA II.

Dichos, Clementina *que entra del brazo de* Luis.

Clemen. Descansaremos un rato.
Luis. Como usted guste, señora.
(*D'Ansfelts y Livio se acercan saludándola.*)
Clemen. Hola, mi viejo aleman!
(*Dando la mano á D'Ansfelts*).
D'Ansf. Oh, mi sublime criolla....!
Clemen. Desafio á que por hoy
me haga usted perder la joya
de mi alegría.
D'Ansf. Veremos.
Clemen. La filosofía es cosa
que me hace dormir. Señores,
este buen príncipe adora
el análisis do quiera
que puede ponerlo en obra.
Creerán ustedes que viene
siguiéndome con fé heróica,
por gusto de ver un dia
sobre mi rostro la mofa
del amor en la primera
arruga que en él asoma?
Luis. (Vaya un gusto....!)
Clemen. Y no me deja.....
Nada..... París, Lóndres, Roma.....
En todas partes le veo.....
Pero su intento no logra:
cuando pierda su frescura
mi semblante, sin demora

iré á esconderme de América
en las selvas mas remotas.

D'ANSF. Y aun allí me hallará usted.

CLEMEN. Príncipe D'Ansfelts, no importa:
cien negros me guardarán
de sus miradas curiosas.

D'ANSF. Con que es decir.....

CLEMEN. Que ya empieza
á fatigarme esta broma,....

D'ANSF. No, no es broma: es lo que haré.

LUIS. (Este viejo me encocora.)

D'ANSF. Usted, que vive arrullada
por tanta y tanta lisonja.....
usted que fuerte resiste
en senda tan escabrosa,
con tranquilo corazon,
con mirada mofadora...
debe usted de estar sublime
cuando la edad envidiosa,
grabe la primera arruga
en sus mejillas de rosas.....
Quizá entonces el amor....
—Y qué amor!—envuelto en sombras,
la claridad del crepúsculo,
la vida que ya se llora....!
—Oh! los últimos momentos
de una hermosura orgullosa,
encierran todo un poema
escrito sobre una hoja....!

CLEMEN. Pues no se descuide usted;
el tiempo todo lo borra,
y tambien puede acabar
con tal manía.

D'ANSF. Señora,
á mi edad hay pocos cambios.
Yo no soy mas que una sombra.....
El viento en este volcan (*Señalando al corazon.*)
cenizas solo amontona.

CLEMEN. La falsedad de un francés,
el esplin inglés, la loca
presuncion italiana,
y la lengua fanfarrona
de un portugués, se toleran
con mas placer, que esa estóica
curiosidad de Alemania
que en análisis se torna.

D'ANSF. Pisch!—Caprichos de los pueblos.
Pero hablando de otra cosa,
estaremos mucho aquí?
CLEMEN. Tal vez. La eterna matrona
de los pueblos, me entretiene
con sus tumbas y sus momias.
—Livio, perdóneme usted.
si mis palabras le enojan.
LIVIO. Señora, es usted muy dueña...
Reconozco, aunque lo estorba
el cariño de la patria,
que ya se ha eclipsado Roma.
(*Se oye fuera la señal de comenzar las carreras de caballos.*) (*Se retiran las mascáras.*)
D' ANSF. Empiezan ya las carreras.
CLEMEN. Me quedo.
D' ANSF. Vamos. (*A Livio.*) Señora... (*A Clementina.*)
(*D' Ansfelts y Livio saludan y salen.*)

ESCENA III.

CLEMENTINA. LUIS.

LUIS. (Ya estamos solos.)
CLEMEN. Ah, Luis...
No vá usted?
LUIS. Prefiero á solas.....
(y cuidado si me gusta)
hablarla de... (Se me corta
en la garganta la lengua.)
CLEMEN. Hablarme?
LUIS. Sin mas retóricas.....
CLEMEN. Ya adivino, de Fernando.
LUIS. De Fernando?
CLEMEN. Sí.
LUIS. (Esta es otra.)
Fernando es un loco.
CLEMEN. Loco?
LUIS. Y en ocasiones no pocas
se lo he repetido...
CLEMEN. Y qué?
LUIS. No hace caso: con su sorna
acostumbrada, de mí
se burla.—Pues si me amosca!
CLEMEN. Y la amistad?

LUIS. Eso sí:
le quiero como á mi propia
sangre, que por él vertiera
hasta la última gota.
—Sígueme, me dijo apenas
llegó á Madrid, y tan pronta
como su mandato, estuvo
nuestra marcha... y hasta ahora....
—Hace de esto ya dos años...
mis estudios se prolongan.
CLEMEN. Es decir que su carrera....
LUIS. La jurisprudencia? Toma!...
detenida por las nieblas.
CLEMEN. Y su padre de usted?
LUIS. Toda
la culpa es de ese bergante
que á sus gustos me aprisiona.
Maldita herencia! Sin ella
se hubiera venido á Roma
derechito... Ya esta hecho...
Paciencia, y ruede la bola!
CLEMEN. Luis, no sea usted calavera;
por su padre, por su propia
dignidad, es menester....
LUIS. Ya! pero quién le abandona?
Luego... me fascina, y me...
Cien veces estuve á corta
distancia de abandonarle...
y no pude... Me atortola,
me seduce, é ire con él
aunque sea á California!
CLEMEN. Y cuál es su vida?
LUIS. Nada...
la que usted vé... Sin lisonja,
es el *dandy* mas completo.
que pasea por Europa.
Ya no coge los pinceles...
ni siquiera piensa en Lola.
Amar, jugar y gozar..!
Así su caudal derrocha.
CLEMEN. Y usted es cómplice?
LUIS. Yo?
Y puedo hacer otra cosa?
CLEMEN. Su padre de usted en tanto,
la ausencia de usted deplora..!
LUIS. Es verdad. Hoy mismo quiero...

—Por otra parte, me agovia
con su lujo; no hay mujer
que no le prefiera.

CLEMEN. Todas?

LUIS. Hasta aquí sin escepcion (*Con intencion.*)
así fué; mas si mejora
mi suerte... Si una palabra
saliera de cierta boca
que yo me sé...

CLEMEN. Luis, quisiera
quedarme un instante sola...

LUIS. Volveré á buscarla. (Quiere
meditarlo... voy en popa!)

ESCENA IV.

CLEMENTINA, *sola.*

Me ama: pero en rigor,
aunque su amistad es tanta,
ni me alegra, ni me espanta...
—Luis no se muere de amor.
Si me sigue su cariño,
y en servirme se desvela,
es mariposa que vuela,
es el capricho de un niño.
Pasará:—que de esta suerte,
todo el tiempo lo subyuga...
Tras la belleza, la arruga:
tras de la vida, la muerte.
Cenizas solo se ven,
donde ayer ardió un volcan...
—Así piensa el aleman,
y á fé que piensa muy bien.
—Dos años..! ha sido fiero
el combate! mas qué idea!..
Oh! mi corazon flaquea?
—No puede ser... no lo quiero..!
Antes que un leve gemido
lanzar el mundo te viere,
corazon rebelde, muere
dentro del pecho escondido..!

ESCENA V.

CLEMENTINA. FERNANDO.

FERN. (Aquí está.) (*Aparte desde el fondo.*)
CLEMEN. Valor!.. Es él. (*Viéndole.*)
FERN. Cómo así, señora mia,
tan retirada?
CLEMEN. Queria...
FERN. Ah, es usted muy cruel!..
CLEMEN. Yo cruel?
FERN. Pues no!..
CLEMEN. Será
lisonja.
FERN. Si usted se esquiva
á esa juventud altiva,
quién consolarse podrá?
CLEMEN. No lo dije!..
FERN. Antes y ahora,
lo que bien vale se estima:
todo lo alegra y lo anima
su beldad deslumbradora.
CLEMEN. A que vá usted á caer
como otros en el error...
FERN. De que usted es el amor,
y sin usted no hay placer?
No son ilusiones locas,
que lo que yo digo aquí,
en su ardiente frenesí
lo dicen allá mil bocas.
CLEMEN. La moda!..
FERN. No, la hermosura.
En vano es que usted lo niegue,
ni que pretestos alegue
cuando el mundo lo asegura.
CLEMEN. El mundo..! Sale una estrella,
y admira sus rayos rojos;
mas pronto vuelve los ojos,
y ya no se acuerda de ella.
FERN. No falta alguno á quien hiere
con sus fúlgidos destellos,
y herido el párpado en ellos
feliz y abrasado muere.
CLEMEN. Alguna vez.....
FERN. Clementina, (*Variando de tono.*)

no ha amado usted?

CLEMEN. Tal pregunta!

FERN. Hoy que el destino nos junta
quiero.....

CLEMEN. Idea peregrina....!
Si el amor es la ventura,
ignoro lo que es amar;
si el amor es un pesar,
una vez mi infancia pura
entre sueños vislumbró
una centella perdida
que del árbol de mi vida
quemó una hoja, y pasó.
Y desde entonces, por eso,
guardado en el santuario
de mi pecho, solitario
mi corazon vive preso.
Las asechanzas son vanas:
de sí mismo guardador,
(*Señalando el corazon.*)
aquí no llega el rumor
de las lisonjas mundanas.

FERN. Y no puede usted hallar
ese cariño indecible,
grande, inmenso, inestinguible,
como se puede soñar?

CLEMEN. No existe. Solo un demente.....

FERN. Ah! por qué lo niega usted?
Cuando Dios nos da la sed
nos pone al lado la fuente.
En el bien y el mal fecundo,
amor á todos nos ciega.....

CLEMEN. Infeliz del que lo entrega
á los sarcasmos del mundo!

FERN. Es que el amor es la vida
con sus penas y placeres:
cadena que ata los séres
y está con el cielo unida.
No es esperanza ilusoria,
que amor, porque mas asombre,
al niño convierte en hombre,
al hombre lleva á la gloria.
Misteriosa simpatía
que, al flotar por el espacio,
la choza trueca en palacio,
y hace de la noche dia.

Nadie su poder negó,
porque ya, desde el nacer,
la mitad de nuestro ser
ama á quien el ser nos dió.
Amor es soplo que alienta
en medio de los dolores,
que suspira con las flores,
que resiste á la tormenta.
Es luz que el alma ilumina
con fúlgida claridad,
es una dulce verdad
ó una mentira divina.
Es, en fin, el fuego interno
que Dios concedernos quiso,
para ver un paraiso
por las puertas de un infierno!

CLEMEN. Oh, pintura encantadora!
FERN. Quien bien siente, bien se esplica.
CLEMEN. Fernando, me mortifica
un recuerdo.
FERN. Cuál, señora?
CLEMEN. Y Dolores?
FERN. Oh! Dos años,
dos, que la hice un juramento...
CLEMEN. Que ya se ha llevado el viento...
y quien estos desengaños
con ojos seremos mira,
no juzgará con terror
que en el mundo es el amor
solamente una mentira?
FERN. No era amor aquel afan
que desde niño sentia,
era una chispa que ardia
donde ahora arde un volcan.
Yo mismo juzgaba eterno
un capricho que ha pasado;
pero este amor despiadado,
este torcedor interno
que no me deja un instante,
que me lleva á su presencia,
y que crece en su violencia
cuando la tengo delante;
es el amor verdadero,
grande, sublime, y profundo...
—si hay mas glorias en el mundo
yo esas glorias no las quiero!

CLEMEN. Amor como otros acaso...
como el primero...
FERN. No á fé,
que este amor nacido fué...
CLEMEN. Para ser ave de paso.
FERN. Olvidar á usted queria
del mundo en el torbellino,
pero siempre en mi camino
su imágen se aparecia.
El juego, la orgía, el vicio!
llena la copa apuré
de los goces, y dejé
en ella mi pobre juicio.
Y qué hacer cuando impotente
es el pensamiento ciego,
solo corona de fuego
que ciñe y quema la frente?
CLEMEN. Y mañana... sí... mañana
el olvido... (*Como consigo misma.*)
FERN. Oh, jamás!...
CLEMEN. La indiferencia quizás ..
pobre condicion humana!...
FERN. Clementina! (*Con ternura.*)
CLEMEN. (Conmovido (*Aparte.*)
suena su acento... Quimera!)
FERN. Ni una mirada siquiera (*Suplicándo.*)
á este corazon herido!...
CLEMEN. Fernando!.. (*Con espontaneidad y mirándole.*)
FERN. Dulce tesoro
que parte de un alma ingrata..!
Amor es!.. porque amor mata,
y yo, muriendo, te adoro! (*Se arrodilla.*)
CLEMEN. (Y resistir, lucha estraña!.
—Pero dudar puedo yo?)
FERN. Una palabra!..
CLEMEN. (*Con sentimiento.*) No...
(*Con fuerza.*) No!

ESCENA VI.

DICHOS. LUIS, *que ha oido los últimos versos, colocándose á la derecha de Clementina.*

LUIS. Qué veo! Me vuelvo á España...!
CLEMEN. (*Cambiando de tono.*)

Por esto? —Buena locura!
Que Fernando esté á mis piés
ó usted, para mí igual es...
—un triunfo de la hermosura!
Entre malos y entre buenos,
lo mejor es no escojer;
yo tengo, para vencer,
de aquí poco, de aquí menos.
(*Señala á la frente y al corazon. Sale por el fondo.*)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Clementina.—Dos puertas á la derecha y otra á la izquierda.—En el fondo chimenea encendida.—Muebles de lujo.—Alfombra.—Cortinaje de seda.—La escena estará espléndidamente iluminada.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENTINA, FERNANDO, LUIS, EL PRINCIPE D'ANSPELTS, LIVIO, *aparecen sentados cerca de la chimenea tomando café.*

LIVIO. Escelente es el café!
CLEMEN. Elaborado en mi *ingenio*
y escogido para mí.
LIVIO. Ya se conoce.
CLEMEN. Tenemos
en el café las criollas
nuestro orgullo.
D'ANSP. Muy bien puesto.
—De mí sé decir á ustedes
que cuando una taza bebo
con este aroma, parece
que se remoza mi cuerpo.
De su vapor á través
delicias finge el deseo,
y las costumbres de oriente

me vienen al pensamiento.

LIVIO. (*A Clementina, despues de dejar su taza.*)
Jamás, oh linda viajera,
su convite olvidaremos!

CLEMEN. Comida de confianza...

D'ANSF. Que la sazona el grazejo.

LIVIO. Le agrada á usté el carnaval
en Roma? Qué tal?

CLEMEN. Confieso
que me ha sorprendido.

LIVIO. Sí?

CLEMEN. Dicen que es un cementerio
Roma; pero en carnaval
sin duda vuelven los muertos
á la vida, y en el *Corso*
se disputan el imperio
de la locura.

LUIS. Es verdad:
jamás tanto movimiento
he visto.

LIVIO. Por las corridas
de caballos da comienzo,
pero despues se desborda
el populacho.

CLEMEN. Comprendo
que sea Italia la reina
de la locura.

D'ANSF. En efecto,
porque es un país de artistas...

FERN. (*Con intencion.*)
Y el arte es un loco!

D'ANSF. Bueno!
Fernando se enoja.—Ahora
que se habla de artistas, creo
que es usted un gran pintor...

LUIS. (*Interrumpiéndole.*)
Era!

FERN. (*Sonriendo.*)
Es verdad.

D'ANSF. Segun eso...

LUIS. Dos años ha que Fernando
no coje un pincel.

FERN. Ni pienso...

LUIS Es rico..

D'ANSF. Y ese es motivo...?

LUIS. En España, sí.

D'ANSF. Soberbio!
CLEMEN. Y no porque en ella falten
muchos y buenos talentos,
pero son tan inconstantes
como la pluma en el viento.
FERN. (*Al oido de Clementina.*)
Tenemos que hablar.
CLEMEN. (*Con frialdad.*)
De qué?
FERN. (*Se levanta y va á sentarse en frente.*)
(Oh, tiene de piedra el pecho!)
—Saben ustedes la nueva
que corre por Roma?
D'ANSF. Es ello...?
FERN. Clementina acaso sepa
algo sobre este suceso.
CLEMEN. Qué suceso?
FERN. Arturo...
CLEMEN. (*Queriendo recordar.*)
Arturo?
FERN. El opulento banquero
de París...
CLEMEN. Qué le sucede?
FERN. Nada:—arruinado!
CLEMEN. Lo siento!
Y cuál ha sido el motivo?
FERN. Quiso olvidar en el juego
y el desórden, un amor
que concibió...—no recuerdo...—
por una estranjera, dicen...
CLEMEN. (*Aparte con tristeza.*)
Siempre!
D'ANSF. Qué le ayude el cielo!
Amar es cosa muy buena,
pero morirse... reniego.
LIVIO. (*A Clementina.*)
Va usted al teatro?
CLEMEN. Sí.
LIVIO. En tal caso nos veremos...
CLEMEN. Y á las máscaras despues.
LIVIO. Bravo!
D'ANSF. Mientras dura el fuego
de la juventud...
LUIS. Es claro.
FERN. El coche á la puerta tengo.
La acompañaré al teatro.

CLEMEN. (*Aparte á Luis.*)
Y usted tambien.
LUIS. (*Idem.*)
Yo?
CLEMEN. (*Idem.*)
Silencio!
D'ANSF. Me voy al Círculo un rato.
LIVIO. Y yo.—Señora, hasta luego.
(*Saludan y salen por la segunda puerta de la derecha.*)
(*Clementina tira del cordon de la campanilla.*)
LUIS. (Despues de aquella pasada...
—pues señor, ni pizca entiendo.)
CLEM. (*A Marta que sale.*)
Acompáñame á vestir.
(*A Fernando y Luis.*)
No tardo.
LUIS. (Qué será esto?

ESCENA II.

FERNANDO. LUIS.

FERN. Te quedas?
LUIS. Así parece.
—Si te estorbo...
FERN. Luis, volvemos
á lo pasado?
LUIS. No tal:
si yo enojarme no puedo
contigo... Tu voluntad
es mi norte... y aunque el cielo
se hunda...
FERN. No eres mi amigo?
LUIS. Pruebas te he dado.
FERN. Que acepto.
LUIS. Ya, siempre que haga tu gusto!
Ayer á los piés te veo
de Clementina... Enojado,
á España marchar pretendo,
pero me detienes tú...
y soy tu amigo... y no hay medio
de sacudir este yugo...
Que es mi sino tan perverso!...
para la amistad un mandria,
para el amor... soy un cero!

FERN. Te cansa ya mi amistad?
LUIS. No es que me canse, mas debo...
FERN. Sí, debes abandonarme...
LUIS. Fernando, por Dios, no es eso.
—Hablemos en confianza.
(*Se acerca á Fernando.*)
Te acuerdas de los consejos
del marino? Aquel que trajo
la herencia?
FERN. Que si me acuerdo!
Le quiero como á un hermano!
—El los suspiros postreros
recibió de mi buen padre.
LUIS. Está en Roma.
FERN. Sí?
LUIS. Y me temo!...
FERN. Qué temes?
LUIS. Cuando él nos busca...
algun presagio funesto...
—Te acuerdas cuando en París
fuiste envuelto en aquel duelo?
El te salvó.—Y otro dia
que te arruinaban al juego,
no vino y quitó la máscara
á aquel truhan?
FERN. Sí.
LUIS. Pues bueno;
cuando él se aparece en Roma...
—Porque tú, siempre impertérrito...
no haces caso, y tu fortuna
no durará mucho tiempo.
FERN. (*Pensativo.*)
Es verdad; pero ya es tarde.
De la vida el mar revuelto
cruzo, Luis, perdido el rumbo...
LUIS. Perdido? Por qué? No veo...
FERN. Ah! Por qué? Tú desconoces
las tormentas de mi pecho.
LUIS. Vamos, no te desesperes.
(*Momento de pausa.*)
Ayer tuve carta, y quiero...
FERN. De quién?
LUIS. De quién! De mi padre.
FERN. Qué dice?
LUIS. Lo que merezco.
Que me olvide de que existe...

que me abandona... y *laus deo*!
FERN. Oh!
LUIS. Los que, como nosotros,
vienen á estudiar... qué ejemplo!
y qué vejez á mi padre
le preparo,..—pobre viejo!
(*Momento de pausa.*)
FERN. Dejadme, tristes memorias!...
(*Se levanta y viene á donde está Luis.*)
—Mas todo quiero saberlo:
—Luis, esa carta... decia...
LUIS. Fernando!
FERN. Yo te lo ruego!
Dolores...
LUIS. Confiada y tierna
vive esperándote!
FERN. Es cierto?
LUIS. Ella y su padre te lloran!
FERN. Y maldecirme debieron!
Oh! la virtud en la tierra
es el rocío del cielo!
—Luis, mi suerte se decide
esta noche.
LUIS. Cómo?
FERN. Luego
sabrás...
LUIS. Viene Clementina.
FERN. Ni una palabra... silencio!
LUIS. (*Aparte.*)
Todos me mandan callar.

ESCENA III.

DICHOS. CLEMENTINA *y un* CRIADO.

CLEMEN. (*Vestida para ir al teatro.*)
Vamos?
FERN. El brazo y marchemos.
(*Van á salir y aparece el criado.*)
CRIADO. (*Desde la puerta.*)
Señora,
CLEMEN. (*Al criado.*) Di lo que ocurre.
CRIADO. Ahí espera un caballero.
CLEMEN. Le conoces?
CRIADO No señora.

CLEMEN. Pues que vuelva.
CRIADO. Con empeño
me ha dicho que le entregara
esta tarjeta. (*Se la dá.*)
CLEMEN. (*Leyéndola,*) Qué veo!
(*Al criado.*)
Que pase por esa puerta. (*Indica la de la derecha, primer término. Sale el criado.*)
—Dispénseme ustedes... Luego (*Á Fernando y Luis.*)
nos veremos en las máscaras.
LUIS. Bien.
FERN. (*Aparte.*) Volveré. (*Saludan y se van.*)

ESCENA IV.

CLEMENTINA, *leyendo la tarjeta.*

Sí; don Pedro
de Arellano... el mismo... el mismo...
Y en mi casa. Oh! El infierno
sin duda le trae aquí!
El odio me presta aliento.
—Risas, venid á mis lábios;
orgullo, ven á mi pecho,
—y si los ojos hicieren,
traicion alguna á mi intento,
en vez de míseras lágrimas,
que lancen mis ojos fuego!

ESCENA V.

CLEMENTINA. DON PEDRO.

D. PED. (*Desde la puerta derecha.*)
Señora!
CLEMEN. (*Que se ha serenado.*)
Pase usted.
D. PED. (*Adelantándose*) Vengo...
CLEMEN. Puesto que hablarme procura,
siéntese usted.
(*Se sientan ambos.*)
D. PED. Muchas gracias.
—El motivo que me impulsa
á venir...

CLEMEN. Debe ser grande;
que á no ser así, ninguna
razon pudo autorizarle
á desafiar mi justa
indignacion.
D. PED. Clementina,
ni de quejas ni de burlas
es la ocasion. Los recuerdos
todos la edad los sepultan
los años truecan en humo,
esas memorias que punzan.
—Vengo á cumplir la promesa
hecha á una voz moribunda...
lazo que me unió á Fernando
y no ha de romperse nunca.
El juramento que hice
al pié de la sepultura
de su padre, aquí me trae,
y hombres como yo no dudan.
CLEMEN. (*Refrenando un movimiento de disgusto.*)
¡Oh!
D. PED. (*Comprendiéndola.*)
Voy.—Fernando ama á usted.
Dos años hace que lucha...
y ya rendido se entrega...
y no quiero que sucumba!
CLEMEN. (*Levantándose con orgullo.*)
Olvida usted á quien habla?
Acaso tengo la culpa
de amores que no he buscado,
ni de pasiones absurdas?
—Que me quiere! En horabuena....
ni me alegra ni me asusta...
—Tranquila con mi conciencia,
mi propia virtud me escuda.
Qué puede temer del mundo
la que por el mundo cruza,
y al mirar la superficie
del mar de sus aguas turbias,
por no mancharse recoje
las honradas vestiduras?
D. PED. (*Suplicando.*)
Clementina!
CLEMEN. Basta ya;
sus ruegos son una injuria
á mi opinion.

D. PED. No he de irme!
CLEMEN. Yo no comprendo esas súplicas.
D. PED. Por el cielo!
CLEMEN. Que me esperan...
D. PED.. Fernando se arruina en suma!
CLEMEN. A él debe usted dirigirse:
á mí, por qué?
D. PED. Si iracunda
conmigo estás...
CLEMEN. Con usted?
D. PED. Solo yo tu enojo sufra:
en nombre de aquel amor
de tu niñez casta y pura!
CLEMEN. (*Con energía.*)
Mi amor... mi niñez!—Quién habla
en nombre de esas oscuras
sombras que duermen tranquilas,
de mi pasado en la tumba?
—Mi amor... mi niñez!—Recuerdo
que una voz llena de angustia
hizo sonar en mi oido
palabras que el alma turban.
—Era un hombre que abrigaba
gran corazon y alma ruda,
y á mis piés se echó...—Yo ví
de sus lágrimas impuras,
la emponzoñada corriente,
y rodando una por una,
al fuego de las miradas,
me envolvieron en sus brumas.
Y me hizo mil juramentos,
promesas que Dios escucha:
—el que á ellas falta, y aun vive,
no espere que otro las cumpla.
—Te acuerdas?—El bergantin
que echó á mis playas la furia
de la tormenta, te trajo
por mi eterna desventura.
—Yo te amé!....—Di, si los hombres
de tu condicion no dudan,
por qué dudaste y mentiste?
qué le pide á mi conducta,
quién á sí propio se infama,
quién á la virtud insulta?
—Si las mujeres de Europa
á sus venganzas renuncian,

como adoran, aborrecen
las que el trópico saludan!
Por eso al ver á mis plantas
de hinojos la amante turba,
si recuerdo mis agravios,
de ira mis ojos relumbran.
Y esta belleza que el mundo
con gozo estúpido adula,
es solo la flor que brota
al pie de una sepultura.

D. PED. Clementina, no merezco
reprobacion tan injusta.....
la juventud, siempre loca,
se estravia.—Pero escucha:
ese calculado intento
de la venganza, repugna
á un alma honrada.

CLEMEN. La honra
es la conciencia y la pública
estimacion de las gentes.

D. PED. La conciencia no te acusa?
Pues qué! basta con decir:
—«nadie mis timbres deslustra?»—
—No: quien, como tú, serena
y con la pupila enjuta
presencia las mil catástrofes
del amor y la locura;
quien vé á su lado caer,
como una sangrienta lluvia,
la fortuna mas brillante,
la juventud mas robusta;
quien goza en medio del coro
que á su rededor se agrupa
entre recuerdos de muerte
y esperanzas de ventura;
quien nada teme del cielo,
y su justicia rehusa,
pues de su propio destino
árbitra y dueña se juzga,
es criminal ante Dios,
aunque el mundo la disculpa.

CLEMEN. Oh!

D. PED. Sí, Clementina, sí;
esa insolente hermosura
que mata como el puñal
y arruina cuanto deslumbra,

podrá ser una venganza,
mas de ello crímen resulta.
Qué culpa tiene Fernando?
Si tú en soledad profunda
perdiste tus ilusiones,
y ese recuerdo te ofusca,
—por aquellas, cuántas, dí,
la humanidad con usura
te ha pagado?

CLEMEN. (*Despues de una pausa.*)
Qué me pides?

D. PED. Solo te pido que nunca
á verte vuelva Fernando!
Mil esperanzas lo arrullan.....
los tesoros del talento,
los bienes de la fortuna,
todo lo arroja en el golfo
de sus crápulas nocturnas.
Consejos no le detienen,
pues sus deseos le empujan;
y por ahogar sus memorias
males sin cuento acumula.
—En Granada, donde todo
su inocencia lo perfuma,
un corazon que le espera
ruega á Dios por su ventura!

CLEMEN. Dolores!

D. PED. Y él la ha olvidado!
Mucho es preciso que aturdan
los viajes, el dinero,
y esas hermosas que surcan
la vida como las aves,
dando al sol sus ricas plumas,
hasta que el tiempo á sus puertas
llama con voz importuna.

CLEMEN. (*Como herida de un recuerdo.*)
Dolores será feliz!
Y Fernando aunque presuma.....

D. PED. Tu alma es noble: lo sé;
solo el deber la subyuga.....

CLEMEN. Jamás volverá ya á verme,
y si es preciso que acuda.....

D. PED. Alguno se acerca.

CLEMEN. Es él
que receloso me busca.

D. PED. Adios!

CLEMEN. Por la misma puerta. (*Indicándosela.*)
D. PED. (*Desde la puerta.*)
Esta entrevista.....
CLEMEN. La última!

ESCENA VI.

CLEMENTINA, FERNANDO.

FERN. (*Aparte desde el fondo*)
Sola! (*Adelantándose.*)
Vamos al teatro?
CLEMEN. Fernando, torpe calumnia
nos hiere á los dos.
FERN. No entiendo.
CLEMEN. Varios motivos me impulsan
á variar desde hoy
mi vida.
FERN. Qué! Por ventura
entro yo en esos proyectos
por algo?
CLEMEN. Oh, sin disputa!
FERN. Y es...
CLEMEN. Que desde este instante...
FERN. Está usted algo confusa...
CLEMEN. No nos volvamos á ver...
y esto es fuerza que se cumpla!
FERN. Vive Dios que sus palabras
á mis sospechas ayudan!
Esa visita... á estas horas...
CLEMEN. No he dado ocasion alguna
para que cuentas me pidan...
FERN. Fuego en mis venas circula,
y quiere usted que mi lengua
aqui permanezca muda?
A usted le habrán exigido...
CLEM. (*Despues de un esfuerzo.*)
Si.
FERN. (*Conteniéndose.*)
Oh! Con razon?
CLEM. Y mucha!
FERN. Es un rival!
CLEM. Es el único
que pudo mandarlo!
FERN. Oh furia!

Por qué se marchó tan pronto?
(*Va á la puerta por donde salió D. Pedro.*) (*Fuera de sí.*)
Oh! cerrada! Esto le escuda!
Clementina, de mis celos
fiera la esplosion se anuncia!...
—El nombre de ese rival
que emprende cobarde fuga!...
quién es? ó arranco á esa puerta
(*Lanzándose á la puerta.*)
la mezquina cerradura!

ESCENA VII.

CLEMENTINA, FERNANDO, D. PEDRO.

(*La puerta se abre de pronto: Fernando va á lanzarse por ella, cuando aparece en el dintel D. Pedro.*)

D. PED. Atras!
FERN. Don Pedro!
D. PED. No soy
el rival que te figuras, (*Con tono solemne.*)
soy la sombra de tu padre
que de tus vicios te acusa!
(*Fernando retrocede y D. Pedro se queda en actitud amenazadora con el brazo estendido hácia él.*)

Fin del tercer acto.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENTINA, LUIS, D'ANSFELS, *que entran por el fondo.*—DOLORES *en el pabellon haciendo un ramo de flores.*

LUIS. Ya va picando el calor.
D'ANSF. Hermosa está la mañana!
CLEMEN. Y qué bien sienta un paseo
por la vega de Granada
respirando el grato aroma
que de las flores se exhala
cuando,—por besar sus hojas—,
las mece apacible el aura!
LUIS. No vendrá mal el almuerzo
despues de esta caminata.
CLEMEN. Hola, señor licenciado,
con que parece que hay ganas?
D'ANSF. Licenciado?
LUIS. Ya era tiempo

de que viese terminada
mi carrera.

D'ANSF. Bien.

LUIS. Mi padre,
que de mí desconfiaba,
está loco de alegría.

D'ANSF. Y la razon es bien clara:
á quien no mira adelante
triste porvenir aguarda.
No hay plazo que no se cumpla,
y toda deuda se paga;
por cada risa de jóven
da la vejez muchas lágrimas.
Así vendrá á sucederle
á su antiguo camarada.

LUIS. A Fernando?

D'ANSF. Sí.

CLEMEN. (*Aparte.*) Fernando!

D'ANSF. Imaginacion volcánica,
para débil de carácter.

CLEMEN. (*A Luis.*)
Qué sabe usted de él?

LUIS. Yo? Nada.
Hace tres años que en Roma
nos separamos:—fué vana
mi diligencia..... no pude
traerle conmigo á España.

D'ANSF. Yo le ví despues en Nápoles;
por cierto que me dió lástima;
entregado á toda clase
de escesos..... de casa en casa
tras el juego y el escándalo.....
vida mas desordenada!

LUIS. El, que todo lo tenia,
talento, fortuna y alma:
hubiera sido feliz
aun sin salir de Granada,
al lado de los que fueron
sus compañeros de infancia.

D'ANSF. Para salir sin lesion
de las reñidas batallas
que sostiene contra el mundo
el alma mejor templada,
es fuerza que la cabeza
esté cubierta de canas.
(*A Clementina.*)

Solo usted puede alabarse
del triunfo, y esto me halaga;
pero aun nos queda que andar
mucho trecho.

CLEMEN. Descuidada
sobre eso, D'Ansfelts, estoy.
—Treinta años en la balanza
de la juventud!...

D'ANSF. Ya! Treinta,
significan—si no engaña
la esperiencia—que la arruga
asoma ya en lontananza

CLEMEN. Sigue la bromita?

D'ANSF. Siempre:
por eso vine á Granada.....

CLEMEN. Lo mejor será almorzar.

LUIS. Eso es! Santa palabra!

D'ANSF. Entremos.

CLEMEN. Yo sigo á ustedes.—

D'ANSF. (*A Luis, entrando en la quinta.*)
Bella ha sido la mañana....
un paseo y un almuerzo.....

LUIS. Clementina es una alhaja!

ESCENA II.

CLEMENTINA. DOLORES, *en el pabellon.*

Cinco años han pasado
desde que marché de aquí;
cinco años, ay de mí!
de combate despiadado.
Hasta ahora te ha dominado,
corazon, mi voluntad;
pero en tanta soledad
siento, por mi desventura,
que do acaba la hermosura
empieza la eternidad.
Eternidad!—Qué es la vida?
Ave que al lucir sus galas,
le corta el tiempo las alas
y cae sobre el polvo herida.
Pronto lloro mi caida!
—Juventud! Fernando!—Fiero
recuerdo que alejar quiero,

y aquí siempre..... aquí escondido!
—El último amor ha sido
tan fatal como el primero!

DOLORES. (*En el pabellon; ha concluido de hacer el ramo.*)
Cinco años há que contando
los dias de mis amores,
vengo á colocar mis flores
donde pintaba Fernando.
(*Lo coloca en un jarron que habrá en la mesa.*)
Siempre le estoy esperando
á mi juramento fiel.
Por qué no vuelve?—Cruel!
Todos los dias le llamo;
mas vendrá, porque le amo
y al cielo ruego por él!

CLEMEN. Esa voz!—Es ella!—Tiene
el alma llena de fé,
y ama como yo adoré,
porque la fé la sostiene.

DOLORES. (*Saliendo del pabellon.*)
Ah! señora!

CLEMEN. De esos ojos
llanto de amor ha corrido.

DOLORES. De amor no, de pena ha sido;
no causa amor mis enojos.

CLEMEN. Le olvidaste?

DOLORES. Yo olvidar?
Pues la oracion que una vez
aprende nuestra niñez,
se puede en olvido echar?

CLEMEN. Sí:—todo pasa y se olvida;
—amor hoy..... mañana hastío!
querer y hallar un vacío,
y morir!....—esta es la vida!

DOLORES. No es ese mi afan profundo.

CLEMEN. No causa tu pena amor?

DOLORES. Pero mi pena es mejor
que las dichas que da el mundo.
Brotan las lágrimas mias
por el bien que ausente adoro,
y son fecundo tesoro
de dulces melancolías.
Este llanto es un consuelo
que apenas turba mi calma;
es el rocío que al alma
envia un ángel del cielo.

Dicha que á nacer empieza
donde otra muere, quizás...
—No ha sentido usted jamás
el placer de la tristeza?

CLEMEN. Tristeza!—Mi corazon
no te puede comprender,
porque mi solo placer
fué la desesperacion.

DOLORES. Para entender mi ventura
basta con saber amar.

CLEMEN. (Si yo supiera olvidar
fuera menor mi tortura!)

DOLORES. Cuando en lánguido desmayo
cruza el sol los horizontes,
y deja sobre los montes
la luz de su último rayo;
el afan que entonces llena
el alma en ternura santa
es la tristeza que encanta,
es el placer que da pena.
Pues ese mismo dolor,
pues esa misma alegría,
produce en el alma mia
el recuerdo de mi amor.

CLEMEN. Y si olvidado de tí
no piensa en volver acá?

DOLORES. Tarde ó temprano vendrá.

CLEMEN. Y sino viene?

DOLORES. (*Con fe.*) Oh, sí!
¿No vuelve el prado á echar flores
despues del invierno crudo,
y el árbol, de hojas desnudo,
á vestirse de colores?
No vuelve acaso al redil
la oveja que estraviada
cruza el monte y la esplanada
espuesta á peligros mil?
No torna el que se marchó
peregrino á suelo estraño,
sino un año, en otro año
á la patria en que nació?
No vuelve al paterno hogar
y dulce sueño concilia
al lado de su familia
el que se lanza á la mar?
Pues si todos, recordando

su patria y su religion,
vuelven, cuál es la razon
de que no vuelva Fernando?

ESCENA III.

DICHOS, D'ANSFELTS, LUIS.

D'ANSF. Clementina?
CLEMEN. Quién? Ah! voy.
LUIS. Nos inquietó su tardanza.
D'ANSF. Qué hace usted? No se me alcanza...
CLEMEN. Nada: conversando estoy
con Dolores.
D'ANSF. (*Pasando al lado de Dolores.*)
Qué gentil!
Qué donosa criatura!
No he visto rosa mas pura
en la orilla del Genil
LUIS. (*Yendo tambien á Dolores.*)
Está usted triste?
DOLORES. Por qué?
CLEMEN. La futura de Fernando!
D'ANSF. Mientras él anda viajando,
usted le guarda su fe.
LUIS. Cada dia está mas bella!
D'ANSF. La frescura de la edad... (*Con intencion.*)
la juventud...
LUIS. Es verdad.
D'ANSF. Qué nunca estampe su huella
la pena en ese semblante!
CLEMEN. (*Aparte. resentida de la preferencia que dan á Dolores.*)
Los dos á su lado!.—Brilla
su rostro...—Mi orgullo humilla!
—Vanidad, sigue adelante!
(*Alto.*)
Vamos á almorzar?
LUIS. Por fin!
—Adios, hermosa Dolores
D'ANSF. Niña, cuida de tus flores,
no salgas de tu jardin.
CLEMENT. (*Con intencion, despues que los otros se hayan separado de Dolores.*)
Dolores, ten por muy cierto,
pues la esperiencia lo advierte,

que es el olvido la muerte
y no vuelve ningun muerto.

ESCENA IV.

DOLORES.

Todos—sin saber por qué—
vienen á aumentar mi pena,
dudando del que se fué:
—ellos, que viven sin fe,
pueden comprender la agena?
Aunque el amor mas profundo
va siempre de dicha en pos,
nunca, por mi bien, confundo
la dicha que nos da el mundo,
con la fe que nos da Dios.
Olvidar!—No puede ser:
—cómo olvidar el cariño
tenido desde el nacer?
Olvida la madre al niño
que vió á su lado crecer?
Si muerte y olvido son
iguales ó parecidos,
en un triste corazon
quedan, á muertos y á idos,
el recuerdo y la oracion.

ESCENA V.

DOLORES. DON PEDRO.

D. PED. (*Entra por el foro: traje de camino.*)
Dolores, muy buenos dias.
DOLORES. Don Pedro! usted por acá?
D. PED. Qué quiere usted, no he podido
mis asuntos arreglar...
DOLORES. (*Con ansiedad.*)
Qué noticias tiene usted
de...? Ha escrito?
D. PED. No.
DOLORES. Será
que olvidado de nosotros...
D. PED. No lo creo.

DOLORES. (*Pensativa.*) Es singular!
Desde que Luis le dejó
en Roma, tres años há,
no hemos sabido...
D. PED. Yo tengo
sobre este asunto que hablar
con el coronel Herrera.
DOLORES. Voy á llamarle. (*Hace que se va y vuelve.*)
Y está
bueno?
D. PED. Sí.
DOLORES. (*Volviendo.*) Piensa en nosotros
como yo en él?
D. PED. Tal vez.
DOLORES. Ah!
Sáqueme usted, por el cielo,
De esta cruel ansiedad!
D. PED. Hasta no ver á su padre
no puedo decirla mas.

ESCENA VI.

DON PEDRO, *solo, viendo salir á Dolores.*

Angel que de este retiro
perfumas la soledad,
sin que la ausencia ni el tiempo
puedan hacerte cambiar;
que nada al mundo le pides,
porque tu ventura está
sentada de tu virtud
en el trono celestial;
—ángel, que Dios te conserve
porque puedas perdonar
al que viene arrepentido
de su estravío fatal!

ESCENA VII.

DON PEDRO. DOLORES, CORONEL.

CORON. Don Pedro!
D. PED. Con usted solo
quisiera un instante hablar.
DOLORES. (*Retirándose y aparte.*)

(Me devora la impaciencia!)
(*Alto.*)
En seguida salgo... Hay tal!

ESCENA VIII.

DON PEDRO, EL CORONEL.

D. PED. Fernando viene!
CORON. De veras?
D. PED. Poco tardará en llegar.
CORON. Consiguió usted arrancarle
á esa vida?...
D. PED. Si, en verdad.
Tantos años, Coronel,
de seguirle y de esperar
me enseñaron los escollos
que guarda la sociedad,
de sus placeres sin cuento
bajo la pompa oriental.
CORON. Yo le juzgaba perdido.
D. PED. Y pérdido debió estar,
si mi apoyo no le hubiera
salvado del riesgo ya.
CORON. Riesgo?
D. PED. Su fortuna toda
en contínua bacanal
sin que bastasen consejos
ha conseguido apurar.
Y cuando pobre se vió
en lo mejor de la edad,
atentó contra su vida...
—yo le detuve!
CORON. Jamás
olvidaremos, Don Pedro,
su noble, amistoso afan.
D. PED. Yo que le traje de América
la fortuna colosal
que ha sido su perdicion
y no su felicidad,
yo tambien del negro abismo
en que le vi fluctuar
pérdidas sus ilusiones
en medio la tempestad,
quise salvarle la vida

y traerle donde está
el ángel solo que puede
su infortunio consolar.

CORON. Si así se consigue todo,
que venga ya donde están
para él las puertas de casa
abiertas de par en par.

D. PED. El llega;—que le reciba
Dolores sola.

CORON. Es verdad.
cuando él su perdon le pida
á recibirle saldrá.

ESCENA X.

FERNANDO, *por el foro.*

FERN. (*Vestido de negro, con levita y sombrero de viage.*)
Nadie!—Sagrado asilo de mi infancia,
solo y perdido á tus umbrales llego;
(*Se arrodilla.*)
sitios que tanto amé, perdon si un dia,
desatentado y ciego,
os dió al olvido la locura mia.
(*Se levanta.*)
—Estas paredes con lenguage mudo
parece que mis súplicas rechazan..,
(*Quitándose el sombrero.*)
—mansion de paz y amor, yo te saludo!
Aunque mi torpe ingratitud es tanta,
antes de entrar,—en mi dolor profundo—
he sacudido el polvo de mi planta,
—cual penitente que, al dejar el mundo,
clava sus ojos en el ara santa!
(*Pausa.*)
Gloria y amor!—Desde el nacer vinieron
á combatirme y sobre mi pasaron...
las alas de mi alma estremecieron,
del corazon los sueños despertaron.
Y ciego las seguia...—me perdieron!
y loco las amaba...—me engañaron!
Ay, por seguir tras un placer que abrasa,
dejé la dicha y la virtud en casa.
(*Pausa.*)
Yo la fortuna de mi honrado padre,

mi juventud risueña, mi talento,
mis dichas verdaderas,
al impulso no mas del pensamiento
he gastado en inútiles quimeras.
—Alerta, si el negro porvenir te asombra,
espia tu caida;
que no hay un árbol que le preste sombra
al árido desierto de mi vida!
(*Risas y algazara en casa de Clementina.*)
Risas hácia allí sonaron...
(*Mas risas.*)
Esos alegres rumores
son los ecos tentadores
que al abismo me empujaron.
—Clementina! —Siempre igual!
nada detiene su planta...
—Corazon de mármol, canta
en tu alegría infernal!
(*Dolores se presenta en el pabellon, saliendo por la parte interior de la quinta, sin ver á Fernando.*)
—Lejos, recuerdos traidores!
Venceros desde hoy podré,
que amparo le pediré
al ángel de mis amores!
(*Se acerca al pabellon y ve á Dolores, que se habia puesto á bordar.*)
Ella está en el pabellon!
(*Señalando á la derecha.*)
Allí la risa, el placer!...
(*Señalando á la izquierda.*)
Aquí el recuerdo de ayer
que aun vive en su corazon!
(*Fernando se dirige al pabellon, cuando le llama Clementina.*)

ESCENA X.

DICHOS. CLEMENTINA. (*Fernando se dirige al pabellon, cuando le llama Clementina.*)

CLEMEN. Fernando!
FERN. (*Deteniéndose.*) Cielos!
CLEMEN. (*Aparte.*) (No hay duda...
iba á arrojarse á sus pies,)
FERN. (*Aparte.*) Dios, que mi tormento ves,
contra mi pasion me escuda!

CLEMEN. (*Acercándose con ironía.*)
Quien de su amor se aconseja,
puede olvidar?
FERN. (*Turbado.*) No lo sé,
(*Señalando á Dolores.*)
Ella me ama! —Podré
desoir su justa queja?
CLEMEN. (*Aparte, resentida.*)
(Y he de mirarme humillada
delante de mi rival?
La lucha es de igual á igual!
Su amor ante todo ó nada!)
FERN. (*Con amargura.*)
Mi corazon abrasaron
los recuerdos que guardé...
han llorado por usté
ojos que nunca lloraron!
CLEMEN. (*Con acento amoroso.*)
Ese llanto que sin calma
vierte un alma dolorida,
es el principio de vida
que amor siembra en otra alma.
FERN. Clementina! (*Conteniéndose.*) No, jamás!
Acabe esta calentura
que mis sentidos tortura!..
CLEMEN. (*Con sentimiento.*) Fernando!
FERN. No puedo mas!
CLEMEN. (*Con energía. variando de tono.*)
Al pasado, eterno olvido...
lejos ambos... dicha inmensa!
FERN. Esa infame recompensa
Dolores no ha merecido.
(*Desprendiéndose de Clementina.*)
Huye de la mente mia,
pasajera tentacion;
no vuelvas, blanca ilusion,
á turbar mi fantasía!
Llévese esa niebla el viento
á mi juventud funesta!...
—Aun una virtud me resta!...
CLEMEN. Cual?
FERN. El arrepentimiento!
(*Se oyen otra vez risas á la izquierda. Dolores al oirlas presta atencion, dejando la labor y acercándose á la puerta del pabellon.*)
Allí la embriagez del juicio

que me arrastró por la vida
con la esperanza perdida
de uno en otro precipicio.
(*Señalando al pabellon.*)
Aquí están la religion,
la inocencia y la virtud...
(*Llega á la puerta del pabellon, y esclama arrodillándose.*)
—Puerto de mi juventud,
dáme auxilio en mi afliccion!
(*Dolores reconoce á Fernando, lanza un grito y se arroja en sus brazos: momento de silencio.*)

ESCENA XI.

DICHOS. D'ANSFELT. LUIS. EL CORONEL. D. PEDRO.

CLEMEN. (*Aparte.*) Secreto poder subyuga
mi alma y mi voluntad...
—Es amor ó vanidad?
Qué es esto, cielos?
D'ANSF. (*Con sonrisa irónica, fijando en Clementina su lente.*)
La arruga!
Qué sublime y elocuente
ese semblante, señora,
la llama refleja ahora
de su amoroso occidente!
CLEMEN. No lo volveré á escuchar.
FERN. (*Se abrazan.*) Perdon, señor!
CORON. En mis brazos!
—estreche mas estos lazos
tu vuelta al paterno hogar.
D. PED. Clementina?
CLEMEN. Me despido
para América.
DOLORES. Y es llano;—
lo ve usted?—tarde ó temprano
el ave vuelve á su nido.
D. PED. Hoy que la eterna bondad
mis remordimientos ve,
Clementina! (*Tendiéndola la mano.*)
CLEMEN. Para qué!
yo no quiero caridad.
FERN. Dolores... padre!
CORON. No exijo

gratitud que no te cuadre:
pues siempre perdona un padre,
cuando se arrepiente un hijo.

FERN. Así su dicha concilia
quien sufrió pesar interno...
—el solo amor que hay eterno
es el amor de familia!
Mi buena suerte me trajo
donde, lejos de inquietudes,
pueda alcanzar dos virtudes:
—la espiacion y el trabajo!

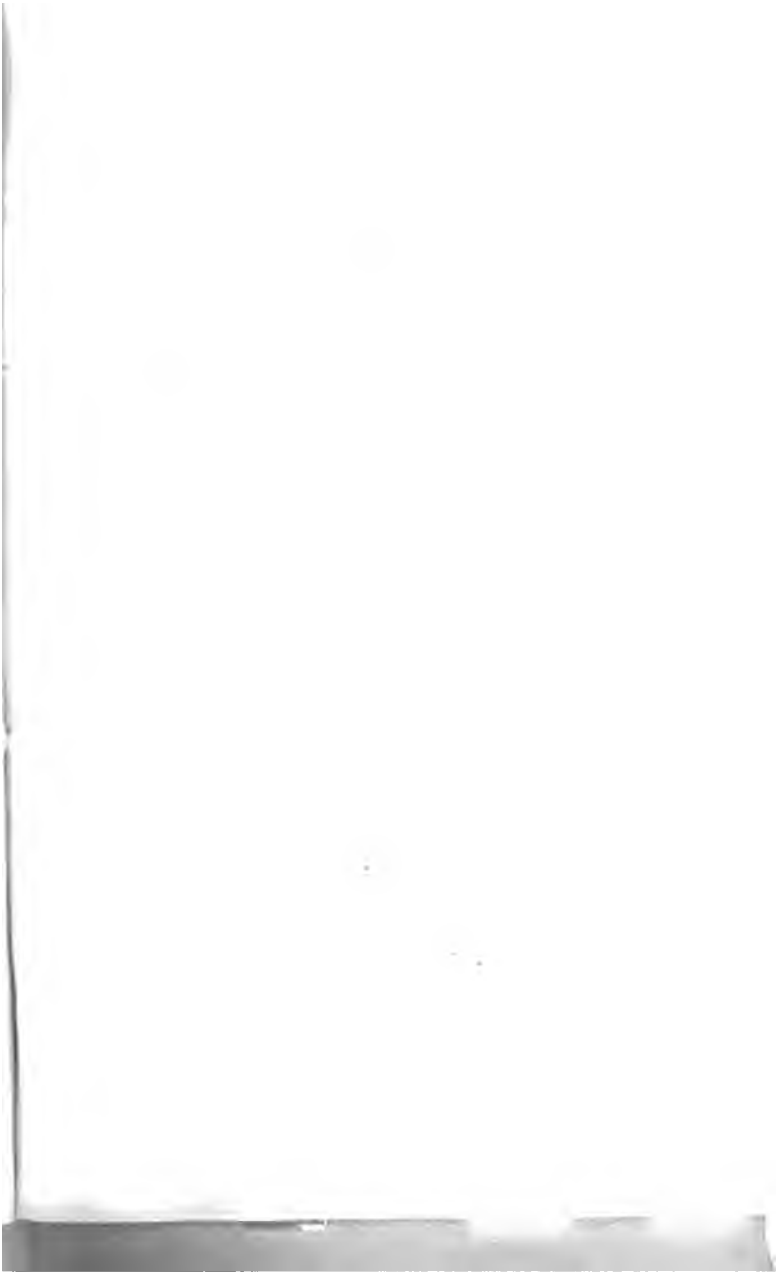
ESCENA XII.

DICHOS. LA POBRE *que salió en el primer acto, dirigiéndose á Clementina que estará sola á la derecha.*

POBRE. De la caridad en pos
voy siempre con planta incierta,
pidiendo de puerta en puerta
una limosna por Dios.
Doble pena mortifica
á quien llora un bien perdido;
yo bella y jóven he sido,
amada, feliz y rica.
(*Luis y D'Ansfelts le dan algunas monedas. La pobre se aleja. Clementina, aterrorizada con las últimas palabras de la pobre, entra en su quinta precipitada.*)

FERN. Si todo pasa en la vida,
tambien moran en el suelo
almas que bajan del cielo
á consolar nuestra herida.
El tiempo todo lo trunca,
fortuna, amor, juventud.....
—Solamente la virtud,
que es de Dios, no muere nunca!

Fin del drama.



Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice. Madrid 20 de octubre de 1858.

El censor de teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

A VUELA PLUMA

EXPOSICIÓN CÓMICO-LÍRICA EN UN ACTO Y VARIOS BOCETOS

ORIGINAL, EN PROSA Y VERSO

LETRA DE

JULIO RUIZ Y ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

MÚSICA DEL MAESTRO

ANGEL RUIZ

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el TEATRO DE LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO la noche del 25 de Agosto de 1892

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

Madrid, etc.

Sr. D. Julio Ruiz

Jardines del Buen Retiro

(ó donde se halle)

Querido Julio: Hoy, que ya es una costumbre con fuerza de ley, poner en la primera página de los libros una dedicatoria á las personas que más simpatías inspiran ó más deferencias se le guardan, no teníamos tú y yo más remedio que hacer otro tanto, siquiera por no romper contra la costumbre.

Y ¿dónde está la pastora? es decir, ¿á quién se la dedicamos?...

Esto mismo me pregunto yo ahora, que estoy en la imprenta corrigiendo pruebas, y que me pide Regino la dedicatoria para *componerla*.

Por eso se me ha ocurrido escribirte esta carta, que si va á ofender tu modestia viene á sacarme del paso.

Entiendo yo, que si Julio Ruiz, AUTOR, es justo, á nadie con más motivo que á Julio Ruiz, ACTOR, debiera dedicarse *esto*, aunque te esté mal el hacerlo.

Pero esto es inverosímil, porque ¿cómo te vas á echar flores á tí mismo?

Por eso prescindo de mi colaborador, y en vez de

estar en el sitio del *menor padre de todos*, me siento único para los efectos de la dedicatoria, con objeto de tener absoluta libertad.

(¡Ah! Entre paréntesis. Esta carta te parecerá dos veces larga; por larga, y por mal escrita; pero... son las cuatro, hasta las cinco no vendrá Palomero á buscarme para terminar eso que sabes, *yo no tengo nada que hacer...*, conque, si no quieres, no la leas. Y lo mismo digo á ustedes, señores lectores.)

Y allá te va eso.

Mira Julio, tú eres un *bárbaro.* (Con perdón sea dicho.)

Eres el primer cómico de España é islas.

El Rey absoluto de la gracia, el mejor antídoto contra la hipocondría. Sales á escena, todos los semblantes sonríen; abres la boca, risa general.

Las mayores candideces las conviertes en chistes.

De la frase más inocente haces una lanceta.

Un detalle tuyo, vale un mundo de arte.

Uno de tus movimientos en una situación cómica, es todo un poema..

No conozco flexibilidad artística como la tuya.

Te pones una peluca y... ¡vaya un viejo!

(Hable el autor de *¡Como está la sociedad!*)

Haces un *litri* y... ¡eche usted laureles!...

Sales de frac y... ¡olé los diplomáticos!...

Haces un borracho... ¡¡¡el delirio!!!

Tú dices en escena (y fuera también) los mayores atrevimientos, lo que nadie se atrevería á decir. Y no es que te sirva de base la autoridad que tienes con el público, no; es que sabes decirlos con ingenio, con gracia, con travesura, y naturalmente, los *morenos* no sólo te los toleran, sino que te los aplauden.

Luego sale diciendo por ahí, en letras de molde, un puritano, que si tal y qué se yo.

No hagas caso.

La pudorosa espectadora que no debe entenderlo, no lo entiende ó le da otro sentido, y el *socio* que lanza una carcajada porque adivina la intención, ese... ¡que no sea tan malicioso!...

Esto lo digo en descargo de tu conciencia por ciertas coplitas que has cantado en esta obra tuya, es decir, mía, ó mejor dicho, nuestra; bueno, en A VUELA PLUMA.

En fin, Julio, considera á qué altura te veo, que la mayor ambición de mi vida es llegar á escribir comedias como tú las representas.

Aquí hago punto. Dejo la pluma y enciendo un pitillo mientras pienso en lo que voy á decirte de los compañeros que han tomado parte en *esto*.

Meditemos.

Verdad que todos han estado muy bien.

¿Qué me dices de la figurilla de la Bustitos sobre el triciclo?

¡Qué bien vestidita, qué serena, qué carita tan mona, qué bien dice!...

Esta chiquilla tiene porvenir.

Se escucha un poco cuando habla ¿sabes?... y luego, ella sabe que es muy linda..., una falta de modestia imperdonable, aunque no hace gran alarde de ello.

Bien mirado, no es suya la culpa.

¡Se lo han dicho tantos en ese Jardín, y es un veneno tan sabroso la lisonja!...

(No me dirás, Julio, que he tirado demasiado de la manta...)

Consuelito Badillo tenía poco que hacer, pero su

trabajo es filigrana pura. María Tubau estará orgullosa de su discípula.

El Despertador, de primer orden. Tiene mucha razón el inglés en su comentario. Rafaela estaba muy guapa y cantó con mucho gusto.

El Abate.. me gustaba más que *el otro*, y no añado una palabra más porque *el otro* se lo ha dicho todo ya.

Conchita Banovio... ¡olé tres veces!...

Muy trabajadora, muy elegante y muy resaladísima en todo y siempre.

María Diez, muy distinguida, y muy... actriz.

Valentina, muy risueña. Poco es lo que ha dicho, pero bien.

Las chicas del coro, ¡hijas mías!... ¡con qué fé trabajan ellas!... ¡Y qué bonitas casi todas!...

Yo en tu nombre me atrevo á darlas un abrazo casto y puro en testimonio de gratitud.

¡Ya ves! Tocan timbres, pitos; salen á escena con la mar de cosas, se desnudan varias veces, se sueltan el cabello; ¡que esto es lo más horrible para ellas!...

En fin, pequeñas, *os debo dos de Montilla*.

Don José, nos ha hecho un señor municipal de esos... ¡que no cabe más!... Gracias, don Pepe.

Vedia, *muy guapo*, muy correcto, muy alborotador, muy *digno*.

Iglesias... á la altura del campanario. (Lo único que me preocupa de él es ese color *rubio mate subido* que no se le vá ni con el Lozoya.)

González (cuarta parte de un inglés), demostrando, el hombre, que sabe lo que hace.

NOTA. Queda recomendado á las empresas.

Campitos, Villanova, Carreras, Povedano, etc. etc., creciéndose. Hay madera.

Y ahora un voto de gracias para los caballeros del coro, que pocas veces habrán estado mejor.

¿Queda alguien por ahí olvidado?

¡Ah, sí, hombre!... □, que estuvo á punto de volverse loco con las rectificaciones del ejemplar. Pero tú eres muy listo, Cuadrado, y Manolo Girón también.

Bueno.

¡Qué descansadito me he quedado!

Pues ahora, *López Marín, que es muy cortés* (histórico), que os está á todos muy agradecido, que cree muy razonable y muy justo haceros presente su reconocimiento, os dedica la obra á vosotros, á todos.

Y no os dedico los derechos porque... esto es harina de otro editor.

¿Lo ves tú?... Son las cinco, ha llegado Palomerín, te he dado la *lata,* he salido del paso y me he quedado tan tranquilo.

Y todo, por no atreverse á hacer la edición de la obra sin dedicatoria. Claro, ¡como que no puede ser!...

Adiós, Julio.

¡Malegro de verte güeno!

Tu cariñoso é invariable, al par que *bien parecido* amigo y colaborador,

LÓPEZ MARÍN

¡Agua, por Dios!...

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Diosa Cibeles	Srta. Consuelo Bailillo.
El pollo de la máquina	» Florinda Bustos.
El Horario	» Rafaela Lasheras.
El Heraldo	
Blanco y Negro	Sra. D.ª María Díez.
Una ciega	» Concepción Banovio.
La Epoca	
Madrid cómico	Srta. Valentina Mantilla.
La Correspondencia	S a D ª Vicenta Ferrándiz.
El Autor	
El Compañero Capilla	
(1) *Real*	
Apolo	
Comedia	
Eslava	» Sr. Julio Ruiz.
Lara	
Princesa	
Tivoli	
Recoletos	
Jardin del Buen Retiro	
La musa popular (ciego)	
El Caballero del programa	» José Mesejo.
Teatro Español	» Francisco Iglesias.
El Liberal	
El Imparcial	
Un espectador	» Evaristo Vedia.
El Dios Neptuno	
Mister Pain	» Antonio González.
Un guardia del Orden público	» Santiago Carreras.
Un idem municipal	
Un burgués	» Antonio Povedano.
El Inspector	» Cristóbal Campos.
El País	
El Dependiente mayor	» Luis Villanova.
Un cabo de Orden público	» Luis Portes.
Teatro Felipe	Niño López.
Lazarillo	
Un guardia	Sr. Emilio Stern.
Un soldado (no habla)	» Victoriano Riaza.

Horas, obreros, faroles, compradores, pueblo, coro general y acompañamiento

La acción en la Villa del Oso y el Madroño.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del actor

(1) Todos estos teatros pueden repartirse en diferentes actrices y actores.

ACTO ÚNICO

Después del preludio de la orquesta, se arma una trifulca en las butacas por una cuestión que tienen el AUTOR y un ESPECTADOR
Este da un gran silbido

AUTOR ¡Cállese usted!...
ESP. ¡No me da la gana!
AUTOR ¡Mas valía que tuviese usted educación!
ESP. El mal educado será usted; ¡canalla!
AUTOR ¿Canalla yo?... ¡Oiga usted...! ¡Ahora veremos!...

(Se abalanzan uno á otro para pegarse.—Llegan los guardias oportunamente, porque están prevenidos de antemano, cogen á los dos caballeros y los llevan á la prevención, es decir, al escenario.—En este momento se alza el telón.)

CUADRO PRIMERO

La prevención

ESCENA PRIMERA

El INSPECTOR sale de la primera derecha. Detrás el CABO

INSP. ¡Ya lo saben ustedes, cualquier cosa que ocurra, estoy en el café de Levante!
CABO ¡A la orden de usted!

INSP. ¡Si viene el fiador de ese que ha ingresado hace dos horas, le ponen ustedes en libertad!
CABO ¡Corriente!
INSP. Hasta luego. (Ruido dentro.)

ESCENA II

DICHOS, AUTOR, ESPECTADOR y GUARDIAS 1.° y 2.°

GUAR. 1.° ¡Ahora se lo explicarán ustedes al señor Inspector!
INSP. ¿Eh? ¿Qué ha ocurrido?
GUAR. 1.° ¡Estos dos mocitos, que acaban de armar un escándalo en los Jardines del Buen Retiro! (1)
INSP. ¿Y qué ha sido ello?
AUTOR ¡Señor, si usted me permite, yo se lo explicaré todo!
INSP. Hable usted.
AUTOR ¡Muchas gracias! ¡Pues yo soy uno de los autores de la obra que debe estrenarse esta noche en aquel teatro, ó mejor dicho, que se estará representando á estas horas. Se me ocurrió salir al público con objeto de ver las caras de los expectadores, cuando apenas terminada la introducción, este caballerito se permitió lanzar un horroroso silbido. Yo le llamé al orden y el señor me llamó canalla, y en esto vinieron los del Orden!
ESP. ¡El señor se abalanzó á pegarme!
AUTOR ¡Eso no es cierto, señor inspector; él fué quien me quiso pegar!
ESP. ¡Usted!
AUTOR ¡Usted!
INSP. ¡Silencio! Ya se averiguará eso después. Entre tanto, métalos usted allí dentro.
ESP. ¡Pero no puedo yo mandar un recado á un amigo para que venga de fiador!
AUTOR ¡Yo estoy en el mismo caso!
INSP. ¿Tiene usted también fiador?

(1) El teatro donde se represente esta obra.

AUTOR ¡Pocos son los que me fían, pero todavía me queda alguno!

INSP. ¡Burlitas á mí!... ¡Adentro con ellos, y de aquí no salen hasta que yo vuelva!

INSP. AUTOR ¡Pero señor inspector!...

INSP. ¡Adentro he dicho!

AUTOR ¿Quién me habrá metido á mí en estos líos!...

(Los guardias conducen á los detenidos por la primera derecha.—El Inspector mutis por el foro.—Orquesta.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Bazar á todo foro con grandes anaquelerías á derecha é izquierda y otra divisoria en el centro.—La escena forma varias secciones de distintos artículos, y en cada sección un dependiente.—Sobre las estanterías rótulos, «Juguetes» «Objetos de caza» «Idem de viaje» «Perfumería» «Modas» etc., etc. En el foro se leé sobre la puerta «Paso á los almacenes».—Al levantar el telón, el coro general pasea, viendo los artículos del Bazar.

ESCENA PRIMERA

Señoras y caballeros. Dependientes. A poco, Mister PAIN

Música

COMPRADS. Tienen las boquillas
gusto y perfección,
son de ambar y espuma,
no hay imitación;
pero me parecen
caras por demás,
y tan alto precio
no puedo pagar.

SEÑORAS Son los paquetitos
de polvos de arroz,
lo más necesario
para el tocador;

y si usted los tiene
los quiero llevar,
aromatizados
con opoponáx.

—

(Formando grupo en la izquierda.)

Este es un bazar
pero superior,
como hace años mil
no se estableció.
Nadie que entra aquí
sale sin comprar.
Porque cuanto venden
tiene novedad.

DEPS. (Formando grupo á la derecha.)

Este es un bazar
á quien largo yo
todos los sobrantes
de liquidación.
Nadie que entra aquí
sale sin comprar,
porque nuestra labia
no tiene rival.

(Mister Pain sale por la derecha con un periódico en la mano, y se queda parado junto á la batería.)

PAIN Este debe ser,
por la explicación,
el *Bazar del Siglo*
que buscaba yo.

(Todos se fijan en el Inglés, y retroceden asustados hácia la izquierda.)

CORO ¡¡Un inglés!! ¡¡Santo Dios!!
PAIN ¿Qué sucede?... (Admirándose.)
CORO ¡Un inglés!
PAIN ¿Cómo corren así?
CORO Pues, figúrese usted.
Los ingleses aquí
sólo quieren cobrar,
y el que más y el que menos
tiene un miedo cerval.
PAIN ¡Ah!... ¡Ya!... No hay cuidado.
(Todos rodean al inglés.)
Hace cuatro días salí de Londón;

corriendo, corriendo me vine en el tren,
y vengo encargado de tal comisión,
que quiero cumplirla muy pronto y muy bien.

CORO Hace cuatro días salió de Londón, etc.

Hablado

(El Coro general irá haciendo mutis lentamente, y después de comprar algunos artículos del Bazar.)

PAIN (Al Dependiente Mayor)
Yo he llegado ayer de Londres,
y no traigo más objeto
que comprar algunas cosas
para llevarme recuerdos
de Madrid. En el periódico
dice que tienen bocetos,
y quiero llevarme algunos
de los que tengan más mérito.

DEP. Sí, señor; nada más fácil;
precisamente tenemos
un sitio en el almacén
destinado á los bocetos.
Los hay pintados al óleo,
al humo, al carbón, al fresco,
al pastel, al agua fuerte,
gran variedad de modelos.
Pero antes, es mi deber
advertirle, y se lo advierto,
que en todos se representa
una escena ó un suceso
de Madrid.

PAIN Mucho mejor.
Tengo impaciencia por verlos,
y como después me gusten,
nada reparo en el precio.

DEP. Pues tenga usté este catálogo,
(Le entrega un libro.)
y por aquí, irá usté viendo,
cómo á los lienzos traslada
el arte su pensamiento.

PAIN Lo veré con mucho gusto.

DEP. Lea usté.

PAIN (Leyendo.) *Cuadro primero.*
El pollito de la máquina.

DEP. Está de moda el boceto.

(El Dependiente baja de uno de los estantes un cuadro que examina el inglés con atención. Por la puerta izquierda aparece el Pollo de la máquina sobre el triciclo.)

ESCENA II

DEPENDIENTE, MISTER PAIN, EL POLLO de la máquina sale por la izquierda, hace una evolución y queda parado frente á la concha. El triciclo debe llevar bocina automática y farol encendido

POLLO ¡Salud, caballeros!
Yo soy de la corte
lo más distinguido,
la nata y la flor.
Yo soy un pollito
que pasa la vida

rodando esta máquina
de locomoción.
Ya tengo ganadas
trescientas apuestas,

pues tal movimiento
le doy á mis piés,
que en cuatro ó seis días
de viaje constante,
me doy por España
dos vueltas ó tres.
Y ustedes, de fijo,
me dicen ahora
oyéndome atentos
mi modo de hablar:
«Y diga usté, amigo,
»¿qué saca usté luego
»con ese milagro
»de velocidad?
»¿Le vale el dinero?
»¿Le dan á usté algo
»por ese incesante
»correr y correr?...»
No tal; no me sirve
de nada, señores.
¿Por qué corro tanto?...
Pues *velay* usté...
Porque es elegante,
se ha puesto de moda,
y yo soy esclavo
de todo lo *sic.*
Porque es delicioso,
porque es muy bonito,
pasar como un rayo
por todo Madrid.
El traje es sencillo:
gorrita á la inglesa,
chaqueta cortita,
ceñido el calzón;
y aquí el farolito,
y aquí la trompeta
que dice ¡¡¡Petróleo!!!...
¡Allá va el ciclón!

(Márchase rápido por la derecha haciendo una evolución y tocando la trompeta.)

PAIN. ¿Y no tiene otro quehacer este pollo?

DEP. No, señor.

PAIN (Leyendo en el catálogo.)
«*Un relój despertador.*»
DEP. (Enseñándole un relój.)
Este sí tiene que ver.

ESCENA III

PAIN, DEPENDIENTE, EL HORARIO y las doce horas

Música

HORAS Estas doce compañeras
son las doce del reloj;
por nosotras, de la vida
la medida se encontró.
El amor dice que somos
un tormento más,
porque somos un milagro
de velocidad.
Nadie aplaude nuestro
modo de marchar.
(Doce golpes de timbre.)
El que espera
nos maldice
porque lentas vamos,
y porque martirizamos
su felicidad.
De esta manera
nunca la esfera
sin dar disgusto

puede marcar;
y amor supone
las horas breves,
si otros las creen
eternidad.
Siente al dar las doce el albañil
una cariñosa sensación;
suelta la paleta, va á comer
y á beber del rico peleón.
Y cuando se escucha
de la campana el son,
al punto se vuelve
contento á su labor.

(Timbres. Aparece el Horario. Llega delante de la concha, atravesando por entre las seis y las siete.)

HOR. Soy Horario,
de absoluta precisión.
Dar la hora
es mi constante misión.
Los minutos
respetan mi voluntad,
y es mi vida
un incesante compás.
Yo despierto al perezoso
y despierto al cazador,
y mis cuartos son seguros,
por ser cuartos de reloj.

HORAS — El Despertador
vale un potosí,
si lo duda usted,
mire usted hacia aquí.

(Timbres. Movimiento de valls. El resto de la letra está en la partitura. Mutis, tocando los timbres por la derecha y en fila.)

Hablado

PAIN — Es un *reló* entretenido.
DEP. — ¡Ya lo creo!
PAIN — Sí, señor,
Con este... despertador
nadie se queda dormido.
DEP. — (Enseñándole otro cuadro.)
Este es muy de actualidad
y ya no queda más que uno.
Son CIBELES y NEPTUNO,
Dioses de la castidad.

ESCENA IV

DEPENDIENTE, PAIN, CIBELES y NEPTUNO. Éste con traje de frac encarnado, peluca y tridente. Aquella de estátua

NEP. — ¿Conque te van á quitar,
Cibeles?
CIB. — Creo que sí.
NEP. — Y, ¿dónde vas á parar?
CIB. — ¡Sabe Dios!... ¡Pobre de mí!
NEP. — Pues yo, chica, francamente,
al saber tan triste nueva,
empuñando mi tridente
vine á ver si hay quien se atreva
á usurparme el escondrijo.
CIB. — ¡Quién sabe!... ¡Podría ser!
NEP. — ¡Pues, le reviento, de fijo!
Yo soy hombre...
CIB. — Y yo mujer.
NEP. — Pero una mujer honrada,
pues aunque estés en el Prado
tu conducta está probada;
yo estoy muy bien enterado.

Pero, ¿qué veo? Ese traje...
¡Cómo te han puesto el vestido!

CIB. ¡Ahí verás!

NEP. ¡Y has consentido
que te infieran ese ultraje!

CIB. Son conmigo muy crueles,
¡qué le voy á hacer!

PEP. Ahora
no eres la Diosa Cibeles;
eres una anunciadora.

CIB. Mis enemigos se esconden
y á defenderme renuncio,

porque todos me responden
«cuénteselo usted al nuncio.»
¡Al trasladarme de aquí
se van á llenar de gloria!

NEP. ¿De gloria?

CIB. El alcalde y
la academia de la historia.

NEP. A tu marcha no me avengo
por la historia de los dos;
soy el dios Neptuno y tengo
toda la fuerza de un dios.

CIB. Desiste de tu quimera,
Neptuno; sé más prudente;
la calle de la Montera
también tenía su fuente
y la quitaron de allí.
NEP. Sí; para esplendor del arte.
CIB. Y ahora me mandan á mí
con la música á otra parte.
Según dicen, son pretextos;
chismes de calumniadoras;
intrigas de ciertos puestos
del prado... las aguadoras.
Además yo, como apunte
histórico, nada pierdo,
porque siempre el transeunte
me dedicará un recuerdo
al pasar, y habrá quien diga,
si sus recuerdos son fieles,
Cibeles, Dios te bendiga,
¡cómo te han puesto, Cibeles!
NEP. Pues yo evitarte deseo
que andes de aquí para allí,
y es lo mejor, según creo,
que busquemos por ahí
recomendación pudiente.
CIB. Si ya me ha recomendado
una infinidad de gente
y no les han escuchado.
NEP. ¿Que no han querido escuchar?
¡Ya verán esos señores!
CIB. ¿Qué piensas hacer?
NEP. Llamar
á todos los aguadores
de la Plaza de Pontejos,
San Antonio, Encarnación,
Mendizábal y Consejos,
y armar la revolución.
CIB. ¿Tendrás coraje?
NEP. Y aliento.
CIB. ¿Dispuesto estás á la lid?
NEP. Te ofrezco un levantamiento
de aguadores en Madrid.
CIB. Pues á buscar tus lebreles.
NEP. ¿A tí pisarte? ¡Ninguno!

¡Olé, la Diosa Cibeles!
CIB. Muchas gracias, don Neptuno.
(Mutis derecha juntos.)

ESCENA V

MISTER, DEPENDIENTE y CORO DE OBREROS (1)

Música

(Salen formados en fila y llegan á dar frente al público, andando todos á compás.)

CORO
Dicen que sube el pan,
y no lo veo yo,
que vivo en piso cuarto,
y hasta mi casa
nunca llegó.
Pero al ir á pagar,
lo que ha subido he visto
que era el pan.

—

Y así, claro que no
se puede resistir,
porque al precio que está
no se puede vivir.

—

Sube un Ayuntamiento;
luego vuelve á bajar,
y en tanto los obreros
siempre lo mismo están.
Pagan contribuciones,
impuestos por la sal,
impuestos por la carne,
aceite, vino y pan.
Y al que con furia dice
que no quiere pagar,
le largan cuatro palos
y todo queda igual.

(1) Mucha mímica en este número.

Si sigue así
nuestra Nación...
(Pausa.—Acción de tocar la guitarra.)
que nos canten el *Kirili*
Kirili Kirilisón.
¡Válgame Dios!

(Van descendiendo al compás de la música hasta quedarse en cuclillas.—En la primera izquierda suena un disparo á tiempo de orquesta. Los obreros caen al suelo sentados. Sale un guardia de orden público indicándoles que se vayan, y los obreros obedecen haciendo mil cortesías al guardia, que hace mutis detrás de ellos, y todos á compás.)

ESCENA VI

MISTER, DEPENDIENTE, EL COMPAÑERO CAPILLA y UN OBRERO por la izquierda

Hablado

CAP. Nada, que la propiedad
es un robo manifiesto,
y si no es un día, es otro,
pero llegará el jaleo,
y entonces, ¡maldita sea!
les va arder á *toos* el pelo.

OBRERO Pero, bueno, ¿tú qué opinas
de todo ese movimiento
socialista que amenaza
destrozar el universo?

CAP. Pues bien; hablándote ahora
como un hombre, lo que pienso
es una barbaridad,
pero muy gorda.
OBRERO Lo creo.
CAP. Porque hay que desengañarse;
tú eres burgués, por ejemplo;
pues tú me dices mañana:
—Oyes, Capilla, no tengo,
verbo en gracia, que comer;
y yo voy y digo:—¡Bueno!

Voy á la obra, es un decir,
y allí le digo al maestro:
—¡Eh!... Buenos días, amigo;
vengan aquí *toos* los perros.
Y dice, pongo por caso:
—¡No *pué* ser!—Pues como obrero
que soy, me declaro en huelga,
y ahí está, ni más ni menos,
el *albur* del socialismo.
OBRERO Pero, ¿y cómo resolvemos
el problema?
CAP. Pues así.
OBRERO ¿Cómo?
CAP. ¡Si lo estoy diciendo!

Tú pides; bueno, y el otro
no quiere soltar los perros.
Pues tú vas y se los coges,
y de ese modo tenemos
nivelao el socialismo,
ú quié decirse, resuelto.
Te digo que estoy *desiando*
que llegue el día, y *malegro*
na más que por el *Ulises*.

OBRERO ¿El Ulises?

CAP. Sí, un cartero
cojo que va á la taberna.
¡A ese sí que lo reviento!

OBRERO ¿Es burgués?

CAP. ¿Que si es burgués?
Ya ves, toma el vino negro
con seltz, no te digo más.

OBRERO Entonces, claro.

CAP. ¡Por eso!

OBRERO Pero, y cuando llegue el día
del triunfo...

CAP. Que no está lejos.

OBRERO Bien. ¿Qué programa tenéis?

CAP. Como tener, no tenemos
ningún *pongrama acordao*.
El *pongrama* es lo de menos;
pero hay algunas cabezas
apuntás para el degüello.
Yo soy hombre, verbo en gracia,
que no *tié* muchos deseos,
y con un par de tendidos
pa esa y *pa* mí, satisfecho.

OBRERO ¿De modo es que tú supones
que el día del gran jaleo
será una fecha muy triste?

CAP. Habrá que hacer, por lo menos.

OBRERO ¿Cortaréis muchas cabezas?

CAP. Muchas, pero yo prometo
no cortar ninguna.

OBRERO ¿No?

CAP. Yo ninguna.

OBRERO ¿Y cómo es eso?
¿Es que tú eres compasivo?

CAP. Es que yo soy sombrerero,

y lo que es á mi parroquia,
francamente, la respeto.

(Mutis los dos derecha.)

DEP. ¿Qué le ha parecido á usted
este cuadro?

PAIN Que no es nuevo.
Y, además, en mi país
esta clase de bocetos
son más terribles, ¿comprende?

DEP. Sí.

PAIN Tienen más movimiento.
Estas figuras de aquí
no hacen más que hablar, y luego
mucho ruido y pocas nueces,
poco hacer y mucho miedo.
Aquí no luce este cuadro.

DEP. ¿Que no luce?

PAIN No lo veo.

DEP. Se dará luz. Vea usted,
precisamente por eso
encargué estas farolitas
al ilustre Ayuntamiento,
y mire usted si han tenido
buen gusto para el modelo.

ESCENA VII

DICHOS y LAS NUEVE FAROLAS por la izquierda

Música

CORO Somos las nueve farolas
de la calle de Alcalá;
una invención peregrina
de la municipalidad,
para evitar que tropiecen
los tranvías al cruzar,
y alumbramos de un modo notable
con el mechero de gas.
¡Pífiíí! (Tocando el pito.)
Tranvías por aquí.
¡Pífiíí! (Idem.)
Tranvías por allá,

Y mientras que circulan,
solemos cantar
la canción que al pasar nos enseña
el mayoral.

—

(Acción de restañar el látigo.)
Esta noche ha llovido,
mañana hay barro,
y en cualquier bache de estos.
¡serrana! ¡morena!
y en cualquier bache de estos.
¡iá! ¡iá!... (Látigo.)
se atranca el carro.

Cuando veas que paso,
quita de en medio,
porque voy muy de prisa,
¡serrana! ¡morena!
porque voy muy de prisa.
¡iá! ¡iá! (Látigo.)
y te atropello.

—

Si nos quieren ver.
vayan y verán
todos en la hermosa
calle de Alcalá.

Y podrán decir
si la obscuridad
nuestro Ayuntamiento,
la supo quitar. (Mutis, tocando los pitos.)

Hablado

PAIN Es una idea feliz,
pero en vez de esto pudieron
hacer unas columnitas
eléctricas, y el efecto
hubiera sido mayor.

DEP. No se habrá pensado en ello.

PAIN ¿Tiene usted fotografías
de los teatros?

DEP. Sí tengo:
un álbum coleccionado
por un reporter moderno. (Saca un álbum.)
Aquí está, véalo usted.

PAIN ¡Bonito entretenimiento!
¿Quién es este?

DEP. ¡El Español!

PAIN ¡Oh, me gusta mucho el género!

ESCENA VIII

DICHOS y LOS TEATROS sucesivamente

ESPAÑOL (Por la izquierda, en traje de época.—Habla con marcado acento catalán.)
Todos los dramas que escribo
los escribo en catalán,
y luego me los traduce
el simpático Gaspar.
Representé *Mar y cielo*,
la *Judit de Wecf*... y... tal,
y hay muchos comisionistas
que me aplauden á rabiar;
pero debo confesarles
con toda sinceridad
que el género que yo escribo
no es inglés... ¡es catalán!
Eso sí, digo los versos
muy bien, ustedes verán: (Breve pausa.)

¿Por qué volvéis á la memoria mía
tristes recuerdos de pasadas fechas?
La piqueta del tiempo, poco á poco,
deja en mis muros insondable huella,
y es un montón de artísticas ruinas
el antiguo corral de la Pacheca.
Las luchas de *chorizos y polacos*
ya no presenciaré desde mi escena,
ni volverán jamás aquellas obras,
pues para un Moratín hay cien Comellas.

Hoy vivo de mis glorias solamente
y á nadie le preocupa mi existencia;
en vano Echegaray, con noble esfuerzo,
la lucha entabla y en vencer se empeña;
en vano que la crítica fustigue
el género anodino de las piezas,
habiendo dramas con bastante tésis
que se merecen maldición eterna.
Pero ¿á qué preocuparme de estas cosas,
que mi vida acibaran y atormentan?
¿Por qué volvéis á la memoria mía,
tristes recuerdos de pasadas fechas?
(El actor encargado de este papel puede recitar entre este parlamento ó imitar á los actores célebres.)

PAIN ¿Y los demás?
DEP. ¿Los demás?
Ahora los irá usted viendo.
¡Apolo! Entérese usted
de lo mejor que tenemos.
APOLO (Vestido de Comendador del Tenorio en la escena del cementerio. Sale montado en un borriquillo y con una campana en la mano. Canta con música de «Los Aparecidos.»)
«Yo no sé por qué causa me tienen
en varias escenas
un miedo feróz;
cuando yo soy un pobre danzante
que sale vestido
de Comendador.»
Hablando en secreto aquí,
cien obras fueron gritadas
hasta que yo *aparecí;*
pero dando *campanadas*
las gritas detuve así.
Soy un teatro modelo
de buena administración;
yo hago números al pelo
y mi honradez, sabe el cielo
que es de todo corazón.
Como me he portado así
nadie hablará mal de mí
porque mis puertas cerré.
¡Hacía un calor allí!...
Digo, ya lo sabe usté. (Mutis.)
ESLAVA (Un señorito chulo.)
Pues yo, ya sabrán ustedes
soy el teatro de Eslava;
uno que tiene muy pocas
comodidades en casa.
Yo no gasto una peseta
en arreglarme la sala.
¿Que hace falta alfombra nueva
y necesita butacas,
ó arreglar el decorado,
ó revocar la fachada?
Pues eso, á los empresarios.
Yo soy así; quieto en casa;
con cobrar los alquileres

de la finca, pues me basta.
Y el que quiera dibujitos
que los pague ó que no vaya.
Lo que más abandonado
tengo yo, es la planta baja,
y una radical reforma
me está haciendo mucha falta.
Pero quieto, el empresario
se encargará de llevarla
á efecto, pues mi persona
se está quietecita en casa
cobrando los alquileres
de la finca y santas pascuas. (Mutis.)

COM. (Una niña en traje corto y con las trenzas colgando.)
Yo soy la niña Guerrero,
de lo mejorcito que hay,
y lo dice el mundo entero
por boca de Echegaray.
Hice *Realidad* y aún
ignoro si estuve mal,
pues resultó que era un
episodio nacional.

REAL (De «Guillermo Tell» cantando.)
«*Siempre las mismas óperas,*
lo cual, que es una atrocidad feróz,
mientras que fuera de la corte
se va á estrenar Bretón.»
(1) Io sonno il coliseo
de tutta la elegancia
donde se anida el arte
de Verdi y de Mozart,
y vivo del ricordo
feliche, piú feliche
dil tempore passatto
que ya no volverá.
Aquesta temporatta
lo mismo que las otras
daré FAUSTO, TRAVIATA,
GIOGONDA, TROVADOR,
daré... moltos disgustis
y moltos desengaños
y cerraré la porta
si quiere entrar BRETÓN. (Mutis.)

(1) Está escrito como debe pronunciarse.

LARA (Señorita cursi.)
Yo soy el teatro Lara,
donde va la clase media
y donde hace cuatro siglos
que les doy la misma pieza.
Desde que me he puesto al habla
con Jai-Alai, vá mi empresa,
lo que pierde con mis libros
ganándolo con las cestas.

PRINC. (Revolucionario de blusa con gorro frigio y antorcha encendida.)
¡Mire usted que tiene gracia!
y no se le ocurre á cuatro,
estrenarme en un teatro
donde va la aristocracia.
Yo soy la *Commune* francesa,
y me llamo *Thermidor*,
y este año fuí lo mejor
que se estrenó en la Princesa.

TÍVOLI (Vestido de majo.) Yo soy el antiguo te-
atrito de Maravillas,
que el año pasado, me
sacaron de mis casillas.
Soy fresco y lo que me pesco
sé divinamente yo;
por eso el público no
me manda á tomar el fresco.
Doy casi siempre en el quid
con lo que voy estrenando,
y eso que empecé gritando
¡Pero cómo está Madrid!

REC. Soy el de Recoletos, (Un pollo decentito.)
buena persona;
este año tengo gente
de Barcelona.
Vivo aquí arriba,
en la calle de Olózaga,
buñolería.

—

Doy función en Apolo,
si sopla el viento,
si aprietan los calores
en Recoletos.

Y ya está visto,
yo me paso la vida,
dando saltitos.

FEL. (Un chico con cartera de las de escuela; sale llorando delante del Guardia municipal, que le empuja con malos modos. Felipe lleva nn teatrito en la mano.)
¡A ver si se está usted quieto!

GUARD. 1.° ¡Caramba con el chiquillo!

FEL. ¿A quién estorbaba yo?

GUARD. A nadie. Pero es lo mismo.
Lo digo yo y basta y sobra.

FEL. Yo estaba en un rinconcito,
dando alegría y belleza,
junto al Jardín del Retiro.
¿Por qué me quitan de allí?

GUARD. Son cosas del Municipio.
Se ensanchan todas las calles,
no se está en paz un ladrillo;
aquí hacemos una plaza,
allí se hace un hotelito,
hoy está aquí la Cibeles,
mañana está en San Francisco;
la cuestión es hacer cosas
y armar muchos laberintos

que aunque no sirvan de nada
vean que somos *aztivos*.
Con que largo, chiquitín.

FEL. ¿Dónde pongo el teatrito?

GUARD. 1.º En la Moncloa.

FEL. Eso es,
ó al lado del Obelisco.

GUAR. 1.º Donde no se estorbe el paso.
Bueno, y hemos concluído.

FEL. ¡A ver si se está usted quieto!...

GUAR. 1.º Pues largo de aquí, chiquillo.
(Mutis por la derecha.)

RETIRO (De americana clara, pantalón obscuro, corbata chalina, sombrero de paja, etc. Tipo de verano; se adelanta y se dirige al público.)
Soy el Jardín del Buen Retiro
y en la presente estación,
lo más lindo, lo más fresco
para pasar el calor.
Yo doy todas las semanas
dos conciertos, solo dos:
los cinco días restantes,
en el teatro, función.
Tengo fonda al aire libre
que sirve la casa FOR... (Tose.)
NOS con gusto y elegancia;
tengo en las sillas amor
y en los intermedios toca
una gran banda en el Kios... (Id.)
ko, que está bien dirigida
por notable profesor.
MONTAÑA RUSA, aguaduchos,
METEMPSÍCOSIS, FANTO... (Id.)
CHES, en un lindo teatro
que hay por la puerta interior.
Cultivo todos los gustos
y me tienen afición,
pues como fresco, soy fresco,
y en verano, lo mejor.
Muy buenas noches, señores;
siempre á su disposición.
(Mutis. Atraviesa la escena un soldado de infantería en traje de marcha, tirando al suelo «garbanzos» de pega.)

DEP. ¿Le gusta á usté el militar?
PAIN ¿Quién es este soldadito?
DEP. EL PRÍNCIPE ALFONSO.
PAIN ¡Ah!
DEP. ¿Pues no ha oído usted los tiros?...
Ya ve usted cómo está el arte.
PAIN Hay de todo. Malo y bueno.
DEP. Este cuadro tiene gracia.
PAIN ¿Y qué representa?
DEP. *Un ciego.*
Es la musa popular.
PAIN Ya.
DEP. La que divierte al pueblo.

ESCENA IX

MISTER PAIN, DEPENDIENTE, CIEGO, CIEGA, LAZARILLO y CORO GENERAL

Musica

CIEGO (Pregonando.)
Vamos á ver, caballeros,
quién por un perro chiquito

no quiere comprar ahora
la canción del sombrerito.
LAZ. ¡Cinco céntimos nada más!
CIEGA ¿Quién pide otro?

—

CIEGO (Cantando.)
Una vieja y un candil
no faltan en una casa,
(Ciega y Lazarillo repiten.)
la vieja, gruñe que gruñe,
y el candil, gasta que gasta. (Idem.)
Con ese garbo
que tiene usted,
el sombrerito
le cae muy bien.
(El coro repite este mismo estribillo al final de todas las coplas.)
Pegada con goma laca
tiene una pipa Soler
y cuando se le despega
se la pega su mujer.

—

Han puesto en las plazas kioscos
ó cosas por el estilo,
donde por un perro grande
se queda usted tan tranquilo.

—

Dicen que el vino español
por la frontera no pasa,
me alegro por la cosecha,
que toda se queda en casa.

—

Una vieja en un jardín
de un palo mató tres peces,
y otra vieja le decía:
«¡Caramba qué fuerzas tienes!»

—

A una niña en un balcon
le hacía señas el novio,
y la vecina de enfrente
decía: ¡A mí que me importa!
(El actor encargado de este papel puede cantar coplas hasta qué se canse, pero los autores de esta obra le ruegan que sean decentitas ¿eh? Y gracias.)

Hablado

PAIN Me gusta la variedad
de tan distintas pinturas,
y si mi extrañeza es grande,
mi satisfacción es mucha.
DEP. También este es muy curioso.
PAIN ¿Cuál es?
DEP. *Sala de lectura.*

ESCENA X

MISTER PAIN, DEPENDIENTE, LOS PERIÓDICOS sucesivamente EL IMPARCIAL y EL LIBERAL correctamente vestidos de frac, salen juntos

LIB. Ya sabes que te distingo.
IMP. Ya sabes que yo te aprecio.
LIB. Pero no me asustas nunca.
IMP. Ni yo á tí te tengo miedo.
LIB. Tiro un millón de ejemplares.
IMP. Y yo tiro dos, lo menos.
LIB. Eso sí que no es verdad.
IMP. ¿Que no es verdad? Te lo pruebo.
LIB. Yo circulo más que tú
IMP. ¡Allá nos vamos!
LIB. ¡Ah! ¡Bueno!
IMP. Pero tengo casa propia,
con el busto de mi dueño.
LIB. Eso es un alarde...
IMP. ¿Y qué?
Eso es que tengo dinero.
LIB. Yo hago política franca,
por eso me compra el pueblo.
IMP. ¡LIBERAL, que no me asustas!
LIB. ¡IMPARCIAL, que no te temo!...

LA CORRESPONDENCIA.—(Señora respetable con gorra de cartero.—Se coloca en el centro de los anteriores.)

¡Pero, señores! ¿qué ocurre?
¡Siempre lo mismo! ¿qué es esto?
Cópienme ustedes á mí.
Yo en todas partes me meto;

entro, salgo, subo y bajo,
yo no descanso un momento.
Unos dicen que soy vieja,
otros dicen que doy sueño,
quién que soy una veleta
que gira á todos los vientos,
en fin, que vivo con todos,
y que soy, por lo que veo,
una institución formal
y de un porvenir soberbio.

EL PAÍS (De frac. Sale escandalizando. Se dirige al público.)
¿Pero en qué país vivimos?
¿Qué es lo que piensa el Gobierno?
¿Cuándo se va á terminar
eso de los presupuestos?
¿Qué hay de los cinco millones?
¿Se ha sabido dónde fueron?
Diga usted, amigo mío,
¿qué ocurre en los astilleros?
¡Esto es una indignidad!
¡Este es un país de perros!
¡Aquí no hay más que chanchullos,
y timos de todo género!...
¿Ve usté? de nada me sirve
poner el grito en el cielo.
¡Hasta que venga... *Andovales*
esto ya no tiene arreglo!

LA EPOCA (Vieja elegante, apoyada en un báculo.)
¡Cien años hace que estoy,
todos los días diciendo:
—«Señores, créanlo ustedes,
»que Don Antonio es un genio;
»que es la primera cabeza;
»que aunque no mira derecho,
»es un hombre que ve claro,
»y sobre todo de lejos;
»que es, según me ha dicho Elisa,
»un coloso haciendo versos!...»
¡Pues si seré desgraciada...
que á ninguno le convenzo!

MADRID CÓMICO.—(El traje del figurín que puede verse en dicho semanario.)

Con revistas de Taboada,
con versitos de Sinesio,
con coplas de Pérez Zúñiga,
López Silva y Monasterio,
hace diez años, la gente
conmigo se está riendo,
por la muy modesta cuota
semanal de quince céntimos.
Por nada me preocupo,
yo no tomo nada en serio,
cada día gusto más,
y no salgo de mi puesto
con revistas de Taboada,
con versitos de Sinesio,
y coplas de Pérez Zúñiga,
López Silva y Monasterio.

BLANCO Y NEGRO.—(Señorita vestida con esos dos colores.)

Mucho dibujo bonito,
mucho dibujante bueno,
mucho empaque, pero á veces,
me descuidan mucho el texto.

Yo doy cinco mil pesetas
al que pruebe que no es cierto
el número de ejemplares

que tiro, de *Blanco* y *Negro*.
¿Qué no es verdad que los tiro?
Pues ó los tiro ó los vendo.

EL HERALDO.—(En traje de Abate. Acento cubano.)

En el *Heraldo* estoy yo,
y estoy muy bien donde estoy.
¡Ah! señores, que yo soy
el Abate. ¿Y cómo no?
Allí escribo mi revista,
y algunos me creen malo,
porque igual le doy un palo
á una empresa que á un artista.
«Que hay en mis frases crudeza»
me dice cualquier amigo;
pero ¿por qué?... ¿porque digo
lo que siento con franqueza?
Nada de favoritismo,
mi juicio es siempre sereno;

lo que es bueno... ¡pues es bueno!...
y lo que es malo, lo mismo.
No me importan maldiciones,
aunque vengan en tropel.

Lo mejor que tengo, es el
valor de mis opiniones.
¡Y por nada he de variar!
Yo al que no es bueno lo baldo.
El Abate del *Heraldo*,
y servidor.—*Ou revoir*.

ESCENA XI

MISTER PAIN, DEPENDIENTE, LOS PERIÓDICOS, EL CABALLERO DEL PROGRAMA de frac, con un rollo de papeles

CAB. (Marcado acento catalán.)
Muy buenas tardes, señores.
¿Me esperaban? Ya lo veo;
no he podido venir antes,
tuve en el Ayuntamiento
sesión, para terminar
el programa de festejos.

LIB. ¿Y qué tal es el programa?
CAB. Es un programa soberbio.
Día doce: diana, música.
IMP. ¿Música?
CAB. Y mucho jaleo.
Hago esto para abrir boca.
LIB. Sí, ya vamos comprendiendo.
CAB. Luego, más música.
PERIÓDICOS ¿Más?
CAB. ¡Hombre, claro! Después... fuegos artificiales.
IMP. ¡Caramba!
¡Bonito entretenimiento!
CAB. Amenizados con música.
LIB. ¡Qué gracia!
EPOCA ¡Tiene salero!
CAB. ¡Y dos corridas de toros!
IMP. Con música.
CAB. ¡Ya lo creo!
Gran sesión extraordinaria,
á la que todos iremos
de gala, con uniforme...
¡y con música!
PERIÓDICOS ¡Soberbio!
CAB. Una recepción espléndida;
un pabellón, un Congreso
de Alcaldes, de toda España.
IMP. ¿Tendrá que ver?
LIB. Todo esto,
¿tendrá música también?
CAB. ¡Hombre... no sea usté sangriento,
mi querido *Liberal*!...
A más, habrá, por supuesto,
el día doce, banquete;
el día trece, refresco;
el día catorce, *lunch;*
el día quince, un refrigerio;
el dieciseis, *gaudeamus;*
el diecisiete, un almuerzo;
el dieciocho, un piscolavis;
el diecinueve...
LIB. Sí. Pienso
que van á pasar ustedes
el centenario comiendo.

CAB. Pues, hombre, de eso se trata,
de comer.
LIB. Sí, ya lo veo.
¡Vaya una juerga que van
á correr los madrileños!
CAB. ¡Regular!
IMP. Y diga usté,
¿qué va á costar todo eso?
CAB. Ocho millones de reales.
PERIÓDICOS ¡Qué barbaridad!
CAB. Yo quiero
que ustedes me ayuden ¿eh?
LIB. ¿Yo?
IMP. ¿Yo?
HERALDO ¿Yo?
CAB. Juntos haremos
una cabalgata histórica.
LIB. ¿También con música?
CAB. Bueno.
LIB. Pues, mire usté, por mi parte
no. (Mutis.)
IMP. Ni yo. (Mutis.)
HERALDO Tampoco quiero. (Mutis.)
(Mutis los periódicos.)
CAB. Vayan ustedes con Dios;
lo haré sólo; ya lo creo.
¿No me ayudais? No me importa,
diré entonces: *Llamé al cielo*
y no me oyó. Que me digan
que todo es música, bueno;
¿que son mucho ocho millones?
¡Pues ahora pongo ocho y medio! (Mutis.)
DEP. No tengo más que enseñarle;
pero creo que ya ha visto
muchas cosas, si le agradan...
PAIN Hombre, no me determino,
porque en su bazar, observo,
que hay bastante desperdicio.
DEP. Está usted equivocado,
mi queridísimo amigo;
en mi bazar, Mister Pain,
guardo cosas que yo estimo;
aún nos quedan por España
cosas de mérito altísimo,

que á las artes y á las ciencias
le dan esplendor y brillo.
Aún quedan muchos artistas,
y grandes hombres políticos,
y genios que allá en la historia
ocuparán un gran sitio.
¡Todo se vende barato!
Pero lo bueno, lo fino,
¡eso, qué se ha de vender!...
Eso es para darnos pisto.
(Orquesta.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primer cuadro

ESCENA ULTIMA

INSPECTOR, por el foro, á poco EL CABO, EL AUTOR y EL ESPECTADOR

INSP. ¡Cabo!... ¡Cabo!...
CABO (Saliendo por la derecha.) ¡A la orden de usted!
INSP. Que salgan esos detenidos por la cuestión de los Jardines.
CABO En seguida. (Mutis derecha.)
INSP. Mi deber, como autoridad, es no dejarle marchar, si no presenta un fiador; pero mi cortesía de caballero me obliga á felicitarle por la obra.
CABO (Sale con el Autor y el Espectador.) Aquí están estos caballeros.
INSP. Pasen ustedes.
AUTOR ¿Podemos salir, señor Inspector?
INSP. Un momento. Vengo de enterarme, y efectivamente, he sabido que usted es uno de los *padres de la criatura*. La obra se está terminando, y si quiere usted ver el final, vamos juntos; pero luego viene usted otra vez aquí.

AUTOR ¿Cómo?...
INSP. ¡Claro! Hasta que tenga usted fiador.
AUTOR ¿Si?... Pues con permiso de usted voy á ganar tiempo. Ya tengo fiador.
(Refiriéndose al público.)
ESPEC. Y yo.
AUTOR Aunque la prisión abruma...
ESPEC. Tenemos la confianza...
LOS DOS De que dareis la fianza
á los del *A vuela pluma*.

ORQUESTA.—TELÓN

OBRAS DE ENRIQUE LOPEZ MARÍN

EN COLABORACIÓN CON VARIOS AUTORES

La casa del duende.
Bordeaux.
El Juicio de Fuenterreal.
Los Triunviros.
Tres tristes trogloditas.
Chavea.
La Sultana de Marruecos.
Las manzanas del vecino.
Los murciélagos (tres actos.)
Su majestad el Duro.
La víspera de San Pedro.
Charito.
El caballo de Atila.
¡Mañana... será otro día!
El sueño de anoche.
A vuela pluma (revista.)

A ZARAGOZA POR LOCOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON JUAN DE ALBA.

Representada con grande aceptacion en el Teatro de la Comedia el 14 de Mayo de 1851.

N.° 178.

MADRID—1852.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
DOÑA MARGARITA. . . .	Doña Lorenza Campos.
PEPA.	Doña Amalia Gutierrez.
LEONOR.	Doña Joaquina Samaniego.
SERAFINA.	Doña Concepcion Alba.
DON LEANDRO.	Don José María Dardalla.
CAYETANO.	Don Calisto Boldun.
CARLOS.	Don Manuel Pastrana.
FEDERICO.	Don Francisco Pardo.
DON FACUNDO.	Don Ramon Medel.
DON LUIS.	Don José Alvalat.
PEPITO.	Don N. Mascardo.

La escena pasa en Madrid, año 1851.

ACTO PRIMERO.

Antesala de casa de don Facundo. Muebles del dia.—Encima de una mesa una caja de betun; unos zorros de limpiar sobre una silla. A la derecha, primer término, puerta. En segundo, ventana. En la izquierda, primero y segundo término, dos puertas: en una de ellas cortinon azul. Puerta al foro: reloj de sobremesa.

ESCENA PRIMERA.

PEPA, *arreglando los muebles.*

PEPA. No me ayudará el mastuerzo!
Voy á abrir que hay poca luz,
y eso que ya son las nueve...
Cuidado si tengo cruz!...
(*Abre la ventana.*)
Dónde estará el mayordomo?
Acaso como un atún
tendido en mullida cama:
le tengo envidia, ¡gandul!
Ya se vé, como los amos

no entienden nunca el albur
que está jugando ese viejo,
le miran como á ningun...
Pero, qué le hemos de hacer?
quien en el mundo es tahur,
vive mas afortunado
que el que posee virtud:
bien cerca tengo el ejemplo;
ese jóven andaluz
que es amigo del señor
don Federico, segun
dicen, tiene buenas onzas
y es en todo un avestruz,
menos para hacer intrigas,
y no mentirá el run run.
Pero arreglemos los trastos:
este cortinon azul
ya reemplazo va pidiendo...
y se ha dejado el betun
en la mesa ese vergante!!
Mayordomo mas mambrú!!
Pues á la calle lo tiro:
(*Lo arroja por la ventana.*)
así aguzará el testúz
ese demonio de viejo
que con su génio y con sus
chocheces, va á hacer que un dia
á mí me dé un patatús.
(*Sigue arreglando los muebles.*)

ESCENA II.

Dicha. CAYETANO.

CAYET. Buenos dias nos dé Dios:
estás á solas rezando?
PEPA. Muy lejos de eso, que estoy
entregada á cien mil diablos.
CAYET. Pues estás acompañada,
mejor: me voy á mi cuarto.
PEPA. Siempre socarron'! (Me quema!)

CAYET. Pues qué, la verdad no hablo?
Soy socarron porque quiero
que no se engañe á los amos?
Señora Pepa, yo sé
donde me aprieta el zapato,
y por eso no me engaña
ni el mas astuto criado.
Del que me dá de comer,
yo siempre seré un esclavo,
y miraré por sus bienes
con frenesí, sin descanso:
por eso yo que conozco
vuestro infame despilfarro,
nunca os dejo sosegar,
y me desespero y rabio;
mas no importa si consigo
que no se engañe á quien amo.
PEPA. Y á mí me cojió en la trampa
alguna vez?
CAYET. Mas de cuatro.
PEPA. (Me voy de aquí por no verle.)
CAYET. (El diablo la está llevando.)
Dices de la vela dos,
y dos de la vela, cuatro.
PEPA. Me equivoco...
CAYET. Ya se vé!
PEPA. Todos nos equivocamos.
CAYET. Conciencia, Pepa, conciencia!
PEPA. Mas...
CAYET. Cuándo te has confesado?
PEPA. El domingo.
CAYET. Apostaría
que absolucion no te echaron.
PEPA. Mentira.
CAYET. Quién era el cura?
Algun sargento de garbo?...
ja! ja! ja!
PEPA. Me voy, si no...
CAYET. Coje los zorros, mi encanto.
PEPA. (*Cojiéndolos.*)
No es usted mal zorro.
CAYET. Qué?
PEPA. Nada, nada: que me marcho.
CAYET. Bien: ya sabes que te quiero...
PEPA. Y yo á usted... (Mal rejonazo!)

CAYET. Adios... (Cuándo vuelve el cólera !)
PEPA. Abur, y... (Pártate un rayo!)
(*Vase.*)

ESCENA III.

CAYETANO. *A poco*, DON FACUNDO, DOÑA MARGARITA.

CAYET. Bien vá la casa! muy bien!
Ambos padres chocheando,
y los hijos todos locos
estudiando con el diablo.
FACUND. Buenos dias, fiel amigo:
MARG. Há mucho te has levantado?
CAYET. Ya saben ustedes bien
que á la antigua me levanto;
esto es, cuando amanece:
en mi habitacion aguardo
hasta que la puerta abren,
y allí á mis solas repaso
las cuentas de aquesta casa,
que á pasos agigantados
se vá hundiendo.
FACUND. Cómo?...
MARG. Qué?
FACUND. Habla.
MARG. Me has sobresaltado!
CAYET. Qué quieren ustedes pase
con tan grandes despilfarros?
Tienen ustedes cinco hijos,
pero todos tan mimados!!!
(*Remedándolos.*)
El uno, «quiero una onza,
que hoy convido del teatro
á dos artistas:» el otro,
«vengan mil reales, volando,
que me aguarda un capitan
con cuatro oficiales, vamos:»—
el otro, el hambron, Pepito,

ese al nacer destinado
para comer y dormir,
tambien dice «Cayetano,
vete á la plaza á buscarme
unas anguilas, dos pabos,
un par de jamones buenos,
que quiero buenos pescados;
el salmon no te se olvide...»
Pues y las niñas? Canario!
(*Remedándolas.*)
La una, «quiero cien duros
para dos trajes de raso:»
la otra, «tráeme un aderezo
que hoy he dejado ajustado.»
Y aunque yo me queje á ustedes,
vamos á ver, qué adelanto?
Nada; que gruñan un poco,
y luego me digan, hazlo
todo lo que ellos te digan;
que mientras los dos vivamos,
que nada falte queremos
á nuestros hijos amados.
Y yo obedezco: qué hacer?
Mas echo cuentas, y al cabo
el pobre fondo, en el fondo
mas cada vez va fondeando.

FACUND. (*A doña Margarita.*)
De eso tú tienes la culpa:
alas das á los muchachos!...

MARG. Y tú á las niñas; en paz.

FACUND. Pues bien, remedio pongamos.

MARG. Ya verás lo que les digo.

FACUND. Tú verás cómo las trato.

MARG. Aquí se acercan las chicas.

FACUND. Pues ahora verás.

CAYET. Buen ánimo.

ESCENA IV.

Dichos. LEONOR. SERAFINA.

LEONOR. Muy buenos dias, papás.
SERAFIN. (*A su padre.*)
La mano...
FACUND. No tengo ganas;
que contigo y con tu hermana
estoy dado á Barrabás.
LEONOR. Pues qué hemos hecho?
SERAFIN. Yo, nada.
FACUND. Estropear nuestra hacienda;
la que al fin hareis que venda,
pues ya lo tengo empeñada.
LEONOR. (*Con zalameria.*)
Ay!!... Eso te pasa? Oh Dios!
antes venderé mis trages.
SERAFIN. Ya se vé! los equipajes
véndanse antes de las dos.
LEONOR. (*Idem.*)
Tú por nosotras perdido!!
jamas lo consentiremos.
SERAFIN. Primero nos quedaremos
con el mas pobre vestido.
LEONOR. Anda, Cayetano: sal
á buscar una prendera.
SERAFIN. Ay!! ya tener no quisiera
mas que un trage de percal.
FACUND. (*A Cayetano.*)
(Lo ves? Quién no se conmueve?)
CAYET. (*A don Facundo.*)
(Tambien yo me he enternecido;
pero acordaos que han nacido
en el siglo diez y nueve.)
FACUND. No hijas, no es menester
que vendais, mientra en el mundo...
MARG. (*Aparte á él.*)
Y la autoridad, Facundo?
FACUND. (*Idem á ella.*)
Ay! Tienes razon, mujer.

Pensásteis que os he creido?
Eso es treta!... (Pobrecillas!)
sabed... (si son tan sencillas...)
Como os pille... (me han vencido.)
Como yo sepa que aqui
abusais de vuestro padre...
aqui os dejo á vuestra madre.
(Regáñalas tú por mí.)
(*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos, menos DON FACUNDO.

CAYET. (Se ha lucido!)
MARG. (Cayetano,
y ahora yo qué las diré?)
CAYET. (Lo que él hizo enmiende usté.)
MARG. (Voy á sentarlas la mano.)
Niñas, si marchó papá
tan de pronto, solo ha sido
porque está muy ofendido,
y el furor... entendeis ya?
por no propasarse huyó
y en su lugar yo he quedado.
LEONOR. Pero en qué le hemos faltado?
MARG. Eso os voy á esplicar yo:
le habeis faltado pidiendo
sin saber por qué, ni cómo,
dinero, al fiel mayordomo
que en esta sala está oyendo:
ya hoy le pedis blonda fina,
despues para dos camais,
porque acaso os figurais
que tenemos una mina.
Ya me cansa tal desórden...
si no hay mudanza completa,
os vestiré de bayeta:
os lo repito, quiero órden.
Y no es derroche formal

el que haceis con tanto trage,
que aun quereis tener carruaje
y palco en el teatro real?
Mas pues mi ruina concibo,
ni mas trages, ni funcion;
solo os darán diversion
los caballos *del tio vivo*.
Y de que os reprenda así,
malas hijas, no os asombre...
(Me he portado como un hombre,
estoy contenta de mí.)
(*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos DOÑA MARGARITA.

LEONOR. (*A Cayetano.*)
Tú tienes la culpa, tú.
SERAFIN. (*Idem.*)
Eres nuestra pesadilla.
CAYET. Porque quiero el bien de ustedes.
LEONOR. Tu bolsillo es el que estimas.
CAYET. Llámenme perro judio
si mas les agrada, niñas;
mas no crean que por eso
de mi proyecto desista.
Sé que el caudal de papá
á paso veloz camina,
y que si yo no remedio
el desorden, vendrá un dia
en que queden pereciendo;
con que haya juicio, hijas mias.
Crean á un hombre de honor,
que su placer solo cifra
en ver prosperar la casa
de las personas que estima.
El lujo y la vanidad
son fantásmas que alucinan,
y á la virtud poco á poco
al lodazal precipitan.

LEONOR. (*Con mofa.*)
Jesus, qué predicador!
SERAFIN. (*Idem.*)
Qué peroracion tan mística!
CAYET. Búrlense ustedes, no importa:
plegue á Dios no llegue un dia
que vea trocarse en llanto
vuestra mofadora risa.
LEONOR. (No hagamos caso: si es viejo!)
CAYET. (Dejémoslas, si son niñas!)
(*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONOR. SERAFINA.

LEONOR. Has visto viejo mas rústico?
SERAFIN. Has visto viejo mas sátrapa?
LEONOR. Y de los papás es ídolo.
SERAFIN. Es muy sagaz su gramática:
y aunque no entiende de ipérboles,
comprende muy bien las máculas.
LEONOR. Ay!! Ya mamá no es benévola.
SERAFIN. Ya oiste la prosa enfática
con que nos llamára indómitas:
á mí me ha dejado estática.
LEONOR. Cuando nos tratan con cólera
quisiera romper la máscara,
y decir en tono esplícito,
sin valerme de metáforas,
que nos concedieran cónyuges.
SERAFIN. Ay!! á mí, no, santa Bárbara!!
LEONOR. Tienes un gusto estrambótico:
siempre en todo has de ser clásica.
SERAFIN. Yo al hombre aunque sea célebre
y de figura simpática,
por qué, no sé, pero ódiole
y no aceptára sus dádivas.
LEONOR. Pues eres un ser insípido,
y es tu cabeza fantástica;
nunca pensamos unánimes:
á hombres con mentes misántropas,

miro yo con gozo célico,
y tan solo vierto lágrimas
porque á tres ó cuatro prójimos
entregar no puedo el ánima.

SERAFIN. No eres tú poco fosfórica!

LEONOR. Fosfórica no, romántica;
á veces en sueños hórridos
hácenme cruzar impávida
por selvas y bosques lúgubres
y por las sombras atlánticas.

SERAFIN. Pues, Leonor, yo soy filósofa;
y antes me quede perlática,
y tan pobre sea mi tálamo
que hasta le falten las sábanas,
y cuando muera á mi féretro
no le resguarde una lápida,
que corresponda frenética
á ningun hombre.

LEONOR. Qué lástima!
Para qué has nacido, estúpida!!
A esas tus ideas mátalas,
ó vete á desiertos árabes
á asociarte con las águilas.

SERAFIN. No me gusta tu propósito.

LEONOR. Eh! no seas sistemática!
No te envidio el ser tan rígida!

SERAFIN. Pues yo rechazo tu máxima.

LEONOR. Adios, y sigue tu régimen.

SERAFIN. Adios, y sigue tu táctica.
(*Vánse.*)

ESCENA VIII.

PEPA. DON LEANDRO, *jóven andaluz, con desembarazo elegante y acento sevillano: hablan desde el foro.*

LEAND. Si se habrán ya levantado!
Déjame pasar, muchacha:
ya sabes que yo entro aquí
como Pedro por su casa.

PEPA. Pero, y si aun están durmiendo!
LEAND. Aguardaré en esta sala,
y tu me harás compañía.
Sabes que eres una plata?
PEPA. Ay! Cómo se burla usted
porque soy una criada!
LEAND. No; si yo soy democrático;
me gusta la gente llana.
Los hijos de Andalucía
tenemos el alma franca,
y en prueba de lo que digo,
toma un abrazo, salada.
(*Vá á abrazarla.*)
PEPA. (*Levantando la mano.*)
Cuidado con propasarse...
LEAND. Chica, si ha sido una chanza.
PEPA. El demonio del señor!
LEAND. Pocos gritos: toma y calla.
(*Le da media peseta.*)
PEPA. (*Tomándola.*)
Qué es esto que me da usted?
LEAND. El qué? dos reales de plata.
PEPA. Y con esto...
LEAND. Beber puedes
treinta y cuatro vasos de agua.
PEPA. Gástelo usted en alfeñique.
(*Se los tira á los piés, y vase.*)

ESCENA IX.

DON LEANDRO. *A poco*, LEONOR.

LEAND. (*Cogiéndolos.*)
Por rumboso esto me pasa.
LEONOR. (*Saliendo.*)
Quién da voces! Es usted?
LEAND. Se me figura que sí:
porque al ver esa hermosura,
esa cintura gentil,

esos labios de coral,
y esos dientes de rubí,
ni sé si en el mundo estoy
ni si dejé de existir.

LEONOR. Qué adulador es usted!

LEAND. Que me coma un javalí
si digo lo que no siento;
que me trague un puerco espín,
que me sorba una ballena,
que me mate un marroquí;
déme un accidente, y vuelva
de él en el año dos mil,
y... perdone usted, señora,
ya no sé mas que decir.

LEONOR. Pero tanto me ama usted?

LEAND. Aun mas que al olmo la vid:
desde que yo la ví á usted,
una cosa sentí aquí
(*Señalando al corazon.*)
que el corazon me pinchaba
y me lo hacia bullir:
desde entonces crudos golpes
me rompen el pecho, sí:
si quiere usted convencerse,
con delicadeza y sin
ninguna idea siniestra,
déjese usted conducir
esa manita adorada
de transparente marfil
hácia el corazon fogoso;
no le siente usted latir?
Oiga usted los golpes, oiga:
ti, pitipi, tipití.

LEONOR. Vamos, señor don Leandro,
se quiere usted divertir?
Si lo que siente dijera,
si fuera leal su fin...

LEAND. Ay, señorita!... lo juro
y la daré pruebas mil:
si usted quiere que la traiga
las minas del Potosí...
es decir, lo que hay en ellas,
pronto lo tendrá usted aquí.
Si quiere usted que me tire
al rio Guadalquivir,

y eso que no sé nadar...
vaya, exija usted de mí.
Quiere usted que me estrangule
con mi propio corbatin?

LEONOR. Vaya, es usted el demonio!
siempre ha de hacerme reir!...

LEAND. Y es porque le hago á usted gracia?
Dígalo usted, serafin:
corresponderá á mi mano?
Si tal hiciera, san Luis!!
Cien mil mugeres, de rabia
dejarian de existir,
pues tengo prendas que me hacen
muy recomendable á mí.
Mire usted, soy propietario,
y mi ingenio es tan sutil,
que el castellano poseo
y entiendo bien el latin,
y el francés, y el italiano,
el hebreo, el marroquí.
He corrido España entera,
despues he cruzado el Rhin;
he estado en la gran Maguncia;
en el Mogol, en Pekin.
Desde Pekin me fuí al moro,
preso me hicieron allí;
mas de mi labia prendado
el Sultan Me-metalí,
quiso casarme con su hija
la preciosa Faniquín.
Con que si á un hombre de mundo
como yo no dá usté el sí,
se va á acreditar sin duda
de tener un gusto ruin.

LEONOR. (Pero si ya dí palabra...
Oh! que sociedad tan vil!...
Por qué habiendo tantos hombres
á uno solo he de elegir!!!)

LEAND. Con que no me dice usted...

LEONOR. Ay Jesus!! no estoy en mí!...

LEAND. (Bien, ya creo que se ablanda.)

LEONOR. (Cómo un nó habré de decir!!)

LEAND. Ay!! Leonorcita!

LEONOR. (Y suspira!)

LEAND. Ay cuánto sufro!

LEONOR. (¡Infeliz!)
No le digo á usted que no...
LEAND. Luego dice usted que sí?...
LEONOR. Es decir, digo... y no digo...
Si yo no sé qué decir!!!
(*Voces de Cárlos y Federico.*)
Pero llegan mis hermanos.
Sepa me compadecí,
(*Con coquetería.*)
y tras de la compasion
la amistad suele venir
y luego... Leandro, adios:
acuérdese usted de mí.
(*Vase.*)

ESCENA X.

LEANDRO.

LEAND. (*Imitándola burlescamente.*)
Quede usted con Dios, Leandro;
acuérdese usted: ji, ji...—
ya de la mina el filon
acabo de descubrir:
(*Idem.*)
ay! yo quiero y no quiero... —
Si ya estás muerta por mí,
por qué haces la dengosa
si te hago mucho tilin?
Esto se presenta bien:
vivamos sobre el pais.

ESCENA XI.

Dichos. CÁRLOS. FEDERICO.

CARLOS. (*Saliendo.*) Pues yo soñé con Romea.
FEDER. Y yo con Napoleon.
Oh! buenos dias, Leandro!...
LEAND. Fieles amigos, adios.
La noche fue de vigilia,
no es verdad?
CARLOS. Este reló
marcaba las tres y media
cuando al entrar le ví yo
anoche: y tú que no duermes,
apenas alumbra el sol
vienes á casa á buscarnos;
no tengas mala intencion.
LEAND. El hombre que duerme mucho
se embrutece: mas los dos
deciais haber soñado...
CARLOS. Este con Napoleon,
y yo con Romea.
LEAND. Bien.
CARLOS. Ya sabes tú la aficion
que tengo por declamar.
FEDER. Y no ignoras el furor
con que yo contemplo todo
lo militar...
CARLOS. Qué ilusion
yo siento en mí, cuando escucho
declamar á un buen actor!
FEDER. Cuando leo en un periódico
el general Audinot,
ó Pedro el de los palotes,
ha salido vencedor
en este ú otro paraje,
en esta ó aquella accion...
CARLOS. Cuando leo en un Diario:
ayer el célebre actor
fulano cogió laureles,

se me ensancha el corazon.
Oh! la carrera del teatro!...

FEDER. La del soldado es mejor.

CARLOS. Vaya una gloria, dar palos!

FEDER. Pues la del teatro... Oh!!!
es muy buena: estar espuesto
á que cualquiera pelon
críticas ponga insolentes...

CARLOS. A eso no tengo temor,
que la crítica mal hecha
se vuelve contra su autor;
y á pesar de las intrigas
y la torpe adulacion,
donde le hay brilla el talento
anonadando al traidor.

FEDER. Vamos á ver: quién, Leandro,
ahora tiene mas razon?

LEAND. Yo siempre soy justo, siempre:
razon... la teneis los dos.
La carrera militar!!!
La noble declamacion!!!
Oh qué clases tan ilustres!!!
pertenecí á entrambas yo!!!

CARLOS. Tú?

LEAND. Fuí bizarro soldado...

FEDER. En dónde?

LEAND. En el gran Mogol.
Como que allí me llamaban
el segundo Napoleon.

CARLOS. Y actor en dónde?

LEAND. En la China.

FEDER. En la China? Qué embrollon!

LEAND. Si en lo que ahora os he dicho
he mentido, quiera Dios
que á Cárlos le dén tercianas,
y á tí un fuerte torozon.

CARLOS. Gracias: pues en ese caso
voy á llamar á un doctor.

LEAND. Mas dejemos tonterias:
nos aguarda Encarnacion,
y Pilarcita y Antonia,
junto á la Puerta del Sol,
metiditas en dos coches.
Bella será la funcion!
vamos á la Castellana:

Ya encargado dejé yo
una opípara comida:
no tendreis oposicion
en llevar tres ó cuatro onzas...
asi que venda el arroz
que me están almacenando
yo lo pago todo...

CARLOS. No.

LEAND. Y os daré cuanto me dísteis,
porque soy hombre de honor
y no me gusta abusar...

CARLOS. Ea, cállate, y alón.
Cayetano, Cayetano!

ESCENA XII.

Dichos. CAYETANO.

CAYET. Qué me manda usted, señor.

CARLOS. Que nos traigas cuatro onzas.

CAYET. Ahora no puedo.

FEDER. Bribon,
si no las traes al momento...

CARLOS. Qué aguardas?

FEDER. Anda, ó por Dios...?

CAYET. Señoritos, que no puedo.

LEAND. No sea usted remolon.

CAYET. Aquí vela no le dan
para este entierro.

CARLOS. (*Levantando la voz.*)
Qué horror?
A nuestro amigo te atreves?

FEDER. (*Mas fuerte.*)
Vengan cuatro onzas.

CAYET. (*Con toda su fuerza.*)
Que no.

ESCENA XIII.

Dichos. DON FACUNDO. DOÑA MARGARITA. SERAFINA. LEONOR.

FACUND. Pero qué voces?
MARG. Qué es esto?
CARLOS. Que en un compromiso estamos,
y cuatro onzas reclamamos
al mayordomo indigesto.
FACUND. Y no las dió...? Muy bien hizo.
MARG. No, Facundo, no hizo tal:
mira no los trates mal,
pues sabes que son mi hechizo.
LEONOR. Eso es: á ellos los mima.
SERAFIN. Y á nosotras...
FACUND. (*Levantando la voz.*)
Dicen bien.
MARG. (*Idem.*)
Nó.
FACUND. (*Mas fuerte.*)
Sí.
MARG. (*Mas fuerte.*)
No.

ESCENA XIV.

Dichos. PEPITO, *que sale con bata y gorro, tomando el chocolate con vizcochos y servilleta en el brazo.*

PEPITO. Qué Belen!!
Se nos cae el mundo encima?
FEDERIC. Qué buscas aquí, mastuerzo?
CARLOS. Nos vienes á interrumpir?
FACUND. Anda, márchate á dormir.
CARLOS. Qué buscas aquí?
PEPITO. Mi almuerzo...
FACUND. Cómo tu almuerzo, petate?

pues eso no es almorzar?
PEPITO. No señor: esto es tomar
con vizcochos chocolate.
FACUND. Y aun buscarás...
PEPIO. Mi racion
que hoy acortó el mayordomo,
pues que no me han dado el lomo
ni las lonjas de jamon.
FACUND. Márchate con un enjambre
de demonios!
PEPITO. Bien, me iré,
pero al menos diga usté
que no me maten de hambre.
CARLOS. } Mamá, el dinero.
FEDERIC. }
FACUND. Buen par!
LEONOR. Papita, un baile esta noche.
CARLOS. (*A su madre.*)
Dános...
SERAFIN. (*A su padre.*)
Llévanos en coche.
PEPITO. (*A Cayetano.*)
Me quieres dar de almorzar?
FACUND. Para amigos con abinco
pedis: no hay rentas que basten.
LEANDR. Para cada onza que gasten
lo menos gasto yo cinco:
y si es á mí esa alusion
la rechazo con franqueza,
porque tengo gran riqueza
y me sobra corazon,
Yo desprecio el interés
y por nadita me atranco;
con los billetes de banco
suelo andar á puntapiés.
Sépalo usted, don Facundo:
cuando busque usted dinero
en mí hallará un caballero,
aunque soy hombre de mundo.
Aquí hay un neto español!!
Si llevais onzas, corriente;
si no, me es indiferente;
espero en la Puerta del Sol.
Dispongan de mi caudal;
por oro no haya temor,

que es mi tio el director
de la hacienda nacional.
(*Váse.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos DON LEANDRO.

CARLOS. Ese sí que es generoso!
CAYET. Ese sí que es un bergante.
FEDER. No.
FACUND. Dice bien.
CAYET. Y un tunante.
CARLOS. Pues yo soy pundonoroso:
y si no me dan al punto
ese dinero á que aspiro,
hoy, mamá, me pego un tiro.
FEDER. Y yo detrás soy difunto.
MARG. (*A su esposo.*)
Ay! se van á suicidar!
LEONOR. (*A su padre.*)
Si esta noche no bailamos,
las dos nos envenenamos.
FACUND. (*A su esposa.*)
MARG. Que se van á envenenar.
Mienten ellas.
FACUND. Mienten ellos.
MARG. Yo conozco, y no me afilijas,
á mis hijos.
FACUND. Yo á mis hijas.
MARG. (*Con ironía y marchándose.*)
Son muy bellas.
FACUND. (*Idem.*)
Son muy bellos.
MARG. Dales las cuatro onzas.
(*Se vá.*)
CAYET. Oh...!
FACUND. Anda, y avisa á la orquesta.
(*Váse.*)
CAYET. Casa de locos es esta.
(*Va á marchar amoscado.*)
PEPITO. (*Cojiendo á Cayetano por el brazo.*)
Pero cuando almuerzo yo?

CAYET. Voto al diablo!
CARLOS. (*A Cayetano.*)
Vé al instante.
FEDER. Ea! á la broma!
(*Se vá.*)
LEONOR. }
SERAFIN. } A bailar.
(*Se van.*)
PEPITO. Qué me darás de almorzar?
CAYET. Voto á brios! ¡*Un elefante.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegante. Muebles de todo lujo. Candelabros y arañas encendidas. Forillo de otro salon alumbrado con arañas: en él muebles muy elegantes. Dos puertas laterales. Mesa con tapete y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CAYETANO. PEPA.

CAYET. Está ya todo encendido?
PEPA. Pues no lo vé usted? (Babieca !)
CAYET. Digo las piezas de adentro...
PEPA. Tambien, sí señor.
CAYET. Bien, Pepa,
no te incomodes por eso;
que cuando hablas apedreas.
Has ido al café de enfrente?
PEPA. Lo menos hace hora y media.
CAYET. Y encargastes los helados,
y de Champang las botellas?

PEPA. Sí señor.
CAYET. Y los criados
avisaron á la orquesta?
PEPA. Cuanto tiempo hace!
CAYET. Bueno.
Pues ya estás demás. Qué esperas?
PEPA. Y es usted el que critica
que tan mal genio yo tenga,
cuando parece que un dia
de rabia vá á echar centellas?
CAYET. Mira, no seas parlanchina.
PEPITO. (*Dentro.*)
Cayetano!...
CAYET. Santa Tecla!
Pepito me llama! Vete.
(*Vase Pepa.*)
Me está llevando pateta.

ESCENA II.

CAYETANO. PEPITO, *que sale leyendo un Diario.*

PEPITO. Ando buscándote, hombre,
por toda la casa, y... vamos,
voy á darte una noticia
que trasciende desde largo:
aprovecha la ocasion:
oye el anuncio:
(*Leyendo.*)
«Han llegado
á la posada de Ocaña
jamones de Candelario...»
CAYET. Vaya una salida ahora!
PEPITO. (*Leyendo.*)
«Y en la posada del Rastro,
bajo un precio equitativo
se hallarán pabos cebados.»—
Eh? Cayetano, qué tal?
CAYET. (Voto á brios!)
PEPITO. No me haces caso?
Bueno, yo veré á mamá...
pero ella se acerca, bravo!

ESCENA III.

Dichos. DOÑA MARGARITA *en trage de baile.*

PEPITO. Mamá, no sabes lo que hay?
MARG. Qué es ello? Dí, qué ha pasado?
PEPITO. Noticiones que interesan...
sigo leyendo el Diario...
(*Continua leyendo.*)
«Junto á San Juan de Dios venden
ricos atúnes salados... »
MARG. Toma! Y esa es la noticia?
PEPITO. Mamá, que me traigan algo.
MARG. Tú tienes hambre canina!!...
PEPITO. Mamita, si yo no bailo,
ni voy en coche, ni fumo,
ni me paseo á caballo,
ni me agradan las muchachas,
ni rompo apenas calzado,
de modo, que aun cuando gaste
en comer tres duros diarios,
no tengo vicios, mamá;
ya lo ves; soy buen muchacho:
me voy á tender un poco.
Tráeme un jamon, Cayetano:
díselo, mamá.
MARG. Bien, hombre!
PEPITO Vivan las mamás de rango:
si vales mas...
(*A Cayetano.*)
Anda pronto,
y que no tenga gusanos.
(*A su madre.*)
Vales mas plata que pesas,
y eso que estás de buen año.
MARG. Qué dices?
PEPITO. No es alusion...
CAYET. (Qué chicos tan mal criados!
Merecen algunos padres..)
PEPITO. Buenas cosas trae el Diario!!
Adios, vieja mia.

(*Lee.*)

«Acaba
de llegar el bacalao
de Escocia, á la venta nueva,
y los chorizos de Almagro.»
(*Se vá.*)

ESCENA IV.

CAYETANO. DOÑA MARGARITA.

MARG. Aunque veo que este chico
es un alcornoque, hallo
en él tanta gracia, tanta...
CAYET. Ay, señora!... por los clavos
de mi señor Jesucristo!...
usted está chocheando:
que los padres á los hijos
amen, justo es; pero cautos
el cariño que les tienen
nunca deben demostrarlo,
pues la juventud no piensa;
y prodigándola halagos,
abusa, y se precipita
del desórden en el fango.
MARG. Pero hombre, lo que nos pasa
es natural: los muchachos
siempre son los predilectos
de las madres; los amamos
mas que á las chicas: los padres
suelen pensar al contrario;
quieren á las hijas mas,
y de aquí resulta, es claro,
las continuas peloteras
de los matrimonios.
CAYET. Bravo!
Y usted que el error conoce,
incurre en él cada paso.
MARG. Pero ya enmendarme quiero;
hoy á los tres he pensado
reunir muy formalmente

para con dureza hablarlos:
les diré que van por sendas
muy malas estraviados.

CAYET. Ah! si por fin, Dios quisiera
en el corazon tocarlos.

MARG. De la broma aun no vinieron?

CAYET. Y eso que las diez han dado,
y no ignorarán que hay baile.

MARG. Pero ellos no son los malos;
sino sus amigos: ese
calavera sevillano...

CAYET. Que embrolla
y miente mas que habla,
y eso que siempre está hablando.

MARG. Si pudiéramos un medio
hallar para escarmentarlo!...

CAYET. Déjeme usted á mí, señora:
el medio queda á mi cargo.

MARG. Pero no conoces, hombre,
que mis hijos le aman tanto?

CAYET. Con el tiempo lograré
que huyan de él como del diablo.
Pero, señora, firmeza.
Ellos aquí van llegando.

MARG. Siento que el valor me deja,
pero voy á armarme de ánimo.

ESCENA V.

Dichos. CARLOS. FEDERICO. DON LEANDRO. DON LUIS *y Caballeros.*

CARLOS. (*Desde el foro.*)
Adelante, caballeros.
Aquí teneis á la madre
mas cariñosa y mas tierna...

FEDER. Oh! nuestra mamá és un ángel.
Chicos, el Champang me ha puesto
en estremo confortable.

LEAND. Señora, saludo á usted.
Seres en el mundo hay tales
que al primer vistazo, plan!

se introducen al instante
en el corazon. Usted
es uno de esos, no estrañe
que la hable de este modo
porque franco es mi lenguaje.
Reciba usted una memoria
que yo la guardé esta tarde.
(*Le dá un caramelo.*)

MARG. Gracias. A que no mis hijos
asi se acordaron?

CARLOS. (Diantre!)

FEDER. (Caramba, qué compromiso!)

CARLOS. (*A don Leandro.*)
(Sácanos tú de este lance.)

LEAND. Sí, los hijos son, señora,
siempre ingratos, siempre audaces.
Mas respire usted porque estos
son escepciones notables.
Nos sentamos á la mesa;
y apenas los mozos traen
el primer plato, lo miran;
y á uno le dicen parte
y tráenos un papelito:
y al punto el mozo lo trae,
y ambos á la vez dijeron
del plato primero á madre
guardemos, y asi pasó,
y me dieron el mensaje
de que yo se lo guardara
por no manchar sus gabanes.
(*Sacando un papel liado.*)
Con que tome usted, señora;
un pepinito en vinagre:
lo primero que sacaron:
la memoria es lo que vale.
(Lo guardé para mi chica!
cómo ha de ser?... adelante.)

MARG. (*A Cayetano.*)
Esta es otra cosa. Ves
cómo me quieren?

CARLOS. Pensaste
que de tí nos olvidáramos?

MARG. Sí, hijos mios.

CARLOS. Nos clavaste
un acero en las entrañas!

FEDER. Con injusticia pensaste!
CARLOS. Ya nos has entristecido!
LEAND. Cómo ha de ser? Consolarse...
(*A doña Margarita.*)
Mire usted, van á llorar.
Esto es fuerza que se acabe:
estos son hijos, señora:
ve usted qué pucheros hacen?
no hay que llorar; (pobrecillos!)
El corazon se me parte!
(*A la madre.*)
déles usted un abrazo:
besarle la mano, ande!
(*Lo hacen.*)
y ahora mi bendicion:
que Dios os haga unos ángeles!
MARG. (*Aparte á Cayetano.*)
(Si no puedo regañarlos!
no ves qué humildes... qué amables!...
Yo, Cayetano, lo siento,
pero me falta carácter.)
Caballeros, hasta luego:
Vamos, hijos, animarse.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos DOÑA MARGARITA.

CAYET. (Me está llevando el demonio:
no lo puedo remediar.)
Señoritos, señoritos,
y tienen valor...
LEAND. Quizás
es usted el mayordomo...
CAYET. Soy el mismo Barrabás.
LEAND. Lo creo: porque esa cara
en circulacion no está:
y qué colorado! Vamos,
sin duda bebió champang...

CAYET. Eh! Miserable!
CARLOS. } Insolente!
LEAND. }
CAYET. Cuidadito en el hablar;
que este viejo miserable
hace veinte años que' está
esta casa dirigiendo
con notoria probidad;
y antes de venir á ella
otros quince hacía ya
que del abuelo de ustedes
fué mayordomo leal.
Con emocion muy profunda
él me dijo al espirar:
« Cuida de mi hijo y mis nietos,
pues sé que á aquel faltará
carácter para su casa
rectamente gobernar;
es débil, irresoluto;
hazle conocer el mal,
y á él y á sus hijos separa
de la falsa sociedad:
sus impertinencias sufre:
te lo ruego con afan. »
Por eso con gran prudencia
mil veces he dicho «atrás»,
cuando he visto que á un abismo
se iban á precipitar.
Pero no se me ha hecho caso.
Bien, por última vez ya
les digo que del señor
huyan cual de Satanás,
porque es todo farsa, enredos,
y nunca dice verdad.
Si usted por eso se enoja,
nada á mí me importará.
En Zaragoza he nacido,
y allí todo es claridad.
Sí señor. Usté es de aquellos
que á todos las manos dan,
se quiebran á cortesías,
y que saben demostrar
los afectos que no sienten;
que ofrecen lo que no dan:
si se enfada usted porque

le he hablado sin falsedad,
procure de mí vengarse,
aquí no volviendo mas;
y no estrañe que las cuentas
le haya querido ajustar,
ni que del estilo sério
ahora me pase al jovial,
para reirme de usted
sin rodeos ni disfraz,
porque no estoy en mi juicio;
usted lo dijo: já!... já!
No me hagan caso, señores,
porque he bebido Champang.
(*Váse.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos CAYETANO.

LUIS. Qué dices, Leandro?... qué?...
LEAND. Luis queridísimo, nada.
Quién hace caso de un viejo
y mayordomo? Sus canas
es preciso respetar...
Porque la moral me agrada,
sobre todo, ya lo sabes...
No conoces que le carga
al pobre viejo que yo
á sus señores distraiga?
Si eso es mas claro que el dia!
(*Pasan por el foro, de derecha á izquierda, convidados.*)
La avaricia!... Ya á esa sala
van llegando convidados;
eso la atencion me llama.
A ver, Carlitos, el brazo.
Vamos á ver las muchachas.
FEDER. (*A don Leandro.*)
No estás ofendido?
LEAND. No.
CARLOS. Le despediremos.
LEAND. Calla.

A un hombre cual yo de mundo
esas cosas le hacen gracia:
todavía al mayordomo
he de entregar una carta
que trate de mis amores.

LUIS. Aun teniéndote tal rabia?

LEAND. Sí señor; y si me empeño,
dos besos me dá en la cara.
Ea, vamos al salon
á gozar de la algazara.
(*Vánse.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MARGARITA. DON FACUNDO. CAYETANO.
(*Se oye un rigodon.*)

CAYET. Pues eso pasó, señores.

MARG. La juventud no es prudente.

CAYET. Y mas si se la consiente
cometer necios errores.
En fin, el baile ha empezado;
las niñas en él están:
no obstante; criticarán
porque ustedes no han entrado.

MARG. No tengo gana de ver
mi fortuna destruirse...

FACUND. Ni á nuestras hijas lucirse!...
Qué genio de Lucifer!

MARG. Tengamos la fiesta en paz!
Cuando tú tienes la culpa...

FACUND. La tuya á mí me disculpa:
con que no seas tenaz;
si con afanes prolijos
á mis hijas he mimado,
tambien te has sacrificado
por complacer á tus hijos.

MARG. Pero qué le hemos de hacer?

FACUND. Tú me pones en un potro.

CAYET. Pues! y el uno por el otro
la casa está sin barrer.
El paso que dar primero

es preciso en este instante,
es llamar á ese bergante
para pedirle dinero:
á don Leandro; y así
verá usted cómo se escama,
logrando con esta trama
que no vuelva por aquí.
Dígale usted que un apuro
á molestarle le obliga;
que me emplume el que consiga
sacarle siquiera un duro.
De parte de usted haré
que ahora le avise un criado;
mas, por Dios, lo que he pensado
no lo eche á perder usté.
Buen ánimo, voto á brios!
Yo de cavilar no ceso,
pues saben que me intereso
por el bien de ustedes dos;
y si consigo cortar
á esos males las raices,
si á ustedes todos felices
los llego pronto á mirar,
ya pueden á mí insultarme
los necios y escarnecerme,
y mil injurias hacerme,
y aun con obras maltratarme,
pues con un noble interés
al mirar mi afan logrado,
podré decir: me he portado
como honrado aragonés.
(*Váse.*)

ESCENA IX.

Dichos, menos CAYETANO.

FACUND. Ese es un hombre de bien.
MARG. Ciertamente: mas presumo
que es un poco exajerado
al juzgar nuestros disturbios.

Son caprichosos los chicos
y don Leandro es muy cuco;
en eso estamos acordes:
pero á los jóvenes juzgo
que es preciso tolerarlos,
pues no conocen el mundo.
En fin, de que llegue ese hombre
no te andes con escrúpulos;
le pides dinero... á ver...
por supuesto, ya barrunto
que le vas á sorprender,
pues al decirle tu asunto
tan de repente, sin duda
ha de quedarse de estuco;
y si conocemos que es
de tantos bribones, uno,
entonces con energia,
sin ningun reparo, á duo,
le diremos que no vuelva
jamás por aquestos muros.
Pídeselo de improviso:
miremos el rostro suyo,
y él nos dirá claramente
si le hemos puesto en apuro.
Aquí se acerca el amigo;
que no vaciles, Facundo.

ESCENA X.

Dichos. DON LEANDRO.

LEAND. Estoy á la órden de ustedes:
que me llamaban me han dicho.
FACUND. Si señor: quiero de usted
un favor especialísimo:
(dijeron pronto?... allá vá.)
dos mil duros necesito,
y espero que me los preste
el amigo de mis hijos.
LEAND. (Mal han hilado la intriga.)
FACUND. (*A su mujer.*)
(Aun no se ha puesto amarillo.)

MARG. (*A su esposo.*)
(Ahora se pondrá encarnado.)
FACUND. (No le quito ojo.)
LEAND. Ahora mismo...
(*Sacando la cartera.*)
no llevo mas que quinientos
en papel aquí escondidos...
pero escriba usted; al instante
le voy á dejar servido,
siéntese usted ahí, y escriba.
FACUND. Pero si...
LEAND. Vamos.
FACUND. (*Se sienta y se dispone á escribir.*)
Ya escribo.
LEAND. (*A doña Margarita.*)
Ah! nos da usted su licencia?
porque yo soy muy político...
y... la dá usted?...
MARG. Claro está.
LEAND. Pues en ese caso, dicto.
Madrid y... las generales
que usted saben son de estilo.
Señor don Pedro Noleay,
mi siempre apreciable amigo. »
MARG. No le hay! apellido raro!
LEAND. No hay otro como él, de fijo.
(*Dictando.*)
Sabe usted que de dinero
me vine con lo preciso
y en este dia me encuentro
en un grave compromiso:
si ha realizado mis fondos...
FACUND. Vamos por Dios despacito,
que usted me dicta á galope,
y no es mi mano un molino,
LEAND. Dispense usted, prosigamos. (*Dicta.*)
En tal caso le suplico,
(*Mas de prisa.*)
que venda las aceitunas,
las mil fanegas de trigo,
y... perdone usted, señora,
los ochocientos gorrinos,
los mil quintales de arroz,
el peor olivar mio,
el de la legua de largo...

FACUND. Pero señor, por san Crispulo,
para solos dos mil duros,
vá usted á venderse á sí mismo?
LEAND. Es que está mi pundonor
con usted comprometido.
Nada se me oculta á mí:
porque soy alegre y vivo,
ustedes se han figurado
que yo soy un libertino;
un pelon de mala muerte
que engañando, acaso, vivo.
No me lo nieguen que es cierto:
concluya usted ese escrito.
Quiero darles una prueba
de probidad y de juicio.
Sí tal; antes de once dias
voy á tener reunidos
lo menos treinta mil duros;
y asi que lleguen, con brio
y se los presente á ustedes
y pueda decir altivo—
tome usted eso si lo quiere,
y si no tírelo al rio—
entonces que se convenzan
de que no soy ningun pillo,
ya no volveré á esta casa,
donde se me ha escarnecido
y calumniado y... mas, basta;
escriba usted, se lo exijo.
FACUND. Pero don Leandro...
LEAND. Escriba,
Verá usted qué pronto firmo,
y despues en el correo
la carta echará usted mismo.
MARC. No es menester.
LEAND. Se figuran
que yo soy algun chiquillo?
Por qué formaron de mí
un concepto tan indigno?
Desde que conozco á ustedes,
algun real les he pedido?
FACUND. (*Asombrado de la peroracion de don Leandro.*)
No señor!
LEAND. Cuando á una broma
á llevar fuí mis amigos,

no me han oido decir —
no hay que apurarse, chiquillos;
si dinero no llevais
yo os ofrezco mi bolsillo.—
Sin ir mas lejos, asi
hablar hoy no me han oído?

FACUND. (*Cada vez mas admirado.*)
Es verdad!

MARG. (*Lo mismo.*)
Tiene razon!

LEAND. Y aun siendo franco y sencillo,
ustedes me han infamado,
y ademas escarnecido! (*Con enfado.*)
Vamos, no se puede ser
hombre honrado en este siglo!
Es mucha estrella.—Perdon
si de este modo me irrito,
que estoy echando centellas!
Tóqueme usted los carrillos;
toque usted, y usted, señora!!

FACUND. (*Tocándole.*)
Si echa fuego!

MARG, Pobrecillo!

LEAND. Sofocado estoy! (Es claro,
como que en grande he bebido.)
Para vivir en el mundo,
lo mejor es ser un pillo
y presentarse ante todos
haciéndose el capuchino.
Si es uno alegre y chancero,
aun cuando no tenga vicios,
le motejan de tronera,
de estafador, libertino.
Sociedad injusta y ruin!!!
Me voy á pegar un tiro.

FACUND. } Ay!!
MARG. }

LEAND. Se me va la cabeza.
Jesus, y qué génio el mio!
Si cuando tengo razon
me convierto en basilisco...
Arrímeme usted esa silla
que me está dando un bahido.

FACUND. Cayetano, Cayetano.

MARG. Ay Jesus! buena la hicimos!

ESCENA XI.

Dichos. CAYETANO.

CAYET. Qué pasa? Se desmayó?
FACUND. Sí, de rubor. Pobrecillo!
CAYET. Es de rubor? No, será
de los vapores del vino.
FACUND. Tráeme pronto un vaso de agua.
MARG. Y de esencia algun pomito.
CAYET. Para hacer volver á un hombre,
no hay cosa como un pellizco.
Allá voy.
(*Le coje un pellizco en el brazo.*)
LEAND. (Verdugo!)
MARG. Aparta:
no es ocasion de reirnos.
CAYET. Ya vá volviendo: ve usted?
FACUND. No seas zumbon y maligno.
CAYET. Pero creen...
MARG. Si señor,
CAYET. No hay quien
le rompa el bautismo!!
Pero aguantemos, que al fin
se logrará mi designio.
(*Váse.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos CAYETANO.

FACUND. Se le vá pasando á usted?
LEAND. Si señor: no mas ha sido
que un leve decaimiento.
(*Con desenfado, afectando formalidad y cortesía,*)
Ahora hablaré mas tranquilo.
La delicadeza ha hecho

que me saliera de quicio:
hágame usted el obsequio
de continuar el escrito.

FACUND. Ya seria infructuoso...

LEAND. No importa: se lo suplico.

FACUND. (*Queriendo romper la carta.*)
Perdone usted, es inútil,

LEAND. Como la rompa, ahora mismo
esta casa dejo, y nunca
volveré á ver su recinto.

FACUND. Bien, pero no continúo.

LEAND. En ese caso no insisto,
(*A doña Margarita.*)
Estoy á los piés de usted:
beso á usted la mano, amigo;
y dispénseme si yo
en algo les he ofendido.
Discúlpenme con las niñas
é igualmente con los chicos:
mataré mis ilusiones,
pero me habré conducido
como cumple á un caballero
honrado, prudente y fino.
(*Hace una cortesía y va á marcharse.*)

FACUND. No señor; venga la mano:
esa rectitud admiro.

MARG. Suplico á usted que se quede.
(Qué rectitud de principios!)
Ahora yo rompo la carta;
(*Lo hace.*)
y si antes á mi marido
le ha desairado, yo creo
que no podrá hacer conmigo
tal accion, por ser señora.

LEAND. Soy galante, y me resigno.

FACUND. Bien: quedamos cual queria.
Voy á contar á mis hijos
lo que pasó entre nosotros.
(¡Qué jóven! me ha enternecido!)
(*Váse*)

ESCENA XIII.

DOÑA MARGARITA. DON LEANDRO.

MARG. Perdone usted: cometimos
una grande indiscreccion;
ya se vé, como en el mundo
vemos tanto estafador...
LEAND. Pensaron sin duda alguna
que era uno de tantos yo:
pero en fin, soy generoso
y á ustedes doy mi perdon;
y en prueba de que mi pecho
ya no les guarda rencor,
voy á hacer á usted, señora,
una honrosa peticion.
MARG. Pida usted cuanto poseo.
LEAND. Como soy hombre de honor
y me enseñaron mis padres
á vivir con religion,
voy á dar con usté un paso
que me remonte hasta el sol.
Señora, la Leonorcita
es una niña de pró,
hermosa como un lucero,
y pura como una flor.
Ya se ve, con tales dotes
abrasóme el corazon:
diversas veces he ido
á declararla mi amor;
pero antes, decirlo á ustedes
mas noble me pareció:
si me la dan, feliz me hacen;
me resignaré si nó.
Asi se porta, señora,
un caballero español.
MARG. Con que usted antes de hablarla
consulta nuestra opinion?
Eso se llama conciencia.
Pues obtenga usted su amor,

y cuente usted de sus padres
con la honrosa aprobacion.

LEAND. Qué me dice usted, señora!..
Lograré tal dicha yo?
Usted será mi mamá!!
Ya verá con qué primor
la cuidaré: por supuesto,
vivirá usted con los dos;
compraremos una casa
junto á Torrejon de Ardoz,
donde belgas y prusianos
dieron la famosa accion.
Allí iremos á menudo
metidos en un landó,
y llevaremos piñones
que la mandaré á usted yo;
y en fin, cuando tenga sueño,
sobre mis rodillas... oh!
colocaré la cabeza
de la madre de mi amor,
y la arrullaré cantando
el divertido arroró.

MARG. Vamos, vale usted un mundo!
A su grande estimacion
reune un genio gracioso...
Preciso es que á la reunion
vaya un momento.

LEAND. Este brazo
está á su disposicion.

MARG. (Qué delicado! qué fino!)

LEAND. (Qué estúpida! qué ababól!)

MARG. (*Coge el brazo.*)
Acepto.
(Y es muy buen mozo!)

LEAND. Mil gracias. (Qué cronicón!)
Aun mi mamá está muy fresca.

MARG. No sea usted adulador!!
(Ay Dios! quién tuviera quince,
ó aunque fueran veintidos.)
Vamos?

LEAND. Cuando usted disponga.
(Esto marcha *como il faut.*)
(*Vánse.*)

ESCENA XIV.

PEPITO, *leyendo un libro*. CAYETANO.

PEPITO. (*Lee.*)
«Para componer las trufas
segun los autores célebres,
las especies perniciosas
economizarse deben;
y segun un gran científico,
para guisar bien las liebres...
CAYET. Se necesita primero
que el diablo las condimente.
PEPITO. Hombre, me alegro de hallarte.
Quiero cenar.
CAYET. Mejor fuese
que en los salones del baile
un momento apareciese.
PEPITO. Pero hombre, tú te figuras
que yo soy algun pelele?
Que bailen esos muñecos
que por resorte se mueven:
yo estoy por lo positivo;
nada seducirme puede:
con bailar qué se adelanta?
Que el cuerpo se bambolée,
y del combatido estómago
los alimentos se alejen.
Mas cada uno con su gusto:
bailen y se zarandeen,
y que los babosos hagan
el amor á las mugeres:
que yo en estando tendido
y leyendo el libro este,
que es de cocina un tratado
muy famoso, que se queme
el mundo poco me importa.
Vamos á ver si te mueves;
imita mi diligencia;
anda, no seas zoquete;
dí que me sirvan el pabo,

y despues los salmonetes:
en cuanto al jamon en dulce
cuidado no lo cercenen.
Mira, mientras traen los platos,
quiero leer el sainete
del *Hambron de Nochebuena.*
Voy á ver si puedo hacerle.
Anda, despacha, ó si no
voy á pegarte un cachete.
(No he visto viejo mas brute!...
qué mala crianza tiene!)
(*Entra leyendo.*)
«El salmon en salsa blanca
debe tener mucho aceite...»

ESCENA XV.

CAYETANO.

Jesus, qué casa de locos!!
Cuántos habrá en Zaragoza
por menos causa enjaulados!...
Ya mi paciencia se agota,
y si no hubiera jurado...
Pero, quién se acerca?... Hola!!
Leonorcita y el futuro!...
El que se ausenta no estorba.
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

LEONOR. DON LUIS.

LEONOR. Es usted muy fastidioso!
Visiones vé á todas horas.
LUIS. Sí, que yo no he reparado
que te hacia carantoñas
el hablador sevillano

que amigo mio se nombra!
Cuando te hablaba al oido,
te diria...

LEONOR. Una bicoca!
Solamente me decia
que era yo como una rosa!...

LUIS. Necia!... porque te adulaba!...

LEONOR. Eso es... Virgen de Atocha!!!
Decirme que soy muy fea,
cuando todas las personas
siempre bella me llamaron!
Y aun Pepito, que no nota
quién es linda ó es horrible,
tanto mi belleza elogia,
que ayer dijo «eres mas rica
que un barrilito de anchoas.»

LUIS. Tiene lances la metáfora:
mas siempre te desazonas
por cualquiera frusleria;
si eres para mí una diosa.

LEONOR. Y para otros no lo soy?
Ay! Este hombre me encocora!

ESCENA XVII.

Dichos. DOÑA MARGARITA. DON FACUNDO. DON LEANDRO.

FACUND. Qué te pasa?

MARG. Qué pelea...

LEAND. (*A don Luis.*)
Dígame...

FACUND. Qué te ha pasado?...

LEONOR. Que el señor se ha propasado.

TODOS. Cómo!...

LEONOR. Me ha llamado fea.

LUIS. No he dicho tal, señorita.
Diga usted que ya mi amor
(*Por don Leandro.*)
le cansa, y ama al señor.

LEAND. Cómo?

MARG. Qué?

FACUND. Habla.

MARG. Chiquita...
LEAND. (*A don Luis.*)
Con que la amabas!
LUIS. Si tal,
y ella á mí.
LEAND. (*A Leonor.*)
Es cierto?
FACUND. }
MARG. } Dí?...
LEONOR. Le dije en broma que sí:
no se lo dije formal.
LEAND. Hé aquí los hombres, reniego!
primero se habla á los padres,
entiende usted?... y á las madres,
y á las señoritas luego.
Con esa lealtad cumplida
he obrado yo, caballero;
y así que respete espero
á mi esposa prometida.
LUIS. Como estimo mi decoro
y de niñadas no gusto,
se la cedo sin disgusto
y no le envidio el tesoro.

ESCENA VIII.

Dichos. CÁRLOS. FEDERICO. CAYETANO.

CARLOS. Qué es esto?
LEAND. (*A don Luis.*)
Respete usté
á mi prometida esposa.
FACUND. (*Al mismo.*)
O esa lengua venenosa
yo, si no, le cortaré.
FEDER. (*A Luisa.*)
Se atrevé usté á insultar...
FACUND. Que me habrá entendido infiero.
LUIS. Basta, y aprenda primero
bien sus hijos á educar.
CAYET. Dice bien: soy de su parte.

ESCENA XIX.

Dichos. PEPITO, *que sale al verso anterior, con un libro.*

PEPITO. Y yo, aunque no sé lo que es,
porque de cenar me dés.
FACUND. (*Á Pepito.*)
A ver, ya puedes marcharte.
(*A Luisa.*)
Si usted no teme mis fieros,
y aunque en decirlo me aflija,
sepa que en esta ocasion
me sobrará corazon
para vengar á mi hija.
PEPITO. Bueno, que va á haber funcion.
LUIS. (*A don Leandro.*)
En la calle espero á usté.
LEAND. Muy pronto le buscaré.
PEPITO. (*A su padre.*)
Anda, dále un coscorron.
MARG. Ay! que se van á matar!
LUIS. Vamos.
(*Se vá.*)
LEAND. Vamos.
(*Idem.*)
LEONOR. Qué sofocos!
FACUND. } Sigámoslos.
MARG. }
(*Idem.*)
CAYET. Todos locos!
PEPITO. Pues señor, voy á cenar.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto. Sobre la mesa un baston.

ESCENA PRIMERA

CAYETANO.

Pues, señor, ya no hay aguante:
á mi buena fé se insulta
y de mis canas los niños
continuamente se burlan.
Pero el necio sevillano
se ha de salir con la suya?
Cómo á los padres envuelve!!
Ya se vé, finge con una
maestría incomparable,
asi el cielo le confunda.
Yo no pierdo la esperanza...
me han dicho que con bravura

se batió hace quince dias
é hizo una herida profunda
en un brazo á su rival.
Y siendo aldaluz? Quién duda
que en Andalucía, hombres
hay de todas cataduras?
Yo no soy preocupado,
y no sigo á los que juzgan
que el andaluz de su pecho
nunca aparta la pavura.
Los de aquel país son hombres
lo mismo que los de Asturias.
Ah! Pero hoy un pagaré
se cumple y yo coyuntura
no encuentro para pagarlo
pues está la casa á oscuras.
Ya se ve, tanto desorden
y tan contínuas trifulcas...
pero aqui los calaveras
se acercan: Dios nos acuda.

ESCENA II.

Dicho. DON LEANDRO. CARLOS. FEDERICO.

LEAND. Caballero mayordomo,
buenos dias tenga usted.
CAYET. No agradezco el cumplimiento
y me marcho, por no ver...
LEAND. A mí?... Ya me lo figuro.
Mil gracias.
(*Cayetano vá á marcharse.*)
CARLOS. Aguárdate.
Necesitamos que ahora
cincuenta duros nos dés.
CAYET. No puedo dar un ochavo.
Aquí don Leandro, que
ha dicho tiene dinero
para sus amigos, fiel
hoy á su palabra, debe
prestarlo sin interés...
No lo dijo usté á los amos?

Ellos me lo han dicho: pues
vamos, cumpla la oferta
ó le descubro el pastel.

LEAND. Ahora no llevo dinero:
pero muy pronto en Jerez
se vá á vender un cortijo
de mi propiedad, y...

CAYET. Bien.
(*Llamando.*)
Señor... Doña Margarita!

LEAND. Por qué los llamas, lebrel?

CAYET. A ver cómo sale usté ahora
del laberinto.

ESCENA III.

Dichos. DON FACUNDO. DOÑA MARGARITA.

FACUND. ¿Qué es?

CAYET. Aquí el señor don Leandro...

LEAND. (Aplomo y desfachatez.)
Nada, señores, que este hombre...
hombre digo? Lucifer,
que me tiene un ódio á muerte,
me hace una guerra cruel.

CAYET. Pero...

LEAND. Déjeme usté hablar!
Sobre insolente, es soez!

CAYET. Cómo!...

LEAND. (*A doña Margarita.*)
Diga usted que calle.

MARG. Calla!

FACUND. Chito!

CARLOS. Cállate.

LEAND. Pues, señor, vengo con estos,
porque quisimos comer
unas ostras; yo llevaba
todo el dinero en papel;
voy á cambiar un billete
y me dice Cárlos, ven
que lo cambiarán en casa,
para qué dar interes?...

CAYET. Pero...

LEAND. Le han dicho que sonsi,
no sea usted descortés.
CAYET. Pero...
LEAND. (*A don Facundo*)
Diga usted que calle.
FACUND. Calla!
MARG. Chito!
CARLOS. Cállate.
LEAND. Pues, sí señores, subimos,
y al señor dice este, vé
y al punto saca mil reales...
para el cambio, claro es.
Y sin oir mas razones,
se acalora este Noé
y me pone como un trapo...
CAYET. Pero si eso no fué...
LEAND. (*A Cárlos.*)
No he concluido; que calle.
CARLOS. Calla.
MARG. Chito.
FACUND. Cállate.
CAYET. Pero si hablar no me dejan,
de qué modo esplicaré?...
En fin, que me dé el billete.
LEAND. No quiero nada de usted.
(Me pilló!) Se me ha quitado
ya la gana de comer.
(Voy á meterlo á barato...
en mi cartera hay papel.)
Señor... si esto clama al cielo!
Vaya, estoy por no volver
á esta casa, pero no,
que si ese matusalén
me juzga mal, los señores
conocen bien mi honradez.
Reparo que ustedes todos
se han indignado con él;
el caso no es para menos:
pero todo eso es chochez.
No le despidan por mí,
una reprension buena es...
Voy á cambiar un billete...
De cuánto serán?... A ver...
(*Saca la cartera, volviéndose de espaldas á los interlocutores.*)

De dos mil, de cuatro mil...
de cinco mil y de seis...
En correos me los cambian
y os espero en el café;
pero no, será mejor
que en un decir *santi-amen*,
me llegue á los andaluces
á encargar para los tres...
y si no para los cinco...
Vendrán los señores, eh?
Y... qué demonio!... Convido
al mayordomo tambien.
Yo siempre soy generoso.
(Por esta ya me escapé.)
Alegria y fuera penas,
(*A Cayetano.*)
reconciliémonos, eh?
riase: ya hace pucheros.
Ya se va á reir ¡Olé!!
Viva la gracia. (Me largo.)
Ea, hasta luego. (Triunfé.)
(*Vase.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos DON LEANDRO.

FACUND. (*A Cayetano.*) Lo has visto?
MARG. No te convences?
CARLOS. Ves cómo le has calumniado?
FEDER. Si tú recelas de todo!
FACUND. Y nos compromete...
CARLOS. Es claro.
CAYET. Como ustedes mutuamente
siempre se encubren, no estraño
tal conducta; mas sostengo
que cuanto aqui dijo es falso,
y repito que por él
y por el lujo y boato
de las niñas, por los bailes,
espedicienes al campo,

y el saqueo de los niños,
ya ustedes se han arruinado.
Aquí todo es diversiones,
nadie conoce el trabajo;
los chicos, á lo mejor
de los estudios quitaron,
ninguno tiene carrera,
de modo que estos muchachos
para diversiones sirven;
y Pepito, ese vigardo,
para tragarse aunque sea
del Oriente el gran teatro:
pero no, que allí hay de sobra
gran número de eleogábalos.

FACUND. Pero es cierto? nuestra renta?...

CAYET. Se la llevaron los diablos.

CARLOS. No se apure usted: nosotros
sabremos muy bien ganarlo.
No creo se haya perdido
todo el caudal; es engaño.—
Vaya un plan bueno! Oiga usted:
dénme lo que haya quedado:
á usted le consta que yo
perfectamente declamo;
bien, formo una compañía...
qué tal? me meto á empresario,
pido el teatro de la Cruz
que está muy acreditado...
y al mes...

CAYET. Usté y los actores
ya estarán crucificados.

FEDER. Es mi plan mucho mejor.
Yo en bélico fuego ardo.
Bien sabe usted que en España
hay muchos desesperados.
En fin, cuando el Ecuador...
ya usted se acuerda de cuantos...
pues en menos de once dias
una partida levanto
llamada la de Jesus.
Voy al campo mahometano;
adquiero con mis proezas
el nombre de Temerario;
soy otro Cid Campeador
ú otro Bernardo del Carpio.

Deme usted lo que le quede
y juro que antes de un año...

CAYET. Está usted y sus guerreros
cuando menos empalados.

FEDER. Me quita las ilusiones.

CARLOS. La ilusion me está matando.

FEDER. No vales tú para actor.

CARLOS. No sirves para soldado.
(*Leonor y Serafina se asoman por la izquierda.*)

FEDER. Pues si se acabó el dinero,
yo de esta casa me marcho
y me la sabré buscar.

CARLOS. Yo ya estoy mal enseñado,
y si me faltan jaranas
contra mamá me declaro.

MARG. Cómo?

CARLOS. Usted tiene la culpa
porque nos ha tolerado...

CAYET. Lo está usted viendo ?

FACUND. Lo ves?

MARG. Eh! tú no hables, porque al cabo...
(*Salen Leonor y Serafina.*)

LEONOR. Tambien nos mimó á nosotras,
(*A su padre.*)
dice bien mamá!

SERAF. Y es claro,
nosotras somos humildes,
pero usted nos ha enseñado...

MARG. Lo ves?

FACUND. Vete á los demonios!

LEONOR. Con que es decir que no bailo?

SERAF. Pues, hermana! ni podremos
gastar vestidos de raso!...

CARLOS. Yo quiero bromas!

FEDER. Y yo!

SERAFIN. Qué tiranía!

LEONOR. Qué escándalo!
Pero en fin, nos casaremos.

SERAFIN. Si los hombres me dan asco!

LEONOR. Nos has perdido papá.

CARLOS. Tú nos haces desgraciados,
mamá.

FACUND. ¿Qué es esto, señores?...
Dejadme que busque un palo.
Porque yo me hice de miel...

Aqui está el baston, gaznápiros.
(*Coge el baston que estará sobre la mesa y emprende con ellos; todos huyen por distintos lados, á este tiempo sale Pepito.*)

ESCENA V.

Dichos. PEPITO.

PEPITO. Vamos á ver si me dan...
FACUND. Que si te dan? Toma, gamso.
PEPITO. (*Corriendo á su cuarto.*)
Papá!!
CAYET. Coma usted esa trucha
mientras le traen el asado.

ESCENA VI.

DON FACUNDO. MARGARITA. CAYETANO.

CAYET. Ve usted si razon tenia?
FACUND. No quiero oir indirectas:
desde hoy mas, quiero mi casa
gobernar cual me parezca;
pues por hacerme de miel
tanta mosca me atormenta,
desde hoy me haré de veneno
para que todas se mueran.
Ahora en cuanto á los chicos,
tú tienes razon de veras;
pero en cuanto al sevillano,
que es una persona recta,
te has equivocado mucho
como en otras mil materias;
y pues me has comprometido
faltándole en mi presencia,
te digo que le respetes;
pues como á acontecer vuelva
tal desacato, al momento
haré que tomes la puerta.

CAYET. Cómo!... A mí echarme á la calle!...
A mí, fiel á toda prueba!...
á mí, que serví á su padre
quince años con nobleza
como mayordomo fiel!...
A mí, que en la casa esta
igual empleo veinte años
desempeñé y hoy... ¡qué afrenta!...
echarme á la calle!... Oh!...
Pues bien, les daré mis cuentas.
Hoy se cumple un pagaré
de dos mil duros: la renta
de usted, ya hace cuatro dias
que se ha disipado entera.
FACUND. Nos quieres hacer la ley
con esa desgracia? piensa
que aun cuento con don Leandro
que es hombre de buenas prendas,
y como es rico hacendado,
yo le hablaré con franqueza
y me sacará de apuros.
Ya sabes donde se encuentra,
ó en el café de Correos
ó en la calle de Carretas
en la tienda de andaluces:
haz que le avisen; que venga.
CAYET. Muy bien! y luego pondré
las cuentas.
FACUND. Como tú quieras.
Ven conmigo, Margarita.
Que mandes recado apriesa.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

CAYETANO.

Y estas insolencias sufre
un hijo de Zaragoza?
pero llegará la mia...
(*Sale un criado.*)
Agustin... Agustin... ¡Hola!

Vete al café de Correos ;
recorre las mesas todas ,
y si ves á don Leandro
dí que venga sin demora.
Está muy cerca ; vé pronto. .
(*Vase el criado.*)
Hoy se aclara la tramoya.

ESCENA VIII.

CAYETANO. LEONOR.

LEONOR. Ya se marcharon papás?
CAYET. Señorita, están allí.
LEONOR. Bueno ; vengo á hablarte á tí,
y la verdad me dirás.
CAYET. Escucho.
LEONOR. Nuestro caudal
es cierto que se ha menguado?
CAYET. Mucho mas ; se ha disipado ,
y ya de él no queda un real.
LEONOR. Con que es cierto nuestro apuro?
CAYET. Cierto , el papá se ha perdido.
LEONOR. No has mentido ?
CAYET. No he mentido.
LEONOR. Me lo juras?
CAYET. Sí , lo juro.
LEONOR. La miseria nos espera.
CAYET. Cierto : y qué le hemos de hacer?
se tendrá usted que poner
al instante á costurera.
LEONOR. Profanacion !! Suerte arisca !!
Yo costurera !... Qué horror !!!
Coser una Leonor
como cualquiera Francisca !!
CAYET. Pues con humos tan soberbios ,
usted en el caso se halla
de coser ó guisar...
LEONOR. Calla !...
que me destrozas los nervios !
CAYET. No queria usted bailar

sin dejar ninguna noche?
Ir al teatro, y en coche,
y ricos trajes gastar?...
Pues bueno, la suerte fiera
de mimarla se ha cansado
y á la señorita ha dado
destino de costurera.

LEONOR. Será vana tu ilusion,
pues aunque mucho te asombre,
me casaré con el hombre
mas rico de la nacion.

CAYET. Con el andaluz?... Divino!!
Si hoy se enlazan ante Dios,
mañana estarán los dos
comiendo en San Bernardino.

ESCENA IX.

Dichos. DON LEANDRO.

LEONOR. Ay! qué incongruencia!...
LEAND. Cómo...
LEONOR. Leandro!!
LEAND. Mi dulce amor.
LEONOR. Hágame usted el favor
de matar al mayordomo.
LEAND. Pero qué ha hecho?
LEONOR. Oigame.
Papá se encuentra atrasado,
y yo al momento he contado
con el tesoro de usted.
LEAND. (¡Demonio!) No fué ilusion,
prenda que entusiasta adoro.
Sabe usted que mi tesoro
está á su disposicion.
LEONOR. Lo ves cómo te engañabas?
LEAND. Podré á papá socorrer
muy pronto: voy á vender
trescientos quintales de habas.
LEONOR. Castigue al calumniador.
LEAND. Si aun voy á ser muy su amigo.
LEONOR. Él de usted?

LEAND. Sí, lo consigo:
se lo juro por mi honor.
LEONOR. Voy á avisar á papá:
á decirle que no hay miedo;
que con usted contar puedo,
y en salir no tardará,
Con que muéstrese usté ufano
sabiendo que su Leonor
si antes le otorgó su amor,
pronto le dará la mano.
En breve á esta habitacion
con mis papás volveré:
entretanto con usté,
se queda mi corazon.
LEAND. Oh prenda que el alma adora!...
Tanto me hace usted sentir
que ahora la quiero decir...
Vaya usted con Dios, señora.

ESCENA X.

DON LEANDRO. CAYETANO.

(*Los dos se contemplan.*)
LEAND. Quedamos el juez y el reo:
suplico á usted no se vaya;
quiero en amistad hablarle.
CAYET. Váyase usted noramala.
LEAND. Pero no haremos las paces?
Si no le he ofendido en nada.
CAYET. Pero culpa tambien tiene
en la ruina de esta casa.
LEAND. Pues bien, si la casa se hunde!...
Voy á hablarle á usted en plata.
Si al fin seremos amigos!...
CAYET. Soy aragonés, y basta:
no transijo con...
LEAND. Bribones!...
No es esto? Las cosas claras.
Se apuesta usted medio duro
á que amoroso me abraza

dentro de cinco minutos?
CAYET. Media onza queda apostada.
LEAND. Corriente.
CAYET. Yo transigir
con hombre que por su causa
estoy sufriendo desprecios...
pues como tiene tal labia
á mis señores embrolla
con su gramática parda?
LEAND. Si señor.
CAYET. Con un tronera
que á mis señoritos saca
de quicio con sus ardides...
Y hasta comete la infamia
de hacerles sumas inmensas
jugar sobre su palabra,
para que luego se vean
en situaciones amargas?
LEAND. Sí, señor; usted transije.
CAYET. Transijir?... Con una bala.
LEAND. Y si le pido perdon
por esas barrabasadas,
y me arrodillo á sus piés
y hasta le beso las plantas?
CAYET. Le aplasto á usted la cabeza,
dandole treinta patadas.
LEAND. Y si intereso á sus amos?
CAYET. Mi resolucion no cambian.
LEAND. Si los señoritos ruegan?
CAYET. Los envio á escardar lana.
LEAND. Si á su confesor acudo?
CAYET. Mucho peligra mi alma.
LEAND. Y si á mi casa lo llevo?
CAYET. Le pego fuego á la casa.
LEAND. Y si me voy, y aqui nunca
vuelven á verme la cara?
CAYET. Me lo jura usted?
LEAND. Lo juro.
CAYET. Ay amigo de mi alma!
(*Abrazándole.*)
LEAND. Han pasado dos minutos,
déme usted la media jara.

ESCENA XI.

Dichos. SERAFINA. FEDERICO. CARLOS. LEONOR. DOÑA MARGARITA. DON FACUNDO.

TODOS. (*Al verlos abrazados.*)
Cielos!!!
LEAND. Me abrazó, señores.
La inocencia siempre campa.
FACUND. Con que al fin, te has convencido?
MARG. Lo ves? Tú le calumniabas.
CARLOS. Ese gruñon sempiterno...
FACUND. Merecias...
LEAND. Me dá lástima!...
Yo le defiendo, señores.
(Cúmplame usted la palabra.)
Todos nos equivocamos...
(Me marcharé sin tardanza.)
Somos... (De Aragon un hijo...)
amigos... (por nada falta:
lo espero pora el billete
de la diligencia...)
CAYET. (Basta.)
(*Vase.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos CAYETANO.

LEAND. Se ha marchado conmovido...
Pero á qué fue la llamada ?...
FACUND. La familia está enterada
de lo que me ha sucedido;
inútil fuera ocultar
el lance que á usted confieso
ya claramente; por eso
no los mando retirar.

Aun cuando mi renta fue
regular, se ha disipado;
y como estoy apurado...

LEAND. Basta ya; no siga usted.
Esa confesion sencilla
me ha llegado á interesar:
le doy á usté el olivar
que tengo junto á Sevilla
y la viña de Jerez,
y el majuelo de Chinchon,
y una venta en Alcorcon,
y una casa en Aranjuez.
Y tanto mi afecto escita
esta amistad verdadera,
que por ustedes vendiera
reló, chaleco y levita.

LEONOR. Cuánto amor!...
SERAF. Qué caballero!
FACUND. Yo no anhelo tanta hacienda
ni que la levita venda;
lo que quiero hoy es dinero.
LEAND. (Dinero, voto á Luzbél!)
Y hace falta...
FACUND. Dos mil duros.
LEAND. (Ay! ahora son los apuros!)
Mil solo tengo en papel.
Y urge mucho?... Yo lo creo...
FACUND. Un pagaré... no hay espera:
y hoy se cumple, suerte fiera!
LEAND. Un medio grande entreveo.
FACUND. } A ver?
MARG. }
FEDER. } Dí.
CARLOS. }
LEAND. Ó ha de pagar
hoy dinero que no aguarda,
y si un poco lo retarda,
le pueden á usté embargar:
un medio de salvacion:
todos unidos huyamos,
y en coche veloz vayamos
á mi mejor posesion.
Allá al punto haré vender
lo que preciso nos sea.
Todo aquello que usted crea

para el pago menester.
Del apuro allí saldremos;
con que nada, á viajar.
Cuánto vamos á gozar!
Ah!! Y allí nos casaremos.

FACUND. Pero, hombre, sin pasaporte...

MARG. Y sin equipaje, que...

LEAND. Que lo arreglen haga usté.
Luego dejamos la corte:
chicos, llegó la ocasion,
sabeis que de oro contante,
no he estado muy abundante
por no tener precision.
Por mis cartas visto habeis
las posesiones que tengo;
vuestro es todo: á ello me avengo,
pronto los disfrutareis.
Pasaporte no hace falta;
vamos adonde es alcalde
mi tio Diego Iturralde,
baron de la cruz de Malta.

MARG. Ah! Pues entonces...

FACUND. Es claro.

LEAND. No hay riesgo, mande arreglar...

MARG. Voy á hacer empaquetar.
(*Sale Cayetano.*)

CAYET. Santo Cristo del Amparo!
Con que ustedes se van?

FACUND. Sí.

CAYET. (*Aparte á don Leandro.*)
Qué es aquesto?

LEAND. (*Idem á Cayetano.*)
Faramalla!

CAYET. (*Aparte dándole media onza.*)
Tome.

LEAND. (*Tomándola.*) En paz.

CAYET. Y yo no?

TODOS. Calla.

LEONOR. No te llevamos á tí.

FEDER. Te creimos con honor,
pero aunque no eres malvado,
de todo mal has pensado.

CARLOS. Ha sido un calumniador.

LEAND. Señores, no me hace gracia
que se insulte á un pobre anciano.

Estreche usted esa mano;
(*Se dan la mano.*)
yo respeto la desgracia.
Ea, mamita, á arreglar...
Vístanse ustedes de viaje:
(*A las niñas.*)
mozos por el equipaje
voy al momento á mandar.
Mis posesiones preciosas
pronto verán; son verjeles
alfombrados de claveles
y circundados de rosas.
Hay en ellos tulipán,
y se aspira en sus confines
el olor de los jardines
de alelís y de arrayán:
qué flores hay tan bonitas!
pues y las enredaderas?...
Y luego las pajareras,
y despues las palomitas?
Hay estanques cristalinos
con mil peces de colores
que avergüenzan á las flores
con sus matices divinos!
Y no crean que es poesía
lo que digo, ni patraña,
porque es la perla de España
la feraz Andalucía.
A un lado las penas fieras;
á divertirse, á gozar;
voy ahora mismo á buscar
un buen coche de colleras.
Pronto la voz poderosa
del buen mayoral oiremos,
y al par con él gritaremos:
Polinaria!... Valerosa!
¡huy! Cómo corren! Olé!
Eso es volar! Qué carrera!
Só, Leona! Carbonera,
pára Niña, pára; jéee!!!
Lo ven? me entusiasmo ya!...
(*A las niñas.*)
pronto; á vestirse las dos:
los cofres: ya vuelvo: adios!
(Hasta el valle de Josefá!

ESCENA XIII.

Dichos, menos LEANDRO.

FACUND. Qué alegre es!
MARG. Qué rumboso!
LEONOR. (*A Cayetano.*)
Lo ves cómo es el mas rico
de la nacion?
CAYET. Sí señora.
Ya he quedado convencido.
FACUND. Qué yerno!! Soy venturoso.
CARLOS. Qué buen hermano político!
LEONOR. Cuánto tono voy á darme!
Siempre en coche...
SERAFIN. Y yo contigo.
LEONOR. A no haber sido por mí,
ya estaban papás perdidos.
Lo que vale la hermosura!
Porque yo soy guapa.
FACUND. Un pino
de oro; pero á qué aguardas?
no aparezca ese judío
de la letra; despachaos,
haced aprisa los lios,
y tirad lo que no sirva.
MARG. Ah! pues entonces los libros...
FACUND. Dálos al memorialista
de este portal. Pobrecillo!
MARG. Chicas, venid á ayudarme;
id á prepararos, chicos:
(me pondré la papalina
de encajes para el camino.)
LEONOR. Voy á buscar mi camay.
SERAFIN. Yo voy á buscar el mio.

ESCENA XIV.

Dichos. PEPA *con una carta.*

PEPA. Señor, señor!...
MARG. (*A las niñas.*)
Esperaos.
FACUND. Habla pronto: qué ha ocurrido?
PEPA. El memorialista Alfonso
me dió esta carta y me ha dicho
que un caballero elegante
abajo la habia escrito
encargando la subiera
á usted.
FACUND. A ver...
(*Lee para si.*)
LEONOR. Ya adivino:
(*Vase Pepa por el foro.*)
alguna letra que manda
para los gastos precisos.
MARG. Sin duda le dió rubor
darnos el dinero él mismo.
FACUND. Jesus! Jesus!.. una silla...
MARG. Qué es esto? Qué ha sucedido?
FACUND. ¿Qué ha sido?.. oid esta carta
que me dejó paralítico....
«Señor don Facundo Robles,
»una carta abora me traen
»diciendo quebró el comercio
»dó estaban mis capitales...
»pero no se apure usted,
»haga el favor de aguardarme
»que en volver no tardo mucho.
»Voy á Pequin al instante,
»y volveré con seis barcos
»cargados de chocolate.
»En tanto mande á su amigo
»Leandro de Trampa-alante.»
MARG. Con que era farsa!!
LEONOR. Traicion!!
CAYET. Ya no puede, y no se asombre,

casarse usted con el hombre
mas rico de la nacion!

CARLOS. Voy á matarle!

ESCENA XV.

Dichos. PEPA *corriendo.*

PEPA. Dios mio!
MARG. Qué es eso?
FACUND. Di, qué ha pasado?
PEPA. Ay! que á la puerta ha llegado
el usurero, el judío!
FACUND. Aquí es el apuro, ¡oh!
y va á embargarme, yo muero!
no puedo darle el dinero.
Y ahora quién nos salva?
CAYET. Yo!....
(*Todos quedan asombrados con los ojos bajos de rubor.*)
Por mis años de servicio,
y mi mucha economía
puedo á usted en este dia
hacer un gran beneficio.
FACUND. (¡Vergüenza!)
MARG. (¡Qué humillacion!)
CARLOS. Y le injuriamos!
LEONOR. Y llora!
(*A Pepa que se va,*)
CAYET. Que vuelva dentro de una hora
y pagaré.
FACUND. (Qué leccion!)
MARG. (*A Cayetano.*)
Perdona...
FACUND. Sí que atrevidos...
CAYET. Basta, que no lloro leal!
porque me trataban mal,
sí por verlos abatidos:
mas que sirva de leccion
esto, á todos, bástame;
mis injurias olvidé:
ahora vamos á Aragon:
y si se dejan llevar
de razones de este viejo,

si se atiende mi consejo,
yo les haré prosperar.

FACUND. Sí, iremos.

CAYET. Ya mi alma goza.
Pero, hijos, basta de maulas,
porque os advierto que hay jaulas
de locos en Zaragoza;
y á juzgar por los no pocos
desaciertos que ya hicísteis,
que os lleváran merecisteis
á Zaragoza por locos.

FACUND. (*A sus hijos.*)
Sufrid ese varapalo.
(*Llamando.*)
Pepe, Pepe.

CAYET. Llamaré.
Pepito...

ESCENA ULTIMA.

Dichos y PEPITO, *asomando la cabeza, por la puerta.*

PEPITO. (*Dentro.*)
Qué?

CAYET. Salga usté.

PEPITO. Es para darme otro palo?

FACUND. No tal, es para que entiendas
que me perdí, y que nos vamos,
y á tu estómago tratamos
de ponerle unas enmiendas.

PEPITO. Con que me darán mal trato?
Qué ingratitud! Qué injusticia!
En fin vamos á Galicia
que allí está el jamon barato.

CAYET. No, que vamos á Aragon,
país virgen de traiciones;
procurando estas lecciones
grabar en el corazon.
País rico y soberano,
sin bajezas y sin dolo,
donde al amigo tan solo

se le presenta la mano.
Hijos, esa obcecacion
que desterreis es forzoso,
y estudieis lo peligroso
de la mala educacion.
Ah! si consigo cortar
ese error tan temerario,
juro hacer un novenario
á la Virgen del Pilar.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 22 de Marzo de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Francisco de Hormaeche.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

...TORES

EL BAILE DE MÁSCARAS

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

EL BAILE

DE

MÁSCARAS

SAINETE

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representado por primera vez
en el teatro LARA el día 24 de febrero de 1886

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.ª Lorenza	*Sras. Valverde.*
Inocencia	» *Romero.*
Cándida	*Srta. Romea D'Elpás.*
Soledad	*Sra. Fernández Lozano.*
La Lola	*Srtas. Ceballos.*
La Paca	» *Pardo.*
D. Ignacio	*Sres. Balada.*
Antoñito	» *Romea D'Elpás.*
Miranda	» *Romea.*
Ricardo	» *Galván.*
Jesús	» *Ruiz de Arana.*
Pedro	» *Tamayo.*
Un recibidor de billetes	» *Serna.*
El encargado del guardarropa	

La acción en Madrid, 1885

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

MADRID, 1886.—Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

ACTO ÚNICO

Fachada de un teatro. Puerta grande y portal practicable. En él se ve la taquilla del despacho de billetes y el biombo de entrada, á cuya puerta está el recibidor de billetes.

ESCENA PRIMERA

PEDRO *que llega.* LA LOLA *y la* PACA *á una esquina con trajes elegantes de capricho y con antifaz.* EL RECIBIDOR

PED. ¡Hola! Llego un poco tarde.
Pero no importa; me meto
y, ó me divierto esta noche
como es debido, ó reniego
de mi casta. Todo el mundo
me vuelve loco diciendo:
—«¿No vas al baile, Perico?»
—«Anda, vete al baile, Pedro.»
—«¡Si vieras qué bien se pasa!...»
—«¡Si vieras cómo está aquello!»
—«¡Qué mujeres! ¡Qué habaneras!»
—«¡Tú no sabes lo que es bueno!»
Y aquí estoy á divertirme
como los demás, dispuesto
á bailar apretadito,
y á beber, y... Conque adentro.
(*Entra en el portal, y presenta su billete.*)
Buenas noches.

REC. No se puede
entrar así.

PED. ¿Cómo es eso?

REC. Necesita usted billete
de guardarropa.
PED. ¡Está bueno!
Pues si yo no traigo abrigo.
REC. Pues tráigalo usted.
PED. No quiero.
¿Aquí no dice convite?
Véalo usted.
REC. Ya lo veo.
Pero este *vale* no *vale*
sin capa ó gabán.
PED. Le tengo;
pero le he dejado en casa
precisamente por eso,
por no pagar guardarropa.
REC. Pues, entonces, yo no puedo...
PED. Así yo también convido.
(*Acercándose al despacho.*)
Billete de caballero.
(*Le toma y entra majestuosamente.* EL RECIBIDOR *se inclina.*)

ESCENA II

LOLA, PACA, RICARDO *y* JESÚS, RECIBIDOR

RIC. Vamos, hombre, no seas tonto.
¿Qué tiene que ver Oviedo?
JESÚS. Pues también allí dan bailes.
RIC. Pero no serán como estos,
de *chipén*. Ya verás tú
cómo pasamos al pelo
la nochecita.
JESÚS. Tú sí,
porque tú eres muy flamenco
y sabes hablar con todas.
¡Pero si yo no me atrevo!
RIC. ¿Que no? Con un pastelillo
y cuatro cañitas luego,

ya estás en disposición
de conquistar al lucero
del alba. Ya verás tú.

LOLA. (*A* PACA.) Hija, no vienen aquéllos
y no vamos á hacer nada.

PACA. Pues yo no gasto el dinero
en el guardarropa.

LOLA. Vamos
á ver si lo pagan estos. (*Atraviesan la calle.*)

RIC. (*A* JESÚS.) Aprende á buscar pareja.
(*A* PACA.) ¡Olé ya! ¡Viva el salero!
¿Tenéis billetes?

PACA. De sobra.

RIC. ¿Y compañía?

PACA. Veremos.

RIC. Pues agárrate á ese brazo.
Anda tú con esa. (A JESÚS.)

JESÚS. Bueno.
Señora... (*A* LOLA.)

RIC. Oye, tú, no digas
sandeces ni cumplimientos.
Vamos allá, retrechera. (*A* PACA.)

JESÚS. Pues vamos, retre... (*A* LOLA.)

LOLA. (*Interrumpiéndole y mirándole con sorna.*)
¡Zopencol (*Entran.*)

ESCENA III

SOLEDAD *con antifaz, del brazo de* MIRANDA, *y* ANTOÑITO

SOL. Que aquí viene la grandeza,
no seas lila.

ANT. No lo creo.

SOL. ¡Vaya! Si somos marquesas
la que más y la que menos.
¡Me hacen gracia los *panolis!*
¡Estarse tomando el fresco
en la esquina y no atreverse
á entrar!

MIR. Chica, si no es eso.

SOL. Vamos, tenéis compromiso
con las novias: lo estoy viendo.
Me oléis á tertulia cursi
á cien leguas.
ANT. El consuelo
que nos queda es que no sabes
soltarnos.
SOL. Porque no quiero
entrar en el baile sola
y que digan que no tengo
quien me acompañe; ¿te enteras?
ANT. Gracias. ¡Vaya si me entero! (*Entran en el portal.*)
REC. Los billetes. (*A* SOLEDAD, *que entra.*)
Pase usted.
Ustedes no, caballeros.
ANT. Pero si tenemos vales.
REC. Sí; pero se exige en ellos
el traje de sociedad.
MIR. Y ¿qué? ¿Son malos los nuestros?
Toque usted. Catorce duros.
ANT. Lanilla dulce; está nuevo,
vea usted.
REC. Pero, señores,
lo digo por los sombreros.
No se puede entrar con hongo
en el salón.
MIR. ¡Por supuesto!
¡Como es de etiqueta el baile!...
ANT. ¡Pues, hombre, me gusta el fuero!
¡Pues si eso es una perrera!
REC. Vamos, señores, silencio.
MIR. Déjalo; no te sofoques.
Verás qué pronto volvemos. (*Salen á la calle.*)
ANT. Oye: ¿mandaste billetes
á tu novia?
MIR. ¡Ya lo creo!
¡Como que tengo unas ganas
de bailar por lo flamenco,
y de no pasar apuros
y hablar bajito y sin miedos!...
Dios quiera que haya venido.

ANT. Pero la traerá tu suegro,
si lo ha de ser, ó tu suegra.
MIR. No importa; aquí no los temo.
No me conocen.
ANT. Pues, mira,
que si nos encuentra dentro
con esa que nos traía...
MIR. Inventaría algún cuento.
Si ella es muy crédula.
ANT. ¿Vamos
á ver si arreglamos eso
de las chisteras?
MIR. A escape,
que estamos perdiendo el tiempo. (*Vanse.*)

ESCENA IV

D. IGNACIO, DOÑA LORENZA, INOCENCIA *y* CÁNDIDA *descubiertas*

IGN. Nada, no; vamos despacio.
O salimos á las tres
ó no entramos.
LOR. Eso es.
INOC. Pero, por Dios don Ignacio;
doña Lorenza, por Dios...
eso es una atrocidad,
porque el baile de verdad,
empieza casi á las dos.
IGN. Pues hija, usted lo verá.
Lo que es yo no la tolero
más que hasta las tres; no quiero
que me riña su mamá.
Yo sé muy bien que pasada
esa hora, solamente
queda en el salón la gente
sospechosa y deslenguada,
y siempre hay algún exceso,
y se pierde la vergüenza,
y... en fin... ¿no es verdad, Lorenza?

LOR. Y tú, ¿de qué sabes eso?
IGN. Por lo que dicen.
LOR. ¡Ah! ¡Ya!
IGN. Pues ¿de qué lo he de saber?
LOR. ¡Demonio! Podía ser
de haberlo visto.
IGN. (¡Ojalá!)
INOC. Anímale. (*A* CÁNDIDA.)
CÁND. Papá, ¿entramos,
ó nos vamos, ó qué hacemos?
IGN. ¡Que es preciso que salgamos
á las tres!
INOC. Bueno; saldremos.
(Habrá que verlo.)
CÁND. (*A* D.ª LORENZA.) Mamá:
ha venido Manolito
para hablarte, y estará
impaciente el pobrecito.
LOR. Niñas, taparse la cara
y adentro. (*Las tres se ponen los antifaces.*)
IGN. Y formalidad.
(Yo sabré escurrirme para
divertirme de verdad.) (*Entran.*)

CUADRO II

Mutación. Salón de entrada y espera en un teatro, decorado con lujo. A la derecha, en primer término, el biombo donde está el recibidor durante todo el cuadro; en segundo término una gran puerta donde se lee RESTAURANT. A la izquierda, en primer término, el guardarropa, donde está siempre el encargado que á su tiempo recoge y devuelve los abrigos. En segundo término, rompimiento con principio de escalera, y este letrero: SUBIDA Á LOS PALCOS. En el fondo, la puerta que comunica con el salón principal, cerrada con portiers. Encima este otro letrero: BUTACAS. Divanes en el centro, al foro y á los costados. Estatuas sosteniendo candelabros. Mucha luz.

ESCENA V

DON IGNACIO, DOÑA LORENZA, INOCENCIA, *dejando los abrigos en el guardarropa.* CÁNDIDA, *asomándose hacia adentro por la puerta del foro hasta que la llaman, y se acerca también á dejar su abrigo. Los cuatro entran por el foro cuando reciben las medallas del número. Al mismo tiempo,* SOLEDAD *baja por la escalera de la izquierda, y* PEDRO *que sale del foro, se encuentra con ella.* EL RECIBIDOR *de billetes*

IGN. A ver, niñas, los abrigos.
LOR. ¡Cándida!...
CÁND. Voy al momento.
(*A* INOCENCIA.)
Están bailando habanera.
INOC. ¡Si vieras qué rico es eso!
CÁND. Y no ha venido aquel tonto.
INOC. Andará por allá dentro. (*Entran.*)
PED. Oye, máscara.
SOL. ¿Qué quieres?
PED. ¿A dónde vas?
SOL. Donde quiero.

PED. ¿Tienes pareja?
SOL. La busco.
PED. Aquí estoy yo.
SOL. Ya lo veo.
Pero tú no me convienes.
PED. No me hagas ese desprecio.
SOL. Es justicia.
PED. Pero tú
¿qué sabes si te convengo?
SOL. Me lo figuro.
PED. ¿Por qué?
SOL. Por la cara y por el pelo.
PED. ¿Quieres tomármele?
SOL. Acaso.
PED. Eso será si yo quiero.
¡Bonito soy yo!
SOL. ¡Quisieras!
Anda á mirarte al espejo.
PED. Tú debes ser deliciosa.
SOL. Eso dicen.
PED. Y lo creo.
¿Quieres bailar?
SOL. Muchas gracias.
PED. ¿Chocolate?
SOL. Sale espeso.
PED. ¿Unos pasteles?
SOL. Me empacho.
PED. ¿Manzanilla?
SOL. Me mareo.
PED. ¿Salchicón?
SOL. No me conviene.
PED. ¿Vino?
SOL. Me ataca los nervios.
PED. Pues, ¿qué quieres?
SOL. Una cena
de cinco duros cubierto.
PED. Esas son palabras gordas.
SOL. A mí me gusta hablar recio.
PED. Pues yo soy sordo.
SOL. Aliviarse.
PED. Eres cortita de genio.

SOL. Y tú no tienes dos reales,
y eres muy largo en obsequios.
PED. No hago el primo.
SOL. No me falta
con quien cenar.
PED. Buen provecho,
marquesa de la gazuza.
SOL. Gracias, señor Manzanedo. (*Vase foro.*)
PED. ¡Otra que se va! Me marcho
allá arriba á ver si encuentro
algo. ¡Qué barbaridad!
¡Cómo me estoy aburriendo!
(*Sube escalera izquierda.*)

ESCENA VI

JESÚS *y la* LOLA, *sin antifaz, por el foro*

LOLA. ¿Lo ves? Soy fea.
JESÚS. (¡Demonio!
¡Qué amable es! ¡Ya me tutea!)
¡Qué ha de ser usté... tú, fea!
¡Tentación de San Antonio!
LOLA. ¿Te gusto?
JESÚS. ¡Vaya! ¿Y á quién
no le enamoras? Si vieras
cuánto te quiero...
LOLA. ¿De veras?
Pues tú me gustas también.
Porque como eres así,
tan alegre, tan bromista,
y... en fin, que á primera vista
se nota que eres de aquí.
(*Se sientan á la izquierda.*)
JESÚS. Pues acabo de llegar
de Oviedo.
LOLA. Precisamente,
los asturianos son gente
simpática.
JESÚS. Regular.

LOLA. Y hay algunos, sobre todo...
JESÚS. (Es por mí. Si yo pudiera
echarlas de calavera...)
No me mires de ese modo
porque me sofoco.
LOLA. ¿Ya?
¿A ver el pulso?
JESÚS. (*Besándola*). ¡Ay qué manol
LOLA. (Pues, señor, el asturiano
ya sabe por dónde va.)
JESÚS. Permíteme una expansión. (*Pretende abrazarla.*)
LOLA. ¡Chiquillo! La mano quieta,
ó me pongo la careta
y me meto en el salón.
JESÚS. ¡Ay! No. (¡A que resulta ahora
que es una chica decente!)
Bueno; hablemos formalmente.
Tú, ¿qué eres?
LOLA. Ribeteadora.
JESÚS. Digo de estado.
LOLA. Soltera.
JESÚS. Pues, me alegro mucho.
LOLA. Y yo.
JESÚS. ¿Y vives tú sola?
LOLA. No;
vivo con mi compañera.
JESÚS. ¿Tienes novio?
LOLA. No lo sé.
¿Qué te importa?
JESÚS. Lo decía,
porque te visitaría.
LOLA. Y aunque le tuviera, ¿qué?
(*Siguen hablando bajo.*)

ESCENA VII

Dichos, MIRANDA *y* ANTOÑITO, *primera derecha*

MIR. A ver si hay dificultad
para que entremos así.
(*Entrega los billetes y entran.*)

Pasa. Ya estamos aquí
en traje de sociedad.
(*Entregan los abrigos en el guardarropa.*)

ANT. Y te está bien la chistera.

MIR. ¡Toma! Que no habrá quien note
que es de otro.

ANT. Y así, al cogote,
te da aire de calavera.

MIR. No; si es porque me conviene.
Es más pequeña que el hongo,
y ¿lo ves? si me la pongo
derecha no se sostiene.
De modo que estoy vendido.
En cambo tú, si la dejas,
se mete hasta las orejas.

ANT. No; si ya se me ha metido.
Y eso que, donde la ves,
tiene dentro *El Imparcial*,
un trozo de *El Liberal*
y dos prospectos ó tres.

ESCENA VIII

Dichos, RCARDO *é* INOCENCIA, *con antifaz, por el foro*

INOC. ¿De veras?

RIC. Lo que te digo.
No me vengas con apuros,
porque tengo veinte duros
para tirarlos contigo.
(INOCENCIA *ve á* MIRANDA, *se separa de* RICARDO *y se dirige hacia él.*)

INOC. ¡Él! Voy á decirle aquello.
¡Chist!... Oiga usted...

RIC. (¡Buena está
la mocita! ¿Quién será
ese cursi? ¿A que le estrello?)

INOC. Usté es el señor Miranda,
dependiente de una tienda

de mercería, Encomienda
cuarenta y seis.

ANT. (*A* MIRANDA.) ¡Anda, anda,
pillín, que esta mascarita
creo que te ha conocido!

INOC. ¡Claro! Como que he venido
con Cándida.

MIR. ¡Pobrecita!
¿Me espera?

INOC. Con su mamá.

MIR. ¡Ay! La mamá me da miedo.
Pero voy á ver si puedo
hacer un esfuerzo.

RIC. (*Deteniéndole.*) ¡Cá!
Usted no se va de aquí
sin darme una explicación.

MIR. ¿A usted? ¿Y por qué razón?

RIC. Porque se la pido.

MIR. ¿A mí?

ANT. (*A* INOCENCIA.) Mientras disputan los dos,
¿damos una vuelta?

INOC. (*Cogiéndose de su brazo.*) Vamos
donde quieras.

ANT. Les dejamos
en paz y en gracia de Dios. (*Vanse foro.*)

MIR. Pero ¿por qué? ¡Usté está loco!

RIC. Porque traigo mi pareja
y le ve á usted, y me deja.

MIR. ¿Y qué?

RIC. ¿Le parece poco?
Pues sepa usted, caballero,
que en cuestiones de señoras
yo me rompo á todas horas
el alma con el lucero.
Y esto conmigo no pasa,
y nadie me tose á mí,
porque yo soy...

MIR. Vamos, sí;
un chulo de buena casa.

RIC. ¿Cómo es eso? Vamos fuera.
Me lo voy á usté á cenar.

MIR. (No hay nadie. Habrá que gritar.)
Sí, señor; cuando usted quiera.
RIC. Que si me anda usté chillando
le atizo una puñalada.
MIR. A mí no me importan nada
las puñaladas. Andando.
RIC. (Me ha comido la partida.)
MIR. (Si salimos me devora.)
RIC. No alborotemos ahora.
Espere usté á la salida. (*Vase foro.*)
MIR. Le he achicado. ¡Me lucí!
¡Cómo conozco á las gentes!
Estos muchachos valientes
acaban todos así. (*Vase foro.*)

ESCENA IX

LOLA, JESÚS; *luego* PACA, *sin antifaz*

JESÚS. Conque calle de la Bola,
veinte, segundo.
LOLA. Interior.
JESÚS. Te llevaré al obrador.
¿Por quién pregunto?
LOLA. Por Lola.
PACA. (*Saliendo.*) ¿Habéis visto á mi pareja?
LOLA. ¿Se ha perdido?
PACA. ¡Por supuesto!
Me parece que se ha puesto
á bailar con una vieja.
JESÚS. Ese es muy barbián.
PACA. Que sea.
Pues á mí me importa un pito. (*Aparte á* LOLA.)
(Oyes: está el Marquesito
aquí en un palco platea.)
LOLA. (¿Tiene cena?)
PACA. (Y nos convida.)
LOLA. (Voy á dejar á este tonto.)
Espérame. (*A* JESÚS.)
JESÚS. ¿Vuelves pronto?

LOLA. ¿No he de volver? En seguida.
(*Vanse las dos por el foro.*)
JESÚS. Me dejaron. Y pensar
que vuelven aquí, ¡bobada!
Y eso que me atrevo. ¡Nada!...
Que no las sé conquistar. (*Vase.*)

ESCENA X

D. IGNACIO *y* SOLEDAD, *con antifaz*

IGN. Déjame en paz, tentación.
Por el santo de mi nombre
que no puedo.
SOL. Vamos, hombre,
no te hagas el remolón.
IGN. Sepamos por qué te sales
conmigo.
SOL. Porque no quiero
comprometerte y me muero
por las personas formales.
IGN. Pero, hija, soy un vejete
que viene con su mujer.
SOL. ¿Viejo tú?... Debes tener
treinta y seis ó treinta y siete.
IGN. Tú me adulas, picarona.
SOL. Para que vengas conmigo
y hables algo.
IGN. ¿Y qué te digo?
(¡Diablo! ¡Y es buena personal)
SOL. Sobre poco más ó menos,
que tengo como dos soles
los ojos, y...
IGN. ¡Caracoles!
¡Y sí que los tienes buenos!
SOL. ¡Hola! Parece que vas
animándote.
IGN. ¡Y qué piel
SOL. Tengo otro igual.
IGN. Ya lo sé.

¿Y qué más tienes, qué más?
SOL. Mucho mimo para ti.
IGN. ¿De verdad?
SOL. ¡Pues no ha de ser!
IGN. (¡Caramba! ¡Si mi mujer
supiera que estoy así!...)
¿No me engañas?
SOL. No te engaño.
IGN. Pues descúbrete.
SOL. No; quita.
IGN. ¿Cómo te llamas?
SOL. Solita.
IGN. ¿Solita? Yo te acompaño.
¿Te descubrirás después
de cenar?
SOL. Si es un capricho...
IGN. Pues andando. (¡Y yo que he dicho
que nos vamos á las tres!
La cito para otro día,
y...)
SOL. ¿Me vas á esperar fuera
al final?
IGN. ¡Ay! ¡Si pudiera
vaya si te esperaría! (*Vanse al ambigú.*)

ESCENA XI

PEDRO, *por la escalera*

¡Nada! Yo subo, yo bajo,
y por todas partes... ¡nada!
Lo que es como algún amigo
venga á decirme mañana:
—«Anda, vete al baile, Pedro.»
—«Perico, ¿por qué no bailas?»
—«Allí verás qué mujeres...»
le voy á romper el alma.
Por supuesto, aquí no hay nadie
que se divierta. Eso es gana
de darse tono. Lo que hay

es que lo dicen en guasa.
Así se lleve el demonio
todos los bailes de máscaras. (*Vase al ambigú.*)

ESCENA XII

CÁNDIDA, *sin antifaz, y* MIRANDA. *Al fin de la escena* JESÚS *y* RICARDO

CÁND. Pues, sí señor que eres malo.
MIR. Hija, si soy una malva.
CÁND. Pues, ¿por qué me aprietas tanto?
MIR. Porque así es como se baila.
CÁND. Mentira; que cuando damos
las reuniones en casa,
no bailamos tan juntitos,
y es mejor.
MIR. Pero, muchacha,
aquí no puedo dar saltos.
Ya ves cómo está la sala
de gente. Como no hay trecho,
hay que acortar las distancias.
CÁND. Desengáñate, Manolo,
tú no me quieres.
MIR. ¡Caramba!
¿Ahora salimos con esas?
CÁND. Entonces, ¿por qué me abrazas
y no levantas los pies?
MIR. Porque así tiene más gracia
y resulta más bonito.
CÁND. ¡Claro! Porque tienes malas
intenciones.
MIR. ¡Dios me libre!
Tú no me conoces, Cándida,
y exageras. ¿Tú no has visto
aquellos dos que bailaban
junto á nosotros? ¡Tenían
tan pegaditas las caras!..
CÁND. Pues eso es escandaloso.
MIR. Y sabe á miel de la Alcarria.

CÁND. ¡Pillo!
MIR. ¿Me quieres?
CÁND. No debo.
MIR. Pues haz un esfuerzo.
CÁND. Vaya;
pues has de hablar con mamá
esta misma noche .. ¡nada!...
No hagas muecas.
MIR. No me atrevo.
CAND. Pero si está con un ansia
de conocerte... ¡Si vieras!...
Dice que por qué no la hablas.
MIR. Porque no sé qué decirla.
CÁND. Mira, la diré que salga
aquí al pasillo; te acercas,
y como viene de máscara,
tú te haces el distraído,
ella lo sabe, la sacas
á bailar, habláis, y luego
ya puedes entrar en casa.
MIR. ¡Miren la niña si sabe!
CÁND. ¡Si tú eres un papanatas
que no acierta á dar un paso!
Pues si yo no lo arreglara,
así estaríamos siempre.
MIR. Vamos, ¿y qué quieres que haga?
CÁND. Cuando venga mi mamá
aquí al descanso, invitarla
á dar una vuelta, ¿entiendes?
Y después, en cuanto salga
la conversación... Ya sabes.
(*Siguen hablando en voz baja.*)
RIC. (*Saliendo.*) ¿Conque aquella buena alhaja
se escapó?
JESÚS. (*Idem.*) Sí; está en un palco
con la tuya y otras cuantas
de la misma traza, y varios
caballeritos.
RIC. Pues, anda,
vamos por ellas.
JESÚS. ¡Demonio!

¿Y si los otros se enfadan?

RIC. ¡No seas lila! Para un hombre
hay otro, y á bofetadas
se las quitamos.

JESÚS. ¿Sí, eh?

RIC. Vamos á echar unas cañas
primero, y ya verás tú
cómo armamos zaragata. (*Entran en el ambigú.*)

MIR. Bueno; yo haré lo que pueda.

CÁND. Pues, mira, voy á avisarla. (*Vase foro.*)

MIR. Yo beberé anís del Mono
entretanto, y pecho al agua.
(*Entra en el ambigú.*)

ESCENA XIII

SOLEDAD, *sin antifaz, y* D. IGNACIO, *del ambigú*

SOL. ¡Olé, los mozos de rumbo!

IGN. ¡Caracoles si eres guapa!
(¡Y cómo come esta chica!
Si me descuido me traga.)

LOR. (*Dentro.*) Bien; puedes dar una vuelta,
y aquí te espero.
(D. IGNACIO *intenta subir escalera arriba.*)

SOL. ¿Qué pasa?

IGN. Anda; vámonos arriba.

SOL. ¿Por qué?

IGN. Porque viene el guarda. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

D.ª LORENZA *é* INOCENCIA, *sin careta.* D.ª LORENZA *se la quita á la salida*

LOR. Hija, yo me siento aquí
porque estoy más sofocada...
¡Jesús! ¡Si parece un horno
el salón!... ¡Qué gentuallal...

¡Y qué modo de bailar!...
¡Jesús otra vez!

INOC. Hay tanta
tropa menuda...

LOR. No sé
cómo hay mujeres tan malas
que bailen así. ¿Usté ha visto,
hija, cómo las abrazan,
y cómo charlan y gritan,
y beben y se emborrachan?
¡Jesús mil veces!

INOC. ¡Ay! Yo
crea usté que estoy más harta
de haber venido... Hay algunos
que no distinguen, y tratan
á todo el mundo lo mismo.
Yo no he salido de casa
á estas horas en mi vida,
ya sabe usted...

LOR. No sé nada.

INOC. Pues no he venido á estos bailes
nunca, y así Dios me valga
como no pienso volver.

LOR. Tampoco vendrá mi Cándida
si Dios quiere. Hoy nos mandó
billetes ese Miranda
de mis pecados, que nunca
se atreve á decir palabra
de provecho, y dijo Ignacio:
—«¿Vamos?»—Y yo dije:—«Vaya;
por ver lo que es eso, iremos.»—
Pero me pesa en el alma;
porque se ven unas cosas...
¡Jesús!

INOC. ¡Yo estoy asombrada!

LOR. ¿Usted conoce á Manolo?

INOC. Y le he visto cuando entraba.

LOR. Me alegro, porque le espero.
Me ha dicho aquélla que salga,
y que él se me acercará.

INOC. (*Mirando al ambigú.*) Allí está... ya se levanta...

LOR. Vendrá aquí.
INOC. Yo dejo á usted.
LOR. Cuidado con quien se baila. (*Se pone el antifaz.*)
INOC. No hay cuidado; no señora.
Si digo que estoy más harta...
LOR. (Vamos á ver si se atreve.)
RIC. (*Dentro, por la escalera.*)
Vaya usted con Dios, barbiana.
INOC. ¿Yo?
RIC. (*Idem.*) ¿Bebe usted manzanilla?
INOC. No.
RIC. (*Idem.*) ¿Ni siquiera una caña?
INOC. Si bajo pronto...
RIC. En seguida.
INOC. (No se ha enterado de nada.)
(*Por* D.ª LORENZA. *Sube.*)

ESCENA XV

D.ª LORENZA *y* MIRANDA; *luego* JESÚS

MIR. (*A la puerta del ambigú.*)
Allí está. Me están temblando
las piernas. ¿Qué la diré?
No me atrevo todavía.
Tomaré otra copa á ver...
JESÚS. ¿Me permite usted pasar?
Gracias.
MIR. Servidor de usted.
(MIRANDA *se entra en el ambigú.* JESÚS *sale.*)
JESÚS. Me parece que me duermo.
¡Claro! Me han hecho beber
de firme... y la manzanilla
sienta mal y sabe bien.
¡Ya lo creo que estoy fuerte
para atreverme á cualquier
barbaridad! De seguro
me meto en algún belén
ahora mismo. Soy capaz
de todo.
LOR. (Debe ser él...

no hay duda... Me mira mucho
y no se atreve... Como es
tan corto de genio...) ¡Chist!
Joven...

JESÚS. (Pues, señor, ¿á quién
llamará? Y aquí no hay nadie.
Pues á mí debe de ser.
¡Hola! ¡Y tiene buena facha!
Vamos allá.)

LOR. Venga usté.

JESÚS. (¡Anda! ¡Y se coge del brazo!
¿Qué me querrá esta mujer?)

LOR. Ya estoy enterada.

JESÚS. ¿Sí?
Pues me alegro.

LOR. Yo también.
Como es usted tan cobarde
para hablarme...

JESÚS. ¡Ya se ve!
(Pues señor, me he equivocado.
Se conoce que esta vez
no me ha resultado el vino
como yo esperaba.)

LOR. ¿Usted
quiere á Cándida de veras?

JESÚS. ¡Vaya! ¡Pues no he de querer!
(Ya tengo otra aventurilla.
Que Dios me saque con bien.)

LOR. Pues por mí, si usted se porta
como caballero que es...

JESÚS. Gracias.

LOR. No hay inconveniente
en que... vamos...

JESÚS. Sí; ya sé.

LOR. ¿Usted con qué medios cuenta?...

JESÚS. ¿Yo?

LOR. Sí; además de tener
el destino en esa tienda
de mercería.

JESÚS. Eso es.
(No estaba en ello.)

LOR. Lo digo,
porque ya comprende usted
que cuando un hombre se casa
necesita sostener
mil obligaciones...
JESÚS. Bueno...
¿y á mí qué me importa?
LOR. ¿Qué?
JESÚS. Que yo no me he de casar.
LOR. ¡Hombre! ¡Qué desfachatez!
¿No acaba usted de decir
que quiere á la niña?
JESÚS. Bien.
LOR. Pues yo por mí, le concedo
su mano.
JESÚS. No puede ser,
porque tengo hace dos años
una novia en Avilés.
LOR. ¡Otra!
JESÚS. No, señora; una.
LOR. ¡Jesús!...
JESÚS. ¿Qué tiene que ver?...
LOR. ¡Pero usted es un granuja!
JESÚS. Señora, repare usted
en que, aunque tenga careta,
eso es insultarme.
LOR. Pues
es usté un pillo.
JESÚS. ¡Señora!...
(Ya me metí en el belén.)
(*Se separa poco á poco del grupo que se forma en seguida, y se sienta en un diván de la izquierda. Poco después se tumba en él.*)

ESCENA XVI

Dichos, CÁNDIDA *y* ANTOÑITO, *por el foro, y* MIRANDA, *por el ambigú*

MIR. Pero, ¿qué es esto?
CÁND. ¡Mamá!...

ANT. ¿Quién es este caballero?
LOR. Hija, no te casas ya.
CÁND. ¿Por qué?
LOR. Porque yo no quiero.
¡Jesús! ¡Tu novio es un pillo!
MIR. ¡Cómo!...
LOR. Quite usted de ahí.
MIR. Pues si soy un pobrecillo.
LOR. ¿Y á usted, quién le llama aquí?
No le vuelvas á mirar.
Viene con mal fin... ¡Lo ha dicho!
CÁND. ¡Infame! (*A* MIRANDA.)
MIR. Déjame hablar.
CÁND. Calla.
MIR. ¡Señor! ¡Es capricho
el de darme un puntapié
sin tener culpa maldita!
LOR. Pero, hombre, ¿quién es usté?
MIR. El novio de Candidita.
LOR. ¡Tenías dos!... (*A* CÁNDIDA.)
CÁND. No, señora;
este solo.
LOR. (*Por* JESÚS.) Pues, ¿y aquél?
CÁND. ¿Ese? ¡Si le veo ahora!
LOR. ¡Pero si lo ha dicho él!
MIR. ¡Infame! (*A* CÁNDIDA.)
ANT. (*A* JESÚS.) Chist... Caballero,
diga usted algo.
JESÚS. Pues digo
que la quiero y la requiero.
MIR. Pues se verá usted conmigo.
CÁND. Por Dios, Manolo...
LOR. Es que yo
me he equivocado; y está
algo bebido.
JESÚS. Eso no.
LOR. Anda; busca á tu papá
y vámonos en seguida.
¿Y la Inocencia?
CÁND. No sé.
LOR. ¡Y estaba tan aburrida!

Antonio, búsquela usté.
¡Jesús! (*Vase* ANTOÑITO. *Todos buscan mirando por todas las puertas.*)

ESCENA XVII

Dichos, LOLA, *por el foro*, *y* PEDRO, *por el ambigú*

LOLA. ¿Qué es esto?
PED. ¡Ay! Al fin
veo una sola. Un favor. (*A* LOLA.)
¿Usted baila, serafín?
LOLA. Muchas gracias; no señor.
LOR. ¿Dónde estará mi marido?
LOLA. Pero ¿á qué viene este ojeo?
LOR. ¡Anda! ¡Y también se ha perdido
la Inocencia!
PED. ¡Ya lo creo!
¿Y la busca usted aquí?
LOR. ¿Usted la conoce?
PED. No...
Es decir, creo que sí,
pues para inocentes yo.
LOR. ¡Ay! ¡No sé lo que me pasa!
¡Y ese Ignacio no parece!
Cuando yo me vea en casa
le diré lo que merece.
¡Bribón!... ¡Dejarnos así!...
(INOCENCIA *se ríe dentro á carcajadas.*)
¿Qué es eso?
CÁND. ¡Mamá, mamá!...
LOR. ¿Qué pasa?
CÁND. Que ya está aquí,
Inocencia.
LOR. ¡Y cómo está!...

ESCENA XVIII

Dichos, INOCENCIA *del brazo de* RICARDO *y riéndose á carcajadas, por la escalera*

INOC. (*Bailando.*) Tran larán, tran larán tran.
LOR. Pero ¿qué le pasa á usté?
¿Qué es esto?
INOC. ¡Doña Lorenza
de mi corazón! ¿Qué hacéis
aquí? Vamos á bailar.
Esto dura hasta las seis
y me ha dicho este *gachó*
que está mejor cada vez.
LOR. ¡Jesús!
CÁND. ¡Muchacha!... ¡Por Dios!...
INOC. Y yo bailo de *chipén.* (*Riendo.*)
¿Te gustan las palabrejas?
Pues aquí donde le ves,
las dice este caballero
á cada paso.
LOR. Muy bien,
señorita. Ahora veremos
cómo se las dice usted
á su mamá.
INOC. ¿Cómo es eso?
¿Nos vamos? No son las tres.
Yo no me marcho.
LOR. ¡Jesús!
INOC. Me gusta á mí este belén,
y yo me divierto mucho,
tanto que pienso volver,
y aquí tengo los billetes
para el día diez y seis.
CÁND. (*A* MIRANDA.) (¡Está alegre la muchacha!)
MIR. Cándida, si hemos de ser
amigos, no vuelvas nunca
con Inocencia. Ya ves...

CÁND. Descuida.
RIC. (*Procurando despertar á* JESÚS.)
¡No se ha dormido
este zánganol ¡Chist!... ¡Eh!...
Despierta.
JESÚS. ¿Que si la quiero?
¡Vaya! ¿No la he de querer?
RIC. ¡Eh! Que no se trata de eso.
Que hay que pagar el jerez
y la manzanilla.
JESÚS. Bueno;
déjame en paz.
RIC. Está bien.
LOR. (*A* INOCENCIA.) Desengáseñe usted, niña,
ha sido una insensatez
separarse de nosotras,
y sobre todo, beber.
INOC. ¡Si están buenas las cañitas!
LOR. ¡Jesús, María y José!
Nada; á tomar los abrigos
en cuanto parezca aquel
malaventurado, y luego
á no acordarse otra vez
en la vida de estas cosas.
INOC. Pero...
LOR. ¿Me ha entendido usté?

ESCEXA XIX

Dichos, ANTOÑITO; *después* PACA *del brazo de* DON IGNACIO

ANT. Doña Lorenza... aquí viene
don Ignacio.
LOR. (*Viéndole.*) ¡Cómol... ¡Quél...
¡Ay! Yo me muero.
MIR. Señora...
(*Mucho alboroto y mucha animación en toda la escena.* INOCENCIA *sigue riendo á carcajadas hasta el final.*)

IGN. Suelta. (*A* PACA.)
PACA. No quiero, hasta ver
por qué quieres escaparte.
LOR. ¡Ah, infame! ¿Conque es usté
el que no quería entrar
si no salía á las tres?
PACA. ¡Hola! ¿Conque es la señora?
LOLA. ¡Mira el viejo!
LOR. ¡Tuno! ¡Infiel!
IGN. Pero si ésta es una chica
de un amigo.
LOR. Sí; eso es.
Te voy á arañar la cara.
CÁND. ¡Mamá!...
MIR. ¡Señora!...
RIC. (*Aparte á* D. IGNACIO.) Ande usté;
tiene usté la puerta abierta...
puede usté echar á correr.
IGN. ¿Y qué adelanto, si tengo
que ir á casa?
LOR. Dices bien...
allí nos entenderemos...
¡Canalla!... ¡Pillo!... ¡Soez!...
RECIB. Señores, no armar escándalo,
porque entonces llamaré
á la pareja.
LOR. (*Obligando á* D. IGNACIO *de un empujón á acercarse al guardarropa.*) En seguida...
los abrigos.
PED. Yo también
me he divertido de firme.
¡Cuando yo vuelva otra vez!...
RIC. (*A* JESÚS.) Tú, ¿te levantas ó no?
JESÚS. Bueno; me levantaré
para pedir un aplauso
si esto les parece bien.

FIN

BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

EL BALCON

ZARZUELA COMICA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA

original de

FÉLIX LIMENDOUX Y MARIANO DE ROJAS

MÚSICA DEL MAESTRO

TEODORO S. JOSÉ

estrenada con gran éxito en el TEATRO MARTÍN la noche del 8 de Marzo de 1892

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
GREDA, 15, BAJO
1892

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de la traducción.

Los comisionados de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática y Teatro cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID: 1892.—Escuela Tipográfica del Hospicio

AL APLAUDIDO PRIMER ACTOR Y TENOR CÓMICO

D. ANGEL GONZÁLEZ

¿Te acuerdas de la lectura de esta obra? ¿Te acuerdas de..... del ensayo general? ¿Te acuerdas de la sexta representación?.....

Bueno..... pues olvídalo y.....

Acoge este libro con el mismo cariño que te lo dedican

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD	Sra. Llorens.
DOÑA CARLOTA	» Imperial.
LA PORTERA	» Mínguez.
UNA SEÑORITA	Srta. Bustos.
ANGEL	Sr. Mesejo (E.)
DON LINO	» Bosch.
DON LUCAS	» González (A.)
EL SECRETARIO	
UN POLLO	
EL ALCALDE DE UN PUEBLO	» Tormo (E.)
UN SÍNDICO	» Zori.
UN MOZO DE CUERDA	» Méndez.
UN MOZO DE BILLAR, que no sale	» González (M.)

Modistas, Estudiantes, Viajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, Vecinos

La acción en Madrid. Época actual.—Por derecha é izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una calle; al foro fachada de una casa; en los balcones del piso primero se verá una muestra con letras grandes que dice: *Mademoiselle Olimpia. Modiste.* En primer término de la derecha una casa con puerta y balcón practicables; en segundo término caja libre que figura ser una bocacalle lo mismo que en segundo término de la derecha; en el primero de la izquierda puerta practicable con letrero que dice: *Café de Europa.* Encima, balcón practicable también con una muestra que dice: *Billares.* Al levantarse el telón comienza á salir de la casa del foro el coro de mujeres con lios y cajas; el coro de hombres que está dividido en grupos se acerca á ellas. La portera sentada á la puerta de la casa izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MODISTAS y ESTUDIANTES

Música.

MODIS. Al fin llegó la hora
vamos á cenar.
ESTUD. Si me lo permite
la he de acompañar.
MODIS. No se lo permito
que me dá rubor.
ESTUD. Sepa usted que vengo
con buena intención.
MODIS. ¿Es que viene Vd. á darme la lata?
ESTUD. Pues ¡no que no!
MODIS. Es que yo no la admito de nadie,
ESTUD. Pues sí, señor.

MODIS. Si es que tiene Ud. gana de *queda*...
ESTUD. Me quedaré.
MODIS. Pues me marcho corriendo á mi casa.
ESTUD. La seguiré.
Es usted bonita...
MODIS. Basta de jabón.
ESTUD. Es que yo la quiero.
MODIS. Pues no quiero yo.
ESTUD. ¡Vaya unos andares!
MODIS. Conozco el percal.
ESTUD. Es usted un angel.
MODIS. Y usté un animal.
ESTUD. Venga usted.
MODIS. Ya le he dicho que no quiero ir.
ESTUD. Oiga usted.
MODIS. ¡Buen humor tengo yo para oir!
ESTUD. ¡Venga acá!
MODIS. ¡Ay, Jesús, que ya estoy *sofocá*!
ESTUD. ¡Sin chistar!
MODIS. Pues me tengo que sacrificar!
(*Cógense del brazo.*)
TODOS. Vámonos
por ahí
vámonos á cenar al *Petit*,
y después
á la Alhambra á bailar un *chotis*.
Y al salir,
unos churros, dos copas de anís,
y después...
lo demás no se puede decir.
(*Vánse formando parejas alegremente.*)

ESCENA II

D. LUCAS y la PORTERA; el primero sale segundo término derecha y baja al proscenio. La Portera ha de hablar siempre muy deprisa.

D. LUCAS. Nada, nada; estoy decidido. ¿Qué me pegan? ¡Qué me peguen! ¿Qué me prenden? ¡Qué me prendan! *¡Estoy in albis!* Hace veinticuatro horas que no he tropezado con la gracia de Dios ni con la

gracia de María Santísima; ahora lo que me falta es tropezar con la gracia de la Constitución; y la gracia está en esta carta. Si me da dinero este granuja de D. Lino, lo primero que hago es... tomarlo y después le insulto. ¡Mire usted que echarme de la oficina por haber puesto en un expediente *hespital* y *probe*! ¡Cómo si tratándose de *hespital* no estuviera bien lo de *probe* y viceversa! ¡Verme así! ¡Yo que he sido comerciante en paños al por mayor! Y ahora estoy en paños menores, como quien dice. La cosa no tiene solución: el ministro me ha dicho que me colocará en las primeras vacantes que haya. Y me ha repetido:—«¡Está Ud. en las primeras!» Lo cual es un error; porque estoy en las últimas!

MOZO BILL. *(Dentro.)* ¡Doce y tres, quince, por diez y siete, y tira el mingo con cuatro!

D. LUCAS. ¡Portera! *(Yendo hacia ella.)*

PORTERA. Hola, D. Lucas, ¿qué quería Ud?...

D. LUCAS. ¿Sabe Ud. si está en casa D. Lino?...

PORTERA. ¿D. Lino? El del principal derecha sin entresuelo letra *A* bis? Sí, señor, pero no suba Ud; hoy se van de viaje á tomar los baños de Panticosa; la señora está atroz de las piernas; la niña está imposible de los brazos, y el papá ya sabe usted como tiene el hígado.

D. LUCAS. Sí; necesita echarlo.

PORTERA. ¡Ah! Si en esa casa padecen todos incluso persecuciones por la justicia. Ud. no sabe los ingleses que vienen.

D. LUCAS. ¡Caramba!

PORTERA. Como lo oye Ud. ¡Y los que no son ingleses! La chica está en relaciones con ese D. Angelito que se pasa la vida dándole al taco en el billar de enfrente.

D. LUCAS. Ya lo he visto.

PORTERA. Pues la madre recibe á un señor que es gimnasta del Circo de Price y trabaja en la barra fija. ¿Qué le parece á Ud?...

D. LUCAS. ¡Qué es la fija!

PORTERA. Además son unos miserables. Anteayer me mandaron á empeñar un refajo encarnado con vivos *amarillo sí* y *amarillo no* y me dieron quince céntimos de propina.

D. LUCAS. Bueno, pues me va Ud. á hacer el favor de darle esta carta...

PORTERA. ¿Cartitas, eh?... ¡Para la niña, como si lo viera!

D. LUCAS. No, señora.

PORTERA. ¡Ah, vamos, tunantón! Para la madre entonces.

D. LUCAS. Tampoco.

PORTERA. Pues entonces ¿para quién?... Porque no creo que se dedique Ud. al padre...

D. LUCAS. Sí, señora, á ese precisamente.

PORTERA. Y ¿qué quiere Ud?...

D. LUCAS. Que se la entregue enseguida, porque yo no tengo valor para ponerme delante de él.

PORTERA. ¿Le tiene Ud. miedo?... Pues si es un cobarde atroz; el otro día vinieson á cobrarle una cuenta del camisero y ¿á que no sabe Ud. dónde se metió?...

D. LUCAS. Sí; me lo figuro. Bueno, dele Ud. la carta y yo me subo á mi boardilla.

PORTERA. A propósito; el casero me ha dicho que va á venir á echarle á Ud.

D. LUCAS. ¿A echarme de la boardilla?...

PORTERA. Sí, señor; á la calle.

D. LUCAS. Señora, eso es un crimen. ¡Voy á llegar á la calle hecho una tortilla á la francesa!

PORTERA. Pues así me lo ha dicho.

D. LUCAS. Bueno; hasta mañana. *(Entra en la casa.)*

PORTERA. Yo se lo digo á Ud. por su bien: vaya Ud. enhorabuena; buenas noches. ¡Ay Jesús! ¡Si no fuera por estos desahogos!... ¡Se pasa una toda la vida sin decir palabra! *(Entra en la casa.)*

MOZO BILL. *(Dentro.)* Veintisiete al cuatro y juega el uno con catorce.

ESCENA III

SOLEDAD, balcón derecha; después ANGEL, balcón izquierda con un taco en la mano.

SOLEDAD. ¡No le veo! Si no habrá podido venir hoy!... Sería la primera vez... Ah, sí, allí le veo.
¡Como siempre, jugando á carambolas! ¡Qué afición! Ssss!... Ssss!...

ANGEL. ¡Solita! *(Asomando.)*

SOLEDAD. *(Asomando.)* ¡Angelito! ¡Estoy corrida!

ANGEL. ¡Y yo volado!

SOLEDAD. ¿Por qué?

ANGEL. Porque llevo una hora sin dar bola.

SOLEDAD. ¿Pero así estás?

ANGEL. ¿Qué quieres? En acordándome de tí doy piña. ¿Por qué no has salido antes?

SOLEDAD. Porque hemos estado arreglando el equipaje.

MOZO BILL. *(Dentro.)* ¡Juega el dos!

ANGEL. Espera que voy á tirar. *(Entra.)*

SOLEDAD. ¡Qué desgracia! ¡Marcharme por dos meses fuera de Madrid! ¡Dos meses sin ver á mi Angelito!

ANGEL. Aquí estoy; le he dicho al compañero que tire por mí.

Música

SOLEDAD. ¿Angelito?

ANGEL. ¡Soledad!
¿Me esperabas?

SOLEDAD. ¡Claro está!

ANGEL. ¿Y tu padre?

SOLEDAD. Va á salir.

ANGEL. Pues me quiero despedir.

SOLEDAD. Van á verte.
ANGEL. ¿Que más dá?
SOLEDAD. Que te van
á estropear.
ANGEL. ¡Si te quiero!
SOLEDAD. ¡Yo también!
ANGEL. Muchas gracias.
SOLEDAD. No hay de qué.
ANGEL. Para verte, todo el día
me lo paso en el billar,
y no puedo con el taco,
mi queridad Soledad.
SOLEDAD. Yo también por tí me expongo
asomándome al balcón,
pues si mi papá me coge
se nos agua la función.
ANGEL. Si á mí me ve,
como es feroz,
me va á romper
el esternón;
y roto ya,
mi dulce bien,
no hay quien lo pueda
componer.
SOLEDAD. Pues tu no debes
protestar
si es que te pega
mi papá;
porque si no
me pega á mí.
ANGEL. ¡Que me las den
todas ahí!
De fijo cuando vuelvas
te juro remonona
que aquí habrás de encontrarme
jugando á carambolas.
SOLEDAD. De fijo, cuando vuelva,
me llevas al altar,
y entonces no es preciso
que juegues al billar, etc.
¡Angelito!
ANGEL. ¿Soledad?

Hablado

ANGEL. ¿Con que te vas y me dejas?
SOLEDAD. No hay más remedio.
ANGEL. ¿Te acordarás de mí?...
SOLEDAD. Mucho.
ANGEL. ¿Me escribirás?
SOLEDAD. Mucho.
ANGEL. ¿Corto?
SOLEDAD. ¡Largo! ¿Y tu?
ANGEL. Largo también.
SOLEDAD. ¿Me perdonarás las faltas de ortografía?
ANGEL. Sí, rica; y tu á mí ¿verdad?
SOLEDAD. También.
ANGEL. Pues espera que voy á tirar un recodo limpio. (*Entra.*)
SOLEDAD. ¡Pobrecillo! ¡Cómo me quiere! Si mi padre lo supiera, con seguridad que me dejaba casarme con él.
ANGEL. (*Saliendo.*) Aquí estoy: tenía mucha corbata y se me ha ido por un pelo. ¡Uf! ¡Tu padre sale. (*Entra.*)

ESCENA IV

SOLEDAD en el balcón ocultándose; D. LINO, saliendo de la casa; después ANGEL y luego DOÑA CARLOTA saliendo también de la casa.

D. LINO. Aguardiente del mono, cigarros, cerillas, el asiento de goma y una novelita de á peseta para el camino... ¡Vuelvo!... (*Váse lateral derecha.*)
SOLEDAD. ¡Ya se fué!
ANGEL. (*Saliendo.*) ¡Ves qué desgracia! Por querer acabar pronto, he querido tirar con fuerza y me ha saltado una bola á las narices. (*Tapándoselas con un pañuelo.*)
SOLEDAD. ¡Pobrecito!
ANGEL. Bueno; voy á ver si termino, porque quiero despedirme de tí. ¡Uf! ¡Tu madre! (*Entra.*)

D.ª CARL. La bandolina, los polvos de arroz, el algodón en rama y una novelita para el camino. ¡Vuelvo! *(Váse lateral izquierda.)*

ANGEL. ¿Ves?... ¡Me he quedado á huevo!

SOLEDAD. Bueno; déjalo.

ANGEL. ¿Estás sola?...

SOLEDAD. Solísima; es decir, con la criada.

ANGEL. ¿Subo?

SOLEDAD. No.

ANGEL. Entonces bajo.

SOLEDAD. Tampoco.

ANGEL. Si es para subir luego.

SOLEDAD. No, no quiero; que tienes las uñas largas.

ANGEL. Pues me las he cortado hoy.

SOLEDAD. Sí, pero ayer me diste un pellizco en el brazo que me hizo un cardenal.

ANGEL. Bueno; pues ahora me dás tú otro y estamos iguales.

MOZO BILL. *(Dentro.)* ¡Los iguales pierden!

ANGEL. ¡Verás! Doy la última tacada y subo á despedirme de tí. *(Entra.)*

SOLEDAD. No, no. ¡Y será capaz! ¡Dios mío! ¡Si le cogen le revientan! Porque es muy poquita cosa; y además, mi papá es muy bruto. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué barbaridad he dicho!

ESCENA V

La PORTERA saliendo, SOLEDAD en el balcón y ANGELITO saliendo del café, tarareando.

PORTERA. Esperaré á que entre D. Lino para darle la carta.

ÁNGEL. Hola, portera.

PORTERA. ¡D. Angelito! No suba Ud. porque está ella sola con la criada.

ANGEL. Pues por eso subo. ¡Abre! *(A Soledad.)*

PORTERA. No le abra usted. ¡Usted no sabe lo que son estos hombres!

SOLEDAD. No; si mi Angelito no es de esos.

ANGEL. ¡Sí, si soy de esos!... Anda, ¡*ábreme la puerta*! *(Entrando en la casa.)*

SOLEDAD. No, no. *(Retirándose del balcón.)*

PORTERA. ¡Bueno! ¡Hágase la voluntad del Señor!

ESCENA VI

La PORTERA, D. LINO, luego ANGEL en el balcón.

D. LINO. ¡Ajajá! ¡El aguardiente del mono para mí! El asiento de goma para mí y la novelita de á peseta para mí también. *Pantorrillas con trampa.* ¡Estoy acostumbrado á ellas!

PORTERA. Oiga Ud., D. Lino...

D. LINO. ¡Llevo prisa! *(Entrando.)*

PORTERA. ¡Qué grosero! Bueno; le daré la carta luego cuando baje.

ANGEL. *(Asomándose por el balcón.)* ¿Pero aquí me voy á meter?...

SOLEDAD. No hay más remedio; mi papá sube.

ANGEL. Pues échame pronto. ¡Uf! ¡La madre!

D.ª CARL. *(Sale lateral izquierda.)* Los polvos de arroz para mí; el algodón en rama para mí también, y esta novela, una cosa delicadísima para mí: *Los siete niños de Ecija.*

PORTERA. Oiga Ud., doña Carlota...

D.ª CARL. ¡Llevo prisa!

PORTERA. ¡Jesús, qué grosera!

ANGEL. ¡Están arreglando los bultos! ¡Y cerrando las puertas! ¡María Santísima!

ESCENA VII

La PORTERA, un MOZO de cuerda y ANGEL en el balcón.

MOZO. ¡Portera! ¡Un señor que se va de baños!...

PORTERA. Aquí es: principal derecha sin entresuelo, letra *A bis;* pero no suba Ud., porque no le conviene. ¿Cuánto le dan?

MOZO. Dos pesetas.

PORTERA. Es poco: ¿usted sabe lo que hay en el mundo?...

MOZO. Mucho pillo, señora.

PORTERA. ¡Cá! Mucha ropa; mire Ud. tres corsés de la niña, tres corsés de la madre, tres corsés del padre...

MOZO. ¿Pero gasta corsé?..

PORTERA. Sí, señor; corsé faja.

MOZO. No importa; puedo con todo. (*Entrando.*)

PORTERA. No, yo se lo digo á Ud. por su bien.

ANGEL. ¡El papá se pone la cartera! ¡La mamá coge la jaula! Ella coge la sombrerera y el mozo carga con el cofre. ¡Virgen del Carmen! ¡Han cerrado!

ESCENA VIII

D. LINO con saco de noche; DOÑA CARLOTA con una jaula de un loro; SOLEDAD con una sombrerera; el MOZO con un baul; la PORTERA, ANGEL en el balcón. Rapidísimo hasta el final; gran animación.

D.ª CARL. ¡Qué se hace tarde!

D. LINO. ¡Cuidado con el loro!

PORTERA. ¡Buen viaje! Ah, D. Lino; esta carta.

D. LINO. Venga. (*Guardándosela.*)

SOLEDAD. (¡Pobre Angelito! ¡Cómo se las valdrá para salir!)

D. LINO. ¡Reciba usted los recados y mucho ojo con la casa!

PORTERA. Descuide usted.

D. LINO. ¡Hasta dentro de dos meses!

D.ª CARL. ¡Hasta la vuelta!

PORTERA. ¡Buen viaje!

(*D. Lino, Doña Carlota, Soledad y el Mozo de cuerda se marchan por la segunda de la derecha, y la Portera recoge la silla y entra en la casa; Angel en el balcón se deja caer con desfallecimiento.*)

ANGEL. ¡María Santísima! ¡Me seco! ¡Dos meses haciendo de tiesto en el balcón!!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto: al foro puerta sobre la cual se lee: *Paso al andén.* Bastidor derecha ventanilla del *despacho de billetes.* Los personajes entran por la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CORO DE VIAJEROS

Salen los de primera vestidos con elegancia y sin equipajes; después los de segunda muy *cursis* y con sombreros, maletas y sacos de noche, y por último los de tercera con alforjas, botijos, etc.

Música

(Con gravedad.)

LOS DE 1.ª Vamos todos á Biarritz,
vamos á San Sebastián,
y viajamos en primera
ó en *slipin... lipin kar.*
Facturamos nuestros coches
los cocheros y demás,
y así luce nuestra fama
como *sportmant... sportmant.*
(Se dirigen al despacho de billetes.)

(Alegres.)

LOS DE 2.ª Nos vamos á Chamartín
Martín,
Nos marchamos á Chinchón
Chinchón,
y decimos en Madrid
que nos vamos á Londón.
Empeñamos el gabán
gabán,
empeñamos el colchón
colchón,
y en volviendo de Londón
no tenemos para pan.
(Se dirigen al despacho.)

(*Con desgarro.*)

LOS DE 3.ª En la perrera viajamos siempre /
pues *semos probes ¡miste qué Dios!*
En el invierno muertos de frío
y en el verano con *la* calor.
Con el botijo, con las alforjas
no *mus* podemos ni menear,
vamos cincuenta *drento* de un coche.
Digan ustedes si esto viajar.

TODOS. Vamos al tren,
vamos allá,
y para fin de fiesta
descarrilar! (*Vánse todos al foro.*)

ESCENA II

UN SEÑORITO y UNA SEÑORITA

EL. ¿Me adoras?
ELLA. ¡Te adoro!
EL. ¿Me quieres?
ELLA. ¡Te quiero!
EL. ¡Mi bien!
ELLA. ¡Mi tesoro!
EL. ¡Jilguera!
ELLA. ¡Jilguero!
Mamá es una fiera.
EL. Papá es un verdugo.
ELLA. Por eso mi dueño
contigo me fugo.
EL. Tomamos el mixto
y en un reservado,
hacemos el viaje
como hemos pensado.
Yo llevo de todo
lo que es más preciso:
seis cuellos de goma
para un compromiso,
pañuelos, corbatas,
el traje de invierno,
agua de Colonia
y un peine de cuerno.

ELLA. Tú vas preparado;
yo no llevo nada
por haber salido,
tan precipitada.

EL. Nos vamos juntitos
de aquí á Barcelona,
allí tomaremos
el tren de Bayona,
Marsella, Suiza,
Berlín, luego Prusia,
y por la Noruega
bajamos á Rusia.
De Rusia enseguida
á Italia saltamos,
pasamos por Roma
y á Nápoles vamos;
después á Sicilia
y luego á Venecia,
y en un vaporcito
nos vamos á Grecia;
y de esta manera
sin parar un día
pasamos por Asia
y la Occeanía;
después á la Habana,
luego ¡qué se yó!...

LOS DOS. Hasta que paremos
en Fernando Póo!

(*Vánse del brazo precipitadamente.*)

ESCENA III

Un ALCALDE, un SÍNDICO y un SECRETARIO. Los tres paletos y con capas pardas muy grandes; salen muy despacio y muy tristes.

Música

¡Al cambiar unos billetes
mus andao los perdigones,
y *mus* vamos sin un cuarto
miste si esto *tié bemoles*!

Y cuando lo sepan
en Vitigudino,
mus dirán que *semos*
los tres, tres pollinos.
Si el veterinario
se llega á enterar,
á los tres de fijo
mus tiene que herrar.
(*Repiten y vánse del mismo modo que entraron.*)

ESCENA IV

D. LINO, DOÑA CARLOTA, SOLEDAD y el MOZO de cuerda. Salen todos corriendo, por este orden. Se oye dentro la campana y una voz que dice: ¡Señores viajeros! ¡Al tren!

D. LINO. ¡A ver si no llegamos!
D.ª CARL. ¡Dáte prisa!
SOLEDAD. (¿Qué será de Angelito?)
D. LINO. ¡Dios mio! ¡El despacho cerrado!
LOS CUAT. ¡Cerrado! (*Dejan caer los bultos con desolación.*)
D. LINO. ¡Nos hemos lucido!
D.ª CARL. ¡Tú tienes la culpa!
SOLEDAD. (¡Me alegro!)
MOZO. Menos mal; ¡viaje doble!
D.ª CARL. Bueno: ¿qué hacemos?
D. LINO. Nada: *El público divertido...*
LOS TRES. *Se va por donde ha venido.*
(*Cogen los bultos y salen: óyese dentro el pito de la máquina y el ruido de la marcha del tren. Orquesta.*)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La escena representa un gabinete con las sillas colocadas unas sobre otras y los demás muebles en desorden. Al levantarse el telón la escena está á obscuras; sobre una butaca ANGEL sentado; al foro un balcón abierto. Los demás términos, puertas La orquesta ejecuta muy piano un motivo delicado. Se oye dar las once en todos los relojes de la vecindad.

ESCENA PRIMERA

ANGELITO

ANGEL. ¡Aaaah! *(Bostezando.)* ¡Las once! ¡Dos horas de encierro! He llamado á la portera, pero ¡cómo si no! No me ha oído. En fin; menos mal que estoy en ayunas, lo cual es un consuelo. He registrado toda la casa y no he encontrado más comestibles que cañamones y la cordilla del gato. ¡Dios mío! ¡Me voy á pasar la juventud en un piso principal! Por más que busqué no he podido encontrar una sábana para descolgarme por el balcón; el caso es que he tenido que romper un cristal para entrar aquí y ahora sopla un viento que yo sé. En fin, me acostaré en la cama de mi novia, que si no tiene colchón, en cambio tiene unas almohadas tan suaves como el papel de barba. Pero allí me acordaré de ella; no, no; más vale que no me acuerde. *(Óyese dentro ruido, como de abrir la puerta.)* ¿Eh?... ¡Ay!... ¡Abren la puerta!... ¡Ladro!... no; no debo gritar; porque si no me matan; me matan; ¡como si lo viera! ¿Qué hago?... *(Mirando primera lateral izquierda.)* ¡Cielos! ¡Mi suegro! ¡Mi suegra! ¡Mi novia! ¡Ahora

si que me dejan al fresco como los besugos! Nada, al balcón otra vez. ¡Dios mío! ¿Cuándo saldré de esta? ¡Digo, de éste! *(Entran en el balcón, cerrando desde dentro la puerta vidriera de éste.)*

ESCENA II

D. LINO, DOÑA CARLOTA, SOLEDAD por la primera izquierda, y ANGEL en el balcón. Al entrar llegan al centro de la escena y dejan caer los bultos con desaliento. D. LINO con una vela encendida.

D. LINO. ¡Ay, Dios mío!

D.ª CARL. ¡Ajajá!

SOLEDAD. (¿Dónde estará mi Angelito?)

D. LINO. Y ¿á qué hora sale el mixto?

D.ª CARL. A las siete y cuarenta. *(Sentándose.)*

SOLEDAD. ¡A las siete y cuarenta! *(Id.)*

D. LINO. ¡A las siete y cuarenta! *(Id.)*

ANGEL. ¡Hasta las siete y cuarenta! *(Por el balcón. D. Lino deja la vela sobre el velador.)*

D. LINO. Bueno, pues nos dormiremos, á ver si llegamos tarde también.

D.ª CARL. Nada de dormir.

D. LINO. Pero, hija ¿voy á estarme así toda la noche?...

D.ª CARL. ¿Y qué?...

D. LINO. Que llevo en el pecho los siete cuchillos de plata. ¡Me parezco á la Virgen de los Dolores!

SOLEDAD. Pues los colchones están doblados y todo está recogido.

D. LINO. Bueno; tiramos aquí los colchones, dejamos abierto el balcón para que la luz nos despierte, y nos desnudamos.

SOLEDAD. ¡No! eso no! *(Con decisión.)*

D. LINO. ¡Vaya, manos á la obra!

ANGEL. ¡Achís!... *(Estornudando.)*

LOS TRES. ¡Jesús!

D. LINO. Ya te has constipado.

D.ª CARL. No, yo no he sido.

SOLEDAD. Ni yo.

D. LINO. ¡Vaya! Entonces habré sido yo.
D.ª CARL. Bueno, vamos.
D. LINO. Vamos. (*Salen Carlota y Soledad primera derecha. D. Lino segunda izquierda.*)
ANGEL. (*Asomándose por el balcón.*) ¡Se van á acostar! ¡Y se desnudarán delante de mí! ¡Ay, qué vergüenza! Miraré al sereno. ¡Y eso que está nublado! ¡Uf! ¡El padre!
D. LINO. (*Saliendo con un colchón al hombro.*) *Te estuve esperando en la sastrería...* ¡Ajajá!
D.ª CARL. (*Saliendo con sábanas.*) *Allá en los mares metido estuve bajo del agua cerca de un mes...*
SOLEDAD. (*Saliendo con almohadas.*) *Qué fama tiene usted de acá y de aquí...* (*Vuelven á marcharse los tres.*)
ANGEL. ¡Dios mío! ¡Una sábana! Ya tengo para descolgarme. (*Asoma y la coge.*)
D. LINO (*Con otro colchón.*) *Dispensa Manolo, que no lo sabía...* Pues señor, juraría que mi mujer había puesto una sábana.
D.ª CARL. (*Saliendo.*) ¿Y la sábana? ¡Juraría que la puse!
SOLEDAD. ¡Más almohadas!
D. LINO. Bueno; ¡á desnudarse!
D.ª CARL. Vamos allá...
SOLEDAD. No; ¡no, por Dios! (*Con empeño.*)
D.ª CARL. Pero ¿qué tienes?...
D. LINO. ¡Te vas á avergonzar porque nos desnudemos delante de tí! (*Quitándose la americana.*) ¡*La Correspondencia*!
D.ª CARL. ¡Léenos la sesión del Congreso y los avisos útiles! (*Arreglando las camas con Soledad.*)
D. LINO. ¿Qué es esto? ¡Una carta!
D.ª CARL. ¡Sí, hombre, sí; la que te dió la portera!
D. LINO. ¡Tienes razón! ¿De quién será?
D.ª CARL. Léela.
D. LINO. (*Leyendo.*) ¿Eh? ¡Santa Bárbara!
D.ª CARL. ¿Truena?...
D. LINO. ¡Ay! ¡Ay!
SOLEDAD. ¿El hígado?
D.ª CARL. ¿Te duele el hígado?
D. LINO. ¡Y todo el cuerpo! Mira: ¡me amenazan de muerte!

D.ª CARL. ¿A tí? ¡Ya sé quién es! El carnicero; dice que le debemos un buey entero.

D. LINO. Peor, peor que el carnicero. Oye: (*Lee.*) «Sr. D. Lino de Luna: Estoy en las últimas: ¡mándeme cuatro pesetas!.»

D.ª CARL. ¡Es un sablazo modesto!

D. LINO. Si á las diez no las tengo, veré lo que hago, me vengaré en su propio domicilio.»

SOLEDAD. } ¡Dios mío!
D.ª CARL. }

D. LINO. ¡Estamos seguros?...

D.ª CARL. No sé; pero ese hombre te mata.

D. LINO. ¡Silencio!... (*Pausa.*) ¡Carlota, toma la vela y á registrar la casa! ¡Yo me quedo aquí, por si acaso! (*Pausa.*)

D.ª CARL. Niña, registra la casa; yo no puedo abandonar á tu padre.

SOLEDAD. Pero mamá...

D.ª CARL. ¡A obedecer!

D. LINO. ¡Vete cantando la marcha real, y así no tendrás miedo!

SOLEDAD. ¡Qué venga mamá!

D.ª CARL. Bueno; vamos, sea lo que Dios quiera. (*Cogen la vela y salen ambas por la primera izquierda tarareando la marcha real.*)

ESCENA III

D. LINO, luego ANGEL

D. LINO. (*Tatareando.*) ¡Larán, larán, larán! ¡Yo no me quedo aquí á obscuras! ¡Me voy al balcón por si acaso! (*Va al balcón y abre.*) ¡Socorro! ¡Ladrones! (*Tropieza con el colchón y cae sobre él, quedando de rodillas hasta que viene el coro.*)

ANGEL. (*Saliendo.*) ¡Caballero, por Dios!

D. LINO. ¡Luz! ¡Fuego! ¡Agua! ¡Señor de Ladrón, compasión de todo corazón!

ANGEL. ¡No grite usted!

D. LINO. ¡No, si no grito!

SOLEDAD. ¡No hay nadie! (*Entrando por el foro Doña Carlota y Soledad.*)

D.ª CARL. ¡Un hombre! ¡Socorro! (*Vánse ambas apenas han asomado.*)
D. LINO. ¡Váyase Ud. por Dios!
ANGEL. (¡Me teme! ¡Esta es la mía!) (*Ahuecando la voz mucho.*) ¡No me estorbe usted el paso!
D. LINO. No: ¡pase usted por encima de mi cadáver, si quiere!
ANGEL. ¡Gracias! ¡Adiós!
D. LINO. Beso á usted la mano.
ANGEL. (*Yendo primera izquierda.*) ¡Dios mío! ¡Gente! ¡Me han cogido!

ESCENA IV

CORO DE VECINOS; todos con palmatorias; ellas con peinadores y ellos con gorros de dormir, otros en mangas de camisa y con palos y armas. Sale primera izquierda D. LUCAS con una vela en una botella y en zapatillas; saca una badila.

Música

TODOS. ¿Qué ha ocurrido?
¿Qué pasó?
¡Qué manera de gritar!
Diga usted ¿por qué razón
nos obliga á levantar.
Durmiendo tranquilos estábamos todos
cuando hemos oído socorro pedir,
y casi rodando por las escaleras
á ver lo que ocurre venimos aquí.
¿Ha habido algún muerto? ¿Ha ha-
(bido ladrones?
¿Se quema la casa por casualidad?
¿Qué es lo que ha ocurrido? ¡Díga
(lo enseguida
para dar noticias á la autoridad!

Hablado

D. LINO. ¡Este es! ¡Este!
ANGEL. ¿Eh?...

D. LINO. Sí, señor; me ha amenazado con matarme si no le doy cuatro pesetas!

ANGEL. D. Lino yo no soy el que Ud. se figura; yo soy el novio de Soledad.

D.ª CARL. ¿El novio?...

D. LINO.

SOLEDAD. Sí, papá.

ANGEL. Entré á despedirme de ella cuando ustedes se iban á marchar y me tuve que esconder en el balcón donde he estado toda la noche.

CORO. ¡Vaya... vaya!... (*Queriendo marcharse.*)

D. LINO. Aguarden Uds. ¿Por qué entró Ud. en la casa cuando nosotros habíamos salido?

ANGEL. Por... por eso precisamente.

D.ª CARL. Bueno. ¿Y quién es el de la carta?...

D. LUCAS. Yo, D. Lino. (*Saliendo de entre el coro.*)

D. LINO. ¿Usted?...

D. LUCAS. Yo, sí, que le pido cuatro pesetas para ayuda de un panecillo...

D. LINO. ¡Vaya Ud. enhoramala!

ANGEL. Tome Ud. un duro!

D. LUCAS. Gracias.

D. LINO. Una que sobra (*Pidiendo una peseta á Don Lucas.*)

ANGEL. Yo mañana me marcho á Panticosa con ustedes.

CORO. Vaya, vaya.

D. LINO. ¡Eh! ¡Señores! ¡No se vayan ustedes; tenemos que pedir un aplauso!

Música

ANGEL. Te pedimos al final
un aplauso por favor,
ya que he estado cuatro horas
encerrado en el balcón.

(*Repite el coro.*)

TELÓN

LA BANDA DE CAPITAN.

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. Ildefonso Antonio Bermejo.

Representada con aplauso en el Teatro de la Comedia la noche del 22 de Abril de 1851.

Segunda edicion.

N.° 142.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

AL APRECIABLE Y DISTINGUIDO ARTISTA

SEÑOR DON GERÓNIMO MUÑOZ.

Nada más justo que dar este público tributo de aprecio, al primer amigo que conocí á los pocos meses de haber llegado á la corte; y si algo notable encierran estas pocas palabras, es la sinceridad con que te las espresa tu verdadero amigo

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Cuando Sócrates se encolerizaba, era cuando hablaba ménos y con mas dulzura. Conociase claramente que se hallaba enfurecido; pero se veia al mismo tiempo que se hacia dueño de su pasion.

(PLUTARCO.)

Esta obra es propiedad del D. PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
EMPERADOR.	Don Joaquin Arjona.
URBIETA.	Don Enrique Arjona.
ANGELA.	Doña Juana Samaniego.
LEGO.	Don José Dardalla.
FONSECA.	Don Manuel Pastrana.

La escena pasa en una cabaña retirada en las inmediaciones del monasterio de Yuste en Extremadura.—Reinado de Felipe II.

ACTO ÚNICO.

Sala de pobre apariencia, perteneciente á una casa de pueblo.—Mesa, sillas, etc.—Sobre otra mesa se verá un casco, una coraza; y un arcabuz colgado de la pared.

ESCENA PRIMERA.

ANGELA, que aparece sentada con la labor al lado y leyendo un papel.

ANGELA. «Angela de mi vida: despues de un mes de ausencia, tengo el placer de anunciarte que el mismo dia que recibas la presente, estaré en el monasterio de Yuste, donde me llama el Emperador. Cerca estás del santuario donde habita el monje que se declara protector tuyo y mio, y en su consecuencia, pronto pasaré á verte para decirte lo que ocurra relativo á nuestra union. Mientras tanto me lisonjea la esperanza de hallarte como siempre, amable y cariñosa con tu apasionado—FONSECA.»

(Habla.)

Bien puedes lisonjearte
con tan amorosa idea;
pienso en tí, vivo contigo,
apaciguas mi tristeza,
y el triste llanto que vierto
con tu memoria se seca.
Dulcísimo dueño mio,
ven que mis brazos te esperan,

las agudísimas penas
que padezco noche y día
durante tu cruda ausencia.
(Besa el papel, lo guarda, y hace labor.)
Terminemos la labór
con la cual mi afan agencia
el sustento de mañana.
Qué desgraciada es mi estrella!

ESCENA II.

ANGELA.—LEGO.

LEGO. Alabado sea el Senor
y su santa Providencia.
ANGELA. (Se levanta.)
El lego sordo.
LEGO. (Acercándose.) Hermanita.
cómo está, se siente buena?
ANGELA. (Alzando la voz.)
No, hermano.
LEGO. Me alegro mucho.
ANGELA. Qué oportuna es la respuesta!
(Alzando la voz.)
Venís por el alba?
LEGO. Malo;
no me deja la jaqueca.
Es verdad, que en el convento
todos de ese mal se quejan.
Y padre?
ANGELA. (Alto.) Medianamente.
LEGO. Con su contínua dureza,
no es verdad?
ANGELA. (Alto.) Siempre lo mismo.
(Mostrando la labor.)
Venís por esto?
LEGO. Paciencia.
Con ella se gana el cielo.
Pero, qué es lo que me enseña?

ANGELA. Que si viene...
LEGO. (Mirando la labor.) Muy bonito...
aunque poco valedera
es mi opinion.
ANGELA. (Impaciente y alto.) Si no digo...
LEGO. No soy voto en la materia.
ANGELA. Es sordo como una tápia,
y en vano mi voz se esfuerza
en hacerme comprender.
Me aproximaré á la oreja.
(Se acerca al oido y dice en voz alta.)
Venís por la guarnicion?
LEGO. Sí, hermana, vengo por ella.
Su paternidad me envía
con premura á recojerla;
quiere estrenarla mañana...
ANGELA. (Alto.) Pues es preciso que vuelva.
LEGO. Con la tempestad de ayer
se ha refrescado la huerta,
y la verdura se esponja.
ANGELA. Miren por dónde resuella!
(Al oido.)
No es eso lo que le digo.
LEGO. Los higos? La flor empieza
á asomar que es un contento.
Sobre todo las almendras,
el jugoso albaricoque,
la buena guinda y la pera,
son los frutos que prometen
abundancia y excelencia.
ANGELA. Qué tormento, madre mia!
LEGO. Pero, por qué se impacienta?
Tal vez, no respondo acorde?
ANGELA. (Alto.)
Verdad.
LEGO. Si no le molesta,
alce un poco más la voz
de modo que yo la entienda.
ANGELA. Eso dice, y necesita

para hablarle una trompeta.
(Al oido.)
Dige, que la guarnicion,
es poco lo que le resta;
y repito que volvais
dentro de un rato. Se entera?

LEGO. Pues no he de enterarme? Bien.
Me pasearé por la huerta
que es mi grato pasatiempo,
y volveré.

ANGELA. (Alto.) Como quiera.

LEGO. Dios la conserve una santa,
tan aplicada y tan buena.

ESCENA III.

ANGELA.—Luego URBIETA.

ANGELA. Al fin me ha dejado sola.
Miraré desde la puerta
por si diviso á mi amado...
(Quiere acercarse y retrocede.)
Pero preciso es que tema,
que no ha salido mi padre
de su estancia, y si sospecha
viéndome tan distraida...
No lo digo? Aqui se acerca.
(Se sienta y trabaja.)
Cogeremos la labor.
—Su semblante me amedrenta.
Siempre triste y taciturno.
El cielo me favorezca.

URBIET. (Sale.)
Angela.

ANGELA. Señor.

URBIET. La espada
y el birrete.

ANGELA. (Dándole ambas cosas.) Marchais, fuera?

URBIET. Al monasterio de Yuste,

por si consigo una audiencia
con mi Emperador.

ANGELA. Me alegro.
Diz que recibe en su calda
á todas horas...

URBIET. (Con enojo.) Mentira!
Sabe Dios lo que me cuesta
solo hablarle dos palabras,
y por Cristo que me pesa
haberlo solicitado,
y haber en su mano régia
puesto una instancia, en que pido
que mis servicios se atiendan!
Su resolucion ignoro,
aun cuando ya la sospecho
mi desgracia.

ANGELA. Qué sabeis?

URBIET. (Con enfado.)
Mucho más de lo que piensas!
Yo nací muy desgraciado...
Maldita mi suerte sea!
Yo nací para sufrir,
en medio de la indigencia;
para verte trabajar...

ANGELA. Mas sabed, que no me pesa,
que yo trabajo con gusto,
y á mas porque me recrea.

URBIET. Lo dices por consolarme,
para que yo no padezca;
pero comprendo tu afan,
y tus vigilias eternas:
todo para sustentarme...
A mí, sin otra carrera,
y sin otro matrimonio
que esta espada, que suspensa
de la cintura, está ociosa,
aun cuando existe una guerra,
merced á los intrigantes,
y á mi malísima estrella.

(Repara en Angela con detencion.)
Pero tú estás ojerosa,
helada y amarillenta:
Has trabajado esta noche?
—Te encargo que no me mientas!
Qué respondes?

ANGELA. (Bajando los ojos.) Padre, sí.
Toda la he pasado en vela,
para rematar...

URBIET. (Con enfado.) No sigas.

ANGELA. Perdonad la inobediencia;
pero con esta labor,
por la cual me dieron priesa,
agenciaba de mañana
nuestra frugal subsistencia.
Os acostásteis; yo entonces
cuando tuve la certeza
de que estábais bien dormido,
me levanté con cautela,
y merced á esta velada
adelanté mi tarea.

URBIET. Me estás clavando un puñal;
mi carácter no tolera
la excesiva aplicacion
que en el trabajo demuestras.
(Va encolerizándose gradualmente.)
Ya te lo he dicho mil veces,
y quiero que me obedezcas:
con tu afanoso desvelo
mi mal humor acrecientas.
No reparas, vive Cristo,
que puedes caer enferma?
Que agotados los recursos,
será mayor mi tristeza?
Que seré capaz entonces
de lanzarme á una palestra,
donde criminal consiga
lo que honrado se me niega?

ANGELA. Qué hiciérais?

URBIET. (Indeciso.) No sé.
ANGELA. Dios mio!
URBIET. La suerte me lo aconseja;
que tantos años de afanes,
de padecimientos, guerras,
infortunios, desengaños,
de este modo no se premian.
Mi nombre conoce Europa;
soy aquel Juanes de Urbieta,
que en el sitio de Pavía
lanzó la bala funesta
que hirió el brioso alazan
del rey francés: mi destreza
asió á Francisco primero
en la terrible refriega,
y yo tambien le conduje
de mi jefe á la presencia.
Abdica el Emperador,
Felipe su trono hereda,
y olvidan al veterano
que bajo la cota férrea,
abrigaba un corazon
ansioso de fama y guerra.
ANGELA. Pero no desespereis,
que acaso benigna estrella
venga pronto á reparar
tantos años de indigencia.
—Triste cosa es que una jóven
se instituya en consejera
y se proponga domar
vuestro carácter. Pues sea:
acepto con mucho gusto,
aunque no tenga experiencia,
ni he sufrido como vos
desengaños y miserias,
el papel de preceptora
de esa intranquila conciencia.
URBIET. Vanos serán tus esfuerzos;
aborrezco la existencia,

y si no fuese por tí...
pardiez! si por tí no fuera,
la España hubiese sabido
quién era Juan de Urbieta.
Los contínuos sufrimientos
me han transformado... de veras,
y tengo ya el corazon
tan duro como una piedra.
La humanidad que padece
ni me conmueve ni altera,
y me parece una farsa
todo cuanto me rodea.

ANGELA. Os haceis más desgraciado
con visiones tan funestas.
Por qué contemplais al mundo
por su parte menos buena?
Decidme, no existen séres
benéficos en la tierra,
que se apiadan del que gime
sin ventura, y le consuelan?

URBIET. Son tan pocos... —Se hace tarde...

ANGELA. Dónde vais? Antes quisiera
que marcháseis más contento.

URBIET. Ya lo voy.

ANGELA. Dadme una prueba.

URBIET. Te abrazaré.

(La coge de la mano para abrazarla, y repara que tiene un dedo vendado.)

Mas qué miro?
Por qué te has puesto esta venda?

ANGELA. No es nada, no os asusteis...

URBIET. Qué!

ANGELA. Me clavé las tijeras,
porque me estaba durmiendo,
esta madrugada...

URBIET. (Furioso.) Cesa!
No prosigas, vive Dios!
Esto más? Quién lo tolera?
Trabajar de madrugada!

ANGELA. Si esta labor corre prisa;
si los monjes me dijeron...
URBIET. Silencio, que me impacientas!
Y he de verte trasnochar
para que sufras y mueras?
Para que yo quede aislado
y sin consuelo en la tierra?
Eso no, nunca; lo juro
por el Dios que nos sustenta.
Repara bien lo que hago.
Porque otra vez no suceda,
cojo esta labor...
(Coje el alba y la despedaza.)
ANGELA. (Llorando y queriéndole sujetar.)
Qué haceis?
El cielo me favorezca!
Me habeis perdido... Dios mio!
URBIET. Ahora que vengan por ella.
Que se presenten á mí;
yo les daré la respuesta.
(Se pasea con agitacion.)
ANGELA. Vírgen santa de mi vida!
Con qué pagaré esta prenda?
Qué recursos son los mios,
para yo satisfacerla?
Y con qué adquiero el sustento
de mañana? Suerte adversa!
(Urbieta deja de pascar y mira tétrico y cabizbajo á su hija.)
Y los monjes enojados,
ay! me cerrarán sus puertas;
no querrán darme labor,
y en pos vendrá la miseria,
y no habrá una mano amiga
que nos ampare y defienda;
vos sereis más desgraciado,
y yo moriré de pena.
Y vos me amais? No, señor,
cuando quereis que padezca
Mi contínua palidez,

no es hija de mi tarea,
sino de vuestro carácter,
que emponzoña mi existencia.
(Váse llorando.)

ESCENA IV.

URBIETA.

(Despues de haber reflexionado un momento.)
Es verdad... tiene razon.
Soy un díscolo... una fiera...
y pardiez, no sé qué hiciera
para domar mi pasion.
Pronto á la cólera accedo,
me exalta, me desatina,
me impacienta, me domina...
quiero enmendarme, y no puedo.
Bien, pues voy á decidirme
á desterrar mi dureza.
Corazon, á la cabeza,
que es preciso corregirme!
(Alterándose gradualmente.)
A mi obediencia estarás,
corazon, te lo aseguro
por mi vida; yo te juro
que no me dominas más:
aunque padezcas y gimas
buscaré para tu fiera
arrogancia, la manera
de hacer por que te reprimas.
Un precepto estoy dictando,
pardiez, que has de sostenerme,
y procura obedecerme.
—Corazon, yo te lo mando!
Verás con cuánto sigilo
soportaré mis dolores,
mis amargos sinsabores...

siempre me verás tranquilo!
(Variando de tono.)
Mas por Jesus, que he notado
que prosigo y no me enmiendo,
porque cuanto estoy diciendo
lo digo encolerizado.

ESCENA V.

URBIETA.—LEGO.

LEGO. Alabado sea el Señor.
URBIET. Bien venido. Cielos santos!
Este viene por el alba.
LEGO. Cómo estais?
URBIET. Dado á los diablos!
LEGO. Me alegro mucho: eso es bueno.
Vivir y penas á un lado,
como dice fray Benitez.
URBIET. Calla! Se estará burlando?
Yo ahora vengo de la huerta,
y en verdad llego pasmado.
URBIET. Venis tal vez por el alba?
LEGO. (Sacando de las alforjas un manojo de rábanos.)
Contemplad bien estos rábanos.
URBIET. Para probar mi paciencia,
el cielo me lo ha enviado.
Sostendré lo prometido;
dominaré mi arrebato.
LEGO. (Brindando.)
Probad, probad, si no pican
aunque los veis encarnados.
URBIET. (Resignado.)
Venis tal vez por el alba?
LEGO. No quereis? Pues me los guardo.
—La avellana ya está en flor.
URBIET. (Paseando.)
Pues, señor, esto va malo.

(Al lego.)
Venis tal vez por el alba?

LEGO. Pues si viérais los garbanzos:
abundancia prodigiosa!
Parece cosa de encanto.
(Urbieta aparenta impacientarse.)
Mas; por qué os impacientais?
Sin duda dijísteis algo
que yo no pude entender.
Vos no sabeis... (Sigue murmurando.)

URBIET. (Al mismo tiempo.) Yo me marcho,
porque si aqui permanezco,
á impulsos de un arrebato
puedo hacer un desatino.
(Grita.)
Vive Dios! Qué estais rezando?
Qué decis, lego ó demonio?

LEGO. Habladme un poco más alto,
y os entenderé mejor,
pues hace unos cuantos años
que de resultas de un aire...

URBIET. Me ausento por no escucharos. (Vase.)

ESCENA VI.

LEGO.—Luego ANGELA.

LEGO. (Le sigue.)
Es que vengo por el alba,
que ya se habrá rematado...—
Se vá sin decirme... bueno,
Dios le ayude y le haga un santo.
Bien me dijeron... canastas!
qué geniecito tan áspero!

ANGELA. (Sale.)
Le he visto salir... Dios mio!
Qué debo hacer en tal caso?

LEGO. Por qué llorais, Angelita?
Dígame, qué le ha pasado?

ANGELA. (Al oido.)
Es muy largo de contar;
pero si estimais en algo
la súplica de una jóven,
avisad al padre Cárlos;
decidle que venga pronto,
que aqui impaciente le aguardo;
necesito de su auxilio,
de su proteccion y amparo.
Partid, que el tiempo es precioso.
Por Jesus, qué haceis parado?

LEGO. (Despues de haber mirado á Angela un rato en silencio.)
No os entendí una palabra;
habladme un poco más alto.

ANGELA. Habrá mayor desventura?
Qué es lo que me está pasando?
(Aparece el Emperador en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

DICHOS.—EMPERADOR.

ANGELA. Pero, qué miro?

EMPER. (Acercándose.)
Qué os pasa?

ANGELA. El cielo me le ha enviado.

LEGO. (El Emperador aquí...
ó mejor dicho, fray Cárlos!)
(El Emperador dá á entender por señas al Lego que se vaya.)
Ya le obedezco, señor.
(Yéndose.)
(Siempre ceñudo en el mando.)

ESCENA VIII.

EMPERADOR.—ANGELA.

ANGELA. Qué amarga es mi situacion!
Nadie consolarme puede!

EMPER. Decidme lo que sucede,
y omitid la exclamacion.
ANGELA. De ocultároslo no trato:
apiadaos de esta mujer.
(Mostrando el alba rota.)
Ved lo que acaba de hacer
mi padre en un arrebato.
No es fundado mi dolor?
Por eso me veis llorar.
Cómo puedo yo pagar
prenda de tanto valor?
EMPER. Bien, por eso no se aflija,
pues con el padre Carranza
mi poder todo lo alcanza...
Consolaos; no lloreis, hija,
que el cielo viendo mi afan,
vuestra ventura decreta.
ANGELA. Cómo!
EMPER. Logré para Urbieta
la banda de capitan.
Es un militar bizarro,
y le quiero distinguir.
Parta á América á servir
en las huestes de Pizarro.
—Como estaba convenido,
callásteis mi diligencia?
ANGELA. No me cegó la impaciencia,
y en todo os he obedecido.
Aunque intenciones tenia
al mirar cómo se apura,
para acallar su amargura,
de decir que os conocia.
EMPER. Semejante inobediencia,
hubiera sido peor,
que es más temible el furor
reunido con la impaciencia.
Ademas, sabed que intento
cierta extratagema urdir,
por si puedo corregir

ese carácter violento.

ANGELA. Laudable es vuestra intencion;
por el bien que la dirige...
—El genio no se corrige
si falta la educacion.

EMPER. Negároslo es necedad,
y así no trato oponerme;
pero quiero convencerme
hoy, de esa triste verdad.

ANGELA. Con que mi padre es dichoso?

EMPER. Recibid mi parabien,
que vos lo sereis tambien
al lado de vuestro esposo.

ANGELA. Qué decis?

EMPERA. Os lo aseguro;
no lo teneis que dudar,
porque le acabo de hablar.

ANGELA. A quién?

EMPER. A vuestro futuro.

ANGELA. El gozo, padre, me alienta,
y experimento un placer...
pero, cómo vais á hacer?...

EMPER. Eso corre de mi cuenta.
Ante todo, os voy á dar...
(Sacando un bolso con disimulo.)

ANGELA. Alguna nueva?

EMPER. (Dudoso.) No... intento...
(Pero, no; ya me arrepiento;
la voy á ruborizar.)
No es tiempo.

ANGELA. Por qué no empieza?

EMPER. Ved si viene algun testigo.
(Mientras Angela se asoma á la puerta del foro, el Emperador pone el bolsillo encima de la mesa.)
De esta manera consigo
no herir su delicadeza.

ANGELA. (Llega al proscénio.)
Viene Fonseca!

EMPER. Me place;

y yo pretendo arreglar...
ANGELA. Con él me vais á dejar?
EMPER. Quién mejor os satisface?
No es más grata su presencia?
ANGELA. Iguales...
EMPER. Me estais mintiendo...
Lo contrario está diciendo...
ANGELA. Quién, padre?
EMPER. Vuestra impaciencia.
Es justa, soy tolerante,
y aplaudo vuestro sentir;
no puedo yo competir
á los ojos de un amante.

ESCENA IX.

DICHOS.—FONSECA.

FONSEC. Angela!
ANGELA. Mi bien! (Se abrazan.)
FONSEC. (Cortado al Emperador.) Señor,
dispensad mi atrevimiento,
si en vuestra presencia...
EMPER. Basta.
Dicen que el amor es ciego.
FONSEC. Es verdad.
EMPER. Pero al entrar
caminásteis muy certero.
FONSEC. Pero el imán, padre mio,
de esos ojos hizo efecto.
EMPER. (Con sorna.)
Qué diablillo es el imán!
(Mirando á Fonseca.)
y... qué sutil el acero!
—Con Dios os quedad.
ANGELA. (Acercándose.) Señor.
FONSEC. Mi emperador...
EMPER. Pronto vuelvo.

ESCENA X.

ANGELA.—FONSECA.

FONSEC. Al fin te miro, mi bien:
cuánto lo ansiaba mi pecho!
y el tuyo?

ANGELA. Me lo preguntas?
Hay en la tierra un consuelo
comparable á tu llegada
á este mísero aposento?
Has visto en la tempestad
cómo se encapota el cielo,
y aquella mortal tristura
que infunde el horrible trueno?
No has visto despues la nube
que rasga su oscuro velo,
y aparece el sol radiante,
puro, luciente y espléndido,
y la natura sonrie
con jubilosos extremos?
Pues igual mi corazon,
disipando sus tormentos,
se reanima y me devuelve
con tu vista mi contento.

FONSEC. Hablas con el corazon?
Sí, no cabe fingimiento
en una jóven tan pura
como el azul de ese cielo.
Yo tambien sufro en la ausencia,
yo tambien gimo, y padezco
cuando los hados me apartan
de aquella imágen, que veo
en todas partes. Me sigue,
ocupa mi pensamiento
constantemente: me guia,
mitiga mis sufrimientos,
alimenta mi esperanza

y acrecienta mis deseos.
Pero muy pronto, muy pronto,
van á quedar satisfechos.

ANGELA. Cuenta.

FONSEC. Pero...

ANGELA. Qué sucede?

FONSEC. Nada revelarte puedo;
apacigua tu impaciencia
y respeta mi silencio;
sin embargo, nada malo
arguyas de este misterio.
Tu porvenir es dichoso,
es cuanto decirte debo.
Ahora, déjame partir.

ANGELA. Dónde vas!

FONSEC. Al monasterio;
el Emperador me aguarda
y es preciso obedecerlo,
que al fin es el protector
á quien todo lo debemos.

ANGELA. Yo no acierto á comprender
lo que me está sucediendo...
Pero parte, no me opongo,
y quiera benigno el cielo,
que una sorpresa agradable
revele lo que no entiendo.

FONSEC. Adios, mi bien.

(Le besa la mano y aparece Urbieta en la puerta del foro.)

ANGELA. (Huyendo.) Soy perdida!

FONSEC. (Mira al foro.)
Quién es la causa?

URBIET. (Desde la puerta.) Qué veo?

ESCENA XI.

URBIETA.—FONSECA.

(Baja Urbieta muy despacio al proscénio, mirando á Fonseca fijamente.)

URBIET. Lo que aqui pasaba infiero,

y por lo tanto yo exijo
saber á quién me dirijo.
Responded.

FONSEC. (Con calma.) A un caballero.

URBIET. Ahora vais á confesar
la causa que aqui os tragera.

FONSEC. Lo exigís de tal manera
que me obligais á callar.

URBIET. Eso respondeis? Oh! mengua!

FONSEC. Sí señor, no os diré nada.

URBIET. Yo entonces con esta espada
haré que movais la lengua.

FONSEC. No espereis que el pecho os abra.

URBIET. Pues me teneis que decir...

FONSEC. Antes me vereis morir
que soltar una palabra.

URBIET. (Sacando la espada.)
Pronto en guardia, vive Dios!

FONSEC. Os suplico que envaineis.

URBIET. Cómo! Reñir no quereis?

FONSEC. No puedo reñir con vos.

URBIET. Y quién lo dispone?

FONSEC. El cielo;
luchar con vos fuera horrible,
y haré todo lo posible
por evitar este duelo.

URBIET. Pensais que he de consentir?
Mirad lo que haceis.

FONSEC. Insisto.

URBIET. Cobarde!

FONSEC. (Empuñando la espada.) No!... Vive Cristo...
Pero no quiero reñir.

URBIET. Si no dais otras razones,
juzgaré por lo que pasa
que habeis venido á mi casa
con pérfidas intenciones.

FONSEC. Qué pensais?

URBIET. Soy de opinion,
al veros tan atrevido,

que solo os ha conducido
el plan de la seduccion;
porque la verdad, me extraña,
que busquen tales señores,
puros y honestos amores
en una triste cabaña.

FONSEC. Y de dónde presumís
mi orígen? Quién os lo esplica?

URBIET. Vuestro porte me lo indica
y esa banda que ceñís.
En todo veis que me fundo;
amores la habreis fingido,
y os habrá correspondido
porque no conoçe el mundo.

FONSEC. Vuestra errónea presuncion,
pronto vendré á demostrar. (Váse.)

URBIET. Como aquí volvais á entrar,
os arranco el corazon. (Envaina.)

ESCENA XII.

URBIETA.

URBIET. Y me ocultó estos amores,
ella, que ha sido tan franca
en revelármelo todo...
Comprendió que me faltaba,
que jamás consentiria...
(Repara en el bolsillo que está sobre la mesa, y lo coje con prontitud.)
Pero, qué miro?
(Se reprime.) Cachaza,
Urbieta... no te acalores...
Mas... el aliento me falta,
y sospecho... Aquí hay dinero;
dinero, y en abundancia.
(Colérico.)
Tal vez el infame quiso
comprar la honradez!... cachaza.

Urbieta, ten más aplomo....
(Registrando el bolsillo con emocion.)
Registremos... Oro... plata!
No puedo más; es preciso
que la infiel me satisfaga.
Por qué, por qué le ha tomado?
Pronto lo sabremos... Angela!
Aquí se acerca... Dios mio!...
viene temblorosa y pálida.

ESCENA XIII.

URBIETA.—ANGELA.

URBIET. Acercáos.
ANGELA. (Con timidez.) Qué quereis, padre?
URBIET. (La preguntaré con calma.)
(Colérico.)
Quién te ha dado este dinero?
No me mientas!
ANGELA. Vírgen santa!
URBIET. Quiero saberlo; lo entiendes?
Yo no tolero la infamia...
Mas tu grande turbacion
me revela lo que pasa;
que aceptas un agasajo
que te deshonra? Sí, Angela.
Busquemos á ese sugeto,
devolvamos sin tardanza
este bolsillo!
ANGELA. Señor,
dejadme hablar.
URBIET. (Con naturalidad.) Bien, habla,
como yo; sin alterarte.
ANGELA. Me confunde y sobresalta
cuanto me decís: no acierto...
Ignoro lo que me pasa.
Este bolsillo... yo, padre,
no adivino...

URBIET. Tú me engañas!
Ese jóven que ha salido,
sin duda...
ANGELA. Sospecha vana;
ni un ademan advertí,
ni la más leve palabra
que condujera á ofrecerme
semejante cosa.
URBIET. (Colérico.) Calla!
Aborrezco la mentira,
y sin embargo, te sacias
con ella en asesinarme.
Eres cómplice, hija ingrata;
te atreves en tu delirio
á deshonrar estas canas?
No es bastante la pobreza
que reina en nuestra morada,
que tambien quieres, infiel,
penetre en ella la infamia?
Mas yo cerraré las puertas
á esa inclinacion bastarda,
que llega con paso hipócrita
á aumentar nuestra desgracia.
La miseria se tolera
pero la deshonra mata...
y su fin es bochornoso...
ANGELA. (Llorando.)
Por la Vírgen soberana!
(De rodillas.)
Os suplico de rodillas
deis crédito á mis palabras!
(Aparecen en el foro el Emperador y el Lego.)
URBIET. Quién dió este dinero?
EMPER. (Entrando y echándose la capucha.) Yo!

ESCENA XIV.

DICHOS.—EMPERADOR.—LEGO.

ANGELA. (Echándose en los brazos del Emperador.)
Padre mio!
EMPER. Pobre Angela!
(Sin que Urbieta lo repare
partid con mi lego.)
(Angela se retira y el Emperador y Urbieta se miran de hito en hito.)
URBIET. (Calla
y me observa silencioso.
Cuánto aterra su mirada!)
(El Emperador se aproxima á Urbieta, y Angela parte con el Lego.)
LEGO. (A Angela:)
Que os conduzca al monasterio
el Emperador me encarga.
ANGELA. Partamos sin dilacion:
lléveme el cielo en su gracia.

ESCENA XV.

EMPERADOR.—URBIETA.

EMPER. Algo sin duda os espanta.
De cierto modo observais...
(Echándose abajo la capucha.)
Decid lo que en mí notais.
URBIET. (Se arrodilla de pronto.)
Es mi Emperador!
EMPER. (Dándole la mano.) Levanta.
URBIET. Es imposible: jamás.
EMPER. Sí, que os apoya mi mano.
No soy vuestro soberano,
soy un monje... y nada más.
(Urbieta se levanta cortado, y el Emperador se lo lleva al proscenio y le dice con magestad:)
Puesto que me conoceis,

y os encuentro más tranquilo.
escuchadme con sigilo.

URBIET. Obedezco.

EMPERA. Bien haceis.
—Urbieta, da compasion
al mirar vuestra dureza,
no domine la cabeza
ese altivo corazon.
El hombre que es altanero,
desconfiado, imprudente,
reniega de su presente
y teme lo venidero.
Al destino desleal,
injusto no se le alcanza
que existe aquí una balanza
para el bien y para el mal.
Insensato se enfurece,
solo en su suerte repara,
y jamás vuelve la cara
para ver al que padece.
—Sois bizarro militar,
mas colérico, impaciente,...
Es para mí mas valiente
quien se sabe dominar.
Sufrís...? La suerte lo quiso;
soportadla resignado.
Os habeis imaginado
que es la tierra un paraiso?
No alimenteis tal error,
y empezad á conocer,
que á la sombra del placer
se oculta siempre el dolór.
El árbol de la paciencia
que cobija al infeliz,
tiene amarga la raiz;
pero endulza la existencia
con su fruto sazonado,
y este manjar, segun siento,
debe ser el alimento

del que nace desgraciado...
Oh! llorais : no es ilusion!
Os remuerde la conciencia?
—Ved aquí la consecuencia
de una mala educacion.
Pero cambiais de repente,
y esa lágrima vertida
os dá la herencia ofrecida
á todo el que se arrepiente.
Oid; no os cueste rubor,
que el hombre no desmerece,
al contrario, se enaltece
cuando conoce su error.
Y suele hacerlo el más sábio.
—Urbieta... Estais convencido?
(Con ansiedad.)
Responded.

URBIET. (Con resolucion.) Y arrepentido.

EMPER. Bendiga el cielo tu lábio.
(Le estrecha la mano con entusiasmo.)
Ahora en premio de tu afan,
y con arreglo á la ley,
te ha concedido tu Rey
la banda de capitan.
(Sacando una banda y un pliego.)

URBIET. Qué decís?

EMPER. No es ilusion.

URBIET. Oh! ventura inesperada!

EMPER. Sí, ya la teneis ganada...
mas con una condicion.
Condicion que observareis
siempre animoso y constante.

URBIET. Cuál es, pues?

EMPER. Que en adelante
vuestro genio modereis.

URBIET. Cómo no!

EMPER. Dudoso escucho.

URBIET. Así la duda os inquieta?

EMPER. Reparad, amigo Urbieta,

que habeis prometido mucho.
Que hay cosas, en mi opinion
muy fáciles de ofrecer;
y luego suelen tener
difícil la ejecucion.

URBIET. Señor, si me enfurecia
tan insensata querella,
la originaba la estrella
cruel que me perseguia.
Jamás de mí se apartaba;
pero ya el alma reposa
y cesa la vida ociosa
que tanto me importaba.
Ya de mi existencia oscura
cayó la funesta venda,
para enseñarme una senda
llena de paz y ventura.

EMPER. No nos equivocaremos?

URBIET. Nunca, señor!

EMPER. (Cogiéndole la mano.) Camarada...

URBIET. Proseguid.

EMPER. No digo náda.

URBIET. Lo sostendré.

EMPER. Lo veremos.

(Cuelga la banda en el espaldar de la silla que está al lado de Urbieta y suelta el pliego.)

(Con indiferencia.)

Con que solo á la constancia
de vuestro esfuerzo y bravura,
se debió,—tal se asegura—
la prision del rey de Francia?

URBIET. No cabe duda, señor;
y el hecho está bien probado.
Solamente á este soldado
le corresponde ese honor.

EMPER. Fué memorable el suceso;
mas hay—cosa singular—
quien os quiere arrebatar
la gloria de haberle preso.

URBIET. (Furioso.)
Y habrá quien tal autorice?
Dónde está? Voy á buscarle.
EMPER. Para qué?
URBIET. (Colérico.) Para arrancarle
la lengua con que lo dice.
Quién me arrebata ese honor?
quiero dar muerte al infiel.
EMPER. Esperad.
URBIET. No doy cuartel
jamás al calumniador;
pues con viles artimañas
el hecho á su antojo explica,
mis acciones perjudica
y oscurece mis hazañas.
Es villana su intencion,
que venga el mal caballero,
vereis si con este acero
le atravieso el corazon.
(El Emperador se rie.)
Por qué os mofais, voto á san?
EMPER. Aun no lo habeis comprendido?
URBIET. Yo, no.
EMPER. Porque habeis perdido
la banda de capitan.
(La coje el Emperador, y la pone en el espaldar de la otra silla que está á su lado. Sonrisa del Emperador y confusion de Urbieta.)
URBIET. No enfadarme prometí.
EMPER. Cosa que no me cumplísteis.
Mirad qué pronto caisteis
en el lazo que os tendí.
URBIET. He conocido mi error:
fué ingeniosa extratagema:
mas decid, quién tiene flema
si le tocan al honor?
EMPER. Pero, me vais á decir...
URBIET. El qué, señor?
EMPER. Más cachaza.
El furor y la amenaza,

son medios de persuadir?
Cuánto más el hombre alcanza,
aunque no tenga talento,
si reune á su argumento
la razon y la templanza?
Este monje que mirais,
mucho en la tierra ha sufrido...
Si le veis enfurecido,
pedidle cuanto querais.

URBIET. Tal vez si un astuto brazo
el fuego apagado atiza,
de entre la misma ceniza
logre arrancar un chispazo.

EMPER. Para que el premio conceda
es necesario ganarle.

URBIET. Señor, para conquistarle,
haré todo lo que pueda.

EMPER. Esto es, pues, lo que sentencio;
reprimid las tentaciones,
Urbieta, que en ocasiones
se lucha con el silencio.
Yo el orbe agitado ví,
y en silencio me animé,
y en silencio le humillé.
Que el mundo en su frenesí
me lanzó atrevido reto;
mas yo en silencio profundo
puse la mano en el mundo...
y el mundo se estuvo quieto.

URBIET. Del silencio partidario
diz que sois siempre calmoso,
y añaden, que sigiloso
aplanásteis al contrario.

EMPER. Tal concepto he merecido?
Ese mundo, que he dejado
afanoso me ha estudiado;
pero no me ha comprendido.

URBIET. Pues suponen conoceros,
y hay quien osa sustentar

mandásteis... envenenar...

EMPER. A quién? A quién!

URBIET. A Cisneros.

EMPER. (Furioso.)
Y hay quien villano lo crea?
Que venga y le escucharé,
vive Dios, y le ahorcaré
con esta misma correa!
(Risa de Urbieta.)
Te ries, con tal desman,
y yo te lo he tolerado?

URBIET. Perdonad, mas he ganado
la banda de capitan.
(La coge de la silla donde está y la pone en la que tiene á su lado. Confusion del Emperador y aspecto satisfactorio de Urbieta.)

URBIET. Conozco vuestro embarazo.
Recomendad mansedumbre...
Señor... aticé la lumbre.
Veis cómo salió el chispazo?

EMPER. Este arrebato perdona.
Despues de tantos vaivenes
aun se resienten mis sienes
del peso de la corona.
(Aparecen en la puerta del foro Angela y Fonseca. Urbieta los vé y echa mano á la espada.)

ESCENA XV.

DICHOS.—ANGELA.—FONSECA.

URBIET. Cielos!... Los dos morirán!
Me han vendido!

EMPER. (Se interpone.) Atrás!

URBIET. Qué haceis?

EMPER. No prosigais, que perdeis
la banda de capitan.

URBIET. Pero vengaré mi honor
con sangre de los malvados!

EMPER. Mas sabed, que están casados,

y que soy su protector.

URBIET. Será posible?

EMPER. Sí tal.

URBIET. (Suelta la espada y se postra.)
Señor...

EMPER. Tranquilo vivid.

URBIET. Pues llegad, y recibid
mi bendicion paternal.

(Angela y Fonseca se echan á los pies de Urbieta.)

ANGELA. Ya nuestra dicha es segura,
pues que así la confirmais.

FONSEC. (Se levanta.)
Gracias porque al fin colmais
mi deseada ventura.

(El Emperador coge á Urbieta de la mano.)

EMPER. Te escuchó la Providencia:
ya tu estrella ha variado,
que este fraile ha remediado
tantos años de indigencia.
Asi te convencerás
de que aquel que desconfía,
redoblando su agonía,
nada espera y sufre más.
Modifica tu razon,
luz que alumbrando refleja
en el alma que se queja
con santa resignacion;
y nadie dude un momento
que en este mundo al entrar,
es necesario cursar
la escuela del sufrimiento.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Madrid 3 de Marzo, de [illegible].—FRANCISCO DE HOR-[illegible]

BANDERA NEGRA.

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

REPULLES.

PERSONAS.

DOÑA ESPERANZA DE HARO.
DOÑA INÉS.
DON FELIX.
EL MARQUES DE LICHE.
BELTRAN.
DOÑA GOMEZ.
[redacted]UIRÓS.
GUZMAN.
OLMEDILLA.
UN ALCALDE DE CASA Y CORTE.
UN PORTERO.
ROLANDO.
DOS EMBOZADOS.

Damas.—Caballeros.—Ronda de justicia.—Soldados.

Año de 1661.

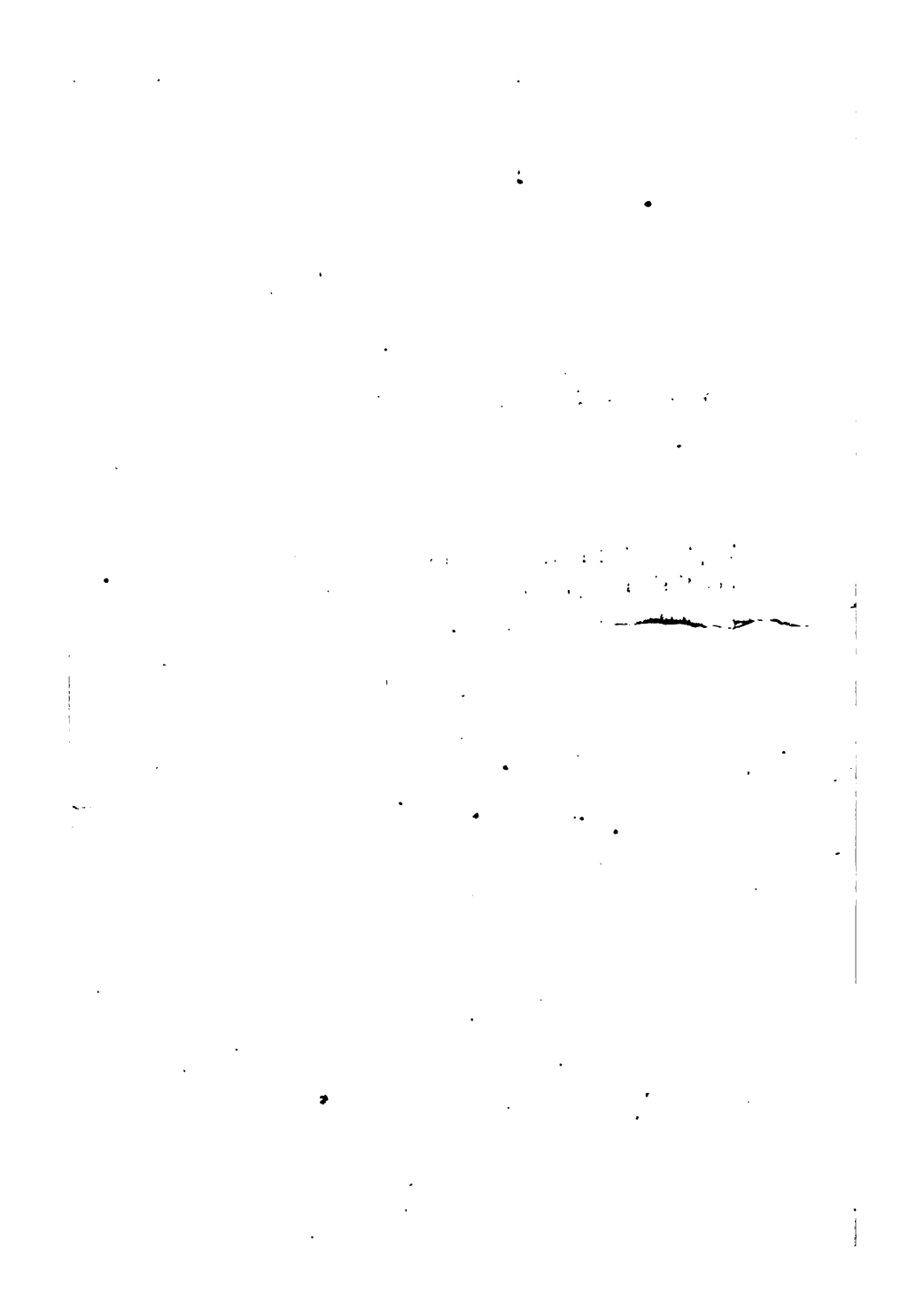
La accion pasa en una sala de la casa de D. Luis de Haro, ministro universal de D. Felipe IV.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A DON RAFAEL PEREZ VENTO.

Acepta, Rafael mio, esta buena ó mala comedia, que va á tí sin mas pretension que la de consagrar un recuerdo á la buena amistad que te profesa tu apasionado

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.



Acto primero.

Salon alhajado con suntuosidad.—En el fondo una puerta grande por la que se dejan ver otros salones.—A la derecha una puerta, y otra perfectamente disimulada: á la izquierda otra, y en el ángulo de este costado un balcon.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GOMEZ. — *Criados.*

D.ª GOMEZ. Asi está muy bien, asi:
ahora ya somos felices.
(*A los criados que estan dentro.*)
Vosotros esos tapices
quitadlos pronto de ahí.
Oh! no se dirá de mí
que con prontitud no alterno
ni acudo al servicio interno...
Si todo al paso me sale;
vaya, es mucho lo que vale
un buen ama de gobierno.

ESCENA II.

BELTRAN. DOÑA GOMEZ. — *Criados.*

BELTRAN. Todavia asi se estan?
A que doy de buena gana

con todos por la ventana?...
D.ª GOMEZ. Menos voces, seor Beltran:
no vengais á entorpecer
nuestra obligacion precisa,
que estamos aqui de prisa
y es cerca de anochecer.
BELTRAN. Quién ha mandado adornar
galerías y salones
con los vetustos sillones...
D.ª GOMEZ. Que nos vamos á enzarzar.
BELTRAN. Eh?... quién lo ha mandado?
D.ª GOMEZ. Yo.
BELTRAN. Pues!... lindo! asi va la danza;
vos adornais á la usanza
del rey aquel que rabió.
D.ª GOMEZ. Don Beltran, eso es decir
que yo soy...
BELTRAN. Honrada dueña,
repare que se despeña...
D.ª GOMEZ. Los sordos nos han de oir!
La habeis tomado conmigo,
y á fé que os ha de pesar.
BELTRAN. Eh! largo de aqui, á rezar!
D.ª GOMEZ. Me iré por...
BELTRAN. Hum?...
D.ª GOMEZ. Enemigo!

ESCENA III.

BELTRAN. — *Criados.*

BELTRAN. Quién le mete al vejestorio
en tomar disposiciones
para aderezar salones...
qué sabe ella del jolgorio?...
Vamos á ver, ganapanes,
id á ver al maestre sala
para que os vista de gala:
cuidado con los desmanes.
Tened en beber reparo,
honrar, como de costumbre,

la espléndida servidumbre
del señor don Luis de Haro.
Poned tiestos de jazmines
en las piezas laterales:
los fuegos artificiales
custodiad en los jardines;
y que nada se trabuque,
que luzcan nuestros señores
como dignos sucesores
del famoso conde-duque.
Lo entendeis? Pues se acabó;
á ver si haceis lo que os mando:
que vayan iluminando,
que ya la noche cerró.

(*Vanse los criados.—Entran luces en la escena, y van iluminando poco á poco los salones interiores.*)

Qué diablos!... estoy rendido...
uf!... qué trasiego, qué afan...
á pocas de estas, Beltran,
vas á dar un estallido.
Yo todo el trabajo tomo...
ya se ve, como en conciencia
soy aqui la omnipotencia...
es decir, el mayordomo,
no puedo menos por eso,
de andar de aqui para alli,
y asi viene sobre mí
del trabajo todo el peso.
Ello sí, entiendo el registro
cuanto es posible entender,
y solo asi es facil ser
mayordomo de un ministro.
Cerremos este balcon,
porque en breve llegarán...
Hola! hola! ya está el galan
en la esquina de planton.
Enamorar con tal tema...
el cielo nos dé su amparo!
á doña Esperanza de Haro
de la nobleza suprema:
del rey parienta cercana:
de hermosura sin igual:

del ministro universal
hija; de un marques hermana:
viuda de un conde... qué es esto?
(*Bajando la voz.*)
Qué haceis, hombre temerario!
Quién sois vos? un perdulario...
hidalguillo... por supuesto.
Idos, don guardacanton...
Nada, no me oye, idos pues.

ESCENA IV.

DOÑA ESPERANZA. BELTRAN.

ESPERANZA. Beltran, vino doña Inés?
BELTRAN. (*Sin reparar en ella.*)
Por el Cristo del Perdon
mirad bien que si insistís
os van á dar unos palos
que... ese hombre tiene los malos!
ESPERANZA. (*Para llamarle la atencion le arroja el pañuelo que de rechazo sale por el balcon.*)
Qué es lo que hablais? no me ois?
BELTRAN. Ah! vos aqui... perdonad,
porque como estaba ahora...
ese hombre, ese hombre, señora!...
Es mucha temeridad!
ESPERANZA. Qué hombre es ese que os asombra?
BELTRAN. Su atrevimiento me pasma;
ese hidalguillo fantasma
que os sigue como una sombra.
ESPERANZA. Ah!... ya!... segun eso, vos
su condicion conoceis?
BELTRAN. Señora! tal no penseis;
conocer? libreme Dios!
Lo dije, por esa tema...
me parece un pobre hidalgo...
pero yo no entro ni salgo
en nada... este es mi sistema.
ESPERANZA. Eso mismo será, sí;
tal vez algun desgraciado

que por mejorar de estado
los vientos bebe por mí.

BELTRAN. Vaya! y con fé tan ardiente
los bebe, y con tanto afan,
que mas parece galan
que contrito pretendiente.

ESPERANZA. Os mando que averigüeis
las cuitas del buen hidalgo
por si podemos en algo
aliviarle... me entendeis?

BELTRAN. Me ocuparé desde ahora...
ya sabeis cuánto me afecta...

ESPERANZA. De una manera indirecta...

BELTRAN. Por supuesto, si señora.

ESPERANZA. Recogedme aquel pañuelo.

BELTRAN. Plegue á Dios que ya le halle...

ESPERANZA. En el balcon... en el suelo...

BELTRAN. Sí, en el suelo de la calle.

ESPERANZA. Cómo!... por fuera cayó?

BELTRAN. Cabal... (*Asomado al balcon.*)
Nada... no se ve;
calle!... ya se largó....

ESPERANZA. Qué?

BELTRAN. Que el mancebo se afufó.

ESPERANZA. En buen hora; id y mirad
si ya mi padre ha llegado,
y si no, estad al cuidado
y en cuanto llegue, avisad.

BELTRAN. En obedeceros fiel
tan solo Beltran se emplea.

ESCENA V.

DOÑA ESPERANZA.

Quiero que mi padre vea
que hoy visto galas por él,
y que le ofrezco en tributo
no mas que por ser su dia
mi ya olvidada alegría
despojándome del luto.
Del luto... ay triste de mí!

que un año entero he guardado,
recuerdo bien desdichado
del esposo que perdí...
No dispertemos ahora
pensamientos de afliccion;
bastante mi corazon
por ellos lloró y aun llora.
Y cuando hoy todos aqui
se alegraran... no está bien...
que yo vaya...

ESCENA VI.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX.

FELIX. (Aqui está.)
ESPERANZA. Quién?
FELIX. Señora... yo.
ESPERANZA. Vos!
FELIX. Yo, si.
ESPERANZA. (A qué habrá entrado este hombre...
Oh! no lo alcanzo por Dios.)
Buscais á mi padre?
FELIX. A vos.
ESPERANZA. A mi, decis!...
FELIX. No os asombre...
ESPERANZA. Me admira que mis criados
os hayan dejado entrar.
FELIX. No lo debeis estrañar,
porque estan muy ocupados.
Ademas, existe en mi...
ya veis si soy venturoso,
un talisman poderoso
para llegar hasta aqui.
ESPERANZA. Debeis saber, caballero,
que no hay talismanes hoy
para entrar donde yo estoy
sin anunciarse primero.
FELIX. Señora, teneis razon,
vuestra justa queja admito;
mas... perdonadme el delito
en gracia de la intencion.

Hallé este lienzo, señora;
en él vuestras armas vi,
y al punto lo recogí
para entregároslo ahora.

ESPERANZA. Me haceis un gran beneficio;
y pues que veis que lo tomo,
haré que... mi mayordomo
os premie este buen servicio.

FELIX. Vuestro mayordomo, oí?

ESPERANZA. Pues, eso dije...

FELIX. Por Dios...
no os comprendo.

ESPERANZA. Ni yo á vos;
os agravio?

FELIX. Mucho, sí.

ESPERANZA. Perdone vuestra nobleza
que en este lance impensado
os haya calificado...
y con tanta lijereza,
caballero, y de los buenos,
quédoos muy agradecida...
Ved... por allí es la salida...

FELIX. Ahora os comprendo menos.

ESPERANZA. Que no me entendeis?... á fé
que en lo dicho, ó soy muy ruda,
ó no admite mucha duda
mi intencion...

FELIX. Me esplicaré.

ESPERANZA. Sed breve en lo de esplicar,
que el tiempo se va pasando...

FELIX. Ya os lo estuviera esplicando
si me dejarais hablar.

ESPERANZA. Os escucho.

FELIX. Empiezo pues.
Vos, señora, no ignorais
que por do quiera que vais
os sigo desde hace un mes.
El velo y vuestros enojos
ese rostro me esquivaron;
pero... señora, lo hallaron
en todas partes mis ojos.
Cuando á España me volví

ilusiones mil soñé...
y todas las realicé
en el momento en que os vi.
Pues tanta fascinacion
obró en mí vuestra hermosura...

ESPERANZA. Ah!... suprimid la pintura
de vuestra ardiente pasion;
porque no acabareis hoy
de esplicar lo que quereis...
y es fuerza que no olvideis
dónde estais, y quién yo soy.

FELIX. Pues por eso así tan claro
procuraba haceros ver...
mas... no logro comprender
á doña Esperanza de Haro.
Hay tanta contradiccion
en cuanto decís ahora,
que habeis logrado, señora,
llenarme de confusion.

ESPERANZA. Pues no os he estado diciendo
que por allí es la salida?
qué confusion?... por mi vida...

FELIX. Pues eso es lo que no entiendo.

ESPERANZA. Os burlais?

FELIX. No, vos de mí.

ESPERANZA. Yo!

FELIX. Qué es lo que debo pensar
de quien así me hace entrar
y me hace salir así?

ESPERANZA. Yo haceros entrar?

FELIX. Pues no?

ESPERANZA. Sospecho que os falta ahora
el juicio.

FELIX. En eso, señora,
estaba pensando yo.
Pues tan raro es lo que toco
que... ó vos en lo que decís
no espresais lo que sentis,
ó yo debo de estar loco.
Voy á argüiros sin malicia;
prestadme vuestra atencion,
y en esta grave cuestion

después haced vos justicia.

ESPERANZA. (Donoso y original
es el trance en que me veo.)

FELIX. Un mes hará, á lo que creo,
que á una dama principal
en San Gerónimo hallé,
de rostro tan espresivo
que verla y quedar cautivo
obra de un instante fué.
No estrañeis, señora mia,
que así perdiera la calma
el que grabada en el alma
aquella imágen tenia;
pues aunque hasta entonces yo
no habia visto aquel portento,
mil veces mi pensamiento
su existencia adivinó.
A mis amantes instancias
el mundo se opone ahora...
mas ya sabeis vos, señora,
que para amor no hay distancias.
Por eso yo la seguí
adonde quiera que fué,
y por mas que supliqué
nunca un favor conseguí.
Pero hoy... aquí en reclamar
insisto vuestra atencion,
delante de su balcon
estaba, cual suelo estar,
solicitando un suspiro,
una sonrisa ó mirada
para un alma enamorada...
cuando hé aquí que la miro
escasamente salir...
su pañuelo me arrojó,
el cual á mis pies cayó...
Esto qué quiere decir?

ESPERANZA. Yo os lo esplicaré en verdad,
pues no es justo que ignoreis
ni que á favor achaqueis
lo que fué casualidad.
Os diré que es mucha dama

la que vos llamais portento
para haber dado alimento
á vuestra amorosa llama.
Que en vos jamas ha pensado,
ni en vos pensará jamas:
que habeis sido por demas
en merecer confiado.
Que le pareceis muy ducho
y muy audaz en amor:
pero que ahora, señor,
habeis presumido mucho.
Que os aconseja olvidarla,
y os perdona lo que hablais,
con tal de que no volvais
otra vez á importunarla.

FELIX. Eso es lo que no podré
cumpliros, soy porfiado...
puedo haberme equivocado,
pero no desistiré.

ESPERANZA. Tanto peor para vos.

FELIX. Qué quereis, yo soy asi.

ESPERANZA. Os vuelvo á decir que aqui
no podeis...

FELIX. Quedad con Dios.
Doña Esperanza de Haro,
pronto á verme volvereis.

ESPERANZA. Pues mirad cómo lo haceis,
que os puede costar muy caro.

FELIX. No será con tanto estremo;
que esto os diga no os asombre,
pues yo, señora, soy hombre
que os amo... pero no os temo.

ESPERANZA. Reparad que os esponeis:
que si aqui os vuelvo á encontrar
de cierto os ha de pesar.

FELIX. Señora, me encontrareis:
á prueba pondré mi brio.

ESPERANZA. De mucho habeis menester
ya que me osais proponer
tan singular desafio.

FELIX. No hay enemigo pequeño:
tal vez no oisteis decir...

ESPERANZA. Por Dios que me hareis reir;
porque vuestro necio empeño
mas que ofenderme me alegra.
FELIX. Con que quereis guerra á muerte?
ESPERANZA. Sea el campo del mas fuerte.
FELIX. (*Saludándola.*) Pues bueno; bandera negra.
(*Se dirige á la puerta del fondo y al salir entra doña Inés; tropieza y don Felix le da la mano.*)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS. DOÑA ESPERANZA. DON FELIX.

INES. Ah!
ESPERANZA. Qué es eso?
INES. Tropecé...
FELIX. (*A Esperanza.*) Pero yo...
INES. (*A Felix.*) Gracias os doy.
FELIX. Ay señora! todos hoy
aquí entramos con mal pie.
INES. Tambien tropezásteis vos?
FELIX. Tambien, señora, ay de mí!
mas yo tropecé... y caí...
Que el cielo os guarde á las dos.

ESCENA VIII.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS.

INES. Esperanza, quién es este
cumplidísimo galan?
ESPERANZA. Inés mia, no lo sé.
INES. Cómo, si en tu casa está?
ESPERANZA. Pues con todo, Inés, ignoro
su nombre y su calidad.
INES. Hola! secretos conmigo?
Tú vas olvidando ya
el amor que en otro tiempo
te mereci...
ESPERANZA. No en verdad:
mas... qué quieres que te diga

sino te sé contestar?
Sospecho que es un hidalgo;
con un pretesto no mas
ha osado entrar hasta aquí,
y... ya lo has visto, se va.

INES. Que con un pretesto ha osado...
aventura singular!
Mira, Esperanza, con eso
doblas mi curiosidad...

ESPERANZA. Inés!... presumes que yo...

INES. Ay! no lo pienses jamas,
que sé yo, Esperanza mia,
de lo que tú eres capaz.
Mas del disgusto en tu rostro
estoy viendo la señal,
y en eso que me has contado
hallo tanta oscuridad...
que sospecho que me ocultas
alguna otra cosa mas.

ESPERANZA. Inés, eres muy curiosa.

INES. Con que acerté, no es verdad?

ESPERANZA. Puede ser; pero es tan poco,
que ahora á saberlo vas;
costábame repugnancia
en esta materia hablar,
pero una vez que te empeñas
mi amor te complacerá.
Ya te he dicho que ignoraba
el nombre y la calidad
de ese hombre, y no te he mentido;
solo sé que es muy audaz,
y en empresas amorosas
entendido por demas.
Confieso que hay en él prendas
que no son de hombre vulgar,
y calculo por su porte,
firmeza y serenidad,
que es algun aventurero
que en Flandes ó en Portugal
ha seguido con fortuna
la carrera militar.
El se ha prendado de mí,

y, segun me ha dicho, hará
un mes que sigue mis pasos
adonde quiera que van.
Y es cierto; porque recuerdo
que ya delante ó detras,
en paseo y en la iglesia
lo he visto, aunque á la verdad
no ha conseguido de mí
el menor favor jamas.
Pero hoy un pañuelo mio,
por una casualidad,
cayó á la calle: ya estaba
de centinela el galan,
y creyendo que el pañuelo
era felice señal
de sus locas pretensiones,
ha osado hasta aqui llegar
y hablarme de una manera
de que solo él es capaz.
Tal le he contestado yo,
Inés, que es muy de esperar
que el sagrado de esta casa
otra vez no pisará.
Has quedado satisfecha?
nada mas hay que contar.

INES. Por cierto, doña Esperanza,
que es un amor muy tenaz
el que ese hombre te profesa.
Sabe quién eres?

ESPERANZA. Cabal.

INES. Y no lo has visto en palacio,
ni entre la corte?...

ESPERANZA. Jamas.

INES. Y sabe que tú lo puedes
confundir, anonadar
si te enojas y haces uso
de tu poder sin igual?

ESPERANZA. Tanto, que hasta á ese poder
ha osado desafiar,
y aqui volver me ha ofrecido
muy en breve...

INES. Quién será?

ESPERANZA. Qué nos importa?
INES. Oh! pues yo...
solo por curiosidad...
y para estar prevenida
lo habia de averiguar.
ESPERANZA. Calla, Inés! eso no es digno
de una dama principal...
Eh!... olvidemos este lance
y no hablemos de ello mas:
si es loco, de esa manía
muy pronto se curará,
y no es justo que le demos
aqui una importancia tal
que llegue nuestra atencion
toda la noche á ocupar.
Y bien, Inés, no me dices
cuándo tus bodas serán?
Yo sé que el marques, mi hermano,
ha ido á solicitar
esta mañana á tu casa
la aprobacion paternal.
INES. Y no lo has visto despues?
ESPERANZA. No ha vuelto á casa.
INES. Pues ya
está hecho el pacto; mi padre
aceptó sin vacilar,
y de hoy en un año, dicen
que aqui se celebrarán.
ESPERANZA. Con que seremos hermanas?...
Oh!... cuánta felicidad!
Asi los antiguos lazos
de cariño fraternal
entre nuestras dos familias
se volverán á estrechar.
INES. Oh! plegue á Dios!
ESPERANZA. Qué!... lo dudas?
INES. No lo sé; pero un fatal
y vago presentimiento
me persigue sin cesar.
Mi padre pretende mucho:
su ambicion conoces ya;
tu hermano tambien aspira

á la privanza real,
y temo con fundamento
que al faltar la autoridad
de don Luis tu anciano padre,
se desate el huracan
de la ambicion que en sus pechos
rugiendo hace tiempo está.

ESPERANZA. No mires tan lejos nunca,
deja ese tiempo llegar:
aun vive don Luis de Haro,
y antes de morir sabrá
dejar entre la nobleza
restablecida la paz.
Vuestra union es un gran paso;
y aunque eso fuera verdad,
para el conde de Castrillo
y tu futuro, será
un muro donde se estrellen
sus planes y enemistad.
Mira... aquí viene mi hermano...
él mismo te afirmará...

INÉS Nada le digas...

ESPERANZA. Me place...

(*Al marques, que se detiene en el dintel de la puerta.*)
Querido marques, llegad...

ESCENA IX.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. EL MARQUES.

MARQUES. Señoras...

ESPERANZA. Cómo es que tanto
os haceis hoy desear?
Ignorábais que tenemos
á doña Inés por acá?
si no, no teneis disculpa
en hacernos esperar...

MARQUES. Teneis razon; torpe he sido
y descortés por demas.
Pero yo he de merecer
de vuestra mucha bondad
que me acordeis el perdon.

ESPERANZA. Si empezais por adular
nuestro orgullo... facil es
que lo alcanceis... no es verdad?
INES. Es sistema del marques...
MARQUES. No, bella Inés, me ultrajais:
he estado en el Buen-Retiro
y en la cámara real
ocupado con mi padre
de asuntos de gravedad.
Esto es lo que me ha impedido
á vuestro lado volar...
á vuestro lado, porque es
el favor que tengo en mas.
ESPERANZA. Aun hemos de darle gracias.
INES. Bravamente os disculpais.
MARQUES. Mi padre en este momento
en casa acaba de entrar,
y libre de los negocios
por hoy ha quedado ya.
Antes que el festin nos prive
de esta grata libertad,
quereis venir, doña Inés,
adonde mi padre está?
disculpadle por sus años,
pero os quiere saludar...
INES. Podeis dudarlo?... ya os sigo.
ESPERANZA. Oh!... Si, si... Vamos allá!
MARQUES. (*Bajo.*) Hermana, espérame aqui.

ESCENA X.

ESPERANZA.

Me dice que aqui me espere...
algo consultarme quiere
y necesita de mí...
Quién sabe si hoy en palacio...
y su tardanza en llegar...
esto me hace sospechar...
Recelos, vamos despacio.
Estamos seguros hoy,
y si osa elevarse alguno

derribaré al importuno,
ó no he de ser yo quien soy.

ESCENA XI.

DOÑA ESPERANZA. BELTRAN. (*Recatándose.*)

BELTRAN. Señora?
ESPERANZA. Sois vos, Beltran?
BELTRAN. El mismo; estais sola?
ESPERANZA. Pues!
BELTRAN. Por nada... Ya sé quién es
el consabido galan.
ESPERANZA. De quién me hablais?...
BELTRAN. Qué!... la historia
del hidalgo se os fué ya?
Lindo!... señora, hoy está
soberbia vuestra memoria.
ESPERANZA. Ah!... si, ya recuerdo... y bien?...
Me es de tan corto valor
la historia del rondador
que ya olvidé... quién es?...
BELTRAN. Quién?
Un valenton de Toledo
y tan jugador de espada
que da cada cuchillada,
señora, que canta el credo.
Un mes hará que ha venido
de Italia el mozo gentil,
y cuentan que mas de mil:
son los duelos que ha tenido.
Felix dicen que se nombra,
y me aseguran tambien
que cuando no halla con quién
se acuchilla con su sombra:
galanteador como él solo,
airado, de vida inquieta,
algo músico y poeta,
mucho Adonis, mucho Apolo.
Tan franco como valiente,
pero á la vez tan perdido
que nadie le ha conocido

ni un amigo, ni un pariente.
Esto es, señora, por junto
lo que supe por ahí:
ello dirá; en cuanto á mí,
la verdad quede en su punto.

ESPERANZA. Pienso que no os engañó
el que os dió tales informes:
Beltran, estamos conformes;
lo mismo he pensado yo.
Solo os tengo que encargar...
y ved como lo hais de hacer,
si otra vez osa volver
que no lo dejeis entrar.

BELTRAN. Pues qué... á tanto se atrevió?
acaso ha estado ya aquí?

ESPERANZA. Esta noche ha estado, sí,
y volver me prometió.

BELTRAN. Pues los sordos nos oirán...

ESPERANZA. Lo despedís en el acto...

BELTRAN. Me he quedado estupefacto!...

ESCENA XII.

DOÑA ESPERANZA. EL MARQUES. BELTRAN.

MARQUES. Déjanos solos, Beltran. (*Vase Beltran.*)

ESPERANZA. Qué sucede, hermano mio?
hazme de dudas salir.
Qué es lo que quiere decir
ese rostro tan sombrío?
Disgustado estás?

MARQUES. Sí, hermana,
no puedo ocultar mi enfado;
mis contrarios han llevado
lo mejor esta mañana.

ESPERANZA. Quiénes?

MARQUES. Castrillo, y Olmedo...
Oh!... al que tengo odio mortal
es al digno cardenal
arzobispo de Toledo.
Con el rey en conferencia
casi ha estado todo el dia,

y dió muestras de alegría
cuando salió de la audiencia.
Al festin se le invitó
por mí en varias ocasiones;
y con frívolas razones
su eminencia se escusó.
La clase de su destino
me dijo que le impedia...
mas que á la fiesta vendria
en su lugar su sobrino.
De asuntos de Estado hablé,
con ansia de averiguar
su manera de pensar,
y sin contestar se fué.
Solo al partir murmuró
cruzando las regias salas...
«Icaro tendió sus alas
y en medio del mar cayó.»
Yo llegaré á gobernar,
tambien vos gobernareis,
y de los dos, ya vereis
quién sabe mejor volar.

ESPERANZA. Y eso te da sentimiento?
No olvides que su eminencia
suele ejercer su influencia
no mas que por un momento.
Vé desterrando ese afan,
no temas á tu adversario...
porque es grande partidario
de nuestro infante don Juan.
Del bastardo, cual le llama
la reina nuestra señora:
puedes pensar desde ahora
en acrecentar tu fama.
Y aunque llegue á suceder
que avance aun mas desde hoy,
la reina... segura estoy...

MARQUES. Sí?...

ESPERANZA. Le hará retroceder.
Y en cuanto á que asista ó no,
eso ni nos da ni quita:
nos enviará un jesuita

que escuche aqui, y se acabó.
MARQUES. Y podré contar contigo
suceda lo que suceda?
ESPERANZA. Hermano, haré lo que pueda,
pongo al cielo por testigo.
MARQUES. Con cuánto placer te escucho!
Con la reina... ya se ve,
solo con que quieras, sé
que puedes conseguir mucho.
ESPERANZA. Eso despues lo verás;
yo espero que bien te cuadre;
mas viviendo nuestro padre
no daré un paso jamas.
MARQUES. Hermana... de mi intencion
conoces bien el objeto,
y que á mi padre respeto
y adoro de corazon.
Pero me inspiran cuidados...
ESPERANZA. Con el tiempo cesarán...
(*Oyese rumor lejano; poco despues cruzan por el fondo damas y caballeros.*)
Ya me parece que van
llegando los convidados,
MARQUES. Les haremos el honor
de la recepcion.
ESPERANZA. Sí, sí;
y á los dos, á tí y á mi
nos toca... (*Crece el ruido esterior.*)
Mas... qué rumor...
MARQUES. Oh!... sí... comprender no puedo...
(*Aparece don Felix en la puerta del fondo y se adelanta pausadamente.*)
ESPERANZA. Ah!
MARQUES. Qué!...
ESPERANZA. (Osadía sin igual!...)

ESCENA XIII.

DOÑA ESPERANZA. EL MARQUES. DON FELIX. DAMAS *y* CABALLEROS *en los salones del fondo.*

FELIX. En nombre del cardenal

arzobispo de Toledo,
mi ilustre tio y señor,
vengo á haceros el cumplido...

MARQUES. Oh!... seais muy bien venido
para hacernos tanto honor.

FELIX. A la verdad, no creí
al venir á esta posada
que hubiera desde la entrada
obstáculos para mi.

MARQUES. No os comprendo...

FELIX. Perdonad
que os haga mencion del caso...
vuestros lacayos el paso
me han negado...

MARQUES. Eso es verdad?

FELIX. Pero conociendo yo
que estábais vos inocente
de aquel injusto accidente...
la daga el paso me abrió...

MARQUES. Oh!... y obrando de ese modo
obrásteis bien, caballero:
por qué lo hiciesen no infiero;
mas yo haré que se os dé en todo
cumplida satisfaccion.

ESPERANZA. De eso yo me encargaré.

FELIX. (*Bajo.*) Lo mandásteis vos?

ESPERANZA. Sí á fé...

FELIX. Pues ya veis...

ESPERANZA. Aun no hay razon...

MARQUES. Ya que nos venís á honrar
y de mí no teneis queja,
podeis elegir pareja,
que el festin va á principiar.

FELIX. Al punto, marques amigo,
y en fé de nuestra alianza...
tendrá á bien doña Esperanza
romper el baile conmigo?

ESPERANZA. Con vos... decis...

MARQUES. Bien pensado!

ESPERANZA. No pecais de negligente...
representais dignamente
al arzobispo privado.

FELIX. No me hagais lisonjear...
(*Bajo.*)
(Bandera negra, eh? condesa?)
ESPERANZA. De lo dicho no me pesa.
MARQUES. Con que...
ESPERANZA. A bailar.
FELIX. (*Presentándole la mano.*) A bailar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

QUIRÓS. CABALLEROS. GUZMAN, *entrando.*

GUZMAN. Quirós, cómo está el ministro?
QUIROS. Guzman, lo mismo; ha un momento
que de su alcoba ha llegado
con el anuncio un portero.
De cinco en cinco minutos
los que aquí estamos tenemos
por boca de los doctores
noticias del noble enfermo.
GUZMAN. Desesperan?
QUIROS. Sí, Guzman;
en torno estan de su lecho
apurando los recursos
de la ciencia y del ingenio
para volverle á la vida,
y segun lo que voy viendo
está cada vez peor.
GUZMAN. Y doña Esperanza?
QUIROS. Dentro,
al lado del moribundo
de dolor transida.

GUZMAN. Creo
que no mostrará á estas horas
tan acervo sentimiento
el astuto cardenal
arzobispo de Toledo.
QUIROS. Seguramente; para él
será un obstáculo menos
si muere el primer ministro...
GUZMAN. Quirós, amigo, os comprendo;
pero eso aun está por ver:
se dice con fundamento
que el rey don Felipe cuarto
en gracia al cariño estremo
que profesa á don Luis,
caso de fallecimiento
le dará por sucesor
al marques su primogénito.
QUIROS. Es tan jóven...
GUZMAN. Es verdad;
pero es muy amigo nuestro,
y emprendedor como él sólo
y muy tenaz, muy enérgico...
QUIROS. Os juro, Guzman, que son
fatales estos momentos:
eso de estar indecisos
sin saber á qué atenernos...
GUZMAN. Le haré la corte al marques...
QUIROS. Pues mirad, que al de Toledo
si se le va de las manos
el tan suspirado empleo,
no será por falta de oro,
de travesura y talento.
GUZMAN. Oiga! Qué tanto maquina...
QUIROS. Se vale de cuantos medios
os podeis imaginar
para cumplir sus deseos.
Qué os parece? hasta el amor
su tributario lo ha hecho...
GUZMAN. Al amor, un arzobispo!
QUIROS. Pues ahí vereis...
GUZMAN. Bueno es eso.
Y... á quién...

QUIROS. A doña Esperanza.
GUZMAN. De broma estais?
QUIROS. No por cierto:
es su sobrino don Felix,
ese galan tan apuesto,
el que por mandado suyo...
GUZMAN. Ah! sí, sí, ya comprendo.
Pues no está tan mal hilado.
Don Felix es un mancebo
atrevido como pocos,
y no escaso de talento:
ella es jóven, al amor
aun no habrá cerrado el pecho,
y si llega á dar oidos
al apasionado acento
del galan, es muy probable
que su influjo venga al suelo
y cuente asi el arzobispo
con un enemigo menos.
Oh!... no me parece mal.
QUIROS. Sí, Guzman, pero es el cuento
que don Felix de Mendoza
por demas ha estado necio:
se ha enamorado de veras,
y al notar ella su empeño,
y noticiosa sin duda
del plan de sus galanteos,
con desdenes y desvíos
ha pagado sus obsequios.
GUZMAN. Pues mal conoce á don Felix.
QUIROS. Algun escándalo temo...
GUZMAN. Tal vez... si supiérais vos
cuánto es don Felix travieso!...
yo sé que él no ha de ceder
y que intentará...
QUIROS. Silencio...
Vedle allí por dónde asoma.
GUZMAN. Sí... qué nos traerá de nuevo?...
QUIROS. No viene á ver á su dama
en buena ocasion...
GUZMAN. Lo creo.

ESCENA II.

DON FELIX. GUZMAN. QUIRÓS. CABALLEROS.

FELIX. El cielo os guarde, señores.
Esos rostros macilentos
me inclinan á creer que ya
el ministro...
GUZMAN. Aun no sabemos...
FELIX. Oh! Pues nadie lo diria,
señores mios, al veros
tan tristes y compungidos...
GUZMAN. Qué quereis? por mí, os confieso
que me hallo tan afectado
con este acontecimiento...
QUIROS. Pues, y yo?...
FELIX. Sí, se os conoce...
la causa no es para menos;
á mí me trae sin cuidado...
verdad es, que eso va en genios...
QUIROS. Callad, Mendoza, por Cristo,
y respetad...
FELIX. Yo respeto
la ley precisa que Dios
á todo mortal ha impuesto.
Todos por ese camino
tenemos que ir con el tiempo,
y no hay que hacerse de nuevas;
hoy le toca á él emprenderlo;
no hay cosa mas natural,
á mí mañana, y laus deo.
GUZMAN. Despreocupado venís.
FELIX. Guzman, como siempre vengo;
yo ignoro aun quiénes son
mas dignos de sentimiento,
si los que van ó se quedan;
y en tanto que este misterio
no se me aclare, señores,
he de pensar como pienso.
GUZMAN. Mas cuando un lance imprevisto
como el presente...

FELIX. No entiendo:
imprevisto le llamais?
GUZMAN. Sí tal; pudiera no serlo?
dicen que una pulmonía...
QUIROS. Qué! no, un ataque apoplético.
FELIX. Qué importa la enfermedad,
si el resultado es idéntico?
Ello será lo que quiera,
pero yo para mí tengo
que el señor don Luis se muere...
GUZMAN. De qué...
QUIROS. Decidnos...
FELIX. De viejo.
GUZMAN. Oh! qué buen humor traeis...
FELIX. Si supiérais vos qué bueno!...
QUIROS. Si?... sed franco con nosotros;
paréceme que ese gesto
anuncia que el corazon
no teneis muy satisfecho...
Qué hay de palacio, don Felix?
el cardenal...
FELIX. Nada, ni esto;
no sé nada, ni me cuido
de negocios palaciegos.
Preguntad á los que buscan
proteccion y valimiento,
que yo ni la necesito,
ni me la dan, ni la quiero.
Desde Lerma acá, son cuatro
ó cinco los ministerios
que en pos uno de otro se han
sucedido, y todos ellos
en punto á hacernos felices
me han parecido gemelos.
De tanta calamidad
no miro cerca el remedio,
y como harán los que vengan
lo que los otros hicieron,
señores, me da lo mismo
que elijan á Juan ó á Pedro.
Esto es todo lo que sé... (*Se pasea.*)
GUZMAN. (*Bajo á Quirós.*) Qué reservado!

QUIROS. Qué necio!

(*Abrese lentamente la puerta de la izquierda y sale un portero.*)

GUZMAN. Señores, que abren la puerta.

QUIROS. Qué nuevas traerá el correo.

PORTERO. El señor don Luis de Haro,
ministro de España, ha muerto.

(*Vago rumor entre los caballeros.*)

FELIX. (*Descubriéndose.*) Téngalo Dios en su gloria.

QUIROS. Qué lástima!

GUZMAN. Cuánto duelo
va á ocasionar esta muerte
en España...

QUIROS. Con efecto...
Qué gran político!

GUZMAN. Sí.
Qué escelente caballero!

ESCENA III.

DON FELIX. OLMEDILLA. GUZMAN. QUIRÓS. CABALLEROS.

(*Entra Olmedilla precipitadamente: todos le rodean menos don Felix que está sentado en un sillon.*)

OLMEDILLA. Señores... grandes noticias!

QUIROS. Venis de palacio?

OLMEDILLA. Vengo.

GUZMAN. Sacadnos de esta ansiedad.

QUIROS. Sepamos lo que hay de nuevo.

OLMEDILLA. Oid. El rey... que Dios guarde,
(*Todos se descubren.*)
acaba en este momento...
mis propios ojos lo han visto,
de elevar al ministerio
al muy digno cardenal
arzobispo de Toledo.

TODOS. Al cardenal!

QUIROS. (*A Felix.*) Vuestro tio!
Señor don Felix...

FELIX. Qué es eso?

QUIROS. Que le acaban de nombrar
ministro...

FELIX. Muy buen provecho...
QUIROS. Me lo daba el corazon.
GUZMAN. Oh!... y á mí tambien; confieso
que ha dado el rey una prueba
de tacto, de buen acierto.
QUIROS. No es posible mejorar
la eleccion, porque el gobierno...
OLMEDILLA. Señores, toda la corte
allá en palacio ha dispuesto
pasar á felicitarle
á su posada...
QUIROS. Bien hecho.
OLMEDILLA. Me parece que nosotros
no debemos de ser menos...
TODOS. Vamos.
QUIROS. Sí, vamos allá...
En nombre de todos estos (*A don Felix.*)
amigos os felicito
por tan plausible suceso.
FELIX. Gracias, se lo haré presente...
QUIROS. Con el alma os lo agradezco.
Vamos á ver si logramos
penetrar de los primeros.
(*Vanse atropelladamente.*)

ESCENA IV.

DON FELIX.

Pues!... cada cual á su asunto.
Miserables cortesanos!
Oh!... qué pronto los villanos
han olvidado al difunto!
Cómo se van á lo cierto!
hora al cardenal ansian
y há poco se deshacian
echando flores al muerto.
Mas yo no sé cómo estraño
de esa gentecilla el porte
cuando he llevado en la corte
tanto y tanto desengaño.
Hacen bien en adular;

como está admitido el medio
no tienen otro remedio
los pobres para medrar.
Dejadlos obrar asi
con su miseria y su dolo...
y ya que me encuentro solo
pensemos ahora en mí. (*Pausa.*)
Nada en verdad se me alcanza!
Cómo en tan triste ocasion
podré hablar de mi pasion
á mi afligida Esperanza?
Cuando acaba de perder
á su padre, cuando ufanos
sus émulos de las manos
le arrebatan el poder...
cuando desdeña el amor
que ha hecho brotar en mí...
creerá que he venido aqui
para insultar su dolor.
Pero... qué le hemos de hacer?
ya que he venido me quedo...
ante esta muger no puedo
ni debo retroceder.
Nos juramos guerra á muerte,
bandera negra... pues bien;
lo quiso... veremos quién
logra aqui ser el mas fuerte.
Oh!... y no ha de quedar por mí
en punto á tenacidad;
por toda una eternidad
la estaré esperando aqui.
Ya no es facil á mi ver
que su rastro se me pierda,
ni que por bajo de cuerda
me mande otra vez prender.
Por San Francisco de Sales!...
no hay que temer ni dudar,
que ahora para lidiar
tenemos armas iguales.

BELTRAN. Mi señora la condesa...
Voto á los diablos...
D.ª GOMEZ. ... No jura. } (*Dentro.*)

BELTRAN. Tenga bien y no murmure.
D.ª GOMEZ. Válgame Dios, lo que pesa!
BELTRAN. Eh!... no servis para nada..
D.ª GOMEZ. Es que la echais sobre mi....
(*Dentro.*)
FELIX. Qué voces... Es cierto!... si...
(*Mirando á la izquierda.*)
La condesa desmayada!

(*Por la puerta de la izquierda salen Beltran y doña Gomez sosteniendo á doña Esperanza. Don Felix se apodera de ella y la sienta en un sillon.*)

ESCENA V.

DOÑA ESPERANZA DON FELIX. BELTRAN. DOÑA GOMEZ.

BELTRAN. Aqui, tal vez con el aire...
FELIX. Qué sucede!
BELTRAN. Y quién sois vos?
FELIX. Qué os importa.
BELTRAN. Vive Dios!
que me ha gustado el donaire...
FELIX. Oh! qué carga tan preciosa!...
hora en vano tu rigor
podrá impedirme...
BELTRAN. Señor...
señor... oidme una cosa:
no podeis estar aqui,
ya sabeis...
FELIX. Si... si, ya infiero...
pero ella es aqui primero,
no os cuideis ahora de mi.
(*A doña Gomez.*)
Pronto... algun agua de olor,
un espíritu traed:
vos, Beltran, marchad y haced
que al punto venga un doctor.
BELTRAN. Si no es mas que una congoja...
FELIX. Pues eso; andad diligente...
tal vez un nuevo accidente
de pronto la sobrecoja...
(*A la dueña.*)
Y vos, qué haceis?

D.ª GOMEZ. Ay de mí!
FELIX. No os he pedido...
D.ª GOMEZ. Ya voy...
(Cuidado que todos hoy...)
(*Vase por la derecha.*)
BELTRAN. Pero es que...
FELIX. Aun estais ahí!
temed que en un arrebato
de cólera...
BELTRAN. No, ya sé...
calmaos, voy, voy, os traeré
todo el protomedicato...
(Santo Dios qué bataola!...
lo mejor será largarme,
porque es capaz de ensartarme
si se le pone en la chola.)
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX. *Despues* DOÑA GOMEZ.

FELIX. Y héme aquí... Dios la bendiga!
por este lance impensado
pacíficamente al lado
de mi cruel enemiga.
Ayer tu pecho ofendido
prenderme quiso, mi bien;
mas hoy... pese á tu desden
mis brazos te han sostenido.
Percances del mundo son
harto gratos para mí...
mas... si he de triunfar así...
renunciaré á mi pasion.
D.ª GOMEZ. (*Sale.*) Volvió mi señora ya?
FELIX. No: traeis?...
D.ª GOMEZ. Este pomo
que he encontrado no sé cómo...
es éter...
FELIX. Bien, dadme acá.
D.ª GOMEZ. Madre de los afligidos!
devuélvele la salud...

FELIX. Y un poco de gratitud
al volverla los sentidos.
D.ª GOMEZ. Va ya respirando...
FELIX. Nada.
D.ª GOMEZ. Mas si agravándose fuere...
FELIX. Pues digo, si se nos muere
la broma será pesada.
D.ª GOMEZ. Válgame el Crucificado!
FELIX. Válgaos el diablo!... callad!
D.ª GOMEZ. Jesus!...
ESPERANZA. Ay!
FELIX. Hola!... en verdad
que de esta ya hemos triunfado!
D.ª GOMEZ. Señora!...
FELIX. Callais?
D.ª GOMEZ. Es que...
FELIX. Gritarle de esa manera!...
Vamos á ver; idos fuera,
si haceis falta os llamaré.
D.ª GOMEZ. Pero, reparad, señor...
FELIX. Ya salimos del apuro...
con vuestros gritos, seguro
la vais á poner peor.
Si su vida opreciais hoy
idos; resultas fatales
suelen tener estos males...
Fuera, fuera!...
D.ª GOMEZ. Ya me voy.
(Qué he de hacer?... si este señor
lo manda de una manera...)

ESCENA VII.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX.

FELIX. Quién sabe si á mí me espera
salir de un modo peor.
(*Doña Esperanza mueve un brazo.*)
Soberbio efecto la hace
el éter... ya va volviendo...
la crisis se va poniendo
á punto de desenlace.

Lo gracioso, á no dudar,
será que al volver en sí,
se asuste de verme aquí...
y se vuelva á desmayar.
Será un golpe soberano...

ESPERANZA. (*Con voz apagada.*)
Santo Dios, y qué agonía!

FELIX. (No le va en zaga la mia.) (*Bajo.*)
Y... qué tal?...

ESPERANZA. (*Sin mirarle.*) Eres tú, hermano?

FELIX. (Su hermano... diré que sí.)

ESPERANZA. Marqués... Cuánto he padecido;
hoy todo lo hemos perdido
con nuestro padre, ay de mí!
(*Vuelve á caer en el mayor abatimiento.*)

FELIX. No me he encontrado jamas
en lance tan apurado.
Vuelta al éter... este estado
es violento por demas.
Si yo de su afan pudiera
con mi existencia librarla...
qué diablos!... voy á animarla
y venga lo que Dios quiera.
Señora... volved en vos,
ved que estais muy abatida...
que es preciosa vuestra vida;
respetadla mas por Dios!

ESPERANZA. Cómo... ese acento que oí...
(*Reconociéndole.*)
Érais vos!... Dios poderoso!...
sois bien poco generoso
cuando me ofendeis asi.
El verme tan desolada,
el saber que en este dia
se hundió la esperanza mia...
para vos, todo fué nada?
Por ventura habeis pensado
atropellando por todo,
que yo de cualquiera modo
os he de ver mal mi grado?
Pues la errásteis, caballero;
que en mi desgracia escesiva.

me encontrareis mas altiva
y á mi corazon mas fiero.

FELIX. Cuando há poco os prodigaba
remedios para vivir,
cuanto acabais de decir
imaginándolo estaba.
Pero bien lo sabe el cielo
que si entré, señora mia,
fué solo por si podia
brindaros algun consuelo.
Respeto vuestro dolor,
y sé por vuestros rigores
que para hablaros de amores
no es hoy la ocasion mejor.
Tal vez, nunca lo será,
lo habeis jurado, Esperanza,
mas todo el tiempo lo alcanza...
el tiempo decidirá.
Y mirad si cumplo fiel;
los que aqui estaban, oyeron
la nueva fatal... y huyeron
de vuestra casa en tropel.
Qué se han hecho tanto y tanto
adulador importuno?
Ya veis... ha quedado alguno
para enjugar vuestro llanto?
Con esto vos no contábais:
hoy todo os abandonó...
y solo aqui se quedó
el que menos esperábais.
En lance tan trabajoso
tomé lo peor... ahora
considerad bien, señora,
si fui poco generoso.

ESPERANZA. A creer lo que decis
se os levantara un altar;
pero vos sabeis hablar
de lo que nunca sentis.
Pese á la desdicha mia
me habeis con eso enterado
del por qué os habeis quedado
para hacerme compañia.

Nada encuentro en vuestro abono:
si os quedásteis diligente,
fué para hacerme presente
lo triste de mi abandono?
Para decirme que huyeron
con proceder bien villano
los que un tiempo de mi mano
favores mil recibieron?
Es este todo el servicio
que prestarme pretendeis?
No hay duda, señor, que haceis
por mi un grande sacrificio.
Dejadme ya, vive el cielo!
de otra aventura id en pos,
que aqui no admiten de vos
ni compasion ni consuelo.

FELIX. No estraño vuestros rigores,
siempre cruel habeis sido...
pero hoy de punto han subido
con vuestros crudos dolores.
Os dejo... y seguro estoy,
doña Esperanza, al partir,
que os habeis de arrepentir
de las palabras de hoy.
Porque... el cielo es buen testigo!
que vos en este momento,
ni comprendeis lo que siento,
ni oir quereis lo que os digo.
De tanto desconfiar
el tiempo os irá mostrando...

ESPERANZA. Oh!... me estais martirizando!
dejadme á solas llorar!
Cómo quereis que no dude
del que mintiendo pasion
por agena inspiracion
á empresas de amor acude?

FELIX. Os engañaron, señora;
los que eso de mi os dijeron,
como villanos mintieron;
juzgadlos vos misma ahora
por lo que vais á saber...

ESPERANZA. Esplicaos!...

FELIX. El cardenal
es ministro universal,
y ya no os puede temer.
ESPERANZA. Al ministerio subió!
FELIX. Señora, no lo dudeis;
y á pesar de eso... ya veis
que yo no he cambiado, no.
ESPERANZA. Cuántos duelos este dia
sin trueques me ha prodigado!
Bien mi espíritu agitado
tan duro golpe temia!
FELIX. Me alejo en fin, porque veo
que apesarándoos estoy
con las noticias que os doy:
nunca fué tal mi deseo!
Plegue á Dios, que sin enojos,
llegueis mi acento á escuchar
cuando ose otra vez llegar,
señora, ante vuestros ojos!

ESCENA VIII.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. DON FELIX.

INES. Esperanza!...
ESPERANZA. Ven...
FELIX. Llegais
en tiempo muy oportuno;
tal vez vos lo que ninguno
ha logrado, consigais.
Dénle consuelos ahora
vuestra amistad y ternura,
y ved que tanta ventura
no es para todos, señora.

ESCENA IX.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS.

INES. Con que es cierto!
ESPERANZA. Sí, Inés mia,
ciertas mis desdichas son:

ya no es facil hallar penas
que no haya sentido yo.
No te separes de mí,
que solo tu mucho amor
podrá mitigar el duelo
de mi herido corazon.

INES. Da libre curso á tus lágrimas;
no temas, contigo estoy,
y... ojalá que con mi vida
pudiera volverte yo
aquella paz venturosa
de que gozamos las dos
un tiempo... que para siempre
ay!... que para siempre huyó.

ESPERANZA. Sí, sí, para siempre, Ines,
dices bien, tienes razon...
nada mas que los recuerdos
de la dicha nos dejó.
Hora tal vez nos separe
la política feroz;
hora tal vez se realicen
tus presentimientos...

INES. Oh!...
deja que el tiempo nos muestre
si se realizan ó no;
bastantes penas te dan
las realidades de hoy,
para que nuevas quimeras
multipliquen tu afliccion.
Qué es de tu hermano?

ESPERANZA. Lo ignoro:
dáme su ausencia pavor,
pues sus pesares, Inés,
de doble importancia son.
En este funesto dia
ha perdido lo que yo,
y á mas se han desvanecido
los sueños de su ambicion.
Conozco bien su carácter,
y temo que su furor
añada nuevos dolores
á nuestra desolacion.

INES. Y no sabes dónde fué?
ESPERANZA. De casa dicen salió
sin permitir á sus pages
que le acompañaran...
INES. Oh!...
pues es fuerza que en su busca
salgan...
ESPERANZA. Será lo mejor...
encárgaselo á Beltran...
INES. Voy...
(*Aparece el marques en el fondo de los salones interiores muy pensativo, y se adelanta con lentitud.*)

ESCENA X.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. EL MARQUÉS.

INES. Él es!
ESPERANZA. Gracias á Dios!
Qué horrible peso me quita
de encima del corazon!
INES. Cuán pronto el dolor acervo
su dura huella estampó
sobre esa frente inclinada
en honda meditacion!
Ven, Esperanza, en el lecho
tal vez estarás mejor:
hablar con tu hermano ahora
es redoblar tu afliccion...
acaso en la soledad
su angustia será menor,
y tú has menester de mucho
consuelo...
ESPERANZA. Tienes razon:
dame tu apoyo... á tu lado
soy mas feliz.
INES. Bueno.
ESPERANZA. Ay Dios!
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA XI.

EL MARQUES.

Hoy, todos huyen de mí!
do quiera mis pasos llevo
encuentro un ultrage nuevo
pues ya no soy el que fuí.
Mas si todo lo perdí,
si todo en mi daño fué,
yo resarcirme sabré:
yo haré á mis odios tronar...
Oh!... yo me sabré vengar
aun la empresa moriré.
Ya que esa turba villana
ha obrado conmigo asi,
no espere jamas de mí
una venganza liviana.
El sol que alumbre mañana
por do quiera divididos
y en mísero polvo hundidos
sus despojos ha de ver,
pues mi venganza ha de ser
asombro de los nacidos.
Dirán que en esta ocasion
llevado por las pasiones
echó sobre mis blasones
ignominioso borron.
Que solo por la ambicion
hubo un noble tan osado
que del gefe del Estado
voló el alcázar real...
Qué importa ser criminal
al hombre que han humillado?
No es ya la privanza, no:
no ocasiona mis porfías
la ilusion que tantos dias
en mi mente se nutrió.
Es que el monarca burló
de mi padre la esperanza:
es que rompió la alianza

sobre una tumba indefensa....
y así de quien es la ofensa,
también debe ser la venganza.
No hay remedio, esto ha de ser:
sufra la ley de un vasallo,
que en el trance en que me hallo
no es fácil retroceder.
Quiero á mis cómplices ver,
que el alma mia sedienta
anhela oir la tormenta...
Sí, sí... que en otra ocasion
acaso mi corazon
ó vacile, ó se arrepienta.
(*Mira á todos lados.*)
No hay nadie.
(*Toca un registro á la derecha y se abre una puerta.*)
Rolando!... á mí.

ESCENA XII.

EL MARQUES. ROLANDO. DOS EMBOZADOS. *Despues* DON FELIX.

MARQUES. Está todo preparado?
ROLANDO. Señor, como habeis mandado.
MARQUES. (*Dándole un bolsillo.*)
La suma que te ofrecí.
Ya sabeis lo que hais de hacer;
dejais la mecha encendida
y en salvo poned la vida.
ROLANDO. Y cuándo?
MARQUES. Al amanecer.
(*Les hace seña el marques para que se retiren.— Sale don Felix por el fondo y los ve sin que lo noten.*)
FELIX. (Esos hombres por ahí...)
MARQUES. Vamos á ver á mi hermana.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIII.

DON FELIX.

Segun su traza villana...
(*Buscando en la pared el resorte de la puerta.*)
Ah! con el resorte dí.
Si alguna trama infernal...
á mi tio... corro al lance!
yo salvaré á todo trance
la vida del cardenal.
(*Vase por la puerta secreta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES *recostado á la izquierda en un sitial.* DOÑA INÉS *sale por la derecha.* DOÑA GOMEZ *profundamente dormida en un rincon.*

INES. Ah! no os habeis acostado?
MARQUES. Toda la noche he pasado
sobre este sillon, Inés.
Pero... y vos?...
INES. No os dé cuidado
por mi descanso, marques.
Gracias sean dadas á Dios,
lo que es hasta este momento
no ha desmayado mi aliento,
ni he menester como vos
de reposo, apartamiento.
Pero si os tratais asi
y al dolor no poneis tasa,
mejor estareis sin mí;
marques, me vuelvo á mi casa,
pues de nada os sirvo aqui.
MARQUES. Teneis razon, mal me trato
en esta lucha afanosa;

mas no me acuseis de ingrato,
no!... y sed con un insensato
como siempre generosa.
Vuestro cariñoso celo
escita mi admiracion...
mas, de qué sirve... ay cielo!
si está ya mi corazon
cerrado para el consuelo?

INES. Esto os escucho?

MARQUES. Sí, sí;
el reposo huyó de mí;
vos ignorais el interno
dolor que se nutre aqui...

INES. Y eterno ha de ser?

MARQUES. Eterno.

INES. Pero, qué es lo que pensais?

MARQUES. Nada, Inés; no os molesteis,
estoy sereno... ya veis...

INES. Sí, sí; pero me asustais,
y no es justo...

MARQUES. Qué quereis?
esa es la desgracia mia,
esa es mi pena mayor,
llenar de luto y pavor
á los que paz y alegria
me brindan en derredor.
En vez del pesar que os doy,
quisiera mis duelos hoy
olvidar con el placer,
pero en el trance en que estoy...
no puede, no puede ser.

INES. Marques!... estais delirando,
y os afligís por demas;
en vez de irlo atenuando
vuestro afan vais redoblando?
qué! no ha de acabar jamas?
Dejad, dejad un camino
que os lleva á la perdicion!
De qué os sirve la razon?
Para ir echando sin tino
veneno en el corazon?
Meditadlo bien, marques,

y ved que ya es demasiado
lo que os habeis violentado...

MARQUES. Es que no sabeis, Inés,
cuánto yo soy desgraciado.
No comprendeis mi agonía...
En breve amanecerá...

INES. Y acaso la luz del dia,
aun mas que la noche humbria
entristeceros podrá?

MARQUES. Algo nos puede traer
que haga cambiar mi destino.

INES. El qué!...

MARQUES. No os sé responder;
pero ese albor matutino
muy fatal nos puede ser.

INES. Con la luz de la mañana,
qué es lo que esperais, marques?

MARQUES. Pese á mi estrella tirana,
lo ignoro aun...

INES. Pero...

ESPERANZA. (*Dentro.*) Inés!

MARQUES. Habeis oido?... mi hermana...
no la abandoneis, por Dios!

INES. Pues bien, juradme ante vos
no atentar á vuestra vida.

MARQUES. Os lo juro, Inés querida.

INES. Porque atentareis á dos.

ESCENA II.

EL MARQUES. DOÑA GOMEZ.

MARQUES. Quién te pudiera pagar
ese benéfico celo,
y el dulcísimo consuelo
que pretendes derramar
sobre un corazon de hielo!
Tú, cándida, pura Inés,
de esta angustia horrible, fiera,
no mas que una parte ves...
Oh!... quién colocar pudiera
una aureola á tus pies!

Mas... cómo en tal confusion
en amoroso letargo,
da al olvido mi razon
este torcedor amargo
que me prensa el corazon!
Despídete, amor, de mí,
y no guardes esperanza
de volver al que hoy te lanza,
que yo no alimento aquí
mas pasion que la venganza.
(*Se acerca al balcon.*)
Está la noche espirando:
va á amanecer... qué ansiedad!
Las sombras con paso blando
van de la aurora esquivando
la trémula claridad.
Esta es la hora... despacio...
echado está mi destino!...
pronto he de ver, imagino,
sobre aquel regio palacio
devorador torbellino.
Mas... mis ojos lo han de ver!...
Corazon... tienes valor?...
verás desaparecer
á tus ídolos de ayer
con sangre fria... Qué horror!
Qué es eso?... Temblando estás!...
Y ahora... ahora me das
esa respuesta...
(*Con la mayor agitacion, mirando afuera.*)
Esa calma...
me está desgarrando el alma!...
no puedo... no puedo mas!
Cortemos el mal primero:
buen Dios! parece increible
cuando el crimen considero...
Oh! tal venganza es horrible,
no es propia de un caballero!
Y ahora tal vez encienda...
iré?... no!... fiera contienda!
Si aun es tiempo, qué vacilo?
Bajo esa culpa tremenda,

quién puede vivir tranquilo?
(*Volviendo á mirar por el balcon.*)
Aun nada se alcanza á ver...
si llegar pudiera yo...
Volemos á deshacer
lo que el mismo Lucifer
sin duda me aconsejó.
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA III.

DOÑA GOMEZ.

(*Óyense á lo lejos dos golpes seguidos en el aldabon de la puerta principal. Despues de una breve pausa se repiten, y despierta doña Gomez.*)

Es acá?... me pareció...
imposible!... aun no es de dia...
quién ha de ser á estas horas?...
Ay! me he quedado aterida
sobre este sillon maldito...
Válgame Dios, qué fatiga!...
velando toda la noche...
(*Vuelven á sonar tres golpes.*)
Pues era acá!... bien decia...
y ya hace rato que llaman...
quién vendrá con tanta prisa?...
Tal vez estará Beltran
en esta sala contigua...
(*Se acerca á la puerta del fondo.*)
Beltran! Beltran!!...

BELTRAN. (*Dentro.*) Qué se ofrece?

D.ª GOMEZ. Por las ánimas benditas,
que llaman...

BELTRAN. Y bien, y qué?

D.ª GOMEZ. Y os estais con esa crisma?

BELTRAN. Por qué no hais abierto vos?

D.ª GOMEZ. Esa obligacion no es mia;
soy yo portera?

BELTRAN. Lo sois
del mismo infierno hace dias.

D.ª GOMEZ. Cómo!
BELTRAN. Dueña de los diablos!
D.ª GOMEZ. Señor Beltran! ya principia?...
pues temprano... bien, dejad
que dando á la aldaba sigan,
y que echen la puerta abajo...
BELTRAN. (*Cruzando por el fondo.*)
Eh! qué han de echar... voto á cribas!
No habeis oido que Ortiz
ha abierto ya? Estais dormida?
D.ª GOMEZ. Pues acabárais de hablar.
BELTRAN. No empezárais vos... qué dicha!
D.ª GOMEZ. Qué genio de Lucifer!
BELTRAN. Qué endiablada pesadilla!
D.ª GOMEZ. Idos ya.
BELTRAN. Sí, por no veros...
D.ª GOMEZ. Cegárais!
BELTRAN. Hum! estantigua! (*Vase.*)
D.ª GOMEZ. Si lo he dicho una y mil veces;
no puedo vivir tranquila
mientras Dios no haga pasar
á Beltran á mejor vida.
Qué lástima de epidemia!

ESCENA IV.

DOÑA INÉS. DOÑA GOMEZ.

INES. Qué pasa!... qué gritería!...
D.ª GOMEZ. No es nada, señora, nada;
es Beltran, que siempre rifa
apenas abre la boca,
es su pasion favorita...
INES. Y si lo sabeis, por qué
os esponeis á que riña?
Sabeis tambien que Esperanza
de reposo necesita,
y sin embargo de estar
su cámara tan vecina,
aquí os poneis á dar gritos
para aumentar su fatiga...
Qué no se os vuelva á escuchar...

D.ª Gomez. Mas... por Dios!... señora mia,
que yo en lo del alboroto
estoy libre, pura y limpia
de toda culpa; escuché
llamar en la portería,
y como tan buena maña
á ello se daban, solicita
adonde estaban Beltran
fui á llevar la noticia,
y porque le desperté
fué toda la tremolina.
Ines. Está bien; mas no olvideis
que es circunstancia precisa
que haya silencio.
D.ª Gomez. Señora,
no diré esta boca es mia;
mas si Beltran...
Ines. Y el marques?
D.ª Gomez. Su escelencia?... (Santa Rita!...
no sé nada... me dormí...)
Aquí estaba antes del dia...
Ines. Sí; ya lo vi; pero, y luego?
D.ª Gomez. Luego...
Ines. Os quedásteis dormida;
no ha sido así, doña Gomez?
D.ª Gomez. Negaros eso, seria
negar la verdad, señora:
como estaba tan rendida...
Ines. Está bien; á su aposento
id muy quedo, de puntillas;
á sus pages preguntad
si está allí, y de parte mia
encargadles seriamente
que no le pierdan de vista.
D.ª Gomez. Voy, voy.
(*Al disponerse á marchar, sale Beltran con un pliego cerrado.*)

ESCENA V.

DOÑA INÉS. BELTRAN. DOÑA GOMEZ.

BELTRAN. El señor marques?
INES. Habeis estado en su estancia?
BELTRAN. Si, señora.
INES. Y no está allí?
BELTRAN. Ni en lo demas de la casa.
INES. Qué decís!
BELTRAN. Yo le he buscado
para entregarle esta carta
que un page del cardenal
á Ortiz de dejar acaba.
INES. Y lo habeis buscado bien
por los aposentos?
BELTRAN. Vaya!
Del edificio, esta parte
es solo lo que me falta...
INES. Dios mio! qué ausencia es esta?
qué es lo que me anuncia el alma!
á estas horas... es dificil...
Si hace un momento aqui estaba...
(*A la dueña.*)
Vos tambien, no recordais?
D.ª GOMEZ. Ya os he dicho...
INES. Sin tardanza,
es preciso que yo sepa
adónde el marques se halla.
Si á pesar de haber jurado
no cumplirá su palabra?...
Santos cielos!... voy á ver
lo que dispone Esperanza.

ESCENA VI.

BELTRAN. DOÑA GOMEZ.

D.ª GOMEZ. Jesus!... y qué confusion!...
Protegednos, Santa Bárbara!
BELTRAN. Como siempre; cuando truena

os acordais de la santa.

D.ª Gomez. Señor Beltran! por la Virgen
no volvais á las andadas;
hace poco que he sufrido
una reprension muy agria
de parte de doña Inés,
y todo por vuestra causa.

Beltran. Y qué vale que os regañen,
ó que os arranquen las barbas,
cuando á la vista tenemos
cosas de mas importancia?
Me inquieta el señor marques
fuera á estas horas de casa...
la prisa con que me han dicho
que se le entregue esta carta...
y las noticias que Ortiz
me ha dicho que corren...

D.ª Gomez. Vaya...
sepamos, señor Beltran,
qué nuevas...

Beltran. Ya estais en ascuas,
y como siempre quereis
echar vuestro cuarto á espadas.
Maldita curiosidad!...
si á vos no os importa nada
suceda lo que suceda,
á qué es meteros en danza?

D.ª Gomez. Con que imaginais que soy
tan desleal, tan ingrata,
que de señor no me importe
la fortuna ó la desgracia?

Beltran. Pero... y qué tiene que ver
el marques con lo que pasa?

D.ª Gomez. Mas... qué pasa...

Beltran. Ya está visto
que no hay resistencia humana
para vos... os lo diré,
doña Gomez de mi alma,
porque me dejeis en paz.
(*Con interes.*)
Dicen que esta madrugada
se ha descubierto en palacio

una atroz, horrible trama...
D.ª Gomez. Oiga!... una trama.
Beltran. Espantosa!
Solo en ella se trataba
de hacer un auto de fé
con el rey...
D.ª Gomez. Santa Escolástica!
Beltran. Con la reina y los ministros...
D.ª Gomez. Hooo!
Beltran. Con las dueñas y las damas.
D.ª Gomez. Ave María purísima!!
Beltran. Es una cosa que pasma.
Atrocidad como ella!!
Con las dueñas... vaya en gracia;
pero á los reyes!!...
D.ª Gomez. Beltran!...
Beltran. Mas dejadlos, que ya andan
los de casa y corte haciendo
prisiones...
D.ª Gomez. Su alma su palma;
bien empleado.
Beltran. Se ha puesto
la tropa sobre las armas.
D.ª Gomez. Ajá!
Beltran. Va á haber mucho palo.
D.ª Gomez. Bien, duro, y caiga el que caiga.
Beltran. Ya lo sabeis; cuidadito
con todo lo que se habla.
D.ª Gomez. Y eso á quién se lo encargais?
Pues me gusta!... en esa zambra
yo he conspirado?
Beltran. No, no;
mas sin embargo... esa cara
es sospechosa.
D.ª gomez. Jesus!
blasfemo!
Beltran. A marchas forzadas
va entrando el dia... estas luces
por hoy no nos hacen falta. (*Las apaga.*)

ESCENA VII.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. BELTRAN. DOÑA GOMEZ.

Esperanza. Que en mi silla te conduzcan,
Inés, al punto á tu casa,
y á ver lo que de tu padre
consigues en mi demanda.
Ines. Voy. (*Vase.*)
Esperanza. Aun no ha llegado el marques?
Beltran. No señora.
Esperanza. Pues que salgan
en busca suya al instante.
A palacio, á la morada
de nuestro hermano Monroy,
á todas partes que vayan
sus criados, y sin él
que no vuelvan. (*Vase doña Gomez.*)
Beltran. Sin tardanza...
pero entre tanto, qué hago,
señora, con esta carta?
tragéronla, y con tal prisa
dijeron que se entregara...
Esperanza. De quién es?
Beltran. El portador
no dijo quién le enviaba:
«al señor marques de Liche,
al punto, que es de importancia.»
Dejóla, y subió á la frente
el embozo de la capa...
pero Ortiz reconoció
por mucho que se ocultaba
á un page del cardenal.
Esperanza. Del ministro!
Beltran. Pues.
Esperanza. Dejádmela.
(*La toma, y se retira Beltran.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ESPERANZA.

Alguna cosa notable
en este papel se oculta,
y no sé por qué al tocarla
la mano siento convulsa.
Del cardenal... á estas horas
con tanta prisa... no hay duda,
algun misterio fatal
se encierra en esta escritura.
Y no parece mi hermano...
dicen que la urgencia es mucha...
Suceda lo que suceda
yo debo en ausencia suya
hacer frente y responder
á los que tanto le buscan.
Sí, sí; entre el marques y yo
no ha habido secretos nunca.
(*Abre el pliego.*)
Qué es esto?... sin firma viene...
Para qué tanta premura
en entregarlo?... Veamos
lo que el anónimo anuncia.

(*Lee.*) «Señor marques de Liche: quien bien os quiere, os aconseja que os pongais en salvo sin perder un instante. Vuestros cómplices estan á buen recaudo, y os han comprometido seriamente en sus declaraciones. Sin saber lo que en ello os iba, he sido causa de que vuestro atentado no se realice; por eso os doy este aviso, con el que podreis evitar el rigor de la justicia y la justa cólera del rey.»

(*Recitando.*) El rigor de la justicia!
Del rey la cólera justa!
Y al noble marques de Liche
dirigen estas injurias?...
Un atentado mi hermano...
y cómplices... qué calumnia!
Bien los amaños comprendo
de que se vale esa turba
de envilecidos contrarios

para hacerle que sucumba.
Miserables!... respetad
de mi hermano la amargura...
Acaso con su dolor
os hace sombra, os asusta...
y hasta sin honor quereis
que para siempre se hunda?
Sin honor!... en vano, en vano
pondrá en juego vuestra astucia
intrigas para eclipsar
el limpio sol de su alcurnia,
porque es tal que no podreis
de frente mirarle nunca.
Cuál de las sierpes que ahora
en torno del rey circulan,
este hipócrita papel
habrá emponzoñado astuta?
Don Felix?... mi corazon
capaz de todo le juzga.
Don Felix vencer no pudo
en nuestra empeñada lucha,
y acaso con la violencia
lograr el triunfo procura.
Oh Dios! mi razon ahora
con tu luz divina alumbras!...
Eso es, aislarme desea;
que el marques de Liche huya,
y un delito imaginario
autorizar con su fuga.
El miedo y el abandono
espera que me seduzcan,
y en todo caso alcanzar
una venganza segura.—
No será, viven los cielos!
que aunque mi desgracia es mucha,
no tienen poder bastante
para domar mi bravura,
ni para evitar que un dia
llegue á tratarlos mi furia
lo mismo que á este papel
que mi enojo desmenuza.

(*Rasga el pliego, y sale el marques por la puerta secreta.*)

ESCENA IX.

DOÑA ESPERANZA. EL MARQUES.

ESPERANZA. Marques!... al fin aquí estás?...
MARQUES. He salido... pero en vano...
ESPERANZA. A tales horas, hermano,
no salgas de casa mas.
MARQUES. Por qué esos consejos?... di.
ESPERANZA. Porque ahora te convienen:
todos tus émulos tienen
la vista clavada en ti.
MARQUES. Hay alguna novedad?
porque eso ya lo sabia...
ESPERANZA. Una hay, si, que es á fé mia
el colmo de la maldad.
MARQUES. Esperanza!!
ESPERANZA. Me han contado
no sé qué negra traicion...
y de que estan en prision
tus cómplices...
MARQUES. Qué he escuchado!
pero... tú...
ESPERANZA. No!... no he creido
tanto crimen... me consuela
que eso será una novela
que en la corte se ha fingido.
Oh!... pues si yo imaginara
que á tu rey eras traidor,...
la luz del fraterno amor
que hay en mi seno apagara.
Y si te hallara culpable
en tan atroz villania,
tu propia hermana seria
tu juez mas inexorable.
Pero tu nombre preclaro
basta á ahuyentar mis temores...
que no han nacido traidores
en nuestra casa de Haro.
MARQUES. Oh Dios! lo que estoy sufriendo!
ESPERANZA. Marques!... qué es eso?

MARQUES. Esperanza!...
ESPERANZA. Ah!... qué súbita mudanza
estoy en tu rostro viendo!
MARQUES. Si supieras...
ESPERANZA. (*Interrumpiéndole vivamente.*)
Calla, hermano!
porque temo que tu lengua
revele de tanta mengua...
MARQUES. Y no lo temes en vano.
ESPERANZA. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)
Ah!
MARQUES. Sí!... yo te deshonré!...
yo en mi ciego frenesí
un borron eterno... sí!...
sobre nuestro escudo eché.
Yo por tomar de esa grey
de esclavos viles, venganza,
osé atentar, Esperanza,
hasta á la vida del rey.
Si... y cuanto le ha sido dable
á mi irritada ambicion,
he puesto en ejecucion...
mas sin fruto.
ESPERANZA. Miserable!
y lo confiesas ufano!...
quien fuistes das al olvido!
y... tú en mi casa has nacido...
no, no!... tú no eres mi hermano.
Oh! que ese crimen espanta!
con que... al rey tu señor, era!
Quién á los Haros creyera
capaces de infamia tanta!
Esto no mas te debia
de tu padre la memoria?
Y tantos siglos de gloria
destruyes en solo un dia!
Si te llegó á aconsejar
esa inaudita traicion
tu desmedida ambicion,
primero que acariciar
en esa fatal demencia
pensamiento tan ruin,

por qué no pusiste fin
á tu abrumada existencia?...
Ah!... con ojos mas serenos
viera entonces tu partida:
sí, viérate yo sin vida,
pero con honra á lo menos.

MARQUES. Bien merezco tu rigor;
mas... si halló en mi seno abrigo
un crimen grande... el castigo...
te juro que no es menor.
Bien ves lo que me sofoca...
y cuánto me son sensibles
esas palabras terribles
que se escapan de tu boca.
Adónde... ay Dios!... me ha llevado
mi funesta obcecacion!...
Condesa!... teneis razon,
yo no soy mas que un malvado.
El paso que ciego dí,
vuestro cariño me veda...
Ya sé que nada me queda,
todo acabó para mí!

ESPERANZA. La fuga!... no tardes, no!...
Por mucho que te condenes
no puedo olvidar que tienes
la misma sangre que yo.
Huye!... y á mis ojos tristes
deja que á solas te lloren...
vete!... pero adonde ignoren
lo que eres y lo que fuiste.

MARQUES. Para qué salir de aquí?
adónde hallaré consuelo?
Deja que descargue el cielo
su justa cólera en mí.
Por do quiera perseguido,
solitario, deshonrado,
por la conciencia abrumado...
por tí tambien maldecido!...
Qué descanso podré hallar?
sufriendo con tanto esceso,
será la existencia un peso
que no podré soportar.

ESPERANZA. No temas mi enojo, no...
y ojalá que esto bastara,
y el mundo te perdonara
como te perdono yo.
Tu justa afliccion detén:
acaso el cielo dolido
al verte ya arrepentido
te dé su perdon tambien.
Mas... huye sin dilacion!
huye pronto, hermano mio...
y haz que tu ciego estravío
se olvide con la espiacion.
MARQUES. Partir!...
ESPERANZA. Aun vacilarás!...
y lo que te aguarda hoy?
MARQUES. Es que temo si me voy
no volver á verte mas.
ESPERANZA. A ese precio... mi perdon.
Sí... pon en salvo tu vida...
y en esta amarga partida...
llévate mi corazon!
(*Se abrazan: Esperanza se dirige á la puerta secreta.*)
Ven!... al jardin... por aquí...
ay!... calma mi inquieto afan!
yo haré que te dé Beltran
caballos...
(*Toca el resorte, se abre la puerta y sale por ella don Felix.*)

ESCENA X.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX. EL MARQUES.

ESPERANZA. Ah!
MARQUES. Vos ahí?
FELIX. Y vos aqui todavía?
ESPERANZA. Os pesa?...
FELIX. Sí, vive Dios!
ESPERANZA. Bien mi corazon de vos
esta venganza temia!
FELIX. Señora!
ESPERANZA. Pensabais ya
que estaba en vuestro poder?
Pensásteis mal, no ha de ser...

que aun libre mi hermano está!
Dejadnos paso á los dos,
pronto!... y en tanta amargura
que lo ampare su ventura
y á mí que me ampare Dios.

(*Se adelanta con el marques hácia la puerta secreta.*)

FELIX. Qué haceis!... pese á vuestro afan
y aunque pensais mal de mí...
ved que si vais por ahí
mas pronto lo apresarán.

ESPERANZA. } Cómo!...
MARQUES. }

FELIX. La verdad, señora:
vos ignorais lo que pasa...
cercada está vuestra casa
desde hace un cuarto de hora.

ESPERANZA. Qué decís!... ay Dios!... yo muero...
ven!... no hay tiempo que perder...

MARQUES. Hermana... no puede ser;
que vengan, ya los espero.

(*Rumor lejano de pasos que van aproximándose.*)

ESPERANZA. Ese ruido que sonó...
y se acerca... si serán!...
(*Mirando por el fondo.*)
Ah!... cielo santo... ahí están!
ya no hay esperanza, no!

(*Se deja caer en un sillon.—Sale un alcalde de casa y corte; quédase la ronda y la fuerza armada en el fondo.*)

ESCENA XI.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX. EL MARQUES. EL ALCALDE. RONDA. SOLDADOS.

ALCALDE. Señor don Gaspar de Haro,
daos preso en nombre del rey.

MARQUES. Cúmplase de Dios la ley...
Cuánto es mi destino avaro!
ya solo en el cielo fio...
os seguiré... guiad vos.
(*Mirando á su hermana.*)
Infeliz!...

ESPERANZA. (*Queriendo levantarse.*) Hermano!

MARQUES. (*Retirándose precipitadamente.*) A Dios!
ESPERANZA. Oh! qué vergüenza, Dios mio!

ESCENA XII.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX.

FELIX. (Mal haya mi negra estrella!
autor me cree de esta intriga...
Cada vez mas enemiga
cuanto mas hago por ella!)
ESPERANZA. Oh!... si hoy el monarca da
oidos á la malicia,
el brazo de su justicia
tremendo descargará.
Vuelo á arrojarme á sus pies!...
siempre con él conseguí...
(*Reparando en don Felix.*)
Todavia vos aqui?
á qué aguardais?... idos pues...
Y decidle al cardenal
que dicte nuevas medidas,
que las de hoy ya estan cumplidas,
que no tema á su rival.
Y á don Felix, de igual suerte
despues de tan vil venganza,
decid que doña Esperanza
hoy le aborrece de muerte.
FELIX. Señora!... mirad despacio...
ESPERANZA. Oh!... nada cambiar me hará...
Beltran... (*Aparece Beltran en el fondo.*)
Mi silla!
BELTRAN. Ya está...
ESPERANZA. Pues al momento, á palacio!

ESCENA XIII.

DON FELIX.

No sé por qué he de querer...
paréceme todo un sueño,
con tan escesivo empeño

á esta indomable muger.
Vive Dios! doña Esperanza,
que atropellais bien por todo!
decidme vos, de qué modo
tendreis en mí confianza?
Para vencer sus porfías...
es preciso... bien se ve;
al cabo y al fin tendré
que hacer una de las mias.
Pues bien: la haré, ya verás:
ó te devuelvo la calma,
ó todos en cuerpo y alma
nos vamos con Barrabás.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GOMEZ.

Mucho tarda don Beltran,
y para una escapatoria
y husmear algo, me parece
que hay bastante con dos horas.
Qué enemigo!... si su ausencia
llega á notar la señora,
me va á abrumar con preguntas...
Ay Cristo de Calahorra!
y qué la respondo yo,
cuando de todo se asombra?
Pobrecita!... sufre tanto
y tantas son sus congojas,
que cualquiera facilmente
con un cabello la ahoga.
Pues digo, si en este instante
el accidente la acosa,
estamos... vaya si estamos,
y como quien dice solas.
Jesus!... hace quince dias
que es mi cabeza una olla

:

de grillos, desque prendieron
á señor... Virgen de Atocha!
todo se vuelve gemidos,
sobresaltos y zozobras,
ir y venir, y... qué casa!
esto es una Babilonia.
Abramos este balcon,
porque esta noche sofoca
el calor... este airecillo
es consolador, entona.

ESCENA II.

BELTRAN. DOÑA GOMEZ.

BELTRAN. Voto á los siete pecados...
D.ª GOMEZ. Volvisteis ya?... gracias...
BELTRAN. Oiga!
aqui estábais?
D.ª GOMEZ. No lo veis?
Señor Beltran, sois un posma;
marcharse, y por tanto tiempo
dejarme aqui aislada, sola,
á trueque de...
BELTRAN. Doña Gomez,
que no tengamos camorra!...
Cuidadito, ya sabeis
que mi genio es una pólvora,
y que si empiezo no acabo
hasta el sábado de gloria.
Cierto que traigo un humor
para que os vengais con roncas...
Malditas las dueñas sean!
que no cargara con todas
el diablo que aqui las puso...
D.ª GOMEZ. Ay! válgame la Verónica!
qué cáfila de improperios,
de insultos y palabrotas.
BELTRAN. Si no callais, del moquete...
D.ª GOMEZ. Tenga respeto á estas tocas.
BELTRAN. No me toque á la paciencia
si no quiere que arda Troya.

D.ª Gomez. Tan impaciente venís?
Beltran. Mucho, traigo mala mosca.
D.ª Gomez. Ay!... habeis averiguado
por ahí fuera alguna cosa...
Beltran. Muchas cosas, muchas, muchas!
D.ª Gomez. Qué me decís!
Beltran. Sí señora.
D.ª Gomez. Y malas por lo que veo...
Beltran. Malísimas!
D.ª Gomez. Santa Mónica!
estoy pendiente de un hilo...
Beltran. Que no fuera de una soga...
D.ª Gomez. Pues!... y luego no quereis
que nuestra amistad se rompa,
y me estais siempre poniendo
como un trapo... mala bomba!
Beltran. Teneis razon, doña Gomez,
sí, teneis razon que os sobra,
mal os trato... y no me pesa,
porque tengo algunas horas,
amiga, de humor tan negro,
de furia tan espantosa...
que á no ser por vos, en vano
pudiera calmar mi cólera.
D.ª Gomez. No, pues hacedme el favor
de variar desde ahora...
Beltran. Qué!... si estoy desesperado...
D.ª Gomez. Desesperado!... esa es otra,
y aun no me habeis dicho nada;
os gusta tenerme absorta...
Beltran. Ese don Felix...
D.ª Gomez. Don Felix!
Beltran. Nos está haciendo una obra...
que ya!
D.ª Gomez. Pues no amaba tanto
á doña Esperanza...
Beltran. Toma!
y qué tenemos con eso?
Por ventura, la señora
no lo ha despreciado?... y yo,
por orden suya, en la boca
no le he dado con la puerta

veinte veces?

D.ª GOMEZ. Cierto.

BELTRAN. Ahora
se está vengando el maldito,
y á mí me ha dado las tornas...
Me ha hecho salir de palacio
mas que á paso, casi en posta.

D.ª GOMEZ. Esta noche!

BELTRAN. Sí, esta noche;
y me dijo con faz torva...
«si otra vez entrar aqui,
señor Cancervero, logra,
os juro que hais volver
con cabeza y piernas rotas.»

D.ª GOMEZ. Jesus María...

BELTRAN. Ya veis
cómo á estas fechas se porta
el galan... ay doña Gomez...

D.ª GOMEZ. Qué?

BELTRAN. Temo una desastrosa,
una catástrofe horrible!...

D.ª GOMEZ. Ay!... horrible!...

BELTRAN. (*Con misterio.*) Una persona...
que está en autos, me ha contado
que los tres de la tramoya...
los cómplices de señor
estan sentenciados á horca.

D.ª GOMEZ. Pero... y el señor marques?

BELTRAN. Siendo el inventor... la cosa
no da lugar á dudar...

D.ª GOMEZ. (*Llorando.*) Ay Virgen de Covadonga!
ay... pobre señor!...

BELTRAN. Silencio!

D.ª GOMEZ. Morir tan mozo...

BELTRAN. (Qué cócora!...)
Callad!...

D.ª GOMEZ. Ay!... si lo he criado...

BELTRAN. Que si os oye la señora...

D.ª GOMEZ. Ay!...

BELTRAN. Que sale!... idos de aqui...

D.ª GOMEZ. Pero...

BELTRAN. (*Empujándola.*) Largo!... que no os oiga...

(*Vase doñá Gomez.*)
Uf! dueña de Barrabás,
y con lo que sale ahora...

ESCENA III.

DOÑA ESPERANZA. BELTRAN.

ESPERANZA. Qué sucede...
BELTRAN. Nada, nada;
señora, tranquilizaos:
fué doña Gomez, la pobre
como está ya entrada en años...
ESPERANZA. Qué!...
BELTRAN. Allí mismo dió un traspié
y en seguida un batacazo...
ESPERANZA. Y se hizo mal?
BELTRAN. No señora;
pudo romperse los cascos...
pero, nada; un chichoncillo...
ó dos, á lo mas son cuatro.
ESPERANZA. Pobre muger!...
BELTRAN. Qué! si es cosa
que en poniéndose unos paños
desaparece al instante.
Oh!... cuando yo era muchacho...
ESPERANZA. (*Sentándose.*) No, no me conteis sucesos
de un interes tan escaso.
Puedo entre tanta inquietud,
mi buen Beltran, escucharlos?
BELTRAN. Y por qué no?... si señora,
os apurais tanto y tanto,
que solo en llorar pensais...
Eh!... distraeros con algo...
Pues qué va á ser de la casa
si seguimos á este paso?
Yo no puedo consentir
de ningun modo... mas ánimo!
ESPERANZA. Y cómo podré tenerlo,
cuando la potente mano
del cielo asi me abandona
para arrojarme en el caos

de eterna desolacion,
de eterno luto y quebranto!

BELTRAN. Perdóneme su escelencia,
que eso es pensar lo mas malo,
y sentirlo desde ahora
es sentirlo de antemano.
Ademas, que... por supuesto,
quién sabe allá los arcanos...
y lo que os puede tener
la suma bondad guardado?

ESPERANZA. Lo sé, lo sé... la amargura
y la soledad y el llanto...

BELTRAN. O el consuelo, y la alegría,
y la compañía...

ESPERANZA. En vano
os molestais, buen Beltran,
remedio á mi mal buscando;
ya sabeis que es imposible...
ay!... sí, imposible encontrarlo.

BELTRAN. Pues..lo son esas las nuevas
que yo tengo... digo... es claro...

ESPERANZA. Cuáles! qué nuevas...

BELTRAN. Se dice...
(qué aprieto!... soy un gaznápiro...)
se dice por muy de cierto
que está el rey muy cabizbajo,
que habla solo... y que este asunto
le tiene muy afectado.

ESPERANZA. Lo creo.

BELTRAN. Y hay quien añade...
(lo que voy enjaretando!)
que la otra noche esclamó...
«Pues! locuras de muchacho...
siempre me han sido lealés
los de la casa de Haro...»

ESPERANZA. Eso dijo!...

BELTRAN. Exactamente
como os lo voy relatando.

ESPERANZA. Santo cielo!... pero adónde
esas nuevas os han dado?

BELTRAN. Yo me cuelo en todas partes
asi á la chita callando...

y me acerco á los que hablan
con los oidos tan largos...
(Lo que es esta, no la pilla
por mucho que corra un galgo.)

ESPERANZA. Pero, á quién oísteis decir?...

BELTRAN. A las gentes de palacio;
si no se habla de otra cosa...
Oh!... y lo que es el pueblo bajo...
señora, lo que es la plebe...

ESPERANZA. Entiendo!... rumores vagos
que nada quieren decir...
dejadme sola.

BELTRAN. (Qué diablo!)
No era mejor que vuecencia
bajara al jardin un rato?
siempre sola...

ESPERANZA. Siempre, sí:
haced, Beltran, lo que os mando.
A nadie recibo, á nadie.

BELTRAN. No teneis de qué quejaros;
mirad vos si con don Felix
he cumplido bien mi encargo.

ESPERANZA. Ha venido?

BELTRAN. Veinte veces
cada dia.

ESPERANZA. Porfiado!...
seguid asi; nada mas
que á doña Inés abrid paso.

BELTRAN. (No he podido distraerla!...
no hay remedio, obedezcamos.)

(*Vase cerrando la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

DOÑA ESPERANZA.

Déjeme tanto importuno
compasivo por demas:
vienen por farsa los mas
y por cariño, ninguno.
Me encuentro mucho mejor
cuando solitaria quedo,

pues sin testigos dar puedo
libre vuelo á mi dolor.
Oh!... cuán rápidas pasaron
las horas de mi ventura...
y cuánta... cuánta amargura
en pos de sí me dejaron!...
Todo cuanto amé pasó...
(*Ruido en el balcon.*)
Ese ruido... qué será...
allí!... y abierto!... quién va!
Quién en mi cámara...

ESCENA V.

DOÑA ESPERANZA. DON FELIX.

FELIX. (*Saliendo del balcon.*) Yo.
ESPERANZA. Cielo!... osásteis asaltar...
FELIX. Como esta es la sola puerta
que en vuestra casa hay abierta,
por ella tuve que entrar.
No encontrando otro camino
para llegar hasta vos...
ESPERANZA. Llegais á mí, vive Dios!
cual pudiera un asesino?...
FELIX. Oh!... vos calificareis
esta singular entrada
de audaz, de inconsiderada,
señora, ó como gusteis;
pero de cualquiera modo
que ahora penseis de mí...
ved que el hombre que entra asi,
juega el todo por el todo.
ESPERANZA. Qué escucho!
FELIX. Deciros quiero
que fué esta entrada forzosa,
por razon muy poderosa
é interes muy verdadero.
A no ser asi, yo os juro
que jamas os sorprendiera,
ni escalas jamas pusiera
de vuestra casa en el muro.

ESPERANZA. No os comprendo... no, por Dios;
y aunque os mostrais tan sereno,
sé muy bien que nada bueno
yo puedo esperar de vos.
Si, porque vos en mal hora
me ofrecisteis vuestra fé,
y altiva os la desprecié...
lo mismo sucede ahora.
Entonces vos de Esperanza,
por vuestro orgullo sujeto,
jurásteis muy en secreto
tomar segura venganza.—
Bandera negra, dijisteis,
no hay remedio de otra suerte,
ó ser mia, ó guerra á muerte...
Bien vuestra oferta cumplisteis!
Y nuestra guerra empezó;
no he cejado, lo habeis visto...
mas cuando un golpe imprevisto
ventaja en la lid os dió,
yo creí que vos primero
que atender á vuestra llama
respetariais de una dama
el dolor, cual caballero.
Y no fué asi, pensé mal;
en mi infortunio constante
siempre os he visto delante
y en ocasion bien fatal.
Ya que no os obligó el luto
ni el duelo de una señora,
á reçoger vendreis hora
de vuestros planes el fruto.
Nada tengo que temer,
habreis dicho á no dudar;
qué obstáculos puedo hallar
con una débil muger?
Si es tanta vuestra osadía
para atropellar por todo...
probadla... de cualquier modo
no ha de ser menor la mia:
por el paso que habeis dado,
mis lacayos... vive Dios!

he de hacer que den con vos
por donde mismo hais entrado.

FELIX. Conozco su intrepidez,
y aunque el recuerdo no os cuadre...
en vida de vuestro padre
los acuchillé una vez. —
Pero no hace falta ahora
que de ellos vayais en pos,
porque mejor que ellos, vos
os defendiérais, señora.
Tranquila podeis estar;
no temais, doña Esperanza...
que yo no tomo venganza
tan villana y tan vulgar.
Mil veces os repetí,
que á pesar de vuestros fiéros
no puedo vivir sin veros;
por eso me he entrado asi.
De mi os quejais, y el por qué
no es facil que lo presuman...
de esas penas que os abruman
ninguna os ocasioné.
Que estoy soñando, creeis,
con mi jurada venganza...
Cuán poco, doña Esperanza,
cuán poco me conoceis!
No!... jamas os ofendí!
De vuestro pesar contino
culpad á vuestro destino,
mas no me culpeis á mí.

ESPERANZA. Ni aun asi calmais mi afan,
ni asi venceis mi desden,
que yo sé que unís muy bien
lo hipócrita á lo galan.

FELIX. Y si yo una prueba ahora,
franca, leal, verdadera,
de vuestra injusticia os diera...
qué me dijérais, señora?
Si supiérais antes vos
que el que vino á molestaros
vino solo para daros
acaso el último á Dios:

que por tan locos amores
y vuestra tenaz porfía,
renuncia desde este dia
á su fortuna y honores:
que no teniendo interes
por su vida, ni ventura,
tras de una muerte segura
se va al suelo portugués...
Pensárais vos todavía
en mi soñada venganza?
Entonces, doña Esperanza
de mi intencion... qué diria?

ESPERANZA. Dijera sin vacilar
que ó vuestro orgullo ofendido
ese bárbaro partido
os obligaba á tomar,
ó que poniendo esta vez
á la humildad por escudo,
pretendeis lo que no pudo
alcanzar vuestra altivez.
De todos modos, pensad
que jamas en vos creí,
y que es igual para mí
vuestra altivez ó humildad.

FELIX. Es decir, que no podré,
segun lo que declarais,
hacer que jamas creais,
señora, en mi buena fé?
Cierto que estais obstinada:
con nada os podré, en verdad,
probar mi sinceridad?...

ESPERANZA. Vos lo habeis dicho... con nada!—

FELIX. Admirable fortaleza!
Bien, por esa prenda sola,
mereceis que una aureola
se ostente en vuestra cabeza.

ESPERANZA. No gusto de adulacion.

FELIX. No os adulo, ni os engaño;
digo, que aunque es en mi daño
escita mi admiracion.
Mas ya que no hallo razones,
ni para obligaros arte,

desde hoy cesan por mi parte
suspiros y humillaciones.
Hice cuanto me dictó
el amor y la lealtad;
mas vuestra tenacidad
mis servicios rechazó.
Pongo al cielo por testigo,
que hais de ver, mal vuestro grado,
lo bien que os hubiera estado
el tenerme por amigo.
Señora, que os guarde Dios;
nunca olvidaros podré,
pero uunca os hablaré...
á no ser que me hableis vos.
Y ahora, doña Esperanza,
que leais despacio, os ruego,
este papel que os entrego...

ESPERANZA. Y qué es esto?

FELIX. (*Saludándola.*) Mi venganza.

ESCENA VI.

DOÑA ESPERANZA.

Su venganza este papel!
y de mí se aleja... bueno:
quiero apurar el veneno
que vendrá encerrado en él.
Mas... por qué tiembla mi mano?...
por qué tan incierta está?...
Ah! Dios mio!... si será
la sentencia de mi hermano!
Y osó en mis manos poner...
su sentencia será... sí!...
para vengarse de mí,
qué mas me pudo traer?...
Lograste en mi corazon
un dardo agudo clavar...
mas, qué se puede esperar
de su torcida intencion?
Oh! no he de pagar ni asi
á su venganza tributos:

leeré con ojos enjutos
cuanto haya trazado aqui!
(*Abre el pliego, mira la firma y lee.*)
Está firmado: «Yo el rey.»
Bien fundaba mi temor. —
«Aunque estoy cierto y seguro
del crimen de alta traicion
que contra mi real persona
el marques de Liche...» (Ay Dios!)
«ha intentado en un momento
de frenesí, en atencion
á que está ya arrepentido,
y tambien al mucho amor
que á su padre profesé,
y al nombre puro, español,
de sus gloriosos abuelos,
vengo en darle mi perdon.»
Su perdon!... (*Cayendo de rodillas.*)
Oh! noble rey,
imagen pura de Dios!
este rasgo te levanta
sobre la esfera del sol! (*Se incorpora.*)
Sí!... su perdon... aqui está...
y bien claro... Loca estoy!...
Mas... quién en mis manos puso
papel tan consolador?
Ah!... don Felix... sí, don Felix...
Pude esperar esto yo?
Cielos! cuánto habrá sufrido
con mi dura obstinacion!
Ciega con tantas desdichas,
turbada por mi dolor
no pude rasgar el velo
que hasta ahora le ocultó,
ni comprender la pureza
de su noble corazon.
Mas yo á sus pies bajaré
por tan singular favor,
y estoy segura que al fin
alcanzaré su perdon.
Ay de mí!... que á sostenerme
se niega la planta... (*Se sienta.*)

Oh, Dios!
Qué contraste en un momento...
y cuánta satisfaccion!

ESCENA VII.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS.

INES. (Como siempre solitaria.)
ESPERANZA. Quién!... eres tú?... llega, llega...
cómo tan tarde has venido?
Inés, á mis brazos vuela.
INES. Hemos estado en palacio
esta tarde, y si la reina
no me hubiera detenido,
á tu lado antes viniera.
ESPERANZA. Con que en palacio has estado?
INES. Con la duquesa de Lerma.
ESPERANZA. Oh! sí, sí; ya comprendo...
y me traerás grandes nuevas,
no es asi?
INES. Esperanza mia...
para qué quieres saberlas!
ESPERANZA. Cómo! Inés... qué es lo que dices?
Por qué tu faz de tristeza
y de palidez se cubre
al preguntarte por ellas?
INES. No lo adivinas?
ESPERANZA. Inés!
al rey has visto?... contesta!...
INES. Sí, sí: le he visto, le he hablado:
allá á su cámara regia
á suplicarle hemos ido
las damas de la nobleza,
y á sus pies nos arrojamos,
ay! en lágrimas deshechas...
Salvadle, señor, salvadle
de esa dura, horrible pena!
ha sido error de un momento...
ESPERANZA. Y bien?...
INES. Con la faz severa,
estas terribles palabras

nos dijo, Esperanza... «Es fuerza
que al fallo de mi justicia
quien delinquió, se someta.»

ESPERANZA. Eso el rey os contestó?
lo aseguras? estás cierta?

INES. Me parece que aun su acento
en mis oidos resuena!

ESPERANZA. Ira del cielo!... qué escucho!
esta pesadilla horrenda
me va á matar...

INES. Oye!...

ESPERANZA. Asi
con mi infortunio se juega!
No le bastaba á ese monstruo
ver mi afliccion y mis penas,
sino que quiso doblándolas,
cobarde, cebarse en ellas?
Venganza le juro, sí!
pero venganza sangrienta!

INES. Esperanza! qué delirio!...

ESPERANZA. No deliro... si supieras...
[redacted]! (*Dándole el papel.*) Don Felix lo trajo;
recorre, Inés, esas letras...
y dime si no hay razon
para mis amargas quejas!
Pero... es posible que el cielo
en su justicia consienta
que exista en la tierra un hombre
con las entrañas de hiena!
No... yo no puedo dar crédito,
aunque le acusan las nuevas...

INES. Y esta es la firma del rey!

ESPERANZA. Oh! que era su firma escelsa,
yo tambien me figuré...

INES. Ah! quién sabe?... qué sospecha!...

ESPERANZA. Qué es lo que sospechas? di...
eso te da alguna prueba?...

INES. Tal vez despues de nosotras
se habrá empeñado la reina.

ESPERANZA. A qué hora fuiste á palacio?

INES. A las dos. Y qué hora era
cuando don Felix te puso

en las manos esta cédula?
ESPERANZA. Las ocho...
INES. Aun hay esperanza.
ESPERANZA. Qué!... Inés mia... tú, tú esperas?
Ay!... con tanta incertidumbre
yo he de perder la cabeza!

ESCENA VIII.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. BELTRAN.

BELTRAN. Dos caballeros, en nombre
del rey, os piden licencia
para hablaros un instante.
ESPERANZA. Del rey! Que vengan, que vengan.
(*Vase Beltran, volviendo á dejar la puerta cerrada.*)
Ahora saldremos de dudas;
pues ya, felices ó adversas,
los emisarios del rey
nos darán noticias ciertas.
Ay! no me puedo esplicar
el por qué mi seno tiembla...
(*La puerta del fondo se abre poco á poco.*)
si de temor ó alegria
al ver abrirse esa puerta.
(*Queda abierta completamente, y déjanse ver á don Felix y el marques: en el salon del fondo Beltran y los pages y toda la servidumbre dando muestras de regocijo. El marques se adelanta y abraza á su hermana, y á doña Inés. Don Felix se queda á alguna distancia.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA ESPERANZA. DOÑA INÉS. EL MARQUES. DON FELIX. BELTRAN. CRIADOS.

INES. El marques!...
ESPERANZA. Hermano mio!...
MARQUES. Sí, Esperanza; sí, Inés bella...
Rindamos gracias á Dios,
que ha colocado en la tierra
un rey como el Gran Felipe,

que así sus ultrajes venga!
Grande su bondad ha sido,
grande tambien es mi deuda;
y mañana cuando el alba
mi fortuna á alumbrar venga,
saldré para Portugal,
me lanzaré en la pelea,
y pruebas daré al monarca
de mi gratitud inmensa.

ESPERANZA. Ay! que abrazándote estoy...
y aun duda mi vista trémula.

MARQUES. Tu corazon desahoga.

ESPERANZA. Qué de lágrimas me cuestas!

MARQUES. Pero, adónde está don Felix?
Cómo tan lejos se queda
el que me dió en la desgracia
de cariño tantas pruebas?
Ese es mi angel tutelar!

ESPERANZA. (Dios mio, cuánta elocuencia
hay para mí en su silencio!
Yo debo hablar la primera.)
Señor don Felix, llegad.

(*Se acerca don Felix; la servidumbre se agolpa á la puerta del fondo.*)

Conoceis mi fortaleza:
mejor que nadie sabeis
mi altivez adónde llega...
Mas ya que no os conocí
y ultrajé vuestra nobleza
por ilusorios temores,
pediros quiero en presencia
de toda mi servidumbre
perdon de tantas ofensas.

FELIX. Callad, señora, callad!
escusadme esa vergüenza...
No!... jamas!... Lo que habeis dicho
deja mi alma satisfecha.

ESPERANZA. Tan satisfecho os hallais?
nada que anhelar os queda?

FELIX. Ya sabeis que á pesar mio
habeis atado mi lengua.

ESPERANZA. Y habrá si arrojo esta mano

quien á estrecharla se atreva?

FELIX. (*Tomándola con entusiasmo.*)
Oh! sí!... y á adorarla siempre...

ESPERANZA. Señor don Felix, es vuestra,
si es que os dignais admitir
tan escasa recompensa.

FELIX. Señora! ha sido mi sueño...
cuanto ambicioné en la tierra...
y cumplidas por demas
mis esperanzas se encuentran...
Marques!... mañana partimos:
el Portugal nos espera,
y juntos en las batallas...
vos, esgrimireis la diestra
para haceros acreedor
á las bondades supremas,
y yo para conquistar
laureles que ofrenda sean
de mi amor y gratitud,
á las plantas de mi bella...
(*A Esperanza.*)
Si!... Desde hoy entre los dos
no habrá mas *bandera negra.*

FIN DEL DRAMA.

EL BANDIDO INCÓGNITO

Y

LA CAVERNA INVISIBLE.

COMEDIA EN 3 ACTOS Y EN PROSA

DE D. N***

96.° 239.

MADRID=1854.
IMPRENTA DE T. Fortanet, GREDA NUM. 7.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844 y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.

EL DUQUE, gobernador de la ciudad.
CAMILA, su sobrina.
JACOBO, bajo el nombre de German.
EL MARQUÉS DE VIVALDI.
CUCUFATE. }
MORLAC. } Bandidos.
RAGOTZ. }
JUANA, criada de Camila.
DOS ALDEANOS.
UN OFICIAL.
SALVIATI, gefe de los esbirros armados.=Comparsas, senadores, oficiales, soldados, esbirros uniformados y armados, lacayos, músicos, bailarines, bandidos y pueblo de todas clases.

La escena se finge en una ciudad marítima y sus inmediaciones.

La accion empieza en el primer acto á la caida de la tarde y concluye ántes de anochecer.

En el segundo acto despues de medio dia y concluye ántes de anochecer.

En el tercer acto á la caida de la tarde y concluye despues de anochecer.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una galería del palacio del gobernador. En el fondo un peristilo. Al través se ven los jardines del mismo palacio. Todo está ricamente adornado y como anunciando un próximo festin.

ESCENA PRIMERA.

JUANA. ALDEANOS *de ambos sexos.*

(*Los aldeanos entran por el jardin con canastillos de flores y los colocan delante del aposento de Camila. Juana dirije á unos y á otros en los preparativos de la funcion*).

JUANA. No, no es eso, muchachos; no es eso. Cuidado con lo que haceis. Las guirnaldas que no tengan rosas á un lado y ponérselas. Mientras tanto no se admiten. Sois muy mi-

serables. (*Los aldeanos hacen lo que les dice*). Me habiais prometido traer las mejores flores, y habeis traido cualquier cosa; lo primero que se os ha venido á las manos. Para otra vez será preciso que yo me valga de mejores medios, sopena de quedar con poco lucimiento.

UN ALD. Es verdad, señora Juana, las flores no son tantas ni tan buenas como usted nos las habia encargado, pero, cáspita; bien sabe usted lo que nos impide servirla cual quisiéramos. No puede uno alejarse doscientos pasos fuera de los muros, sin esponerse á pagar con la vida su atrevimiento.

JUANA. ¡Cobardes! ¿Teneis miedo á la cuadrilla de los invisibles?

ALDEANO. ¡Y mucho miedo! Caramba, no respetan á nadie. Al rico le despojan; al pobre le despojan tambien, y á mayor abundamiento le zurran. Esos bribones se aparecen, como por encantamento, en donde uno menos lo piensa, y... y vea usted; ayer mismo, sin ir mas lejos, dos amigos nuestros venian de una feria (*Esto lo dice separándose de los aldeanos y adelantándose hácia el proscenio*). y á las puertas de la ciudad fueron asaltados y robados como unos señores. Y no se figure usted que era de noche. Nada de eso; asi entre dos luces y aun mas bien claro que oscuro.

JUANA. ¿De veras? (*Como burlándose del miedo del aldeano*).

ALDEANO. Como que no se puede ya viajar sin escolta. Yo por mi parte no me creo seguro, ni aun llevando un cañon en la faldriquera. Lo mas maravilloso es el modo de conducirse que tienen los tales señoritos. No sale de aqui una sola persona, (*Con misterio y mirando á todas partes*) vaya donde quiera, sin que ellos sepan á dónde va, á qué negocio va, cuánto dinero lleva, y hasta las monedas en que lo lleva. Es horroroso el número de bandidos. Y no se figure usted que son todos como los

bandidos de cualquier parte que generalmente tienen las caras feas y voz semejante al sonido de un esquilon quebrado; no señora: Hay hombre entre ellos que podria pasar á gusto en la corte por un señoron. Vea usted la semana pasada lo que le sucedió á mi cuñado; y digo que es el mozo mas agudo que hay en toda esta provincia, como que lee de corrido, y á los diez y siete años sabia ya echar su firma mejor que un escribano. Pues señor, salió con varios compañeros á hacer la poda en la quinta del señor duque, iban cantando aquellas coplitas «En tanto que tu duermes»... ya sabe usted...

JUANA. Sí, ya sé. ¿Y qué sucedió?

ALDEANO. ¿Qué habia de suceder? Al salir por el puente largo se le reunieron hasta diez ó doce caballeritos muy bien puestos, que llevaban al parecer el mismo camino... Empezaron á cantar con los otros, y á enredar conversacion, y... vamos, por fin y postre, lo que resultó fue que á la bajada del barranco, cada uno de los caballeritos echó mano á un puñal, y mi pobre cuñado y los suyos tuvieron que pedir misericordia. ¡Ay, señora Juana! Todos eran ladrones, y de los invisibles! Ya se vé, como en la cuadrilla de los podadores iba tambien el capataz de la quinta, y llevaba seiscientos escudos en oro para pagar á los dependientes y lo necesario para las obras; me los desnudaron de los pies á la cabeza y les dejaron limpios. Aguantaron muchos palos, y cuando quisieron recordar... ¡Buscadlos! Ya habian desaparecido los ladrones como por májia, cual si se los hubiera tragado la tierra.

OTRO ALD. Aunque uno lleve escolta no sirve de nada, porque son ya tantos los ladrones que á veces podrian hacer frente á un regimiento entero. Lo que nos consuela algun tanto es la esperanza de que nuestro bravo Jacobo, tomará á su cargo este negocio, y nos librará del feroz German.

ALDEANO. ¿Con que va á casarse hoy, y quereis vosotros que salga mañana por esos vericuetos á hacerse romper la cabeza? Ay, amigo, para los recien casados y con una moza tan linda como la señorita Camila, debe de ser eso un poco duro; porque ya veis cuando... pues...

JUANA. Vamos, no hagais ahora calendarios.

ALDEANO. ¿Qué calendarios, ni qué niño muerto? ¿Le parece á usted que si me casára yo, con usted, por ejemplo, tal como hoy, estaria de humor de echarme á perseguidor de ladrones mañana, y recibir tal vez un porrazo que me enviase en posta al otro mundo?

JUANA. Pues yo os aseguro, que Jacobo es un caballero intrépido y valiente como el que mas; y ninguno duda en esta casa, de que el señor duque le tiene elegido, asi que sea su sobrino, para que al frente de un cuerpo de tropas respetable, limpie la provincia de tanta sabandija, y restablezca la seguridad de los caminos. Este servicio será de grande importancia á los ojos del Soberano, quien le recompensará dignamente.

ALDEANO. Y hablando de cada cosa un poco ¿á qué hora es la funcion, señora Juana?

JUANA. A las ocho el casamiento. El señor regente, los oficiales del ejército, la nobleza de la ciudad, y muchas gentes distinguidas de los pueblos inmediatos deben de asistir. El señor duque ha convidado á todo el mundo. Será soberbia la funcion. Nosotros tendremos tambien nuestro baile particular en la plaza grande del jardin. El señor Jacobo ha dispuesto por sí mismo cuanto puede contribuir á nuestro obsequio y diversion. Una orquesta aparte, un buen ambigú... Vamos, se nos tratará como á los convidados del salon. Con que hasta luego. Cuidado que no falteis, ni os hagais esperar.

ALDEANOS. Estaremos aqui antes de las ocho.

JUANA. Bueno. Ah... si... oigo á mi ama. Hasta luego.

TODOS. Hásta luego. (*Vánse, menos Juana*).

ESCENA II.

JUANA. CAMILA.

CAMILA. Te andaba buscando. ¿Has visto á Jacobo?

JUANA. No, señora; pero sé que esta mañana ha venido varias veces; ha hablado largo rato con el señor Duque, y debe de volver muy pronto. ¿Qué tiene usted, señorita? Me parece...

CAMILA. ¡Ay, Juana!

JUANA. ¿Está usted llorando?

CAMILA. En vano pretenderia ocultar mi inquietud. Tiemblo que se desvanezcan mis esperanzas en el momento mismo en que voy á unirme con quien mas amo. Presentimientos siniestros... un secreto terror...

JUANA. ¿Pero por qué alarmarse asi? ¿No está usted segura de que su futuro esposo la quiere? El señor Duque, tio de usted, consiente en que se haga el matrimonio. Yo no hallo razon para entristecerse.

CAMILA. Escucha y juzga si mi terror es justo. Ayer tarde cuando se retiró Jacobo, estaba yo en mi aposento; y sola, sentada á la ventana, me abandonaba á los encantos de una dulce ilusion. No veia mas que á mi amante; mi memoria fiel me representaba los primeros momentos de un amor por tanto tiempo combatido, y los obstáculos de que habia triunfado nuestra constancia. Mi espíritu consideraba la felicidad que un benéfico porvenir parecia ofrecernos. Percibo de repente bajo mis pies un ruido lijero que se me figuró venia del bosquecillo: siento claramente las pisadas de muchas personas que caminaban con precaucion, procurando sin duda no ser sentidas: crece mi pavor con la oscuridad; y ya iba á llamar cuando hirió mis oidos mi propio nombre pronunciado y re-

petido en voz baja por los misteriosos personages del bosquecillo. Escucho atentamente, pero no puedo comprender por de pronto mas que frases interrumpidas, que escitaban mas y mas mi curiosidad. Por último: llegué á entender estas palabras, pronunciadas con un acento terrible. «Jacobo, nada de himeneo con Camila; lo hemos jurado.—Yo sostendré mi juramento á costa de mi sangre. «—Y nosotros tambien. Nada de himeneo.» (*Esto lo ha dicho imitando dos voces*).

JUANA. ¡Dios mio!

CAMILA. Un grito que no pude sofocar, me descubrió y huyeron. Escuché de nuevo, llamé, supliqué á aquellos impios que me esplicasen los motivos de su funesta resolucion, la causa de su terrible juramento; y no obtuve respuesta.

JUANA. ¿Pero está usted bien segura? La imaginacion escesivamente acalorada, puede haber sido causa de una vision como la que acaba usted de pintarme.

CAMILA. Quisiera persuadirme tambien á que este suceso fuese absolutamente imaginario; pero aquella terrible voz... aquellas palabras... ¡Yo las oigo aun!

JUANA. Cálmese usted, señorita; esas amenazas no deben de incomodarnos, ni tendrán efecto aun cuando lo que usted me cuenta hubiese pasado asi. Y en todo caso el valor de Jacobo...

CAMILA. Su presencia es la que puede únicamente restituir á mi corazon la tranquilidad que ha perdido. Yo confío en su lealtad, y mis temores desaparecerán cuando me halle á su lado. Alguien viene.

JUANA. El señor Duque.

CAMILA. Silencio.

ESCENA III.

Dichos. El Duque. Oficiales.

Duque. Si, señores; las noticias que acabo de recibir, y las disposiciones que hemos tomado, me aseguran de que muy en breve habremos librado nuestro territorio del azote funesto de los invisibles, y de su malvado gefe German. Dentro de una hora, reunidos en mi aposento, examinarémos los medios que nuevamente se proponen para lograrlo con mas prontitud. (*Vánse los oficiales y Juana*).

ESCENA IV.

El Duque. Camila.

Duque. Querida sobrina, estaba impaciente por comunicarte la llegada del Marques.

Camila. ¡El Marques!

Duque. Aun no está en la ciudad; mas un criado suyo, que le precede, acaba de anunciarme su regreso. Se apeará en Palacio... Qué significa esa turbacion?

Camila. ¡Querido tio!

Duque. ¿Temes acaso sus reconvenciones?

Camila. ¡Sus reconvenciones! No señor: jamás le he lisonjeado con la mas pequeña esperanza. Antes de conocer á Jacobo habia ya renunciado á la mano del Marques, y no puede nunca acusarme de haber sido infiel ni falsa. Temo, sin embargo, que su presencia y sus observaciones, podrán aumentar la repugnancia que manifiesta usted hácia Jacobo, y...

DUQUE. Tranquilízate, Camila. El Marques tiene un carácter muy noble, y yo te amo mucho. Hé deseado ciertamente con el mayor empeño que te interesases por él; pero nunca tuve intencion de contrariar tus inclinaciones. Te decidiste por Jacobo; me pareció peligrosa esta eleccion, y creí deber oponerme, en razon del misterio que rodeaba al parecer á ese jóven, y del silencio, misterioso tambien, que afectaba sobre su nacimiento, educacion, primeras ocupaciones y demás. Bien conocerás que todo esto debia escitar mis sospechas; pero me equivoqué, y tengo un placer en confesarlo sin rodeos. Hoy mismo he recibido las últimas pruebas que habia menester para desengañarme. Obran en mi poder todos los documentos necesarios para justificar que Jacobo pertenece á una de las mejores casas del mediodia de la Europa, de quien es único heredero. Su inmensa fortuna le ha proporcionado medios de viajar por todas partes; y solo el amor que te profesa le ha podido obligar á fijar su residencia aqui para siempre.

CAMILA. No me habia usted instruido de tales pormenores.

DUQUE. Pero he dado mi consentimiento para vuestro matrimonio, creyendo que era este el modo mejor de sincerarme contigo, de hacerte olvidar mi error, y disculpar una dilacion que la prudencia juzgaba indispensable.

CAMILA. Querido tio, ¡cuán grande es el beneficio que usted me hace! Usted aprueba mi eleccion; usted la confirma; he aqui lo que yo deseaba oir de usted mismo, y lo que desvanece las dudas mortíferas en que naufragaba mi oprimido corazon.

ESCENA V.

Dichos. Un oficial.

Oficial. El Señor Marques.
Camila. ¡El Marques!
Duque. Que pase adelante. Vamos, anímate un poco.
Camila. Permítame usted que me retire, querido tio. Tiene usted que hablarle de asuntos importantes. Pronto volveré á saludar al señor Marques, y á exponerme á todo su enojo. (*Vase*).

ESCENA VI.

El Duque. El Marques.

Marques. Disimule usted, señor Duque, si me presento tan repentinamente. No he podido moderar mi impaciencia.
Duque. Celebro mucho el regreso de usted. La comision que se le habia encargado era muy peligrosa.
Marques. Gracias al Todo-poderoso me he librado por esta vez de los invisibles; y el éxito de mi viaje ha correspondido á mis esperanzas.
Duque. ¿Se há descubierto la guarida de German?
Marques. Creo que sí.
Duque. Explíquese usted, pues.
Marques. Segun convinimos, he recorrido en estos diez meses todo el territorio, y he visto en general temblar las poblaciones al solo nombre de los ladrones invisibles. Un pavor sin ejemplo se ha apoderado de los corazones; todos se dejan desnudar y robar en medio de los caminos, sin proferir una sola queja,

porque creen que el quejarse sería bastante delito para quedar asesinados en el acto. Debo de confesarlo. La reputacion de German es bastante para justificar los terrores que inspira su nombre. Dotado de una fuerza prodigiosa, con una osadía que nada es capáz de contener: conservando en su infame profesion algunas virtudes que son el ornamento de los hombres de bien; disfrazándose de mil modos en sus criminales empresas, de suerte que á veces ni aun de los suyos puede ser conocido, ha subyugado enteramente los espíritus de cuantos le acompañan. Estoy distante de dar crédito á las muchas anécdotas que se cuentan de ese hombre extraordinario; pero me parece que en su existencia hay algo de misterioso. La ciega obediencia que le prestan sus secuaces, la mezcla de heroismo y ferocidad que se observa en sus hechos, todo anuncia un hombre no vulgar, y de quien se deben temer los mayores arrojos.

DUQUE. ¿Y logró usted por fin hallar á ese miserable?

MARQUES. Un dia creí serme fácil apoderarme de él. Me advirtieron que debia de acampar con parte de su cuadrilla en un bosque espeso que podia cortarse sin grande dificultad. Consulté mi celo mas bien que mis fuerzas, y decidí atacarle. Mis soldados quedaron en breve derrotados: una parte de ellos sucumbió en el campo de batalla: otros huyeron en dispersion; y yo iba á ser víctima de mi imprudencia. Un jóven, á quien el ruido de la escaramuza debió sin duda llamar en mi auxilio, me salvó la vida. Estrechado por cinco de los ladrones, de los cuales me cargaron mas particularmente dos, rota mi espada, y á punto de perecer, se precipita en medio de los tres aquel jóven singular; deja tendidos á mis pies los dos asesinos, hace huir á los otros, y desaparece con la velocidad del rayo. Puede usted juzgar cuánto sentiría no

conocer á mi libertador; pero se habia substraido á mi gratitud, y todas mis pesquisas han sido inútiles. Aquella aventura me hizo mas prudente. Limitándome desde entónces á espiar con las mayores precauciones todos los movimientos de los bandidos, he trabajado en descubrir sus diferentes guaridas y enterarme de todas las particularidades que pueden suministrar alguna luz relativa á sus costumbres, señas de inteligencia, y demas circunstancias. Por fin, despues de muchas tentativas malogradas, la casualidad me ha dado á conocer el predilecto albergue de German. En él oculta sus tesoros: y lo que mas sorprenderá á usted es que este albergue, ignorado de todo el mundo, está casi á las puertas de la ciudad.

DUQUE. ¡Á las puertas de la ciudad!

MARQUES. Si, señor. Tres leguas de aqui dá principio la selva llamada de la Vírgen: á poco trecho hay unas ruinas de la antigua hospedería de los Templarios. Estas ruinas son el asilo de German y de sus compañeros. Asilo formidable, de dificil acceso, por las encadenadas rocas y profundos precipicios que en todas direcciones le defienden. En medio de las ruinas han practicado diferentes concavidades: han habilitado algunas antiguas bóvedas: han abierto varios caminos subterráneos: tienen minada una gran parte de la circunferencia del edificio, y parece que á favor de esta infernal caverna, se han adquirido el renombre de invisibles. Yo he descubierto el modo de penetrar en ella. He dejado en observacion algunos soldados para vigilar los movimientos de German; y si concertamos con todo sigilo un ataque, me atrevo á responder que sucumbirán por fin, y que en adelante podremos respirar tranquilos. Entónces ya no me quedará mas que desear, sino que Camila se decida á mirarme con ménos indiferencia

DUQUE. He ejercido en favor de usted todo mi in-

flujo; pero mi sobrina apasionada de otro, me ha desairado. El enlace que usted proyectaba, soy franco, mereció desde luego toda mi aprobacion; el que proyecta mi sobrina me ha costado alguna repugnancia; pero usted conoce que en negocios de que ha de depender la felicidad ó desgracia de toda la vida, puede y debe de interponerse el influjo, sin echar nunca mano de la autoridad. Usted tiene que disimular á mí sobrina. Ella ama á usted; reconoce y aprecia las brillantes cualidades que le hacen acreedor á la estimacion universál; le juzga muy digno de su mano y de su corazon; pero sintiendo mucho no poder complacerme, se decide por otro esposo.

Marques. Sé que Camila á pesar de mis ardientes votos, á pesar de los deseos de usted... Sin embargo, yo veré, yo conoceré á ese afortunado rival. Para consolarme de la pérdida de vuestra sobrina, es necesario que yo sepa si el esposo que elige es mas digno de ella.

ESCENA VII.

Dichos. Un Oficial.

Oficial. El señor Jacobo pide permiso para presentarse.

Duque. Que entre. (*Se retira el oficial*). Va usted á ver su rival. Cuento con la prudencia y circunspeccion que las circunstancias exigen.

Marques. No sé si podré contenerme.

ESCENA VIII.

(*Dichos. Camila, con dos criados, se coloca al lado de su tio. Jacobo magníficamente vestido ocupa el centro*).

Jacobo. Señor Duque, me es permitido en fin ex-

playar libremente la alegria de mi corazon. Este dia feliz, por cuya aparicion he suspirado tanto, va á recompensar con usura las mortíferas ansiedades en que mi pecho vacila. Querida Camila, no mas dilacion; que un himeneo venturoso corone el amor que nos profesamos.

MARQUES. No me engaño... estas facciones... (*Aparte*). ¿Será posible?

DUQUE. Recuerdo á usted, señor Marques... (*Conteniéndole*).

MARQUES. Si; no hay duda; es él. (*Mirando á Jacobo*).

JACOBO. ¿Habla usted por mí?

MARQUES. El jóven intrépido... ¿No se acuerda usted de la selva de la Vírgen?

JACOBO. ¡La selva de la Vírgen! (*Turbado*).

MARQUES. Yo estaba acosado por los bandidos, un jóven se interpone cerca del puente largo... cuando yo iba ya á sucumbir... mi espada rota...

JACOBO. En efecto; me acuerdo.

MARQUES. El es! El es mi libertador.

DUQUE. ¡Su libertador!

CAMILA. ¿Conoce usted á Jacobo?

MARQUES. Solo le he visto una vez; pero sus facciones quedaron grabadas en mi memoria para siempre. Si, señor Duque, aquel desconocido que me defendió del furor de los ladrones, que salvó mi vida, que huyó al momento que me vió libre, es el esposo que se destina á la señorita.

CAMILA. ¡Cielos! ¡Qué felicidad!

JACOBO. Yo suplico á usted... lo que hice en aquella ocasion no merece... siempre que uno ve á sus semejantes en peligro... (*Como violento*).

MARQUES. No; esta accion es digna de publicarse, y merece mi sincero reconocimiento. Usted me salvó: mi vida es suya. Mi brazo está pronto á emplearse en obsequio del que con una generosidad y valor sin ejemplo, arriesgó su existencia para proteger la de un desconocido con quien solo le unian los vínculos de la humanidad.

JACOBO. Son los mas respetables.

MARQUES. Sepa usted, caballero, que yo soy el rival con quien ha tenido que competir. Hace un momento que odiaba el nombre de usted, lo maldecia, y hubiera querido á costa de toda mi sangre sacrificarle á mi celoso furor. Ahora, sin ser ingrato, no puedo disputar á usted un corazon que tiene bien merecido, y si me costase la vida, sabria dominar una pasion que pudiera ofender ni en lo mínimo á mi querido bienhechor. Sí: yo amo á Camila, yo la adoro. Juzgue usted si es grande el sacrificio que me impongo; el único capaz de recompensar dignamente un beneficio de que me confieso deudor.

DUQUE. Señor Marques, reconozco á usted en ese noble lenguage, y me felicito de tener amigos tan justos y generosos. (*Estrechándole la mano*).

JACOBO. Agradecido yo igualmente á la generosidad del señor Marques, le ofrezco no desmentir jamás la primera prueba que le di de mi cariño, cuando no tenia aun la dicha de conocerle. Entretanto, si el señor Duque se digna permitirlo, pasarán adelante mis criados, y tendré el honor de ofrecer á mi idolatrada Camila, los primeros homenages del que tiene ya la ventura de anunciarse como su esposo, y la esperanza de no ser nunca indigno de este nombre.

ESCENA IX.

Dichos. Pajes, Lacayos, y despues JUANA.

(*Los pajes conducen los presentes para Camila, Jacobo se los ofrece: ella los recibe, y hace pasar á manos de sus criados. Despues sale Juana*).

JUANA. Señor, los oficiales de la guarnicion, infor-

mados de la llegada del señor Marques, están esperando á V. E. en su aposento.

DUQUE. Vamos á recibirlos, amigos mios, volveremos al instante para asistir á la ceremonia que se prepara. Mi palacio y mis jardines estarán abiertos para todos los habitantes de la ciudad. Repartid, en nombre de Camila, algunos socorros á los necesitados; y que todos, si es posible, participen de la alegria que reina en nuestros corazones. (*El Marques presenta su mano á Jacobo, estrecha con afecto la de este, saluda á Camila, y sigue al Duque. Todo el acompañamiento se retira á una señal de Jacobo*).

ESCENA X.

JACOBO. CAMILA. JUANA.

JACOBO. Hermosa Camila, por piedad... confiésame que tu impaciencia era igual á la mia; que tu amor es tan fervoroso como el que hierbe en mi sangre; que si mi felicidad depende de unirme á tí, la tuya está cifrada en ser mi esposa.

JUANA. Dios mio! ¡Qué bordados; qué riqueza! ¿Ola, una cartita tambien? Alguna nueva galanteria del señor Jacobo (*Mirando las galas*).

CAMILA. ¡Un papel!

JUANA. ¡Y con sobre para mi señorita!

CAMILA. Dámele. (*Lo toma*).

JACOBO. ¡Un papel! Yo ignoro...

CAMILA. Gran Dios! ¿Aun esta terrible amenaza? «*Nada de himeneo.*»

JACOBO. Querida mia; cuál puede ser la causa de esa repentina inquietud que veo pintada en tu semblante? ¿Qué puede contener ese papel?

CAMILA. Lee, Jacobo, lee y mira si soy desgraciada.

JACOBO. «Jacobo, Camila, nada de himeneo... (*leyendo*). »Guardaos bien de llegar al altar. La muerte

»os aguarda en aquel sitio»—¿Y quién es el osado?.. ¡Ola! Mis criados...

CAMILA. ¿Qué vas hacer?

JACOBO. Camila, vuelve en tí. Solo un cobarde puede valerse de esas armas vergonzosas. ¡Ah! sea quien fuere, se guardará muy bien de llevar á cabo tales amenazas, ni aun de presentarse en momento semejante. Demasiado debe de comprender que nada podria libertarle de mi justo furor, y que su muerte sería inevitable en el instante en que se diese á conocer.

CAMILA. No me abandones, querido Jacobo; no te apartes de mi. Tal vez algun cobarde acecha tus pasos, y espia una ocasion favorable para... ¡Oh Dios! No me abandones; yo te lo ruego por el amor que me profesas.

JACOBO. No, Camila, yo velaré por tí; pero en nombre del cielo, calma esa inquietud pavorosa. Sí cálmala. ¿Qué poder humano será bastante para desunirnos? Tú eres mia por tus juramentos, por tu amor, por aquel amor que me inspiraste desde el momento en que tus ojos se encontraron por primera vez con los mios. Entonces juré que nadie sino yo seria el esposo de Camila. ¡Infeliz del que temerariamente intentase arrancarte de mis brazos! (*Varias gentes entran en el jardin, algunos hombres se adelantan y acechan á Jacobo*).

CAMILA. ¡Silencio! Los jardines empiezan á ser ocupados.

JUANA. Señorita, se va acercando la hora de la ceremonia. Es preciso disponerse. Las criadas están esperando en el gabinete.

(*Jacobo dá la mano á Camila. Juana entra y no vuelve hasta que aquel es detenido por Morlac*).

ESCENA XI.

Dichos. MORLAC. RAGOTZ *y muchos bandidos disfrazados de aldeanos.*

MORLAC. Caballero? (*A Jacobo*).
JACOBO. En otro momento. (*Sin mirarle*).
MORLAC. Estas buenas gentes... (*Siguiéndole*).
JACOBO. Estoy muy agradecido.
MORLAC. Sois menos altanero (*cojiéndole de la mano y deteniéndole*) en las peñas de la Vírgen.
JACOBO. ¡En las peñas! (*Le mira y queda atónito*).
CAMILA. ¿Qué te detiene, Jacobo, por qué no entras?
JACOBO. Nada, querida, nada.
MORLAC. Es preciso que te hable sin (*bajo*) testigos. Haz que se retiren esas mujeres. Aquí te aguardo. (*Juana quiere llevarse á Camila*).
JACOBO. ¡Miserable! ¡Y te atreves!
MORLAC. ¡No hay que amenazar! Si no me oyes, te pierdes. Los medios estan en mi mano y tú lo sabes.

(*Jacobo vuelve á tomar la mano de Camila. Esta repara en su inquietud y quiere penetrar la causa. Jacobo la tranquiliza, y se entran mirando á Morlac que permanece con los suyos*).

ESCENA XII.

MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

RAGOTZ. ¿Y bien?
MORLAC. ¡Cuidado! Tu proyecto es demasiado atrevido.
MORLAC. Esos son los que suelen lograrse. No os separeis de estas inmediaciones, y no dejeis que nadie se acerque durante nuestra conversacion. Pronto me reuniré con vosotros.
RAGOTZ. ¿Dónde nos encontrarémos?

MORLAC. En la puerta chica del parque. Siento pasos. Él es... Bien decia yo que no tardaria en venir, retírate. Dejadnos solos.

RAGOTZ. ¿Tienes armas?

MORLAC. ¿Armas? Con él me serian inútiles. Voy viendo que no le conoces todavía.

RAGOTZ. ¿Y cómo le obligarás?

MORLAC. Ese es cargo mio. No pondria yo sobre él mi mano por cuanto hay en el mundo. Aquí viene: retírate.

(*Ragotz y los bandidos se alejan por el foro. De tiempo en tiempo se los ve cruzar de un lado á otro*).

ESCENA XIII.

(*Jacobo muy turbado mira á todas partes y viendo que Morlac está solo, le hace una seña para que se acerque. Le toma la mano y se la estrecha*).

JACOBO. ¿Qué vienes á hacer aquí?

MORLAC. Vengo á buscarte.

JACOBO. ¿A buscarme?

MORLAC. Y á arrancarte de los brazos seductores de una mujer. A romper unos vínculos que nos perderian, y á tí con nosotros.

JACOBO. ¡Quedo!

MORLAC. Tengo que responderte en el mismo tono en que me hables.

JACOBO. ¡Serias tú acaso el que ha escrito este billete? (*Se lo enseña*).

MORLAC. Si, yo he sido.

JACOBO. Y no has temido mi cólera?

MORLAC. Mira, déjate de floreos retóricos y sígueme al momento.

JACOBO. ¿Yo seguirte?

MORLAC. Es preciso.

JACOBO. Jamás.

MORLAC. Tus compañeros te necesitan.

JACOBO. ¡Mis compañeros! Ya no lo sois mios. Nada hay de comun entre vosotros y yo.

MORLAC. ¿Y por qué? Porque acertaste un dia á matar á un personage: porque te apoderaste de sus títulos y documentos de familia: porque á favor de nuestro silencio y disimulo has puesto en juego aquellos resortes y has engañado al Gobernador... por esto ¿te crees ya superior á nosotros? Los lazos del crímen te unen á los criminales: no es en este palacio ni bajo los techos dorados de cualquiera otro donde debes de concluir la carrera en que tanto te has distinguido. Una onza de plomo ardiendo, una puñalada, ó un suplicio...

JACOBO. Si prosigues (*Amenazándole*).

MORLAC. ¿Qué harás? Infeliz! Tú has olvidado las obligaciones que nos debes: tú te has querido asociar á la familia que tiene jurado nuestro esterminio; tú puedes entregarme ahora mismo á la muerte. Habla... y subiremos juntos al cadalso.

JACOBO. ¡Bárbaro!

MORLAC. Recuerdo que siempre nos has querido deslumbrar con palabras misteriosas sobre tu nacimiento, sobre las desgracias que te habian obligado á buscar un asilo en los montes y asociarte á nosotros. Te dimos el mando superior porque eres valiente. Te respetamos como á tal, pero en resúmen ¿eres mas que un?..

JACOBO. ¡Silencio!

MORLAC. Tranquilízate, hombre; (*friamente*) jamás se debe uno de avergonzar del oficio que tiene. Y, ademas, somos muchos los que ejercemos este. No hay otra diferencia, sino que algunos lo ejercen sin peligro y bien vistos; y otros, menos venturosos, tenemos que ejercerlo en los caminos públicos, esponiendo nuestra cabeza doce veces al dia y aborrecidos de todo el mundo.

JACOBO. Retírate.

MORLAC. Tu matrimonio no se verificará.

JACOBO. ¿Quién ha de impedirlo?

MORLAC. Yo.

JACOBO. Nada me hará renunciar á la mano de Camila. Recibió mis juramentos.

MORLAC. Antes habias prometido á tus compañeros una eterna fidelidad. Huye de este recinto funesto. Creeme.

JACOBO. Nunca.

MORLAC. Teme nuestra venganza.

JOCOBO. No me amedrentas.

MORLAC. Sé que eres insensible á la muerte, pero las circunstancias te la harán horrorosa.

JACOBO. ¡Por última vez te intimo silencio! (*Echando mano á la espada*).

MORLAC. Aunque me matáras, no te salvarías. Mil bocas pronunciarian tu sentencia dos minutos despues.

JACOBO. ¡Monstruos! ¿No estais satisfechos? Os lo he sacrificado todo, hasta mi honor, para...

MORLAC. ¿Honor tú? ¿Es compatible el honor con tu oficio? ¿Si la sangre que circula por tus venas fuese noble, lo ejercerias? Modera tu presuncion y no te hagas ridículo.

JACOBO. ¿Qué exiges de mí? ¿Mis riquezas?

MORLAC. No.

JACOBO. Yo os abandono cuanto me pertenece. Dejadme ser feliz al lado de mi esposa.

MORLAC. Esa esposa no existe para tí. Está decretado. Dentro de una hora te aguardamos en las peñas de la Vírgen.

JACOBO. ¡No! ¡Antes la muerte!

MORLAC. Irás, sí, iras... yo te lo digo. Aqui era donde querias vendernos: aqui se debia celebrar tu matrimonio: La hora se aproxima; todo lo sabemos. Estaremos aqui... reflexiona y tiembla... Si hablamos... Viene gente, adios. (*Se presenta el Marques. Morlac se cubre el rostro y se va. El Marques le examina, como si le sorprendiese su vista. Jacobo está abismado en la mayor consternacion*).

ESCENA XIV.

JACOBO. EL MARQUES.

JACOBO. ¡El Marques! (*Aparte*).

MARQUES. Las facciones de este hombre no me son desconocidas. Hablaba con usted, señor Jacobo?

JACOBO. Sí: es un desgraciado que imploraba mi proteccion.

MARQUES. Sé que hace usted el mejor uso de sus riquezas...

JACOBO. ¡Señor!

MARQUES. Y deseará que este dia quede señalado en la memoria de los menesterosos, con algun beneficio particular. El señor Duque me acaba de informar en compendio de cuantos pormenores eran necesarios para fijar de un modo indeleble la ventajosa idea que yo tenia formada de usted. Sé que se halla en estos dominios por resultas fatales de un duelo que le hizo abandonar su pais; y sé tambien que ha guardado largo tiempo el incógnito mas rigoroso; pero no se me oculta ya su nombre y me doy el parabien de que Camila logre un esposo no menos digno de ella por sus acciones que por su nacimiento. El señor Duque, apreciándole á usted como merece, para darle la última prueba de confianza, le confiere el mando de la espedicion que va á salir contra los invisibles.

JACOBO. ¡Contra los invisibles!

MARQUES Todos los oficiales han aprobado la deliberacion del señor Duque, y se creen ya victoriosos llevando á su cabeza un hombre tan digno de ser su gefe.

JACOBO. ¿Yo?

MARQUES. Sí, amigo mio. La nueva patria que usted adopta en su desgracia exige sacrificios; pero sacrificios muy dulces para corazones ge-

nerosos. Yo seré uno de los que combatirán á las órdenes de mi libertador; y me juzgaré muy feliz si al pagar una deuda sagrada puedo conservar vida tan preciosa.

JACOBO. ¡A qué suplicios estoy destinado! (*Aparte*).

MARQUES. Conozco bien cuan natural es la agitacion en que usted se halla; pronto desaparecerá. Todos están ya reunidos. Los senadores van á honrar con su presencia la ceremonia.

JACOBO. ¡Yo espondré á Camila!... No huyamos. (*Yéndose*).

MARQUES. Ya vienen. (*Deteniéndole*).

JACOBO. ¡Cielos!

ESCENA XV.

(*Cortejo numeroso ocupa el teatro. Hay personas de todas gerarquías. Los trages lo denotan. El Duque trae de la mano á Camila. Le preceden algunos soldados de su guardia que forman al foro. El pueblo en diferentes pelotones. Camila estará vestida de boda. Morlac y los bandidos interpolados con el pueblo. Pages y lacayos de Jacobo*).

DUQUE. El Conde Jacobo de Lyden recibe hoy de la mano de un segundo padre la esposa elejida. Yo confio á su honor la suerte de mi querida sobrina. Derramen los cielos sus bendiciones sobre vosotros; y que los votos fervorosos que les dirijo por vuestra felicidad, tengan el mas satisfactorio cumplimiento. El santuario de un Dios de paz os abre sus puertas. Su ministro os aguarda: venid á prometeros la eterna felicidad que debe de hacer las delicias de vuestra vida y el consuelo de mi afortunada vejez.

(*El acompañamiento abre paso á los novios hácia el parage donde se supone la capilla de palacio. Actitud de marcha*).

CAMILA. Juro amar á mi querido esposo hasta la muerte...

(*Jacobo despues de mirar con inquietud á todas partes, receloso de descubrir á Morlac, no viéndole empieza á decir con la mayor solemnidad levantando la mano*).

JACOBO. Juro tambien... (*Repara en Morlac que se coloca en frente y se adelanta con firmeza y desenvoltura*).

MORLAC. El señor Conde...

JACOBO. ¡Dios mio! ¡Toda mi sangre se hiela!

CAMILA. ¡Jacobo! (*Sobresaltada*).

DUQUE. ¿Qué puede detenernos?

JACOBO. ¡Malvados! ¡Ellos quieren!... No: temblad. Yo desprecio sus amenazas... Aunque hubiera de perecer... ven Camila, ven; al pie de los altares recibirás mi juramento, apesar...

(*Toma la mano de Camila queriendo llevarla consigo. Todos los bandidos que están diseminados en la escena, lo mismo que los demas que aparecerán en todos los actos, llevan en su vestuario algunas prendas uniformes, una de ellas, á eleccion de quien dirija, mas reparable que las otras. Esta prenda puede ser una faja etc. Morlac que se ha adelantado un poco hácia Jacobo, le señala aquella parte de su vestido que distingue á los ladrones para reconocerse entre sí. Los demas bandidos ejecutan lo mismo que Morlac, de manera que Jacobo se encuentra con los bandidos en todas direcciones. Se adelanta con Camila por dos ó tres parajes y retrocede viéndose cercado de los facinerosos. Por último, la rechaza y se adelanta al proscenio. Todos le siguen. Cuadro de sorpresa*).

JACOBO. ¡Está hecho! ¡Oh!

DUQUE. ¡Qué delirio!

JACOBO. ¡Dejadme, dejadme!

CAMILA. ¡Esposo mio!

JACOBO. ¿Yo tu esposo? No: yo no soy tu esposo. Vosotros lo sabeis que no soy su esposo (*Volviéndose al pueblo*). Un poder horrible, un poder que detesto me fuerza á abandonarte... á huir de ti para siempre.

CAMILA. ¡Dios mio!

DUQUE. ¡Miserable!

(*El Duque tira de la espada y va á arrojarse sobre Jacobo. El Marques se interpone. Muchos personages siguen la idea del Marques. Camila se desmaya en brazos de algunas damas del acompañamiento. Jacobo toma la derecha del teatro, vuelta la espalda al cuadro general, y en actitud de desesperacion. El verdadero pueblo atiende al accidente de Camila. Los soldados de la guardia del Gobernador se unen al grupo de este, á una señal que para ello les hace. Morlac y los suyos deslizándose sin pérdida de momento hácia el lado donde está Jacobo, le rodean. El los mira, se horroriza y al fin sale de la escena con precipitacion. Morlac hace señas para que algunos ladrones vayan siguiendo á Jacobo, y otros se queden en la escena, indicándoles con miradas de inteligencia que no conviene abandonar repentinamente el puesto, y todos se unen al cuadro general de sorpresa y dolor*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa el interior de una hospedería de Templarios arruinada por varias partes. Dos galerías á izquierda y derecha, que puede suponerse haber sido cláustros, conducen á varias habitaciones que los ladrones han habilitado para su uso. Al frente una arcada gótica: su altura es dos tercios de la del Teatro hasta las bambalinas. Esta arcada está sostenida por tres columnas del mismo órden; una de ellas es hueca. Hay un sillar que se mueve hácia fuera por medio de un resorte. Poco detras de la piedra que se mueve hay una reja cerrada que conduce á un depósito de armas y á una pequeña escalera practicada en las peñas. Sobre los arcos, y siempre al frente, ventanas medio arruinadas. Al traves de estas mismas ventanas se ven las rocas de la Virgen. A la izquierda

en segundo bastidor la boca de una pequeña bóveda que sirve de almacen de pólvora. En sitio conveniente, otra entrada con puerta y grueso cerrojo, practicables éste y aquella por la parte de afuera.

ESCENA I.

CUCUFATE *solo.*

(*Se ocupa en poner algunos talegos de dinero en un boqueron abierto en el suelo. Segun los mete allí, va haciendo apuntacion en un libro de caja*).

CUCUF. Dos mil y quinientos escudos: mas, mil doscientos cincuenta que han entrado esta mañana: mas, diez mil setecientos de anoche. Es decir, que componen en todo la cantidad de catorce mil y quinientos para la entrada de hoy. Bueno: catorce mil y quinientos, sí... eso es. Hasta para hacer daño se necesita plan y órden. ¡Ah! ¡Fortuna caprichosa! Combinaciones singulares me han obligado á alistarme en este invisible regimiento; pero el señor Cucufate, siempre honrado y pundonoroso, ha sabido hacer respetar su carácter y guardar la posicion ventajosa que debe de tener un ladron por principios, respecto de los que no los conocen. A mayor abundamiento: nunca he querido entrar en servicio activo, y he sabido ceñirme á solo la parte administrativa, que no siendo la mas arriesgada es siempre la mas sustanciosa. Todo esto, traducido á un lenguaje inteligible, significa que yo no soy un pícaro redomado, puesto que me he colocado desde luego en la categoría de cajero, proveedor, factor, etc. Con que, vamos á ver... Catorce talegas de á mil para el fondo

comun... y la media talega del pico la escamotaremos á beneficio de la caja, que es menor de edad. (*Lleva esta última cantidad á otro agujero que habrá en otro sitio*). Este es el rinconcito reservado para mí. ¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¡Estos malditos compañeros mios! ¿Eh? Mire usted qué gracia! Estarle á uno escuchando cuando se le antoja hacer un soliloquio! (*Pausa*). Pues no hay nadie. ¡Maldito miedo! Ni aun entre ladrones puede estar seguro otro ladron. Cerremos, por si van mal dadas. Siempre es bueno, (*cierra*) desconfiar de estos bribones. Tanto se les daria robarme á mí, como si robasen á un hombre de bien.

ESCENA II.

CUCUFATE. RAGOTZ.

RAGOTZ ¡Ah! ¿Eres tú, Cucufate?

CUCUF. Si, señor, yo soy. Estaba haciendo un arqueo en nuestra tesorería.

RAGOTZ. La entradita de anoche no habrá venido mal.

CUCUF. Perfectamente. ¿Fuiste tú el que tomó el empréstito forzoso de donde ha provenido? Apropósito; antes que se me olvide. De unos dias á esta parte, me mortifican mucho los remordimientos.

RAGOTZ. ¡Bribon!

CUCUF. Naturalmente pienso yo con un poco de escrupulosidad, y...

RAGOTZ. Estaba por darte un trabucazo.

CUCUF. Ya me ha dado usted dos, señor temeron, con no dejarme hablar. Digo que tengo mis escrúpulos de que ese almacen de pólvora, que por una diabólica inspiracion han colocado á un lado de la caja, nos ha de dar un mal dia, haciéndome volar con libros y

dinero. Y no me causaria sorpresa, si esto sucediese no estando yo, que faltasen algunas taleguillas, por que... con ingenuidad... somos muy malos y á rio revuelto... ¿me entiendes?

RAGOTZ. ¡Cabiloso!

CUCUF. En fin, yo por mi parte tengo mis cuentas arregladas. Con que... felices tardes.

RAGOTZ. ¿A dónde bueno? Cabalmente vamos á celebrar el consejo que Morlac tiene convocado.

CUCUF. Asi será; pero yo tengo que atender á cierto negocio puramente personal. Se trata de mis propios intereses. Voy á hacer una cobranza.

RAGOTZ. ¿Una cobranza? No entiendo.

CUCUF. Cuando á uno le deben, hay que ir á cobrar, si el deudor no es tan comedido que venga á traer el dinero á casa. Tú sabes muy bien que independientemente de mi empleo de cajero en esta respetable compañía, soy conocido en la ciudad por un capitalista honrado, que socorre, á moderado interés, las urgencias del prógimo. Esta mañana, estando dentro de la poblacion, se me ha presentado un pobre demonio solicitando quinientos florines á cuarenta por ciento. Esto es bastante razonable; y desde luego en cuanto al interes nada hay que decir.

RAGOTZ. ¿Y bien?

CUCUF. Me hacia una escritura pública ó privada, segun me conviniese; pero yo queria ciertas garantias. En tal estado se le ocurrió presentarme la mas satisfactoria. Díjome que le urgia el préstamo, porque esta misma tarde tenian que llevar el dinero á esa casa de campo que está media legua de aqui. Al momento que me impuse de que mis florines debian de visitar aunque de paso nuestra jurisdiccion, me resolví á presentárselos. Ya ves tú cuan fácil es cobrar; pues eso es lo que voy á hacer ahora.

RAGOTZ. Entiendo.

CUCUF. No quiero perder la ocasion. Situaré mi campo detrás de las rocas de la Vírgen, y...

RAGOTZ. No te aconsejo que vayas allá, y mucho ménos solo.

CUCUF. ¡Pues qué?.. Pero ya conozco lo que quieres decirme. Deseas tener un interesillo en mis fondos, ¿eh?

RAGOTZ. Yo no trato de que me cuelguen por esa miseria. Escúchame: las tropas disponibles que habia en la ciudad nos tienen cercados.

CUCUF. ¡Y preste usted dinero sin contar con estas vicisitudes! Por vida de San Cucufate, que si vuelvo á dejarme engañar... ¿quién te ha dado esa noticia?

RAGOTZ. Morlac mismo que está ya preparando todos los medios de defensa. Felizmente ha caido en nuestro poder la mejor prenda de nuestra salvacion.

CUCUF. ¡Qué prenda? ¿Esa muchacha que habeis traido á la madriguera?

RAGOTZ. Es la sobrina del Duque, Gobernador de la ciudad.

CUCUF. ¡Cómo! ¿La sobrina del Gobernador?

RAGOT. La misma. Yo ignoro cuál habrá sido el designio de Morlac en robarla. Tal vez puede que previese la tempestad que nos amenazaba; lo cierto es que Morlac asegura que solo este atrevido golpe nos puede volver nuestro antiguo capitan.

CUCUF. ¿Quién?

RAGOTZ. German.

CUCUF. ¡El terrible German! Ese ladron...

RAGOTZ. ¿Cómo?

CUCUF. Ese prototipo de los que se encuentran lo que nadie ha perdido: ese valiente de quien os oigo hablar con tanto respeto y veneracion... Todos están de acuerdo en que es gran sugeto, de arrojo sin ejemplar, de intrepidez incomparable. Siento no haberle conocido. Cuando me alisté faltaba él ya de la compañía. Yo no soy muy valiente, y, la verdad, necesito unas cuantas lecciones para desarrollarme, y que los maestros del oficio

me saquen de aprendiz. A otra cosa. Quieres ser de mi espedicion? Si, ó no.

RAGOTZ. No.

CUCUF. Mira, tomando el subterráneo pequeño, no tenemos que andar cien pasos. Te doy la cuarta parte de mi cobranza.

RAGOTZ. No.

CUCUF. Vamos... Te doy la tercera: me parece que si no eres absolutamente un judio...

RAGOTZ. No. La mitad ó nada.

CUCUF. ¡Qué demonio! Ya se ve... un terco semejante... Encontraremos (*aparte*) otro compañero ménos valiente pero mas barato... otro... como yo, que es lo que necesito.—Una vez (*á él*) que no te conformas, voy antes que sea mas tarde á ver si puedo librar del ataque los quinientos florines.

ESCENA III.

MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

MORLAC. Amigos, el dia de hoy va á decidir de nuestra suerte. Todas las fuerzas del enemigo nos bloquean. El Marques de Vivaldi viene á la cabeza de las tropas. Ya nos ha perseguido mas de una vez. ¡Ay de él, si cae entre mis manos!

RAGOTZ. No: yo soy el que debe de sacrificarle.

MORLAC. Tranquilízate. Le tengo reservado para mí; mas la primera consideracion que ahora debe de ocuparnos es la del riesgo que tan de cerca nos amenaza. Tenemos que abandonar esta provincia, ó triunfar de nuestros enemigos; y ninguno de los dos estremos me parece fácil sin la presencia de German.

TODOS. ¡German!

MORLAC. Yo prometí volvéroslo. En efecto le he buscado, le he hallado, le he suplicado... pero en vano. Se ha hecho sordo á mis ruegos,

ha despreciado mis amenazas. ¡Se iba á casar! Este odioso enlace, uniéndole á nuestros enemigos, nos le robaba para siempre. Ragotz y algunos otros valientes me acompañaban: le sorprendimos en el acto decisivo: estorbamos que se casase, y lo sacamos del palacio del Duque. Los compañeros que salieron trás él no pudieron reducirle á que los siguiese por entonces; sin embargo, aseguró que en breve compareceria en estos lugares. Yo aprovechando la oscuridad de la noche, me determiné á dar un golpe importante. La sobrina del Gobernador es la jóven á quien adora German. Este habia abandonado el campo. El apoderarnos de aquella nos podia dar mucho ascendiente sobre nuestro ingrato caudillo y asegurarnos de toda traicion, si llegaba á su noticia que Camila estaba en nuestro poder. La robamos, pues, y hemos procurado que él lo sepa sin pérdida de momento. Tiemble ahora si intenta sacrificarnos con una cobarde alevosía!

RAGOTZ. Y bien, Morlac ¿dónde se halla la prisionera?

MORLAC. A lo último de esa galería que habitaba German. Es el sitio mas seguro de todas estas ruinas. Ignora los motivos de su desgracia; y el espanto y fatiga han hecho en ella tal impresion, que al llegar aqui le ha sobrecojido un profundo letargo. ¡Qué diblo! Tanto mejor. Al cabo no es uno de bronce, y mientras permanezca asi, nos libraremos de sus gemidos y lamentaciones ¡Cuántos peligros hemos tenido que arrostrar! La toma del jardin fué fácil: á las doce de la noche se salta sin miedo un muro de poca elevacion; pero lo mas difícil era entrar en el pequeño pabellon donde estaba ya recogida. Una sola ventana no muy alta fue tomada por dos de nuestros valientes á quienes no abandoné yo nunca. Una linterna nos daba la necesaria luz, y nuestros tres brillantes puñales se alzaron á un tiempo sobre Camila y dos

criadas que estaban recogidas con ella, y que fueron víctimas sacrificadas á la garantia del silencio. Camila cayó en un deliquio mortal: esto habiamos menester. Era imposible saltar con ella el muro para retirarnos; pero á veces todo se ordena bien sin saber cómo. Otros dos compañeros, que habiamos dejado apostados cerca de la casa del guarda, por si algun incidente le alarmaba y hacia salir, vinieron á buscarnos y decirnos que dispertado por su perro, se habia levantado y pretendido hacer resistencia; pero que una puñalada bien dirigida nos libraba ya de este estorbo y nos franqueaba la puerta. Pasamos el resto de la noche en casa de uno de nuestros cofrades y por la mañana salimos de la ciudad al amanecer. Solo me resta añadir que es forzoso respetarla, por ser prenda de nuestro gefe, pues no hemos perdido la esperanza de que este vuelva á entrar en la senda de su deber.

CUCUF. (*Dentro*). ¡Socorro! ¡Socorro!

MORLAC. ¿Seriamos sorprendidos?

ESCENA IV.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. ¡Socorro, por amor de Dios!

MORLAC. ¿Qué es eso?

CUCUF. Estamos perdidos: lo que se llama perdidos.

MORLAC. ¿Qué dices?

CUCUF. Se acabó ya la buena fé; ya no hay personas de quien poderse fiar.

MORLAC. ¿Te esplicarás?

CUCUF. Apenas te dejé, mi querido Ragotz, cuando se me presenta el hombre consabido. Le hago el corto cumplimiento que tengo de costumbre, con todas las atenciones del caso. Luego os diré lo que era (*á los demas bandidos*). Pues señor, mi hombre no se hizo mu-

cho de rogar; y ya me habia restituido los quinientos florines.

MORLAC. Abrevia.

CUCUF. Pues ya se ve que abreviaré ¡Ah! Se me olvidaba. Yo me entretuve un poco, no por desconfianza, á mirar si la cuenta se hallaba cabal, cuando un fantasmon del demonio en el cual fantasmon no habia yo reparado, y que sin duda estuvo presenciando todos los pormenores de la cobranza... se acerca, y con una aspereza muy original me sacude... no se si un puñetazo ó una patada, porque estaba yo entonces un poco distraido. Me derribó en tierra: me arrancó el bolsillo; lo devolvió al pasagero y le dijo que se marchase. ¡Picaron semejante!

RAGOTZ. Debias de habernos llamado con tiempo.

CUCUF. ¡Dios de los hombres de bien! Yo gritaba ladrones, ladrones, á no poder mas; pero nadie me ha contestado. ¡Es una infamia! ¡Verse uno robado á dos pasos de su casa!... Si esto va asi, habremos de mudar de oficio, porque aumenta terriblemente el número de los oficiales.

MORLAC. Y en resúmen, ¿cómo te escapaste de las manos de ese desconocido?

CUCUF. Con unas fuertes anginas porque me agarrotó la garganta de tal manera que... pero esto no es nada, comparado con lo que tengo que deciros.

TODOS. Dí.

CUCUF. Dos de nuestros espias, á quienes he encontrado al volver me han asegurado que nuestra madriguera ha sido descubierta.

MORLAC. ¿Es posible?

CUCUF. Algunos corresponsales de la ciudad, de lo mejorcito que tenemos en nuestras relaciones, han dicho que estábamos vendidos... que nos habian delatado en consejo pleno... que el Gobernador tenia ya en su poder un plan topográfico, y que... de todo lo cual yo he venido á sacar en consecuencia, bien sencilla á la verdad, que necesariamente debe

de haber entre nosotros algunos pícaros.

Ragotz. ¡Estamos vendidos!

Morlac. German... si... si... German es el único que puede haber revelado nuestros secretos.

Ragotz. ¿German?

Morlac. ¡Esa maldita boda! Ese amor fatal que hace meses le tiene distraido!

Todos. ¡Venganza!

Cucuf. ¡Si señor, venganza! Y vénguense ustedes tambien por mí de paso, que yo tengo que arreglar entre tanto nuestros negocios económicos y administrativos. (*Vase*).

Morlac. Solo su muerte puede ser digna expiacion para tan cobarde perfidia. Aquel que nos guió tantas veces por la senda de la victoria... aquel á quien habiamos dado un poder sin límites... aquel, en fin, cuya suerte y la nuestra debian decidir una de otra recíprocamente, nos ha hecho traicion. ¡Sabrá en breve si sus compañeros se dejan sorprender!... Pero... escuchadme... un suplicio mil veces mas cruel que la muerte misma puede anticipadamente vengarnos. La muger que ha tenido la desgracia de ser objeto de sus adoraciones se ha salvado ya una vez del puñal que vibraba sobre su cabeza. German confia en las fuerzas del Gobernador para arrebatarnos un tesoro en que está cifrada nuestra ventura. ¡Que tiemble el Duque y su malvado confidente! Luego que nos veamos estrechados por el enemigo, hagámosle entender que Camila será nuestra primera víctima, si persiste aquel en sus intentos. Yo os respondo de que en semejante alternativa lograremos al menos el tiempo necesario para salvar nuestras personas y nuestras riquezas. Si esta intimacion no desarma á los contrarios, yo heriré sin piedad aquel pérfido seno donde se albergó tan fatal pasion, y no se derramará nuestra sangre sin que la de nuestros perseguidores lo haya sido primero.

Todos. Si; ¡muera Camila!

ESCENA V.

Dichos y JACOBO *cubierto el rostro. Los bandidos han dado un paso para dejar la escena. Al mismo tiempo se presenta Jacobo y toma el centro. Todos quedan inmóviles luego que oyen su voz.*

JACOBO. ¡Deteneos! (*Con acento terrible*).

TODOS. ¡Cielos! ¡German!

MORLAC. ¿Eres tú?

JACOBO. Temblad, si llega á caer sobre vosotros la indignacion de German. (*Descubriéndose*).

TODOS. Tuyos somos. (*A sus pies*).

JACOBO. Levantaos. Yo os creia mas valientes.

MORLAC. Nos habian engañado. ¡Ah German! Tú eres nuestro amparo y defensa. No nos abandones. Estás entre los tuyos. Recobra la plenitud de tus derechos.

JACOBO. ¡Mis derechos! ¡Jamas!

MORLAC. Nosotros te lo suplicamos. Tu brazo solo es el que puede sacarnos del abismo de la desgracia. Acuérdate de tus promesas. No seas ingrato al cariño y respeto con que siempre te hemos mirado. Sal con nosotros de este pais que tenemos aterrado y en el cual está jurada ya nuestra ruina; y vuelve despues en buen hora á gozar tranquilo de una felicidad que crees hallar lejos de nuestra compañia. Pero abandonarnos en el momento crítico... entregarnos en manos de los que se han armado contra nosotros! Un amor funesto ha estraviado la razon de nuestro capitan. Lo conocemos y lo lloramos; pero este sentimiento deja siempre lugar á lisonjeras esperanzas.

JACOBO. Cesa de recordarme los odiosos vínculos que nos unen. Mis primeros pasos se dieron en la carrera del honor, y todos los demas en la de los delitos. Yo fui á vuestro lado el terror de estas comarcas... estaba ya casi reconciliado conmigo mismo, merced al amor

que me inspiró una muger adorable... Si por un instante he vuelto á tomar el nombre de German, ha sido para defenderla, para arrancarla de estos sitios y castigar vuestra audacia.

MORLAC. Camila te será devuelta. Salva á tus compañeros; sálvalos y no pondrán mas obstáculos á tu amor.

JACOBO. ¡Yo habia de comprar mi fortuna con nuevos atentados! Yo merecer á Camila por medio de los crímenes! ¡Jamás!

MORLAC. Compañeros, tended á vuestro capitan la mano de amigos (*con voz de trueno*). German, tienes nuestra suerte en las tuyas. Nuestros aceros son en tu apoyo y defensa; pero reflexiona que no ignoramos cual debe de ser el castigo de los traidores, y que sabremos ponerlo por obra. (*Todos tienen las manos tendidas hácia Jacobo*).

JACOBO. Herid, bárbaros; traspasad sin piedad mi corazon. Libradme de una vida odiosa cuyo peso no puedo ya soportar, herid... ¿qué os detiene? Justo es que manos como las vuestras derramen una sangre tan criminal como la mia.

MORLAC. ¿Eres insensible? nosotros seremos implacables. Camila sabrá quien era el esposo que habia elegido. Le será revelado el fatal misterio. Conocerá tus delitos. Sabrá que German y Jacobo son una misma cosa... y horrorizada al comprender que tuviste la osadia de ofrecerle una mano bañada en la sangre del inocente, dejará de existir tan pronto como le sea hecha esta revelacion. Cuando un resto de aquella pasion infausta que has sabido inspirarla pudiese conservar su vida, será sacrificada mas tarde. Yo mismo seré tu acusador, y el que la inmolará despues á la justa venganza de mis valientes compañeros.

JACOBO. ¡No, por piedad! Su estimacion, aunque usurpada, es el único bien que me resta. Tente, yo te lo ruego. El dia en que mis secretos le

sean revelados será el último de mi existencia desgraciada.

MORLAC. No: eres muy digno de su odio y su desprecio: en breve serás despreciado y aborrecido. (*Dando un paso hácia donde está Camila*).

JACOBO. ¡Morlac!

MORLAC. ¡Te espanta la idea del porvenir que te preparamos! Jura quedarte con nosotros.

JACOBO. ¡Quedarme!

MORLAC. Es preciso.

JACOBO. ¡Ah! No puedo.

MORLAC. Seguidme. (*A los bandidos*).

JACOBO. Esperad... Si... Yo participaré de vuestra suerte, y... os salvaré... ó moriré... á vuestro lado... ¡Os lo juro por la vida de mi esposa!

MORLAC. Ahora te reconozco. ¡Compañeros, viva nuestro capitan!

TODOS. ¡Viva!

MORLAC. Permítenos que exijamos como garantia de tu fidelidad la permanencia de Camila en este retiro. En tales momentos... ¡Discúlpanos! Somos tambien muy desgraciados.

JACOBO. Recibisteis mi promesa... estad tranquilos; sabré cumplirla.

ESCENA VI.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. ¿Mi teniente? ¿Mi teniente? (*Viendo á Jacobo*) ¡Dios mio! ¡Si! El es. A ver muchachos, prended á ese hombre.

RAGOTZ. ¿A quién?

CUCUF. Al del puñetazo. Prended á ese pícaro.

RAGOTZ. ¡Miserable! Es el capitan.

CUCUF. ¡El capitan! ¡Ya...! ¡Pues! ¡El señor capitan! No lo habia distinguido bien. Venia á deciros...

MORLAC. Habla al capitan.

CUCUF. Permitidme..... Señor Capitan... nuestras primeras relaciones han sido poco... digo... un poco satisfactorias...

MORLAC. Vamos, despacha, y no gastes ahora circunloquios.

CUCUF. Bien está, señor, bien. Este diablo de hombre tiene una facha que no me gusta del todo. (*Aparte*).

JACOBO. ¿Eres tú el que estaba poco ha en las rocas de la Vírgen?

CUCUF. Si, señor... alli en... pues... alli... donde hemos tenido aquella corta conferencia. No: no lo digo yo... Cabalmente un maldito moscon me andaba picando en la megilla, y á no ser por el abanicazo con que usted me lo espantó, á estas horas me hubiera dejado ya sin gota de sangre en toda esta region de mi humanidad. ¡Ah! Usted me ha echado, sin embargo, á perder una especulacion hermosa; pero tal vez se volverá á presentar.

JACOBO. Guárdate de intentarla, y acuérdate que al menor olvido en el cumplimiento de mis órdenes, te se hará saltar la tapa de los sesos.

CUCUF. ¡Muchas gracias! Pero señor, ¿qué es esto? Sin duda mi capitan cree que soy un pícaro por mi gusto.

RAGOTZ. ¡Calla!

CUCUF. Yo callaré; pero es muy contrario al derecho civil que uno haya de quedarse sin cobrar el dinero que presta.

JACOBO. Yo he prometido salvaros de las asechanzas de los habitantes de este pais, conjurados para vuestro exterminio; mas os prevengo, que no debeis aumentar con nuevos robos y asesinatos el número de vuestros enemigos. Habeis amontonado mas oro del que podeis llevaros, ¿qué os falta pues?

CUCUF. En cuanto á eso me permitirá el señor capitan...

JACOBO. ¡Silencio! Al recobrar mi mando quiero ejercer mi poder sin restricciones. Os he dado á conocer mi voluntad justa ó injusta; debeis conformaros con ella sin murmurar

ni hacerme observaciones, y el primero que tenga la osadía...

MORLAC. Eso es muy justo. Y una vez que (*levantando el puñal*) se ha atrevido á replicarte, si quieres...

JACOBO. No; es inútil.

MORLAC. Pues cuando quieras... (*Soltando á Cucufate*).

CUCUF. Asi me gusta. Lo que se difiere no está perdido.

RAGOTZ. ¿Y sabrémos, por último, qué venias á decirnos?

CUCUF. Se cruzan tantos acontecimientos... que...

JACOBO. Prosigue.

CUCUF. Pues, con permiso del señor capitan, diré que las avanzadas enemigas se han aproximado á nuestras murallas, y segun parece se trata de un bloqueo. Aseguran que el Marques de Vivaldi y algunos de sus soldados son dueños de varios de nuestros atrincheramientos.

JACOBO. ¡El Marques de Vivaldi!

MORLAC. Tanto mejor. La retirada le será imposible.

CUCUF. Eso mismo he pensado yo, y confirma esta opinion el movimiento que se advierte en sus tropas, las cuales aparentan dar principio al ataque por el lado de la torrecilla, sin duda para libertar á su gefe.

MORLAC. Corramos, pues.

JACOBO. ¿Cuántos son?

CUCUF. Precisamente no me he detenido á contarlos, pero... por encima... á ojo de buen cubero, como suele decirse... por un cálculo de aproximacion.. me parece que... como dos tercios de mosqueteros.

MORLAC. ¡Cuatrocientos hombres!

CUCUF. Y unos cien esbirros armados.

JACOBO. ¿Cuántos somos nosotros?

MORLAC. Sesenta hombres.

CUCUF. Cincuenta y nueve para el caso, porque yo soy corto de vista y no peleo de media tarde abajo.

JACOBO. ¿Sesenta entre todos?

MORLAC. Si.

JACOBO. ¡Sesenta contra quinientos!

CUCUF. No es muy buen partido, que digamos. Si se tratase de mugeres, á lo menos... pero hay mucha diferencia de una muger aunque fuese una amazona á un mosquetero.

JACOBO. ¡Combate desigual! Somos muy pocos, y Dios ayuda á nuestros enemigos.

CUCUF. Verdad es que no podemos contar nosotros con ese aliado.

MORLAC. Tú estás á nuestra cabeza. Mientras nos mande German no dudamos de la victoria. La desesperacion nos dará mayores fuerzas. (*Los bandidos se reunen al foro*).

JACOBO. ¡Mas sangre todavia! ¿Y Camila? ¡Cómo salvarla! No puedo comparecer en su presencia sin descubrir mi infamia.

MORLAC. Estamos preparados.

JACOBO. El ataque no empezará hasta (*distraido*) dentro de una hora lo menos. Yo mismo voy á observar los movimientos del enemigo. Morlac, distribuye las avanzadas y ven á reunirte conmigo en la primera torrecilla.

MORLAC. Basta.

JACOBO. Esta tarde nos pierde ó nos salva. Yo me hallaré en todas partes. ¡Infeliz del que falte á su deber!

CUCUF. Por mi parte, señor...

JACOBO. No hayas miedo. Ya te he perdonado, y quiero probarte la estimacion que te profeso como compañeros.

CUCUF. Por esta vez no soy de los de la batida. (*Aparte*).

JACOBO. Morlac, le darás...

CUCUF. Enhorabuena. El dar (*alarga la mano*) es la mejor manera de probar á uno cuanto se le quiere.

JACOBO. Le darás... la avanzada mas peligrosa, para que se distinga.

CUCUF. ¡Malo!

MORLAC. Está entendido.

JACOBO. Otra órden, Morlac, y será la última.

MORLAC. Manda.

JACOBO. Sabes mi modo de pensar. Puedo caer en

manos del enemigo... si mi brazo se hallase desarmado... entónces... ántes de que mis facciones sean reconocidas... entiendes?

MORLAC. Entiendo. Yo te libraré (*puñal en mano*) del cadalso, y del oprobio á los ojos de Camila. Cuenta con mi brazo y con mi corazon... Nadie sino Morlac te haria este relevante servicio.

CUCUF. ¡Vaya un par de amigos! ¡Vaya un servicio agradable! Gracias á mi fortuna que no me tiene bastante relacionado con él para que me los haga del mismo género.

JACOBO. Adios. ¡Te espero!

MORLAC. Adios y descuida.

TODOS. ¡Viva nuestro capitan! (*Jacobo se vá*).

ESCENA VII.

MORLAC. CUCUFATE. BANDIDOS.

CUCUF. Estas ceremonias son un poco monotonas.

MORLAC. Seguidme, compañeros.

CUCUF. Como pueda escurrir el bulto... La caja me está dando unos gritos tan fuertes... (*Aparte*).

MORLAC. ¿Cucufate?

CUCUF. ¿Mi teniente?

MORLAC. ¿Sabes lo que ha dicho el capitan?

CUCUF. No me acuerdo ya de una palabra. Soy naturalmente un poco flaco de memoria.

MORLAC. El puesto que te confia...

CUCUF. ¡Qué diantre de puesto! Créame usted, señor teniente. El mundo está perdido por meterse los unos en las atribuciones de los otros. Si yo tengo un empleo puramente civil...

MORLAC. En momentos de crísis es preciso que todos contribuyan personalmente.

CUCUF. ¡Es preciso!... ¡Ya! Si se mezcla un *yo lo mando*, entonces... ya no tenemos caso.

MORLAC. Esta parte de nuestra habitacion es la me-

jor fortificada. Detras de esa columna hay una salida que solo conocemos nosotros. Te quedarás aquí... Si el enemigo avanza hasta este sitio, harás volar el almacen de las municiones para protejer nuestra retirada.

CUCUF. ¿Y volaré yo tambien, no es esto?

MORLAC. Si.

CUCUF. Pues le digo á usted que no me da la gana.

MORLAC. ¡Silencio!

CUCUF. ¡Hacerme volar!

MORLAC. ¡Silencio, repito! Á las órdenes del capitan no hay réplica. Si faltas á la consigna... ya sabes cual será tu suerte. Vamos, compañeros.

ESCENA VIII.

CUCUFATE *solo.*

CUCUF. ¡Bravísimo! ¡Bravo! Tres veces bravo! Si uno replica le matan, y si no tambien. ¡Ah! Segun el aspecto que vá presentando este negocio, el oficio de ladron es un oficio de satanás. Y despues... esa franqueza en mandar... ese desahogo para decir... prenda usted fuego al almacen y, vaya usted á preguntar á la luna si está buena!... No parece sino que esto es una friolera que se hace asi... jugando. Por otro lado... el darse uno tan malos ratos para ser ladron, bien mirado, es un desatino. No le costaría á uno mas trabajo el ser hombre de bien. Hay momentos, así como suena, que me hallo tentado de tomar esta última carrera, aunque no sea mas que por especulacion. — ¿Eh? ¿Quién vá? — Hacia aquella parte... ¿Si tendrá el enemigo inteligencias con la plaza? Cucufate, á tu puesto, que no te faltará ocasion para distinguirte y cumplir la consigna. En la milicia son muy útiles la cautela y la ob-

servacion. Vamos lo primerito, á observar y despues... Me escondo y alargo entrambas orejas.

(*Cucufate abre la columna, se oculta y cierra. Camila sale muy agitada*).

ESCENA IX.

CAMILA *sola.*

CAMILA. ¿Dónde estoy, gran Dios? ¿Es un sueño? ¡No! He oido el odioso nombre del malvado German. ¡German! ¡Dios mio! Este debe de ser el mónstruo en cuyas cadenas gimo esclavizada! ¡Ah! Por piedad, (*de rodillas*) dignáos, Señor, poner fin á tantos desastres; que no sea esta infelice criatura víctima de la crueldad de los asesinos... ¡Dios poderoso! Volvedme el esposo que lloro perdido, y á su lado despreciaré el peligro y la muerte.

VOZ DENT. ¿Camila? (*Se oye la voz á la derecha por entre las grietas del muro*).

CAMILA. ¿Qué escucho?

VOZ. Huye lejos de aquí. Jacobo vela por tu seguridad. (*Cae á los pies de Camila una llave atada á un pedazo de papel*).

CAMILA. ¡Jacobo! ¡Oh prodigio! (*Cojiendo el papel*). ¡Jacobo! ¡Cielos! ¿Se hallará tambien en estos sitios?... ¡Tal vez gemirá como yo en poder de los facinerosos! Y cuando yo le acusaba... Veamos lo que contiene este papel. (*Cucufate se asoma*).

CUCUF. He aquí una empresa digna de mí. Apoderémonos de la correspondencia y denunciaremos los traidores. Esto será lo mejor... (*Viendo salir al Marques*). ¡Aquí hay emboscada! Observemos (*Se oculta*).

ESCENA X.

CAMILA. EL MARQUES, *con la espada desnuda.*

CAMILA. El es... ¡Jacobo! ¡Jacobo! (*Equivocada*).
MARQUES. ¿Señorita? (*Reconociéndola*).
CAMILA. ¡Marqués! ¡Oh fortuna!
MARQUES. Hablemos bajo, por Dios, ó somos perdidos. Dos horas hace recorro estos oscuros lugares. La Providencia es quien sin duda ha guiado mis pasos en tan confuso laberinto. Los pocos soldados que me acompañaban sucumbieron al arrojo de los bandidos. El resto de nuestras tropas los ataca en este momento con el mayor entusiasmo por la parte del Norte, y á favor de esta repentina carga he podido deslizarme por sendas ignoradas hasta el sitio en que tengo la fortuna de hallár á mi querida Camila. Si yo pudiese descubrir una salida. Si fuese posible que nuestros valientes penetrasen hasta aqui... cortaríamos completamente la retirada al infame German. Pero... recuerdo que á mi llegada pronunciaba usted el nombre de Jacobo.
CAMILA. ¡Infeliz! Está aqui tambien.
MARQUES. ¡Aquí!
CAMILA. No puedo dudarlo. Este papel que me indica los medios de salir del albergue de los criminales..
MARQUES. A ver...
CAMILA. Jacobo me le ha dirigido.
MARQUES. «Camila, huye. Jacobo está tal vez tocando »su último instante.»
CAMILA. ¡Gran Dios!
MARQUES. «En el centro del claustro largo... en la ter-«cera columna... hay una reja cuya llave te «envio. Está oculta con un sillar que se mue-«ve fácilmente. Detrás de la reja hay una «escalera... que conduce hasta la pequeña

«capilla de la Vírgen.» ¡Qué felicidad! ¡La capilla de La Vírgen! Allí están de observacion algunos mosqueteros. ¡Ah! No se creen tan inmediatos al enemigo. «Huye de aqui, «repito. Adios: no tienes mas que momen- «tos. Concede una lágrima de compasion al «desgraciado Jacobo.»

CAMILA. ¡Infeliz!

MARQUES Le salvaremos, sí... yo lo aseguro. El mismo nos proporciona los medios. Le arrancare- mos de entre las garras del infame German. Venga usted conmigo. Corramos á reunirnos á los nuestros. Una vez introducidos en estos parages, respondo del completo esterminio de los malhechores. ¡Ni uno solo escapará de nuestro furor!

CAMILA. Sí... Démonos prisa... La tercera columna... ¡Cielos! Dispensadnos vuestro favor en tan terrible lance. (*Reconocen con precaucion la escena*). Esta es la columna... (*Empujando el sillon se encuentran con Cucufate*). ¡Dios mio!

CUCUF. No hay que tener miedo, madama.

MARQUES Miserable. Si profieres una palabra, eres muerto.

CUCUF. Aguarde usted un poquito, caballero, y no me confunda por el amor de Dios con esos infames ladrones. Yo soy de los vuestros, pienso lo mismo que piensan los hombres de bien, y si fuera necesario... No tiene usted mas que hablar, y aqui hay un hombre.

MARQUES. ¿Con qué objeto has penetrado en estos lu- gares?

CUCUF. Soy ermitaño. Ya sabrá usted... no; no crea usted ver en mi un invisible. ¡Ojalá lo fue- ra por esta vez! Con todo si la fuerza de las circunstancias... la violencia de la... con... la mucha fama que usted tiene por aqui... reu- nido todo á .. ¿Me quiere usted hacer el fa- vor de envaynar?

MARQUES. ¿Nos has oido?

CUCUF. Soy sordo. Con todo, hay momentos en que tiene uno mas espeditas las potencias corporales y los sentidos del alma... como

por ejemplo... ahora. No estaba escuchando por cierto, pero he percibido claramente algunas de las palabras de usted. Vervi gracia; esa reflexion luminosa y elocuente. «Ni uno solo se escapará.»

MARQUES. Vendrás con nosotros.

CUCUF. Por supuesto. Y les instruiré á ustedes de todos los recursos de los bandidos, de su plan de defensa, de... Fuera miedo, señora. ¡Qué diablos! Si no hubiesen ustedes dado conmigo... los ladrones... Pero ahora no hay nada que recelar.

(*El Marques y Camila abren la reja. Cucufate en tanto escribe en un libro de memoria.*

CUCUF. Tomemos nuestras precauciones: no sabe uno lo que le puede suceder.

(*Quítase un justillo encarnado que llevará debajo de la ropa esterior, lo mismo que todos los demas ladrones. Envuelve el libro de memorias en él y lo oculta todo bajo una piedra*). Despachemos, señores, porque tiemblo que ese demonio de German... Ello... vamos claros... yo por una combinacion fatal estaba aqui con... con ellos... cuando... Si ustedes supiesen la consigna que me habian dado! Nada menos que pegar fuego á la santa Bárbara, luego que se acercase alguien. De manera que si yo hubiese sido exacto, á estas horas estábamos ya los tres en conversacion con las siete cabrillas.

CAMILA. Ya está abierto.

CUCUF. Vamos pronto.

MARQUES. Un momento. Permítame usted... Quiero examinar un poco estos lugares. Nuestra seguridad... Tú (*mirando á Cucufate*) no estabas solo, infame; tal vez nos habrán tendido algun lazo. (*Penetra en el subterráneo*).

CUCUF. ¡Señor! ¡Señor!

CAMILA Por Dios señor Marques...

CUCUF. ¿Señor Marques? ¡Eh! Ya no nos oye... si yerra el camino, la hemos hecho buena.

CAMILA. Sígale usted... sígale usted, yo se lo suplico.

CUCUF. Pero si...

CAMILA. Yo recompensaré bien este servicio).
MARQUES. A ver... baja tú. (*Dice esto desde abajo*).
CUCUF. Vamos, no hay mas, se han empeñada en haeerme rabiar, y... ya voy señor... ya voy. ¿No tiene usted miedo de quedarse sola?
MARQUES. ¿Bajas, miserable? (*Desde abajo*).
CUCUF. Ahora me ensarta, y me quedo por esas bóvedas hecho una momia hasta el dia del juicio. (*Entra y cierra*).

ESCENA XI.

CAMILA. *Luego* JACOBO.

CAMILA. ¡Protegedlos, Dios justo!
JACOBO. ¡Camila!
CAMILA. ¿Qué veo? ¿Eres tú?
JACOBO. ¡Llegó á su colmo mi desgracia!
CAMILA. No: no es ilusion... mi querido Jacobo... ¿Por qué misterio?...
JACOBO. ¡Cómo soportar el peso de mis remordimientos!..
CAMILA. ¡Eres, como yo, presa de los malvados!
JACOBO. ¡Ah! ¡Qué tormento! (*Aparte*).
CAMILA. Al fin he vuelto á verte. Sea cual fuere la suerte que se nos prepara, no me quejaré muriendo á tu lado.
JACOBO. ¡Apenas respiro! No me atrevo á mirarla... Si llegasen en este momento... ¡Gran Dios! ¡Una sola palabra!... ¡Ese nombre terrible!
CAMILA. ¿No me respondes, Jacobo? Estás horriblemente agitado. Mis fatales presentimientos se han cumplido... ya lo ves... ¡Nada de himeneo... ¿Recuerdas?
JACOBO. Huye infeliz. Huye de esta morada de delitos. La atmósfera que respiras está envenenada. No pretendas saber lo que yo no te puedo descubrir. Dame esa llave.
CAMILA. No la tengo. (*Temblando*).
JACOBO. ¿Cómo? (*Desesperado*).

CAMILA. Se la he confiado...

JACOBO. Desgraciada ¿qué has hecho?

CAMILA. Tranquilízate. El Marques no puede tardar en volver.

JACOBO. ¡El Marques!

CAMILA. Y nos salvará. Es dueño de esta salida y del depósito de armas de los bandidos. A tí, mi querido Jacobo, es á quien va á deber la Providencia su tranquilidad, con el esterminio del infame German y sus compañeros!

JACOBO. ¡Qué escucho! (*Abatido*).

CAMILA. ¡Jacobo!

JACOBO. Está decretado: este sitio será mi tumba.

CAMILA. No; mi adorado Jacobo. El cielo no nos abandonará. Nuestro amor ha sido fecundo manantial de desgracias, pero el Dios de justicia que oye nuestros ruegos incesantes...

JACOBO. ¡Qué ibas á pronunciar! Aléjate, aléjate. ¿Ignoras tú que ese lenguaje no puede usarse en estas mansiones horrorosas? ¿Qué sería de tí, si nos oyesen? Aléjate. Me haces estremecer. Tus palabras hielan en mis venas toda mi sangre... Mira... Todavia es tiempo... Sí: yo puedo evitarte el horrible espectáculo de mi suplicio.

CAMILA. ¡Tu suplicio! ¡Vivaldi vá á llegar... no desmayes, Jacobo!

JACOBO. Llegará tarde, (*con toda la fuerza de la desesperacion*) Jacobo ya no existirá cuando llegue. Escucha... Ellos son... sí: ellos son. Esta es la hora de la venganza de un Dios irritado... la hora de la muerte.

CAMILA. ¡Ah! Yo estaré á tu lado, esposo mio. Que un solo golpe divida nuestros cuellos, y seamos inseparables hasta el momento en que dejemos de existir.

JACOBO. Sálvate... Tú estás inocente.

CAMILA. No te abandonaré: (*de rodillas, en la mayor afliccion*). quiero vivir y morir contigo. Concédeme esta gracia.

JACOBO. Espera... todavia me parece... Sí... retírate por esta parte (*abre la puerta de la galeria*) á lo último de esa galería... Te doy palabra

de seguirte al momento. Esos malvados se acercan... si te hallan aquí, nuestro peligro es mayor. Retírate. Voy á seguirte dentro de un instante. Es preciso...
(*Arrastra á Camila hácia la puerta, la introduce en la galeria y cierra de golpe*).

ESCENA XII.

JACOBO. MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

MORLAC Y LOS SUYOS. ¡Armas! ¡Armas!
MORLAC. German, el enemigo se ha adelantado y es dueño ya de los primeros atrincheramientos.
JACOBO. ¡Y yo soy quien los vendo! (*Aparte*).
MORLAC. Sorprendidos muchos de los nuestros, se han visto precisados á abandonar las armas, para replegarse hácia aquí con mayor seguridad y en diferentes direcciones. Danos armas, y ven á reparar este golpe desgraciado; llevándote en nuestra compañía, no nos intimida la ventaja que ha conseguido ya el contrario sobre nosotros.
(*Corren á la columna, empujan el sillar y hallan la reja cerrada*).
JACOBO. ¡Armas! No las tengo.
MORLAC. La llave que te hemos entregado...
JACOBO. No está en mi poder.
MORLAC. ¡Cómo!
JACOBO. He vendido vuestros secretos. Soy un traidor, un perverso que merece la muerte. No puedo pagar mi delito sino con mi vida: aqui estoy. Libradme del insoportable peso que me abruma, pareciendo ante vosotros cubierto de oprobio, despues de haber merecido la execracion general.
MORLAC. ¡Quieres morir! ¡Ingrato! Morirás, sí... Compañeros!...
JACOBO. ¡Dios mio! (*escuchando á la reja*). Nuestros

perseguidores se acercan... los oigo llegar... retiraos.

MORLAC. No lograrás sobrevivir á nuestra derrota. Si pretendes...

JACOBO. Retiraos digo. Solo yo puedo facilitaros aun los medios de no ser completamente derrotados. Yo espiaré mi crimen venciendo ó muriendo con vosotros. Por última vez, obedeced á vuestro capitan. Pronto... Ya están aquí.

(*Los bandidos se ocultan entre las ruinas á un lado: y Jacobo cubriéndose el rostro con una máscara se esconde tras de una columna.*

ESCENA XIII.

Dichos. SALVIATI. CUCUFATE, Y ESBIRROS.

(*Lentamente abren la reja: al frente de los esbirros viene Salviati: delante de todos Cucufate, que es quien los guia. Este ha tomado varios cabos del vestuario de los esbirros, de suerte que su traje se diferencia sensiblemente del que antes sacaba. La parte de vestuario que deje Cucufate estará repartida entre dos ó mas esbirros*).

SALVIATI. Es por aquí, señor Cucufate? (*En voz baja*).

CUCUF. No hay que tener miedo. Yo sé muy bien el camino. Cerrar y que se queden abajo los soldados hasta que llegue el señor Marques. Dejarles la llave. Si hubiese el mas pequeño peligro, no les traeria yo á ustedes por tal paraje. Cuando haya que tomar alguna precaucion, avisaré con tiempo.

JACOBO. ¡Son los esbirros!

CUCUF. Ustedes no habrán estado nunca en esta casita. El paraje no es de los mas concurridos, pero tampoco se paga mucho de alquiler. Vengan ustedes conmigo y veremos quién es el guapo que se atreve...

JACOBO. Aquí está German, miserables. Rendid las armas!

TODOS. ¡German!

CUCUF. Está solo. No hay que tener pavura, respóndale usted.

JACOBO. Rendid las armas, repito. Si tardais un instante, pongo fuego á este almacen de pólvora y quedais sepultados aquí.
(*Se precipita con las pistolas en la mano hácia donde se supone estar el almacen*).

SALVIATI. ¿Hay allí un almacen?

CUCUF. Si señor, hay allí un almacen.

JACOBO. Por última vez os lo mando. Si no obedeceis sois perdidos.

CUCUF. Señor Salviati, hay casos en que la obediencia es muy recomendable.

SALVIATI. ¿Y crees tú?...

CUCUF. Lo que yo creo es que lo hará como lo dice. Se le ha metido en la cabeza el hacerme volar, y hasta que lo consiga... (*Aparte*).

JACOBO. ¿Dudas? (*Adelantándose mas*).

CUCUF. No señor, no dudamos nada.

SALVIATI. Ahi están las armas. (*Las rinden*).

CUCUF. El demonio tiene este hombre en el cuerpo. Ya se vé... ¿Quién habia de adivinar su plan de defensa?

JACOBO. Entrad ahí. El primero que se mueva quedará tendido á mis pies.

CUCUF. Aconsejo á usted que dé buen ejemplo á estos caballeros. Dentro hay algunas armas blancas desechadas por inútiles; pero todo aprovecha en un apuro. Sirva de gobierno.
(*Entran todos los esbirros en un aposento de la derecha. Morlac y los suyos comparecen de nuevo*).

JACOBO. Pediais armas... aquí las teneis. (*Se descubre*). Pronto combatiremos con enemigos mas terribles que los que acabo de hacer prisioneros.

MORLAC. German, este primer triunfo reanima nuestra audacia, y acelera la derrota de nuestros perseguidores. Examinemos, si te parece, alguno de esos cobardes; conozcamos

sus designios, prevengamos y desconcertemos su plan y aseguremos con un golpe decisivo la victoria y nuestra salvacion.

JACOBO. Dices bien. Conduce á mi presencia uno de esos esbirros.

MORLAC. ¿Quiéres que venga el Gefe? Podrá darnos mejor razon de todo.

JACOBO. Tambien será menos digna de crédito su narracion. No debemos fiarnos del Gefe. Como tal, tiene mayor interes en ocultarnos la verdad. Cualquier otro. Le intimidaremos, y declarará cuanto sepa.

MORLAC. Dices bien. (*Entrando donde están los esbirros*). Vamos, sal aquí. ¿Qué? ¿Te resistes? Vamos.., pronto.

ESCENA XV.

Dichos. CUCUFATE *conducido violentamente por Morlac.*

CUCUF. Si hubiese algun santo en cuyo patrocinio pudiese yo tener confianza... me encomendaria á él de buena gana. ¡Ay! ¡Válgame el buen ladron!

JACOBO. Acércate y responde.

CUCUF. ¡Todavia no ha preguntado, y ya quiere que le responda! ¡Vaya un (*aparte*) hombre de Barrabás!

JACOBO. Tú sabrás sin duda... acércate. ¡Cómo! ¿Qué es esto? (*Mirándole*).

CUCUF. Mi hora llegó.

TODOS. ¡Es Cucufate! (*Rodeándole*).

CUCUF. ¡Chit! ¡Chit!

MORLAC. Cómo... con este trage...

CUCUF. ¡Chit! No hay que decir quien soy yo. Hablen ustedes bajo por amor de Dios, y no me confundan con esa clase de gentes... con esos miserables. Yo soy siempre de mi capitan y de los suyos... y si fuese preciso jurarlo... .

JACOBO. ¡Infame! Tu nos habias abandonado.

CUCUF. Distingo. Relativamente concedo: absolutamente niego.—La echaremos de filósofo. (*Aparte*).

JACOBO. Tu trage...

CUCUF. La guerra admite estratagemas de todo género, y yo me he valido de este para nuestro mejor éxito en el presente apuro. Ya os habia prevenido mi determinacion. Alli está la prueba. Mi justillo encarnado y mi librito de memorias con el aviso oportuno... debajo de esa piedra... podeis verlo. ¡Yo soy siempre consecuente!

MORLAC. ¡Traidor! (*Se oye una descarga*). Somos sorprendidos... El enemigo ha rechazado á los nuestros. ¡A las armas!

TODOS. ¡A las armas!

CUCUF. A las armas, si señor, á las armas.

MORLAC. German, he aqui el momento crítico.

JACOBO. ¡Justo cielo ¡Camila!

VOCES DEN. ¡German! ¡German!

MORLAC. ¿Los oyes? Tus compañeros sucumben pronunciando tu nombre.

JACOBO. ¡Los salvaré ó moriré con ellos! Marchemos pues. (*Se lo llevan los bandidos*).

ESCENA XVI.

CUCUFATE *solo.*

Bien va. Estoy entre dos fuegos. ¿Qué haré? ¿Seré pícaro ú hombre de bien? Me parece lo mas prudente permanecer neutral. ¿Volveré á tomar mi justillo encarnado? Lo mejor es echármele encima tambien, pero sin dejar estos arreos. Asi haremos á pluma y á pelo segun la ocasion. Mas vale en estos casos ser de dos regimientos que de uno solo. A donde la fortuna se incline alli estoy yo cantando victoria. Esta batalla va á de-

cidir de los principios de un hombre apurado.
(*Se pone su justillo y guarda el libro de memorias*).

ESCENA XVII.

Dichos. EL MARQUES, *soldados por la columna.*

MARQUES. ¿Dónde está Camila?
CUCUF. A ver... por aquella parte... A propósito... Esos miserables han pretendido seducirme; pero yo me he resistido... (*En tanto el Marques saca á Camila*). Yo me he resistido con un teson... con una firmeza...
CAMILA. ¡Marqués! ¿Y Jacobo?
(*Se oye una descarga á la derecha*).
CUCUF. ¡Ola, ola! Parece que el negocio se enreda de firme. Pronto, señores. Tenemos franca la salida de las columnas. Pongámonos en salvo antes que venga una bedija de plomo á quitarme las pocas ganas que tengo de pelear.
(*Jacobo aparece con máscara en las peñas del fondo*).
JACOBO. ¡Amigos, salvad á Camila!
CAMILA. ¡Dios poderoso! El es! ¡Es Jacobo. Los bárbaros le conducen á la muerte.
CUCUF. Pronto, señor, pronto.
JACOBO. ¡Compañeros! No hay que desmayar. Yo respiro todavia.
MORLAC. ¡Camaradas! Aquellos son los soldados de Vivaldi. Cargadlos, mientras yo vuelvo á unirme al capitan con mi partida.
MARQUES. Atendamos al peligro mas inmediato. Conviene á toda costa salvar á esta desgraciada. Haceos firmes, sostened la carga por pocos minutos y vengo á reforzaros.
(*Entra con Camila por la reja y cierra*).
CUCUF. Puede venir cuando ya estemos en el otro mundo. ¡Dios mio! Se va y cierra.
(*Los bandidos se presentan*).

BANDIDOS. ¡Mueran! ¡Mueran!

CUCUF. ¡Firme, muchachos, firme!... Ya sabeis las órdenes de nuestro comandante.—¡Animo! ¡Qué diablos! ¡No hay para empezar con esta gente!—Camaradas, esta jornada inmortalizará vuestro nombre. ¿Os hace falta un refuerzo? Aqui le teneis.

(*Echa fuera las esbirros. Estos y los soldados vencen á los bandidos.*

Ya lo habia dicho yo... ¡Victoria! ¡Victoria!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la plataforma superior de una ciudadela. A un lado y otro hay terraplenes con puertas de hierro que facilitan la salida. Al frente dos torres fortificadas; se comunican por un puente que las une. Las torres dan al mar que se deja ver al fondo.

ESCENA I.

EL DUQUE, *oficiales, soldados en grupo.*

DUQUE. Que se doblen las guardias (*á un oficial*) y que salgan patrullas para recorrer la ciudad, calmar los ánimos, é inspirar confianza. Haced saber á los vecinos honrados que si yo me he retirado á esta fortaleza, ha sido con solo el objeto de protegerles mas eficazmente contra German y los suyos. Me ha parecido que no les seria difícil comprometer

la tranquilidad aun dentro de la poblacion misma.

(*Sale un oficial, apresurado*).

OFICIAL. Señor Gobernador, el Marques de Vivaldi acaba de entrar en la Ciudadela.

DUQUE. Corramos á su encuentro.

OFICIAL. Aqui viene ya.

ESCENA II.

Dichos. EL MARQUES.

DUQUE. ¿Está usted herido?

MARQUES. No hay cuidado, señor Duque; una pequeña contusion... ¡Pluguiera al cielo que nuestra victoria no nos costase mayores desgracias!

DUQUE. ¿Cómo?

MARQUES. Sin embargo, Camila está en nuestro poder.

DUQUE. ¡Camila! (*Hace una seña y se retiran los oficiales*).

MARQUES. Pronto tendrá usted el consuelo de darla un abrazo. Era prisionera del infame German.

DUQUE. ¡Cielos! ¡Qué fatal misterio!...

MARQUES. En verdad, señor Duque, parece que todos estos acontecimientos presentan cierta ilacion cuyo principio no nos es dado todavia conocer. El tiempo nos revelará lo que ignoramos. Yo, por todo lo que he podido observar, infiero la existencia de una conspiracion contra las autoridades, que con celo laudable empezaban á esgrimir sobre los facinerosos la espada de la justicia; pero el triunfo es nuestro, aunque no tan completo como yo deseaba. El infame caudillo de los ladrones se nos ha escapado: todas mis diligencias para capturarlo han sido inútiles; y no sin grande riesgo y trabajo hemos podido conseguir la victoria. Muchos soldados quedan muertos en aquel oscuro campo de ba-

talla, y entre los valientes que han perecido á manos de los enemigos hemos tenido el sentimiento de contar al conde Jacobo.

DUQUE. No puedo oir sin irritarme el nombre de un seductor perverso que me ha deshonrado y burlado, haciendo á una familia que con tanta generosidad le recibia en su seno la afrenta mas pública y cruel.

MARQUES. No es mi ánimo disculpar faltas cuya gravedad reconozco; pero sí sostendré que no engañaba á Camila, que la adoraba con el mayor estremo, y que instruido sin duda de los funestos acontecimientos relativos á su amada, corrió presuroso á salvarla ó morir en su defensa. Yo hallé á la desventurada amante de mi libertador en el antro espantoso de los foragidos, y vi en sus manos un billete de Jacobo, á cuyo contenido se ha debido nuestra salvacion y la derrota de los malvados. Ansiaba el momento de reunirme con él; pero es evidente que peleaba al mismo tiempo en diferente parage, y que le han sacrificado; de lo contrario, mas tarde ó mas temprano, hubiera comparecido. La desgraciada Camila yace sumergida en el mas espantoso delirio. El trastorno de su razon, la desesperacion hacen su estado mas horrible que la misma muerte.

DUQUE. ¡Justo cielo! Y qué... Aquel que ha deshonrado mi nombre...

MARQUES. En medio del ruido y desórden de un combate tan singular, auxiliado por un desconocido que no consintió abandonarme un momento, y que conocia perfectamente las veredas y demas particularidades del terreno, he libertado á Camila, y la he hecho trasladar á la sala baja situada al pie de esta torre. Alli se le están suministrando ya los socorros necesarios.

DUQUE. No quiero verla, no. Aléjese de mí para siempre; y que un retiro ignorado del mundo entero sepulte sus afrentosos pesares. La llamé mi hija, fui condescendiente con ella,

y he recibido en recompensa los mayores disgustos.

ESCENA III.

Dichos. CUCUFATE *dentro y sale á su tiempo.*

CUCUF. ¡Que soy de casa! ¿Qué papeles ni qué calabazas?—¡Si acabo de llegar con la señorita!—Allí está el señor Marques que puede decir quien soy yo.

MARQUES. ¿Qué es eso?

CUCUF. No me dejan pasar.

MARQUES. Yo le conozco; dejadle.

Sale CUCUF. Perdone usía una y mil veces si vengo á incomodar. Nada se me ocurre por ahora; pero esos señores soldados son tan preguntones que todo se les vuelve indagar y moler. ¿Qué hace usted aquí? ¿De dónde ha venido usted? ¿Cómo se llama usted? Trae usted pasaporte? ¿A quién quiere usted hablar? ¡Cuidado que no he visto gente mas curiosa! Esto es una falta muy grosera de urbanidad, y yo me pico de atento para con todos.

MARQUES. Respondo de este hombre; no hay cuidado.

CUCUF. El señor responde de mi. Ya lo oyen ustedes. ¡Los hombres de bien en cualquier parte encontramos padrinos!

MARQUES. Este es el sugeto de quien hablaba á usted poco ha.

CUCUF. Servidor de usía... digo de su excelencia. Soy de los de la compañía del señor Salviati... de los esbirros de la ciudad.

DUQUE. No recuerdo haberte visto nunca.

CUCUF. Me he alistado hace poco tiempo, señor. Está todo tan malo, que cada dia es necesario mudar de oficio.

DUQUE ¿Tú eres el que ha auxiliado al señor Marques de Vivaldi para librar á mi sobrina y conducirla aquí?

CUCUF. Si, señor, Excmo. señor.

DUQUE. Y quien le ha guiado en el campo.

CUCUF. Si, señor, Excmo. Señor.

DUQUE. Si le parece á usted, Marques, puede encargarse á este hombre la custodia de mi sobrina, ínterin tomo mis disposiciones para su viaje. Tengo por conveniente que no hable Camila con ninguno de la familia hasta averiguar ciertas dudas que...

MARQUES. En este momento solo hay motivo para alabar su celo. Observo en su carácter cierta estravagancia original que me asegura mas y mas de su sencillez, y ademas es interes suyo cumplir las órdenes que se le den.

CUCUF. El señor Marques me conoce muy bien. Este... este es el verdadero modo de tratar á las gentes.

DUQUE. Desde ahora quedas á mi inmediato servicio, destinado á vigilar á mi sobrina, sin permitir que nadie absolutamente la hable hasta que yo disponga otra cosa.

CUCUF. Es decir que paso á ser el hombre de confianza de la casa. ¡Ese es precisamente mi puesto! Siempre para mí los encargos de confianza y de mayor entidad. Y no me disgusta del todo la comision. (*Aparte*).

DUQUE. Pero es indispensable que procures no cometer indiscrecion alguna y que me prometas ser fiel en el desempeño de tu cargo, sin dejarte seducir por las sugestiones de mi familia, ni por las de ninguna otra persona, y piensa que tu cabeza me responderá en caso necesario.

CUCUF. ¡Excmo señor! Por lo que hace á prometer y jurar no hay nadie que me ponga el pie delante. Yo prometo y juro cuanto V. E. me mande, y le suplico que viva descuidado.

ESCENA IV.

Dichos. OFICIALES.

OFICIAL. Señor, van á ser conducidos á la presencia de V. E. algunos de los bandidos que hemos hecho prisioneros, por si V. E. quiere facilitar con sus declaraciones los medios de asegurarnos del resto de los facinerosos y su infame gefe. Se da por cierto que este malvado está dentro de la ciudad.

TODOS. ¡Dentro de la ciudad!

DUQUE. ¿Sería tal su arrojo?

CUCUF. Es muy capaz de todo. Se necesita mucho cuidado... mucha vigilancia... Cabalmente estamos cerca de un almacen de pólvora, y German le haria volar por cualquier friolera.

DUQUE. ¡German dentro de nuestros muros!

MARQUES. La fiereza orgullosa de sus compañeros me induce á creerlo: nada temen mientras German esté libre. Asi lo proclaman en alta voz. Tal esceso de audacia indica que cuentan con recursos que nosotros ignoramos.

DUQUE. Si se hubiera de dar crédito á los rumores que circulan, muchos habitantes de la ciudad, y algunos de ellos muy principales, mantienen relaciones con German, y auxilialian las empresas de aquel. Yo no lo creo, pero por precaucion he mandado que se publique un bando ofreciendo cinco mil ducados de plata al que entregue á German vivo ó muerto; pues con su captura cesará todo.

CUCUF. (*Aparte*). ¡Canario! ¡Cinco mil ducados de plata! ¡Qué buen golpe! ¡Esto doblaria mi capital!

MARQUES. Si parece á usted bien, puede hacer conducir al segundo gefe de la cuadrilla, y los otros que cayeron con él prisioneros. (*El Duque manda traerlos*).

CUCUF. (*Aparte*). ¡Morlac! Se me ocurre que debo de

evitar esta entrevista. Voy á ver si puedo escurrirme.

MARQUES. Quédate, Cucufate.—Puede ser conveniente (*al Duque*) carearlo con ellos. Le debo algunas noticias muy interesantes sobre el asunto, y acabará de instruirnos.

CUCUF. Todo es verdad, señor; pero no puedo disimular la repugnancia que me causa al ver á esos hombres cara á cara. Ademas si se me permitiese evacuar algunas diligencias en la ciudad... diligencias muy conducentes al mejor servicio que en mis circunstancias puedo prestar á la buena causa... Por otra parte el puesto de confianza que el señor Duque acaba de encargarme... no es justo...

MARQUES. Te necesito. ¡Quédate!

CUCUF. ¡Malo! (*Vuelve la cara al entrar Morlac para no ser descubierto*).

ESCENA V.

Dichos. MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS. SALVIATI *y esbirros armados.*

DUQUE. La sociedad á quien por tanto tiempo y tan inhumanamente habeis ultrajado, reclama vuestro castigo. Yo soy el único que puede mitigar el rigor de la ley en beneficio vuestro, si me declarais los nombres de todos los cómplices, y la guarida de vuestro gefe.

MARQUES. ¿Callais?

MORLAC. Y callaremos. Creí que nos conociais mejor.

MARQUES. Esa arrogancia sentaria mejor en las rocas de la Vírgen; pero ahora tu suerte está en nuestras manos, y no debes olvidar que los vencidos han de ser menos soberbios.

MORLAC. ¿Vencidos!... Si... vencidos por traicion; pero German no lo ha sido todavia. Temed que la fortuna se os muestre algun dia contraria, y recordad que acostumbra mudar de semblante.

MARQUES. ¿Qué esperanza es la vuestra? Tus compañeros de la selva están en nuestro poder.

MORLAC. Todos no: German no lo está...

MARQUES. ¿Te hallaste á su lado en la batalla?

MORLAC. Sí, me hallé con él en el sitio mas peligroso, que ha sido siempre nuestro comun puesto.

MARQUES. ¿Y dónde le dejaste?

MORLAC. Puedo repetir todavia sus últimas palabras. «Amigos (nos dijo) yo soy la causa de vuestra desgracia, pero sabré libraros, ó iré á perecer con vosotros.» Contamos con eso, le contesté yo, y me entregué al momento para protejer su retirada.

DUQUE. ¿Rehusas, pues, el perdon que te ofrezco?

MORLAC. ¡Perdon! No necesito yo de perdon. German vive y está en libertad. El sabrá salvarnos; lo ha prometido.

DUQUE. ¿Salvaros? Yo con una palabra puedo hacer que perezcais en un patíbulo.

MORLAC. Mandadlo. German nos librará tal vez mas pronto.

MARQUES. Nuestras promesas...

MORLAC. Ya he dicho cuanto tenia que decir.

MORLAC. ¡Malvado! Acaso te haré hablar todavia á pesar tuyo. Cucufate, acércate.

RAGOTZ. ¡Cómo! ¡Ese bribon aquí! (*Aparte á Morlac*).

MARQUES. ¿Tú has habitado en las ruinas de los Templarios?

CUCUF. No puedo negar que he sido algun tiempo inquilino de estos señores; pero solo por via de interinidad y bien contra mi gusto, porque mis principios rechazan semejante compañía.

MORLAC. Es falso. Yo ignoro cuáles pueden ser los designios de ese bribon; pero aseguro que no debe figurar aquí como testigo, sino como cómplice nuestro. Es de la compañía, y desempeñaba entre nosotros las funciones de cajero. Si fuese preciso, estoy pronto á jurarlo con mis compañeros. (*Con la demostracion oportuna de los tres bandidos y la suya*).

CUCUF. ¡Ya! ¡Jurarlo! Tambien podria yo jurar si quisiera: pero sería tan en falso como vosotros. En fin, yo al señor Marques me remito; mis servicios merecen que se me dé mas crédito.

MARQUES. Ciertamente, señor Duque, este hombre se unió á mi desde luego sin violencia alguna, se entregó en mis manos, y me ha dado pruebas nada equívocas de su buena fé, indicándome varios desfiladeros secretos y guiándome por ellos.

CUCUF. Ese es mi delito para con esos señores. Yo me hallaba entre ellos porque hace cosa de mes y medio... me salieron al camino y me robaron, conduciéndome en seguida á su madriguera, por razones que no han tenido la atencion de revelarme. ¡Ya se vé! ¿Qué habia de hacer yo? Conformarme con mi suerte, aparentar el mismo humor que reinaba en la nueva sociedad de que yo era individuo, procurar ganarme la confianza, para no ser tan mal tratado, y rogar al Todo-poderoso que apresurase mi rescate, el cual, lo mismo que mi permanencia en aquellos sitios, ha sido muy útil á la buena causa en esta ocasion.

MORLAC. ¿Has visto nunca un pícaro mas descarado? (*A Ragotz, aparte*).

DUQUE. Ya lo escuchais.

MORLAC. Señor, es un malvado impostor.

CUCUF. ¿Un impostor? Pues si llego á hablar... Señor Duque, vá V. E. á saberlo todo, y para que la verdad de mi declaracion...

ESCENA VI.

Dichos. UN OFICIAL.

OFICIAL. Señor, un pliego que acaban de traer para V. E.

DUQUE. Veamos. (*Lo abre y lee para sí*). ¡Qué exce-

so de imprudencia! ¡Este pliego es de German!

TODOS. ¡De German! (*Sorpresa general*).

DUQUE. Puede usted leerlo.

MARQUES. (*Lee*). «Disposiciones crueles han producido «resultados lastimosos. Muchos de los nues- «tros se hallan prisioneros; vuélvales V. E. «la libertad y le aseguro que ántes de tres «dias, German y los suyos habrán abando- «nado la provincia para no regresar jamas. «Pero si se pronunciase una sentencia con- «tra aquellos... ¡Ay de V. E.!... Y sobre to- «do... ¡Ay de los traidores! Los veo... los oi- «go... sobre sus cabezas caerán los primeros «golpes de mi venganza. — German.»

MORLAC. Ahora se reconocerá que yo decia la verdad.

CUCUF. ¡Los veo!... ¡Los oigo!... ¡Sí! Yo los oigo dice... Sobre sus cabezas... ¡Esto no está muy bueno, que digamos!

DUQUE. Increible parece. Ya no me queda duda de que German se halla dentro de la ciudad... pero si juzga intimidarme con sus amena- zas, se equivoca. Yo aceleraré el castigo de sus cómplices, y no aguardo para pronun- ciar su sentencia, sino las declaraciones de ese irrecusable testigo.

CUCUF. ¡Lo he entendido bien! Los veo... los oigo...

DUQUE. Habla, pues. Dí cuanto sepas.

CUCUF. No nos comprometamos. (*Aparte*). Señor, bien es verdad que yo... he vivido algun tiempo con esos señores... tambien es ver- dad que no podria yo atreverme á asegurar que fuesen unos anacoretas... Igualmente es verdad que el camino que habian elegido... Vamos... el... el camino iba diciendo, segu- ramente, el camino suyo no era el de la vir- tud. Pero puedo afirmar con juramento que es imposible ejercer el oficio de ladrones con mas miramiento ni moderacion. Aquí no ha habido nunca que yo haya visto ni viajeros asesinados, ni doncellas... nada. Ninguna de aquellas habilidades de la profesion... Es de advertir, que no pretendo justificar-

los por la eleccion que han hecho de una carrera tan... tan reprensible. Mas, admitida la suposicion de que... y estando contínuamente colocados entre los prestigios de la gloria y los horrores del cadalso... ha habido tal vez algun mérito en mantener aquel justo equilibrio... Y en todo lo restante... cuando... en fin... ¡Me parece que no se puede decir mas!

MARQUES. ¿A eso se reduce tu declaracion?

CUCUF. Sería muy difícil decir mas cosas con menos palabras.

DUQUE. Tú eres tan criminal como ellos, y estás insultando nuestra paciencia. Prendedle al momento.

MARQUES. Señor Duque, me parece que alguna circunstancia extraordinaria puede haberle obligado á limitar su declaracion, y suplico se me permita quedarme solo con él. ¡Infeliz si se obstina en eludir mis preguntas!

MORLAC. ¡Infeliz, si se atreve á hablar!

CUCUF. Los veo.. los oigo... ¡Estamos bien! (*Aparte*).

DUQUE. Retiradlos. (*Se llevan los bandidos, y el Duque se vá*).

ESCENA VII.

EL MARQUES. CUCUFATE. UN OFICIAL.

OFICIAL. Señor Marques ¿cuál es la seña? Van á relevar las guardias?

MARQUES. Justicia y valor. (*A media voz*).

OFICIAL. Entiendo. (*Vase*).

ESCENA VIII.

EL MARQUES. CUCUFATE.

MARQUES. Tu proceder es particular. Explícame los motivos, y ten entendido que de tí pende ser rico y feliz.

CUCUF. ¡Dios mio de mi alma! ¡No son otros mis deseos!

MARQUES. ¿Por qué rehusabas hablar?

CUCUF. ¡Qué he de rehusar yo, Señor! ¡Si estoy pelándome las barbas por decir cuanto sé! Pero, ¡qué diantre! No veia la necesidad de que todos esos pícaros y las gentes que nos rodeaban, se enterasen de mis declaraciones.

MARQUES. Ahora no hay quien nos oiga.

CUCUF. Diré á V. S. No es que yo tenga miedo... nada de eso... Pero si V. S. conociese al tal German... ¡Ay Dios de los creyentes! Está en todas partes!... Jesus me valga! Allí... allí... cerca de aquel parapeto se me ha figurado verle ahora mismo.

MARQUES. Me pareces un poco pusilánime. Depon todo temor. Esta ciudadela es inaccesible. Tres caminos cubiertos y cinco puertas de hierro nos separan de los calabozos.

CUCUF. Vamos á calcular... Cinco puertas de hierro... Sólidas por consiguiente. (*Aparte*). Escúcheme V. S., yo tengo proporcion de dar al señor Duque las pruebas mas interesantes y auténticas. Permítame V. S. ir á buscar una cartera que he ocultado en la sala de armas. Contiene varios papeles pertenecientes á la compañía de German, la lista general de los bandidos, y la de los confidentes y corresponsales de la ciudad. Hay tambien allí cartas del mismo German. Esto debe de ser muy del caso.

MARQUES. Seguramente.

CUCUF. ¡Dios mio! ¡Si además de las cinco puertas de hierro pudiera yo interponer aquí la gran muralla de la China! (*Aparte*).

MARQUES. Vé, pues, busca tu cartera, no tardes, y piensa sobre todo que no te se pierde de vista y que no te se dejará salir de la fortaleza.

CUCUF. Ya... en ese caso... Muy bien, Señor... Parto como una exhalacion, y vuelvo con la posible prontitud. (*Vase*).

ESCENA IX.

EL MARQUES, *luego* JACOBO *sin máscara.*

MARQUES. (*Al bastidor*). No permitais que ese hombre salga de la ciudadela. ¿Entendeis? ¡Dios mio! ¡Jacobo en este sitio!

JACOBO. Señor Marques...

MARQUES. Creiamos á usted víctima del furor de los asesinos.

JACOBO. Una casualidad feliz... el desórden de esta jornada fatal me ha salvado la vida.

MARQUES. ¿Y cómo ha podido usted llegar hasta aquí?

JACOBO. Mi nombre me ha abierto paso por todas partes.

MARQUES. El Duque está implacable.

JACOBO. Este es el momento en que reclamo la recompensa de los servicios que tuve la fortuna de prestar á usted en un lance apurado. Secretos que no puedo ni debo ahora revelar me colocan hoy en una posicion tan difícil, que no hallo palabras bastante espresivas para pintarla. En tal estado, suplico á usted que no me recuerde nada de cuanto pueda tener relacion con el acontecimiento á que alude, y exijo que se sirva no hacerme pregunta de ningun género. Sé que he merecido el ódio y el desprecio del Duque... pero debia renunciar á Camila; y no me era posible aceptar su mano sin llamar sobre mí y sobre ella la venganza y la muerte.

MARQUES. ¡La muerte!

JACOBO. Aunque he seguido las pisadas de mi amante en las peñas de la Vírgen, y confortado su espíritu entre las fatales ruinas de los Templarios, no por esto puedo variar de resolucion. Vengo á darle un eterno adios: necesito verla por la última vez! Yo la revelaré la historia de una vida que aborrezco,

y obtendré su perdon por haber profanado sacrílegamente los derechos de la inocencia.

MARQUES. Creo muy difícil que se permita á usted realizar sus deseos.

JACOBO. ¡Gran Dios! ¿Qué ha sido, pues, de Camila? ¿No está en salvo? ¿Acaso el Duque pretende vengar en su inocente sobrina la afrenta que ha recibido de un amante infeliz y temerario?

MARQUES. Jacobo, tengo derecho á que se me crea sincero y franco: el amante de Camila debe de abandonar para siempre estos lugares, huir de la vista de un hombre justamente irritado, y no perturbar por mas tiempo con su presencia la paz y el sosiego, que no es difícil recobre al fin una familia desolada, si cesa el motivo que ha ocasionado sus inquietudes: Camila vive. El tiempo tranquilizará su agitado espíritu; pero la autoridad de un segundo padre la separa para siempre del hombre á quien habia elegido por esposo. Si Jacobo conserva un resto de verdadero amor, debe de evitar la repeticion de tan desagradables escenas y dejar á Camila.

JACOBO. (*Muy agitado*). ¡Camila no existe para mí! ¡Yo soy su verdugo! ¡Aquí empieza mi suplicio! ¡Ah! Tú sola mitigabas los martirios crueles á que tanto tiempo hace estoy condenado, detenias mi planta, al borde de un espantoso precipicio, conservabas alguna tranquilidad en mi espíritu, en medio de multitud de puñales alzados por todas partes sobre mi cabeza! ¡Y te pierdo! (*El Marques quiere calmarle*). ¡No os acerqueis á mí! ¡La desgracia que me persigue por todas partes no os respetaría! ¡Dejadme... dejadme!...

MARQUES. ¡Jacobo!

JACOBO. Yo sabré substraerme á tan terribles padecimientos. Me queda un brazo acostumbrado á vencer. ¡Triunfaré de mí mismo!

MARQUES. Hagámonos superiores á nuestras desgra-

cias, y apelemos al único recurso que nos queda para aplacar al Duque. Ambos nos hallamos en el caso de renunciar á nuestras esperanzas, aunque por diversas razones. Emprendamos, pues, los dos una hazaña que salve al uno y pueda hacerle feliz. Nos hemos batido con los foragidos de las ruinas de los Templarios: muchos de los ladrones se hallan prisioneros en esta ciudadela: su malvado gefe ha burlado nuestras disposiciones, y escapando de la venganza de la ley, nos insulta todavia; vamos los dos juntos en busca del perverso German, presentémoslo al Duque, vivo ó muerto, y yo interpondré en favor de mi desolado amigo toda mi influencia, todo el mérito de tan útil servicio.

JACOBO. ¿German? Yo podré conducirle aquí.

MARQUES. Uno de los suyos me ha prometido la lista de varios cómplices, cartas, y otros documentos importantes.

JACOBO. ¿Uno de los suyos?

ESCENA X.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. Si está V. S. ocupado...

MARQUES. No. Delante de este caballero, íntimo amigo del señor Gobernador, persona de mi confianza, puedes hablar sin el menor recelo.

CUCUF. Para mí es igual, una vez que V. S. dice... (*Pasa por detras y se coloca en medio*).

JACOBO. Acércate. ¿Eres tú quien debe entregar á German?

CUCUF. ¡Santo Dios! ¿Qué veo? De esta no escapo. Sobre ellos... caerán... los... primeros golpes... (*Todo aparte*).

JACOBO. Ya te oimos. Cuenta con lo que vas á decir. Tu cabeza responde.

CUCUF. Si, señor, que responde. Para mí no hay remedio. (*Aparte*).

JACOBO. ¡Los papeles! (*Imperiosamente*).

CUCUF. Si pudieran sus Señorias dispensarme... ¡Estoy ahora mismo con un ataque de nervios!

MARQUES. ¿Qué dices?

JACOBO. ¿Por qué no hablas? ¿Te lo estorba alguien?

CUCUF. No, señor... no... nadie seguramente, pero cuando no se tiene mas que indicios inciertos... asi... como... como si digéramos... sospechas vagas... para... es mucho mejor entonces callar.

MARQUES. Concluyamos ¿Dónde están los papeles?

CUCUF. Los tengo, si señor... hasta cierto punto puede decirse que los tengo... Es decir los tenia (*á Jacobo*) pero por un acontecimiento imprevisto que las circunstancias... Quiero decir... que (*al Marques*) no me seria posible encontrarlos ahora... En fin, V. S. ve que (*á Jacobo*) yo hago todo lo que puedo, y que se debe de agradecer la buena voluntad.

MARQUES. No esperes engañarme, si es este el fin que te has propuesto. ¡Pronto! los papeles que me has prometido, relativos á German y sus cómplices. Si no los entregas te hago volar la tapa de los sesos.

CUCUF. ¡Dale con hacerme volar! (*Aparte*).

MARQUES. ¡Ola! (*Llamando*).

CUCUF. Un momento, señor..... no confundamos las ideas. Por lo que hace á los cómplices, he podido prometer..... los cómplices... ya se ve... los cómplices son pícaros subalternos, y... no hay mas que decir. Pero German... el Señor German... jamás he hablado de él si no con aquel respeto y aquellas restricciones... y aun si fuese necesario en un apuro... (*á Jacobo*). Sin dejar yo por esto de ser muy adicto (*al Marques*) á la buena causa... Pero... (*á Jacobo*) puedo jurar... Y tambien (*al Marques*) juro á V. S.... Que (*á los dos*) me dedico absolutamente á complacer á entrambos, que soy muy consecuente, y que jamas desmentiré mis principios.

MARQUES. Por última vez... (*Amenazándole*).

CUCUF. ¿No ve usía como sudo, señor? ¡Que diga nadie mas en mi lugar!

JACOBO. Yo me encargo de hacerle hablar. No se me escapará..... respondo de él..... Permítame usted...

MARQUES. Voy á tomar algunas disposiciones importantes. Vuelvo dentro de pocos momentos. Entre tanto...

CUCUF. Señor Marques... (*Adelantándose*).

JACOBO. Quédate aqui. Si das un solo paso...

MARQUES. Disponte á morir, ó á entregarme sin demora los documentos que me has prometido.

ESCENA XI.

JACOBO. CUCUFATE.

CUCUF. Me tiemblan las carnes. Siento un sudor frio... Señor Capitan... (*De rodillas*).

JACOBO. Silencio ¡Esas bajas demostraciones no te salvarán! (*Suena una corneta*).

CUCUF. ¿Es algun refuerzo que llega?

JACOBO. ¡Silencio! No te muevas. (*Haciéndole volver la cabeza*). Han pasado bajo el cañon (*mirando hácia el mar*) del fuerte... La barca se adelanta hácia el pie de estos terraplenes ¡Amigos intrépidos! ¡Fieles amigos de German! (*Cae en la escena una piedra con una cuerda á la que viene atadá una escala. Jacobo tira de ella y la sujeta oportunamente*).
Sujetemos la escala. No hay vigilante alguno por esta parte, que juzgan sin duda inaccesible. Subid. Aqui estoy yo! Nada temais. (*Algunos bandidos suben por la escala y entran en la escena*).

CUCUF. ¡Válgame Dios! A los desesperados no hay cosa capaz de infundir miedo: á pique de romperse la nuca siete veces... Pero... ¡Ola! Estos no eran (*mirando* (*furtivamente*) de

nuestra division. ¡Vienen vestidos de esbirros!

JACOBO. Habeis acudido á mi voz, y no habeis abandonado á los vuestros en la desgracia. No dudo de su libertad, pues depende de vosotros... Responde.

CUCUF. En preguntando. (*Aparte.*)

JACOBO. ¡A qué lado están los calabozos!

CUCUF. Aquí... á esta parte, señor German.

JACOBO. Es preciso indagar si pueden oponerse algunos obstáculos...

CUCUF. Yo... yo estoy bien enterado de todo, señor German. Y si usted quiere... Celebro en el alma poder prestar este nuevo servicio. Contamos tres caminos cubiertos, y cinco puertas de hierro... Esto no es decir que...

JACOBO. Basta... El éxito pudiera arriesgarse empleando la fuerza; pero á favor de una astucia... Ese disfraz... Tratemos de saber cuál es la seña. Vamos, pues, y obliguemos al primer centinela, con la espada al pecho, á que nos la dé.

CUCUF. ¡Qué fortuna! La seña es *justicia y valor*: yo la he oido cuando se ha dado.

JACOBO. Sabeis mis órdenes. El fuego en cuatro sitios á la vez. Empezareis por las salas bajas de este lado; y así tendremos tiempo de operar por la parte de los calabozos.

CUCUF. ¡Sopla! ¡Ya está encendida la ciudadela! Este demonio es capaz de volver el mundo de arriba abajo. (*Aparte*).

JACOBO. ¿Lo habeis oido? «*Justicia y valor.*» Nosotros «*German y venganza.*» (*Vánse los bandidos*). ¡Infame! Dentro de cinco minutos no podrás hacer traicion á nadie.

CUCUF. ¿Me atreveré á preguntar á usted qué es lo que quiere decir con esa espresion?

JACOBO. Que á German no se le ha engañado nunca impunemente; que tu sentencia está pronunciada, y que vas á morir.

CUCUF. ¡Cinco minutos solamente! ¡Gran Dios! Mire usted, señor capitan, que no tengo mis cosas muy bien arregladas, y que necesito

mas tiempo. ¿Quién cuidará, si yo llegó á morir, de mi pobre prisionera? ¡Pobre Cucufate! ¡Pobre Camila!

JACOBO. ¿Camila? ¿Qué nombre has pronunciado?

CUCUF. El de una presa cuyo alcaide soy, de órden del señor gobernador.

JACOBO. ¿Cómo? ¿Presa? En nombre del cielo te aseguro que mi vida, mi fortuna, todo pende de ti en este momento.

CUCUF. Pero entendámonos... ¿Moriré dentro de cinco minutos?

JACOBO. ¡No morirás! No: yo te lo juro y German jamas faltó á su palabra. Prosigue... Camila...

CUCUF. Es la sobrina del Gobernador, y este señor la tiene encerrada.

JACOBO. Ven... guia mis pasos... condúceme á su presencia.

CUCUF. ¿No le seria á usted mejor hablar con ella sin testigos? Aqui... por este lado... en la sala baja... Esta es la llave... todavia no hace media hora que está en mi poder.

JACOBO. ¡Qué pronuncias! ¡La sala baja! ¡Dios poderoso! Las órdenes que acabo de dar... ¡No hay remedio! Ya es presa de las llamas! ¡Infeliz! ¡Llegaré tarde! (*Vase*).

ESCENA XII.

CUCUFATE *solo*.

No hemos escapado de mala.., Ignoro si estoy vivo ó muerto. Apenas puedo respirar. Esto es lo que se llama poner á un hombre honrado entre la espada y la pared. Y ¿qué debo de hacer ahora?—Claro... está claro... Voy á buscar al gobernador, y al Marques y... al primero que se presente. Sé las consignas de ambas partes beligerantes... German está por aqui... los suyos alli... los contrarios suyos por allá... mi gente... mi gente

está en todas partes. Soy con justo título el hombre universal. La carcel se halla forzada, el incendio pronto á estallar... Habrá desórden; tanto mejor. Adonde vaya la fortuna allí iré yo. Este es el momento de distinguirme.

ESCENA XIII.

(*Empieza á indicarse el incendio. Algunos soldados atraviesan por el fondo.* JACOBO *que conduce á* CAMILA).

JACOBO. Sígueme; no permanezcamos aquí mas tiempo.

CAMILA. No... detente. Los malvados te asesinarian... ¿Los ves? (*Delirante*).

JACOBO. Sus ojos inmóviles se clavan en mi... (*Mirándola con sobresalto*). parece que no me reconoce. ¡Horrible sospecha! Camila... vuelve en tí... soy yo... es tu amante... es Jacobo el que te habla.

CAMILA. Mas bajo. ¿No le estas viendo? Es él.. sí... es él... es German.

JACOBO. ¡Oh suplicio!

CAMILA. German... si... German rodeado de sus feroces compañeros... tiene las manos llenas de sangre. ¡Mírale! ¡Calla! Si... ya ha pasado... No nos ha visto... ¡Ah! te hubiera asesinado... como á Jacobo!

JOCOBO. Jacobo existe todavia, y viene á salvarte. Si se pierde un momento, vamos á perecer. La fortaleza se desplomará y todos seremos sepultados bajo sus ruinas Sígueme...

CAMILA. No. Estoy bien aquí... me gusta el aspecto de estos lugares!

JACOBO. ¡Desventurada!... Camila ¿no oyes el ruido de las armas? Se acercan ya por ese lado...

CAMILA. ¡Y va á consumarse mi venganza! Ven.... Ven... pidamos juntos al Todo-poderoso el castigo del malvado German... que el rayo del Eterno le aniquile, si la justicia humana no consigue alcanzarle!... Que su corazon devorado por los mas crueles remordimientos...

ESCENA XIV.

Dichos. Bandidos y esbirros atraviesan el teatro luchando. Morlac trae una espada.

MORLAC. ¡Herid sin piedad, y salvemos nuestras vidas!

JACOBO. ¿Morlac?

MORLAC. Somos perdidos. Nuestros fieles amigos acababan de romper nuestras cadenas, pero el Gobernador se ha precipitado sobre nosotros con su guardia. Yo me he abierto paso, no sin dificultad, por si podia protejer tu fuga. Muchos de nuestros compañeros son arrastrados en este momento á la muerte.

JACOBO. ¡Todo se ha perdido!

MORLAC. Huyamos... no nos queda mas que un instante.

JACOBO. ¡Abandonarla asi!

MORLAC. ¡No hay remedio! ¡Sígueme!

CAMILA. ¿Dónde vas? no... quédate á mi lado. German vá á perecer y presenciarás su castigo. (*Se desmaya*).

MORLAC. Ven.

JACOBO. ¡Eres mi amigo! ¡Salvarla ó morir! La escala está colgada sobre el puente. Huyamos. *Estrechando primero la mano de Morlac, y queriendo llevar en sus brazos á Camila. El incendio ha ido aumentándose. Empiezan á observarse sobre la escena todas las horrorosas particularidades de semejantes desgracias. Quieren subir al puente y se desploma al mismo tiempo. Vuelven al proscenio precipitadamente.* ¡Estamos perdidos! La mano de Dios ha descargado sobre mí el golpe formidable! (*Conducen á Camila sobre un asiento de piedra. Está sin sentido. Jacobo se pone su máscara*).

ESCENA XV.

Dichos. EL DUQUE. EL MARQUES. *Se presentan seguidos de soldados y esbirros que cercan por todas partes la escena. Jacobo se arrodilla á los pies de Camila.*

MARQUES. ¡Allí está! ¡Es German!
DUQUE. ¡Bárbaro! Rinde las armas.
JACOBO. Ven por ellas.
(*Jacobo y Morlac se ponen en defensa. Al mismo tiempo se oye una descarga de mosquetería que anuncia la ejecucion de los cómplices. Jacobo se inmula y deja caer su espada. Camila vuelve en sí*).
DUQUE. Murieron vuestros infames compañeros. No tardareis en recibir como ellos la recompensa de tantos delitos. Arrancadle esa máscara y conozcámosle en fin.
JACOBO. ¡Morlac! ¡Estoy sin armas!
MORLAC. Te cumplo la palabra. (*Le dá una puñalada. Vá á darse él otra y le detienen*).
MARQUES. ¡Miserable! (*Jacobo ha caido en brazos de los soldados que están inmediatos. Con ambas manos sujeta su máscara y al fin se la quitan*).
TODOS. ¡Jacobo! (*Camila dá un grande grito*).
JACOBO. ¡No! ¡German!
DUQUE. ¡Dios mio!

ESCENA XVI.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. ¡Victoria por los nuestros! ¡Victoria! Aquí están... ha muerto ese pícaro? Aquí están los documentos que yo habia prometido. Yo

soy siempre consecuente. La cartera, las cartas... Esta, sobre todo, es interesante. (*El Marques toma lo que le entrega Cucufate y lee*).

MARQUES. «Compañero, ya te he dicho que estoy re-«suelto á no volver con vosotros. Antes de ser...

CUCUF. Hay puntos suspensivos ¿no es verdad?

MARQUES. «Fuí soldado: reñí con mi gefe y le maté... «Busqué asilo en un pais extranjero y me «reuní á vosotros. Si das lugar á que haga «contigo ó con cualquiera de los demas lo «que hice con mi gefe, se hará y os ahor-«raré el trabajo de venir á buscarme. No «penseis que es menos valiente mi brazo «por haber renunciado ya á los horrores de «una carrera desventurada que adopté por «fuerza, y de la cual me separo porque soy «libre para hacerlo. Escusadme el disgusto «de poner por obra parte del contenido de «esta carta.»

CUCUF. Se la dirigia sin duda á su teniente.

DUQUE. Retirad á esos miserables. Veo claramente todo el horror del precipicio á cuyo borde hemos estado. ¡Bendito sea el Dios de las misericordias que no ha permitido se llegue á estampar sobre la frente de un hombre honrado el sello de la infamia!

FIN.

LOS BANDOS DE VILLA-FRITA.

LOS BANDOS DE VILLA-FRITA,

CRÓNICA MANCHEGA CÓMICA-LÍRICA EN UN ACTO

DIVIDIDA EN TRES CUADROS

ORIGINAL Y EN VERSO

LETRA DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Estrenada con gran éxito en el Teatro de RECOLETOS el dia 5 de Agosto de 1884.

SEXTA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, principal.

1885.

PERSONAJES.		ACTORES.
PACA LA ZURDA.....	SRA.	D.ª ANTONIA GARCÍA.
CIRCUNCISIÓN.....	»	PILAR AUÑON.
MICAELA.....	SRTA.	CÁRMEN MEJÍA.
PATRICIA.....	»	MARÍA CABELLO.
EL TIO ANTÓN.....	SRES.	VIDEGAIN.
PEPE DOMINGO.....	»	SÁNCHEZ.
EL ORGANISTA VIDAL.....	»	SIGLER.
MORETONES.....	»	MORÓN.
CASTELLOTE.....	»	GARCÍA VALERO.
EL TIO APLASTA.....	»	PORTILLO.
TOMILLO.....	»	CAMPOS.
CRISPINO.....	»	CABALLERO.
UN FORASTERO.....	«	RODRIGUEZ.
EL SEÑOR MANUEL.....	»	RODRIGUEZ.
UN MOZO.....	»	MONTES.

La acción en la Mancha.—Actualidad.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales hàya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A SUS QUERIDOS AMIGOS

PEPE NAKENS Y JUAN VALLEJO.

Cariñoso recuerdo de su afectísimo

El Autor.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

LAS DOS NOVIAS.

Plaza en el pueblo de Vila-frita. En el fondo, la casa de Ayuntamiento, con puerta practicable, y un rótulo sobre la misma, donde se lee: *Casa Consistorial.* En primer término, izquierda, la puerta del ventorrillo de Paca la Zurda; dos taburetes y un velador á la puerta del ventorrillo; en un ángulo, y en un tablero saliente, pintado de blanco, se lee, en letras encarnadas. *Ventorrillo de la Zurda.* En primer término, derecha, la casa de Circuncisión, con puerta practicable.

ESCENA PRIMERA.

MORETONES, DOMINGO, VIDAL y CORO DE HOMBRES.

Los dos primeros, bebiendo á la puerta del ventorrillo, Vidal, con el Coro de hombres, dando serenata frente á la casa de Doña Circuncisión. El Coro de hombres con traje de aspecto religioso; levitones grandes, corbatines altos negros, gorros negros de algodón, etc., etc., y todos ellos con oboes y fagots.

MÚSICA.

VIDAL y CORO.

VIDAL. La casta entre las castas,

la hermosa peregrina,
la salus infirmorum,
la estrella matutina.
Sal, ángel puro,
por compasión,
y muestra esa cara de rosa
preciosa
por ese balcón.

CORO. Kyrie eleisón.
Christe eleisón.

TODOS. ¡Bien repletos de unción evangélica;
y vestidos con trazas exóticas,
hoy venimos en turbas famélicas
á buscarnos aquí la bucólica.
¡Ten ¡ay! piedad
de la hermandad!
la queja escucha
por caridad:
mira que hay mucha,
mucha, mucha,
necesidad.
Si hoy nos ayuda
tu protección,
cantemos todos
llenos de unción:
¡bendita seas,
Circuncisión!
Laus tibi christi,
kyrie eleisón.

HABLADO.

VIDAL. Cumplimos nuestro deber;
nos podemos retirar,
que ustedes tendrán que hacer.

CORO. (Con aire humilde y mojigato.)
¡Buenas tardes!

VIDAL. ¡Á rezar!

(Vése el Coro con mucha compostura. Vidal llama con fuerza en la puerta de la casa Consistorial y entra en ella.)

ESCENA II.

MORETONES y el SR. PEPE DOMINGO.

MOR. ¡No hay quien sufra con paciencia
tanta audacia!
DOM. (Uniforme de guarda jurado.) ¡Voto á tal!
¡Que un escuadrón de monagos
nos quieran hacer tragar
lo que hace ya tanto tiempo
dimos de baja!
MOR. Ahí verás;
ahora están muy protegidos
del organista Vidal,
y toman fomento.
DOM. ¡Es claro,
los dejamos fomentar!...
MOR. Está también el alcalde
por ellos.
DOM. Y hace muy mal.
¡Querer casar al muchacho,
que está en la mejor edad,
con esa antigualla!... (Señalando al balcón.)
MOR. ¡Y fea!
DOM. ¡Y beata!
MOR. ¡No cabe más!
DOM. El tío Aplasta es el culpable
de lo que pasa.
MOR. ¡Verdad!
DOM. Pero no te eches tú fuera;
te faltó virilidad,
energía...
MOR. Lo confieso;
¡quién había de pensar!...
DOM. El señor Antón es listo,
tiene pesqui, y siempre está
á la que salta.
MOR. ¡Muy cierto!...
Bien se supo aprovechar;
¡nos la dió con queso!
DOM. ¡Queso,

que estaba pasado ya!

MOR. ¡Fué lo peor!

DOM. Pero ahora
ya no sabe administrar
como antaño, y buena prueba,
que hace migas con Vidal,
y permite serenatas
á Circuncisión.

MOR. ¡Está
en la decadencia!

DOM. ¡Claro!

MOR. Y es muy natural, la edad...

DOM. El cansancio...

MOR La fatiga...
pronto le dominará
ese organista...

DOM. Sin duda.
Lo que me da que pensar
es lo que hará el secretario.

MOR. ¿Tomillo?...

DOM. Él, tan barbián,
tan audaz, tan sobre sí...
¿cómo se deja eclipsar?...

MOR. ¡Bah! No te fíes... Ya sale...

DOM. ¡Y trae un gesto de agraz!...
¿Quieres que le sonsaquemos?

MOR. Bueno. ¡No estará de más!

(El secretario Tomillo, que ha salido de la casa Ayuntamiento con varios legajos de papeles debajo del brazo, va á atravesar la plaza sin hacer caso de Domingo y Moretones. Éste le llama.)

ESCENA III.

DICHOS y TOMILLO.

MOR. ¡Oiga usted, señor Romero!

TOM. ¡Tomillo!

DOM. Bueno; es igual.
¿Qué hay de cosas?...

TOM. ¡No sé nada!

DOM. ¿Y el señor?

TOM. De caza está.
MOR. ¿Y el señor Antón?...
TOM. Ahí dentro
con el organista.
TOM. ¡Ya!
¡Cuidado con él!
TOM. ¿Por qué?
MOR. Tiene mucha habilidad,
mucha labia y mucho gancho.
TOM. ¡Pero á mí no me la dan
ni él, ni el alcalde, ni ustedes!
MOR. ¿Sí? pues le van á nombrar
fiel de fechos.
TOM. ¡Que le nombren!
DOM. (Otra te queda.) (Á Moretones.)
MOR. (Verás.)
Hace poco estuvo aquí,
TOM. ¿Y á qué vino?... (Con interés.)
MOR. Vino á dar
serenata, con los suyos,
á esa necia apolillá,
á doña Circuncisión.
DOM. ¿Á la que quieren casar
con el amo?...
MOR. ¡Justamente!...
¿Usted no consentirá?...
TOM. ¡Psch! Veremos... ella es fea
y no tiene capital...
pero es honrada y devota.
DOM. Eso es una atrocidad.
MOR. ¡Justo! Ahí está la Zurda,
(Señalando al ventorrillo.)
tan guapa, tan fresca y tan...
TOM. Bueno, déla usté expresiones.
¡No la puedo tolerar!
¡Qué Zurda de mis pecados!
DOM. ¡Bueno, á usted le anulará
ese organista muy pronto! (Tomillo se ríe.)
MOR. ¡Ríase usted de Vidal!
TOM. Yo serví en caballería,
y por si vienen *mal das*,
guardo intacto en la maleta

todo el traje de montar.
¡Un uniforme de húsar,
que dá la hora!

MOR. Es verdad.
Pero...

TOM. No hay pero que valga;
si él sabe mucho, yo más,
y á un toque de botasillas,
como usted comprenderá,
no es fácil que pueda ahogarle
un piporro clerical...
Conque, salud, y hasta luego,
que tengo que despachar
estos expedientes.

MOR. ¡Vaya
usted con Dios!

DOM. ¿Hoy habrá
sesión pública?

TDM. ¡Y solemne!
¡Habla Castellote!

MOR. y DOM. (Con admiración y aprobando.) ¡Ah!
(Váse Tomillo.)

ESCENA IV.

PEPE DOMINGO y MORETONES; poco después el señor ALCALDE y VIDAL.

DOM. ¿Acudirás?

MOR. ¡No que no!
Faltar yo fuera una mengua.

DOM. ¡Te van á buscar la lengua!

MOR. ¿Pues de qué presumo yo?...

DOM. Si te tuerces...

MOR. ¡No me tuerzo!...

DOM. ¡No te achiques!

MOR. ¿Yo? ¡Por nada!..
¡Ya verás tú que charlada!

DOM. Claro, ¡y mañana un almuerzo!

MOR. Domingo, ¡no hagas el bú!
¿Á qué de sobrio blasonas.

si en esto de comilonas
te llevas la palma tú?...
(Salen el Alcalde y Vidal.)

VIDAL. ¡Hola! ¿Hay algo preparado?
¿Algún banquete campestre?

MOR. (¡En todo el globo terrestre
no hay hombre más descarado!)

DOM. Tengo yo muy malas pulgas,
y si eso es chacota, amigo...

VIDAL. No quiero nada contigo
porque sé que no comulgas.

ALC. (¡No sea usted intemperante,
que nos compromete!) (Á Vidal.)

VIDAL. ¡Cá!

ALC. ¿Y la Zurda, cómo está?...

MOR. ¡Tan hermosa!

DOM. ¡Tan campante!

ALC. ¡Me alegro!

DOM. (Yo estoy en ascuas.)

ALC. Sé que andáis muy divididos
sobre el moño, y los vestidos
que ha de estrenar... por las Pascuas.
Este quiere hacerla un peto. (Por Moretones.)
Manolo un corpiño fino,
y los chicos de Crispino
quieren un traje completo.

DOM. ¡Y eso es lo mejor!

MOR. No hay duda.
Pero es preciso saber...

VIDAL. ¡Con tanto quererla hacer
la van á dejar desnuda!

DOM. ¡Señor Vidal!

ALC. ¡Cierre el pico! (Á Vidal.)
¡Basta! ¡Yo sólo os diré
que por bonita que esté
no la caso con el chico!

MOR. ¡Sí, le debe usté casar
con la que éste recomienda!

VIDAL. ¡La mía tiene trastienda!
¡Y una afición á rezar!
¡Tan modosa, tan decente,
tan buena, tan recogida!...

ALC. ¡Ella será la elegida!
MOR. ¡Bien, si el pueblo lo consiente!
VIDAL. ¡Oh! (Escandalizado.)
ALC. ¡Téngase á raya el mozo!
¡Con quince mil de á caballo!
¡Al primero que alce el gallo
le zampo en un calabozo!
¡Y acabe aquí la cuestión
porque me encrespo y me irrito!
Hoy escribo al señorito.
¡No faltéis á la sesión!
(Vase con Vidal.)
VIDAL. (¡Yéndose, dice al Alcalde.)
¡Es usté un hombre de nervio!
DOM. ¡Siempre el desdén en el labio?
MOR. ¡Como tuviera de sabio
lo que tiene de soberbio!
DOM. Haremos muy malas migas
con pretensión tan absurda.
MOR. Calla, que sale la Zurda.
DOM. ¿Sola?...
MOR. No. Con sus amigas.

ESCENA V.

DICHOS, PACA la ZURDA, PATRICIA y coro de campesinas. Después el tío APLASTA.

MUSICA.

CORO. Tú que te prometías
horas serenas
y gustos y alegrías
y cosas buenas,
¿qué ha sucedido
que ya no tienes, Zurda,
ni un mal cocido?
ZURDA. Yo estaba loquita de amores
por los encantos
de un serafín,

y andaba mi personita
tras de las huellas
del chiquitín.
Vestíme de gala un día
con los trapitos
de cristianar,
y fuime á la vicaría
mis juramentos
á confirmar.

CORO. Sus juramentos
á confirmar.

ZURDA. Me acompañaban
como testigos
Manolo y Pepe
y aquel Francisco
que desde lejos
fué mi padrino,
y el Moretones,
y aquel Crispino
que no iba sujeto
por ir cogido
de los volantes
de mi vestido,
y el picarón
por poco me los arranca
con el tirón.

CORO. Tiene razón,
tiene razón,
la Zurda con eso es franca,
que el picarón,
por poco se los arranca
con el tirón.

ZURDA. ¡Llegamos todos
al portalón
y allí encontramos
á don Antón!

CORO. ¡Qué decepción!
¡Qué decepción!
¡Mire usted, mire usted qué demonío,
encontrar al señor don Antonio
en aquella maldita ocasión!

ZURDA. Don Antonio se puso muy serio

al vernos llegar,
y nos dijo: señores, lo siento,
¡no pueden entrar!

CORO. ¡No pueden entrar!

ZURDA. ¡Ay, don Antón!
¡ay, don Antón!
Si un día domino
la situación,
ya subiremos,
ya mandaremos,
ya nos daremos
un atracón,
y aunque ponga la cara fosca
no dejaremos
en el cajón
ni la miga de una rosca
ni los huesos de un jamón.

TODOS. Turrón queremos,
turrón, turrón,
que tanto ayuno
nos causa horror.
Turrón queremos,
turrón, turrón,
dejadnos algo
por compasión,
no se lo engullan
todo, por Dios,
que si todo se lo tragan
no nos queda otra misión
que comernos de patitas
la población.

HABLADO.

PAT. Suplico á usté, amiga mía,
que la paciencia no pierda.

ZURDA. En la esquina de la izquierda
abrí ventorro aquel día;
adobé con estas manos
los guisos más exquisitos,
y regalé fosforitos
á todos mis parroquianos.

Mas por mi desgracia indina,
me están haciendo el amor
el mozo del mostrador
y el pinche de la cocina.
Me requiebra el cosechero
que me trae el mostagán,
y me quieren con afán
todos!... ¡Hasta mi casero!
Y me quieren mucho, ¿estamos?
pero, ¿sabeis lo que pasa?
¡Que es un infierno mi casa,
pues todos quieren ser amos!
«Ponte el vestido escocés.»
¡«No tal! el de azul de cielo.»
«Ponte un mantón.» «¡Un pañuelo!»
«Sal á las dos,» «á las tres.»
Y me carga, con franqueza,
verlos en ruda porfía,
tirándose todo el día
los trastos á la cabeza.
Y unos gritan por acá,
y otros tiran por allí,
y me están dejando á mí
que no soy mi sombra ya.

PAT. Pues con esas discusiones
ellos van perdiendo, ¿estás?

ZURDA. ¡Yo soy la que pierdo más,
que pierdo mis proporciones!

(El tío Aplasta, que ha salido hace un momento y ha oído los cuatro últimos versos, se acerca sonriendo á La Zurda, la toca amistosamente en el hombro, y la dice:)

APLASTA. ¡Me alegro de la lección,
y el mundo ha de ser testigo;
mientras no vuelvas conmigo,
tú no pruebas el jamón!

(Vase lentamente, La Zurda quiere detenerle, éste la rechaza suavemente y hace mútis.)

APLASTA. ¡Quita! (Vase.)

ZURDA. ¡Me soltó un respingo!

PAT. ¡Síguele, se ablandará!

ZURDA. ¡Á eso voy! Mas, ¿qué dirá?...

PAT. ¿Crispino?...
ZURDA. ¡Pepe Domingo!
PAT. ¡El tío Aplasta es un barbián!
Cederá si tú suplicas...
ZURDA. (Con cómica desesperación.)
¡Qué cosas hacen las chicas
por un pedazo de pan!
(Váse por la derecha seguida del coro. La orquesta, muy piano, toca el himno de Riego durante este-mátis y la mutación.)

CUADRO SEGUNDO.

EL FORASTERO.

CALLE CORTA.

ESCENA PRIMERA.

LA ZURDA y el tío APLASTA.

ZURDA. ¿Conque no me salva usté?
APLASTA. ¡Yo bien quisiera salvarte,
pero no puedo ayudarte
¡por cosas que yo me sé!
Todos esos señoritos
que te protegen á tí,
me han abandonado á mí. (Saca un cigarro.)
ZURDA. Pero...
APLASTA. Echa unos fosforitos.
(La Zurda le da una caja.)
ZURDA. ¡Ahí van! (Resignada.)
APLASTA. Gracias.

ZURDA. No hay de qué.
APLASTA. El buen señor don Francisco
armó entre mi gente un cisco
que no le perdonaré.
Tocó á rebato el aleve
y alborotó á mis hechuras,
mostrando unas escrituras
del año sesenta y nueve.
Y allá se fueron resueltos
dejándome, los menguados,
y unos se fueron atados
y otros se marcharon sueltos.
Y entraron en tu figón...
ZURDA. Ya el cocido prevenido...
APLASTA. ¡Por causa de aquel cocido
entró de alcalde el tío Antón!
Me la dieron; por supuesto,
yo no vislumbré el pastel.
¡Digo, si sé que entra él,
en seguida dejo el puesto!
ZURDA. Pero á estas alturas. .
APLASTA. ¡Basta!
ZURDA. Si usté supiera el busilis...
APLASTA. ¡No me exaltes más la bilis!
¡Yo siempre seré el tío Aplasta!
¡Si siguen mucho estos líos,
ya tengo mi plan formado!
Yo caeré siempre del lado...
ZURDA. ¿De quién, señor?
APLASTA. ¡De los míos!
ZURDA. Yo procuro guisar bien,
y con equidad y aseo,
pero es que usté, tío Mateo...
APLASTA. Tu ventorro es un belén.
Pudiera ser, porque sí,
modelo de ventorrillos,
y es una olla de grillos
que no hay quien se entienda allí.
ZURDA. Yo siempre he sido la misma. .
(Aparece por la derecha Circuncisión.)
APLASTA. ¡Ahí sale Circuncisión,
te dejo; buena ocasión

para que os rompais la crisma.
(Se vá lentamente mirando á Circuncisión y riéndose.)

ESCENA II.

PACA la ZURDA y CIRCUNCISIÓN.

Circuncisión vestida rigurosamente de negro y con notable sencillez. Lleva las manos cruzadas en actitud beatífica, baja la vista, etc., etc., trae colgado un rosario de cuentas gordas y un devocionario.

MÚSICA.

ZURDA. ¡Dios guarde á la hermana
Circuncisión!
CIR. ¡Y á usted no la falte
la paz de Dios!
ZURDA. Viendo sus manos
así cruzadas
y esas miradas
llenas de fe,
de fe,
nadie, señora,
podrá creer
que de asuntos mundanos
se ocupa usté!
CIR. Fija la vista
siempre en el suelo
mientras que el alma
se eleva al cielo,
pasa la vida
Circuncisión,
siendo su egida
la religión.
ZURDA. Á mí me gusta el aire,
la luz del día,
las flores de los campos
y la alegría,
las cosas que los hombres

nos dicen al pasar,
la fiera independencia,
la santa libertad.

CIR. En nave solitaria
de templo augusto
elevo mi plegaria
con santo gusto...
Gloria in excelsis Deo
mi voz modula.
¡Salve regina mater
misericordiam tuam!

ZURDA. Usté es una chulapa
de tres al cuarto,
y todo eso es pamplina
pa los canarios.

CIR. ¡Vírgen María!
¡Vaya unas palabrotas!

ZURDA. ¡Qué hipocresía!
¡Á usté le gustan las palmas,
las cañas de manzanilla,
los chulos que van de corto
y los cantes de alegría.
¿Por qué se viene
con esa cara,
con ese tipo,
con esa facha?
¡No haga usté el bú,
no haga usté el bú,
y hable clarito
por mi salú;
que si usté piensa
que me la da,
le arranco el moño
de dos trompás!
¡Ay qué tía, qué tía,
su cara de espía
cargándome está!
¡Ay qué tía, qué tía,
qué tía!
¡Si usté no se calla
la voy á pelar!

CIR. Así se pierdén las almas

y está el infierno lleno,
porque el demonio las tienta
y las hunde en el abismo.
Sólo al oirla
yo estoy temblando,
que si contesto
me rompe algo;
yo, francamente,
yo, francamente,
nunca la he dado
por ser valiente.
¡Jesús, qué arpía
tan descocá;
ésta me atiza
dos bofetás!
¡Ay qué impía, qué impía,
su cara de arpía
no quiero mirar!
¡Ay qué impía, qué impía,
qué impía,
por tanta blasfemia
se va á condenar!

LAS DOS.

ZURDA. ¡Ay qué tía, qué tía!...
CIR. ¡Ay qué impía, qué impía!...

HABLADO.

ZURDA. (Dirigiéndose á Circuncisión con brío y mucho arranque.)
Quítese usted la careta
y vamos á hablar las dos
como quien somos...
CIR. ¡Por Dios!...
ZURDA. Es que...
CIR. No me comprometa
ZURDA. Es que de la raya pasa...
CIR. (Señalando á la derecha.)
Viene gente...

ZURDA. Si es argucia...
CIR. Es que la ropa muy sucia
se debe lavar en casa...
Mateo y un forastero
se acercan, pueden notar...
ZURDA. ¿Y á mí qué?
CIR. ¿Vamos á dar
dos cuartos al pregonero?
Con Dios quede. (Yéndose.)
ZURDA. (Deteniéndola.) ¿Y la cuestión?
CIR. Obligaciones forzosas...
Ya hablaremos de estas cosas
cuando salga del sermón.
(Váse por la derecha. Aparecen por la izquierda el tío Aplasta, el Forastero y el Coro general.)

ESCENA III.

DICHOS, el FORASTERO.

Este personaje irá vestido completamente de blanco; está muy gordo y muy rollizo; lleva barba rubia, muy larga, y cartera de viaje y un maletín, muy pequeño, en la mano.

FORAST. Muy buenas tardes.
ZURDA. Felices.
(¡Jesús, qué facha tan fea!)
FORAST. Ustedes dispensarán,
señores, que me entrometa
quizá en lo que no me importa.
Llegué hace poco á esta aldea,
soy forastero, y he visto
preparativos de fiesta...
APLASTA. Sí, señor...
FORAST. Yo soy tristón,
así, por naturaleza...
APLASTA. Ya se le conoce á usted.
Mozo 1.° (No hay más que verle la jeta.)
FORAST. Y quisiera merecer
que me hicieran la fineza
de decirme lo que ocurre.
Mozo 1.° Cuéntalo, á ver si se alegra.

APLASTA. Pues oiga usté. En dos palabras
se lo explicaré.
MOZO 1.° Comienza.
(Todos, formando un apiñado grupo, rodean á Aplasta y al Forastero, poniendo mucha atención á lo que hablan.)
APLASTA. Es el santo titular
de la villa, ¿usted se entera?
y hay dos corridas de toros
y una función de comedia,
y fuegos artificiales.
FORAST. ¡Muy bien! ¿Y qué villa es esta?
APLASTA. Esta es Villa-frita.
FORAST. ¿Frita?
APLASTA. Y estamos fritos de veras.
FORAST. ¿Hay disensiones locales?
APLASTA. En una villa manchega
no hay que preguntar.
FORAST. ¡Caramba!
Pues la gente está contenta.
APLASTA. ¿Ve usted que están tan alegres?
Pues no tienen dos pesetas:
la procesión va por dentro.
FORAST. Sí. ¡Pues va á quebrar la empresa
de la plaza de los toros!...
APLASTA. Esa es la que nunca quiebra.
Aquí para ir á los toros
se vende...
FORAST. Pero...
APLASTA. Ó se empeña,
ó se roba. El caso es ir.
¡La familia que perezca!
FORAST. De modo que en Villa-frita...
APLASTA. Todos andan de cabeza.
Aquí la industria va mal,
el comercio no prospera,
el arte es cosa perdida,
la agricultura está muerta,
y todos nos dedicamos
á administrar las haciendas
de un señor que está muy rico
y paga bien la faena.

FORAST. ¿Será millonario?
APLASTA. ¡Digo!
Miste si tendrá riquezas,
que casi *toa* Villa-frita
es suya.
FORAST. Pues ya es hacienda.
APLASTA. Como esa administración
produce buenas pesetas,
además de la alta honra
que lleva en sí la prebenda,
siempre hay miles de personas
que codician esa breva;
murmuran del que la tiene,
y sin pizca de conciencia
unos á otros se la quitan
valiéndose de mil tretas,
ó á palos, ó á tiros, vamos,
según la gente, ó la época;
por supuesto, todos ellos,
al solicitar la presa,
invocan el bien del pueblo,
las mejoras de las rentas...
¡pero todo eso es camama,
ya no hay nadie que nos crea!
¿Sube un administrador?...
¡Pues ya está su parentela
en grande! Primos, sobrinos,
cuñados, tíos y abuelas,
todos pescan su tajada,
unos grande, otros pequeña.
FORAST. Y los parientes del otro,
¿qué hacen con ellos?
APLASTA. ¡Los echan
á la calle! ¡Así está el pueblo!
Administrador que cesa,
tiene tras sí una pandilla
que anda con la lengua fuera
diciéndole: «Suba usté.»
«¿Por qué no armamos la gresca?»
«¡Miste que estoy en ayunas!...»
«¡Basta de benevolencias!»
«¡Transija usté!» «¿No comemos?»

«¿Cuándo voy por la escopeta?»
¡Y al hombre tanto le apuran,
claro, que un día revienta,
se va á las eras del pueblo
con tres ó cuatro docenas
de amigos, y á tiro limpio
pide que le den la breva!
¿Gana? Se la dan, y al pelo;
hay comilona, y merienda,
y bailes y regocijos,
y se compran ropa nueva...
¿Que les dan una paliza?
—¡Que suelen darlas muy buenas!—
Al que no sale de uña,
ó lo rompen la cabeza,
ó le meten en la cárcel
hasta que se pudra en ella.
¡Aquí, *toos hemos estao*
presos ya!

FORAST. ¡Jesús, qué tierra!
¿Por qué no turnan ustedes,
ya que la cosa es tan buena.

APLASTA. ¡Si por reclamar el turno
es por lo que armamos gresca!
¡Yo he sido administrador
varias veces?

FORAST. ¿Y quisiera
serlo otra vez?...

APLASTA. ¡Eso siempre!
¡Así que la plaza es fea!

FORAST. ¿Pero el amo?...

APLASTA ¡Psch! Procura
ponernos en avenencia,
pero como no hay *pa toos*,
no acaba nunca la guerra.

FORAST. El que la administra ahora,
¿qué tal?...

APLASTA. ¡Va por mala senda!

FORAST. ¡Hola!

APLASTA. Sí, lleva los libros
por el antiguo sistema;
á mí ya me va cargando.

FORAST. ¡Conque á usted lo sopapea! ..
APLASTA. ¡Tengo yo mucho tupé
para que me dé en la cresta,
y lo cojo en un renuncio
cuando menos se lo piensa!
FORAST. ¿Sí?...
APLASTA. ¡Si viera usted qué cosas
nos decimos! ¡Qué peleas!
¡Y cómo nos insultamos!
FORAST. ¡Hombre!
APLASTA. ¡Y cuántas desvergüenzas
nos llamamos!
FORAST. ¿Es posible?...
APLASTA. Después las cosas se arreglan
y quedamos tan amigos.
FORAST. Pero usted, según me cuenta,
ha sido administrador.
APLASTA. Varias veces.
FORAST. ¿Y lo deja?
APLASTA. ¡Hombre, yo qué he de dejar!
No señor, ¡es que me echan!
Hay ahora graves cuestiones.
¿Ve usté esa que está á la *izquierda*?
FORAST. ¡Una morena muy guapa!
APLASTA. Bueno, pues á esa morena
quieren casarla...
FORAST. ¡Comprendo!
¿Y la boda es cosa hecha?
APLASTA. No señor. ¡El organista
tiene otros planes! Presenta
á su amiga, una devota...
y el alcalde, que chochea,
protege á los chupa-cirios,
y habrá aquí una pelotera...
ZURDA. ¡Ya lo creo que la habrá!
(Todo el coro prorrumpe en murmullos aprobando lo que dice la Zurda.)
CORO. Sí señor, si señor, la habrá,-*etc.*, *ad li bitum*.
APLASTA. ¡Ya se anuncia la pelea!
Hoy habrá cosas de *búten*.
y si la cosa se enreda,
será la sesión de hoy

buena, buena, pero buena.
¡Castellote está que trina!

FORAST. ¿Castellote?

APLASTA. ¡Una *caeza*!
(Ponderando.)
¡Y el hombre más *benevolo*
de *toa* la tierra manchega!

FORAST. ¿Es benévolo?

APLASTA. ¡Con todos,
menos con la genta esta!

FORAST. Quisiera ver la sesión.

APLASTA. Pues es pública. Usted entra,
y toma asiento...

FORAST. Mil gracias...

APLASTA. ¡Y se echa un nudo á la lengua,
porque si aplaude usté á alguno
que no sea el alcalde, cuenta
que le atizan á usté un palo
que le rompen la mollera!
¡Hay gentes aquí *pa tó*!

FORAST. No olvidaré la advertencia,
y gracias por sus noticias.

APLASTA. ¡Va usté á ver cosas muy buenas!

ZURDA. ¿No sabía usté nada?
¡Nada;
ni una palabra siquiera!
Soy forastero,

APLASTA. Es verdad...

ZURDA. Se le conoce á la legua.

APLASTA. ¿Y de dónde viene usté?

FORAST. ¿Yo? ¡Yo vengo de Marsella!
(Un golpe, seco y fuerte, en la orquesta. El tío Aplasta, La Zurda y el Coro, salen todos corriendo á escape, en todas direcciones, y sin mirar siquiera al Forastero ni decirle una palabra. Éste queda en escena, solo, y lleno de asombro.)
¡Demonio! ¿Qué es lo que tienen?
¡Llevan alas en las piernas!
En fin, buscaré un albergue
hasta mañana siquiera.
(Váse lentamente. Durante el mútis del Forastero, la orquesta toca, muy piano, unos compases de la

Marsellesa. Al mútis del Forastero, sube el telón de calle, y aparece el salón del cuadro tercero.)

CUADRO TERCERO.

LA GRAN SESIÓN.

SALÓN DEL AYUNTAMIENTO.

En el fondo, una mesa blanca, pequeña, llena de legajos de papeles. Una escribanía antigua de bronce, un cencerro, un botijo. Detrás de la mesa el sillón del presidente. Á ambos lados de la escena, dos filas de taburetes, colocados en semicírculo que llegan hasta cerca del proscenio. En la pared del fondo, y en el centro, una ventana practicable, á bastante altura.

ESCENA PRIMERA.

PATRICIA.

Aparece con un plumero, limpiando el polvo de la mesa, arreglando los taburetes, etc.

Ya está sacudido el polvo
de las sillas y la mesa.
El botijo con el agua,
el cencerro, la carpeta
del señor Tomillo. Fósforos
y cigarrillos. La yesca,
el eslabón y el rosario

para el organista. Ea,
ahora que todo está en orden
pueden venir cuando quieran.
Dicen que en esta sesión
va haber la marimorena;
lo cierto es que todo el pueblo
está esperando en la puerta
que sea hora para entrar...
(Se oyen voces como altercado ó riña fuera.)
¡Qué escándalo! ¿Quién vocea?
¡Calle, es el señor alcalde
y el que fué guarda!... ¡Qué jetas
traen los dos! ¡Pues yo me escurro,
y que ellos allá se entiendan! (Vase.)

ESCENA II.

EL TÍO ANTÓN y PEPE DOMINGO.

ANTON. ¡Le digo á usté que es inútil!
DOM. ¡Lo pediré en la sesión!
ANTON. ¡Á mí me importa un pepino!
DOM. ¡Señor alcalde!
ANTON. ¡Que no!
DOM. Lo siento, no hablemos más
y vamos á otra cuestión.
El organista Vidal
creo que ayer se permitió
hablar mal sobre una obra
de Rosini. ¡Eso es atroz!
Los músicos italianos,
que adoran al profesor,
reclamarán de seguro,
y en esa reclamación,
Villa-frita...
ANTON. ¡Villa-frita
saldrá bien! ¡Donde yo estoy,
boca abajo todo el mundo!
DOM. ¡Es usté un mónstruo, tío Antón.
¿Y sostendrá usté en su empleo
á Vidal?

ANTON. ¡Pues no que no!
El chico toca muy bien,
y tiene muy buena voz.
DOM. Pero en la aldea dirán...
ANTON. Y á mí ¿qué me importa? Adios,
voy á ordenar los papeles
para empezar la sesión.
(Váse por la lateral de la derecha.)

ESCENA III.

PEPE DOMINGO.

¡Nada, no hay poder humano
que le saque de su error!
¡Qué espantosa decadencia
y qué orgullo tan atroz!

ESCENA IV.

DICHO, MORETONES y PACA la ZURDA.

MOR. ¿No ha empezado la sesión?
DOM. No, no empezó todavía.
ZURDA. Vengo á ver cuál es mi sitio...
DOM. Siempre á la izquierda. Esta fila
es la de los nuestros. (Señalándola.)
ZURDA. Gracias.
MOR. ¡Tú aquí á la punta, hija mía,
rodeada de partidarios
leales!
ZURDA. ¡Vaya! ¡Tantísimas!
DOM. ¿Lo dudas?...
ZURDA. ¡Qué he de dudar!
DOM. Creí notar cierta ironía...
ZURDA. Es que en lo de partidarios
tengo ideas...
MOR. ¿Subversivas?
ZURDA. Un poquito; el mal ejemplo
de los otros, contamina,
y he formado una opinión

tan rara...

DOM. ¿Sí? Díla.

MOR. Díla.

ZURDA. Oigan ustedes. La cosa
bien merece ser oida.

MÚSICA.

COUPLET.

ZURDA. Los azules y los blancos
y los de color café,
los que gastan barba rubia,
los que aun usan el tupé,
todos van á su negocio,
todos suben á comer,
y el manchego, siempre tonto,
les ayuda en el belén.
Ya en las alturas,
dan los destinos
á sus hechuras
y á los sobrinos
que hay por allí;
la burocracia
la desconocen,
pero es la gracia
que no conocen
ni el quis-vel-qui.
Y exclaman ufanos:
yo ya soy feliz.
Ahora que el demonio
se lleve al país.

MOR. y DOM. Y exclaman ufanos:
yo ya soy feliz.
Ahora que el demonio
se lleve al país.

HABLADO.

DOM. Esa será tu opinión,

pero es muy descabellada.
(Dan las tres.)

MOR. Es la hora de la sesión.

DOM. Procura estar muy callada
y tener mucha atención.
(Aparecen el tío Antón, Vidal y Tomillo por la primera derecha. Por la primera izquierda entran el Coro general, el acompañamiento de beatas y devotos, Castellote, Aplasta, Crispino, Circuncisión, y se colocan del modo que indica la escena siguiente.)

ESCENA V.

EL TÍO ANTÓN, TOMILLO, CASTELLOTE, VIDAL, MORETONES, PEPE DOMINGO, APLASTA, LA ZURDA, CIRCUNCISIÓN, CRISPINO y CORO DE AMBOS SEXOS.

El tío Antón, colocado detrás de la mesa en el sillón. Á su derecha Vidal, á su izquierda Tomillo, Castellote y Aplasta sentados en los taburetes de la derecha. En los de la izquierda Pepe Domingo y Moretones. En los de los extremos Paca la Zurda y Circuncisión. Crispino, siempre dando vueltas alrededor de la izquierda, y haciendo lo que indica el diálogo, pero sin sentarse. En el fondo, y replegados en ambos ángulos de la sala, el Coro y los comparsas; en el ángulo de la izquierda los Mozos y Mozas del pueblo (de campesinos); en el de la derecha los tipos de la serenata del comienzo de la obra y algunas beatas con mantos.

ANTON. (Agitando el cencerro)
¡Dá principio la sesión! (Murmullos en el Coro. Llora un niño de pecho.)

VIDAL. ¡Á la inclusa!

MOZA. 1.ª (Que tiene el niño.) ¡Bueno fuera!

ANTON. ¡Al que estornude siquiera
se le expulsa del salón!
(La ventana del fondo se abre, y aparece en ella el señor Manuel asomado.)

TOM. (Se pone de pie en actitud de leer el acta.)

ANTON. No lea usté ese papel,
y empecemos por lo grave.

(En tono confidencial.)
¿Alguno de ustedes, sabe
dónde vive el tío Manuel?
(La ventana se cierra.)

TODOS. ¡No señor! (Á media voz.)
VIDAL. (¡Ese es el coco!)
ANTON. ¡No es extraño, aunque lo siento,
pues en el Ayuntamiento
no lo sabemos tampoco!
(Vuelve á aparecer en la ventana. Crispino da vueltas constantemente alrededor de la Zurda arreglándola el mantón, quitándole las motitas de encima, etc., etc.; el tío Aplasta le contempla sonriendo.)
¡Crispino! Me mortifica
verle así. ¡Siéntese usté!
CRIS. ¡Por aquí suelto andaré
al cuidado de la chica... (Murmullos.)
ANTON. Como usté guste. ¡Á empezar!
Yo, como administrador
legítimo...
(Murmullos fuertes y prolongados en todas partes.)
¡Otro rumor!...
¿Van ustedes á callar?...
Soy Alcalde, y no permito
CIR. ¡Muy bien!
ZURDA. ¡Qué rudo se ha vuelto!
APLASTA. Al grano, al grano.
ANTON. ¡He resuelto
que se case el señorito!
(Crispino sacude con el pañuelo los zapatos de la Zurda. Murmullos.)
VIDAL. ¡Presento una candidata!
(Señalando á Circunsición.)
(Aprobación en el ángulo derecha. Desaprobación en la izquierda.)
DOM. Hágame usted el favor. (Al Alcalde.)
¡Yo presento otra mejor! (La Zurda.)
(Los murmullos al revés que antes.)
CIR. ¡Uy! ¡La Zurda!
ZURDA. ¡La beata! (Murmullos.)
ANTON. ¡Silencio!
VIDAL. ¡Bien!

DOM. ¡Vive Dios!
MOR. ¡Esta es bonita!
VIDAL. ¡Esta es casta!
APLASTA. ¡Chis! ¡Conste que el tío Aplasta
(Levantándose.)
vota en contra de las dos!
¡El amo está bien soltero
y así nuestra dicha labra!
ANTON. ¡No tiene usted la palabra
y hay que discutir primero!
(Vidal y el grupo del fondo derecha aplauden.)
VIDAL. ¡Yo á la niña presenté:
si la rechaza algún tonto,
á defenderla estoy pronto
per accidens, é per se!
CAST. Eso de tonto, ¿es un mote?
¡Pido la palabra!
MOR. ¡Y yo!
DOM. (Bajo á Moretones.)
(¿Voy por la escopeta?)
MOR. (Asustado.) (¡Oh, no!)
ANTON. ¡Hable el señor Castellote!
(Castellote se levanta; murmullos. En seguida, con un chis prolongado, se restablece el silencio. El tío Manuel cierra con furia la ventana y se retira.)
CAST. El organista Vidal,
que cual águila caudal
se eleva hasta el firmamento,
y es músico de talento,
por más que toca muy mal,
sueña con la pretensión
de hacernos aquí tragar
á una tal Circuncisión,
que se trae la intención
de un toro de Colmenar. (Murmullos.)
No espereis de mí un alarde
de erudición empachosa,
estoy cansado esta tarde.
(Reanudando su discurso.)
Circuncisión fué preciosa
en tiempos de Calomarde.

(Vidal toma notas con un lápiz y unas cuartillas de papel.)

Ya era entonces mojigata
y amaba con fanatismo
la religión, y la plata,
y era ignorante, y beata,
y hoy sigue siendo lo mismo.
¡Ah, señores! ¡Triste día,
si esa unión nefasta, impía,
se realizase!

VIDAL. (Levantándose iracundo.)
¿Por qué?

ANTON. ¡Silencio! No tiene usté
la palabra todavía. (Muy amable.)

(Vidal hace pedazos las cuartillas que tiene en la mano, y se sienta.)

CAST. Si Circuncisión casara,
permitid que no lo crea,
y por un azar llegara
á ser algo en esta aldea,
la Mancha se avergonzara.
¡No digais que sois creyentes
los que aquí patrocinais
á esa mujer! ¡Inocentes!
¿Acaso no recordais
lo que hicieron sus parientes?
Aferrado á mi creencia
sigo de mi gloria en pos,
y os doy mi benevolencia,
sirviendo así á mi conciencia,
á mi patria, y á mi Dios.

(Aplausos prolongados en la izquierda. El tío Aplasta le abraza. Murmullos derecha. Moretones y Crispino, estrechan su mano cariñosamente. La Zurda le da un caramelo.)

APLASTA. ¡Bien su bandera sostiene!
CRIS. ¡Incomparable!
MOR. ¡Qué artista!
ZURDA. (Ofreciéndole un caramelo.)
¡Es de menta!
CAST. ¡Me conviene!
ANTON. ¡Silencio, señores! Tiene

la palabra el organista.

VIDAL. (Levantándose con ímpetu y hablando con vertiginosa rapidez.)
Señores, cumpliendo
penoso deber,
levanto mi acento
repleto de fé
y airado protesto
con santo interés
contra esas palabras
que absorto escuché.
¿Qué hicisteis vosotros:
con tanto saber,
por ese poblacho
que está en la escasez?
Groseras calumnias
escucho á granel
contra una inocente
y hermosa mujer,
que puede ser, iris
de paz y de bien.
En vez de insultarla,
cual hecho lo habeis,
y hacer propagandas
por otra mujer,
aquí, donde impunes
se pueden hacer,
más digno sería,
y más noble es,
coger la escopeta
con ruda altivez,
y andar por los montes
á tiros...

ANTON. (Levantándose.) ¡Luzbel!

CAST. ¡Protesto! (Se levanta.)

MOR. ¡Protesto! (Id.)

DOM. ¡Fuera!

TOM. (Riendo y sentado.) ¡Jé, jé, jé!
(Gran ruido y tumultos.)

ANTON. ¡Al orden!

VIDAL. No quiero.

ANTON. ¡Que se calle usté!

vantarse.)

APLASTA. Será verdad; pero, amigo.
maldito si lo parece!

ANTON. ¡Prosigo! ¡Circuncisión
no se casará quizás;
pero la Zurda, jamás
cuente con mi protección!
(Alboroto, ¡ruido, voces, todo el mundo se pone de pie.)

ZURDA. En otros tiempos decía...

ANTON. Era un plan preconcebido...

MOR. Pepe, nos hemos caido... (Á Pepe Domingo.)

DOM. ¡Jamás!

CIR. (Abrazando á Vidal.) ¡La victoria es mía!

DOM. (Poniéndose de pie en la silla)
¡Protesto!

CAST. (Id., id.) ¡Aquí hay coacción!

ANTON. ¡No alborotarse, amiguito,
ya le he escrito al señorito,
y espero contestación!
(Entra corriendo un mozo con un pliego en la mano.)

ESCENA VI.

DICHOS y el MOZO.

MOZO. Este parte, que es urgente,
para el alcalde. (Se lo da.)

ALC. (Abriéndole.) Del amo...

DOM. ¿Á ver?

APLASTA. ¿Qué dice?

ANTON. ¡Reclamo
vuestra atención!

VIDAL. (Con acento compasivo.) (¡Pobre gente!)

ANTON. (Leyendo.)
«Mancha.—Villa-frita.—Alcalde.—
»Me ha escrito usté una tontuna;
»celebra sesión en balde.
»No me caso con ninguna.»

(Tirando el telegrama sobre la mesa.)
¡Soberbia resolución!

TOM. ¡Con qué franqueza la espeta!

APLASTA. (Frotándose las manos.)
¡Tendré la administración!

VIDAL. (Á Circuncisión.)
¡Habrá que hacer la maleta!

ANTON. Se levanta la sesión. (Con rabia.)

(En este instante estalla la furia del público; todos están de pie; los de la derecha, con los suyos, á la derecha, con Antón, Vidal, Tomillo y Circuncisión. En la izquierda La Zurda con los suyos, Moretones, Crispino, Domingo. En el centro, y procurando contener á entrambos bandos, el tío Aplasta y Castellote.)

MÚSICA.

ZURDA. ¡La cosa de este modo
no puede terminar;
á esa necia beata
la quiero yo arañar!

MORETONES, CRISPINO, DOMINGO y CORO. (Izquierda.)
¡La cosa de este modo
no puede terminar;
á esos necios beatos
debemos castigar!

CIRCUNCISION. ¡Salvadme, hermanos míos,
salvadme por piedad;
la Zurda es una fiera
que me quiere arañar!

VIDAL y CORO. (Derecha.)
¡No temas, vida mía,
te puédan arañar!
¡Nosotros desde antaño
sabemos pelear!

APLASTA y CASTELLOTE.
¡Haya paz, haya paz, caballeros.
haya paz, haya paz!

(El tio Manuel contempla esta escena desde su ventana y se rie.)

ZURDA. ¡Si te echo la mano
te arranco la piel!

CIRCUNCISION. ¡Veremos si puedes,
mujer de Luzbel!

CORO. (Izquierda.)
¡Si le echo la mano
le arranca la piel!

VIDAL y CORO. (Derecha.)
¡Salvadla, hijos míos,
del fiero tropel!

(Se mezclan ya para venir á las manos.)

EL TIO MANUEL desde la ventana y dando una gran voz.
¡Caballeros! ¡Muchas gracias!

(Todos se vuelven con terror.)

ZURDA y CORO. (Izquierda.) ¡Es Manuel!

CIR. y CORO. (Derecha.) ¡Es Manuel!

APLASTA y CASTELLOTE. ¡Es Manuel!

TODOS. (Muy piano, y con acento de horror.)
¡Es Manuel!

(Éste cierra la ventana y desaparece.)

ESCENA ULTIMA.

TODOS, menos MANUEL.

Se confunden en estrecho abrazo. Vidal abraza á Morotones; Pepe Domingo, al tio Antón; Tomillo, á Crispino; Aplasta, á Castellote; la Zurda, á Circuncisión, y el coro de derecha é izquierda, todos por parejas también cogidos del brazo, van desfilando de puntillas, dando la vuelta por completo al escenario, hasta que desaparecen, y cae el telón.)

TODOS. ¡Chitón, chitón, chitón!
Aquí no hay que jugar...
Tengamos mucha unión
y no hay que regañar,
porque ese puede dar
alguna desazón.

¡Chitón, chitón chitón,
y no hay que regañar,
porque ese puede dar
alguna desazón!
(Con la última palabra de la estrofa cae el telon.)

FIN.

EL BARÓMETRO.

EL BARÓMETRO,

COMEDIA EN UN ACTO ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. C. V.

Estrenada con extraordinario aplauso en el Teatro Español, la noche del 28 de Setiembre de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA.....	Doña Josefa Hijosa.
VICTORINA, doncella de la Condesa.....	Doña Concepcion Alvarez.
UN DESCONOCIDO.....	Don Emilio Mario.
ANSELMO, criado.....	Don José Alisedo.

La escena en una quinta en las inmediaciones de Sevilla.
Época contemporánea.

Esta obra es propiedad del traductor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon pequeño adornado con mucha elegancia. En el fondo una chimenea y sobre ella un espejo grande. Á la derecha de la chimenea un piano, y á la izquierda un barómetro grande colgado de la pared. Puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones interiores, y otra á la derecha que da al exterior del edificio. Ventana grande á la izquierda, y delante de ella un velador en el que se ven recado de escribir, libros y álbums.—Un sofá y dos butacas á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA.

Se oye llover con fuerza. El ruido del agua irá poco á poco disminuyendo, despues de las primeras palabras de la Condesa, que dice con desesperacion.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Esto es insoportable! Hace tres meses y medio que llegué á esta quinta, y ni un sólo dia ha dejado de llover. Yo no tengo resignacion para sufrir este tiempo, que me aburre, y me fastidia, y me desespera y me mata. Vamos á ver si el barómetro me da alguna esperanza. (Se dirige á él.) ¡Nada! Ayer marcaba lluvia y hoy indica tempestad. ¡Esto es horroroso!

Pues bien, voy á acabar de una vez con el cómplice de esta lluvia eterna. (Descuelga el barómetro y lo arroja al suelo haciéndole pedazos con estrépito.) Ya no me mortificará más con sus presagios. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

ANSELMO, VICTORINA.

Anselmo entra precipitadamente por la izquierda. Victorina por la derecha con un periódico en la mano.

VICT. ¿Qué ruido es este? ¡Jesús! El barómetro hecho añicos.

ANS. ¡Qué lástima! Despues que le costó mil quinientos reales al señor conde, ha tenido el pobre chisme un fin muy desgraciado. Todavía me acuerdo de la tarde que fuí con el amo á la tienda del óptico de la calle de la Montera, y despues de revolver...

VICT. Vamos, no empiece usted ya con los discursos de siempre, y recoja usted esos pedazos ántes que vuelva la señora.

ANS. (Á Victorina, que lee.) Mejor seria que usted me ayudara para acabar más pronto. ¿No oye usted? ¡Y se hace la sorda! ¡Y sigue leyendo sin hacer caso! ¿Trae alguna noticia interesante ese periódico?

VICT. Muy interesante. Han preso á Vargas.

ANS. ¡Eso es imposible, imposible!

VICT. ¿Imposible? Oiga usted. (Lee.) «Al fin se ha conseguido »capturar al célebre bandido, que por espacio de un »año ha sido el azote de los pueblos de Andalucía.»

ANS. ¿Y dónde han atrapado á ese tunante?

VICT. En Mairena.

ANS. ¡Caramba! Y qué cerca estaba de nosotros.

VICT. Á media legua de esta casa. No he acabado de leer todavía. Oiga usted. «Vargas es un hombre muy origi- »nal, y podemos dar algunos pormenores de su perso- »na. Su mirada es terrible, pero llena de inteligencia;

»su boca perfecta, aunque contraida por una sonris »irónica; de frente sombría, adornada de una magnífica »cabellera negra. Con los hombres es implacable, pero »tan galante con las señoras que jamás las despoja de »sus sortijas sin besar caballerosamente la mano.» Como que es hijo de una buena familia, segun dicen.

ANS. ¡Ya! Y le ha quedado esa costumbre de cuando gastaba levita.

VICT. ¿Qué culpa tenia esta pobre máquina en anunciar hace tres meses lo que luégo ha sucedido? ***Lluvia, mucha lluvia*** y tempestad?

ANS. Sin embargo, yo disculpo en particular á la señora Condesa, y comprendo bien que se haya encolerizado. Vino al campo para respirar el aire libre, para pasearse, para visitar las casas de las inmediaciones, y no ha podido salir ni un solo dia en tanto tiempo. ¡Es tan hermosa esta quinta! ¿No le dice á usted nada el campo?

VICT. ¿Á mí? Absolutamente nada.

ANS. ¿Y los árboles?

VICT. Tampoco me dicen nada, y mucho ménos si son alcornoques.

ANS. ¿Y el cielo?

VICT. ¿Quizás no hay cielo en Madrid lo mismo que este?

ANS. Sí, pero este es más hermoso. ¿No ha leido usted en este tomo de poesías unos versos muy bonitos, que hablan de las delicias del campo? ¡Oiga usted! (Lee en tono acompasado en un libro que toma de la mesa.)

«Las rosas sobre el tallo se levantan
»coronadas de gotas de rocío,
»las avecillas revolando cantan
»al blando son del murmurar del rio.
»Chispas de luz...»

VICT. (Interrumpiéndole.) ¡Chispas! Esas son las que yo estoy echando por no verme en Madrid.

ANS. (Esta criatura no entiende de versos.) Pues bien, le diré á usted, en prosa, que la familia del marqués de la Peña, que es bastante crecidita por cierto, llega hoy

á medio dia, y que su presencia y el barullo de tanta gente calmarán los nervios de la señora Condesa.

VICT. Aquí viene; silencio.

ESCENA III.

La CONDESA, ANSELMO y VICTORINA.

La Condesa entra sin verlos, y dice con tono de mal humor.

COND. Mayo, lluvia; Junio, lluvia; Julio, grandes lluvias, y Agosto, tempestades. (Se vuelve de repente y ve á sus criados.) ¿Qué haceis aquí?

ANS. Señora, estábamos recogiendo los restos mortales del barómetro que fué. (Sale por la derecha. Victorina va á seguirle, pero la detiene la Condesa, que se sienta junto á la mesa.)

COND. ¿Qué papel es ese que tienes en la mano?

VICT. Es un periódico de Sevilla, con una noticia que de seguro la agradará.

COND. ¿Qué noticia?

VICT. La de que el famoso bandido Vargas ha sido preso al fin.

COND. ¡Oh! Cuánto me alegro. Te aseguro que su recuerdo me ha hecho pasar noches terribles. Todavía le veo en mis sueños.

VICT. Y además dice el periódico que desde Sevilla lo llevarán á Madrid con una cadena de hierro muy gruesa para que no se escape.

COND. No tendria yo necesidad de cadena para que me llevaran allí.

VICT. (Está lo mismo que ayer. Sigue la tempestad por dentro y por fuera de esta casa.) (Sale por la izquierda.)

ESCENA IV.

La CONDESA, sola. Sin dejar su asiento mira á la campiña á través de los cristales de las ventanas.

Nada, no escampa. Esto es peor que el diluvio univer-

sal, que no duró más que cuarenta dias, y ahora hace ciento que llueve sin descanso en este país que dicen es un rincon del cielo; ¡me gusta el tal rinconcito! Y yo que creia reunir aquí una tertulia de más de treinta personas, me veo sola, completamente sola. Lo único que me consuela, es que hoy llegará la familia del marqués de la Peña, que es numerosa y de excelente humor sobre todo, especialmente la buena marquesa, que me ha pedido permiso para traer á su sobrino Cárlos, con quien tiene el proyecto de casarme. Difícil me parece que lo consiga. He sido tan dichosa en mi matrimonio, que la segunda prueba no será nunca como la primera. (Suenan las doce.) ¡Las doce! Ya debe estar el tren de Sevilla en la estacion inmediata. ¡Si no hubiese llegado! No quiero pensarlo. ¿Si pasaré todavía un mes en esta soledad? ¡Imposible! Prefiero morirme. (Tira del cordon de la campanilla.)

ESCENA V.

La CONDESA, ANSELMO.

COND. ¿Ha llegado el tren de Sevilla?

ANS. No, señora Condesa, las aguas han destrozado la vía, y por un milagro han podido salvarse los viajeros. No se sabe cuándo podrá estár expedito el camino.

COND. Haz que enganchen en seguida.

ANS. ¿Pero qué piensa usted hacer, señora?

COND. Irme con Victorina y contigo á Sevilla, aunque sea nadando, y desde allí á Madrid.

ANS. ¿Á Madrid á nado?

COND. Sí, á Madrid; ¿y eso te espanta? Vamos, ¿qué esperas? Corre.

ANS. Pero, señora, si no se puede dar un paso, ni á pie ni en coche, por la campiña, y ademas la casa de Madrid está en obra, aprovechando el verano, y luégo tienen que arreglarla los pintores y los tapiceros. De modo

que hasta dentro de un mes lo ménos...

COND. Tienes razon, vete, vete, no quiero ver á nadie. (Váse Anselmo.)

ESCENA VI.

La CONDESA.

Es decir, que me veo obligada á permanecer aquí como un prisionero. Dicen que los prisioneros se resignan: ¡me resignaré! Voy á leer. (Toma un libro y lee.) «El lago.» Jesús, me horroriza todo lo que es agua. (Arroja el libro y se levanta.) ¿En qué me ocuparé, cielo santo? Voy á dibujar. Sí, el dibujo es una gran distraccion, y divierte al mismo tiempo. Copiaré la iglesia de ese pueblo inmediato, y el campanario gótico que tambien se distingue desde aquí. (Toma un álbum y se coloca frente á la ventana en actitud de dibujar; pocos momentos despues se oye llover con furia.) ¡Otro aguacero! Ya no veo ni el campanario, ni la iglesia, ni las casas, ni el horizonte, ni nada. Todo ha desaparecido detrás de esa catarata. (Tira el álbum y los lápices con desesperacion sobre la mesa y se asoma á la ventana.) ¡Qué espectáculo tan horrible! Ni un ser viviente se ve en el camino. Pero, calla, me parece que aquel es un viajero. Sí, no hay duda. Ha ido á ampararse de bajo de un árbol. ¿Por qué no se refugiará en mi casa? ¡Si supiese cómo me fastidio de estar sola! ¡Oh, qué idea! Quizás venga de Madrid. Traerá noticias, y frescas, eso es indudable. (Tira de la campanilla de un modo convulsivo.)

ESCENA VII.

La CONDESA, ANSELMO, que va á la ventana arrastrado por la Condesa. Mucha rapidez.

COND. ¿Ves á un viajero, debajo de aquel árbol tan corpulento?

ANS. Sí, señora.

COND. Corre á él y dile que venga.

ANS. La señora Condesa le conoce sin duda.

COND. Corre te digo. (Váse Anselmo.) ¡Ah! Es atrevido, es temerario lo que acabo de hacer, pero lo primero es vivir, y yo no puedo vivir de esta manera. Sin embargo, abrir las puertas de mi casa á un hombre que no conozco, es más que rareza; es una verdadera locura, es... Victorina! Victorina!

ESCENA VIII.

LA CONDESA, VICTORINA.

La Condesa con mucha agitacion.

COND. Llama en seguida á Anselmo, que venga al momento.

VICT. Es imposible, señora, ya va muy léjos.

COND. No importa, vé á buscarle.

VICT. Pero, señora, ¿cómo voy á hacerlo? (Va á la ventana.) Mire usted, ya vuelve.

COND. (Se dirige á la ventana.) ¿Solo quizás?... ¡Qué miro! Viene con el otro. ¿Qué es lo que he hecho!... ¡Ah!... Ya estoy arrepentida; oigo que suben.

VICT. (¿Quién será?... La señora no está satisfecha con nada. Continúa la tormenta; me voy ántes que empiecen los truenos.) (Váse.)

ESCENA IX.

LA CONDESA, el DESCONOCIDO.

Entra sacudiendo el sombrero y el gaban, que se suponen muy mojados. La Condesa con embarazo.

COND. Caballero... dispense usted si le he hecho entrar casi á la fuerza, pero... pero... (¿Qué le digo á este hombre?) Pero anoche hubo una tempestad horrorosa, el viento soplaba con furor, y como se han roto todos

los cristales de la casa, y el tiempo es tan malo, hay necesidad absoluta de volverlos á poner.

DESC. De modo que usted me ha tomado por un vidriero? (Pues me gusta la ocurrencia!)

COND. Sí, eso es, por un vidriero... (No sé lo que digo.) Ya comprenderá usted que á cierta distancia... creí que... Ahora veo que me he equivocado.

DESC. En efecto; un poco, señora, porque soy militar.

COND. ¡Ah! ¿Conque usted?...

DESC. Siento de todo corazon no ser vidriero en estos momentos.

COND. En verdad, caballero, que estoy confusa y avergonzada de mi error... quisiera darle una satisfaccion completa, y no sé...

DESC. Ninguna reparacion me debe usted, señora. Lo único que le suplico, es que tenga la bondad de prestarme un paraguas, para ir á la estacion, y en ese caso, yo seré el que la dé un millon de gracias.

COND. (Contrariada.) (Acaba de entrar, y ya piensa irse.) ¡Cómo! ¿No esperará usted siquiera que pase este aguacero? Es imposible transitar por esos caminos llenos de barro.

DESC. Cuando se han pasado cuatro meses en los campos de África, el andar media hora sobre la tierra un poco húmeda de Andalucía, es bien poca cosa. Por tanto, si tuviera usted la bondad de prestarme un paraguas...

COND. (Este hombre se me va de entre las manos. No, pues no le dejaré marchar.) ¡Ah! ¿Conque usted ha estado en África? ¡Brillante campaña!

DESC. Un poquito penosa.

COND. ¿Usted sirvió en infantería? Es un arma que me gusta mucho.

DESC. No señora.

COND. Entónces seria en caballería. Todavía me gusta más.

DESC. He servido en ingenieros, señora.

COND. ¡En ingenieros! Á mí me agradan infinito los ingenieros.

DESC. Señora, tendria usted la bondad de mandar que me trajesen un paraguas?

COND. (Vuelta al tema del paraguas. Este hombre es insufrible.) De modo que ha tenido usted la gloria de encontrarse en la famosa batalla de que tanto se habló...

DESC. ¿En la batalla del cuatro de febrero, ó en la de Vad-Ras?

COND. Eso es, en la de Vad-Ras.

DESC. Sí señora; he tenido esa honra.—Aunque el paraguas sea malo, no importa.

COND. (¿Cómo detenerlo?) ¡Anselmo! ¡Anselmo! (Anselmo aparece por la derecha.) Ya que este caballero quiere absolutamente ponerse en camino, ve á buscar un paraguas, y tráelo al instante. (Bajo á Anselmo.) Que no haya ni un solo paraguas en la casa, ¿entiendes? (Anselmo saluda y sale. Desconocido, rehusa el asiento que le ofrece la Condesa.)

DESC. Señora, tengo prisa por marcharme, y agradezco la invitacion de usted. Me esperan algunos amigos en la estacion, y ademas, prolongando mi presencia en esta casa, temo ser indiscreto, cuando no me es posible ni aun componer los cristales que se han roto.

COND. (Desentendiéndose.) Puede usted estar tranquilo, porque el tren no sale hasta dentro de tres horas. Conque decia usted que en África...

DESC. (¡Dale con África! ¿Si será viuda de algun oficial? Y es guapa esta mujer.)

COND. ¿Y fué usted herido en campaña?

DESC. Sí, señora, dos veces, y muy gravemente por cierto, mientras tratábamos de establecer una paralela.

COND. (Con alegría.) ¿Conque usted ha tratado de establecer una paralela?

DESC. (¡Vaya una señora original! ¿Qué le habrá dado ahora?)

COND. No sabe usted lo que yo he deseado siempre saber lo que es una paralela.

DESC. Voy á satisfacer entónces la curiosidad de usted mientras traen el paraguas.

COND. Pero siéntese usted, yo se lo ruego. (Le acerca una butaca.)

DESC. (Esta mujer es sublime.)

COND. (Creo que se va á sentar al fin. Esto es lo principal. Ya se acerca á la butaca, ya se ha sentado... ¡gracias á Dios!)

DESC. (En tono magistral.) La paralela, señora, consiste en una línea de ataque y de defensa trazada sobre el terreno que ocupan los sitiadores, con objeto de avanzar por zanjas ó caminos cubiertos hácia la plaza ó el punto sitiado.

COND. Comprendo parfectamente.

DESC. Esas zanjas se construyen en tres líneas unidas entre sí, por otras en forma de zigs, zags. La profundidad de cada zanja es la de un metro y su longitud varía desde uno hasta tres metros próximamente. Hay seis modos de construirlas: de zapa sencilla, de zapa volante, llena, medio llena, doble y semidoble. ¿Comprende usted?

COND. ¡Vaya si comprendo! Es muy interesante todo eso. Decia usted que hay cincuenta y seis maneras de construir las zanjas...

DESC. ¡Cincuenta y seis! ¡Ave-María Purísima! Seis, señora, seis.

COND. (Confusa.) Es verdad, perdone usted, me he equivocado. Como nosotras no tenemos obligacion de saber esos trabajos de zapa...

DESC. ¡Pues ya lo creo! (Sonriendo.) ¡Como que los hacemos nosotros!... Vamos ahora á definir claramente lo que es zapa sencilla.

COND. Vamos á ver...

DESC. Se llama zapa sencilla...

ESCENA X.

DICHOS, ANSELMO, que trae un objeto muy abultado en una funda de hule.

ANS. Señora, he revuelto toda la casa y no he podido encontrar más que esto.

COND. (Contrariada.) (¡Torpe! Y yo que le habia dicho...) (Anselmo saca de la funda el armazon de un paraguas viejo y muy grande y le abre. La Condesa y el Desconocido prorumpen en una carcajada.) Ya ve usted, caballero, que no le falta más que la tela. Creimos que haria buen tiempo y no hemos pensado en traer paraguas de Madrid.

ANS. Y ademas, será inútil dentro de pocos minutos. La lluvia ha cesado, y cualquiera diria que el sol va á salir. (La Condesa y el jóvan Desconocido se levantan de repente al oir las palabras de Anselmo. La primera corre hácia la ventana.)

COND. ¿Será posible? ¡Va á salir el sol! ¡Qué alegría! Hará buen tiempo y vendrán los amigos que espero con tanta ansiedad. Anselmo, sube al momento á la azotea y cada cinco minutos baja á decirme cuál es el estado del cielo.

ANS. (Pues señor, vamos arriba á desempeñar las funciones del barómetro que hizo pedazos esta mañana.) (Sale.)

ESCENA XI.

La CONDESA, el DESCONOCIDO.

DESC. Como decíamos, la zapa sencilla...

COND. Caballero... (Y tiene valor de hablarme de zapas cuando va á venir el buen tiempo... Es menester hacerle comprender...) Caballero, usted me permitirá que le diga que es una imprudencia por mi parte detenerle más tiempo y que estoy abusando de su amabilidad.

DESC. Al contrario, señora. (Cada vez me parece más bonita, y yo no me voy sin explicarle la zapa.)

COND. Sé bien lo que es un viaje. Falta el tiempo para todo; los momentos son preciosos.

DESC. Pero no me ha dicho usted hace un momento que tengo tres horas disponibles? Ahora soy yo el que pide á usted el favor de no abandonar tan pronto esta casa.

COND. (De mal humor.) Si es así... caballero...

DESC. (Sentándose.) Vuelvo á mi narracion... la zapa sencilla...

COND. (Se sienta desesperada.) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

DESC. ¿Se pone usted mala?

COND. No, no es nada.

DESC. En la zapa sencilla sólo se emplean gaviones y faginas, que consisten...

COND. (¡Esto es horrible! Esto es la lluvia convertida en hombre: ¡un chaparron dentro de mi cuarto! ¿Cómo haré para que se vaya pronto?

ESCENA XII.

DICHOS, ANSELMO, que llega precipitadamente. Se oye llover con más fuerza que nunca.

ANS. ¡Señora Condesa, señora Condesa!

COND. ¿Qué ocurre?

ANS. El sol que apareció un instante se ha retirado bruscamente. El cielo está cubierto de unos nubarrones negros que asustan... y oiga usted, señora, la lluvia cae á torrentes.

COND. ¡Horrible contrariedad! La marquesa y su familia no podrán venir y voy á continuar sola en este infierno.

ANS. (¡Se ha puesto furiosa! Me voy á escape, porque como ahora soy yo el barómetro, no tendria nada de extraño que hiciera conmigo lo que hizo con mi antecesor.)

ESCENA XIII.

La CONDESA, el DESCONOCIDO.

COND. (La Condesa con dulzura.) Cuando usted guste, mi querido amigo, puede continuar esa deliciosa descripcion de los trabajos de zapa.

DESC. Al momento, señora. (¡Qué cambio tan repentino! Ahora me llama su querido amigo.) Toda vez que usted lo desea, pasaremos á la zapa volante.

COND. Ya escucho. (Y es un buen mozo.)

DESC. La zapa volante se comienza á practicar casi siempre

de noche, y se hace salir de la trinchera un destacamento de trabajadores; cada uno lleva una pala, una espiocha y un fusil.

COND. Una pala, una espiocha y un fusil. (Repitiendo.)

DESC. La zapa llena ya es otra cosa.

COND. Es claro. (Daria algo por saber si es casado.)

DESC. Y no puede ejecutarse sino por zapadores experimentados que sepan colocar bien y hacer uso de los gaviones. Vamos á colocar los zapadores.

COND. (Eso es, vamos á colocar los zapadores.) (Ap. con tristeza.)

DESC. El primer zapador y el segundo trabajan de rodillas, el tercero inclinado, y el cuarto...

ESCENA XIV.

DICHOS, ANSELMO, que entra gritando.

ANS. ¡Victoria! ¡Victoria! El sol ha triunfado de la lluvia, y le cielo, casi despejado, presenta un aspecto magnífico. ¡Victoria, señora, victoria!

COND. Oh! qué alegría! Vé á prepararlo todo, Anselmo, para recibir á mis amigos, que vendrán hoy fijamente en el primer tren.

DESC. Pues señor, no me dejaron colocar mi cuarto zapador.

ESCENA XV.

La CONDESA, el DESCONOCIDO.

COND. Caballero, retener á usted un momento más en esta quinta seria un abuso, una inconveniencia. Debe usted ahora aprovechar el buen tiempo para...

DESC. (¡Otro cambio! Creo adivinar ya el motivo.)

COND. Y ántes de marchar reciba usted un millon de gracias por la paciencia y la amabilidad con que me ha hecho compañía por espacio de una hora. Crea usted que jamás olvidaré su conducta. (Va al espejo de la chimenea y arregla su prendido.)

DESC. (Cuando llovia se empeñaba en retenerme á su lado, y ahora que hace buen tiempo me despide. Es decir que estaba llena de fastidio, que necesitaba de un pasatiempo, de una emocion... y la emocion he sido yo. ¡Bonito papel he desempeñado! Merecia una buena leccion, y no sé de qué medio...)

COND. (Que sigue delante del espejo.) (Al pobrecillo le cuesta trabajo el salir. Es claro, no ha podido colocar el cuarto zapador...)

DESC. Adios, señora Condesa, y gracias por la hospitalidad que he encontrado en su casa de usted.

COND. Y yo ruego á usted, caballero, que olvide la manera especial y violenta que he tenido de hacerle entrar en ella.

DESC. Dichosa violencia, señora, que me ha permitido conocerla. (¿Y no poder besarle las manos, ni llevarme esos ojos tan hermosos!)

COND. Tampoco olvidaré que usted me ha hecho pasar una de las horas más deliciosas que he disfrutado en tres meses. (Este cumplimiento nada importa, y ademas es la pura verdad.)

DESC. (Vamos, un ratito de buena educacion.) Esa hora pasada cerca de usted va á hacer muy largas las que faltan para que salga el tren. Adios, señora. (Se dirige á la puerta.)

COND. ¿Quiere usted seguir mi consejo? (El Desconocido se detiene.) Ese tiempo lo puede usted emplear en visitar los alrededores, que son deliciosos. Ahora no hay peligro ninguno de caer en manos de los bandidos y ser degollado por el famoso Vargas.

DESC. ¿Vargas?

COND. Sí, un bandido que ha sido el terror de este país, y que me ha hecho pasar noches terribles. Sólo con nombrarlo me echo á temblar como una azogada.

DESC. (Con viveza.) (Voy á vengarme de tí.) En efecto, ahora recuerdo que ayer arrestaron á ese célebre bandido y que hoy le he visto en el camino de hierro.

COND. ¡Gracias á Dios que nos vemos libres de ese hombre!

DESC. No tan libres como usted cree.

COND. (Con sobresalto.) ¡Cómo! ¿Pues qué ha sucedido?

DESC. Hombre de una destreza y de una fuerza increibles, ha logrado romper los hierros que le aprisionaban; ha herido á cuatro guardias que le custodiaban y echó á correr por esos campos sin que fuera posible darle alcance.

COND. (Afligida) ¡Eso es horrible! Van á empezar otra vez los robos y los crímenes y yo vuelvo á mis noches de insomnio y de angustia. Dicen que ese hombre es un mónstruo de fealdad.

DESC. Se exagera mucho, señora.

COND. ¿Usted lo conoce? Ahora recuerdo que acaba usted de decir que esta mañana...

DESC. No es tan feo como se asegura. Figúrese usted el color de mis cabellos.

COND. ¿Es posible?

DESC. Frente igual á la mia.

COND. ¿De veras?

DESC. La nariz, la boca y la barba de una semejanza perfecta.

COND. ¡Pero eso es raro! ¿Y su estatura? (Inquieta.)

DESC. Como la mia; ni más alto ni más bajo.

COND. ¿Y qué edad representa?

DESC. La misma que yo.

COND. ¡Dios mio! Empiezo á sospechar... ¿Pero qué hace? (El jóven cierra por dentro todas las puertas y se guarda las llaves en bolsillo.) ¿Qué está usted haciendo, caballero?

DESC. Señora, el famoso bandido que tanto la aterra soy yo; y empezando por donde empiezan los ladrones, voy á desnudarla á usted.

COND. Socor...

DESC. No dé usted un solo grito si quiere usted conservar la vida.

COND. Estoy perdida.

DESC. Usted misma me ha hecho entrar en su casa y por

fuerza.

COND. ¿Qué quiere usted? ¿Dinero? (Temblorosa.) Le daré todo el que me pida.

DESC. (Sonriendo con ironía.) ¿Por quién me toma usted? ¿Por un vidriero al principio y ahora por un cambiante de monedas?

COND. ¿Quiere usted mis alhajas?

DESC. Tengo una cueva llena de diamantes.

COND. ¿Pues qué es lo que quiere usted? Sepamos.

DESC. Casi nada. Ese traje que usted viste, que quiero llevarme como recuerdo y una poca de distraccion.

COND. ¿Distraccion?

DESC. Sí señora, distraccion; yo necesito que me distraigan cuando llueve, porque si no me muero de fastidio.

COND. ¿Y qué es preciso hacer para que usted se distraiga?

DESC. Una cosa muy sencilla, amarme.

COND. (Con espanto.) ¡Amar á usted!

DESC. Eso es lo único que me distraerá.

COND. Pero, caballero... (La Condesa va hácia el fondo y él la sigue por la escena.)

DESC. El amor de usted, el amor de usted ó la vida.

COND. ¡Quién lo creyera! ¡Un hombre que me parecia de modales tan distinguidos!

DESC. Es que yo no soy bandido por instinto, sino por un rapto de amorosa desesperacion.

COND. (Un poco más tranquila.) ¡Es posible!

DESC. Sí, señora Condesa. No he hecho más que vengarme. El amor únicamente es lo que me convirtió en un un hombre criminal.

COND. Debe ser esa una historia romántica y terrible á la vez.

DESC. Sí señora, romántica y terrible.

CONE. Tengo miedo de estar sola con usted, y sin embargo, quisiera saberla.

DESC. Yo adoraba con delirio en mi pais á la hija de un rico labrador. (La Condesa se sienta junto á la mesa y busca con disimulo papel y pluma sin ser vista del Desconocido.)

COND. Que seria hermosa sin duda.

DESC. Hermosa como un ángel de la gloria. Diria que era la más bella de todas las mujeres, si no hubiera tenido la fortuna de conocer á usted.

COND. (Esto es lo que se llama un bandido bien educado. Yo habia oido decir que habia algunos muy finos, pero no en el campo.)

DESC. Nos amábamos con frenesí! Pues bien, señora, aquella niña, á quien yo creia un modelo de pureza, me proporcionó el más cruel de los desengaños: Un dia encontré en su habitacion un sable de caballería. Concebí sospechas...

COND. Pero él... (Escribe casi sin mirar algunas palabras en un pedazo de papel.)

DESC. Estaba allí con ella; y loco, sin sentido, me apoderé del sable del oficial, y con aquella arma atravesé al seductor y á mi infiel amante.

COND. ¡Qué horror! (La Condesa guarda en la faltriquera el papel escrito.)

DESC. Me formaron causa y luégo fuí condenado á presidio... ¿Me hubiera usted condenado, señora?

COND. ¿Yo? Pero esa historia horroriza.

DESC. Me enviaron á Cartagena, donde hice voto primero de recobrar la libertad y luégo hacer la guerra á todo el que vista uniforme. He cumplido mi promesa burlando siempre á la fuerza armada, y esta mañana he logrado escapar de sus manos, y héme aquí dispuesto á continuar la guerra contra la sociedad en general y contra la tropa en particular.

COND. (¡Qué hombre y qué pasiones tan fuertes! ¡Lástima que sea un bandido!)

DESC. ¿No tenia razon en decir á usted que el amor ha sido el orígen de todos mis desórdenes, de todas mis faltas y de mis malas acciones? Y la prueba más irrecusable de ello, si todavía duda usted, es que la pasion que usted me inspira va á hacer que...

COND. (Horrorizada.) Caballero, no será usted tan atrevido. Llamaré á mis criados. ¡Anselmo! (Gritando.)

DESC. Silencio, señora, nada conseguirá usted, porque estoy armado...

COND. ¡Ah! Ya me callo, ya me callo.

ESCENA XVI.

DICHOS, ANSELMO, por fuera, llamando á la puerta de la derecha.

ANS. Señora, señora; ¿llamaba usted?

DESC. Puede usted decir lo que le plazca. Ya sabe usted que estoy armado.

COND. (Con voz conmovida.) Anselmo, ¿ha llegado el tren?

ANS. Sí, señora.

COND. ¿Y la familia que esperaba?

ANS. No ha venido. El tren llegó dos horas más tarde á causa del mal estado de los caminos. La tormenta ha descargado sobre el rio y ha convertido en un lago la campiña.

DESC. (¡Demonio! Yo me marcho. Ademas, voy vengado, y el susto ha sido de primera clase.) Señora, con permiso de usted, me retiro, y ahora estoy seguro que no me detendrá más tiempo á su lado.

ANS. (Siempre desde fuera.) Caballero, si usted piensa marchar debe hacerlo pronto, porque dicen las gentes del país que no se podrá salir de aquí en dos meses á causa del desbordamiento de los rios. (La Condesa, que se ha aproximado todo lo posible á la puerta, finge que se le cae el pañuelo y pasa por la rendija baja el papel donde escribió.)

ESCENA XVII.

LA CONDESA, el DESCONOCIDO.

COND. ¡Dos meses! ¡Dos meses! Caballero, háblemе con franqueza. (¡Oh! Ahora es preciso detenerle á todo trance. No se escapará.)

DESC. Estoy dispuesto á ello.

COND. Usted ha robado y saqueado á los viajeros, ¿no es verdad?

DESC. Si señora. (Á dónde irá á parar?)

COND. Pero sus manos de usted no se han teñido nunca con sangre?

DESC. Sólo una vez, y ya sabe usted con qué motivo.

COND. Es verdad, por celos; ¡no aludo á esa sangre!

DESC. Desde entónces jamás he matado á nadie.

COND. Entónces quédese usted aquí. Prefiero un ladron, al fastidio; un bandido, á la soledad; la compañía de un criminal á la de estas cuatro paredes, despues de tres meses de lluvia. Ya no tardarán.

DESC. Pero, ¿y la reputacion de usted?

COND. Soy viuda.

DESC. ¿Quiere usted dejar de serlo?

COND. (¡Este hombre se ha vuelto loco!) (Óyese ruido de gentes que se aproximan.)

DESC. Pero, ¿qué ruido es ese? (Dan fuertes golpes en la puerta de la derecha. Anselmo desde fuera.)

ANS. Señora, valor, aquí estamos para librarla de ese infame bandido; somos seis hombres y traemos cada uno nuestra escopeta. (Siguen los golpes en la puerta.)

COND. Ese ruido significa que mis criados van á acabar, dentro de pocos momentos con usted, si se atreve á dar un solo paso.

DESC. (Pues me he metido en buen zipizape. No hay más remedio que confesar la verdad y salir de este atolladero.) (La puerta empieza á ceder á los golpes de los criados.) Sepa usted, señora Condesa, que todo ha sido una farsa. Usted me tomó como recurso contra la lluvia y contra el fastidio; yo lo comprendí, y quise darla un susto fingiéndome ese bandido que tanto la aterra.

COND. ¡Cómo!

DESC. (Mucha rapidez.) Sí; pertenezco á una de las familias más nobles de Andalucía, y soy sobrino de la marquesa de la Peña, que hoy debia salir de Sevilla para ir á la quinta de la Condesa de Alvarado, con quien tiene el proyecto de casarme.

COND. Conque usted.... (La puerta cede al fin, cae al suelo con es-

trépito y entra Anselmo con cinco criados, todos armados de escopetas.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ANSELMO, CRIADOS, que se dirigen al Desconocido. Anselmo trata de agarrarle por el cuello. La Condesa se pone delante del Desconocido.

ANS. Date preso, tunante; ahora las vas á pagar todas juntas.

COND. ¡Eh, deteneos! Y tú, Anselmo, respeta la persona de este caballero como si fuese la mia propia.

ANS. ¿Pero entónces, qué significa el papel que me dió usted por debajo de la puertá?

COND. Calla; luégo lo sabrás todo.

DESC. ¿Con que usted dió aviso sin que yo lo notara?

COND. Creo que usted en mi lugar hubiera hecho lo mismo. El lance no ha sido para ménos. Pero despues he procurado enmendar mi error.

DESC. ¡Oh, sí! Mil gracias. Mi nombre es Cárlos Velazquez, y ofrezco á usted mi mano y mi corazon, que sabrá amarla siempre.

ANS. (Me parece que esto va á acabar en tragedia; es decir, en boda.)

COND. ¿Pero y esa señora, con quien desea casarle la marquesa de la Peña?

CARLOS. Renuncio á ella para siempre.

COND. Entónces, caballero, siento no poder dar á usted mi mano, porque usted mismo acaba de negarse á ello.

CARLOS. ¿Yo negarme!... No comprendo...

COND. Está usted en casa de la Condesa de Alvarado.

CARLOS. (Con alegría.) ¿Será posible! ¡Ah! Soy feliz, y voy á obedecer ciegamente las órdenes de mi tia.

ANS. (Caramba, esto va por la posta. Es preciso ponerse bien con este hombre.) Caballero, usted dispense si haco poco me tomé la libertad de poner la mano...

CARLOS. Estás perdonado.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, VICTORINA, que entra apresuradamente.

VICT. ¿Está ya preso?

CNS. (Á Victorina.) Sí, preso, y para toda su vida el infeliz. (La Condesa á los criados, y dando la mano á Cárlos de un modo significativo.)

COND. Retiraos en seguida. (No es cosa de asustar más tiempo, al que viene decidido á casarse. (Salen todos.)

(Al público.) En la pasada lluvia
tendí mis redes,
y pesqué este ingeniero
que ofrezco á ustedes.
Ya importa un bledo,
que el barómetro marque
bueno ó mal tiempo.
Ayer, al verme sola,
aquí moria...
y hoy puede que me estorbe
la compañía.
Sí... yo soy franca,
y con franqueza pido
una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

BATALLA DE AMOR.

BATALLA DE AMOR,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE DON LUIS RIVERA,

MÚSICA

DE DON JOSÉ INZENGA.

Estrenada en el teatro del Circo en Setiembre de 1864.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. LUIS RIVERA.

COMEDIAS.

Las aves de paso.
La profecía.
El honor y el trabajo.
¡Presente, mi general!
El padre de familia.
Al borde del abismo.

ZARZUELAS.

El secreto de una dama.
Los piratas.
El Paraiso en Madrid.
Un viaje al rededor de mi suegro.
Batalla de amor.
Impresiones de viaje.
Julio César (monólogo.)

Todas estas obras son propiedad de su autor, y las administra D. Francisco Rubio.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA.	Sra. Rivas.
LAURA.	Srta. Montañés (Consuelo).
EL CORONEL.	Sr. Obregon.
EL VIZCONDE.	Fernandez (Eugenio).

Siglo XVIII.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 3 de Setiembre de 1864.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

ACTO UNICO.

Sala elegante. Puertas al fondo y laterales. Sillones, veladores, etc.
En el fondo un armario con vestidos de señora.

ESCENA PRIMERA.

VIZCONDE, solo.

MÚSICA.

En vez de libro y cátedra
yo tengo por mejor
venir tierno y solícito
al templo del amor.
Y de un hermoso y lánguido
semblante seductor,
sentir los rayos fúlgidos
brindándome pasion.

—

Mariposa
soy de amor,
salto de una
en otra flor.
Por devota
inclinacion
de las bellas
voy en pos.

Dos conquistas
tengo aquí:
es la una
un serafin;
y la otra
más formal,
de su amor
pruebas me da.

—

Así divido
mi adoracion
entre dos ídolos
que amor formó.
Y es tan fogoso
mi corazon,
que necesita
lo ménos dos.

—

Por eso en vez de cátedra
yo tengo por mejor
leer la alegre página
del libro del amor.
Y de un hermoso y lánguido
semblante seductor,
sentir los rayos fúlgidos
brindándome pasion.

HABLADO.

A Elvira mi pecho admira
por su gracia y su talento,
y cuando la escucho, siento
que me muero por Elvira.
Con ella más decidido
parece que avanzo más;
pero con Laura jamas
he pecado de atrevido.

Elvira con su experiencia
doble arrojo da á mi brio;
mas de Laura, á pesar mio,
me detiene la inocencia.
Héme trocando los frenos
de amor con rudo compás,
ya por un poco de más,
ya por un poco de ménos.
Y pues nada hay que me valga,
la suerte lo ha de marchar;
hoy me voy á declarar
con la primera que salga.
Mariposa soy que donde
hay flores, saltando juega;
mas si nada se le niega
á mi amor, ¡salta, Vizconde!

(El Vizconde hace una pirueta al tiempo que sale Elvira y lo sorprende.)

ESCENA II.

VIZCONDE, ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué es eso; bailando
ya tan de mañana?
VIZC. (Esta es la primera,
¿quién no se declara?
¡Lo he jurado!)—Elvira,
aquí á vuestras plantas
humilde os confieso...
ELVIRA. Alzad.
VIZC. (Me levanta.)
Dejad que rendido
os pinte las ánsias
y dulces recuerdos
que siento en el alma.
ELVIRA. ¿De veras, Vizconde?
(Al fin se declara.)
VIZC. Señora, si un libro
abria en la cátedra
y en él un instante

mis ojos clavaba,
Derecho Romano
decia la página,
pero á vos derecha
mi mente volaba.
Y del catedrático
en la oronda cara
sólo á vos os via,
aérea, fantástica...
y á cualquiera cosa
que me preguntaba,
respondia: «¡Elvira!»
y él ponia raya.
Así tan rayado
mi nombre se halla,
que por vos, señora,
me parezco al mapa.

ELVIRA. Pues tenga cuidado
quien tan alto raya,
que amor tiene rayos
que hieren y matan.

VIZC. Bien claro lo veo
en vuestras miradas,
que á veces me animan
ó bien me acobardan.

ELVIRA. Pues sois estudiante
de amor, estudiadlas.

VIZC. Las sé de memoria.

ELVIRA ¿De memoria?

VIZC. ¡Vaya!
Oid lo que dicen
los ojos que hablan...
los vuestros, que tienen
tal ciencia que pasma:
—Cuando desde léjos
y medio inclinada
miráisme al soslayo,
decís á mi alma:
«Estúdiame, obsérvame,
yo quiero que salgas
hoy sobresaliente».
Pero luégo airada

volveïs esos ojos
donde leo clara
la nota que dice:
«Reprobado, aparta.»

ELVIRA. (Pobrecillo.)

VIZC. Y esta
contínua batalla,
me tiene sin juicio,
señora del alma.

ELVIRA. Paso, que hace poco
frecuentais mi casa
y nunca me hablásteis
con tal confianza.

VIZC. ¿Poco? Hace ocho dias.

ELVIRA. ¡Pues, fecha extremada!

VIZC. Y sin ir más léjos,
ayer contemplaba
los muchos hechizos
que en vos se retratan,
y con voz que el miedo
sin querer embarga,
decia:—¡Qué hermosa,
qué hermosa estais, Laura!

ELVIRA. ¿Eh?

VIZC. (Se me escapó;
si tambien me agrada.)

ELVIRA. ¡El nombre de otra!

VIZC. Y vos sois la causa,
pues Laura aquí vive
y siempre estais «Laura,»
y de vos aprendo
tambien á nombrarla.
Parece que sois
su madre...

ELVIRA. Su hermana.
Laura es bella.

VIZC. ¡Pis!
Es muy niña Laura.

ELVIRA. Diez y seis abriles.

VIZC. Diez y seis... ¡Caramba!
Pues yo no la hacia...
De ella á vos hay tanta

diferencia...

ELVIRA. Sí,
diez años, mañana...

VIZC. ¡Qué casualidad!
Mas en juicio y gracia,
vos me pareceis
su madre...

ELVIRA. Su hermana.

VIZC. ¡Eso! (Se ha enojado,
¿cómo contentarla?
De una en otra flor
mariposa, salta.) (Hace una pirueta.)
¡Elvira!

ELVIRA. Os prohibo
mi nombre.

VIZC. ¡Inhumana!
Si puede enojaros
yo con mis palabras,
ciérreme la boca
esa mano blanca,
y de amor herido
caeré á vuestras plantas

(Se arrodilla y le toma la mano para besarla, cuando sale el Coronel.)

CORONEL. ¡Apunten y fuego!
¡Siga la batalla!

ESCENA III.

DICHOS: CORONEL.

MUSICA.

CORONEL. Por lo visto llego á tiempo,
pues si tardo un poco más
se nos pasa al enemigo
una plaza principal.

ELVIRA. Coronel, no os esperaba
yo tan pronto por acá.

CORONEL. Se conoce.
VIZC. (Este guerrero
debe ser algun rival,)
ELVIRA. Al vizconde de la Torre
os presento.
VIZC. Vuestro soy.
ELVIRA. Coronel de un regimiento
de lanceros.
CORONEL. Servidor.
ELVIRA. Mas decidnos si la guerra
por fortuna terminó.
CORONEL. Hoy la paz debe firmarse.
VIZC. (Pues lo siento como hay Dios.)
CORONEL. Muchos son los que han caido
en el campo del honor.
VIZC. (Pero tú quedas en pié
para darme un sofocon.)
ELVIRA. Y venís corriendo postas...
CORONEL. ¡Oh! Poneos en mi lugar:
dos asuntos de importancia
en la córte he de zanjar:

—

Deseo á Laura
de cerca ver
y mi cariño
mostrarle bien.
Si está tan bella
cual la dejé,
á puro beso
la comeré.
VIZC. (¡Ay qué apetito
tan de cuartel
del campamento
trae el coronel!
Su amor á Laura
nos da á entender,
y puede el nene
su padre ser.)
ELVIRA. De ese cariño
la ardiente sed
podeis muy pronto
satisfacer.

Por este asunto
el coronel
albricias puede
darme tambien.

—

ELVIRA. ¿El otro asunto?...
CORONEL. Vos lo sabeis. (A Elvira con intencion.)
ELVIRA. No lo adivino.
CORONEL. Pensadlo bien.
ELVIRA. Dadme un indicio...
VIZC. Si estorbo yo...
(Va á salir: el Coronel lo detiene.)
CORONEL. No tal: es fácil
la explicacion. (A Elvira.)
Hoy á casarme
vengo con vos.
ELVIRA. ¿Conmigo? (Riéndo.)
CORONEL. ¡Sí!
ELVIRA. ¡Estais de humor!
VIZC. (¡Esto en mis barbas
es un insulto atroz!)

A UN TIEMPO.

CORONEL.

Del rudo campamento
el bélico clamor
traia á mi memoria,
Elvira, vuestro amor.
Por eso yo
ofrezco á vuestras plantas
mi corazon.

ELVIRA.

¡Já, já! que sois chistoso
tratándose de amor;
si así pasa en la guerra
jamas vencereis vos.
Por eso yo
¡já, já! no puede daros
mi corazon.

VIZC. (¡Qué pocos cumplimientos
que gasta el buen señor!
Besar pretende á Laura
y á Elvira habla de amor.
Así haré yo:
no he de quedarme corto
en la ocasion.)

(Acabado el canto, vase el Vizconde por el foro.)

ESCENA IV.

ELVIRA, EL CORONEL.

HABLADO.

CORONEL. ¿Con que ese jóven?...
ELVIRA. ¿Quién? ¿Ese?
¡Un jóven que vale mucho!
CORONEL. Me asombra lo que os escucho.
¡Un casquivano, aunque os pese!
¿Y os pretende?...
ELVIRA. Con empeño.
CORONEL. Pues se quedará á la luna...
Hoy va á hacerme la fortuna
de vuestra belleza dueño.
ELVIRA. ¿A vos?... Dejad que me ria.
CORONEL. ¡Oh! Yo sabré darme trazas...
ELVIRA. Pues ¿y aquellas calabazas,
no curan vuestra manía?
CORONEL. Reid cuanto os dé la gana;
porque yo, firme y constante,
continuaré más amante
cuanto vos más inhumana.
Hoy mismo espero que aplaque
vuestro rigor porfiado:
para ello traigo estudiado,
señora, mi plan de ataque.
ELVIRA. ¿Podré saberlo?
CORONEL. ¡Pues no!
Sentaos y os lo diré.
Yo juego limpio. (Se sientan.)
ELVIRA. Ya sé.
Proseguid.
CORONEL. Elvira, yo,
que soy un hombre de prosa,
mejor para el campamento
que para tomar asiento
en el salon de una hermosa,
en vos amé, no sé qué,
porque en vos nada hay que asombre,

amé... lo que todo hombre
ama sin saber por qué.

ELVIRA Sois muy galante.

CORONEL. En buen hora.

ELVIRA. ¿Habeis estudiado bien
el desden con el desden
para vencerme?

CORONEL. Señora,
juego con baraja vista,
y hablo cuanto se me alcanza
porque abrigo la esperanza
de hacer hoy vuestra conquista.
Cuatro meses hace ya
que á la guerra me partí,
despues de negarme un sí
la que escuchándome está.
Sin su madre dejó el cielo
á una hija que yo tenia;
quedó en vuestra compañía:
es Laura. ¡Por verla anhelo!

ELVIRA. Pronto vendrá: es un tesoro
que me hace pasar las horas
más dulces y encantadoras
de mi vida. ¡Yo la adoro!

CORONEL. Con ese cariño gana
algo para sí ya el padre.
Vos la amais como una madre...

ELVIRA. Coronel, como una hermana.

CORONEL. Es igual.—«No hay que alterarse,
dije, juntas vivirán,
y tanto al fin se querrán,
que no querrán separarse.
Yo iré á verla de contino;
si no está la esperaré;
á Elvira en tanto veré;
y ésta me allana el camino.»
Con que mirad en campaña
á quien ya de ella volvió;
allí la fuerza venció,
aquí vencerá la maña.

ELVIRA. En casarme no he pensado,
mas si me tienta el demonio...

De mi primer matrimonio
satisfecha no he quedado.
Soy viuda, y si otra vez
pecara, sábelo Dios,
que no os eligiera á vos,
cuando acecha mi viudez
más de un jóven...

CORONEL. No me importa.

ELVIRA. Pero no estoy todavía
resuelta.

CORONEL. Habeis de ser mia
á la larga ó á corta.

ELVIRA. ¿Es decir que os empeñais
en perseguirme?

CORONEL. Me empeño.

ELVIRA. ¿Aspirais?

CORONEL. A ser el dueño
de vuestra mano.

ELVIRA. ¡Soñais!

CORONEL. Feliz os hará en verdad
este amor que os pone asedio.

ELVIRA. ¿De veras? Es el remedio
peor que la enfermedad.

CORONEL. Luégo veremos...

ELVIRA. (Se levanta.) Ya basta
de broma. Sois, Coronel,
muy presumido.

CORONEL. Y muy fiel.

ELVIRA. Muy fátuo.

CORONEL. Viene de casta.

ELVIRA. ¡Y me hareis desesperar!

CORONEL. Eso deseo.

ELVIRA. ¿Es decir?...

CORONEL. Yo siempre os hice reir,
y hasta que os haga llorar
no alcanzaré la victoria.

ELVIRA. ¿Y si hay ya quien con su acento
causa en mí ese sentimiento?

CORONEL. Como he de lograr tal gloria,
le venceré, y al salir
airoso, yo en su lugar
á vos os haré llorar

cuando él os haga reir.
Tened, señora, por cierto,
aunque os sorprenda, este artículo:
—amante que está en ridículo
y hace reir, hombre muerto.

ELVIRA. No extrañareis que me asombre
vuestra audacia. ¿No os mirais
al espejo? ¿Y qué pensais
de vos?

CORONEL. Que soy todo un hombre.
Ni soy sabio, ni bolonio,
ni hermoso, ni contracho,
y tal como Dios me ha hecho
sirvo para el matrimonio.
Estoy gordo y estoy sano,
con mis cuarenta á la cola,
¡y siete de viudez!

ELVIRA. ¡Hola!

CORONEL. ¡Digo, seré buen cristiano!

ELVIRA. Siento que os empeñeis vos
en que por segunda vez
desaire vuestra viudez...
¡perdone, hermano, por Dios!

CORONEL. Bueno, veremos más tarde...

ELVIRA. Sabed, pues yo lo publico,
que el Vizconde es jóven, rico,
y en llama de amores arde.

CORONEL. Eso corre á mi cuidado.

ELVIRA. ¿Intentais acaso un duelo?

CORONEL. Elvira, más bien anhelo
traerle aquí, á vuestro lado.
Que tengais á troche y moche,
de buena ó de mala gana,
Vizconde por la mañana,
por la tarde y por la nóche.
Que el Vizconde sea á quien
siempre os encontreis, señora,
y al dar el reloj la hora
suene á Vizconde tambien.

ELVIRA. ¿Y pretendeis que le deje?

CORONEL. Y que á mí me prefirais.

ELVIRA. ¿Y con ese plan contais?

CORONEL. No hay miedo que de él me aleje.
ELVIRA. ¿Y qué plazo os acomoda?
CORONEL. Un dia me ha de bastar.
ELVIRA. ¿Y cómo se ha de probar?
CORONEL. Haciéndose nuestra boda.
ELVIRA. Me da pena vuestro amor;
segura estoy de vencer.
CORONEL. Si estais segura, es querer
que abrevie el plazo.
ELVIRA. Mejor.
CORONEL. Hoy mismo será la lid;
si venzo, sereis mi esposa;
si no, con alma afanosa
me destierro de Madrid.
Señal de mi triunfo fiel
dareis vos si á mi partida,
me decís arrepentida:
—«¡Deteneos, Coronel!»
ELVIRA. Con que si os digo al marchar:
«¡Deteneos!...»
CORONEL. Es que perdeis,
ganándome á mí, ¿entendeis?
ELVIRA. Pues yo no os quiero ganar.
CORONEL. Mas si tal es vuestra estrella...
LAURA. (Dentro.)
(¡Mi padre! ¡Corro á porfía!)
ELVIRA. Vuestra hija.
CORONEL. ¡Laura mia!
ELVIRA. Os dejo solo con ella. (Vase.)

ESCENA V.

LAURA, CORONEL.

LAURA. ¡Padre mio!
CORONEL. Ven aquí,
á mis brazos.
LAURA. ¡Qué contenta
estoy!
CORONEL. Y yo. Ven y te sienta

á mi lado. Cerca, así.

(Se sientan.)

¡Caramba, cómo has crecido!
Estás hecha una mujer.

LAURA. Diez y seis cumplí ya...

CORONEL. ¡A ver!

LAURA. Y en algo se han invertido.
Vos os habreis distinguido
en la guerra.

CORONEL. ¡Pifs! Tal cual.
Dí la carga más cabal
que en la campaña se ha dado:
por ella, Laura, he logrado
la banda de general.

(Se levantan.)

LAURA. ¡Ay, qué gusto! Ya os contemplo
general... ¿Quién os iguala?
Y yo seré generala
ó poco ménos. ¡Qué ejemplo
de honor! De la gloria al templo
subís con noble ambicion:
de besos dará un millon
á esa frente vencedora
vuestra hija, que os adora
con todo su corazon.

CORONEL. ¡Cuánto me halaga esta gloria
que ha de reflejarse en tí!

LAURA. ¿Y os han herido ¡ay de mí!
al alcanzar la victoria?

CORONEL. ¿Herido? No hago memoria;
sólo un rasguño saqué,
y bien que milagro fué,
pues nos vimos en aprieto.

LAURA. Contádmelo, y os prometo
que nunca lo olvidaré.

CORONEL. Oye: con mi regimiento
bajé yo á ocupar el llano,
puesta la irritada mano
en la lanza, al golpe atento.
Cruje el hierro, brama el viento,
la voz del cañon retumba,
sobre un cuadro se derrumba

mi escuadron rompiendo hileras,
y al primer choque cien fieras
encuentran gloriosa tumba.
Mas los que detras venian
doblan el empuje fuerte,
y los que no hallan la muerte
mi voz de trueno seguian.
Furiosos se revolvian,
mas con tan terrible saña,
que sembrada la campaña
de cadáveres quedó;
y sobre ellos, firme yo
gritando allí: ¡viva España!

LAURA. ¡Callad, que me da tal pena!...
Padre, pudiste morir.

CORONEL. Mas Dios me dejó vivir
para tí, que eres tan buena.
Hoy no te quiero negar
ningun gusto como es justo.
Pide á tu antojo.

LAURA. (Transicion.) ¡Ay, qué gusto!
¿Con que me vais á casar?

CORONEL. ¡Niña, niña! ¡Ay, qué exceso!

LAURA. ¿Soy en pedir extremada?

CORONEL. ¿Sin ponerte colorada
pides marido? ¿Qué es eso?

LAURA. Perdon, padre, no pensé
enojaros por mi vida.
Para otra vez que lo pida,
colorada me pondré.

CORONEL. (¡Qué inocente!) Yo creí
que una muñeca querias,
y me pides gollerías.
¿Tienes novio?

LAURA. Creo que sí.

CORONEL. ¡Los hombres son malos!

LAURA. ¡Padre!

CORONEL. Con que pide otro regalo.

LAURA. ¿Pues cómo, siendo vos malo,
se casó con vos mi madre?

CORONEL. Tu madre, que en gloria esté,
negó su consentimiento;

pero yo, airado y violento,
por casarme, la robé.

LAURA. Ya sé cómo debo obrar,
que el hombre es malo.

CORONEL. Mejor.

LAURA. Negaré á todos mi amor,
y me dejaré robar.

CORONEL. En lo que dices repara.

LAURA. ¿Puede tener más prudencia?

CORONEL. ¡Ay, hija, tanta inocencia
puede costarnos muy cara!
(¿Cómo Elvira, ¡esta es más negra!
mi mano aceptar querrá,
cuando ésta pretende ya
hacerla, no madre, suegra?)
Pero hablemos en razon,
más vale en tiempo oportuno...
Dime: ¿sientes por alguno
amorosa inclinacion?

LAURA. Vos mismo vais á juzgar.
Hay uno á quien yo deseo
ver siempre, y cuando le veo
no le quisiera mirar.
Si está muy cerca de mí,
vuelvo el semblante á otro lado;
mas con impulso doblado
me dice el alma: ¡Está ahí!
Y si cesan mis enojos,
vuelven luégo á aparecer,
que á un tiempo pena y placer
siento al encontrar sus ojos.
El jamas rompe la valla,
aunque viene á vernos mucho;
yo tiemblo cuando le escucho,
y él, si me escucha, se calla.
Con Elvira siempre aquí
habla mucho, y yo le alabo;
pues en tanto, por el rabo
del ojo, me mira á mí.
Por más que evitarlo intento,
si se marcha de improviso,
detras de él, sin mi permiso,

se me escapa el pensamiento.
Y aunque de su vista huya,
le llevo en mi fantasía;
parece que el alma mia
es la mitad de la suya.

CORONEL. Dime con sinceridad:
¿anhelas casarte?

LAURA. Sí.

CORONEL. ¿Pues no te hallas bien aquí
con Elvira?

LAURA. Eso es verdad.

CORONEL. Da el matrimonio prolijos
cuidados.

LAURA. Padre, lo sé.

CORONEL. Casarte tú... ¿y para qué?

LAURA. Toma, para tener hijos.

CORONEL. ¡Bueno! ¿Quién es el galan
que Dios de tu mente borre?

LAURA. El vizconde de la Torre.

CORONEL. (¡Ah, Tenorio! De mi plan
ya no dudo; mas es fuerza
curar de Elvira el amor,
y el mismo galanteador
haré que su influjo ejerza.)
Déjame solo te ruego.

LAURA. Luégo os vendré á demostrar,
padre, que ya sé bordar.
¡Mi general, hasta luégo!

ESCENA VI.

CORONEL.

El Vizconde, en conclusion,
á las dos ama, y se engríe...
¡Digo, para el que se fie!...
Llego en muy buena ocasion.
Sólo me falta curar
de Elvira el capricho amante.

¿Lo conseguiré? ¡Adelante!
¿Quién dijo miedo? ¡A luchar!

MÚSICA.

PRIMERA ESTROFA.

Fuí á la guerra coronel,
y volví de general;
á ninguna doy cuartel
si es de ataque la señal.
¡A vencer!
¡A triunfar!
Pero en vez de hierro y plomo
sólo aquí tengo de usar
la sonrisa y la palabra,
municion que abunda más.

—

SEGUNDA ESTROFA.

La batalla del amor
tiene mucho que estudiar,
que el que sale vencedor
es quien suele perder más.
¡A vencer!
¡A triunfar!
Y sin miedo al enemigo,
paso al frente y avanzar:
la mujer es una plaza
que al asalto hay que tomar.

ESCENA VII.

CORONEL, VIZCONDE.

HABLADO.

VIZC. (Entra por el fondo muy alegre y haciendo una pirueta.)
¡Salta, mariposa, salta!
¡Ah! Que está aquí el Coronel.

CORONEL. (Yo te voy á hacer saltar,
y no de gusto.)
VIZC. ¿Se fué
Elvira?
CORONEL. No.
VIZC. (Mirando al rededor.)
No está aquí.
CORONEL. Pues si no está, claro es
que se ha marchado.
VIZC. ¡Ya!
CORONEL. ¡Ya!
VIZC. Enterado.
CORONEL (Sentándose.) No hay de qué.
VIZC. (Se sienta... pues ya hace rato...
¿Si se quedará á comer?...)
CORONEL. ¿Deciais?
VIZC. Nada.
CORONEL. Bueno.
VIZC. Malo.
CORONEL. ¿Qué?
VIZC. Nada.
CORONEL. Muy bien.
VIZC. (Pues tambien me siento yo,
que no soy ménos que él.) (Se sienta.)
CORONEL. (Rompamos el fuego.) Jóven,
no os quisiera detener...
VIZC. Mil gracias.
CORONEL. Yo espero á Elvira.
VIZC. (¡Vaya una desfachatez!)
CORONEL. Tenemos que hablar á solas.
VIZC. Me irrita, me carga, me... (Se levanta.)
CORONEL. ¿Qué teneis?
VIZC. Quiero deciros
que aquí, señor Coronel,
ántes de que vos viniérais
todo era paz.
CORONEL. Ya lo sé.
VIZC. Pero vos habeis creido
que una casa es un cuartel,
el rival un enemigo,
y un soldado la mujer.
CORONEL. Yo traigo mi plan de ataque,

y lo pongo en planta.

VIZC. ¡Pues!
sin descansar un momento,
sin quererse detener...
(á echar un pienso.)

CORONEL ¡Já, já!
Estais haciendo un papel...

VIZC. Segun el humor que tengo,
hasta una fábrica haré.

CORONEL. Jóven incauto, los celos
os ciegan.

VIZC. Bien puede ser.

CORONEL. Así era yo á vuestra edad.
La juventud es cruel.
Tan inocente, y pazguato...

VIZC. ¿Cómo?

CORONEL. Os vais á convencer.
Vos amais á Elvira...

VIZC. Sí.

CORONEL. Mas bien no la amais.

VIZC. ¿Y qué?

CORONEL. Yo tambien la quiero.

VIZC. ¿Y ella?

CORONEL. Ella me amará tambien.

VIZC. ¿Y yo?

CORONEL. Os quedareis bailando
un paso de minué.
Y si esto no os satisface,
de mí podeis disponer.

VIZC. ¿Sí? Dispongo que os vayais
á descansar al cuartel.

CORONEL. Ya sabeis mi empleo; ahora
mi nombre vais á saber.
Soy don Félix Peñaranda,
padre de Laura.

VIZC. ¿Qué... qué?...
¡Don Félix! ¿Sois vos su padre?
¡Ahora lo comprendo bien!
Salta, Vizconde. (Hace una pirueta.) Señor,
perdonad mi estupidez...
La vanidad, el orgullo...
y los pocos años, pues,

me hicieron estar con vos
tan desatento y soez.

CORONEL. Sé lo que vais á decirme.

VIZC. ¡A que no!

CORONEL. ¡A que sí! Quereis
pedir la mano de Laura.

VIZC. Eso ya es mucho saber.
Mas supongamos que es cierto.
Soy jóven...

CORONEL. Eso se ve.

VIZC. Mi familia...

CORONEL. Principal.

VIZC. Rico...

CORONEL. ¿Quién lo duda, quién?

VIZC. Laura, si los ojos hablan
verdad, me debe querer.

CORONEL. Quizá.

VIZC. Con mi matrimonio
Elvira se da á Luzbel
y luégo á vos, y con esto
todo acaba en paz.

CORONEL. Muy bien.
Dè todo cuanto habeis dicho,
Vizconde, opino al reves.

VIZC. ¿Me negais á vuestra hija?

CORONEL. Sí, señor, una vez, cien...

VIZC. Mirad que tomo venganza.

CORONEL. ¿Y qué venganza ha de ser?

VIZC. A despecho de mi amor
tal escándalo armaré,
que Elvira me dé su mano
y que rabiemos los tres.

CORONEL. ¿Y si Elvira se resiste?

VIZC. Yo he de arrojarme á sus piés,
y por vengarme de vos
tanto y tanto la diré...

CORONEL. (Eso quiero yo.)

VIZC. Que al cabo...

CORONEL. Aun así no vencereis.

VIZC. ¿Que no?

CORONEL. ¡Que no!

VIZC. Vais á verlo

al punto.

CORONEL. ¡Quiá! ¡Qué he de ver!

VIZC. ¡Huy! ¡Qué terco sois! Tan sólo
por convenceros lo haré.

CORONEL. Aunque es inútil empeño,
libre os dejo... ya podeis...
(Aparte saliendo.)
(¡Ah, señora doña Elvira,
ya no le temo al doncel:
vos le dareis calabazas
ó muy poco he de poder.)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE, LAURA.

LAURA. (Con un bordado.)
Padre, mirad el bordado...

VIZC. No está aquí.

LAURA. De esa manera... (Yéndose.)

VIZC. (Si á decirla me atreviera...
¡pero si ya estoy cortado!)
¿Laura? (Llamándola: ella vuelve.)

LAURA. ¿Me llamais?

VIZC. (¿Por dónde
empezaré? Y es el caso
que si con la otra me caso...)

LAURA. ¿Qué decís?

VIZC. (Haciendo una pirueta.)
¡Salta, Vizconde!
¿Me teneis por vuestro amigo?

LAURA. ¡Oh, sí!

VIZC. Pues hablemos claros.
(Despues de un esfuerzo.)
No me atrevo á preguntaros
si os quereis casar conmigo.

LAURA. (Rápidamente.)
Tampoco me atrevo yo
á responderos que sí.
Pero ¡qué he dicho! ¡Ay de mí!

Lo mejor se me olvidó:
el ponerme colorada.

VIZC. Cuando el amor es honrado...

LAURA. Mi padre me lo ha encargado,
mas como estoy tan turbada...

VIZC. Vuestro padre es un tirano.

LAURA. ¿Y qué motivo teneis?

VIZC. Uno y grande: ¿no sabeis
que me niega vuestra mano?

LAURA. ¿Será verdad? ¡Infelice
de mí! ¡Ji, ji! ¡Ay, que lloro!

VIZC. ¡Y él me niega ese tesoro!

LAURA. ¿Y por qué se opone?

VIZC. Dice
que sois muy niña en verdad
para casaros.

LAURA. Por Dios,
si yo me atrevo con vos,
¿qué nos importa la edad?

VIZC. ¡Vaya si tiene talento!
Laura, yo os quiero vengar.

LAURA. ¿Cómo, me vais á robar?

VIZC. ¡Cáspita!

LAURA. No lo consiento.

ESCENA IX.

DICHOS: CORONEL, ELVIRA.

CORONEL (A Elvira.)
Aquí le teneis, señora:
yo mismo os traigo á su lado.

VIZC. Laura, no tengais cuidado,
que voy á vengarme ahora.

MÚSICA.

VIZC. (Dirigiéndose á Elvira, que se sentará á la izquierda del espectador.)
Hermosa Elvira,
me vais á oir.

ELVIRA. ¡Hablad, vizconde.

CORONEL (A Laura.) Siéntate aquí.

(Laura se sienta á la derecha y se pone á bordar. El Coronel se sienta á su lado, dando casi la espalda á Elvira y al Vizconde.)

¡Lindo bordado!

ELVIRA. (Al Vizconde.)

¡Hablad, decid!

VIZC. (Con exageracion, y marcando las palabras con intencion de que las oiga el Coronel.)

¡Yo os amo... os amo
con frenesí!

LAURA. Padre, ¿qué dice?

CORONEL. Habla por tí.

—

VIZC. Os repito que os adoro,
que os adoro con pasion,
y me postro á vuestras plantas...

(Va á arrodillarse, el Coronel tose y el Vizconde le dirije la palabra.)

¿Qué decís?

CORONEL. Nada.

VIZC. Mejor.

CORONEL (Aparte á Laura, levantándose y retirándose hácia el fondo.)

Llámale con un pretexto.

(Laura deja caer el hilo con que está bordando.)

LAURA. ¡Ay, que el hilo se cayó...

VIZC. (Se dirige á recogerlo.)

Yo me encargo...

ELVIRA. (Deja caer el pañuelo con objeto de que el Vizconde no se vaya.)

¡Mi pañuelo!

VIZC. Lo recojo.

(Sin haber cogido el hilo vuelve para recoger el pañuelo, cuando oye á Laura y vuelve aturdido de una en otra sin recoger ni el hilo ni el pañuelo.)

LAURA. ¡Vamos!

VIZC. Voy.

ELVIRA. ¡Os espero!

LAURA. Yo tambien.

ELVIRA. ¡Aquí pronto!

LAURA. ¡Aquí!

ELVIRA. ¡Aquí!

VIZC. ¡Oh!

ELVIRA. ¡Vamos!
LAURA. ¡Vamos!
ELVIRA. ¡Presto!
LAURA. ¡Presto!

(El Coronel se adelanta, coge el hilo, que entrega á Laura, y luégo el pañuelo á Elvira.)

CORONEL. Para tí. (A Laura.)
(A Elvira.) Y para vos.
LAS DOS. Muchas gracias.
CORONEL. No hay de qué.
LAS DOS. ¡Qué cortés y qué galan!
VIZC. (Aparte á Elvira.)
El se lleva las lisonjas.
ELVIRA. Porque sois un... (Idem.)
VIZC. (Acabando la frase.)
¡Animal!
Ya lo sé; pero señora,
yo me tengo que explicar.

—

A UN TIEMPO.

CORONEL.

(Cogido en sus redes
está, ¡vive Dios!
Con ámbas á un tiempo
tronar le haré yo.)

ELVIRA.

(Si no se decide
aquí por mi amor,
no sé si el Vizconde
será vencedor.)

LAURA.

(¡Qué lindo papel
haciendo estoy yo!
Con otra mi novio
platica de amor.)

VIZCONDE.

(En gran compromiso
se encuentra mi amor;
me veo indeciso
aquí entre las dos.)

—

(Vuelven todos á colocarse como al principiar el canto.)

VIZC. ¡Ah, señora, yo os adoro,
yo os adoro con pasion!
CORONEL. ¿Otra vez? Dadle el recibo. (A Elvira.)
VIZC. ¡Y se burla!
ELVIRA. Es de furor.
VIZC. Yo me postro á vuestras plantas...

CORONEL (A Elvira.)
Dadle, pues, la absolucion.
(A Laura.)
Llámale.
LAURA. ¿Vizconde?
VIZC. (Yendo hácia ella.) ¿Laura?
ELVIRA. Acercadme sin tardar
á los piés un taburete.
LAURA. Otro á mí.
VIZC. ¡Tomad, tomad!
(Yendo de una á otra con el taburete.)
Uno hay solo.
LAS DOS. ¡Para mí!
VIZC. ¿Para quién?
LAS DOS. ¡Para mí!
VIZC. ¡Ya!
ELVIRA. ¡Vamos!
LAURA. ¡Vamos!
ELVIRA. ¡Presto!
LAURA. ¡Presto!
VIZC. Con las dos quedaré mal.
CORONEL. (El pobrete está perdido.)
VIZC. (Como quien toma una resolucion extrema coloca el taburete en medio y se sienta en él.)
Yo me siento.
LAS DOS. (Levantándose indignadas y dirigiéndose á él: el Coronel pasa á la derecha.)
¡Mal galan!

A UN TIEMPO.

ELVIRA.

Es en vano que de amores
os vengais á disculpar,
¡mal galan!
Si á una dama no servís
como manda la lealtad,
¡mal galan!

LAURA.

Tal desaire, caballero,
yo de vos nunca esperé,
¡descortés!
Pues en vez de noble é hidalgo,
sois muy tonto, necio, infiel,
¡descortés!

VIZC. Es muy justo que yo trate (En medio de las dos.)
de explicaros mi lealtad,
pues las dos mandais á un tiempo
y á las dos quiero agradar.
Soy galan y caballero,
y más tarde explicaré
el motivo que me obliga
tan ingrato á aparecer.
CORONEL. Ya se encuentra en un apuro;
poco tiempo tardará
sin que Elvira aquí contemple
en ridículo al galan.
¡Oh experiencia peregrina,
tú proteges mi saber!
Entre el viejo y entre el jóven
el más listo ha de vencer.

HABLADO.

CORONEL. Oid, Elvira, pues quiero
contaros un lance raro.
(Aparte al Vizconde.)
¡Chis! Voy á hablar mal de vos:
con que, Vizconde, marchaos.
VIZC. ¡Y me echa!
LAURA. (Aparte por el Vizconde.)
¡Ya ni me mira!
(Á Laura.)
VIZC. ¿Laura, qué he de hacer?
LAURA. (Enojada y volviéndole la espalda.) ¡Ingrato!
VIZC. (¿A que quedo mal con ámbas?)
CORONEL. A propósito del caso, (Pasa en medio.)
me acuerdo de aquella fábula
del *Oso*...
VIZC. ¿Qué?
CORONEL. *Desairado*.
ELVIRA. No la conozco.
LAURA. Ni yo.
VIZC. (Yo sí.)
CORONEL (Aparte al Vizconde.)
Con vos va el relato.

EL OSO DESAIRADO.

FÁBULA.

Un oso jóven, retozon, buen mozo,
á quien apénas apuntaba el bózo,
por su trato cortés y bizarría
era el Tenorio de la selva umbría.
Pagado de sí mismo y saltos dando
iba una tarde, muy galan, rondando
la enmarañada zona
de un alto monte que el erial corona.
De pronto se detiene,
pues su estómago flaco le previene
que cerca se descubre alguna cosa
con que saciar el hambre que le acosa.
Al uno y otro lado
mira, y halla dos liebres que en el prado
duermen sin reparar
que el buen Tenorio se las va á almorzar.
El oso se relame y va hácia una,
cambia de parecer y va hácia otra,
vacila, elije, con tan ruin fortuna
que al fin se queda sin coger ninguna.
Pues cuando ya resuelto se encontraba,
llegó un raposo que emboscado estaba,
y en tanto el oso mil proyectos fanda,
le quitó la primera y la segunda.
Desde ese dia, lector pio, creo,
apoyado en un hecho tan curioso,
que á todo el que malogra su deseo
le dicen en Castilla que *hace el oso*.

ELVIRA. } ¡Muy bien!
LAURA. }

VIZC. Señor Coronel...

CORONEL (Aparte.)
¡Idos, ó lo digo claro!

VIZC. ¡Ejen, ejen! (Estoy frito,
¿Y cómo abandono el campo?
Ah, desde aquí escucharé...

(El Vizconde se oculta en el armario, sin ser visto mas que del Coronel, el cual le sigue con disimulo, cierra el armario y se guarda la llave.)

CORONEL. (Ya está el raton encerrado.)
ELVIRA. Proseguid el cuento.
CORONEL. Voy,
aun cuando ya mi relato
no tiene objeto: el Vizconde
se ha ido.
ELVIRA. ¿Qué?
LAURA. ¿Se ha marchado?
CORONEL. Por no oir lo que tenia
mi lengua que relataros.
LAURA. Yo soy la causa... Le he hecho
desaires... Le he maltratado,
y sin duda va furioso...
CORONEL. Tal creo.
LAURA. Voy á llamarlo. (Vase.)

ESCENA X.

CORONEL, ELVIRA.

CORONEL. (No le encontrará de fijo.)
ELVIRA. Marcharse así... Es muy extraño.
CORONEL. Y á la francesa, señora,
yo creo que se ha extraviado.
(Hace como si llamara un perro.)
¡Vizconde, pifs! Si no viene
pongo un cartelon tamaño
que diga así:—«Se ha perdido
»un galan hecho de encargo:
»al que lo encuentre y lo traiga,
»se le dará un buen hallazgo.»
ELVIRA. ¿Creeis que mofándoos de él
me venceis á mí?
CORONEL. Y es claro.
ELVIRA. Pues os engañais.
CORONEL. No tal.
ELVIRA. No lográis más que el ingrato
placer de desesperarme.
CORONEL. Pues justamente por algo
se ha de empezar.
ELVIRA. ¡Sois mas posma!

CORONEL. Sigo muy constante en ánimo
de triunfar. Os dije que hoy
me habeis de dar vuestra mano...
ELVIRA. Y no os la daré...
CORONEL. ¡Sí!
ELVIRA. ¡No!
Vuestros proyectos alcanzo,
y la ausencia del Vizconde
es obra vuestra.
CORONEL. Trabajo
en causa propia, y es justo...
¿Os vais conmigo ablandando?
ELVIRA. ¡Jamas! ¡Me irritais los nervios!...
CORONEL. Señora, por aplacaros,
voy á ver si hallo al Vizconde,
y si le encuentro, os le traigo. (Vase.)

ESCENA XI.

ELVIRA, sola.

¡Terquedad como la suya
no la he visto! Y sin embargo,
es tan noble... y tan galante...
con un talento tan claro...
Mas se ha empeñado en que yo...
y en esto se lleva chasco,
no cedo... ¡Es cuestion de orgullo!
Daré al Vizconde mi mano.

(Suenan golpes en el armario.)

ESCENA XII.

ELVIRA, EL VIZCONDE en el armario.

ELVIRA. ¿Qué golpes suenan?
VIZC. (Dentro del armario.) ¡Elvira!
ELVIRA. ¿Quién me llama?
VIZC. Yo, que os amo,
y me ahogo.
ELVIRA. Es el Vizconde.

VIZC. Me he escondido en este armario
para oir al coronel...
¡Abrid, que me ahogo!

(Suena ruido dentro del armario.)

ELVIRA. ¡Paso!
Que vais á romperme todo...

VIZC. Cuando de moverme trato,
se me descuelgan encima
vestidos, enaguas... ¡Vamos,
abridme!

ELVIRA. No está la llave.

VIZC. ¡Abridme por Dios... yo os amo!

ELVIRA. ¿Eh?

VIZC. ¡Yo os amo!

ELVIRA. ¡No griteis!

VIZC. No puedo respirar.

ELVIRA. Claro.

ESCENA XIII.

DICHOS: LAURA.

LAURA. Mi padre me dió esta llave
diciendo que en el armario
está encerrado el Vizconde.

ELVIRA. Venga. (Coge la llave y abre el armario.)
Salid.

VIZC. Con mil diablos.

(El Vizconde sale rápidamente y lleva colgados, ya de los botones ó rodeándole el cuello, algunas prendas de vestir, como chales, enaguas, etc., lo cual le da un aspecto sumamente ridículo.)

¡Uf! Ya respiro á mi gusto.

(Se pasea por la sala.)

ELVIRA. (Reparando en él.)
¡Qué facha!

LAURA. (Idem.) ¿Salís cargado?

VIZC. ¿Cómo, os burlais?...

ELVIRA. Quién resiste...
¡já, já!

LAURA. Es verdad, ¡já, já!

VIZC. ¡Bravo!

ELVIRA. ¿Os disfrazais de mujer?

VIZC. ¿Por qué lo decís? ¡Ya caigo!
Esta enagua, y este traje...
LAURA. Y ese vestido arrastrando...
LAS DOS. ¡Já, já!
VIZC. Ya basta de risa,
caramba, que no es el paso
para bromas...
ELVIRA. Perdonad,
mas...
LAS DOS. ¡Já, já!
VIZC. ¡Me voy cargando!
No quiero ser el juguete,
ni el hazme reir... ¡Me marcho!
¡Salta, Vizconde! Ahora sí
que ni me rio ni salto.

ESCENA XIV Y ÚLTIMA.

DICHOS: EL CORONEL.

CORONEL. Alto, Vizconde.—Señora, (Á Elvira.)
os toca á vos decidir
cuál de los dos se ha de ir.
ELVIRA. ¿Yo he de decidirlo?.
CORONEL. Ahora.
Y si quereis que yo elija,
aprovechad mi consejo,
pues con el Vizconde os dejo
y yo me voy con mi hija.
Tendreis marido sin hiel
como vuestro amor desea..
(Al Vizconde, que estará oyéndole con la boca abierta.)
¡Arrodíllate, Badea!...
(El Vizconde se arrodilla delante de Elvira.)
ELVIRA. (Deteniendo al Coronel, que va á salir con Laura.)
¡Deteneos, Coronel!
CORONEL (Se vuelve muy contento.)
¿Que me detenga?... Acabó
mi inquietud por Belcebú...
(Al Vizconde.)
Ya no te arrodillas tú;
quien se arrodilla soy yo.

Perdisteis. (A Elvira.)

ELVIRA. O más bien gano.

CORONEL. Mi pecho de amor abrasas...

VIZC. ¿Qué es esto?

CORONEL. Que tú te casas
con Laura; dále la mano.
No preguntes el por qué,
y saldrás mucho mejor;
porque en asuntos de amor,
quien más mira ménos ve.

MÚSICA.

CORONEL. En la guerra y el amor
quise el premio conquistar,
y he salido vencedor
por mi audacia militar.
¡A vencer!
¡A triunfar!

TODOS. Y sin miedo al enemigo
pid {e / o} aqui sin vacilar
como premio á {sus / mis} hazañas
un aplauso nada más.

FIN.

LOS BELENES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la *Galería lírico-dramática* titulada EL TEATRO, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LOS BELENES

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO DE

GUILLERMO PERRÍN Y MIGUEL DE PALACIOS

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL NIETO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA la noche del 23 de Diciembre de 1890

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

AL DISTINGUIDO MAESTRO COMPOSITOR

Don Miguel Marqués

Sus admiradores y amigos

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAZ	Srta. Segura.
MARÍA LA NOVIA	Arana (L.)
MLLE. EVA	Gómez.
CELESTINA	Torres
FELIPE	Sr. Carreras.
HIPÓLITO COLÁS	Vega.
DON CALIXTO	Peña.
MATEU	Dalmau.
DON JUSTO	Infante.
DON MARCOS	Fuentes.
AGUADO	Asensio.
DOMINGO	Arana.
PACO	González.
PEPE EL CUEVAS	Venegas.
PEDRO	Andrey.
EL ESCALAS	Grajera.
EL LINTERNAS	Gutiérrez.
ALBAÑIL 1.º	N. N.
EL DEL CLARINETE	N. N.
UN FAROLERO	N. N.

Albañiles, Carboneros, Criadas, Convidados, Niños, Coro general

La acción en Madrid.—Época actual

Las indicaciones del lado del actor

ACTO ÚNICO

DECORACIÓN

UNA CALLE.—Todo el centro ocupado por una fachada de una casa que se pierde en las laterales derecha é izquierda. Balcones practicables en el piso principal de la citada fachada. Tres de ellos practicables. Uno de los practicables hácia la derecha (entiéndase la del actor), viéndose á través gabinete con piano, etc. Los otros dos balcones practicables hácia la izquierda separados del de la derecha por algún otro balcón figurado. Por arriba se ven parte de los balcones figurados del piso segundo de la misma casa. Portal grande practicable á la derecha. En este portal hay máquina de coser, figurines y varias prendas de sastrería. En la izquierda, dos rejas de piso bajo practicables, y encima de ellas muestra que dice: COLEGIO ELEMENTAL DE NIÑOS. Entre las dos rejas del Colegio, y en lo que figure la acera de la calle, entrada al alcantarillado con su chapa correspondiente, que juega á su debido tiempo. Toda la fachada de este centro está llena de andamios como para el revoque de la casa. Uno de los andamios principales viene á parar precisamente por bajo de los balcones del piso principal practicable. En el andamio principal cubos, artesa grande, con cal, cuerdas, escaleras, etc., etc; todo lo que dé carácter á la fachada.

LATERAL DERECHA.—Fachada de casa formando esquina que ocupa la primera y segunda caja. 1.ª, balcón practicable con una muestra que dice: MODISTA DE PARIS. Debajo un farol de gas. Debajo 1.ª caja, una TABERNA practicable. 2.ª caja balcón figurado. Debajo portal practicable.

LATERAL IZQUIERDA.—La fachada de casa formando esquina, que ocupa 1.ª y 2.ª caja. En la 1.ª caja balcón practicable, con papel que indica casa de huéspedes. Debajo 1.ª caja CARBONERÍA prac-

ticable: 2.ª caja, balcón figurado y debajo portal practicable. Es de día. Laterales libres de calle á derecha é izquierda. Toda esta decoración debe cuidarse mucho en su conjunto, y los practicables deben ser seguros, pues todos juegan á su debido tiempo.—(La decoración ha sido pintada y dirigida por los Sres. Bussato y Fontana.)

ESCENA PRIMERA

ALBAÑILES. (Coro de hombres) en los andamios trabajando, etc. PACO de Albañil en el escenario ayudando á otros á subir y bajar cubos. Frente á la carbonería, Carboneros pesando seras de carbón. DOMINGO, de carbonero, llevando notas. Antes de empezar la obra música en la orquesta. En medio de la escena una gran balanza ó romana para el carbón.

Música

ALBS. Paco, yeso.
PACO Va en seguida.
DOM. Vamos listos
á pesar.
Vamos pronto,
por si acaso
viene aquí
un municipal.
ALBS. Anda, Paco,
venga cal.
PACO Ya estoy hasta los pelos
de subir y bajar.
CARBS. ¡Ahú, ahú, ahú!
Anda ya, anda ya.
DOM. El peso está justo.
Podéis descansar.
ALBS. Dicen que el matute
se encuentra perdido,
que le han dado un tute
que lo han dividido.
Pero no comprendo
cómo explicarán
que por eso suban
la carne y el pan.

(Suena una campana.)

PACO — A comer, albañiles,
que dan las todas.

ALBS. — Ya vienen con las cestas
nuestras señoras.

ESCENA II

DICHOS y Coro de mujeres. Unas con pañuelos, otras con matinés y delantales, tipos populares de gente baja. Todas traen cestas al brazo y el puchero en la mano. Por derecha é izquierda.

Música

(Pasa-calle.)

CORO — Con la cesta y el puchero
por las calles de Madrid,
de Madrid,
corre siempre al dar las doce
la mujer del albañil.
Y al llegar donde él trabaja
casi desde amanecer,
nos sentamos en el suelo
y empezamos á comer.
Con mucha *probeza*,
pero con limpieza,
que á la vista está.
No lo dude usté,
que á la vista está:
diga, caballero,
mire usté el puchero,
se puede probar.

ALBS. — Vamos, chicas, pronto,
y á sentarse *toos*
Vengan los garbanzos,
que hace un hambre atroz.

(Se sientan en el suelo formando grupos y empiezan á comer.)

DOM. — (Saliendo de la carbonería con los demás carboneros.)
A echar una tinta
sus convido yo.

CARBS. — Vamos á tomarla,
y aunque sean dos.
¡Bien se ha *trabajau*!

¡Bien hemos *sudau*!
Lo que hemos *ganau*...
que se quede en la tasca
de ahí al *lau*. (Entran en la taberna.)

MUJERES y ALBAÑILES

¡Ay! qué cocidito
tan amarillito.
¡Ay! qué rico está.
Con su patatita,
con su verdurita
y con su polvito
de rico azafrán.
¡Olé, que sí!
Y es la *verdá*.
No hay en Madrid
comida más *honrá*
que la del albañil.
¡Olé, que sí!

ESCENA III

DICHOS y FELIPE, por la lateral izquierda con ropas al brazo
Tipo afeminado

Hablado

FEL. ¡Caramba! Ya está la acera
obstruída por los obreros.
A estas horas, ya se sabe,
hay que andar como en los templos.
(Pasa á saltos hasta el proscenio.)

PACO (Sentado.) Señor Felipe, ¿usted gusta?

FEL. De salud sirva, maestro.

PACO ¿Se viene de recoger?

FEL. ¡Ay! sí, señor; de eso vengo...
El ser sastre es un desastre.

PACO (Levantándose y liando un cigarro baja al proscenio.)
¿Pues qué le pasa?

FEL. ¡Un mareo!
Los pícaros parroquianos
me tienen el juicio vuelto.
Aquí traigo esta levita,

me la dió doña Loreto,
la mujer de un empleado
que tiene muy poco sueldo.

PACO ¿Para que la vuelva usté?

FEL. Cá, no, señor; ya la he vuelto.
Es para hacerle á dos niños
que tiene, que son gemelos,
y que cuentan doce años,
dos trajecitos completos.
Ni que fuera de *cauchut*
la levita.

PACO Ya lo creo.

FEL. Miré usté estos pantalones,
de un señorito, que tengo
que ponerle unos cuchillos
atrás.

PACO ¿Cuchillos? No veo
cómo va á poder sentarse.

FEL. ¡Guasa! son unos remiendos.
Vaya, me voy al portal,
que ya es muy tarde. Hasta luego.

PACO ¿Le va usté á dar á la máquina?

FEL. Sí, hijo mío, he descubierto
el movimiento contínuo
con este pie. (Señalando el derecho.)

PACO Lo celebro.

FEL. Pero, hablando de otra cosa,
diga usté, señor maestro,
¿cuándo se acaba el revoque?

PACO En seguida.

FEL. Lo deseo.

PACO ¿Por qué?

FEL. Porque con la cal
no puedo coser en negro.
Se pone el paño perdido
con el polvo.

PACO Yo lo siento.

FEL. ¡Caramba! y tengo más prisas...
Figúrese usté que tengo
encima los pantalones,
la levita y el chaleco
del señor del principal.
Además tengo dos ternos
de luto, para los niños

de la viuda del tercero.
Y un gabán de un sacerdote,
que necesito volverlo.
¿Dígame usté quién trabaja,
quién trabaja con el yeso?
Y yo no coso de noche.
¡Ay! no, señor; yo no puedo,
porque me lloran los ojos...
Este (Señalando el ojo izquierdo.)
lo tuve este invierno
muy malo, pero muy malo,
tanto, que me dijo el médico,
«si usté trabaja de noche
el ojo va usté á perderlo.»
En fin, me marcho. ¡Caramba!

PACO Adiós... ¡Caramba!

FEL. Hasta luego.

(Vase al portal fondo derecha, arregla la máquina, etc., y después se sienta á coser.)

PACO (Volviendo al grupo de albañiles sentados que acaban de comer y fuman; las mujeres, que lo recogen todo, van marchándose en distintas direcciones.)
Se hizo por la vida, ¿eh?
Ahora á beber.

ALB. 1.º Sí, maestro.

(Se levantan todos y se dirigen á la taberna.)

PACO Yo á dormir hasta las dos.
¡Y que voy á echar un sueño!...
(Se echa en el suelo cerca del portal derecha.)
Unos duermen en la cama
y otros duermen en el suelo;
hasta que venga la gorda...
(Volviéndose hacia Felipe, que estará cosiendo á máquina.)
¿Eh? Don Felipe, un momento.
¿Va usté á seguir con la música?

FEL. Hijo, no hay otro remedio.

PACO (Levantándose.) Entonces cambio de alcoba.
(Coge la esportilla que le servía de cabecera y vase por la izquierda.)

FEL. (Cosiendo y cantando.)
«Soledad de los toreros,
Soledad del alma mía,
no sabes lo que te quiero.»

ESCENA IV

FELIPE y DON JUSTO, por el portal del fondo

FEL. Muy buenas tardes don Justo.
JUSTO Muy buenas tardes.
FEL. Se irá
al colegio á dar la clase.
JUSTO Sí; mi lección de moral.
Mucho cuidado portero;
no me deje usté pasar
á nadie sin preguntarle
primero á qué cuarto va;
si es al mío, que no suba.
Se queda mi niña Paz
solamente con la chica,
y es preciso vigilar,
pues donde menos se piensa...
FEL. ¡Ah! sí, señor; es verdad,
salta un oso.
JUSTO Buenas tardes.
¡Ah! si viene ese truhán,
el profesor de la niña,
dígale que por acá
no parezca, ó le reviento.
(Sale á la calle, y en el mismo quicio de la puerta enciende un cigarro puro.)
FEL. Hasta después. (Aparte.)
(Que formal
y qué recto es este hombre.)

ESCENA V

DICHOS é HIPOLITO que sale por la izquierda con un violín metido en su funda. Ve á don Justo y vase rápido por el mismo término. Don Justo, después de encender, se dirige hacia la derecha

HIP. ¡Caracoles, el papá! (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS y DON CALIXTO por la derecha. Tipo característico muy compuesto y teñido. Traje de lana blanco y sombrero ídem

CAL. ¡Justo!
JUSTO ¡Calixto!
CAL. ¡Un abrazo!
JUSTO (Abrazándole.)
Los que tú quieras, querido.
(Bajan al proscenio.)
CAL. ¡Aprieta! ¿Qué es de tu vida?
¡Estás conservado, chico!
JUSTO Más conservado estás tú.
CAL. Soy joven. Pero me tiño
y me arreglo; es necesario,
porque el sexo femenino
se fija mucho en detalles.
JUSTO Veo que sigues lo mismo,
tan calavera...
CAL. Tan malo...
¡Ay, Justo!... En cuanto diviso
una falda de percal
que se mueve con trapío,
ó un traje de lana corto
que enseña un pié pequeñito
con zapato de charol,
que va diciendo el muy pillo:
«figúrese usté el final
cuando yo soy el principio,»
ó un traje de seda negro,
de esa que cruje muchísimo,
que va diciendo: «Casada,
cuidado con el marido. .»
me vuelvo loco de gusto
y detrás me precipito,
y sigo á todas las hembras,
porque entonces no distingo
de telas, ni de colores,
de chulas, ni señoríos.
¡Ay, Justo! Me gustan todas,
me gustan todas muchísimo.

JUSTO Siempre igual. Dichoso tú.
¡Me das envidia, Calixto!
CAL. ¿Sigues siendo profesor?
JUSTO En dos colegios explico
la cátedra de moral.
CAL. Tu chica será un prodigio,
una mujer...
JUSTO Sí, muy guapa.
Mas, sube á verla. Aquí vivo,
en el principal.
(Señalando los balcones fondo derecha)
CAL. ¿Qué dices?
¿En el principal?
JUSTO Sí, chico;
en el principal derecha.
CAL. ¡Lo que me alegro! ¡Dios mío!
en el de la izquierda vive...
JUSTO Una que sale en el Circo
y sostiene con los dientes
catorce arrobas y pico.
CAL. Sí, la mujer que yo adoro.
JUSTO ¿Qué dices?
CAL. Lo que te digo.
JUSTO ¡Pero es casada!
CAL. Por eso.
JUSTO Sí, casada con un tío
que es un Hércules.
CAL. ¿Sabré
yo lo que es ese borrico?
Allá, en el Circo de Price,
más de cien noches le he visto.
¡Qué fuerzas tiene! ¡Qué bárbaro!
Hace varios ejercicios,
pero entre todos hay uno...
Figúrate, amigo mío,
con una barra de hierro
que pesa cincuenta kilos,
se da en el pecho y la dobla.
JUSTO ¿La dobla? .. (Abrazándole.)
¡Pobre Calixto!
CAL. Yo no podré con la barra
como puede su marido;
pero también la gimnasia
la practiqué cuando chico.

JUSTO ¿Y vas á hacer una plancha?
CAL. ¿Yo? Mi tiempo no he perdido.
Esa es segura; y si no,
otras hay. Ayer he visto
á esa modista de enfrente,
(Señalando á la fachada derecha.)
que es un bocado exquisito.
JUSTO ¿Eh? ¿Cómo? (Escamado.)
CAL. ¿Qué te sucede?
Ayer empecé con timos,
y toma varas, las toma.
JUSTO No puede ser.
CAL. (Pausa.) ¡Ay, qué pillo!
Tú la enseñas la moral;
es claro, como vecino ..
JUSTO ¿Yo?
CAL. ¡Tuno! No haya secretos.
Ya sabrás que su marido...
JUSTO Está en Buenos Aires... Sí.
CAL. Entonces nada te digo...
JUSTO Vaya, me voy á la clase...
CAL. ¿A la clase tú? ¡Perdido!
JUSTO Te ruego que...
CAL. No hay cuidado.
JUSTO Adiós, me esperan los niños.
CAL. Sobre todo la moral...
¡Adiós, Justo!
JUSTO ¡Adiós, Calixto!
(Hace que se va hacia la derecha, y en seguida vuelve y entra en el portal lateral derecha, disimuladamente.)
CAL. ¡Vaya un encuentro feliz!
(Volviéndose hacia los balcones, fondo izquierda.)
¿Se menean los visillos?
Es ella que sale á verme
¡Caracoles! ¡El marido!
(Vase hacia la izquierda y aparece en uno de los balcones fondo izquierda Mateu, en mangas de camisa. Tipo exageradamente grueso, verdadero gimnasta. Cuelga una malla en el balcón y después se retira. Al hacer el mutis Calixto, tropieza con Hipólito, que sale por la izquierda.)

ESCENA VII

HIPÓLITO, con violín. Este personaje vestirá de negro

HIP. Me ha abollado el instrumento.
¡Qué prisa lleva! ¡So tipo!

Musica

Me llamo Hipólito
sin apellido,
no he conocido
á mi papá.
Yo soy un músico
mal trajeado,
y alimentado
con el maná.
Porque me lo dá
en forma de *bistek*,
el dueño del café
en donde toco yo.
Con mi estradivarios
puesto en posición,
todo el repertorio
de la creación.
Yo toco á Bellini
y toco á Rossini,
á Arrieta y Barbieri,
á Chueca y á Brull.
Yo toco á Marchetti
y al gran Donicetti;
y á Chapí le he tocado
el *riquintrún*,
el *riquintrún*.
Después de todo esto
no me faltaba más,
que estar amelonado
de un modo excepcional,
de una chica mona y rica
que hay en ese principal.
Por la que ando siempre en brasas
por si atisba su papá.

Gracias que me calmo
este sufrimiento,
con el instrumento
de mi profesión,
tocando de *Lucía*
todo el rondó.
Y un *allegro vivache*
de mi composición.
Y plín, plón, plón,
así se desahoga
mi pobre corazón.
Y plín, plín, plón.
¡Ay de mí, plín, plín!
¡Ay, Jesús, plón, plón!
Con tanto *pizzicato*
me quedo sin bordón.
¡Ay, Jesús, sin bordón!
¡Ay de mí, sin bordón,
plín, plín, plón, plón;
sin bordón, sin bordón,
sin bordón, plín, plón!

(Durante este número de música Felipe se ha ido del portal, y acabado que sea sale y se pone á la máquina otra vez.)

ESCENA VIII

HIPÓLITO, FELIPE y después PAZ por el balcón fondo derecha

Hablado

HIP. Voy á ver si se asoma
la prenda mía;
como no se asomase...
pues... volvería.
O aquí me quedo,
porque vivir sin verla,
vamos... no puedo.

FEL. Como todas las tardes, (Cosiendo.)
á hacer el oso,
ya ha venido ese tipo...
¡Qué pegajoso!

HIP. Voy á llamarla; (Al público.)
tengo combinaciones
para avisarla.

(Saca un cuerno del bolsillo y toca. Sale Felipe de la portería, con el depósito del quinqué, creyendo que es el petrolero; al ver á Hipólito se vuelve á la portería con muestras de desagrado.)

Así la chica sabe
que yo la espero,
y el padre dice: el toque
del petrolero.
Y no sospecha,
y nosotros hablamos...
¡Jugada hecha!

PAZ ¡Hipólito querido! (Desde el balcón.)
HIP. ¡Aquí me tienes!
PAZ Te has retrasado mucho;
qué tarde vienes.
HIP. Pero, monina,
si he estado media hora
tras de esa esquina. (Señalando izquierda.)
PAZ ¿Te comiste aquel dulce
de yema y coco
que te dí antes de anoche?
HIP. Me supo á poco.
Echame algo,
que tengo un apetito
como el de un galgo.
PAZ Te he guardado unas uvas
que son albillo.
HIP. Echalas una á una.
PAZ ¿Cómo?
HIP. ¡Es sencillo!
Yo me coloco,
abro la boca y entran
poquito á poco.
PAZ Nos va á ver el portero.
Yo te las guardo.
HIP. Si tú quieres que suba,
yo poco tardo.
Anda, chiquilla,
subo, y me das las uvas
por la mirilla.

PAZ Cuando el sastre se vaya,
subes si quieres.
HIP. ¿Vendrá pronto tu padre?
PAZ Cá; no lo esperes.
HIP. Pues, arreglado.
En no estando el portero
subo á tu lado.
Voy á ensayar, vidita,
vuelvo al instante.
PAZ ¿De qué tienes ensayo?
HIP. Pues, de bastante.
De *Puritanos*,
que me han pedido anoche
dos parroquianos.
Del *Otello* de Verdi,
que es muy bonito,
y además, los «Calzones
de un señorito.»
PAZ Pues, vuelve pronto.
HIP. Pues, en seguida, tonta.
PAZ Prontito, tonto.
HIP. Adiós, dulce consuelo,
dulce esperanza,
dulce bien de mi vida...
FEL (Que se habrá levantado durante esta escena y ha desaparecido, y antes de la despedida vuelve á sentarse á la máquina.)
¡Dulce alianza!
PAZ Toma ese beso (Le echa uno.)
HIP. Muchas gracias, preciosa,
y allá va eso. (Le tira un beso.)
(Vase por la derecha. Paz cierra el balcón.)

ESCENA IX

PEDRO y PEPE, salen de la taberna; llevan sombreros hongos, pañuelo de seda al cuello y americana

PEPE ¡Pedro!...
PEDRO ¡Pepe!..
PEPE ¿El carbonero?
PEDRO Está en la tasca, le he visto.
PEPE Entre una y dos se las pira.

PEDRO ¿Adónde va?
PEPE Pues, á Pinto.
PEDRO ¿La carbonería sola?
PEPE No se queda más que el chico ..
PEDRO ¿El escalo...?
PEPE Se acabó.
Con levantar dos ladrillos
nos colamos.
PEDRO Bien está.
PEPE En el sótano, á las cinco.
¡Con Dios, Pedro!
PEDRO (Dándose las manos) ¡Con Dios, Pepe!
PEPE La herramienta en el bolsillo.
(Vanse uno por la izquierda y otro por la derecha.)

ESCENA X

FELIPE, por el portal, MATEU y MARCOS, asomado al balcón lateral izquierda

MARC. (Desde el balcón, mirando á la casa de enfrente.)
Siempre cerrado el balcón,
y sin embargo, yo he visto...
MAT. *Bonsoir.* (A Felipe.)
FEL. Vaya usté con Dios.
Escuche usté... con permiso.
¿Cuándo va usté á darme un vale
para ir una noche al Circo?
MAT. *Le samedi*
FEL. ¿Cómo? ¿Cuando?
MAT. *Le samedi.*
FEL. ¿Qué... qué ha dicho?
Le *samé* .. ¡no entiendo jota!
¡Jesús, qué lengua de tío!
(Mateu se dirige hacia la izquierda.)
MARC. (Desde el balcón.)
¡Es Mateu!... ¡Sí... no hay duda!...
¡Mateu!... (Llamando.)
MAT. (Acento catalán.)
¿Quién? (Me ha conocido.)
¡Uy, don Marcos! (Viéndole.)
MARC. (Viendo á Mateu.) ¿Cómo va,
Mateu?

MAT. ¡Calle usté el pico!
Hombre, baje usté la voz,
que soy artista del Circo,
y aquí paso por francés.
En esta tierra es preciso
ser extranjero; si no,
no dan aplausos ni trigo,
y *aixo* que *soc* catalán ..
MARC. Dispénseme usted, amigo;
mas como allá en Buenos Aires..
MAT. Sí; pero yo me bautizo
según la tierra en que estoy.
En París me anuncio chino,
en América andaluz;
pues con el acento mío ..
en Rusia paso por belga. .
MARC. Claro, sí, ya he comprendido;
en Portugal por inglés ..
MAT. ¡Hombre, no sea usté primo!
Ma dán una pateada
que me rompen el bautismo.
MARC. Pero; suba usté
MAT. No puedo.
Tengo que hacer en el Circo.
MARC. Hombre, hablaremos un rato.
MAT. ¡Imposible!
MARC. Sólo cinco
minutos.
MAT. ¡Qué pesadez!
No ma dá la gana, he dicho.
MARC. (¡Pero qué catalán es!)
MAT. Mas usté, ¿cuándo ha venido
de Buenos Aires?
MARC. El quince.
¡Pero silencio, por Cristo!
Tengo que contarle á usté ..
MAT. A la vuelta. Me retiro.
Luego subiré.
MARC. Le aguardo.
MAT. *Paseu bé.*
FEL. (Le vé desde el portal, y sale á su encuentro.)
¿Cuándo me ha dicho
que me dará los billetes?
MAT. *Le samedi.* (Vase izquierda.)

FEL. ¡Jesucristo!
¡Qué voz tiene este gachó!
Vaya, me ha sobrecogido. (Vase al portal.)

MARC. (Hablando hacia dentro del balcón.)
¿A almorzar? Voy. Yo no sé
ni cómo tengo apetito.
(Vase cerrando el balcón.)

ESCENA XI

Se oye música en la orquesta, piano para que se oiga el diálogo. COLÁS, de pobre de pedir limosna, con su guitarra. A su lado MARÍA, tipo callejero, con una bandeja en la mano, y cuando sale á escena por la izquierda, por diferentes lados Vecinos, Vecinas, Transeuntes, Albañiles que salen de la taberna, Chicos y Coro general

COLÁS ¡Chicas, aquí está Colás,
el de las coplas alegres!
¡Vamos, ande el movimiento!
Las coplitas, ¿quién las quiere?
¡Muchachas, que se rematan!...

MARÍA Ande usté, que viene gente.
(Todo el Coro rodea, etc.)

Música

CORO A ver que coplitas
nos canta Colás.
A ver si son verdes,
ó son colorás.

COLÁS De todos colores
las tiene el papel.
Oido, señores.
Arranca, mujer.

MARÍA Allá vá, allá va:
mucha oreja,
que va á *escomenzar*.

(TANGO)

Blasa, la pantalonera,
concluía un pantalón...

COLÁS ¿Para quién?

MARÍA Para don Ramón.

Y el señor, que es vecino de Blasa,
al entrar aquel día en su casa...
COLÁS ¿Qué la dijo?
MARÍA La recomendó
que le hiciera á su amigo Felipe
otro pantalón.
COLÁS Y dijo la chica,
con mucha razón.
¿Quién me pide otra (Hablado.)
con la solución?
LOS DOS No me quiera usté dar más trabajo,
que me sobra con un pantalon.
¡Eh!. .
Me parece á mí que...
digo yo...
que cualquiera dice,
con razón,
que la cosa... que la cosa...
no tiene malicia
ni doble intención.
CORO ¡Eh! ..
Me parece á mí que...
etc., etc.

—

MARÍA Primitivo, el zapatero,
dicen que fué á confesar...
COLÁS ¿Y con quién?
MARÍA Con un capellán.
Confesóle que entró una barbiana
en su tienda por botas de pana ..
CORO ¿Qué la dijo?
MARÍA No la dijo *ná*.
Y le dió á la barbiana las botas
sin probarla el par.
COLÁS Y dijo el curita:
¡no ví cosa igual!
¿Quién me pide otra
pá ver el final?
LOS DOS Sin probar se marchó la barbiana...
no te absuelvo por ser animal.
¡Eh!
Me parece á mi qué
digo yo,

que cualquiera dice
con razón
que la cosa... que la cosa
no tiene malicia
ni doble intención.

CORO ¡Eh! etc. (Igual que el anterior.)

LOS DOS Me parece, me parece
que no tiene malicia
ni doble intención.

CORO Me parece, me parece
que no tiene malicia.

LOS DOS Ni pizca.

TODOS De doble intención.

Hablado

COLÁS A las coplitas alegres.
Muchachas, ¿quién quiere más?
(Vánse por la derecha, y el coro por distintas direcciones, otros le siguen.)

ESCENA XII

EL CUEVAS, EL LINTERNAS y EL ESCALAS. DOMINGO y AGUADO, el primero de los dos últimos Carbonero, y el último tipo de tabernero. Los tres de la ronda se sientan en el suelo y se ponen lás chaquetas y botas, y encienden las linternas para bajar por el alcantarillado

CUEV. Compañeros á vestirse
y *deseguida* á rondar.
Voy á ponerme las botas,
aunque no soy Concejal.

DOM. Si lo que me estás diciendo
lo sé de memoria ya.

AGUADO ¡Me enteré de lo que hablaban
y te he querido avisar!
Porque en mi establecimiento
pasa esto y mucho más.
Toda la gente que viene
es decente y es *honrá*...
Pero vienen cuatro ratas,
tres tunos que tienen mal

vivir, y unos cuatro ó cinco
que tienen por qué callar,
y ocho ó diez mal encarados,
pero en fin, por lo demás
la gente es buena.

DOM. Se vé.
¡Pero esa ya no cabrá!

AGUADO Les oí que preparaban
el escalo, y la verdad,
tratándose de un amigo
no me he querido callar.

DOM. Hace tres dias, lo sé;
y he retirado el metal;
y me he comprado un vergajo.
Cuando suban, ya verás,
la paliza que les doy.

CUEV. Es preciso vigilar.

LINT. Bueno; bajaremos, Cuevas.

EL ESC. Me han dicho...

CUEV. No digas más.
Si tenemos un olfato...

LINT. Si olemos...

EL ESC. Es la verdad.

(Abren la trampa y van entrando uno á uno con sus linternas encendidas. El Cuevas cierra la trampa y desaparece por la izquierda.)

AGUADO Ahí tienes tres de la ronda.
Díselo.

DOM. ¡Quiéres callar!
Esos bajan; dan tres vueltas
como los de arriba... *Ná.*
Esos son tres casos, de
reuma municipal.

AGUADO Conque adiós; voy á la tienda
porque tengo que llenar
unas botas *pá* una boda.

CARB. Aguado, gracias. (Váse Aguado.)
Voy á
la trastienda; y como suban,
buena la ván á llevar.
(Enseñando el vergajo.—Váse á la Carbonería.)

ESCENA XIII

CALIXTO, izquierda, FELIPE, cosiendo

CAL. El marido se fué al Circo,
le seguí desde muy largo...
Ensayará, pues que ensaye;
que yo me vengo á otro ensayo.
¡Si el portero se prestase!...
FEL. ¡Ay, Jesús! El oso blanco
que le ronda á la gimnasta.
CAL. ¡Portero!
FEL. ¿Qué? (Saliendo.)
CAL. (Yo me lanzo.)
(Saca un duro y se lo pone como un monóculo.)
¿Usté me conoce?
FEL. (Cojiendo el duro.) Mucho.
Caballero, ¿cómo vamos?...
CAL. Pues yo quisiera...
FEL. ¿Subir
sin que yo pregunte el cuarto
donde va usté?
CAL. ¡Tunantón!
Eso es.
FEL. Pero es el caso...
CAL. ¿Qué?
FEL. (Que falta otro cristal
pá taparme el de este lado.)
(Señalando el ojo derecho.)
Yo uso quevedos completos
casi siempre en estos casos.
CAL. ¡Pillo!
FEL. (¡Primo!)
(Le dá otro duro.) Muchas gracias.
(Guardándose los dos duros en el chaleco.)
(Ya está un chaleco *arreglão*.)
CAL. (El duro todo lo allana.)

ESCENA XIV

DICHOS, MISS EVA, abriendo uno de los balcones del fondo izquierda

CAL. Pero un balcón ha sonado.
Es ella. A los piés de usted. (Saludando.)
FEL. No puede estar más abajo.
EVA *¡Mon cher ami!*
CAL. ¿Qué tal vá?
EVA *Tres bien ¿et vous?*
CAL. ¿Yo?. . Chiflado
por votre joli belleza.
EVA *Merci bien.*
CAL. ¡Es un encanto!
EVA *Montez, montez s-' il-vous plaie.*
CAL. (A Felipe.)
(Dice que suba, ¿qué hago?)
FEL. ¡Monté, monté, señor mío!
CAL. Le voy á comprar un ramo
antes de subir.
FEL. Bien hecho.
CAL. (A Eva.)
Me voy á hacer un encargo
y volveré á saludarla.
EVA *¡Quand vous voudréz!* (Cierra el balcón.)
CAL. Mío el campo.
(Vase izquierda.)
FEL. (Después de un momento de pausa.)
Voy á entregar el chaleco
al señor del piso cuarto. (Se dirige al portal.)

ESCENA XVI

FELIPE y CELESTINA con caja grande de modista al brazo que dice: «Modista de París.» Sale por el portal, segundo término derecha

CEL. Buenas tardes, don Felipe.
FEL. ¿Adónde vas, Celestina?
¿A entregar?
CEL. Ca, no señor,
voy á la pastelería.

FEL. ¿Cómo vas con esa caja?
CEL. Lo hago para que no digan;
son cosas de la maestra.
(Señalando al principal derecha.)
¿Sabe usté que la visita
todas las tardes don Justo?
Casi siempre nos convida.
FEL. Pero, ¿qué don Justo es ese?
CEL. Ese señor de ahí arriba,
el del cuarto principal.
FEL. ¡Canario! No lo sabía.
CEL. Pues, para disimular,
salgo yo con la cajita,
y piensa la vecindad
con tanta entrada y salida
que la parroquia es atroz.
FEL. Y dentro va la *bebía*
y la *comía*... ¡Señor!...
¡Qué gente, Virgen Santísima!
¡Cómo está la vecindad!
¿No es casada la modista?
CEL. Sí, pero está en Buenos-Aires
su marido...
FEL. ¡Pues, que siga!
CEL. Vaya, con Dios, hasta luego. (Vase izquierda.)
FEL. Anda con Dios, Celestina.
¡Quién pensara que don Justo!
Pero, en fin, me voy arriba. (Entra en el portal.)

ESCENA XVII

MATEU por la izquierda é HIPÓLITO por la derecha

MAT. Subiré á ver á don Marcos,
me revientan las visitas.
(Entra por el portal segundo izquierda.)
HIP. ¡Caramba! Estoy reventado.

ESCENA XVIII

HIPÓLITO y PAZ desde el balcón derecha

PAZ ¡Hipólito!
HIP. ¡Serafín!
Subo, ¿eh?
PAZ Me dá reparo...
No; no te dejo subir.
HIP. ¿Por tu papá?
PAZ Mi papá
no parece por aquí
lo menos hasta las cinco.
HIP. ¡Pues, entonces, á vivir!
Si me cantas *La Traviata*
no desenfundo el violín.
Me siento al piano, y de fijo
nadie se ha de apercibir.
¡Anda!... Tocaré pianísimo...
Conque, ¿subo?
PAZ Siendo así...
HIP. Ya verás tú la criada
cómo se va á divertir.
(**Queda el balcón abierto é Hipólito entra por el portal.**)

ESCENA XIX

DON MARCOS y MATEU, por el balcón de encima de la carbonería

MAT. *Ma* gusta la habitación,
sí, señor, es muy capaz
y tiene muy buenas vistas,
porque en aquel principal
(**Señalando al de enfrente**)
hay una modista guapa.
MARC. De eso le tengo que hablar.
Para espiarla he venido
de Buenos-Aires no más.
La modista es mi mujer.
MAT. ¡Hombre!

MARC. Vamos á cerrar
el balcón, para que hablemos.
¡Soy una víctima!
MAT. ¡Ya!

(Vanse cerrando el balcón.)

(Durante la escena anterior se ha visto á Hipólito y á Paz en el balcón foro derecha, mirando papeles de música. Después el coro aparece por la izquierda.)

ESCENA XX

PACA y Coro general. Las mujeres con pañuelos de Manila, y los hombres con sombreros anchos, etc., etc.

Musica

CORO GENERAL De la boda de la Paca
aquí están los *convidaos*.
ELLOS Ellas vienen envidiosas.
ELLAS Y ellos vienen *ajumaos*.
TODOS Suenen las guitarras
con alegre son.
ELLOS ¡Aire en los andares!
ELLAS ¡Aire en el mantón!
TODOS Porque son *toos* los barbianes
y barbianas que hay aquí,
lo escogido y lo florido,
lo mejor de Chamberí.
¡Olé, porque sí!
¡Vivan los barbianes
y barbianas de *Madri!* ...

—

Declarémonos en juerga.
¡Viva el vino peleón!
y á rezar en esta *tasca*
la cuarta estación.

(Entran todos en la taberna.—Hipólito y Paz desde la habitación de don Justo.)

HIP. Puesto que tu padre
se fué á su lección,
justo es que la demos
juntitos los dos.

PAZ — Pero te suplico
que no alces la voz.
¡Bajito, pianito!
¡muy bajo, por Dios!

HIP. — Mi entusiasmo se desata
por oir tu dulce voz,
cántame de *La Traviata*
el andante en *fa* menor.

Concertante

(Hipólito figura acompañar al piano.)

PAZ — A me fanciulla un candido
e trepido desire
quest'effigio dolcissimo
signor dell'avvenire,
quando ne'cieli il raggio
di sua belta'vedea
e tutta me pascea
di quel divino error...
Sentia che amore e il palpito,
dell'universo intero!
Misterioso, altero,
croce, delizia al cor!

(Paca y el Coro general en el interior de la taberna.)

UNO — (Hablado.) ¡Qué cante la novia!

TODOS — (Idem) ¡Que cante!

PACA — (Idem.) ¡Pues oído y vengan palmas!
(Música.) A una chula bonita casaron
con un viejo marqués ricachón,
y en la boda de fijo gastaron
muy cerquita de medio millón.
El, derretido,
la mimaba sin cesar,
y ella al marido
no podía soportar.
Pero en algo se fundaba,
que á pesar de sus riquezas
el marido no la daba...
¡ni aun lo que era regular!
Y al fin llegó
un día el esposo
la cuenta á pagar,
y sucedió...

¡lo que era forzoso
debiera pasar!

—

CORO — Basta mujer. .
que no es necesario
seguir la canción,
para saber
el fin ordinario
de tal relación.

(Cruza la escena un pobre ciego tocando el clarinete y vestido con pantalón encarnado, una chaquetilla ó blusa y gorra de cuartel.—Entre tanto, y en combinación con todos, se oye en el interior del colegio á los niños.)

NIÑOS — Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho,
ocho y dos son diez.
¡Bendito y alabado sea
el Santísimo Sacramento del altar!
Por siempre bendito y alabado sea.
¡Amén!

—

PACA — Aprended, viejos, el cuento
CORO — por lo que pueda tronar,
y que os sirva de escarmiento
lo que acabo de cantar,
Siga la juerga!
¡No desmayar!

ESCENA XXI

Don Justo asomándose por el balcón donde dice «Modista de París,» teniendo cuidado de colocar la persiana hacia el lado del principal fondo

Hablado

JUSTO — ¿Qué es lo que ocurre? Una boda
que ha parado en la taberna.

ESCENA XXII

DICHOS, y por el balcón izquierda (casa de huéspedes) MARCOS y MATEU

MAR. (A Mateu señalando á Justo.)
Aquel, aquel es mi hombre.
¡Ya tengo la prueba plena!
MAT. ¡Es mi vecino! ¡Caramba!
JUSTO Vaya, adentro... no mé vean. (Cierra el balcón y vase.)
MAR. Déjeme usted.
MAT. ¿Dónde va?
MAR. Usted es persona séria;
me servirá de testigo. (Vase.)
MAT. ¡Un duelo! ¡Pero qué hembras!
¡Seré el padrino!... Mejor;
se romperán la cabeza. (Momentos antes de terminar esta escena sale un farolero por la izquierda con la escalera al brazo; llega debajo del balcón de la «Modista de París,» coloca la escalera para limpiar el farol, y el Tabernero sale á la puerta de la taberna y le invita á beber, y entra con él en la taberna, dejando la escalera colocada.)

ESCENA XXIII

DICHO, en el balcón, FELIPE por el portal con un chaleco en la mano, y CELESTINA por la izquierda

FEL. El chaleco le está largo;
le meteré la tijera.
CEL. (Pasa y saluda á Felipe; éste sale del portal y entabla con ella el diálogo siguiente frente al portal derecha.)
FEL. ¡Oye, chica, ven acá!
¿Me dejas probar la tela?
CEL. ¡Pero qué malo es usté!
FEL. (Abriendo la caja.) Este capricho de crema.
(Hablan bajo.)

ESCENA XXIV

DICHOS, MARCOS por el portal lateral izquierda y dirigiéndose al portal derecha

MARC. ¡Lo mato, la mato! (Tropieza con Felipe.)
FEL. ¡Horror!
MARC. ¡Dispense usted!
FEL. Buena es esa.
¿Por qué no lleva usté pito,
como el tranvía lo lleva?
MARC. (Fijándose en la caja que lleva Celestina.)
¡Eh! ¿Modista de París? (Abriendo la caja.)
¡Pasteles!... ¡Unas botellas!...
CEL. ¿A usté qué le importa? ¡Vaya!
MARC. Soy el marido de Hortensia,
de tu ama.
CEL. ¡Dios me asista!
(Deja caer la caja al suelo, y entra por el portal lateral derecha.)
MARC. Coja usté la caja esa, (A Felipe.)
que es la prueba del delito.
FEL. Hombre, tenga usté prudencia.
MARC. ¡Vaya usté al infierno!
(Empujándole. Entra por el portal.)
FEL. Abur.
(Cogiendo la caja, y yéndose al portal.)
Voy á comerme las pruebas.
MAT. (Desde el balcón izquierda.)
Final de *El nudo gordiano*,
en el principal derecha.

ESCENA XXV

DICHOS y DON JUSTO, en el balcón lateral derecha

JUSTO ¡El marido!... ¡Jesucristo!...
¿Por dónde salgo?... ¡Me mecha!
¡Y está muy alto .. canario!...
¡Pero, calle... una escalera!. .
(Tirándose por el balcón hacia la escalera.)

MAT. Un profesor de moral,
haciendo gimnasia higiénica.

JUSTO (Una vez ya en la escalera, ve, al ir á bajar de espaldas al público, á Paz é Hipólito en el balcón de su casa.)
¡Caracoles! ¿Qué estoy viendo?
¡Mi hija con ese babieca!...
¡Con su novio!... ¡Pillo!... ¡Infame!...

PAZ ¡Mi padre!...

HIP. ¡Santa Teresa!

MAT. ¡Ay, su hija con el novio!
¡Pero, Dios mío, qué hembras!
(Sale el farolero de la taberna, sube, limpia el farol y coge la escalera y vase derecha. Don Justo entra por el portal del fondo. Todo rapidísimo.)

PAZ ¡Que sube, vete!

HIP. ¿Por dónde?

PAZ Métete en la chimenea.

HIP. Si está encendida, mujer.
(A los gritos de «¡Pillo!» «¡Infame!» Eva sale al balcón.)

ESCENA XXVII

DICHOS y CALIXTO, con un ramo, por la izquierda

CAL. Aquí estoy, mi linda Eva.
¿Subo á ofrecerla este ramo?
(Hablan por señas.)

MAT. *¡Voto va Deu!* ¡El y ella!
¡El abonado del Circo,
el que le dió la pulsera!
Ahora me toca á mí el turno.
¡Que te estoy mirando, Eva!

EVA *¡Mon Dieu!* (Cierra el balcón.)

CAL. Pero, ¿qué le pasa,
que ha cerrado la vidriera?
¿Y qué hago yo con el ramo?
¡Que yo me decido, ea!
¡Arriba, Calixto! (Mira hacia el portal izquierda.
¡El Hércules!
Yo me meto en esta tienda.
(Entra en la carbonería.)

(Mateu sale por el portal. Mira á todos lados y se dirige al portal fondo.)

PAZ (En el balcón.)
¡Huye, por Dios!

HIP. (Por el balcón.) Por aquí.
Aunque me rompa una pierna.
(Se tira del balcón al andamio y recorre éste. Mateu pega un empujón á Felipe al entrar en el portal.)

FEL. ¡Jesús! ¡Pero, hombre! ¡Dios mío!
esto es una vaca suelta.

ESCENA XXVIII

DICHOS y DON JUSTO, PAZ, DOMINGO y CALIXTO

JUSTO (Por el balcón.)
¿Dónde está?

PAZ ¡Papá, por Dios!

DOM. (Dentro de la carbonería, dando golpes.)
Caiste en la ratonera;
toma, ladrón.

CAL. (Dentro de la carbonería.)
¡Que me matan!

DOM. (Dentro.)
¿Buscas cuartos? Toma leña.

HIP. (Se cae en una artesa de cal y sé levanta todo manchado de blanco.)
¡Dios mío! ¡Cómo me he puesto!

CAL. (Saliendo de la carbonería todo manchado de carbón, traje y cara A Domingo.)
¡Que yo no soy un cualquiera!
¡Yo soy un joven decente!

DOM. ¡Aguado! ¡Vecinos! ¡Vengan!

ESCENA FINAL

DICHOS, AGUADO, vecinos, vecinas, albañiles, coro general, etc.

HIP. (Desde el andamio.)
¡Los albañiles!

FEL. ¿Qué pasa?

DOM. Que le dí una tunda buena;
este es el pez del escalo.

CAL. ¿Yo rata?
DOM. Sí.
FEL. ¡Ten prudencia!
Que es un caballero fino.
DOM. ¿Pero cómo entró en mi tienda?
CAL. Iba huyendo del marido. (A Felipe.)
FEL. ¡Con razón, que es una fiera!
Respondo por el señor. (A todos.)
JUSTO (Por el balcón.)
¿Por dónde huyó?
HIP. ¡Santa Tecla!
JUSTO ¡Está en el andamio! (Todos vuelven la cabeza.)
HIP ¡Celos!
PACO Un señorito.
CAL. Me dejan...
¡Esta es la mía! (Vase corriendo.)
JUSTO ¡Tunante!
¡Baja!...
HIP. ¡Que baje su abuela!...
Yo para bajar de aquí
necesito una escalera,
como usté para salir
de ahí enfrente, ¡calavera!
JUSTO ¡Chito! ¡Silencio!
HIP. ¡No quiero! (Todos ríen.)
JUSTO ¡Calla... y te casas con ella!
HIP. (Tirándose del andamio al balcón.)
¡Allá voy!... ¡Rica! ¡Papá! (Abrazándole.)
JUSTO Que bárbaro; cómo aprieta.
FEL. (Al público.)
¿Me atrevo? Público amigo....
Aquí el que no corre vuela.
¿Te han gustado Los BELENES?...
aplaude; si no, dispensa.
(Música y telón rápido.)

FIN

COPLAS PARA EL TANGO

I

MARÍA — Doña Rosa y su marido
han cenado bien los dos.
COLÁS — ¿De *verdá*...?
MARÍA — Te lo digo yo.
Han tenido lombarda y capones
y besugos y dos salchichones.
COLÁS — Y han tenido...
MARÍA — Tuvieron jamón
y tuvieron chuletas de cerdo
y rico salmón.
COLÁS — ¡Jesús! Cuántas cosas
tuvieron los dos...
(Quién me pide otra (Hablado.)
con la solución...)
LOS DOS — Y tuvieron la sopa de almendra...
y tuvieron una indigestión.
¡Eh!
¿Me parece á mí que...? etc., etc.

II

MARÍA — Nicanora, caballero,
que es muchacha muy formal...
COLÁS — ¿Dónde está?...
MARÍA — Está en la Normal.
Dijo ayer á su primo Juan Vela,
que también es maestro de escuela...
COLÁS — ¿Qué le díjo?
MARÍA — Pues díjole al tal,
que ella sola tendría cien niñas
abriendo un local.

COLÁS — Y dijo el primito:
no ví cosa igual.
(Quién me pide otra (Hablado.)
pa ver el final...)

LOS DOS — ¡Si tú quieres, nos asociaremos,
y así, juntos, tendremos la mar!
¡Eh!
¿Me parece á mí que...? etc., etc.

III

MARÍA — Da reuniones doña Paca,
y las dá en el comedor.

COLÁS — ¿Y quién va?

MARÍA — Don Pantaleón.
Y una noche lluviosa y muy fría
que jugaban á la lotería ..

COLÁS — ¿Qué pasaba?...

MARÍA — Pues, chico, pasó...
que Paquita tenía dos ambos,
solamente dos.

COLÁS — Y dijo el amigo:
Mejor estoy yo ..
(Quién me pide otra (Hablado.)
con la solución...)

LOS DOS — Doña Paca, yo tengo tres cuartas...
¡Ay! qué suerte, don Pantaleón.

IV

MARÍA — Una chica le contaba
á su prima Encarnación...

COLÁS — ¿Dime qué?

MARÍA — Oye tú, *gachó*.
Que á su novio Pepito Badía
le enseñó un par de medias un día...

COLÁS — ¿Y qué dijo?

MARÍA — Dijo Encarnación:
Pues la cosa no tiene malicia
ni mala intención.

COLÁS — Y dijo la chica:
Primita, ¡por Dios!...
(Quién me pide otra (Hablado.)
con la solución...)

LOS DOS Es que al verme Pepito las medias...
las tenía yo puestas las dos.

V

MARÍA Una chica que es doncella,
que es doncella de labor...
COLÁS ¿Dónde está?
MARÍA Está en Badajoz.
Y allí sirve á un señor que es soltero
y que tiene la mar de dinero...
COLÁS ¿Y qué pasa?
MARÍA Pues, lo de cajón.
Que ella sirve muy bien á su amo
y él la habla de amor.
COLÁS Y dice la gente
con mucha razón...
(Quién me pide otra (Hablado.)
con la solución...)
LOS DOS Si es que el amo requiebra á la chica...
Ella es ama el día mejor.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

PERRIN Y PALACIOS

EN UN ACTO

Villa... y palos.
¡Quién fuera ella!
Solteros entre paréntesis.
La Pilarica.
De caza.
Miss Eva.
Tarjetas al minuto.
El zaragozano.
Chin-Chín.
El club de los feos.
Caralampio.
Cuerpo de baile. (1)
El 7 de Julio.
¡Don Dinero! *(2.ª edición).*
Una señora en un tris. *(2.ª edición).*
Los inútiles. *(3.ª edición).*

MUEVLES HUSADOS.
Apuntes del natural. *(2.ª edición).*
Certámen nacional. *(4.ª edición).*
La Cruz blanca. *(2.ª edición).*
Las dos madejas.
Liquidación general.
Los Primaveras.
Las tres B B B.
¡Al otro mundo!
La de Roma.
Miss de Requiem.
Muestras sin valor.
Las alforjas.
Los belenes.

EN DOS ACTOS

Madrid en el año dos mil.

El diamante rosa. *(2.ª edición).*

---

(1) En colaboración con Jakson y Prieto.

OBRAS DE GUILLERMO PERRÍN

EN UN ACTO

Católicos y Hugonotes.
Monomanía musical.
La esquina del Suizo.
Cambio de habitación.
El faldón de la levita.
El gran turco.
Colgar el hábito.

EN DOS ACTOS

Mundo, demonio y demás.
Los Empecinados.

OBRAS DE MIGUEL DE PALACIOS

EN UN ACTO

Por una equivocación.
Pancho, Paco y Paquito.
Modesto González. } (1)
Bocetos Madrileños. }

EN DOS ACTOS

La esclava de su deber

(1) En colaboración con Alfredo Lasala.

LA

BELTRANEJA

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

SEGUNDA EDICION,

MADRID:

IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA

Ancha de San Bernardo, 75

1871.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado.

Si la voz de la amistad es grata al infortunio, nunca en ocasion mas oportuna debemos acordarnos del amante esposo y del cariñoso padre que llora la pérdida de los séres mas queridos de su corazon.

El nombre de usted al frente de estas páginas, además del recuerdo de la amistad, es un homenaje rendido al insigne poeta que ha seguido con inquebrantable fé las huellas de nuestros mas esclarecidos ingenios.

Quizás la eleccion no es muy acertada; quizás en vez de un drama dedicamos á V. un fracaso. En tiempos menos civilizados, cuando el público grave no disputaba palmo á palmo el camino emprendido por el poeta, cuando se dignaba aplaudir los conceptos honrados y las galas del lenguaje, hubiéramos abrigado una pequeña esperanza de alcanzar un mediano éxito en la representacion de esta obra.

Hoy tememos verla desairada puesto que el gusto literario es tan exigente y esquisito, que solo la impudencia, la bufonería y el Can-can tienen fácil acceso y seguro premio en la pátria escena.

De todos modos; La Beltraneja *será para V. una prueba mas del cariñoso afecto que le profesan sus leales amigos*

Los Autores.

20 Setiembre de 1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª Juana	D.ª Elisa Boldun.
Serafina	D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
La Reina	D.ª Francisca Muñoz.
Rodrigo Cota	Don Manuel Osorio.
Don Lope de Alburquerque.	Don Rafael Calvo.
El Marqués de Villena	Don Antonio Pizarroso.
El Marqués de Santillana...	Don Ricardo Morales.
Martin Roble	Don Benito Pardiñas.
El Conde de Benavente	Don Ricardo Simó.
Diego Ponce	Don José Alisedo.
Sancho Gomez	Don Fernando Altarriba.
Un Ugier	Don Joaquin Marcote.

El Capitan de guardias, Damas, Nobles, Pueblo, Soldados, Ballesteros, Tejedores.

La accion en Segovia.—Siglo XV.

La propiedad de esta obra, pertenece á sus autores y nadie podrá sin permiso de uno de ellos reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con los que se hayan celebrado ó en adelante se celebren contratos internacionales.

Queda reservado el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Biblioteca dramática por parte del señor Reyes y los de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, por parte del señor Perez Echevarría, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO.

Valle amenísimo en las cercanías de Segovia. Al fondo montañas con practicables que bajan á la escena; uno de ellos sube al monasterio del Parral que está situado á la derecha del actor. A la izquierda y en segundo término casa de humilde apariencia, pero de aspecto agradable y poético; balcon cubierto de enredaderas en la parte que dá frente al expectador; portal y rejas en la que dá á la escena, muro unido á la casa que se prolonga y forma esquina en cuarto término. Arboles detrás del muro. A la derecha selva espesa é intrincada con peñas, brezos y arbustos.

ESCENA PRIMERA.

El marques de Villena, Martin Roble, Ballesteros. *Salen embozados.—Es de noche.*

Mar. Aquella es su casa.
Vill. Allí?
Mar. Voy á llamar.
Vill. (*Deteniéndole.*) Mas despacio. (*Examinándola.*)
Poco tiene de palacio
mucho de zaquizamí.
Mar. Siempre la fortuna fué
poco propicia á Rodrigo.
Vill. Tú eres su amigo?
Mar. (*Dudoso.*) Su amigo?
Parece, mas no lo sé.
Vill. Ese hombre tendrá ambicion?
Mar. Quién no la tiene?
Vill. Es muy cierto:

mio será.

MAR. Yo os advierto
que es hombre de corazon:
de alma grande, apasionada,
el deber solo le inspira,
y así maneja la lira,
como la lengua y la espada.
Nunca desmintió el valor,
hombre es de sinceridad,
y como dice verdad
goza del pueblo el favor.

VILL. Es hombre de fortaleza
y de ingenio! será vano:
sople el viento cortesano,
y perderá la cabeza.
Llama.

MAR. Vos os quedais?

VILL. Sí,
pero solo. (*A los ballesteros.*)
Ballesteros,
á las trochas y cruceros,
y á la menor seña aquí.
(*Vánse los ballesteros.*)
Vive solo?

MAR. Una hechicera
mujer, ástro de su vida,
vive con él.

VILL. Su querida!

MAR. Su hermana.

VILL. Llama.
(*Detiénese.*)
No, espera:
Juraria que han sonado
pasos.

MAR. Y ya.

VILL. Ves? Un bulto.

MAR. Cierto.

VILL. Por la sombra oculto.
Apartémonos á un lado.
(*Escóndense á la derecha.*)

ESCENA II.

DON LOPE *con rodeo y capa por el fondo izquierda.*

Correr por anchos caminos
y por tortuosos senderos
sin encontrar bandoleros
y sin dar con asesinos,
es cuanto puede anhelar
quien de noche y de rebozo
busca enamorado y mozo
hora, ocasion y lugar,
y afirmarán pesia mí!
que causa Castilla horror. (*Se detiene.*)
Parecióme oir rumor. (*Esplorando la escena.*)
No; no hay nadie aquí... ni aquí.
(*Mirando al balcon.*)
Su balcon! Habrá mortal
sin tener las ánsias mias,
que corra todos los dias
desde Segovia al Parral
por el camino peor?
No es, vive Dios! mal trabajo;
mas quién no toma el atajo
para llegar al amor?
Corrida está la cortina,
y busco en vano la mano
que la descorra. (*Con regocijo.*)
Ah! no en vano!
(*Abrese el balcon y aparece en él Serafina.*)

ESCENA III.

DON LOPE, SERAFINA.

SER. (*Asomándose al balcon.*) Lope mio!
LOPE. Serafina!
SER. (*Mirando al interior con recelo.*)
Silencio!
LOPE. Cómo callar
cuando á fuerza de tropiezos
salvando riscos y brezos

aquí te vengo á buscar?

SER. Calla por Dios!

LOPE. En mi anhelo
no reparo ni en mí mismo;
quién repara en el abismo
cuando vá á buscar el cielo?
Quién repara en la neblina
que á ese altivo monte agovia
si eres tú el sol de Segovia
que le dá luz, Serafina?
Todo, si estás sin enojos,
se alegra, todo se viste
de luto cuando estás triste.

SER. Ah Lope!

LOPE. Culpa á tus ojos,
que han robado, vida mia,
para aumentar su hermosura,
su sombra á la noche oscura,
y su luz al medio dia.

SER. Cómo te inspira el amor!

LOPE. En los hierros de tu reja
presa amor el alma deja
de tu amante tejedor.

SER. Tras ella tiene su asiento
feliz y tranquilo un hombre...

LOPE. Qué dá á la fama su nombre
al dar sus trovas al viento.

SER. Mi hermano!

LOPE. Mágica brota
de su laud la sencilla
y tierna cancion; Castilla
venera á Rodrigo Cota.

SER. Ah Lope!

LOPE. Suelta la vena
de su inspiracion galana,
deja atrás á Santillana
y oscurece á Juana de Mena.
Por eso al llegar aquí,
si tu semblante, alma mia,
no me inspirase, lo haria
cuanto hay en torno de tí.
Por eso á tu alrededor

baten las alas deshechas
del viento, dulces endechas
y cantinelas de amor.

SER. (*Con cariñosa ansiedad.*)
Prosigue.

LOPE. (*Con amargura.*) Sella mi labio
el recuerdo inoportuno
de tus rigores.

SER. (*Con sencillez.*) Ninguno!

LOPE. Sí, Serafina; un agravio
infieres á mi pasion.

SER. No basta el amor que siento
y este latido violento
de mi amante corazon?

LOPE. Así en mi dolor te cebas!

SER. Así mi desdicha labras!

LOPE. Palabras! solo palabras!

SER. Ay Lope!

LOPE. Pero no pruebas.

SER. Pruebas!

LOPE. Sí, dos meses há
que aquí nos sorprende el dia
con una loca porfía
que hoy debe acabarse ya.
Tu rigor es obstinado
y es bien que venzas la duda.

SER. Oh!

LOPE. Nada temas; te escuda
el amor de un hombre honrado:
desde tu balcon, veloz
me roba tu voz el viento,
no es fácil que en tu aposento
me robe el viento tu voz.

SER. Nunca! (*Con resolucion.*)

LOPE. Te suplico en vano?

SER. En vano, sí.

LOPE. Suerte impía!

SER. No Lope, no, mi honra es mia,
mas que mia, es de mi hermano;
de este mismo inmenso amor
que dentro del alma llevo.
(*Con creciente energía.*)

Oh! no, no puedo, no debo
no quiero manchar mi honor.

LOPE. (*Ap.*) Jamás he visto en mujer
tal teson.

SER. (*Sobresaltada.*) Ruido ha sonado!

LOPE. Qué?

SER. Mi hermano ha abandonado
el lecho.

LOPE. Al amanecer!

SER. (*Escuchando.*)
Vá á salir!

LOPE. Oh dicha!

SER. (*Con temor.*) Vete!

LOPE. Cómo?

SER. Si aquí te encontrara
de fijo que sospechara...

LOPE. Me voy, pero antes promete
á mi amor, que bajarás
á franquear estas rejas
y á oir mis amantes quejas.
Prométemelo.

SER. (*Retirándose del balcon y cerrándole.*)
Jamás!

ESCENA IV.

DON LOPE.

Jamás! Por Cristo que estoy
loco!... Desvarío... ó sueño?
(*Con resolucion.*)
He de vencer en mi empeño
ó dejo de ser quien soy.
Firmeza tal nunca ví,
y juro que... cosa rara!
ni yo mismo me explicára
lo que estoy sintiendo aquí.
No es un deseo liviano,
es el orgullo ofendido
y á entrar estoy decidido.
Pese á quien pese!... Su hermano!
(*Oyendo abrir la puerta de la casa.*)

ESCENA V.

DON LOPE *en acecho*, RODRIGO *y* SERAFINA *en el umbral.*

ROD. No salgas.
SER. Me hace temer
esta ausencia inesperada.
ROD. Confía y no temas nada:
voy á cumplir un deber.
LOPE. (*Al extremo opuesto.*)
Qué idea á mi mente acude!
Por el paredon del huerto
tengo hasta ella el paso abierto!
Audacia! El amor me ayude!

(*Saca precipitadamente una escala, la arrolla al brazo y desaparece detrás del muro que rodea la casa, en el mismo momento en que* RODRIGO *y* SERAFINA *se adelantan al proscenio.*)

ESCENA VI.

RODRIGO, SERAFINA.

(*Durante esta escena comienza á amanecer.*)

ROD. Cese el temor que te aterra
y vuelva á tí la alegría.
SER. Oh!
ROD. Tú eres hermana mia,
mi único bien en la tierra. (*Con solemnidad.*)
Tú y la sagrada memoria
de nuestros padres.
SER. Rodrigo!
ROD. Todos los dias bendigo
su nombre.
SER. Y yo.
ROD. Si en la gloria
donde quiso alzarlos Dios,
siguen tus pasos ansiosos,
deben estar orgullosos
de tí.
SER. De tí.
ROD. De los dos.

Ambos logramos la palma
cruzando errantes el suelo,
con la esperanza en el cielo
y la virtud en el alma.

SER. Hermano!

ROD. Que esta aureola
brille en tu serena frente.

TER. Siempre. (*con decision.*)

ROD. Y en tu alma inocente.

SER. Oh! (*Turbada.*)

ROD. (*Con tristeza.*)
Tu alma! aun está sola.

SER. (*Con sobresalto.*)
Qué dices?

ROD. Oh! su inocencia
algun dia volará.

SER. Cómo? (*Ruborizada.*)

ROD. Algun dia querrá
vivir con nueva existencia.
Estos instantes mejores
ve bien á quien los ofreces,
piensa que esconden á veces
mortal veneno las flores,
que es poderoso el arrullo
de una voz que finge que ama.

SER Más poderosa es tu fama.

ROD. Más la traicion!

SER. Más mi orgullo!

ROD. Es que puede sucumbir
á la astucia de un traidor.

SER. Es que aquel que tiene honor
hermano, sabe morir.

ROD. (*Con entusiasmo.*)
Al hablar de esa manera
me prestas nuevos alientos.

SER. (*Abrazándole.*)
Rodrigo!

ROD. En estos momentos
veo en tí mi raza entera.
Pobre! muy pobre! Es verdad;
pero honrada y sin mancilla
y ejemplo eterno en Castilla

de valor y de piedad.
Por eso es bien que no arguya
tu timidéz de mi ausencia;
necesita mi presencia
el pueblo, y no es bien que huya.
Es trance de vida ó muerte.
Quién sabe!

SER. Cielos! Hermano!

ROD. Hoy del pueblo Segoviano
se vá á decidir la suerte.
Fuerzas le sobran y brio.

SER. Dios le ampare!

ROD. Fia en Dios!
y en tanto, firmes los dos,
tú en tu deber, yo en el mio:
Entra.

SER. Rodrigo te aguardo. (*En el umbral.*)
con impaciencia extremada;
hoy es dia de asonada,
no tardes por Dios.

ROD. No tardo.
(*La dá un beso en la frente.* SERAFINA *entra en la casa.*)
Cierra por dentro el porton.
(*Oyese cerrar.*)
Ya está! (*Mirando á la casa.*)
Venturoso el hombre
que al entregarte su nombre
obtenga tu corazon.
(*Embózase y al ir á marcharse sale* MARTIN ROBLE, *tambien embozado*)

ESCENA VII.

RODRIGO, MARTIN ROBLE.

ROD. Quién vá! Por Cristo! sois mudo
ó es por acaso sordera?...

MAR. Sordo dejára á cualquiera
vuestro acento bronco y rudo.

ROD. (*Requiriendo la espada.*)

Pardiez!

MAR. Contra mí mandoble?
Traigo una espadilla rota.
Dios guarde á Rodrigo Cota
y á su amigo,

ROD. Martin Roble!

MAR. El mismo, os pasma?

ROD. Al albor
del dia, y con tal recato?

MAR. No es que de ocultarme trato.

ROD. Estais muy madrugador.

MAR. Ya veis; el dia despunta
sombrío.

ROD. No entiendo.

MAR. El mar
se pudiera alborotar.

ROD. Y por qué?

MAR. El pueblo se junta.

ROD. Y bien?

MAR. Vendrá en comitiva
con la cortesana grey
por la enfermedad del Rey
en cristiana rogativa.

ROD. Ah, ya!

MAR. Vos, cuerpo de tal!
sabeis...

ROD. Hablad sin tropiezos.

MAR. Que no han de servir los rezos
para curar tanto mal.
La Reina con ánsia vana
amparada por la ley,
pretende que muerto el Rey
suba al trono doña Juana.
La Infanta alega derecho,
y el de Aragon don Fernando
lleva la plebe á su bando,
que es mozo de gran provecho.
Los nobles de Andalucía
y los moros de Granada,
los unos en algarada,
los otros en correría,
traen al Rey á mal traer;

el Rey próximo á morir
temblando del porvenir,
lo vé, calla, y deja hacer;
mientras Castilla perpleja,
temiendo está y esperando,
en dos abismos fluctuando
la Infanta, y la Beltraneja.
(*Dia claro.*)

ROD. Tal nombre!

MAR. Yo me confundo
de esa estrañeza, Rodrigo.
Es un secreto? Yo digo
lo que dice todo el mundo.

ROD. Quizas la torpe ambicion.

MAR. La plebe acoje propicia...

ROD. Martin Roble, la malicia
suele torcer la razon.

MAR. Tal vez.

ROD. En mi porte rudo
yo tengo miras mas altas;
cuando se trata de faltas
miro.—veo.—toco... y dudo.
Que como nunca abrigó
mi mente bastarda idea,
no creo que nadie sea
menos honrado que yo.
La Princesa un nombre lleva
y respetarle es preciso.

MAR. Dicho sea con permiso
de don Beltran de la Cueva.

ROD. Viven los cielos! Callad!,
Siempre tuve por mejor
duda que engendra el honor
que infamadora verdad.

MAR. Aunque ya está arrepentida
fué la Reina pecadora.

ROD. Pero si su hija lo ignora
á qué amargarla la vida?

MAR. (*Riéndose con sarcasmo.*)
Estais en un mundo á fé,
que no es el vuestro y me apena;
dicen que si el rio suena

por algo suena
ROD. Lo sé.
Por eso sin duda alguna
repite del rio el eco
que desea ser Pacheco
un don Alvaro de Luna,
y que para ello la ruina
procura con vivo afan
del hijo de don Beltran.
MAR. Qué? del Duque de Molina?
ROD. Si, de don Lope, eso es.
MAR. Vive Dios! y que mas suena?
ROD. Que trae al Duque de Guiena
y que nos dá un Rey francés.
MAR. Y suena mas? (*Con ironía.*)
ROD. Otro eco,
otros rumores...
MAR. (*Con ironía,*) Por Dios!...
ROD. Van propalando que vos
estais vendido á Pacheco.
MAR. Rodrigo! Ecos mentidores. (*con furor.*)
ROD. Ese furor, señor mio,
calmad, eso suena el rio;
mas no creo en sus rumores;
pues como nunca abrigó
mi mente bastarda idea,
no creo que nadie sea
menos honrado que yo.

(*Aléjase:* MARTIN *queda pensativo, sale* VILLENA *y le pone la mano en el hombro.*)

ESCENA VIII.

MARTIN, EL MARQUÉS DE VILLENA.

VILL. Qué dice Rodrigo Cota?
MAR. Ah señor!
VILL. Qué dice ese hombre?
MAR. Penetra en el corazon
de un modo que sobrecoge.
VILL. Tienes miedo?
MAR. Miedo!

VILL. Acaba.
MAR. Sabe vuestras intenciones.
VILL. Pero es de la Beltraneja
partidario?
MAR. Lo es.
VILL. Entonces...
MAR. Mas no es partidario vuestro,
pienso se inclina á don Lope.
VILL. Su voluntad será mia.
MAR. No hay ninguno que la doble.
VILL. Yo.
MAR. Vos?
VILL. Lo dudas?
MAR. Dudarlo
señor!
VILL. Tengo dos resortes;
su honor en aquellas rejas,
su vida en estos renglones.
(*saca un papel que desarrolla y lee.*)
«Coplas de Mingo Revulgo.»
MAR. Que es Rodrigo?
VILL. El mismo. Oye.
(*leyendo.*) «*La soldada que le damos*
»*y aun el pan de los mastines,*
»*cómeselo con ruines*
»*Guay de nos que lo pagamos!*»
Asi Rodrigo, al Rey trata.
mira cuál trata á los nobles.
(*dale el pliego.*)
MAR. Grave castigo merece.
(*Oyese ruido lejano.*)
VILL. Es muy fácil que le azoten.
Oiste?
MAR. Rumor lejano.
Quizás Rodrigo convoque
su gente en estos lugares,
bueno es tomar precauciones.
VILL. Los ballesteros..?
MAR. Ocultos.
VILL. Muy bien: esta misma noche
á Segovia llegó el Duque
de Guiena, noble consorte

destinado á la Princesa,
y hermano del Rey Luis Once.

MAR. Y el pueblo? (*con duda*).

VILL. (*con desprecio.*) El pueblo...

MAR. Presumo
que aunque de estirpe tan noble,
no es Rey de Castilla el novio,
aunque el cielo se desplome.

VILL. Yo halagaré de la plebe
las rudas inclinaciones
con engaños; todo es lícito
como el intento se logre.

MAR. Hácia aquí vienen los gremios.

VILL. Los gremios? Martin escóndete.

(*Retiránse al fondo derecha. Salen por el fondo izquierda* RODRIGO, DIEGO, SANCHO, *y demás representantes de los gremios de Segovia.*)

ESCENA IX.

RODRIGO, DIEGO, SANCHO, *y demás representántes de los gremios.*

DIE. Esta es tu casa, Rodrigo;
á Dios. (*dándole la mano.*)

ROD. A Dios, Diego Ponce:
mañana en planta pondremos
nuestros conciertos, y entonces
si el Rey por enfermo y débil
á los planes no se opone
que se fraguan, juro á Cristo
sobre la cruz de mi estoque,
que no ha de estar á su antojo
Segovia sumisa y dócil.
Dicen que el duque de Guiena
instintos tiene feroces,
Rey duro á pueblo altanero
maridaje desconforme.
Convoque el Rey los Prelados,
llame los Procuradores,
y si ese duque de Guiena
tiene un voto, que me ahorquen.

DIE. Bien hablaste: tengo á punto
el gremio de tejedores.
SAN. Yo tengo el de broqueleros.
ROD. Bien Diego, bien, Sancho Gomez,
los demás gremios vosotros
Pero Nuñez, Beltran Lopez
y delante del alcázar
con insignias y pendones
pidamos al Rey que el Duque
como venga así se torne.
DIE. Si el pueblo por mengua suya
ha de sufrir el azote
siempre de un tirano, sea
tirano que le acomode,
no hemos de acudir á Francia
para buscar opresores
que aquí hay sobrados.
SAN. Sobrados!
Vive Cristo!
DIE. Por mi nombre
bien claro lo has dicho tú
en esas coplas que corren,
Mingo Revulgo.
ROD. Esas coplas
en grave riesgo me ponen.
DIE. No temas; Segovia es tuya.
ROD. Gracias Diego: hasta la noche.

(*Al ir á marcharse sale* MARTIN *y se coloca en medio de ellos.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, MARTIN.

MAR. Queréisme en vuestra compañía?
ROD. Otra vez tú Martin Roble?
MAR. Yo quiero ser de los vuestros
y llevar conmigo un hombre
que ha de lograr por sí solo
lo que los gremios no logren.
Estais conformes? En paz o

será de vosotros eco.

ROD. Quién es?

ESCENA XI.

LOS MISMOS, EL MARQUÉS DE VILLENA.

VILL. Yo! Don Juan Pacheco
Gran Maestre de Santiago.

ROD. El Maestre?

DIE. (*aparte.*) Brava pieza!

VILL. A buscaros he venido,
que me place ver unido
al pueblo con la nobleza.
Para romper la cadena
que nos deshonra y humilla
á una voz se alza Castilla
contra ese duque de Guiena.
Es fuerza de cualquier modo,
pues á ninguno nos place
de la Princesa el enlace
impedir, pero no es todo.

ROD. Cómo?

VILL. Por suerte infeliz
arrecia el mal, yo os lo digo;
y es necesario Rodrigo,
cortar el mal de raiz.
¡Cuántos años han pasado
de vileza y de sonrojo,
sometidos al antojo
de un miserable privado!
¡Cuántos en lucha incesante
ha vivido la nacion,
con odio en el corazon
con rubor en el semblante!
Vuelva la vista hácia atrás
la castellana hidalguía;
quereis volver á aquel dia
de vilipendío?

TODOS. Jamás!

VILL. Pues bien; á otra ruda prueba
se somete vuestro honor

que ya apunta el sucesor,
de don Beltran de la Cueva.

ROD. Que os equivocais colijo.
Cayó don Beltran; quién puede
haber que su puesto herede?

VILL. Siempre al padre, hereda el hijo.

ROD. El de Molina?

VILL. Pues!

ROD. Ah!
Os equivocais, señor,
el Duque es hombre de honor.

VILL. Hombre de honor!

ROD. Sí.

VILL. (*con intencion.*) Quizá!

ROD. Perdone vuestra nobleza
si acaso mi lengua ruda,
dice la verdad desnuda
con lealtad y franqueza.

VILL. Decid lo que os plazca.

ROD. Oid.
Emplea la noble grey
para dominar al Rey,
el amaño y el ardid.
Uno solo se desvia
de tan tortuoso sendero,
y por eso el pueblo entero
le adora.

VILL. Por vida mia!

ROD. Señor Maestre, es verdad,
al pueblo pruebas ha dado
de ser modelo y dechado
de nobleza y lealtad.

VILL. Y quién de tal modo al vulgo
así encadena y fascina?
Quién?

ROD. El Duque de Molina.

VILL. De veras? Mingo Revulgo?

ROD. Gran Dios!

DIE. (*aparte.*) Esto acaba mal.

VILL. El Rey de los trovadores!

DIE Yo voy por mis tejedores! (*vase.*)

ESCENA XII.

Los mismos, *menos* Diego.

Rod. Todo lo sabeis?
Vill. Si tal.
Rod. Vais á perderme?
Vill. No á fé,
que aunque mordaz y atrevido
mi amistad os he ofrecido
y pruebas de ella os dare.
Rod. Señor Maestre.
Vill. Escuchad!
Eso habeis imaginado!
Conque modelo y dechado
el de Molina?
Rod. Es verdad.
Yo le debo defender,
que el Duque es hombre de honor.
Vill. Del vuestro cuidad mejor,
que bien lo habeis menester.
Rod. Por Cristo! (*empuñando.*)
Vill. Tened la mano:
vos que tanto blasonais,
Rodrigo, por qué olvidais
vuestros deberes de hermano?
Rod. Siempre de ellos hice gala.
Vill. Decislo en mala ocasion.
Rod. Por qué?
Vill. De aquel paredón
está pendiente una escala.
Rod. Oh! la cólera divina
me confunda!
Vill. Por mi nombre!
por la escala subió un hombre.
Rod. (*Lanzándose frenético á la puerta de la casa.*)
Serafina! Serafina!
(*Llamando.*)
Abre!

(*Abrese la puerta y aparece en el umbral* Serafina.)

ESCENA XIII.

Los mismos, Serafina.

Ser. Atrás!
Rod. Dios vengativo!
tú sin honra! y el traidor...
Deja paso!
Ser. Sin honor
no hay vida hermano, y yo vivo!
Rod. No basta! Infeliz de tí,
infeliz!
Ser. Dolor profundo!
Dios vé mi inocencia
Rod. El mundo
la escala pendiente allí.
Ser. Mátame! (*con arranque*).

ESCENA XIV.

Los mismos, Don Lope.

Lope. Ay de quien la ofenda!
Rod. Infeliz de aquel que osare...
Lope. Aun hay pecho que la ampare
y brazo que la defienda!
Rod. Pues tú arrojaste el baldon
sobre mi honra inmaculada,
yo te clavaré mi espada
en mitad del corazon.
Defiéndete.
Lope. (*Empuñando.*) Ah!
Vill. (*A Rodrigo.*) Escuchad.
Rod. Nada escucho!
Vill. (*A Rodrigo.*) Oid!
Ser. Dios bueno!
Dios de bondad!
Vill. (*A Rodrigo.*) Yo os ordeno...
Rod. Señor Maestre apartad!
Brios para todos juntos
tengo: atrás los cortesanos!
dejadnos á los villanos
arreglar nuestros asuntos.

LOPE. (*Aparte.*) Por Cristo!
VILL. (*En medio de los dos.*) Amenazas vanas!
qué osado á faltar se atreve
al respeto que se debe
á mi nombre y á mis canas!
Dad al acero reposo. (*A Rodrigo.*)
Vos tambien; bajad la mano. (*A Don Lope.*)
Vais á matar á su hermano?
Vais á matar á su esposo? (*A Rodrigo.*)
ROD. Su esposo?
LOPE. (*Aparte.*) Su esposo yo?
VILL. (*Aparte D. Lope.*)
Salid de este compromiso
señor Duque.
LOPE. (*Asombrado.*) Qué?
VILL. Es preciso.
LOPE. (*A Villena.*)
Qué estais diciendo? Eso no!
VILL. Mirad que es gente villana;
que en gran riesgo estais aquí,
hoy es hoy; decid que sí;
mañana será mañana.
dejadme á mí (*alto.*) Divertido
fué el lance; gallardo mozo
echad abajo el embozo
y dadlo por concluido.
Vos, Cota, dadme la mano
Serafina; venid vos;
ganancia teneis los dos,
vos marido, y vos hermano.
ROD. Por qué el embozo le esconde?
Echadle abajo.
(*D. Lope se desemboza.*)
Por Cristo!
Juraría que os he visto
no sé cuándo, y no sé dónde.
Quien sois vos?
VILL. (*Interponiéndose.*) Lope Bermejo
si mis recuerdos son fieles;
tienda tiene de broqueles
y armas en el Azoguejo.
ROD. Yo nunca tal tienda ví

ni de tal Bermejo sé.

VILL. Eso es muy posible! y qué?
Lo mismo me pasa á mí. (*Aparte.*)
Esa es razon? Importuno (*Alto.*)
sois pardiez!

ROD. (*Ap.*) Estoy perplejo!
(*Cogiendo de la mano á* SANCHO *repentinamente, aparte.*)
Hay algun Lope Bermejo
broquelero?.

SAN. (*A Rodrigo.*) No hay ninguno.

ROD. (*A Serafina.*)
Adentro! (*Entrase Serafina en la casa.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS *menos* SERAFINA.

ROD. (*A Lope.*) Vos qué decís?

VILL. Que sí.

ROD. Me ciega la ira!
Mentira!

VILL. Mirad!

ROD. Mentira!

VILL. A mí ese insulto!

ROD. Mentís!

VILL. (*A Martin.*)
Prende á Rodrigo.

ROD. (*En actitud de defensa.*) Ah traidores!
Venid.

VILL. A mí tales fieros!
Aquí de mis ballesteros!
(*Aparecen cuatro ó seis ballesteros.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, DIEGO, TEJEDORES, BALLESTEROS.

DIE. (*Saliendo con un número considerable de tejedores.*)
Aquí de mis tejedores!
No tengas temor Rodrigo.

ROD. Diego!

DIE. Eso á tí! Voto á San!
Me lo temia! Aquí estan

mis tejedores conmigo.
Si se atreven esta vez
á desnudar el acero
para cada ballestero
no hay un tejedor, hay diez!

LOPE. Vive Dios!

VILL. Turba mezquina!

LOPE. La cólera me enagena.

VILL. Paso al Marqués de Villena.

LOPE. (*Arrojando el ropon que le encubre.*)
Paso al Duque de Molina.

ROD. (*Asombrado.*)
El Duque! el Duque! Oh sorpresa!
(*Fuera de sí.*)
A ellos Diego!
(*Oyese fuera gran rumor.*)

VOCES. (*fuera.*) Viva! viva!

ROD. Qué rumor!

VILL. La rogativa.
La Reina!

LOPE. (*Ap.*) Oh Dios! La Princesa!

VILL. (*Con autoridad.*)
Descubrios!
(*Todos se descubren.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, DOÑA JUANA, LA REINA, EL MARQUÉS DE SANTILLANA, EL CONDE DE BENAVENTE. *Damas, nobles, pueblo.*

REI. (*A Benavente.*)
Ya llegamos;
haced alto Benavente
un instante, pues enfrente
del convento nos hallamos,
que quiero en este momento
en que á Dios voy á invocar
mi alma reconcentrar
en santo recogimiento.
Para implorar el favor
de la divina grandeza,
por la salud de su Alteza
el rey, mi esposo y señor,

venimos aquí.

(*Oyense las campanas del convento.*)

Escuchad!

Plebeyos, damas, señores,
todos somos pecadores,
todos lo somos: orad.

(*Todos se descubren y oran mientras se oyen las campanas.*)

SAN. (*ap. á Benavente.*)
Que decís de esto?

BEN. Quién? yo?

SAN. Vos! es claro! con vos hablo!

BEN. Yo nada!

SAN. Yo si, que el diablo
á ermitaño se metió.

BEN. Me vais á comprometer,
silencio, lengua infernal!

SAN. Estos frailes del Parral
gran influjo han de tener
con Dios, si se reconcilia
con la reina doña Juana.

BEN. Estais loco Santillana?

SAN. Nos espera brava homilía!
Mas la oracion terminó.

BEN. Escuchad.

REI. El Rey, señores
colmándome de favores
su real poder me entregó.
Yo le acepté agradecida
de mi augusto soberano;
mas siendo humo y polvo vano
las grandezas de la vida,
huyo la pompa mundana
y mi poder abandono
á la heredera del trono
la princesa doña Juana.
Ella os ha de gobernar
cuando por la eterna ley,
el comun tributo el rey
deba á la tierra pagar.
Y quiero que en tal paraje,
ante el sólio del Eterno

de la ciencia del gobierno
comience el aprendizaje.

ROD. (*Saliendo al frente.*)
Nunca ocasion mas propicia
pudo ofrecerse, señora.

REI. Quién sois?

ROD. Quien de vos implora
el poder de la justicia!
(*Vuelven á tocar las campanas.*)

REI. El toque de esa campana
me llama al umbral sagrado,
mi poder he resignado
en mi hija doña Juana.
Dejad que al Omnipotente
mi humilde oracion dirija.

ROD. Señora!

REI. Aquí está mi hija.
Seguidme vos, Benavente.

(LA REINA, BENAVENTE *y algunas damas, éntranse en la iglesia.*)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, *menos* LA REINA, BENAVENTE *y parte de la comitiva.*

JUA. (*A Rodrigo.*)
Vuestra súplica escuché;
hablad, qué justicia es esa?

ROD. (*arrodillándose.*)
Yo á vuestras plantas, Princesa,
mi desdicha os contaré.

JUA. Alzad! quién sois?

ROD. Un villano!

SAN. (*Ap.*) Mal su aspecto lo denota.

JUA. Os llamais?...

ROD. Rodrigo Cota.

SAN. (*Ap.*) El poeta toledano!

JUA. Favor teneis con el vulgo,
sois de la plebeya grey...

ROD. Amigo!

JUA. Mas.

ROD. Cómo?

JUA. Rey.
ROD. Señora...
SAN. (*Ap.*) Es Mingo Revulgo!
(*Adelantándose y aparte.*)
Decidme, sois el autor
de las coplas...
ROD. Quién? yo? (*Con arranque.*) Si.
SAN. (*Ap.*) Por Cristo! Venid aquí:
dadme la mano.
ROD. Ah señor!
SAN. (*Ap.*) Vos hablais en castellano
y con valor: (*Alto.*) Doña Juana,
el marqués de Santillana
os le presenta: es mi hermano!
TODOS. Su hermano!
SAN. Sí, vive Dios!
nuestra hermandad es completa.
ROD. Qué decís?
SAN. Vos sois poeta,
poetas somos los dos.
En nuestra santa hermandad
que la inteligencia aduna,
no hay distincion de fortuna
ni hay clases, ni calidad.
Hermanos somos los dos
iguales hemos nacido;
nuestras almas ha fundido
con un mismo soplo, Dios.
JUA. Hablad pues; no será vana
Coya, vuestra peticion,
pues teneis la proteccion
del Marqués de Santillana.
ROD. Gracias! Pero aunque mi pecho
es leal y agradecido,
yo quiero estar protegido
tan solo por mi derecho.
JUA. Por vuestro derecho?
ROD. Sí!
por el mio! esto ha de ser;
no quiero á nadie deber
lo que se me debe á mí.
JUA. Ya os escucho!

LOPE. (*Ap.*) Qué agonía!

ROD. Por la noche y á traicion
entró en mi casa un ladron
para asaltar la honra mia.
La liviandad siempre alerta
vencer obstáculos sabe.
el amor la dió la llave,
la ocasion la abrió la puerta;
A la oscuridad fió
su crímen torpe y villano,
tocó en mi honra su mano
y muerta mi honra quedó.
Mi afrenta para borrar
términos la ley concede,
la ley invoco, ella puede
mi honra resucitar.
Eso os vengo aquí á pedir
sed de mi honor protectora;
si no lo sois, ¡ah señora!
hay que matar ó morir.
Ved que si pierdo la fé,
si muere toda esperanza,
en mi terrible venganza
sin piedad los mataré.
Arbitro supremo, vos
sois en la contienda mia,
del poder que Dios os fia,
vos responderéis á Dios.

JUA. En la regia potestad
siempre el bien Rodrigo, cabe;
justicia pedís; Dios sabe
que os la he de hacer. Continuad.
Quién el honor os robó?

ROD. Crédula, mas que liviana,
señora, tengo una hermana
que me ha deshonrado.

(*Aparece* SERAFINA *y se arroja á los piés de* DOÑA JUANA.)

ESCENA XIX.

Los mismos, Serafina.

Ser. No!
Yo imploro vuestra bondad, (*á doña Juana.*)
asi no sintais señora,
la fiebre devoradora
del amor.
Jua. (*aparte.*) Dios mio! (*alto.*) Alzad,
alzad pobre niña.
Ser. Cuánto
vuestro acento me consuela!
hablad que mi alma se hiela
de mudo terror y espanto.
Jua. No temais! Venid aquí,
qué os hizo perder la calma?
Ser. Amor que brotó en el alma.
digno de él! digno de mí!
Jua. Tan constante es vuestra fé?
Ser. Es dura roca y diamante,
Jua. Y es tan firme vuestro amante?
Ser. Ay señora! no lo sé!
Rod. Ah! con la duda batalla!
Yo no! traidor y malvado
de su amor ha renegado,
puesto que la escucha y calla!
Jua. Quién es? quién es? Acabad,
acabad que por mi vida,
haré justicia cumplida.
Vill. (*en alta voz á D. Lope.*)
Señor Duque. Contestad.
Jua. (*apoyándose desvanecida en una de sus damas.*
El Duque! Vos! (*aparte.*) Ay de mí!
(*Vacilar, todos acuden.*)
Vill. Señora! (*aparte.*) Tengo la clave!
le ama! si, duda no cabe. (*alto*).
Os poneis mala?
Jua. No! Si!
He sentido una afliccion
al ver la fiera agonía,
de esta jóven. Parecia...

(*aparte.*) se me rompe el corazon!
Esto es cierto? Vos quizás... (*á D. Lope.*)
sed vos mismo vuestro juez;
qué decis?

LOPE. (*con arranque.*) Que cada vez
señora, la adoro mas!

SER. Ah Lope!

ROD. (*ap.*) Me inunda el gozo!

VILL. (*ap.*) Qué caballo desbocado!
á Dios privanza! he triunfado!
Pobre mozo, pobre mozo!

JUA. (*con severidad.*) Qué decis?

LOPE. Ah! doña Juana!
de mi corazon el fuego...
(*acercándose á Serafina.*)

JUA. (*interponiéndose.*)
Qué vais á hacer? Estais ciego?
(*á Rodrigo.*) Id al alcázar mañana.
(*momento de silencio.*)

ROD. Mas Señora...

JUA. Basta ya!
Justicia de mí quereis
yo os juro que la tendreis,
yo os prometo que la habrá.
Ah Duque! que mal se aduna (*á D. Lope ap.*)
deber á amor; loco fuísteis!
cuán pronto al olvido disteis
los timbres de vuesta cuna!

LOPE. Pero...

JUA. Callad! yo os lo digo.

LOPE. Señora... ved... advertid...

JUA. (*á Serafina.*) Vos, pobre niña, venid,
que os quiero llevar conmigo.

ROD. Tanto honor!...

JUA. Tales favores
bien merece vuestra hermana. (*á Rodrigo.*)
Vos al alcázar mañana.
Vamos al templo Señores. (*Pónese en marcha la comitiva en direccion del Monasterio. Cae el telon.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El salon de los Reyes en el Alcázar de Segovia. Galería al fondo con gran ventana.—Mesa con tapete encarnado y el escudo de Castilla.—Puertas laterales en primero y segundo término; sitiales de la época.

ESCENA PRIMERA.

El conde de Benavente *asomado á la ventana.* El marqués de Santillana *sentado negligentemente en un sitial.*—Nobles.

Ben. Fresco y sutil corre el viento,
y frente al alcázar real,
todo el pueblo de Segovia
amontonándose vá.
Como es la jura...

San. La jura?
de quién?

Ben. Eso preguntais?
de doña Juana.

San. Ah! creí...

Ben. Qué creísteis?

San. Perdonad.
estaba aquí dando vueltas.

Ben. Vueltas? á qué?

San. A un madrigal.

Ben. Vos sois en la gaya ciencia
maestro.

San. Oh! no, no es verdad:
mi padre, que de Dios goce,
en el arte de trovar
alcanzó renombre y fama

en la corte de don Juan;
yo he heredado sus blasones
pero no he heredado más.

BEN. Vos su ingenio, su nobleza
y su valor.

SAN. Me adulais.
(*Levantándose y dándole la mano.*)
Gracias Benavente, pero
por Jesucristo, cerrad,
que entra por esa ventana
un vientecillo glacial,
y si á ella el nuevo privado
se asoma, se puede helar.
(*Bajan al proscenio.*)

BEN. Don Juan Pacheco es un hombre
que lo entiende, voto á San!

SAN. Qué agudeza!

BEN. Qué talento!
qué previsor!

SAN. Y qué audaz!
Protege al duque de Guiena
y le piensa regalar
la corona de Castilla.
Está loco!

BEN. Lo dudais?

SAN. Qué es dudar? Estoy seguro
de que no lo logrará.

BEN. Le casa con la Princesa.

SAN. Pues por eso.

BEN. Delirais!
no reinará doña Juana?

SAN. Creo que no, Conde.

BEN. Bah!
pues la princesa no es hija...

SAN. De su padre, á no dudar.
(*Con intencion y misterio.*)
La infanta doña Isabel
quiere ver á el Rey.

BEN. Hay tal!
pero qué? Sois partidario
de doña Isabel?

SAN. Sí.

BEN. Ah!
y lo decís de ese modo?
SAN. Como me lo preguntais.
BEN. Vais á luchar con Pacheco?
SAN. Y le voy á derrotar.
BEN. (*Asombrado.*)
Estais loco?
SAN. Loco el rey?
BEN. Cielo!
SAN. El privado! Callad.

ESCENA II.

LOS MISMOS. EL MARQUÉS DE VILLENA *por la izquierda.*

VILL. (*Con imperio.*)
Señores!... sola he dejado
la antecámara real
las ceremonias se acercan,
la corte allí debe estar.
(*Todos los cortesanos saludan humildemente á excepcion del* MARQUÉS DE SANTILLANA *y vánse por la izquierda.*)

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE VLLENA. EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

SAN. (*Volviéndose á sentar.*)
Qué ceremonias?
VILL. Marqués...
SAN. Yo ignoro...
VILL. Vos lo ignorais?
quereis que yo os las recuerde?
SAN. Si así lo haceis, me he de holgar.
VILL. El duque de Guiena...
SAN. Ah! si!
VILL. La jura despues...
SAN. Ah! ya!
Conque hoy el duque de Guiena
viene á pedir...? voto á San!
qué contenta doña Juana,
qué contenta debe estar!
VILL. Por qué no?

SAN. Pues eso digo;
vos un marido la dais
de régia estirpe...
VILL. Es muy cierto!
SAN. Y aunque un tanto original
y aunque un poco desabrido,
y aunque un mucho montaraz
marido es al fin y al cabo,
y si es marido, que más?
VILL. (*con impaciencia al ver que* SANTILLANA *permanece sentado.*)
La corte espera.
SAN. (*Con indiferencia.*)
Que espere.
VILL. Vos señor Marqués, no vais...?
SAN. A las ceremonias? Vaya!
á ninguna he de faltar.
(*Levantándose y acercándose con familiaridad á Villena.*)
Pero es que antes voy á ver...
VILL. A quién?
SAN. A un amigo.
VILL. Ya!
SAN. Que puede mucho.
VILL. Me alegro!
SAN. Mas que vos.
VILL Oh!
SAN. Mucho más.
A Dios.
VILL. (*Al verle entrar en la cámara.*)
El rey?

ESCENA IV.

EL MARQUÉS DE VILLENA.

Por lo visto
el Marqués de Santillana
me desafía; y es gana
de perderse vive Cristo!
Tres contrários! el Marqués,
don Lope y Rodrigo, oh!
siendo su adversario yo

yo basto para los tres.
Martin.

ESCENA V.

El Marqués de Villena, Martin.

Mar. (*por la derecha.*) Señor.
Vill. Solo?
Mar. Si.
Vill. Te necesito.
Mar. Soy vuestro.
Vill. Eres sagaz, eres diestro.
Mar. Y leal.
Vill. Y el pliego?
Mar. (*sacando un pliego.*) Aquí,
tomad señor, (*dándole.*)
Vill. Está bien;
esto para Cota; escucha;
terrible vá á ser la lucha
que me espera.
Mar. Contra quién?
Vill Y es segura mi derrota
si no he vencido mañana
al Marqués de Santillana,
don Lope y Rodrigo Cota.
Mar. El Marqués? que temeis de él?
Vill. El y yo, somos rivales,
le cuenta entre sus parciales
la Infanta doña Isabel.
Mar. Don Lope es mas de temer,
que es mozo y tiene valor.
Vill. Y le proteje el amor
inmenso de una mujer.
Pero el Duque de Molina
galan, rico, altivo y vano,
tiene contra sí al hermano
de la infeliz Serafina.
Justicia pidió en su afan,
justicia le han prometido;
ay! si á su honor ofendido
cumplida no se la dan!

Lleno de arrrebato ciego
con el pueblo aquí en tropel
vendrá; yo respondo de él,
le va á traer este pliego.

MAR. Pues no le ha de contentar
si es una fortuna inmensa?

VILL. Solo se borra su ofensa
con sangre, ó ante el altar.

MAR. No encontrareis embarazo
á ese plan?

VILL. Por Belcebú!
si falta, no tienes tú
puñal, y brio en el brazo?

MAR. Sí!

VILL. Pues prepara el puñal
entre la plebe escondido
que si me veo perdido
te haré al punto una señal
desde esa ventana.

MAR. Esa?

VILL. Esa.

MAR. La espero de vos:
A Dios (*Vase.*)

VILL. Martin Roble; á Dios.
Cielos! aquí la Princesa!

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, VILLENA.

(*Sale* DOÑA JUANA *por la izquierda y se dirige lentamente á la mesa.*)

JUA. Ya no hay esperanza, no;
en vano dia tras dia
mi amorosa fantasía
un ensueño acarició.
Viento sutil, leve espuma;
maldita la soberana
pompa y la grandeza vana
que me encadena y me abruma!

VILL. (*acercándose.*) Señora!

JUA. Pacheco! vos!

VILL. Cómo abandonais ahora
la cámara real, señora?
JUA. Dejadme Maestre, ay Dios!
VILL. Llorais?
JUA. Pues no he de llorar
si es mi destino tirano?
VILL. Tirano cuando la mano
al de Guiena vais á dar?
JUA. Pensais que no es tiranía
sin piedad y sin razon,
matar en mi corazon
la única esperanza mia?
Ah! qué ley cumplir me toca
que con tiranos antojos,
cegar ordena á mis ojos
y mentir manda á mi boca!
VILL. Ved doña Juana...
JUA. Ay de mí!
si una palabra el Rey dió,
por qué he de cumplirla yo,
yo que nada prometí?
VILL. Os obliga esa promesa,
que Princesa sois, señora.
JUA. Mal haya! mal haya la hora
en que he nacido Princesa!
VILL. Señora!
JUA. Qué triste suerte,
el fausto, la ostentacion,
y dentro del corazon
la muerte, Márqués, la muerte!
VILL. Cuando os espera un dosel
y una regia potestad,
baja vuestra voluntad
del vasallo hasta el nivel!
Ah! tornad á la razon;
sangre real en vuestras venas
corre, romped las cadenas
de vuestra fascinacion.
Dad ejemplo singular
de que en todo tiempo y hora
habeis nacido señora
para regir y mandar.

JUA. Ay! no! mi fausto me arredra!
Pobre mujer coronada,
constantemente encerrada,
en cuatro muros de piedra!
Egregios son mis blasones
altos mis timbres dorados,
por eso están rodeados
de perfidias y ambiciones.
Por eso llega el escoso
de la humana vanidad,
á matar la voluntad
del alma, Marqués, por eso.
Y no quereis que deplore
cuando la pena me embarga,
mi tirana suerte amarga
y que me queje, y que llore!
Ah! (*llorando: repentinamente.*)
Oid: todos los dias
lágrimas vertiendo á mares,
para distraer pesares
y ahuyentar melancolías.
Miro esa florida sesma
y esa risueña campaña
que con blando rumor baña
el agua del manso Eresma.
Y cuando el rojo arrebol
declina lánguidamente,
y en el oscuro Poniente
hunde sus rayos el sol,
Veo que por las galanas
praderas llenas de flores
se vuelven los labradores
de las campiñas lejanas.
Brota la alegre cancion
de su lábio tosco y duro
al dar vista al pardo muro
de su sencilla mansion.
Al eco que en las cercanas
cumbres desparrama el viento,
dejan su pobre aposento
las esposas segovianas;
Y del cielo bajo el manto

azul, sosegado y puro,
ambos comen un pan duro
mas llenos de amor y encanto,
Llenos de delicia y calma
sin que anublen aquel cielo,
ni las sombras del recelo
ni los pesares del alma.
Cuántas veces mi dolor
desde el alféizar dorado
con lágrimas ha envidiado
aquel pan, y aquel amor!

VILL. Luchad pues; árdua es la empresa,
mas todo el valor lo alcanza;
ahogad los ayes que lanza
vuestro corazon, Princesa.
Pues la suerte os es propicia,
no la hagais vos ilusoria.

JUA. Ah!

VILL. Traed á la memoria,
que os han pedido justicia.

JUA. Y la he de hacer (*aparte*) ay de mí!
Rodrigo...

VILL. En ello pensé.

JUA. Y qué hicísteis?

VILL. Todo á fé.

JUA. Y cómo?

VILL. (*dándole el pliego.*)
Miradlo aquí.

JUA. Este pliego...

VILL. (*Con sarcasmo.*) Si este pliego
la mancilla de su honor
no borra, lo hace mejor.

JUA. Mejor?

VILL. Le hace rico.

JUA. Ah!

VILL. Y luego
se amansará su porfía
si vé que con suerte loca
viene á taparle la boca
un título de hidalguía.

JUA. No os equivocais?

VILL. Por Dios

imagináisme tan ciego?

JUA. Quién le entregará este pliego?

VILL. No haceis vos justicia? Vos.

JUA. Yo?

VILL. Por vos rico será:
vuestro partido le gana.

JUA. Decid que venga su hermana.

VILL. A ella no.

JUA. Por qué?

VILL. (*Viendo á Serafina que sale por la izquierda.*
Aquí está.

JUA. Dejadnos Marqués.
(*Vase Villena por la derecha.*)

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, SERAFINA.

JUA. Venid.

SER. (*Ap.*) La princesa! oh Dios! que angustia!
Qué ordenais?

JUA. (*Con amabilidad.*) Aquí, á mi lado:
duéleme vuestra amargura.

SER. (*Ap.*) Esta es mi rival. Audacia!

JUA. Sentémonos. Aquí juntas.
(*Siéntase doña Juana y obliga á hacerlo á Serafina.*)

SER. Tanto honor!

JUA. Honor! Quitadme
estas vanas vestiduras,
la mentira y la soberbia
de este fausto que me abruma,
y podreis leer en mi alma
sencilla ingénua y desnuda.

SER. Cuán buena sois!

JUA. Pobre niña!
Apenas la flor despunta
de la adolescencia, y ya
desprende sus hojas mústias
que la larva la corroe
y su tallo el viento trunca.

SER. Qué estais diciendo?

JUA. Que extraño,
desdichada criatura,

que á cegar lleguen tus ojos
cuando el sol te los deslumbra!

SER. Os engañais.

JUA. Quién resiste
á la pasion? en la lucha;
del honor la fortaleza
desplomada se derrumba!

SER. Señora, vuestras palabras (*levantándose.*)
no me consuelan; me insultan!

JUA. Estais en vos Serafina?

SER. Es una infame calumnia.
Las flores de mi inocencia
se alzan lozanas y puras,
el sol que alumbró mi alma
en vez de cegar, fecunda;
y son envidia los rayos
con que mis ojos fulguran
del águila poderosa
que se cierne en las alturas.

JUA. Me asombrais!

SER. Puede mi alma
amar, deshonrarse, nunca!

JUA. Tan presto dais al olvido
del Parral las aventuras?

SER. Limpia levanto mi frente,
la conciencia no me acusa.

JUA. Amor Serafina, es ciego
y niño, y tiene disculpa.

SER. Discúlpenle en hora buena
los que rindió á su coyunda,
mas la pureza, señora,
no necesita disculpa.

JUA. Mas vos no amais?

SER. Con el alma!

JUA. Con esperanza?

SER. Ninguna.

JUA. Y qué intentais?

SER. Nada intento;
mas dentro de la amargura
de mi corazon, alienta
un recuerdo que la endulza.

JUA. Cuál?

SER. Que me adora.
JUA. (*Ap.*) Insensata!
(*alto.*) Y por qué esa conjetura?
SER. No es conjetura, es certeza;
si no lo fuera, quién duda
que muerto el amor del alma,
bajára el cuerpo á la tumba!
JUA. Certeza?
SER. Si, recordadlo;
qué contestó á la pregunta
que le hicísteis?
JUA. (*aparte.*) Dios me ampare!
SER. Aquella respuesta súbita,
aquel arranque amoroso,
me ama!
JUA. (*aparte.*) Dios te confunda!
(*alto.*) Es villana vuestra estirpe, (*con altivez.*)
vuestra condicion oscura,
la pasion os arrebata,
la vanidad os ofusca.
(*Serafina hace un movimiento para retirarse.*)
Dónde vais?
SER. Oh! permitidme...
JUA. Dónde vais?
SER. Donde no sufra,
ofensas que me desdoran,
altivezas que me injurian.
Al alcázar me ha traido
vuestra voluntad augusta,
si hallo en él afrenta y ódio
en vez de amparo y ternura,
nunca al alcázar viniera,
no me trajérais á él nunca.
JUA. Amparo! quién ha de dártele!
con un imposible luchas;
si mi proteccion te falta
quién te prestará la suya?
UN UGIER. (*Anunciando.*)
Rodrigo Cota.
SER. Ah! mi hermano!
él! oh! si, no tengais duda!

ESCENA VIII.

LAS MISMAS, RODRIGO.

ROD. Ayer aquí me llamaron,
señora, vuestras bondades,
para afirmar de mi honra
el alcázar vacilante.
Hoy por vez primera piso
estos egregios umbrales
en alas de una esperanza,
noble, generosa y grande.
(*Vá á arrodillarse.* SERAFINA *le detiene.*)

SER. Espera.

ROD. Qué?

SER. Tú de hinojos?
Ha pretendido humillarme.

ROD. Qué dices?

SER. Pero tú, hermano,
no te humillas ante nadie.

JUA. Amor la ciega!

SER. Señora,
que me retire dejadme.

JUA. (*Con dulzura.*)
No, jamás! Vos mis palabras
con error interpretásteis;
no es mi corazon soberbio,
nunca lo fué, Dios losabe:
Si á la pasion que os fascina
con un imposible osásteis,
hacen reyes mediadores
lo que vasallos no hacen.

ROD. No entiendo...

JUA. (*Sacando el pliego.*)
Tomad, Rodrigo.

ROD. Este pliego?

JUA. Si: tomadle.

ROD. Es... mi honor?

JUA. Es vuestra dicha
y la de ella.

ROD. No es bastante.

JUA. Ved lo que el pliego contiene.
ROD. (*Tomando el pliego y ap.*)
Mi mano tiembla cobarde.
JUA. (*A Serafina.*
Venid conmigo.
SER. (*Dudando.*) Señora...!
JUA. Sois mi dama: acompañadme.

ESCENA IX.

RODRIGO. *Abre pausadamente el sobre que contiene dentro dos pliegos.*

Un título de hidalguía!
Hidalgo! (*Con desprecio.*)
Y esto qué vale?
(*Mirando el otro pliego.*)
Tierras en Riaza y Sepúlveda. (*Leyendo.*)
Mas tierras! mas! (*Sombrío.*)
Dios me ampare!
la fortuna! la riqueza!
(*Buscando con avidez.*)
Mas la órden para el enlace
de Serafina y don Lope
dónde está? Tal vez se halle
aquí?... Nada!... (*Con amargura.*)
Oro! oro!
y esto es honor? esto?
(*Con energía creciente.*) Infames!
Venga á mi mente la idea
de una venganza que espante;
con el dolor y la ira
en agitado combate
de mi pecho estremecido
alma y corazon se salen,
al impulso poderoso
del fuego de cien volcanes.

ESCENA X.

RODRIGO, SANTILLANA.

SAN. (*Ap.*) Yo he de convencer al Rey.
ROD. Quién?

SAN. Rodrigo! Que me place!
ROD. (*Ap.*) Yo me vengaré!... lo juro
por el alma de mi madre!
SAN. Qué teneis?
ROD. Honra agraviada.
SAN. Haced que os la desagravien.
ROD. La desagravian con oro.
SAN. Ah por Cristo! ellos qué saben?
ROD. Espanto seré del mundo,
asombro de las edades.
SAN. Vuestro varonil arrojo
templad, Rodrigo.
ROD. Templarle!
Solamente Dios podria
de mi venganza librarles.
SAN. A quién?
ROD. A ella! á don Lope.
SAN. (*Señalando á la cámara.*)
Por allí pasa. Miradle.
ROD. Traidor mil veces!
SAN. Teneos!
á dónde vais?
ROD. A matarle!
SAN. Al duque?
ROD. Sí.
SAN. Al favorito...
ROD. Sí!
SAN. Al hermano...
ROD. Inspiradme
señor!
SAN. De la Beltraneja!
ROD. Basta!
SAN. Rodrigo!
ROD. Aun no es tarde:
Salgamos.
SAN. Por qué, y á dónde?
ROD. Dentro de pocos instantes
sabrá el pueblo segoviano
el misterio impenetrable
que es la causa de su afrenta
y el origen de sus males.
SAN. Ved de explicaros, Rodrigo.

ROD. Yo haré que el pueblo no alce
sobre el trono al vil retoño
de adúlteras liviandades (*Deteniéndose.*)
Ah!
SAN. Vacilais?
ROD. Santillana,
pretendisteis fascinarme?
y si no es cierto? Seria
accion entonces infame.
SAN. Aseguraos.
ROD. Y cómo?
SAN. Cómo, Rodrigo? Es muy fácil.
Pida el pueblo segoviano
que doña Juana se case
con don Lope; si él accede
si accede tambien la madre,
será mentira; si no
juzgad.
ROD. Es cierto. Al instante
voy á proponerlo al pueblo
y vendré con su mensage.
SAN. Y si no acceden?
ROD. Entonces...
SAN. Si no acceden... Escuchadme.
Infanta tiene Castilla
de altas prendas Cota.
ROD. Sabe
todo el valor de la honra?
SAN. Qué estais diciendo? el esmalte
que mas á sus ojos brilla
es el honor!
ROD. Bien; dejadme.
SAN. Dónde vais?
ROD. A alzar al pueblo
por ella.
SAN. A precipitarle.
Amigo de confianza
teneis?
ROD. Diego Ponce vale.
SAN. Decidle que quizá vea
por la ventana agitarse
un pañuelo.

ROD. (*Señalando la ventana.*)
Desde allí?
SAN. Desde allí.
ROD. Y entónces?
SAN. Álcese
Segovia y con grito fiero
á doña Isabel proclame;
pero sin ver la señal
no se mueva nadie, nadie.
ROD. Así se hará. A Diego Ponce
diré que en la plaza aguarde.
Honra mia! los soberbios
hoy pretenden mancillarte;
nada temas, yo te guardo,
honra santa de mis padres! (*Vase.*)
SAN. Señor marqués de Villena
vais á pasar mala tarde.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA. DOÑA JUANA *por el primer término izquierda.*

JUA. Marqués!
SAN. (*Ap.*) La Princesa!
JUA. Os hallo
solo, marqués, y me place.
SAN. Señora...
JUA. Estoy rodeada
de viles y desleales;
yo os tengo en mucho, marqués,
y deseo aconsejarme
de vos.
SAN. De mí?
JUA. Hanme dicho
que desaprobais mi enlace.
SAN. Como Segovia y Castilla.
JUA. Yo de vos quiero fiarme.
SAN. (*Ap.*) Que vá á hacer?
JUA. Decid marqués,
es cierto que hay leyes tales
que hay conveniencias de Estado
tan poderosas y graves

que sin compasion quebrantan
los instintos naturales?

SAN. Las hay.

JUA. Y contra esas leyes
no es posible rebelarse?

SAN. Señora!

JUA. Y si me rebelo
encontraré quién me ampare?

SAN. (*Ap.*) Vive Cristo que esta niña
me pone en terrible trance.

JUA. No respondeis?

SAN. Es el caso
señora, tan importante
que no debo...

JUA. Vos no sois
de ese cortesano enjambre;
quiero la verdad desnuda,
no las lisonjas falaces.

SAN. (*Ap.*) Ó soy traidor á mi causa,
ó soy con ella un infame.

JUA. Hay ejemplos en Castilla,
Santillana, de esponsales
entre príncipes y nobles?

SAN. Hay muchos.

JUA. Y esos enlaces
envilecen?

SAN. No, señora,
que los reyes y los grandes
si en el poder no se igualan,
sí se igualan en la sangre.

JUA. Entonces dadme un consejo.

SAN. Consejo? (*Ap.*) Cuál debo darle?
(*Mirando á la cámara.*)
Ah! El duque de Molina
se acerca aquí.

JUA. El duque!

SAN. Habladle!
(*Saluda y se retira.*)
Nadie mejor que su hermano
podrá aconsejarla.

JUA. (*Ap.*) Nadie
mejor que el hombre que adoro

podrá en mi duelo ampararme!

ESCENA XII.

DOÑA JUANA, DON LOPE.

JUA. Señor Duque, llegad.
LOPE. Sois vos, señora!
á buscaros venia.
JUA. Vinísteis en buena hora,
Duque, que yo tambien veros queria.
LOPE. En la cámara real está el de Guiena
esperando, y la reina vuestra madre
por vuestra ausencia está de angustia llena.
JUA. Mi madre! y sin piedad para su hija
rompe su corazon y su honda pena
no quiere mitigar, ni el triste llanto
á que su suerte airada la condena!
Quién calmará mi anhelo,
y quién en duelo tanto
tendrá piedad de mi angustioso duelo?
LOPE. Si mi vida bastara!...
porque fuérais feliz.
JUA. Duque!
LOPE. Señora,
la vida me arrancara!
JUA. Feliz! esa palabra encantadora
buscadla en medio de las toscas greyes,
no en los régios alcázares, no mora
en las tristes mansiones de los Reyes.
Ay! y en cuán poco la ventura estriba!
Esa felicidad tan envidiada
tal vez es una sombra ugitiva,
un rumor, un suspiro, una mirada.
Pero el alma confusa divagando,
de la vida en el piélago navega,
que esa felicidad se vá acercando,
se vá acercando, si, mas nunca llega!
LOPE. Qué! vos no la teneis? decid!
JUAN. Un dia
me dijo una comparsa aduladora:
«El poder á tu mano el mundo fia,

todo lo puedes tú; tú eres señora.»
El insensato corazon henchido
de la niña infeliz, de orgullo vano,
órdenes quiso dar y ver cumplido
un antojo infantil, mas soberano,
Pero una voz austera la decia.
«Para pedir y para hacer mercedes
eres niña, muy niña todavía;
luego podrás mandar; ahora no puedes.»
Y la niña creció: la adolescencia
dando vida á su sér y á su alma aliento,
sin agostar la flor de la inocencia
hizo brotar la flor del sentimiento.
Cuando la adolescente acariciaba
la hermosa flor que el céfiro mecia,
á solas con suspiros esclamaba:
Ay si seré muy niña todavía!
Luego sobresaltada oyó rumores,
el alma dió un quejido doloroso
y vió lleno de timbres y de honores
á un hombre que la dijo «Soy tu esposo».
Quiso entonces romper sus duras redes
el corazon; la voluntad sin miedo
al querer ordenar, oyó. «No puedes,
tienes que obedecer.» Pues cuándo puedo!

LOPE. Señora!

JUA. Ay Dios! el alma en su honda pena
no resiste á un esfuerzo sobrehumano;
me llevan al altar con el de Guiena,
ante el altar le negaré mi mano!

LOPE. Qué decis? qué intentais?

JUA. Necia porfia
basta ya! basta ya! no desvario;
dueño soy de mi sér y mi alvedrío,
mia es la voluntad, el alma es mia.
Llamad Duque, llamad.

LOPE. Esa entereza
es impropia de vos.

JUA. Ah desgraciado!

LOPE. Lo ruego humildamente á vuestra Alteza
pensad en vos y en la razon de Estado.

JUA. La razon! el Estado! qué locura!

Duque, cuando mi bien asi prevengo
qué me importa el Estado y su ventura?
la razon invocais! pues yo la tengo!

LOPE. El delirio os ofusca.

JUA. Ah! sí, deliro,
porque desde la altura de mi trono,
todo lo que en redor escucho y miro
es miseria, es ruindad, es abandono.
Volved, volved al fin por vuestros fueros;
la prez os arrebatan de las manos;
dónde están esos nobles caballeros?
dónde los infanzones castellanos?
Ois de una mujer la triste queja,
contemplais á una dama desolada
y el brazo altivo se desmaya y deja
caer al suelo sin vigor, la espada.
Y vosotros ansiais timbres y honores!
no hagais ya de virtud vanos alardes,
á la patria vendeis, pues sois traidores!
al débil no amparais? pues sois cobardes!

LOPE. No! vive Dios! aunque la suerte loca
derribe de los hombros mi cabeza,
soy vuestro defensor, á mí me toca;
yo seré el campeon de vuestra Alteza.
Ordenad! ordenad! Vuestra agonía
cesará, lo prometo; las cadenas
con que os enlaza la fortuna impía,
yo las quebrantaré con osadia,
lo juro por la sangre de mis venas
lo juro por la fé del alma mia!

JUA. Así os quiero!

LOPE. Mandad.

JUA. Id sin tardanza,
id al Rey y decidle que en provecho
de la Nacion, recuso esa alianza
y que dé ya mi enlace por deshecho.

LOPE. Qué más?

JUA. Si el Rey se niega, entonces fio...

LOPE. Cubierto entonces con la dura malla,
llamaré al noble duque á desafio,
y os libraré en el campo de batalla.

JUA. A ese ímpetu marcial nada hay que iguale;

mi suerte á vuestro esfuerzo se abandona.

LOPE. Voy á vencer! vuestra amistad me vale.

JUA. Id á triunfar! Os vale una corona.

LOPE. Ah! (*pálido y descompuesto.*)

JUA. Vacilais? qué es esto? (*ap.*) Duda horrible!

LOPE. Muera yo! muera yo por vuestra mano;
pero no me pidais un imposible.

JUA. La ama! me odia! Gran Dios!
(*cayendo en un sitial.*) Dios soberano!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, EL MARQUÉS DE VILLENA.

LOPE. (*aparte á Doña Juana.*) Pacheco!

JUA. Pacheco!

LOPE. Si.

JUA. (*Ap.*) Oh! si encuentra indicio alguno!

VILL. (*Ap.*) Secretos? (*alto.*) Soy importuno?
(*Ap.*) Qué es lo que ha pasado aquí?

JUA. No.

VILL. Don Lope sí.

LOPE. Esplicaos.

VILL. Perdísteis en un momento
el popular valimiento.

JUA. Por que?

VILL. Segovia es un caos;
y os tiene la plebe inquieta
por su enemigo mortal,
desde el lance del Parral
con la hermana del poeta.

LOPE. (*con indiferencia.*) Y bien?

JUA. Dejadla gritar.
Don Lope no ha de perder...

VILL. Ni con vos?

JUA. No.

VILL. Puede ser;
que no es delito el amar.
Por eso...

LOPE. (*Ap.*) Lengua infernal!

VILL. Buscando lo que le halaga
sueña, corre, vuela, vaga
y trasnocha en el Parral.

LOPE. (*Ap. á Villena.*) Ah! sin humano respeto
sin compasion, sin conciencia;
jugais con una existencia
que está á merced de un secreto.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, BENAVENTE. NOBLES.

BEN. (*á Villena.*) Marqués?
VILL. Turbado venís!
BEN. Si, no os estrañe don Juan,
es que reflejo el afan
de la Reina.
VILL. Qué decis?
BEN. En vano con insistencia
pretende llegar al lecho
del Rey.
VILL. Qué importa?
BEN. Sospecho...
VILL. Sospechais! Brava ocurrencia!
Fiad, Benavente en mí,
donde los Reyes respiran
hay ojos siempre que miran
todo lo que pasa allí.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, UN UGIER.

UGIER. Al fin de la galería
para entrar, del pueblo en nombre,
demanda licencia un hombre.
JUA. Hacedle entrar! Dios le envia!

ESCENA XVI.

LOS MISMOS RODRIGO.

ROD. Poco hace mi voz sedienta
de justicia y proteccion
se alzaba en esta mansion
para reparar mi afrenta.
JUA. Yo de la ley guardadora

hice justicia.

ROD. Vos!

JUA. Si.

ROD. (*Metiéndose la mano en el pecho por debajo de la ropilla.—Sombrío.*)
Aquí la conservo. . aquí!
sobre mi pecho, señora!

JUA. Vuestra gratitud es tanta!

ROD. Tenerla mayor no puedo.

BEN. (*Ap.*) Este hombre me causa miedo.

LOPE. (*Ap.*) Su voz sombría me espanta.

VILL. Ved de abreviar!

ROD. (*con calma.*) Vive Dios!
que al mandar con tal rudeza
en presencia de su Alteza
presumo que el Rey sois vos.

VILL. El Rey!

ROD. Y me maravilla!

VILL. Por Cristo!

ROD. La cosa es llana.

JUA. Enfermo el Rey, doña Juana
es la Reina de Castilla;
mi madre así lo ordenó
siendo la corte testigo.
Estais hablando Rodrigo,
al Rey.

ROD. Acatando yo
sus mandatos soberanos
á vuestras plantas hoy llego
á haceros oir el ruego
de los gremios segovianos.

JUA. Cuál es?

ROD. Segovia apenada
dice por mi voz, señora,
que la ofende, y la desdora
esa boda concertada.

JUA. Cielos! (*con alegría.*)

VILL. Esa altanería
vuestra desdicha asegura.
Qué pretende en su locura
la plebe que aquí os envía?

ROD. Acaso no se os alcanza

lo que ese pueblo pretende?
Rasgar el velo que tiende
sobre su noble esperanza
quien tiene sus ojos fijos
no mas que en su medro impuro.
Pretende su bien futuro
el bien estar de sus hijos.
Quiere para doña Juana
un marido, cuya gloria
esté ligada á la historia
de la nacion castellana.
Un Monarca mediador
de la Reina y sus vasallos
que sepa acatar los fallos
del deber y del honor.
Franco, leal, decidido,
sin rencor y sin malicia,
espejo de la justicia,
amparo del desvalido.
Rey que ensalze su realeza
vestida la ruda malla,
y en los campos de batalla
muestre su ardor y fiereza,
no con damas ni villanos
ni en mengua de nuestro fuero;
Rey noble arrogante y fiero
como son los castellanos.

JUA. Pacheco! vos sois testigo
de su ardimiento.

VILL. (*A Rodrigo.*) Esa grey
pretende mas de su Rey
futuro?

ROD. Sí.

JUA. Hablad, Rodrigo!

ROD. Que los primeros albores
que hayan brillado en su frente
brotaran del sol ardiente
que alumbró á nuestros mayores;
del mismo potente rayo
que la lucha fragorosa
hizo brillar victoriosa
la espada del Rey Pelayo.

VILL. Qué osadía, vive Dios!
JUA. Sus palabras tendrán eco
de fijo en el Rey; Pacheco
id, y decidselas vos.
VILL. Antes le darán enojos
por ofensivas y audaces!
Así se fraguan enlaces
segun plebeyos antojos!
Hay mas ciego frenesí!
Dónde existe un caballero
mas ilustre, mas guerrero
que el Duque de Guiena?
ROD. Aquí!
JUA. Marqués, qué poca arrogancia!
Hay en Castilla infanzones
que no envidian los blasones
de los Príncipes de Francia.
VILL. Feliz sería el mortal
que se viera tan honrado.
ROD. Tal vez Segovia ha pensado
en uno.
VILL. Decid.
JUA. En cuál?
ROD. En uno que ha conseguido
de leal y noble fama,
á quien Segovia proclama
por caballero cumplido.
Pues bien, quien tiene en su abono
condicion tan generosa,
bien merece por esposa
á la heredera del trono.
VILL.. Por Dios! Mi mente no atina,
quién hay que al trono se acerque,
ROD. (*Con sarcasmo.*)
Quién? Don Lope de Alburquerque,
noble Duque de Molina!
LOPE. (*Adelantándose con rapidez y con voz espantada.*)
Imposible! Jamás!
ROD. (*Ap.*) Oh!
Es cierto!
BEN. Qué avilantez!
JUA. Jamás! (*Con dolorosa extrañeza.*)

LOPE. (*Ap.*) Dios mio!
VILL. (*Ap.*) Pardiez!
Bien la trama combinó!
(*Se dirige á Benavente.*)
JUA. Imposible?
ROD. (*A doña Juana.*) Sí! imposible!
JUA. Que quereis decir?
ROD. Ahora
nada.
JUA. Mas...
ROD. Despues.
LOPE. Señora...
(*Ap.*) Pero esto es un sueño horrible.
Yo al trono!
JUA. (*Ap.*) Trono funesto!
VILL. (*A Benavente.*)
Conde, oid.
BEN. Señor don Juan.
VILL. Avisad al Capitan
de guardia, que venga presto.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS *menos* BENAVENTE.

VILL. (*A Rodrigo.*)
Ya comprendo vuestro ardid!
Mas ved que en esta partida
estais jugando la vida
y vais á perderla. Id
y dominad con presteza
á esa plebe inquieta y ruda
mal avenida sin duda
con su dicha y su cabeza.
Decidla que vuestro falso
ardimiento y fiero encono
no puede elevar un trono,
mas puede alzar un cadalso.
ROD. Lo sentiría por vos.
VILL. Pese á vuestro alarde fiero
cadalso hallareis primero,
y mañana...
ROD. Sabe Dios!

VILL. Mañana Castilla entera
con vivas aclamaciones
deplegará sus pendones
por doña Juana Primera;
solo un grito, un eco fiel
ha de escucharnos mañana.
Castilla por doña Juana!

SAN. (*Apareciendo en la puerta de la cámara.*)
No! Por la Infanta Isabel!

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS SANTILLANA.

VILL. Quién con mengua de la ley.
quién proclamará heredera
del trono á Isabel Primera?

SAN. El Rey don Enrique.

VILLENA *y* LOPE. El Rey!

SAN. El Rey.

JUA. Mi padre!

VILL. Impostura!

LOPE. Oh Dios mio!

VILL. Estais en vos?

LOPE. Santillana!

VILL. Vive Dios!

JUA. Esto es sueño!

LOPE. Esto es locura?
(*Quedan todos anonadados.*)

SAN. (*Ap.*) Ahora la seña, el pañuelo;
que estalle Segovia entera
y es Reina Isabel Primera.
(*Al ir á sacar el pañuelo preséntase el capitan con varios soldados.*)

VILL. (*Al Capitan señalando á Santillana.*)
Capitan!

SNA. Oh! vive el cielo!

VILL. Sujetadle!

ROD. (*Haciendo ademan de defenderle.*)
Por Luzbel!

VILL. Y á ese hombre!

ROD. A mí?

JUA. (*Interpaniéndose.*) No: Rodrigo,

es fuerza que hable conmigo.

VILL. Señora!

JUA. Respondo de él.

VILL. (*Ap.*) Y este hombre se escapa al fin
y me burla! pesia tal!

SAN. (*Ap.*) No puedo hacer la señal.
Ira de Dios!

VILL. (*Ap.*) Ah! Martin!
Martin me librará de él;
si, la seña; es necesario.
(*Saca un pañuelo y le agita por la ventana.*)

SAN. (*Con regocijo.*)
Sois el mejor partidario
que tiene doña Isabel!

VILL. No direis eso mañana.

SAN. No obrareis de igual manera.

VILL. Capitan..!

UGIER. (*Saliendo.*) El Rey espera
al Marqués de Santillana.

(*Santillana saluda y vase por la puerta de la izquierda.*)

VILL. (*Ap.*) Pongo al cielo por testigo
que presa de mis furores
serás.

JUA. Despejad señores.
Vos, quedad aquí Rodrigo.

(*Vánse todos menos Rodrigo, don Lope queda el último y se retira mirando con tristeza á doña Juana.*)

ESCENA XIX.

DOÑA JUANA RODRIGO.

JUA. Ah! ya estamos solos! Cota,
ha llegado la ocasion;
rompe este negro crespon,
que en torno á mis ojos flota.
Habla! que escuche! que vea..!

ROD. Señora! quereis que hable!

JUA. Qué misterio impenetrable
es este que me rodea?
Responde, por qué el Marqués
me humilla y alza á la Infanta?

En esto hay algo que espanta,
algo de siniestro, qué es?
Sí, vé Segovia con pena
y con Segovia Castilla
cuánto la ofende y mancilla,
mi boda con el de Guiena;
si yo en su deseo, veo
tambien mi dicha, ay de mí!
por qué es imposible, dí,
que se cumpla mi deseo?
Responde.

ROD. Fatal porfia!
Presumis que puedo en calma
rasgaros señora el alma
como vos rasgais la mia?

JUA. El alma! yo? no me esplico...
viendo tu desdicha inmensa
no he reparado tu ofensa?

ROD. Dios de Dios!

JUA. No te he hecho rico?

ROD. Callad!

JUA. Fija en su interés
no ordené que aquí viniese
Serafina?

ROD. A Dios pluguiese
mirarla muerta á mis pies
antes que en afrenta mia
y por preciado favor
la devolviérais su honor
convertido en mercancía.

JUA. Tal desman!

ROD. Mi ardiente anhelo
crece al pensar en la afrenta
que me hicisteis.

JUA. Ten en cuenta
tu condicion.

ROD. Vive el cielo!
(*Sacando el pliego.*)
Debo esto á mi condicion?

JUA. Es tu fortuna!

ROD. (*Rasgando el pliego.*)
Ved.

JUA. Ah!
ROD. Rota mi fortuna está
cual lo está mi corazon.
JUA. Eso á mí!
ROD. A mi alma gigante
cuando su deshonra venga,
ni hay valla que la contenga.
ni grandeza que la espante!
JUA. Villano!
ROD. El amor profundo
que sentís.
JUA. Yo?
ROD. Esa violenta
pasion, que es del mundo afrenta
si llega á saberla el mundo.
JUA. Mi pasion?
ROD. Fatal! maldita!
JUA. Oh! mayor afrenta fuera
que yo te alzase á la esfera
en que don Lope se agita!
ROD. Nunca!
JUA. Afrenta que se acerque
á don Lope una villana.
ROD. Crímen que ame doña Juana
á don Lope de Alburquerque!
JUA. Por qué? (*Oyense gritos confusos.*)
ROD. Escuchad!
JUA. Qué rumor!
ROD. Al crecer con violencia
os dirá la diferencia
que hay de un amor á otro amor.
Oid! oid! ese ruido
confuso que el viento corta,
vá á deciros lo que importa
el honor; prestad oido.
Vuestra alma exhale su queja
como la mia su hiel!
VOCES. Viva la infanta Isabel!
Abajo la Beltraneja!
ROD. Por vos!
JUA. Ah! por mí! Qué afan!
La Beltraneja! (*Con estrañeza.*)

ROD. Entendeis?
Ved si es un crímen que améis
al hijo de don Beltran!
(*Señalando á don* LOPE *que pálido y asustado viene en auxilio de doña* JUANA.)
(*Dando un grito y cayendo desmayada en un sitial.*) Ah!
LOPE. (*Sosteniéndola.*)
Infeliz! Qué habeis hecho?
El mismo infierno os inspira.
ROD. No tiene el infierno la ira
que rebosa de mi pecho!
LOPE. Esos gritos..!

ESCENA XX.

LOS MISMOS, DIEGO, SANCHO, PUEBLO *en tumulto con armas y en actitud imponente.*

VOCES. Muera!
LOPE. (*Desenvainando.*) Oh!
DIE. Vedla ahí.
(*Se dirigen en tropel á doña* JUANA.)
ROD. (*Desenvainando.*) Vais á poner
la mano en una mujer?
Atrás! La defiendo yo?

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, SERAFINA.

SER. Rodrigo!
ROD. Tú! (*Mirando á* DON LOPE.)
Y él aquí?
DIE. Pague en sangre su delito!
ROD. (*Deteniéndole.*)
Su sangre! La necesito
toda, toda para mí!
DIE. El te ha ofendido altanero.
ROD. Nadie ha de pedirle cuentas.
Para vengar mis afrentas
basta y sobra con mi acero!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cámara de la Princesa. Gabinete octógono: al fondo el oratorio cuyas puertas se abrirán en tiempo oportuno. Ventana en el chaflán de la izquierda; puerta en el de la derecha. Puertas laterales en el primer término.

ESCENA PRIMERA.

SANTILLANA y RODRIGO.

(*Al levantarse el telon se oye ruido de espadas y las voces de* SANTILLANA, RODRIGO *y* MARTIN.)

SAN. (*Dentro.*) Rodrigo!
MAR. Muere!
ROD. Asesino!
SAN. Traidor!
MAR. El cielo me valga!

(*Salen* SANTILLANA *y* RODRIGO *por la puerta derecha primer término.*)

SAN. Con el pomo! que la sangre
de cobardes no se lava!
Estais herido?
ROD. Un rasguño
nada más.
SAN. Buena estocada
parásteis!
ROD. Debo la vida
al Marqués de Santillana.
SAN. Para deshacer traiciones
y descubrir emboscadas
siempre la suerte me ha dado
golpe cierto y vista clara.
Pero cómo en estos sitios

olvidando la jornada
de ayer?

ROD. En este palacio
tengo mi honra y mi hermana
en rehenes, y aquí vengo
porque quiero rescatarlas.
Si un dia, señor Marqués,
queda mi vida sin mancha,
disponed de ella.

SAN. (*Abrazándole.*) Rodrigo!

ROD. Hoy no me es dado brindarla,
que nunca ofrecerse debe
vida que está deshonrada.

SAN. La vuestra es pura.

ROD. Los cielos
me la den hasta mañana.

SAN. Ay del que contra ella atente!
juro á Dios que hace compaña
al que habeis tendido en tierra.

ROD. Desventurado!

SAN. Os dá lástima!

ROD. Menos cobarde es su crímen
que el crímen de quien le paga.

SAN. Siempre igual!

ROD. Siempre el castigo
se impone al brazo que mata,
y la intencion que le impulsa
queda libre y hasta honrada.

SAN. No ha de cruzar con la mia
mano traidora que empaña
los timbres...

ESCENA II.

LOS MISMOS VILLENA.

VILL. Marqués, calmaos,
y no hableis en voz tan alta,
que las paredes escuchan
y el eco á veces delata.

SAN. No tiene porque cuidarse
ni de obras ni de palabras

el que sabe sostenerlas
con la punta de la espada.

VILL. Ya sé que unís al ingenio
el valor y la arrogancia.
Me place que el de Villena
conozca al de Santillana.

ESCENA III.

RODRIGO, VILLENA.

VILL. Por cierto mas que la suya,
me dá asombro vuestra audacia.
No sabeis que hay en Castilla
cuchillos para gargantas?

ROD. Sé que hay traidores puñales
que hieren al que los alza.
(*Abriendo la puerta del primer término derecha.*)
Le conoceis?

VILL. Martin Roble!

ROD. Rogad á Dios por su alma.

VILL. Puedo perderos Rodrigo;
tenedlo en cuenta.

ROD. Amenazas!

VILL. Habeis al Rey injuriado
en esas coplas que andan
de boca en boca, y que atentan
á su prestigio y su fama.

ROD. Si son falsas castigadme,
si no lo son, respetadlas.
Bueno es que hasta el trono llegue
esa voz que al pueblo arranca
la soberbia de los grandes
y la incuria del Monarca.
Si el Rey al oirlas siente
subir el fuego á la cara,
no olvide el Rey al oirlas
que provechosas por francas,
más que las dulces lisonjas
son las verdades amargas.

VILL. Amargas! como lo fueron
cierta noche y cierta escala

para algunos.

ROD. Ah! por ellas
vuelvo aquí á poner mi planta.

VILL. Quereis hablar don Lope?

ROD. Es ocasion de palabras?
Marqués, con honra ó sin vida
he de salir del Alcázar.

VILL. Aquí vendrá el Duque.

ROD. Pronto?

VILL. Su deber aquí le llama;
muy pronto.

ROD. Bien: ah! las horas
de vergüenza son muy largas.

VILL. Quedaos,

ROD. Donde?

VILL. En la capilla.
En ella la Reina pasa
muchas horas entre cantos
religiosos y plegarias.
Mas tardará.

ROD. He de fiarme
de vos?

VILL. Me interesa.

ROD. Basta.
(*vase* RODRIGO *por la capilla.*)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS DE VILLENA.

Con honra ó sin vida dice,
ha de salir del Alcázar,
con honra, no es muy probable;
sin vida es fácil que salga.

ESCENA V.

VILLENA, DOÑA JUANA.

VILL. (*Ap.*) Ella aquí! (*alto.*) Con qué placer
os veo...

JUA. Gracias Villena.

VILL. Repuesta ya de la pena

que ayer sentisteis.

JUA. Ayer?
No recuerdo.

VILL. Turba aleve
con torpe intencion aviesa
quiso ofenderos, Princesa.

JUA. No recuerdo.

VILL. Fué la plebe.

JUA. No sé.

VILL. Todavía el eco
fatídico se levanta
diciendo, Viva la Infanta
Isabel...

JUA. Callad, Pacheco.
Cuando ese grito me aterra
le venis á recordar!
No veis que quiero olvidar
hasta que existo en la tierra?
No mirais mi pecho herido
por las perfidias del mundo?
No veis que en mi afan profundo
quiero olvidar, y no olvido?

VILL. Es cierto! Un alma traidora
os vendió.

JUA. Rodrigo!

VILL. Ved
cómo pagó la merced
que vos le hicísteis, señora.
Sí, miserable, infamado,
vino á contaros su pena
y vos le disteis...

JUA. Villena,
qué le he dado! qué le he dado!

VILL. Riquezas.

JUA. Nada!

VILL. Un tesoro.

JUA. Ay Villena, desvario!
La deshonra és un vacío
que no se llena con oro.

VILL. Y bien señora?

JUA. Impelida
por vos y mi orgullo ciego

entregué á Rodrigo un pliego
que hizo mas honda su herida.

VILL. Ah señora! Por mi nombre
que ha sido en mí gran torpeza,
no hidalguía, no riqueza,
se debió dar á ese hombre.

JUA. No!

VILL. Fuera mayor merced
obligar al de Molina,
á que diese á Serafina
su nombre.

JUA. Su nombre!

VILL. Ved
de qué sencilla manera
se satisface su honor
y se apacigua el furor
de esa plebe adusta y fiera,
así cesará en su encono
encontrando en vos abrigo,
así á la voz de Rodrigo
os alzará sobre el trono.

JUA. Ya qué me puede importar!

VILL No olvideis que el Rey ordena
que hoy partais con el de Guiena,
que la Infanta vá á llegar.

JUA. Este lugar apacible
donde aun siento la fragancia
dulcísima de la infancia
abandonar! imposible!
Aquí mi primer afan,
aquí mis mejores dias,
mis penas, mis alegrías,
mis ilusiones estan.
Prendas de mi corazon,
cómo puedo yo dejaros?

ESCENA VI.

LOS MISMOS, DON LOPE.

LOPE. La Reina desea daros
su postrera bendicion.

JUA. Ah!

LOPE. Se halla en la regia estancia
el que vá á ser vuestro esposo
JUA. No hay esperanza!
LOPE. Es forzoso
que hoy mismo partais á Francia.
JUA. (*A Villena.*)
Ya lo veis! Hay que partir.
Ya está mi suerte trazada,
ya nada me resta, nada
mas que callar y morir. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON LOPE *y* VILLENA.

LOPE. Estareis muy satisfecho?
VILL. Quén? yo? no.
LOPE. Y envanecido:
decid, qué habeis conseguido
de todo el mal que habeis hecho?
Al llenar su corazon
de eterno llanto y de luto,
no habeis alcanzado el fruto
de vuestra infame ambicion.
VILL. Já! já! me asombra por Dios
que tanto penseis en mí
cuando puede haber aquí
quien piense tambien en vos.
Es que el Duque de Molina
no me ha comprendido ya?
(*Viendo á Serafina.*)
Mejor se lo esplicará
Serafina.
LOPE. Serafina!
VILL. (*Marchándose por el segundo término izquierda.*)
Vive Dios que tiene hiel
y es tenaz el enemigo.
Gracias que tengo á Rodrigo
que me vá á dar cuenta de él.

ESCENA IX.

Don Lope, Serafina.

Lope. (*Ap.*) El despiadado rigor
de la suerte en mí se ceba,
cómo resisto á esta prueba
si luchan deber y amor!
Serafina!
Ser. Os atreveis?
bajad don Lope los ojos
y respetad los sonrojos
que al veros siento.
Lope. Qué haceis?
Ser. Yo vago aquí sin ventura;
bajo este sombrío techo,
le falta espacio á mi pecho
para exhalar su amargura.
Cómo deseo romper
los lazos que aquí me oprimen,
aquí donde amor es crímen,
donde impera esa mujer!
Lope. Serafina! Tú ese acento?
Qué imposible desventura
ha secado en tu alma pura
las fuentes del sentimiento?
Ser. Mi mismo dolor!
Lope. Qué vale
tu inmenso dolor profundo?
No hay Serafina, en el mundo
tormento que al suyo iguale.
Ser. Ay!
Lope. Yo á tu rigor me avengo,
mas vence hácia ella tu ira
por la compasion que inspira,
por el amor que te tengo.
Ser. Amor!
Lope. Dudas?
Ser. Amor vos?
no cabe mayor agravio.
Lope. No te lo ha dicho mi labio

mil veces?

SER. Don Lope! A Dios.

LOPE. No tienes memoria alguna
de tanta felicidad?
no recuerdas?

SER. Apartad.

LOPE. Recuerda que de la luna
al incierto resplandor
oias desde tus rejas
las apasionadas quejas
de un tierno y constante amor.
El viento en sus leves giros
te llevaba embalsamado
un acento enamorado,
unos ardientes suspiros.
Un hombre allí su pasion
te pintó con ánsia loca,
y lo que dijo su boca
se infiltró en tu corazon.
Aquel hombre, vida mia,
quiso un alma hacer de dos;
aquel hombre...

SER. No érais vos!

LOPE. No era yo?

SER. Aquel no venia
de noche hasta mi recinto
orgulloso y altanero,
con plumage en el sombrero
y con espada en el cinto.

LOPE. Oh!

SER. No era el noble señor
don Lope.

LOPE. Si, Serafina!

SER. No era el Duque de Molina,
era un pobre tejedor.

LOPE. Duque, ó tejedor, mi llama.
ardiendo con mayor brío,
viene á decirte bien mio...

SER. Lope!

LOPE. Que te ama!

SER. Que me ama!
Dios mio!

LOPE. (*Estrechando las manos de* SERAFINA, *y balbuciente.*) Pluguiera á Dios
que nuestra desdicha fiera
Serafina, no pusiera
un abismo entre los dos.
SER. Abismo!
LOPE. Tu hermano!
SER. Oh!
LOPE. Bien
mostró su genio indomable,
mas castigando á un culpable
culpable se hizo tambien.
SER. Oh! basta!
LOPE. Mi amor!..
SER. Oculto
queda aquí y avergonzado
el que me habeis inspirado.
LOPE. Oye!
SER. El vuestro es un insulto!
LOPE. No por Dios! El es testigo...
SER. De mi vergüenza.
LOPE. (*Deteniéndola.*) No!
SER. (*Con altivez.*) Acaso
pretendeis cerrarme el paso?
LOPE. Sí.
ROD. (*Saliendo.*) Lo veremos!
SER. Rodrigo!

ESCENA X.

LOS MISMOS, RODRIGO.

ROD. Esa es difícil empresa
señor Duque de Molina.
Retírate, Serafina.
SER. Oh! Buscaré á la Princesa.
(*Váse segundo término izquierda.*)

ESCENA XI.

RODRIGO, DON LOPE.

ROD. Ya estamos solos los dos:
rogad señor Duque al ciélo

que tenga piedad de vos,
pues ya no os queda en el suelo
mas amparo que el de Dios.

LOPE. Si una afrenta imaginada
á una venganza sangrienta
lleva vuestra mano airada,
yo tambien tengo una afrenta
por vos hecha, y no vengada.
Mas para vengarla, Dios
me ha otorgado, señor mio,
la ventaja entre los dos;
soy igual á vos en brio,
y en nobleza mas que vos.
Atreverse á mí es locura.

ROD. Si esa altura os asegura
contra mi honor ofendido,
yo señor Duque, yo os pido
que bajeis de vuestra altura.
A poder tan soberano
yo no temo, ni á él me postro;
soy humilde y soy villano,
pero aun pudiera mi mano
alcanzar á vuestro rostro.

LOPE. (*Empuñando.*)
Oh!

ROD. Ya bajais! ya se inclina
el poderoso al mendigo,
oh gracias!

LOPE. (*Conteniéndose.*) Bondad divina!

ROD. Callais? callais?

LOPE. (*Con esfuerzo.*) Sois Rodrigo
hermano de Serafina:
ved si es grande mi pasion,
mi cariño verdadero,
que en mí arrojais el baldon
y no teneis ya mi acero
clavado en el corazon.

ROD. Clavadle! Desenvainad!

LOPE. Antes Rodrigo, escuchad,
y haced despues lo mejor.

ROD. Vais á hablar de vuestro amor?

LOPE. De mi amor, Rodrigo.

ROD. Hablad.

LOPE. Bella, garrida, lozana,
como la rosa gentil,
cual la azucena galana,
ví en el campo á vuestra hermana
en una tarde de Abril.
Sus ojos deslumbradores,
luz eran de monte y prado,
para su boca de amores
su perfume regalado
robaba el viento á las flores.
Lleno de asombro quedé;
quise hablar y enmudecí;
á mirarla fuí y cegué.
Cómo decirbs podré
lo que en el alma sentí!
Mi poderoso albedrío,
ni vencido, ni domado,
sintió su arrogante brío
por el tierno poderío
del amor aprisionado.
La lucha quiso emprender,
intentarlo fué locura;
¿cómo luchar y vencer,
cuando pierden al poder
de su divina hermosura,
de su boca á los olores,
de su vista á las centellas,
trinos, aroma y fulgores,
los pájaros y las flores
y la luna y las estrellas!

ROD. Sois veraz.

LOPE. Siempre lo fuí.

ROD. Tanto la amais?

LOPE. Tanto! sí!

ROD. Por qué amor tan acendrado
no le habeis legitimado
ante Dios?

LOPE. Por vos.

ROD. Por mí?

LOPE. Por vos, Rodrigo, escuchad.
Oid de qué triste modo

pudo la fatalidad,
destruir mi encanto todo,
toda mi felicidad.

ROD. Ya os escucho.

LOPE. Si os dijera,
que al mirar correspondida
mi pasion pensé en que fuera
esposa mia, os mintiera,
y no he mentido en mi vida.
Candado del corazon,
rémora de mi deseo,
era mi noble blason,
que hallaba mezquino empleo
en su humilde condicion.
Pero habló naturaleza,
y la ardiente juventud,
digna halló de mi nobleza,
su incomparable belleza
y su cándida virtud.
El amor y un falso honor
se disputaban la palma,
amor lidió con vigor,
y en esta lucha del alma,
triunfante quedó el amor.

ROD. Triunfante el amor!

LOPE. Ah! sí;
mas juzgad de mi sorpresa
al punto que descubrí
todo el amor que hácia mí
abrigaba la Princesa.
Qué hacer entonces? qué hacer?
Iba yo á despedazar
el alma de esa mujer,
cuya suerte es padecer
cuyo destino es llorar?
Esclavizado, sujeto
á una dura obligacion,
yo consagré á su pasion
si no el amor, el respeto
que merece la afliccion.
Pero sin tener en cuenta
su dolor, y el alma atenta,

fija solo en el agravio,
la descubrió vuestro labio
la enormidad de su afrenta.
Si fué accion villana ó no
consideradlo vos mismo,
vos lo quisisteis, no yo.
Quién entre los dos abrió
la inmensidad del abismo?

ROD. Y es razon porque ese arcano
descubrí...?

LOPE. Ved que es en vano
que en ello insistais.

ROD. Por qué?

LOPE. Renegara de mi fé
antes que ser vuestro hermano.

ROD. (*sombrío.*) Así lo ha querido Dios,
(*con ímpetu.*) Pues afrentados nos vemos
vos de mí, y yo de vos,
ya qué remedio tenemos
sino matarnos los dos.

LOPE. Rodrigo!

ROD. Empuñad la espada,
apelo á vuestra hidalguía,
yo veo una honra ultrajada,
y mas alto que la mia,
señor don Lope, no hay nada.

LOPE. Esa decision tomais?

ROD. Esa tomo y otra no.

LOPE. Vuestra desdicha labrais.

ROD. Que querais ó no querais,
de aquí salgo honrado yo. (*desenvainando.*)

LOPE. (*desenvainando.*) Sea!

ROD. Así quiero yo veros!

JUA. Y SER. (*Apareciendo por la puerta de la cámara.*)
Ah!

LOPE. Princesa!

ROD. Serafina!

JUA. (*con autoridad.*) Envainad esos aceros;
os lo ordena, caballeros.
la Duquesa de Molina.

ESCENA XII.

Los mismos, Doña Juana, Serafina.

Rod. y Lope. Cielos!
Jua. (*á don Lope dándole la mano de Serafina.*)
Esta es vuestra esposa;
anudad tan dulces lazos,
hoy la arroja en vuestros brazos
una amiga cariñosa.
Temblad el fiero dolor (*á Serafina.*)
pues con próspera fortuna,
la humildad de vuestra cuna
se ensalza por el amor.
(*á Rodrigo.*)
Honra os doy y á vuestra hermana;
no hicisteis eso conmigo,
ved la distancia Rodrigo
que hay de vos á doña Juana.
Rod. Oh!
Jua. (*Ap.*) La pena me devora
pero es fuerza, valor pues!
Rod. Yo me arrojo á vuestros pies,
yo os pido perdon, Señora.
Jua. Alzad.
Rod. Dejad que os demande
perdon por mi error profundo,
no puede haber en el mundo
corazon mas noble y grande.
Jua. Doy, al olvido mi queja
y vuestra injuria perdono:
algo valdria en el trono
la mísera Beltraneja.
Rod. (*confundido.*) Oh!
Jua. Tal nombre no me dán?
no asegura vuestra grey,
que no soy hija del Rey?
que es mi padre don Beltran?
No vaga de gente en gente
esa creencia infamante?
Ah! ya he sufrido bastante!

miente quien lo diga, miente!
de la Reina la honra brilla
sin una mancha liviana,
hija es del Rey doña Juana,
Princesa soy de Castilla.
Esos ecos mentidores
contra mi honor levantados,
esos han sido inventados,
por indignos y traidores.

LOPE. Mil veces miente el impío
que á vuestro decoro atente,
Princesa.

JUA. (*con energía.*) Mil veces miente!
(*arrojándose en los brazos de don* LOPE. *Llorando á ap.*)
Ay hermano! hermano mio!

LOPE. Señora!

JUA. Salid de aquí.
Dios mio! Dios de bondad!
Oh! dejadme. (*vanse* RODRIGO *y* SERAFINA *derecha, don* LOPE *por la cámara.*)

ESCÈNA XIII.

DOÑA JUANA.

Qué ansiedad
tan espantosa, ay de mí!
Pero esto es posible! es cierto!
deshonra! crímen! baldon!
ay mi pobre corazon
para las venturas muerto!
Ahoga en llanto impregnado
de amargura tu gemido,
lo que á todos permitido
está para tí vedado!
Un tierno amor inocente
es en tí pasion culpable;
ay corazon miserable
que tan mal y tanto siente!
Pero he merecido yo
tan duro y fiero castigo?
puedo yo luchar conmigo?

tengo yo la culpa? no!
Pues si dobladas prisiones
al deber cierran el paso,
si me quemo, si me abraso
al fuego de las pasiones.
Si ya no puedo vivir
sin un tormento profundo;
qué me queda en este mundo
mas que odiar y maldecir?
La desventura vá en pos
de mí, y adelanta, y crece
y me arrebata! Parece
que de mí se olvida Dios.
(*Oyese el sonido del órgano en la capilla.*)
Ah! Dios!
(*Corre rápidamente y abre las puertas del oratorio, aparece en él de rodillas, y vestida de negro la Reina.*)

ESCENA XIV.

Doña Juana. La Reina.

Jua. Mi madre!
Rei. Dios mio!
tu justicia me condena,
pero es terrible la pena
que impones á mi estravío.
Dá castigo á mi locura
aunque tu rigor me aflija,
pero aparta de mi hija
el cáliz de la amargura.
Si á tu santa ley faltó
mi flaqueza miserable,
sufra el castigo el culpable
pero el inocente no.
Fuente de divina luz
dá consuelo á la hija mia,
por la sangrienta agonía
que padeciste en la cruz, (*cesa el órgano.*)
Jua. (*con arranque.*) Dios al oir tu oracion
envia al martir su palma,
Dios te ha oido...

REI. (*levantándose y abriendo los brazos.*)
Hija del alma!

JUA. (*precipitándose en ellos.*) Madre de mi corazon!
(*Quedan abrazadas en el interior del oratorio. Oyese rumor de vítores, aclamaciones y campanas que va graduándose hasta el final del acto..*)

ESCENA XV.

LAS MISMAS, *despues* RODRIGO Y SERAFINA, *luego* DON LOPE *por la cámara.*

VOCES. (*fuera.*) Viva la Infanta Isabel!
(*Á las aclamaciones la Reina vuelve á caer de rodillas en el reclinatorio. Doña* JUANA *se yergue con altivez y apoyada primero en la jamba de la puerta del oratorio, y despues en un mueble, llega vacilante á la ventana, fija la mano en el alfeizar y mira á la plaza. Aparecen en la puerta de frente* RODRIGO *y* SERAFINA.)

ROD. (*con tristeza.*) La Infanta al alcázar llega,
y al regocijo se entrega
Segovia entera en tropel.

JUA. (*en la ventana.*) Ayer á mis plantas, oh!
serviles y aduladores,
hoy infames y traidores
todos! todos!

ROD. (*adelantándose.*) Todos no!

JUA. (*separándose de la ventana y poniéndose en medio de ellos.*)
Ah Rodrigo! Serafina!
de dolor mi alma está llena,
ved al Marqués de Villena
entre esa turba mezquina.

ROD. (*con ira.*)
Para los nobles no hay ley?
no pagará su traicion?

LOPE. (*saliendo de la cámara.*)
Firmad la órden de prision
es la voluntad del Rey.

JUA. No.

LOPE. Pero...

JUA. No puede ser.

Al descender de mi trono
si no olvido ni perdono
que otra cosa puedo hacer?

ROD. (*con arranque.*)
Señora, la Providencia
por su voluntad bendita
hoy una corona os quita,
respetemos su sentencia.
Mas si el poder celestial
vuestro solio ha derrumbado,
otro habeis vos levantado
mas alto que el trono real;
despreciad la ingratitud,
la traicion y el abandono,
jamás se derrumba el trono
que alza Dios á la virtud.

JUA. (*con energía creciente.*)
Teneis razon! Resignada
sabré dominar mis penas,
la sangre real de mis venas,
no ha de desmentirse en nada.
Ceder al mal es mancilla;
nunca al destino inclemente
doblan cobardes la frente
ricas hembras de Castilla.
(*Aumentan el clamoreo y repique.*)
Gritad! de aquí partiré
y en las márgenes del Sena,
alivio hallará mi pena
en mi conciencia, en mi fé!
Quien vá de la dicha en pos
qué importa si no la alcanza?
(*con gran sentimiento.*)
donde muere una esperanza
nace un consuelo... el de Dios!

(*Señalando al oratorio. Oyense los acordes del órgano. Cae el telon.*)

FIN.

Pecaríamos de injustos y descorteses si en la edicion segunda de la «*Beltraneja*» no declarásemos, como nos complacemos en declarar, que solo consideraciones y benevolencias debemos al público de Madrid. Este con sus aplausos y la prensa española con sus plácemes ha recompensado con creces nuestros esfuerzos superando nuestras mayores esperanzas.

Al rendir un justo tributo de gratitud á los que tanto nos han distinguido debemos consignar aquí el nombre de nuestro querido hermano de letras, Luis Mariano de Larra que con tanto cariño y acierto ha puesto el drama en escena; el de Elisa Boldun, que ha interpretado el papel de la protagonista con esquisito sentimiento y singular maestría, y recordar tambien el de todos los actores que tomaron parte en el desempeño, pues todos contribuyeron con su talento al éxito obtenido.

Francisco Luis de Retes.

Francisco Perez Echevarría.

LAS BIOGRAFIAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

D. ENRIQUE DE CISNEROS.

Estrenada en el teatro del Circo, á 16 de Abril de 1858.

LE PAMPHLET, comédie en deux actes, en prose, por *Ernest Legouvé* de l' Académie Française.—Représentée pour la première fois, á Paris, sur le Théâtre Français, par les Comédiens ordinaires de l' Empereur, le 7 octobre 1857.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

PRÓLOGO.

Han dicho algunos críticos que esta comedia no podia interesar al público español, por no ser conocido en nuestro pais el tipo odioso del libelista. ¡Pluguiera á Dios que esto fuese verdad!

Frágil memoria han de tener por fuerza los que, asistiendo á la representacion de LAS BIOGRAFIAS, *no recuerden que de veinte años á esta parte han escandalizado á la sociedad española innumerables libelos, abortados unos por prensas clandestinas en épocas de represion, y pregonados otros á grito herido en periodos revolucionarios.*

Lo que puede sostenerse con algun viso de razon, es que el torpe oficio de libelista no se ha elevado en nuestro pais al rango de profesion literaria; pero basta que exista el mal para que sea conveniente presentar en el teatro un ejemplo vivo de su trascendencia.

El público, juez inapelable en estos casos, ha manifestado una opinion diametralmente opuesta á la de los críticos: aplaudiendo todas las noches con insistencia y entusiasmo las escenas capitales de los actos segundo y tercero, ha dado á entender claramente que conoce y ódia al libelista, y que le interesa la obra dramática.

Réstame consignar aquí mi responsabilidad por las alteraciones que he introducido en la comedia de Mr. Legouvé, distribuyendo la accion en tres actos, dándole mayor ensanche por medio de nuevas peripecias, suprimiendo algunos detalles, cambiando otros, procurando en fin acomodarla al gusto y á las exigencias de la escena castellana. Creo, no obstante, haber ejecutado estas modificaciones sin menoscabo de la forma clásica de la obra, ni de su nobilísimo pensamiento.

Madrid 24 de abril de 1858.

E. de Cisneros.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ISABEL DE AUREIRO.	Doña Teodora Lamadrid.
LA MARQUESA DE URREA. .	Doña Mercedes Buzon.
VICENTA.	Doña Felipa Orgaz.
DON SANTIAGO DE URREA. .	Don Joaquin Arjona.
PEDRO VILLAR.	Don Josè Garcia.
DON ENRIQUE DE URREA. .	Don Victorino Tamayo.
UN CRIADO.	Don N. Serrano.

La escena es en Lisboa.—El teatro representa un gabinete elegante. Puerta en el fondo, y otras dos laterales. Junto al primer bastidor de la izquierda habrá una ventana, y delante de ella una mesita con escribanía. Enfrente una chimenea, sobre cuya repisa habrá una copa de bronce, y en la pared de encima un grabado, que representará un castillo. Entre la ventana y la puerta de la izquierda un cuadro al óleo. En el proscenio, á la derecha, un velador y una butaca.

Pertenece á D. Enrique de Cisneros la propiedad de esta obra; y nadie sin su licencia podrá representarla ni reimprimirla en España y sus posesiones. Llevan todos los ejemplares marcas secretas.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 13 de Abril de 1858.

El Censor de Teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON SANTIAGO *entra por la puerta del fondo, seguido de* VICENTA.

SANT. Nada de eso tiene que ver con la cuestion.
VIC. Oigame usted, caballero!
SANT. Oigame usted á mí!
VIC. (*Procurando dominar su enfado.*) Bueno: hable usted... Ni la paciencia de un santo!...
SANT. Punto en boca! Dígame usted, no vive aquí una señora jóven y bella, que se llama doña Isabel de Aureiro?
VIC. Mi señorita.
SANT. No es hija del difunto coronel Aureiro, bizarro defensor del castillo de Ponto en la guerra de la Independencia?
VIC. Sí, señor; hija única.
SANT. Y esta preciosa casita, situada á orillas del mar, no constituye todo su patrimonio?
VIC. Sí, señor; todo su patrimonio.
SANT. Y no es cierto que doña Isabel, por causa de la larga enfermedad de su madre, se vé precisada á mudarse á otra casa mas reducida, alquilando esta con todos sus enseres en la cantidad de doscientas coronas?
VIC. Es verdad; pero no sé, caballero, á donde vá usted á parar con este interrogatorio!...
SANT. Y es posible que doña Isabel tenga corazon para dejar una casa y un jardin, que tanto deben recordarle el puro y casto amor que profesa al marquesito de Urrea?
VIC. Harto le pesa á la pobrecita de mi alma!... Pero, á usted qué le importa?
SANT. Ya vé usted, señora Vicenta, que estamos de acuerdo, que nos

entendemos perfectamente. Con que, lo dicho, me quedo con la casa.

VIC. Pero no le he dicho á usted veinte veces que está ya alquilada? Sí, señor: alquilada! alquilada!

SANT. Lo sé, lo sé... lo sé!

VIC. Por lo tanto...

SANT. Por lo tanto, me quedo con la casa.

VIC. Hase visto empeño mas singular? Querer instalarse en una casa contra la voluntad de los que la habitan!

SANT. No hay otro medio, toda vez que los que la habitan no me la ceden de buen grado. Con que decíamos, señora Vicenta, que esa ventana cae al jardin...

VIC. (*Encolerizada.*) Lo que decíamos es que esta casa pertenece desde hoy á un caballero, que vive en la inmediata, y que vá á unir ambas viviendas por medio de una puerta. El precio del arrendamiento está ya estipulado, entregado y recibido en dinero contante y sonante. Lo oye usted?

SANT. Que si lo oigo! Qué duda cabe? (*Saca un bolsillo.*) Con que, si á usted le parece, contaremos...

VIC. (Este hombre se ha propuesto hacerme perder el juicio!) (*En voz muy alta.*) El inquilino me ha dado ya su dinero!

SANT. Se lo devuelve usted.

VIC. Le he dado palabra solemne...

SANT. Se vuelve usted atrás. Hoy dia se vuelve atrás todo el mundo. (*Empieza á contar el dinero.*) Ochenta, noventa...

VIC. (*Muy irritada.*) Pues no se pone á contar el dinero!... Esto pasa de raya!... Solo faltaba que tomase usted asiento...

SANT. Dice usted bien: estaré mas cómodo. (*Se sienta á la derecha, y sigue contando sobre la mesita.*)

VIC. Ui!...

SANT. Ciento cincuenta, ciento sesenta... (*A su interlocutora.*) Ha sido una fortuna que yo no haya perdido anoche en el juego estas doscientas coronas.

VIC. Y qué tengo yo que ver con eso?

SANT. Nada absolutamente, pero voy al decir: anoche me pelaron de lo lindo!

VIC. Qué hombre tan impertinente! Salga usted de esta casa!

SANT. La perdono á usted, porque no sabe lo que se dice. Usted, sin darse cuenta de ello, me quiere con toda su alma; y si pronunciase yo una palabra, si dijese por qué tomo en arrendamiento esta vivienda, me daria usted un abrazo y un millon de besos... Yo los esquivaría por supuesto! Sin embargo, usted procuraría dármelos.

VIC. Por última vez, señor mio: se retira usted, sí ó no?

SANT. (*Levantándose.*) Ya me voy, dulce paloma; ya he acabado mi cuenta.

VIC. Gracias á Dios!

SANT. Sí, las doscientas coronas están cabales.

VIC. Dale bola! No, pues no se ha de burlar usted de mí. Ahora veremos... (*Vase por la izquierda.*)

SANT. Pobre Isabelita! Con este dinero atenderá á la curacion de su madre, sin verse precisada á desalojar su casa. Hoy mismo le escribiré una esquela concebida en estos términos: «Señorita, sírvase usted continuar habitando su morada hasta mi regreso de un viaje...» Por supuesto sin decir que me voy á América. A fé mia, Santiago, que este es el primer dinero que has empleado bien en toda tu vida!

VIC. (*Volviendo á entrar.*) Aquí viene el señor marqués de Urrea.

SANT. (*Sobresaltado.*) Enrique!...

VIC. A esta hora hace su visita diaria á mi señorita; con que veremos si se atreve usted á insistir...

SANT. (Oh, no!... Se enojaria mucho!... No quiere que yo venga aquí...) Tome usted, buena mujer, tome usted su dinero. (*Queriendo darle el que ha contado.*)

VIC. Ya he dicho á usted que no lo quiero! (*Retirándose hácia la derecha.*)

SANT. Es preciso que usted lo tome!

VIC. No lo quiero, pícaro!

SANT. No lo quiere usted? Peor para mí y para doña Isabel!... Voy á perderlo al treinta y cuarenta. Abur. (*Vase por el fondo.*)

VIC. Por fin me veo libre!... (*Dirigiéndose al fondo.*) Segura estaba yo de no tomar tu maldito dinero!

ESCENA II.

ENRIQUE, *que entra por la izquierda.*—VICENTA.

ENR. Dónde está Isabel?... Puedo verla?... (*Reparando en la agitacion de Vicenta.*) Qué tiene usted, señora Vicenta?

VIC. Nada; que ha estado aquí un loco...

ENR. Y qué queria?

VIC. Friolera! Queria tomar en arrendamiento esta casa, que está ya alquilada.

ENR. Cómo! Se verificó ya el traspaso? Tiene Isabel valor para desprenderse de estos muebles, para abandonar esta casa, donde nos vimos la vez primera?

VIC. No hay remedio! La enfermedad de su madre ha agotado todos sus recursos... Mi pobre señorita no se reserva mas que algunos objetos, que usted le ha regalado, y esa estampa que representa uno de los mas heróicos hechos de su padre, la defensa del castillo de Ponto!

ENR. Y por qué no me permite rescatar estos bienes?

VIC. Porque le ama á usted, y no puede ser su esposa. (*Enrique hace un movimiento de disgusto.*) ¡Oh, doña Isabel lo sabe demasiado! No es únicamente su madre de usted quien se opone á este enlace; lo reprueba asimismo su tutor de usted, su respetable tio don Agustin de Silva... Sabemos que ha dicho mil veces que nunca se verificará semejante boda.

ENR. Eso lo veremos! Pero, dígame usted, señora Vicenta, quién es ese hombre que ha venido aquí á arrebatarme todos mis recuerdos?

VIC. No le conozco: he cerrado el trato con su tapicero, que es quien ha visto la casa y los muebles.

ENR. Dígame usted al menos cómo se llama el nuevo inquilino.

VIC. Ni yo he preguntado su nombre, ni él el de mi señorita.

ENR. Pero en qué se ocupa? Ejerce alguna profesion?

VIC. No lo sé. Ahí viene.

ENR. Tan pronto?

VIC. Vendrá á dar un vistazo á la habitacion, porque á la caida de la tarde le hemos de entregar la casa.

ESCENA III.

Dichos.—VILLAR *entra por el fondo seguido de un tapicero.*

VILL. (*Al tapicero.*) Queda usted enterado? (*Viendo á Enrique.*) (Ah, este debe ser el dueño de la casa!) Perdone usted, caballero, que venga á molestarle...

ENR. No lo crea usted!

VILL. Tengo que dejar colocados los muebles esta tarde. Me permite usted que concluya?

ENR. Usted es muy dueño!... (Me disgusta esa cara.)

VILL. (*Al tapicero.*) Tome usted bien las medidas, y no olvide que hay que colocar aquí, en esta pared, todas mis armas.

ENR. (Sus armas?... Es militar.)

VILL. (*Al tapicero.*) Allí una mampara, que dé paso á mi escritorio.

ENR. (Su escritorio?... Ah! es comerciante.)

VILL. A este lado el piano y el caballete.

ENR. (Caballete, piano?.... Es artista.)

VILL. Y aquí mi estantería de ébano... Ya he dicho á usted que en cada una de las veinte y siete divisiones ha de colocar una de las letras del alfabeto.

ENR. (Veinte y siete divisiones?...) (*A Villar.*) Caballero... á mi vez le voy á parecer á usted indiscreto...

VILL. Indiscreto?

ENR. Sí: yo no soy mas que un amigo de la casa... Pero confieso á usted que... ese piano, esas armas y ese alfabeto...

VILL. Le confunden á usted, no es cierto?

ENR. Caballero, sentiria...

VILL. (*Sonriéndose.*) Sea usted franco: usted tiene curiosidad por saber mi profesion.

ENR. Es verdad.

VILL. Profesion bastante estraña en efecto, y sobre todo muy nueva!... Profesion cuya materia prima es poco costosa: se reduce á dos instrumentos, una pluma y una espada. Profesion para la cual se necesitan audacia y travesura, talento y valor.

ENR. Y se necesita tambien modestia?

VILL. Modestia?... Para qué sirve eso, cuando tiene uno por colaboradores á los principales soberanos del mundo?

ENR. Cómo se llaman esos soberanos?

VILL. Se llaman vanidad y envidia. Conoce usted otros mas poderosos? (*Se dirige á la izquierda del fondo.*)

ENR. Ah, con que esos son los colaboradores?... (*Pasa á la derecha.*) En fin, caballero, por favor, qué es usted?

VILL. (*Bajando á la izquierda del proscenio.*) Soy biógrafo.

ENR. Biógrafo!... Escritores hay que han elevado la biografía á la altura de la historia: el arte de retratar á los grandes hombres en la vida privada, con los detalles del carácter y de las costumbres, constituye una de las glorias de nuestro siglo.

VILL. De todos los siglos!... Plutarco era biógrafo.

ENR. Desgraciadamente todos los biógrafos no son Plutarcos. Desde hace algun tiempo se ha formado en Lisboa una escuela de escritores, que esplotan la biografía en grande escala. Biografías del ejército, biografías del alto clero, biografías de la magistratura, biografías del comercio, de la industria, de la administracion, de las bellas artes... Oh, es una verdadera plaga! Por supuesto que en las tales biografías se embute todo... menos la verdad.

VILL. Basta, basta, caballero!... Pudiera darme por ofendido.

ENR. No me refiero á usted!...

VILL. Ya veo que usted alude á ciertos escritorzuelos... Bah! todo eso pertenece al melodrama, al género falso; en cuanto al verdadero, es decir, la comedia...

ENR. La comedia?... Tambien la conozco. Me permite usted que se la refiera?

VILL. Sí, señor; diga usted. Yo tomaré mis apuntes.

ENR. Pues bien, esta es la comedia. Estoy yo en mi casa sentado junto á la chimenea; entra un hombre y me saluda con suaves maneras y modesto continente. Toma asiento en la silla que le ofrezco, y me dice que tiene á su cargo una grande obra biográfica, para la cual necesita el resúmen de la vida de un hombre como yo; que su trabajo quedaria incompleto sin un artículo sobre un hombre como yo; y que viene á pedirme algunas notas, porque no hay derecho para ser inexacto, tratándose de un hombre como yo! Comprometido por tan lisonjeras atenciones, le doy lo que desea; y en efecto, quince dias despues aparece mi biografía. En ella elogia mi talento, elogia mis virtudes, elogia mi carácter... Qué libro tan encantador! Apuro aquel néctar, saboreo aquella ambrosía; y, al llegar á la última página, tropiezo con un papelito color de rosa, modesto como su autor... Tomo y leo lo siguiente: «He recibido del señor don Fulano de Tal cien ducados...» Mi biografía es una carta de pago.

VILL. (*Riéndose.*) Algo hay de eso!

ENR. No lo he dicho todo. Devuelvo indignado el elogio y el recibo á su autor. Qué sucede entonces? Que al cabo de otros quince

dias aparece una nueva biografía de mi humilde persona... Pero oh dolor! la apoteosis se ha convertido en libelo.

VILL. (*Riéndose.*) Sí, á veces!...

ENR. El autor anónimo de mi segunda historia me llama torpe, ignorante, desconceptuado... Qué sé yo?

VILL. (*Sin dejar de reirse.*) Famoso, famoso!... Hay en esa pintura toques magistrales... Pero el cuadro no está completo: se le olvida á usted la mitad.

ENR. La mitad?

VILL. Por lo menos! Verá usted: un biógrafo, yo por ejemplo, estoy en mi casa sentado junto á la chimenea; entra un sugeto de noble fisonomia y altivo continente. Toma asiento, y me dice que se ha enterado de que estoy escribiendo una grande obra, en la cual tendrá él por fuerza su sitio señalado. Se trata de la biografía de los hombres eminentes de Portugal. Mi interlocutor me dice que él no quiere elogios... Nada de eso! Que únicamente desea iluminarme, facilitándome algunas breves notas... algunas fechas... Nada mas! Yo acepto, dándole las gracias; mi hombre se retira, y al dia siguiente me remite las notitas... Un cuaderno de veinte y cinco páginas llenas de elogios á su carácter, á sus virtudes, á su valor, etc., etc. Como documento justificativo de todas esas alabanzas, me envia dentro del cuaderno dos billetes de banco, que yo acostumbro devolver... algunas veces!

ENR. Todo eso es increible!

VILL. Increible?... Oigame usted: hace poco rato me hablaba usted de mis veinte y siete letras del alfabeto. Pues bien, á cada letra corresponde una série de nombres... Debajo de cada nombre voy escribiendo lo que averiguo respecto á la persona que lo lleva.

ENR. Ah, para eso le sirve á usted su estantería!

VILL. Justamente. Por este medio reuno gran porcion de datos acerca de mucha gente. Puede usted convencerse por sí mismo: yo no tengo el honor de conocer á usted, pero estoy seguro de que poseo muchas noticias relativas á su persona.

ENR. (*Con altivez.*) Y qué sabe usted, caballero, acerca del marqués de Urrea?

VILL. Ah! Conque usted es el señor marqués de Urrea... capitan de caballería, caballero de la órden de Cristo, sobrino de don Agustin de Silva... Tiene usted su carpeta.

ENR. Puedo preguntar á usted el contenido de esa carpeta?

VILL. Que si puede usted preguntármelo? Sí, señor! Pero yo no puedo contestarle.

ENR. Por qué?

VILL. Porque yo no hablo... Escribo! (*Pausa.*) Y sabe usted, caballero, quién me facilita datos sobre todos mis personages?

ENR. Quién?

VILL. Lo malo me lo dicen sus amigos íntimos, y lo bueno ellos mismos.

ENR. Usted presta atencion á los mismos interesados?

VILL. Hago mas: les interrogo, les obligo á decir todo lo bueno que piensan de sí mismos... Despues, cuando me dejan solo, escribo precisamente lo contrario de lo que me han dicho, y resulta siempre la verdad.

ENR. Pero ese sistema debe proporcionarle á usted algunos enemigos.

VILL. Muchos! Los enemigos constituyen la mitad del talento. Nunca se escribe mas á gusto que cuando se ataca á alguna persona.

ENR. Y si esa persona no lo tolera?

VILL. Qué diablos!... En ese caso... se la mata. Qué quiere usted, caballero? De alguna manera hemos de vivir! (*Vicenta y el tapicero, que han estado en el pasillo del fondo, durante el anterior diálogo, bajan hasta el centro del escenario.*)

VIC. El tapicero desea saber si tiene usted que darle mas encargos.

VILL. (*Al tapicero.*) Están tomadas las medidas? Véngase usted conmigo. (*Va á salir.*)

VIC. (*Deteniéndole.*) Caballero, hay aquí algunos muebles, algunos objetos, que mi señorita desearia conservar en su poder.

VILL. Sepamos cuáles son.

VIC. (*Sacando un papel.*) Aquí tiene usted la lista.

VILL. Bien, voy á examinarla. (*Al tapicero.*) Aguárdeme usted en el recibimiento.

ENR. (*En voz baja á Vicenta, mientras que Villar recorre el papel con la vista.*) Averigüe usted el nombre de este sujeto.

VIC. Asi lo haré. (*Vase con el tapicero por la puerta del fondo.*)

VILL. (*Leyendo.*) «Una copa de bronce, modelo antiguo...» (*Señalando al vaso colocado sobre la chimenea.*) Aquí está. (*Examinándolo.*) Hermosa forma en verdad! (*Sigue leyendo.*) «Un paisage de Cárlos Haes.» (*Mirándolo.*) Este es. Obra parece de la naturaleza! (*Vuelve á leer.*) «Un grabado que representa la defensa del castillo de Ponto!...» (*Dando un grito de cólera.*) El castillo de Ponto!... (Que haya de tropezar en todas partes con mi hombre!...)

ENR. (*Señalando al grabado.*) Hélo aquí, caballero... Parece que tiene usted noticia de ese brillante hecho de armas.

VILL. (*Con ironía y amargura.*) Ya lo creo!... Quién no le conoce, aunque no sea mas que por este grabado?... (*Acercándose al cuadro.*) Sí, la topografía es exacta... Y ese militar... que está de pié junto á la poterna, semejante á un héroe de la antigüedad... debe ser sin duda el ilustre defensor de la fortaleza... el coronel Aureiro!

ENR. El mismo! No estrañará usted, por consiguiente, que la señora de esta casa...

VILL. Estime el grabado?... Cómo lo he de estrañar! (*Con énfasis irónico.*) La defensa de Ponto!... Una de las mas brillantes páginas de nuestra historia!... El coronel Aureiro!... Uno de los nombres mas gloriosos de la guerra de la Independencia! Puede usted decir á la señora de la casa que tiene á su disposicion todos los objetos apuntados en esta lista, inclusa la defen-

sa del castillo de Ponto! (*Saludando.*) Señor marqués!...

ENR. (*Devolviéndole el saludo.*) Caballero!... (*Vase Villar por el fondo.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Quién es este hombre?.... Qué fisonomía tan grosera! Qué espresion tan cínica! Al hablar del coronel, iban envueltos sus elogios en un acento de ira sorda, casi de rábia!... Sería enemigo del coronel? Pensará deslustrar su memoria?.... ¡Ah!... La idea de que semejante hombre habitará la casa de mi Isabel... el templo de nuestro amor... Oh, yo no puedo soportar esta idea!

ESCENA V.

ENRIQUE.—ISABEL, *por la derecha.*

ISAB. Qué exactitud!

ENR. Ah, Isabel, te vuelvo á suplicar que no traspases esta casa, que no te despojes de estos muebles, que no vendas estas dulces memorias.

ISAB. Hago lo que debo, Enrique... Todo por la salud de mi madre.

ENR. De tu madre? No la amo yo tambien? No comparto contigo su asistencia? Pues bien, déjame obrar como hijo suyo... Como si fuese tu hermano!... Concédeme licencia para rescatar estos bienes.

ISAB. Imposible!

ENR. Lo imposible es que tú no aceptes!

ISAB. Te equivocas, debo ser orgullosa contigo! Soy pobre!...

ENR. Si me amases de veras, no tendrias ese orgullo!

ISAB. Ah! Con que yo no le amo á usted?... Vuelva usted á decírmelo, aquí, mas cerca, y mirándome de hito en hito. Repita usted esas palabras!

ENR. (*Besándole una mano.*) Perdona, Isabel mia!

ISAB. Tú verás si te amo de veras el dia que...

ENR. Qué dia?

ISAB. Préstame atencion; esta es la hora de nuestra plática diaria.

ENR. Sí, la única que me concedes. Una hora cada dia! Como si bastase tan corto tiempo!... Qué nos hemos de decir en una hora?

ISAB. (*Sentándose.*) Ea, siéntate á mi lado, y empleemos la hora de hoy en hablar de cosas formales.

ENR. Me conformo siempre que no me tomes en cuenta estos sesenta minutos.

ISAB. Oyéme.

ENR. No te he de oir? Con delicia!... Pero repito que esta hora no vale.

ISAB. Bien, no valdrá! Cuento con que has de estar grave y sério.

ENR. Grave y sério estaré, como alguacil en procesion! Empecemos.

ISAB. Bien te acordarás, Enríque, de la primera vez que nos vimos... hace tres años... Sí, tres años hace que nos amamos!...

ENR. Tres años que han pasado en un soplo! Tres años, durante los cuales no he dejado ni un momento de dar gracias á la Providencia!...

ISAB. (*Sonriéndose.*) Llamas á eso estar grave y sério?

ENR. Tú tienes la culpa!... Te parece que yo puedo permanecer frio como una estátua, cuando tú me dices: ¡nos amamos!

ISAB. Es verdad! Confieso mi error. (*Con malicia.*) No te lo diré mas! (*Continuando su discurso.*) Cuando, por muerte de tu hermano mayor, heredaste el marquesado de Urrea, yo debí romper nuestras relaciones, huir de tí, Enrique!... Veia yo en ese título un nuevo obstáculo, que tu familia opondria á nuestro proyectado enlace; pero no sintiéndome con fuerzas para dejar de verte, busqué pretestos con que engañarme á mí misma. Consideré que seria una ingratitud prohibirte la entrada en esta casa, cuando tanto esmero habias puesto en asistir á mi pobre madre. Tambien se me ocurrió que, si no podia ser tu esposa, me seria permitido, á lo menos, llamarme hermana tuya... La verdad es que tú necesitabas entonces una hermana cariñosa, que te guiase... y te diera consejos...

ENR. Y ahora no la necesito?

ISAB. (*Sonriéndose.*) Oh, ahora no necesitas á nadie! Eres perfecto.

ENR. Te burlas?

ISAB. En aquella época eras tan aturdido, tan loco!...

ENR. Y tú tan juiciosa, tan noble, tan simpática!... Qué efecto me causaron tus palabras, cuando me dijiste que un oficial, que llevaba el apellido de Urrea, no debia contentarse con ser valiente, que debia aspirar á ser instruido...

ISAB. (*Con alegría.*) Y, de resultas de esa conversacion, empezamos á leer juntos capítulos enteros de los grandes historiadores militares... Por supuesto, sin comprender yo una palabra!... César, Polibio... Qué sé yo?

ENR. Y cuando pusiste en mis manos la vida de mi heróico abuelo don Alfonso de Urrea... Te acuerdas?... Me dijiste «procura imitarlo!» Oh, bien comprendias aquel libro, porque habia en tu voz, en tus miradas!...

ISAB. (*Interrumpiéndole.*) No, sino que... Ya sabes tú!... Algunas veces me dices sonriéndote que se conoce á leguas qué soy hija de un coronel... que tengo un corazon valiente!... Quizás no te equivocas!... Pues bien; he jurado dedicar mi corazon á engrandecer el tuyo... Este amor, que para mí es un tormento, será para tí un gran bien, porque me he propuesto hacerte digno de esa familia que me rechaza... digno de esa sociedad que no ha de ser la mia...

ENR. Isabel!...

ISAB. Oh, este pensamiento me ha arrancado muchas y muy amargas lágrimas!... Pero, en medio de mi dolor, tengo un gran consuelo... El de saber que he hecho por tí... lo que jamás haria ninguna otra mujer!.. Asi, pues, cuando te distingas en la sociedad, cuando ilustres tu nombre, te dirás á solas: «A Isabel se lo debo!...» Y el dia en que... otra mujer mas dichosa... (*Rompiendo en llanto.*) Ah, Enrique mio, cuando llegue ese dia... compadece á tu pobre Isabel... que será muy digna de lástima!...

ESCENA VI.

Dichos.—VICENTA, *por la puerta del fondo.*

VIC. Señorita Isabel!...

ISAB. Qué hay?

VIC. Dios mio!...

ISAB. Hablá!

VIC. Ahí esta la marquesa de Urrea!

ENR. Mi madre!

ISAB. Qué oigo!

VIC. Viene detrás de mí.

ISAB. Enrique, tu madre en mi casa!...

ENR. Nada temas, Isabel, estando yo aquí.

ISAB. Pero á qué viene?.. Con qué objeto?.. Yo no la he visto jamás!

ENR. Silencio!... Mira. (*Se adelanta á recibir á su madre, y le besa la mano.*)

ESCENA VII.

Dichos.—LA MARQUESA, *por la puerta del fondo.*

MARQ. La señorita doña Isabel de Aureiro?...

ISAB. (*Temblando.*) Servidora de usted, señora marquesa.

MARQ. Está visible su madre de usted?

ISAB. Mi madre está enferma...

MARQ. Pues hablaré con usted, que es la persona mas interesada en el asunto, que me trae á esta casa. Con que si no le sirve á usted de molestia...

ISAB. De ningun modo!... (*Hace una seña á Vicenta, la cual da una silla á la Marquesa, y vase. Isabel toma asiento cerca de su interlocutora.*)

ENR. (Qué irá á decir?... Oh, diga lo que quiera, mi determinacion es irrevocable!) (*Se sienta á la izquierda.*)

MARQ. Señorita, usted ama á mi hijo?

ISAB. (*Levantándose y haciendo una breve pausa.*) Sí, señora, hace tres años! (*Vuelve á sentarse.*)

MARQ. Mi hijo la ama á usted...
ENR. (*Con precipitacion.*) Sí, madre mia, y la amaré siempre!
MARQ. Enrique, ten la bondad de no interrumpirme. Señorita, mi hijo posee un rico patrimonio, y usted carece de bienes de fortuna. Creo que usted es hija...
ISAB. (*Con arrogancia.*) Del coronel Aureiro, señora!
MARQ. Sí, un valiente militar, que murió hace algunos años; lo sabia... Pero mi hijo es marqués de Urrea y grande de Portugal... Señorita, usted no puede ser su esposa.
ENR. (*Levantándose impetuosamente.*) Lo será!
MARQ. Enrique!
ENR. Perdon, madre mia!... Ya lo ha oido usted, Isabel me ama; y en cuanto á mí, bien sabe usted que mi amor no es un capricho pasagero! Me ordenó usted que emprendiese un largo viaje, la obedecí... Por ventura, he vuelto menos enamorado? Quiso usted aturdirme con las fiestas cortesanas... Y qué ha sucedido? Placeres, locuras, todo se ha estrellado en la roca de mi amor! Ah madre mia, por la memoria del amor que inspiró á usted mi padre, tenga usted compasion del que arde en el pecho de su hijo!... Mas si usted desoye mis súplicas, ya le he dicho esta mañana, y le repito ahora que me acordaré de que pronto cumplo veinte y cinco años, y de que á esa edad seré dueño de mis acciones. (*Isabel se levanta con sorpresa y disgusto.*)
MARQ. (*Levantándose.*) Sí, señorita; así me lo ha dicho, y por eso he venido á verla á usted. Mi hijo me ha declarado que, si le niego mi consentimiento, me obligará con la ley en la mano á otorgárselo.
ISAB. Crea usted, señora...
MARQ. Voy á hacer á usted una sola pregunta: está usted decidida á permitir que Enrique me imponga el precepto de la ley? Dígamelo usted con franqueza, y si su respuesta es afirmativa, cuente usted con que, para librarme de un insulto y para evitar á mi hijo lo que considero como un crímen, al instante consentiré en la boda.
ISAB. Cómo, señora?... Usted quiere?
ENR. Madre mia!
MARQ. Hable usted, señorita. Quiere usted entrar en mi familia, á pesar mio? Sí, ó no? Responda usted con entera libertad.
ISAB. (*Con voz temblorosa.*) Señora marquesa, amo á Enrique con toda mi alma, y pongo á Dios por testigo de que no he ambicionado su título ni su grandeza; pero tengo madre, y me estremece la idea de que un hijo infiera un ultrage á su madre. Renuncio, pues, al amor de Enrique!
ENR. Isabel!
MARQ. (*Con alegria.*) Con que me asegura usted que jamás?...
ISAB. Jamás, señora marquesa!
MARQ. (*Con efusion de júbilo.*) Ah, ven, Isabel; ven á mis brazos, hija mia! (*La abraza.*)
ENR. Qué oigo!

MARQ. (*A su hijo.*) Ingrato, segura estaba yo de que esta niña valia mas que tú!

ISAB. Qué dice usted?

MARQ. Digo... que soy la mas dichosa de las madres!... Digo que tu sublime rasgo me ha desarmado por completo!

ISAB. Pero señora?... Si parece un sueño!... Qué he hecho yo para conseguir tanta ventura?

MARQ. Me preguntas qué has hecho? Pues bien; yo te lo diré. Durante algun tiempo he considerado como una desgracia el amor que te profesa mi hijo, y no hace todavia un mes que estaba resuelta á oponerme á vuestro enlace; pero de improviso comenzó á desvanecer mi error un testimonio tan estraño como irresistible.

ISAB. Qué testimonio?

MARQ. El de... Vais á sorprenderos! El del hombre mas perdido de Lisboa, mi sobrino don Santiago de Urrea.

ENR. Mi primo!

MARQ. El ha sido quien ha abogado por Isabel, pero de qué manera! «Usted desdeña á esa jóven, me dijo con energía, usted la des»deña, porque ignora que, sin el influjo de su amor, Enrique »valdria hoy tanto como yo. Sí: yo le pervertia, ella le ha »salvado!»

ENR. Es verdad!

MARQ. »Quién, añadió, ha movido á Enrique á seguir las huellas de su »padre? Isabel! Quién le ha apartado de mi compañia? Isabel! »Quisiera aborrecerla, y á pesar mio la respeto y la venero.

ENR. Pobre Santiago!

MARQ. Semejante elogio me causó una impresion profunda. Procuré observar á Enrique con mas atencion, y noté que, siempre que salia de esta casa, sus arranques eran mas nobles, mas levantados sus pensamientos. Le ví convertirse á tu lado en el hijo que yo habia pedido al cielo! Desde entonces mi corazon quedó subyugado... Te amé y te bendige!

ENR. Por qué, hasta ahora, no me ha revelado usted su pensamiento?

MARQ. Porque no era yo el único obstáculo que habia que vencer. Mi hermano don Agustin de Silva, que comparte conmigo tu tutela, me está diciendo siempre: «Aguarda, aguarda; ya verás en lo que para esa decantada virtud á las primeras de cambio.» Ahora ya puedo contestarle: esto ha hecho Isabel!... Y si todavia persiste en su tema, me pasaré á vuestro campo, y combatiremos juntos.

ENR. (*Besándole las manos.*) Oh, madre mia; cuánta bondad!

MARQ. (*Sonriéndose.*) Sí, eso es; bésame ahora las manos... (*A Isabel.*) No has visto con qué furia me hablaba hace poco? (*Riéndose.*) Estoy segura de que me detestaba! (*Enrique hace un movimiento.*) Estás perdonado. Ea, hijos mios, vamos á dar un golpe decisivo.

ENR. } Cómo!
ISAB. }

MARQ. (*A Isabel.*) Díme: tu padre no recibió el hábito de Santiago, por la defensa del castillo de Ponto?

ENR. Sí, señora; y además una carta del difunto rey don Juan, llena de espresiones afectuosas y altamente honoríficas.

MARQ. (*A Isabel.*) Pues bien, esta noche irás á mi casa, donde tendremos una pequeña reunion de familia.

ISAB. (*Con temor.*) Yo, señora?...

MARQ. Nada temas; saldré yo á recibirte, y te presentaré á mis deudos. Lleva la carta del Rey: se la daremos á leer á mi hermano que aprecia, como es debido, esas honrosas distinciones. Espero que, al ver tan ensalzado el nombre de tu padre, quedará satisfecho el orgullo del comendador.

ENR. Qué me place! Esta noche, la presentacion: mañana, los esponsales...

MARQ. Eh, despacito!... Todavía no hay que cantar victoria.

ENR. (*Con grande alegría.*) Esta noche!.... Oh, qué largo se me vá á hacer el dia!

ISAB. (*Poniéndole la mano en la boca.*) Quieres callar?

ENR. Tendré paciencia... Ah! voy á convidar á mi primo Santiago.

MARQ. Nada mas justo. Hace ocho dias que el comendador le ofreció pagar sus deudas, siempre que renunciase á elogiar á Isabel. No aceptó!

ENR. Ah, eso es sublime!

MARQ. (*A Isabel.*) Ea, no perdamos tiempo. Hija mia, hasta la noche. Mira que te has de presentar radiante de hermosura... Tenemos que dar la batalla en todos terrenos!... Hasta la noche.

ENR. (*Estrechando las manos de su madre y de Isabel.*) Madre mia!... Isabel!... No sé cómo deciros...

MARQ. Calla: todo lo que nos digas valdrá menos que este apreton de manos! Ven conmigo. (*A Isabel.*) Hasta luego! (*Vase con Enrique por el fondo.*)

ESCENA VIII.

ISABEL.

Su esposa!... Con que voy á ser su esposa?.. Oh, ya no siento las lágrimas que me ha costado!... La Providencia ha retardado la hora de mi ventura, para que yo la oiga sonar con mayor regocijo. Esposa de Enrique!... Esta sola frase embellece y alegra estas paredes con su dulce eco!... No te abandonaré, casita mia! No, que sembrada estás de recuerdos de Enrique!... Por delante de esta ventana pasó á caballo la primera vez que le ví... Junto á este piano me dijo por vez primera: «Te amo!..» Oh, quisiera abrazaros á todos, queridos objetos mirados y tocados por mi amante!... No sabeis? Me caso con Enrique!... Voy á ser su esposa!... (*Riéndose.*) Pues no me he puesto á hablar con los muebles!... Voy á volverme loca

de alegría!... Ea, necesito sosiego. (*Toma asiento junto á la mesita de la izquierda.*) Voy á avisar á un antiguo amigo de mi padre, al general Pereira. Vicenta llevará la carta... (*Levantándose.*) No, mejor será que vaya yo misma. (*Se dirige al fondo y vé á Enrique, que entra por la puerta de este lado.*) Enrique!

ESCENA IX.

ISABEL.—ENRIQUE.

ENR. Vengo á decirte que á toda costa es preciso alejar de aquí al hombre que iba á tomar posesion de esta casa.

ISAB. Por qué?

ENR. Porque acabo de saber su nombre; Vicenta me lo ha dicho. Cuando pienso que ese infame libelista, ese calumniador público, ese Villar!...

ISAB. (*Sobresaltada.*) Se llama Villar?

ENR. Le conoces?

ISAB. Creo que sí!... No era hace seis años archivero del Ministerio de la Guerra?

ENR. Sí.

ISAB. No fué echado de allí por haber falsificado algunos documentos?

ENR. Sí!

ISAB. Y no recibió por castigo el desprecio universal!

ENR. Sí, durante dos años!.. Despues varió su situacion por completo. Rabioso y desesperado buscó por todas partes, y halló en sí mismo un arma y un poder formidables. Se hizo biógrafo, de la ralea de los *condottieri*, y se lanzó al mundo, pluma en mano, cubriendo de borrones los mas ilustres nombres contemporáneos. Con diabólica sagacidad escudriña los antecedentes de los hombres notables, les pide cuenta de hechos que desfigura, de palabras que trabuca, de proyectos que desnaturaliza. Acusa por los designios, cuando no puede acusar por los actos; y como es fecundo, incisivo, gracioso y elocuente, todo lo que escribe se lée, y todo lo que dice se repite de boca en boca. Villar es un miserable, un bandido, pero es una potencia!

ISAB. Calla, Enrique... Tus palabras me dan miedo.

ENR. Miedo, por qué?

ISAB. Sabes quién echó á Villar del Ministerio? Sabes quién descubrió su delito?... Mi padre!

ENR. Tu padre!... Y Villar no se ha vengado de él?... No ha procurado deshonrarle?

ISAB. (*Con indignacion.*) Deshonrar á mi padre! Cómo puede ser eso?

ENR. Cómo ha logrado difamar al general Colomba? Cómo ha reducido á la desesperacion al intendente Barreiro?

ISAB. Es cierto!

ENR. Oh, Villar cuenta con un auxiliar muy poderoso. La malignidad humana!... Goza tanto el mundo cuando vé derribar una estátua ! Todos los envidiosos se cuelgan de la soga para hacerla caer mas pronto y con mayor estrépito. No vemos agotarse en pocos dias numerosas ediciones de un infame libelo, en tanto que se apolillan en las librerías obras de mérito incontestable? Las personas honradas no se convierten, sin saberlo, en ecos del escándalo y en cómplices de la calumnia? Oh, créeme, Isabel mia!... Aleja de aquí á ese hombre funesto!... Procura que ignore siempre tu nombre y tu existencia.

ISAB. Sí, tienes razon!... Pero en vez de irritarle con el rompimiento del compromiso ya celebrado, dejaré que se posesione de la casa, y huiré de aquí dentro de dos horas, sin verle ni hablarle.

ENR. Dejar esta casa?

ISAB. Y qué nos importan ya esta casa, estos muebles, ni estos recuerdos?.... Qué necesidad tenemos de que esas paredes nos hablen de nuestro amor, cuando nosotros vamos á hablar de él toda la vida?

ENR. Sin embargo...

ISAB. Es preciso, Enrique!... No conservo yá mi antiguo valor... Desde que soy feliz, tengo miedo.

ENR. Sea lo que tú quieres: me conformo.

ISAB. Lo celebro. Vuelve ahora al lado de tu madre, en tanto que yo voy á informar de todo al general Pereira. En seguida dispondré la mudanza, y haré los preparativos de la presentacion de esta noche, procurando embellecerme... (*Sonriéndose.*) si puedo!

ENR. Coqueta!

ISAB. (*Haciendo una graciosa reverencia.*) Adios, señor marqués!..

ENR. Adios, señora marquesa!.

(*Vánse Isabel por la derecha y Enrique por el fondo, saludándose con la mano al llegar á las puertas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—VICENTA.—*Entran ambas por la puerta del fondo. Vicenta trae en la mano un libro encuadernado en rústica.*

ISAB. Qué me cuentas? Con que el general Pereira ha venido á verme mientras que yo iba á su casa? Cuánto lo siento!
VIC. Tambien ha sentido el general no hallarla á usted.
ISAB. Habia llegado á sus oidos la noticia de mi próximo enlace?
VIC. No: venia á traer este libro, y me rogó encarecidamente que le pusiera en manos de usted sin dilacion alguna.
ISAB. Qué libro es ese?
VIC. No sé.
ISAB. Con qué objeto me lo ha traido el general?
VIC. No me lo ha dicho... Estaba como turbado y conmovido!...
ISAB. Al darte el libro?
VIC. Si, señora: hablaba consigo mismo, diciendo en voz baja, y con los ojos llenos llenos de lágrimas. «Mi buen amigo!... Mi antiguo compañero!...»
ISAB. Luego hablaba de mi padre!
VIC. Tal creo.
ISAB. Se ocupará de mi padre este libro?
VIC. Lo sospecho, porque el general añadió: «Diga usted á la señorita Isabel que lea este libro atentamente, y que volveré esta noche.»
ISAB. Y dices que el general tenia los ojos llenos de lágrimas?
VIC. Sí!
ISAB. Lágrimas de alegria?...
VIC. No lo sé á punto fijo... Estos militares viejos hacen unos gestos tan raros, que no es fácil conocer si lloran ó rien.
ISAB. Pues lloraba de alegría; no lo dudes! Mi feliz estrella no consiente que reciba yo un pesar en este dia!... Ea, vé á terminar nuestros preparativos, en tanto que hojeo este libro. (*Vase Vicenta.*)

ESCENA II.

ISABEL.

(*Leyendo el título del libro.*) «Memorias históricas de la guerra de la Independencia.» Ah, sí! Me parece que he oido hablar de este libro en términos muy lisonjeros. (*Empieza á recorrer las páginas.*) Descripciones de batallas.... Consideraciones políticas... Biografías de los caudillos.... No encuentro... Ah, una hoja doblada!... El nombre de mi padre!... (*Despues de leer para sí un momento.*) Oh, entiendo!... Entiendo!... El homenage debido á sus gloriosas hazañas!... (*Lée.*) «Por todos »los ámbitos de Portugal ha resonado el nombre del heróico »defensor del castillo de Ponto...» Así es! (*Continúa.*) «To- »dos convienen en que no se hubiera rendido, si hubiese tenido »pólvora con que hacer volar la fortaleza...» Muy cierto!... Oh, padre mio! Moriste pobre y honrado! Qué mayor dicha? Vives en la memoria de nuestra pátria! Qué mayor gloria?... Veamos quién es el autor de este libro... No está su nombre en la portada... (*Vuelve una hoja.*) Aquí tampoco... Es anónimo!... Cuánto lo siento!

SANT. (*Dentro.*) Tengo que hablar con la señorita Isabel.

ISAB. Quién pregunta por mí?... No me dejarán leer con sosiego!

VIC. (*Dentro.*) No está en casa.

ESCENA III.

ISABEL.—DON SANTIAGO.—VICENTA *por el fondo.*

SANT. (*A Vicenta.*) Sí está, mírela usted!

VIC. (*A Isabel.*) No lo reciba usted, señorita. Es el loco de esta mañana!

SANT. Mas loca es usted, que no quiso aceptar mis coronas. Ahora écheles usted un galgo!

ISAB. Qué se le ofrece á usted, caballero? Pregunta usted por mi madre?

SANT. (*En tono afectuoso.*) No por cierto, señorita. Vengo á hablar con usted, nada mas que con usted. (*Vicenta se coloca entre ambos.*) Sin testigos, ni pantallas... (*Retira suavemente á Vicenta, pasando por delante de ella.*) Tranquilícese usted, buena mujer. La señorita no me mira con desconfianza.

ISAB. Retírate, Vicenta. (*Santiago indica por señas á Vicenta que se vaya. Esta se retira de mal talante, y al llegar á la puerta de la izquierda vuelve la cara. Santiago repite las señas, y dá algunos pasos hácia Vicenta, que se vá refunfuñando. Isabel pasa á la derecha.*)

ESCENA IV.

ISABEL.—SANTIAGO.

ISAB. Ya puede usted manifestarme el objeto de su visita.
SANT. (*Interrumpiéndola vivamente.*) Con que es cierto? Con que esta noche se verifica la presentacion? Al saberlo he tenido una alegria!... Pero como yo no podré asistir á la ceremonia, me he dicho: visitemos á la Isabelita por primera y última vez!... Y aqui estoy. Déme usted un apreton de manos!
ISAB. Caballero!
SANT. Qué diablos!... No niegue usted á un desgraciado una satisfaccion tan natural y sencilla.
ISAB. Pero quién es usted, caballero?... Cómo se llama usted?
SANT. Es verdad! No es fácil que usted me recuerde, porque no me ha visto nunca. Enrique tiene la culpa de que no nos conozcamos! Dice que el aliento de un diablo como yo, empañaría la frente pura de un ángel como usted.
ISAB. Enrique?...
SANT. Pero se equivoca. Yo creo que el ángel hubiera seducido al diablo!
ISAB. Pero Enrique?... ¡Ah! Es usted?..
SANT. Justamente! Soy el segundon de casa grande, el caballero sin caballo, el señor sin señoría, y por añadidura soy un calavera, un pillastre; en una palabra, Santiago de Urrea, servidor de usted.
ISAB. Cuánto me alegro de conocerle!... Ah, me apresuro á dar á usted un millon de gracias!
SANT. Por qué?
ISAB. Por todo lo que ha dicho en mi favor á la madre de Enrique!... Por haber despreciado la oferta que hizo á usted su tio don Agustin de Silva!
SANT. La de pagar mis deudas?... No lo crea usted. Mi tio no tiene pelo de tonto, y cuando se ofreció á pagar mis deudas, lo hizo porque estaba seguro de que yo no aceptaria sus condiciones.
ISAB. Negará usted tambien el afecto que me profesa?
SANT. Eso no! Confieso que la quiero á usted muchísimo... Cuando mi primo Enrique me lée las cartas de usted, lloro... á lágrima viva!... Y siento un placer!... porque digo para mi sayo: no seré tan malo como dice por ahí la gente, toda vez que me hace llorar esta angelical criatura!
ISAB. (*Dándole la mano.*) Ah, Santiago!...
SANT. (*Estrechándosela.*) No le dije á usted que nos habiamos de dar un apreton de manos? Ea, hablemos del objeto de mi visita... porque esta es probablemente la primera y la última que hago á usted, Isabelita.
ISAB. Se vá usted de Lisboa?
SANT. Mañana me embarco.

ISAB. Será muy largo el viaje?
SANT. Voy á Ultramar.
ISAB. Dios mio!
SANT. Sí, señora... Al otro mundo!
ISAB. Y por qué se ha de ir usted al otro mundo?
SANT. Porque este me aburre, hija mia. Qué tiene que hacer aquí un hombre? Ah, si hubiera yo nacido años atrás!... Con solo haber nacido hace cuatro mil años... En la época de los famosos bandidos mitológicos... Hércules, Teseo... Qué vida aquella! Andar todo el dia envuelto en una piel de leon, matando gigantes, mónstruos, hidras... Oh, una hidra! Quién podria decirme donde encontraría yo una hidra?
ISAB. (*Sonriéndose.*) Nunca las he visto! Lo que sí puedo decir á usted es el verdadero motivo de su viaje. Señor don Santiago de Urrea, cuánto perdió usted anoche en el juego?
SANT. Me pilló! (*Sacando una bolsa vacía.*) Responda esta por mí.
ISAB. Con que está usted arruinado?
SANT. Por completo..
ISAB. (*Con sencillez.*) Y qué le importa á usted?
SANT. Pues no me ha de importar?
ISAB. Nada! Si usted es pobre, nosotros somos ricos, y...
SANT. (*Mirándola con gozo y ternura.*) Qué buen corazon!... Vale mas oro que pesa!.. (*Variando de tono.*) Lo agradezco, Isabelita, pero no puedo admitir dádivas de nadie. Respecto á las deudas, pase: eso no deshonra sino á los tios que no las pagan. Pero vivir de limosna don Santiago de Urrea!... Jamás!
ISAB. Qué disparate! No haría usted lo mismo por nosotros?
SANT. Por usted daria yo alma y vida!
ISAB. Acepte usted, ó no creo en su amistad. Enrique me llamaba con frecuencia su ángel bueno. Quiero serlo de usted tambien!.. Yo me he visto pobre, y sé lo que valen el método y la economia... Nómbreme usted su administradora, y al cabo de algunos años será usted rico y feliz.
SANT. Cuánta bondad!.. Pero no, no: ya es tarde para eso.
ISAB. Vaya, primo; considere usted que en ello me hará un favor muy grande; porque hoy ha estado la felicidad en mi casa, y para conservarla necesito merecerla por medio de una buena accion. Sobre usted recaerá mi buena accion!
SANT. Sirena!... (*Pasa á la derecha.*) Eh, déjeme usted en paz! Habráse visto?... (*Pausa*) Hablemos formalmente, Isabel: solo una consideracion podria determinarme á permanecer en Lisboa.
ISAB. Cuál?
SANT. Esta: puedo prestar á usted algun servicio de importancia? No tengo ni cinco reis, mas soy dueño de mi vida... Cierto que no vale gran cosa... pero así y todo, la quiere usted?
ISAB. La vida?
SANT. Sí, señora!... Desea usted por interés, por gusto ó por capricho que busque á un hombre, sea quien fuere, salga con él al campo, y nos rompamos la crisma?

ISAB. (*En tono de reprension.*) Señor de Urrea!

SANT. No le acomoda á usted el trato? Pues punto redondo. Y supuesto que no sirvo para nada, me marcho tranquilo y contento... No, lo que es contento!.. En fin... abur!

ISAB. Qué despedida! Parece que se vá usted para siempre!

SANT. Todo pudiera ser!... Vale tan poco la vida para el que, como yo, ha desperdiciado locamente sus mejores años!.. Para el que, como yo, no ha conocido en su mocedad madre, ni hermana...

ISAB. Yo lo seré!...

SANT. Ya es tarde!... Ah, si hubiera yo encontrado una criatura como usted, habria sido capaz de... (*Riéndose.*) Já! já!.. A qué pensar en eso? Adios: si no nos volvemos á ver, algunas veces con Enrique haga usted conversacion del pobre Santiago... Adios, Isabelita! (*Vase precipitadamente por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

ISABEL.

El cielo le inspire un buen pensamiento!.. Sus palabras me han causado una profunda tristeza... Me parece que la desgracia de este pobre mozo ha de ser precursora de otras mayores... Bah! Qué estoy diciendo?.. Qué puedo yo temer? (*Se sienta á la izquierda.*) No ha ido la marquesa á casa del tutor de Enrique? No le está hablando en favor mio? (*Toma el libro.*) Y este libro, que vá á despertar en todos los corazones el recuerdo del heroismo de mi padre, este libro no intercederá por mí con mas eficacia que nadie? Oh, ciertamente hay dias en que la Providencia nos trata como una madre cariñosa!.. Enviarme hoy, cuando mas lo necesito, este inesperado defensor, este amigo incógnito!..

ESCENA VI.

ISABEL.—LA MARQUESA, *por la puerta del fondo.*

ISAB. Ah, madre mia! No podia usted llegar mas á tiempo... Pero qué hay? Veo en su semblante una tristeza!..

MARQ. No sin motivo, Isabel!

ISAB. Pues qué tiene usted? Alguna noticia desagradable?..

MARQ. Mas que desagradable!.. dolorosa!

ISAB. Oh, qué bien ha hecho usted en venir! Yo la consolaré.

MARQ. No digas eso, hija mia... Si supieras el daño que me haces!..

ISAB. Nada; comuníqueme usted sus penas. Estoy segura de que antes de media hora la he de ver á usted tan alegre y risueña como yo. Vamos, hable usted!

MARQ. Vengo ahora mismo de cása dél tutor de Enrique.
ISAB. Sigue en sus trece, no es verdad? Ya le convenceremos!
MARQ. Estaba ya convencido!.. Acababa de otorgar su beneplácito, cuando un golpe imprevisto vino á echarlo todo por tierra.
ISAB. Y qué golpe ha sido ese?
MARQ. Uno, que nos arrebata toda esperanza, porque ha lastimado lo que mas aprecia mi familia... Un tiro asestado contra la honra de tu padre!
ISAB. Contra la honra de mi padre!
MARQ. Sí: ha empezado á circular por Lisboa una especie afrentosa para tu padre...
ISAB. Quiero saberla!
MARQ. Un temible acusador, un libro que ha recibido don Agustin de Silva en presencia mia, considera como criminal la accion mas gloriosa de tu padre, la defensa del castillo de Ponto!
ISAB. La defensa del castillo?.. Ah, respiro!
MARQ. Qué dices?
ISAB. Oh, si hay calumniadores que atacan la buena memoria de mi padre, tambien hay amigos que la defienden!.. Y no es su defensor un libelo oscuro y despreciado, sino un libro... (*Va á la mesita y lo coje.*) Un libro, al cual todo el mundo dará crédito, porque dice la verdad!
MARQ. Dame. (*Lo toma.*) Cielos!.. Cómo, es este?.. Desventurada, no lo has leido?..
ISAB. (*Volviendo á tomar el libro.*) Que no lo he leido?.. A ver: «Por todos los ámbitos de Portugal ha resonado el nombre....»
MARQ. Mas adelante.
ISAB. (*Leyendo.*) «Todos convienen en que no se hubiera rendido...»
MARQ. Mas abajo... Aquí, aquí!
ISAB. (*Leyendo.*) «Será cierto, como nosotros demostraremos casi evidentemente, que aquella celebrada defensa no fué sino una disimulada traicion?» Una traicion!
MARQ. Prosigue.
ISAB. (*Leyendo.*) «Será cierto que el general sitiador ofreció secretamente doscientos mil francos al coronel Aureiro, y que el «castillo se rindió cuarenta y ocho horas despues de haber «sido hecha esta proposicion al gefe de la fortaleza?» (*La Marquesa recoje el libro.*) Qué infamia!.. Oh, padre mio!.. Tu nombre pisoteado como el de un traidor!..
MARQ. Valor, hija mia!
ISAB. Valor!.. Pero no considera usted que millares de personas han leido ya ese horrible libelo?
MARQ. Isabel!
ISAB. Que es incalculable el número de las que todavia lo han de leer?
MARQ. Por Dios!
ISAB. Y mi pobre madre tan abatida y enferma!.. Oh; ese libro será un rayo para mi madre!... Dios mio, yo no puedo hacer nada en defensa del honor de mi padre... Nada absolutamente...

Ni siquiera decir á su calumniador: «has mentido!..» porque ignoro quién le ha calumniado... Dónde se oculta ese hombre?.. Quién es?.. Cómo hallarle?.. (*Dando un grito.*) Ah!

MARQ. Qué tienes?

ISAB. (*Con terror.*) Estamos perdidos!.. Lo adivino todo!.. Sé quién es.

MARQ. Quién?

ISAB. Sí, él es... El hombre mas temible de Lisboa!

MARQ. Pero quién?

ISAB. Villar!

MARQ. (*Aterrada.*) Villar!.. Fué Pedro Villar enemigo de tu padre?

ISAB. Mi padre descubrió su villana condicion, y le arrojó del puesto que ocupaba.

MARQ. Y este libro es su venganza!.. Conozco bien á Villar!

ISAB. Le conoce usted!

MARQ. Desde hace muchos años: no habia sido aun funcionario público. Pero extraño que un hombre tan audaz se haya valido del anónimo.

ISAB. Lo ha hecho asi para herirnos con mas seguridad!.. Para no verse obligado á retractarse!.. Ah; todo lo comprendo!.. Estamos perdidos!.. (*Cae sentada en una silla á la izquierda del espectador.*)

MARQ. Serénate, hija mia!.. No hay que perder la razon en estos críticos momentos. Reflexionemos un poco: Villar cita las palabras textuales del general enemigo, copiando en una nota la carta, que este dirigió á tu padre, ofreciéndole una suma de dinero. Tienen algun valor esas pruebas?

ISAB. Ninguno!.. Todo es falso!.. (*Levántase.*) Pero, no... Aguarde usted... Yo hago memoria... Sí! Una proposicion de esa especie debió ser hecha á mi padre, toda vez que mi padre respondió...

MARQ. Por escrito!

ISAB. Sí, señora; respondió por escrito lo siguiente: «Quien pretende comprar á un hombre honrado, es un miserable capaz de venderse.»

MARQ. Soberbio!.. Tienes esa carta?...

ISAB. No... pero sé donde se halla!

MARQ. Dónde?

ISAB. En el archivo del Ministerio de la Guerra.

MARQ. En el archivo?

ISAB. Sí, sí... Ya lo recuerdo todo!.. Mi padre me refirió esa historia... Allí está su carta con la del general enemigo. Juntas las depositó allí mi padre, sin duda por inspiracion divina!

MARQ. Nos hemos salvado!.. Ven á mis brazos, hija de mi alma!.. La publicacion de esa honrosa negativa confundirá á Villar, enalteciendo la memoria de tu padre. Ven, ven, corramos! (*Ve á Enrique.*) Mi hijo!.. (*Aparte á Isabel.*) Ni una palabra!..

ISAB. Entiendo.

ESCENA VII.

*Dichos.—*ENRIQUE, *que entra por la puerta del fondo.*

ENR. (*Dando un paso atrás.*) (Mi madre aquí!... Sabrán algo?)
ISAB. (*Con fingida alegria.*) Cómo tan pronto, querido Enrique?... Tu visita es casual?
ENR. (*Sonriéndose.*) Casual?... Ingrata!... Llamas casualidad á mi amor? (*Se acerca á Isabel.*) Pero qué tienes?... Estás pálida!
ISAB. Yo!...
ENR. (*Mirando á la marquesa, que no ha podido disimular un movimiento de sobresalto.*) Y usted tambien, madre mia!
MARQ. Yo!...
ENR. (*A su madre.*) Me parece que ha llorado usted.
MARQ. Llorar?...
ENR. (*Mirando á Isabel.*) Sí: las dos.
ISAB. Claro está! Hemos llorado... de alegría!
ENR. Yá!... (*Pausa.*) Perdona mi curiosidad: qué libro es ese?
ISAB. (*Haciendo un movimiento de asombro.*) Este libro...
ENR. Isabel... lo sabes todo!
ISAB. Sí, pero no te alarmes! Esa calumnia vá á quedar destruida por un testigo irrecusable de la lealtad de mi padre.
ENR. Sí, ya sé... Las dos cartas, de que me has hablado algunas veces, depositadas por tu padre en el archivo del Ministerio.
ISAB. Sí.
ENR. Pues han desaparecido?
MARQ. } Gran Dios!
ISAB. }
ENR. Así que mi tio don Agustin de Silva me enseñó ese libelo, fuíme volando al archivo... Las cartas habian sido sustraidas!
ISAB. Por quién?
ENR. Por Villar.
MARQ. Quién te lo ha dicho?
ENR. Nadie... Pero estoy seguro de ello! Villar preparó su venganza al perder su destino de archivero. Y qué venganza!... Publicar una oferta que es una acusacion, suprimiendo la repulsa de tu padre, que es una justificacion completa! Oh; no nos hagamos ilusiones! Nuestra situacion es horrible! Porque al cabo, la carta del sitiador del castillo es auténtica? Sí! Compromete á tu padre? Sí! Podemos destruir su efecto? No!... A no ser por medio de la contestacion, que tiene Villar en su poder.
MARQ. Pero... y nuestras protestas? Y nuestra indignacion?
ENR. Nuestra indignacion no es una prueba: nuestras protestas darán mayor importancia al libelo. Villar redoblará sus ataques. (*Saca un periódico.*) Sin ir mas lejos, aquí tienen ustedes un diario, que repite hoy esa abominable calumnia.
MARQ. Tan pronto!

ENR. Dando á Villar un solemne mentís, lograremos parar el primer golpe; pero, como carecemos de pruebas, al poco tiempo empezarán á dudar los escépticos, al cabo de algunos dias dirá la gente por lo bajo: «cuando el rio suena...» y dentro de tres meses tendrá la mentira toda la autoridad de cosa juzgada.

ISAB. Y la verdad?... Y la verdad?

ENR. Nuestra sociedad se contenta con la verosimilitud.

MARQ. Y las personas honradas?

ENR. Las personas honradas son tímidas y hablan en voz baja... Los calumniadores son audaces y gritan sin cesar! (*Vá á su izquierda y se apoya en la repisa de la chimenea.*)

MARQ. Esto es espantoso.... Un desalmado ha de poder turbar nuestra felicidad, encerrarnos en un círculo de hierro, condenarnos á la desesperacion, y nosotros no hemos de hallar un medio de defensa?

ENR. (*Volviendo.*) Hay uno, madre mia... Nada mas que uno!

ISAB. Cuál?

MARQ. Ah, tiemblo!...

ENR. Isabel, respóndeme: si tu padre viviera, qué haría?

ISAB. (*Con acento de ira.*) Qué haría mi padre?

MARQ. (*Yendo á taparle la boca.*) No contestes!

ENR. (*Deteniendo el brazo de su madre.*) Ya ha contestado!

MARQ. Hijo mio, por piedad!

ENR. Ya he dicho á usted que no hay otro arbitrio.

MARQ. } Un duelo!
ISAB. }

ENR. Solo la fuerza puede arrancar á Villar la confesion de sus iniquidades.

ISAB. Vas á tirar de la espada por causa mia?

ENR. (*Estrechándole las manos.*) Por quién he de hacerlo, si no lo hago por tí?

MARQ. Ay, desventurado, tú no conoces á ese hombre!... Pelea á golpe seguro!... Ya tiene dos muertes sobre su conciencia!

ISAB. Dos muertes!... Enrique, Enrique, en nombre del cielo!...

ENR. No lograreis intimidarme. Ya es necesario que un hombre de corazon castigue á esos calumniadores de oficio!... Sí, es indispensable hacer un ejemplar!

ESCENA VIII.

Dichos.—VICENTA *por la puerta del fondo.*

VIC. Señorita, don Pedro Villar desea saber si puede ya tomar posesion de estas habitaciones.

ISAB. (*Aterrada.*) Villar!

ENR. (*Lanzándose á la puerta.*) El cielo me lo envia!

MARQ. Detente!

ISAB. Enrique, por piedad!...

ENR. No, yo no puedo tolerar que se ultraje impunemente la memoria de tu padre!

ISAB. Un favor te pido, Enrique!

ENR. Cuál!

ISAB. Concédeme nada mas que media hora para arrancarle á ese hombre su secreto, é inducirle á que se retracte. Olvidas que el libro es anónimo, y que si se obstina Villar en negar que es suyo, serán inútiles nuestros esfuerzos?

ENR. Y qué vas á decirle?

ISAB. No lo sé... Mi amor filial me inspirará! Vete, Enrique mio: te lo pido por Dios.

ENR. No!

ISAB. (*A la marquesa.*) Aléjele usted de aquí!

MARQ. Ven, hijo mio! Te prometo que si la inspiracion de Isabel y otro recurso, que yo he de tentar, no dan fruto, confiaremos á tu espada nuestra defensa.

ENR. No!...

ISAB. Media hora, Enrique!... No te pido mas que media hora!

ENR. Me resigno... Pero ni un minuto mas!

ISAB. Bien, bien... Retírense ustedes! Por aquí... Aguárdame en la habitacion de mi madre. (*Enrique, empujado por Isabel y arrastrado por la marquesa, se dirige hácia la izquierda. Vánse por la puerta de este lado madre é hijo.*)

ESCENA IX.

ISABEL.—VICENTA.

VIC. Digo á ese caballero que puede pasar?

ISAB. (*Muy agitada.*) Todavia no. (*Baja al proscenio.*) Qué le diré? Cómo le haré confesar?... Dios mio, ved que soy una pobre criatura que no conoce el finjimiento, y mi enemigo es un hombre astuto y disimulado.!.. Ved, Señor, tambien que me propongo defender la honra de mi padre!... Tened piedad de mí! Dadme fuerzas para ahogar mis lágrimas y mi indignacion! Dadme ingénio para obligar á ese hombre inícuo á que se despoje de su máscara, reduciendo su ira á la impotencia cuando le haya arrancado la confesion de su crímen! (*A Vicenta.*) Que pase. (*Vase Vicenta.*) Ea, valor!

ESCENA X.

ISABEL.—VILLAR, *por la puerta del fondo.*

VILL. Señorita, perdone usted mi estremada exactitud: deseaba tener la honra de conocer á usted, y ofrecerle mis respetos.

ISAB. (*Temblorosa.*) Caballero... (No puedo dirigirle la palabra!)

VILL. Está usted indispuesta, señorita? Oh, si mi presencia es importuna!...

ISAB. (*Precipitadamente.*) No se vaya usted, caballero; no, no!... Mi dolencia no merece cuidado... (*Con amabilidad.*) Ya pasó. En todo caso yo me retiraría, porque usted está en su casa.

VILL. Favor de usted!... (Qué rostro tan bello!)

ISAB. (No sé por dónde empezar!)

VILL. Ahora bien: quiere usted convencerme de que estoy realmente en mi casa?

ISAB. Convencerle á usted?... De qué modo?

VILL (*Con una silla en la mano.*) Dispensándome la honra de tomar asiento, aunque no sea mas que por breves instantes.

ISAB. Gracias, caballero... (*Se sienta.*) (Qué suplicio!)

VILL. (*Yendo á tomar otra silla.*) (No he visto mujer mas bonita!) (*Se sienta.*) Aprecio el favor de usted; y me atrevo á preguntarle si á título de inquilino podré algunas veces visitarla con el objeto de ponerme á sus órdenes.

ISAB. (*Observándole.*) Yo me tendré por muy dichosa, recibiendo en mi casa al hombre de mas talento que hay en Lisboa.

VILL. (*Inclinándose con fatuidad.*) Señorita!...

ISAB. (Es vanidoso!)

VILL. (Me adula!... Querrá pedirme algun favor?) Conque tengo la honra de que usted me conozca?

ISAB. Quién no le conoce á usted, caballero?

VILL. Quisiera ser menos conocido, con tal de verme mas apreciado.

ISAB. Eso pasa á todos los hombres que tienen mucho...

VILL. Mérito, queria usted decir!

ISAB. Me referia á otra cualidad.

VILL. Ah!.. (Me he equivocado.)

ISAB. Enemigos tienen todos nuestros historiadores contemporáneos... Por ejemplo: don Sebastian de Castro...

VILL. Don Sebastian de Castro!.. Quite usted allá! Un nombre tan clasicote en una boca tan fresca y tan juvenil!

ISAB. En cambio pronuncio el nombre de usted con mucha mas frecuencia.

VILL. De veras?.. Oh, no hay cosa que halague tanto la vanidad de un autor, como verse elogiado por una mujer jóven, viva y hermosa.

ISAB. (*Jugueteando con el libro.*) Caballero!..

VILL. (*Reparando en el libro.*) Oh, veo que en efecto es usted aficionada á lecturas sérias! Ese libro...

ISAB. Este?

VILL. Se titula, si no me engaño: «Memorias históricas de la guerra de la Independencia.»

ISAB. Las ha leido usted?

VILL. Las he... hojeado. Qué le han parecido á usted?

ISAB. A mí!.. Habia yo de ponerme á juzgar en presencia de usted una obra tan importante!.. Qué opina usted de ella?

VILL. Diga usted primero su opinion: yo se lo ruego. Tengo algunos motivos para reservar la mia.
ISAB. Ah, no señor.
VILL. Se lo suplico á usted.
ISAB. Si usted se empeña...
VILL. Sí señora.
ISAB. En ese caso le confesaré que este libro me ha conmovido profundamente... Es decir: me ha encantado!
VILL. De veras?
ISAB. Usted dirá que tengo mal gusto...
VILL. (*Interrumpiéndola.*) No por cierto.... Al contrario!... Pero... bajo qué punto de vista le agrada á usted mas ese libro?
ISAB. Bajo todos aspectos. La delicadeza del estilo!... El interés de la narracion!... La sátira tan incisiva!... Por lo demás no hay de qué admirarse conociendo el autor.
VILL. Le conoce usted, señorita?
ISAB. Sí, señor, pero quisiera conocerle todavia mas.
VILL. (*Con satisfaccion.*) Bueno!... Con que sabrá usted su nombre?
ISAB. Ya lo creo!
VILL. Cosa mas singular!... Pensaba yo... habia oido decir que ese libro era anónimo.
ISAB. Muy cierto; pero no tiene el sello de su autor en cada página?
VILL. Y de quién es, señorita?
ISAB. De quién ha de ser, sino del mas célebre escritor de Portugal?... Del ilustre...
VILL. Del ilustre?...
ISAB. Sí, del famoso historiador don Sebastian de Castro.
VILL. (*Con enojo.*) De Castro? Se figura usted que Castro ha escrito esa obra?
ISAB. Sí señor: así me lo han asegurado. Y quién si no él sabe enlazar las relaciones trágicas con los episodios burlescos? Quién si no él?..
VILL. Cuidado, señorita... No aventure usted su juicio... porque yo tengo motivos para asegurar que esa historia no es de don Sebastian de Castro.
ISAB. (*Procurando conservar el tono ligero de la controversia.*) Pues yo seguiré creyendo que es suya, hasta que vea pruebas en contrario.
VILL. (*Sonriéndose.*) Con que si yo le doy á usted pruebas evidentes?....
ISAB. Usted mismo?... (*Conteniéndose.*) Vamos, caballero... Eso es imposible.
VILL. Y si le digo á usted el nombre del verdadero autor?
ISAB. El nombre?.. En ese caso... Pero no! Repito que es imposible. Pues qué, no están diciendo á voces este estilo, esta gracia, esta elocuencia?...
VILL. Por favor, señorita!... Mi modestia no puede soportar tantos elogios!...
ISAB. Su modestia?... Acaso el autor de este libro?...
VILL. Soy yo.

ISAB. (*Con esplosion de ira.*) Usted?... Ah, lo confiesa!... (*Levantándose.*) Pues bien, señor mio; supuesto que usted ha escrito este libro, sepa que yo me llamo Isabel de Aureiro.

VILL. (*Aturdido.*) Aureiro!...

ISAB. Esa palidez me revela que usted me ha comprendido.

VILL. (*Colérico.*) Me ha tendido usted un lazo!

ISAB. Le he arrancado á usted la máscara!

VILL. Niña, usted se arrepentirá de su atrevimiento; porque, al arrancarme la máscara, se le apareoe á usted el juez... El juez ofendido y vengador!

ISAB. No me asusta su presencia!... Caballero, sé que mi padre le causó á usted una herida mortal; sé que tiene usted fama de vengativo y cruel; sé que inspira usted miedo á los hombres mas animosos. Yo no le temo. Confio en usted, solo porque tiene facciones humanas; pues si deşoyese usted mi súplica, no seria un hombre, sino un mónstruo!

VILL. Y qué especie de súplica!... .

ISAB. Confiese usted que le han engañado, y ofrézcame retractarse.

VILL. Retractarme?... Señorita, yo no me retracto jamás! Cuando afirmo un hecho, es porque me consta su certeza.

ISAB. Pues el hecho es falso!

VILL. Tiene usted pruebas que lo contradigan?

ISAB. Las tiene usted para confirmarlo?

VILL. Las tengo.

ISAB. Donde están?

VILL. Señorita, por favor, no insista usted... Harto penoso es mi deber!..

ISAB. Llama usted deber al acto de infamar la memoria de un hombre honrado?

VILL. De un hombre honrado!.. Yo respeto y defiendo á todos los que son dignos de esa calificacion; pero los que la usurpan, los que se finjen héroes, siendo traidores...

ISAB. Señor de Villar!..

VILL. Perdone usted, señorita; pero usted me interroga, y debo contestarle. Sí, á esos los persigo, los azoto sin piedad! Cada cual tiene en el mundo su mision, y esta es la mia. Verdad que me llaman libelista... pero qué importa? Tengo un poder que vence y domina todos los obstáculos... Mi conciencia.

ISAB. La conciencia de usted?.. (*Dominándose.*) Pues bien, á su conciencia apelo, porque no pido una gracia, sino la confesion de la verdad, nada mas que de la verdad!.. Usted se ha constituido juez de mi padre... Quién le acusa? Hay pruebas escritas? Ensémeñelas usted. Hay testigos? Que comparezcan. Aduzcan ellos sus pruebas, y yo presentaré las mias, que no son palabras sin sentido, ni correspondencias mutiladas... No señor! Vendrán aqui centenares de testigos... Los veteranos que han peleado á las órdenes de mi padre, los gefes á quienes ha obedecido, los amigos que lloran todavia su muerte!.. Si es necesario vendrá tambien mi madre... Mi pobre madre!..

Ah, caballero, no puedo mas!.. Míreme usted á sus plantas! (*Se arrodilla.*)

VILL. Señorita!.. (*La levanta.*)

ISAB. Ya no le hablo ni de derecho, ni de justicia, no!.. Quiero deberlo todo á su bondad. Confieso que tuvo usted motivos de queja contra mi padre; mas por lograr una venganza estéril, no sacrificará usted la vida de tres personas, que no le han hecho mal alguno. No lo dude usted, caballero; este libro es una triple sentencia de muerte! Mi madre anciana y enferma será la primera víctima!.. Tres años hace que el marqués de Urrea y yo nos amamos... Si esta mancha no se borra, jamás se verificará nuestro enlace! Verdad, caballero, que usted no quiere hacer derramar tantas lágrimas? Oh, no aparte usted la vista!.. Atiéndame usted!..

VILL. Señorita, siento en el alma haber causado á usted un pesar tan grande; pero, ya lo he dicho: me consta la certeza de lo que he consignado en esas memorias; y en el cumplimiento de mis deberes... soy inflexible!

ISAB. (*Muy indignada.*) Villano... maldito seas!... Te atreves á llamar deberes á tus infamias! Te atreves á dar el nombre de mision á tu vil oficio! Malditos seais tú y todos los de tu ralea!.. Vuestro castigo no ha de consistir únicamente en el desprecio con que os miran los hombres honrados... Caerán tambien sobre vuestras cabezas la execracion y el anatema de todas las mujeres! Madres, hijas y esposas ultrajadas por vosotros en sus mas caras afecciones, os dicen hoy por mi boca: «Invasores del hogar doméstico... enemigos de la gloria pública y de la virtud privada... destructores de la paz y del honor de las familias... en nombre de las familias todas, malditos seais!...»

VILL. (*Con voz sorda.*) Vete de aquí... niña!.. Vete pronto!...

ISAB. Sí, te dejo á solas con tu conciencia, cuya voz te está anunciando que pronto hará el cielo contigo lo que yo hago con tu infame libelo! (*Rompe el libro en dos pedazos, y se los tira á Villar, el cual se dirige á ella con ademan amenazador.*)

VILL. Insensata!... (*Conteniéndose.*) Si no fuese una miserable mujer!

ESCENA XI.

Dichos.—ENRIQUE, *que ha salido algunos momentos antes, se acerca á Villar, y le agarra por un brazo.*

ENR. Figúrese usted, caballero, que he sido yo quien le ha tirado ese libro á la cara!

VILL. (*Con feroz alegria.*) Ah, qué placer! Un duelo!...

ENR. A muerte!
(*Isabel, que se habrá dirigido á la izquierda sin ver á Enrique, se vuelve al oir las palabras anteriores.*)
ISAB. (*Dando un grito de terror.*) Enrique!..
ENR. (*Cojiéndola de una mano y llevándosela por la puerta de la izquierda.*) Silencio! (*Al desaparecer de la escena, dirige una mirada amenazadora á Villar, el cual le contesta del mismo modo. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Es noche: luces en el velador y en la mesita.

ESCENA PRIMERA.

VILLAR, *sentado junto al velador.*

Cómo me late el corazon!... Todavia resuenan en mis oidos las palabras de aquella niña... A punto estuve de decirle: «Tome usted esta carta!...» (*Saca un papel del bolsillo.*) Y qué prueba esta carta?... La inocencia de su padre?... Qué sé yo!.. El que se propone ejecutar una traicion, lo primero que hace es escribir: «Jamás seré traidor!» Por otra parte, no fué enemigo mio el coronel Aureiro? No me quitó mi empleo, no procuró mi deshonra? (*Pausa.*) Cómo lloraba la infeliz!... Y luego al maldecirme, parecia dotada de un poder sobrenatural... Terrible cosa es verse de aquella manera execrado! (*Llevándose la mano al corazon.*) Si al menos tuviera aquí tranquilidad y ventura... Pero qué vida arrastro tan miserable! Cuando las personas, que me deben favores, me encuentran en público, antes de darme la mano miran á su alrededor avergonzadas. De noche sobre todo, cuando me retiro á casa, y enmedio de este silencio y de esta soledad se agolpan á mi memoria todos los desaires que he sufrido durante el dia... Oh, entonces se apodera de mi corazon un ódio febril; y en verdad que, si me vieran, me compadecerian mis mayores enemigos! (*Pausa.*) No podria yo renunciar á este género de vida? Pasan con rapidez los años... Qué vejez tan triste me espera! (*Pausa.*) A cada instante tropiezo con uno de esos escritores, hombres de bien á carta cabal, cuya pluma ha sido siempre generosa y digna. Al verlos se apodera de mi alma

un sentimiento de vergüenza y envidia. No hay quien deje de saludarles con respeto! La gente fija en ellos los ojos con simpática espresion!... Qué dicha, la de ser blanco de tales miradas!... Si yo pudiese algun dia... Y por qué no?... (*Se levanta.*) Yo tengo tanto talento como esos escritores... Quién puede impedir que una mañana publique yo en todos los periódicos la confesion de mis felonías, y pida perdon á Dios y á los hombres, inaugurando así mi vida nueva? Qué accion tan sublime! Qué efecto causaría en Lisboa!... (*Con desaliento.*) Sí, durante un dia!... Se hablaría del asunto en los teatros, en el casino... y á la mañana siguiente se dirian mis enemigos unos á otros: No sabe usted lo que pasa? Villar se ha vuelto imbécil!... (*Riéndose con amargura.*) El arrepentimiento de Villar!... Cosa mas divertida!... Con qué algazara todos los que me aborrecen y por temor me adulan, acometerian luego al tigre desdentado, dándole puntapiés como á un cobarde falderillo! Qué horror!... Al fuego el sayal de la penitencia! Tengo yo la culpa de que Dios ó el diablo me hayan condenado á ser un látigo? Ea, maldecidme todos!... Vuestras maldiciones atestiguan mi poder! Sí, á despecho de vuestros anatemas, lograré encumbrarme! Necesito un puesto oficial, y lo ocuparé!... Quiero mas: quiero verme atendido y considerado!... Quiero que los hombres mas ilustres de Portugal vengan aquí, á mi casa!... Y vendrán! (*Coge una pluma y la mira extasiado.*) Oh, pluma!... pluma!... Con el auxilio de este frágil instrumento adquiero riquezas, placeres y honores; impongo silencio á la trompeta de la fama, desgarro los corazones; triunfo hasta del desprecio público!... Oh, no reconocen límites mi orgullo y mi alegría!

ESCENA II.

VILLAR.—UN CRIADO.

VILL. Quién es? Quién me busca á estas horas?

CRIAD. Han traido estas cartas para Usía.

VILL. Dámelas. (*El criado se las entrega y vase en seguida. Villar se sienta y abre una de las cartas.*) Hola! Del general Pereira, compañero de glorias y fatigas del coronel Aureiro... Qué me querrá este buen señor? (*Lée para sí.*) Fanfarronadas!... Dice que me acusará ante el rey, si no me retracto. Ahí me las den todas! (*Tira la carta sobre la mesita y abre otro papel.*) Del comendador don Agustin de Silva, hermano de la marquesa de Urrea... (*Lée con la vista.*) Vaya, este se contenta con acudir á los tribunales, si no canto la palinodia! (*Deja la carta y toma otra.*) Y esta?... Ah, del marquesito de Urrea! La esperaba. (*Leyendo.*) «Caballero, al amanecer me presentaré en casa de usted con mis padrinos: aguárdeme usted con los suyos.» (*Pone la carta sobre la mesita y se levanta.*) Cor-

riente. Señor general, me rio de las chocheces de Vuecencia.. Señor comendador, me burlo de los tribunales de Usía... Señor marqués, acepto el desafío. Este es mi terreno! He sido insultado y tengo que lavar esta mancha con una estocada de mano maestra. (*Pausa.*) A fé mia que siento habérmelas con el marquesito! (*Pensativo.*) Mis antiguas relaciones con su familia... He visto nacer á ese niño... No quiero matarle! Nada, nada, voy á ser generoso! La herida no será mortal.

CRIAD. (*Presentándose en la puerta del fondo.*) Una señora desea hablar con Usía.

VILL. Ha dicho su nombre?

CRIAD. No señor.

VILL. (*Sobresaltado.*) Conoces tú á doña Isabel de Aureiro?

CRIAD. No es ella.

VILL. (*Tranquilo.*) Que pase. (*Vase el criado.*)

ESCENA III.

VILLAR.—LA MARQUESA (*por el fondo.*)

VILL. (*Sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.*) (¡La marquesa!..)

MARQ. Me conoce usted, caballero?

VILL. No tengo... la honra...

MARQ. Ah!... Con que no se acuerda usted de la marquesa de Urrea?

VILL. No hago memoria... Pero dígnese usted tomar asiento!

MARQ. (*Sentándose en la silla que le presenta Villar.*) Me maravilla que sea usted tan olvidadizo!.. Tendré que despertar sus recuerdos refiriéndole una historia.

VILL. (*Sentándose tambien.*) Oiré á usted con sumo gusto.

MARQ. Hace mas de veinte y cuatro años... La historia es breve, aunque la fecha es larga. Ejercía por ese tiempo las funciones de ayuda de cámara de mi marido un mozo muy despierto, muy astuto y audaz. Creo que se llamaba Pedro... Sí, ese era su nombre, Pedro. Vá usted recordando?

VILL. No señora.

MARQ. Prosigo: el marqués de Urrea fué nombrado embajador de Portugal en Inglaterra, y al despedirse del ministro recibió de manos de éste un pliego de instrucciones muy importantes y reservadas, como que se trataba nada menos que de una cuestion dinástica, y el gobierno queria resolverla en un sentido contrario á los intereses que patrocinaba la Rusia. Volvió el marqués á casa á las altas horas de la noche, llamó á su ayuda de cámara para que le desnudase, y metió el pliego en una cartera, que dejó sobre una mesita á la cabecera de su cama. A la mañana siguiente, cartera y pliego habian desaparecido: pocas horas mas tarde el embajador de Rusia destruía por completo todos los planes del gobierno portugués. Era pues, evidente que las instrucciones habian pasado de la alcoba de

mi marido á la embajada rusa. Recayeron las sospechas de tan infame accion sobre el ayuda de cámara; y practicadas con sigilo y perseverancia las averiguaciones oportunas, resultó probado que Pedro habia vendido el pliego al embajador de Rusia por no sé cuantos centenares de rublos. Recuerda usted ya?

VILL. Menos que antes, señora.

MARQ. Cosa mas singular!... Pues voy á concluir: ciego de ira el marqués, cogió por los cabellos á su traidor criado, le arrastró por el suelo, y le hubiera matado como á un perro, si el miserable no hubiese echado á correr, viniendo á refugiarse á la estancia donde estaba yo con mi hijo Enrique en los brazos. Todavía estoy viendo á aquel hombre!... (*Villar oculta el rostro avergonzado.*) Pálido como la muerte, salpicado el rostro de sangre, liado á mis piés y asido fuertemente á mis ropas, tartamudeaba estas palabras: Por la vida de ese niño!... Por la vida de ese niño!...

VILL. Basta, marquesa!...

MARQ. Llegó furioso mi marido, y cuando iba á descargar un golpe mortal sobre el infiel criado, mi hijo y yo salvamos á éste la vida, sirviéndole de escudo! Perdonado á ruegos mios, salió de casa, y al cabo de algunos años consiguió sin dificultad un empleo en el archivo del Ministerio de la Guerra, porque el marqués tuvo la generosidad de callar siempre el nombre del delincuente. Supongo que ya se acuerda usted de todo.

VILL. (*Con despecho.*) No señora!

MARQ. (*Levantándose.*) Esa obstinacion me obliga á decir lo siguiente: el hombre que ejecutó aquella infamia, Pedro Villar, eres tú.

VILL. (*De pié y con ira reconcentrada.*) Así, generosa marquesa, así!... Gócese usted en echarme en cara una accion, perdonada hace veinte y cuatro años!... Oh, válgale á usted la soledad que nos rodea; pero líbrela Dios de acusarme en público de un delito, del cual no existen pruebas!

MARQ. Pruebas?... Para qué las necesito?... Yo no dirijo mi voz á los tribunales, sino á tu conciencia! Oyeme: has resuelto matar en desafío á un hombre, cuya vida debe ser para tí sagrada... Pedro Villar, acuérdate de que ese hombre es mi hijo!

VILL. Está usted soñando, marquesa!.. Yo no tengo duelo pendiente con su hijo... Tranquilícese usted....

MARQ. Quieres engañarme!

VILL. Repito que...

MARQ. (*Dirigiendo á su alrededor una mirada escudriñadora, y apoderándose de la carta de Enrique, que encuentra abierta sobre el velador.*) Ah! y esta carta de Enrique?

VILL. (*Quitándole violentamente la carta.*) Traiga usted!...

MARQ. Me la arrebatas!... No necesito saber mas.

VILL. (*Con despecho.*) Ni yo quiero ocultar lo que el infierno se empeña en descubrir!... Sí, marquesa; su hijo de usted y yo tenemos concertado un duelo... Pongo á Dios por testigo de que no es mia la culpa! Yo marchaba por mi camino, y Enrique

me ha salido al paso... Me ha insultado, me ha escarnecido y á la vez me ha desafiado!... Qué habia yo de hacer?

MARQ. Rehusar el combate.

VILL. Ah, entiendo!... Usted viene, como doña Isabel de Aureiro, á pedirme que me retracte de la acusacion, que he fulminado contra un coronel traidor á su pátria!

MARQ. Te equivocas, Villar. Cierto es que me indigna verte profanar con mano cobarde las cenizas de un héroe, en cuya presencia temblabas!... Cierto es tambien que el dolor de doña Isabel me ha partido el alma!... Pero desde el momento en que peligra la existencia de mi hijo, todo lo demás me es indiferente! Calumnia á las personas honradas, huella los nombres ilustres, esparce la desolacion en el seno de las familias, haz todo el mal que quieras... pero respeta la vida de mi hijo!

VILL. Y piensa usted lograr por medio de esas injurias lo que no alcanzaría ni con súplicas humildes? Que respete la vida de su hijo!... De qué manera? Rehusando el desafío? Su hijo de usted me escupiria al rostro! Combatiendo sin defender mi vida? Su hijo de usted me la quitaria al primer golpe! En verdad, marquesa, que si usted me salvó la vida para disponer de ella á su antojo, mejor hubiera sido dejar que me matasen en la ocasion pasada.

MARQ. Sí, Villar; mejor hubiera sido! Por última vez: insistes en llevar á cabo ese desafío?

VILL. Es mi deber.

MARQ. No te dice tu conciencia que mientes?

VILL. No señora.

MARQ. Pues yo te anuncio que esa voz del alma, hoy ahogada en tu pecho, te aturdirá mañana, cuando tengas á mi hijo frente á frente! Allí estaré yo tambien, visible solo para tí! Mis ojos clavados en los tuyos te traerán á la memoria el momento en que me pedias por la vida de mi hijo el perdon de tu vida! Atormentado por este recuerdo, apartarás la vista, fijándola en tu adversario, cuyas facciones llenas de fuego te harán pensar en las de su padre. Sí, creerás que se levanta contra tí la airada sombra del viejo marqués de Urrea!... Sobrecogido de espanto no acertarás á defenderte; temblará en tu mano la espada, y la de mi hijo irá recta y firme á tu corazon!... Ya ves que la ventaja está de nuestra parte: tú fias en tu destreza, y nosotros en un poder mas fuerte... En el de Dios!

ESCENA IV.

Dichos.—UN CRIADO.

CRIAD. Señor, un caballero pregunta por Usía.

VILL. No puedo recibir á nadie!... Necesito quedarme solo!... Acompaña á esta señora hasta la puerta.

CRIAD. Dice ese caballero que Usia le recibirá en sabiendo su nombre.

VILL. Cómo se llama?
CRIAD. El señor de Urrea.
MARQ. (*Como herida de un rayo.*) Mi hijo!!... (*Acercándose á Villar y cogiéndole las manos.*) No le recibas... Por Dios te lo ruego!... Olvida mis locas amenazas!... Ten compasion de una pobre madre!
CRIAD. (*Señalando á don Santiago que se presenta en la puerta del fondo.*) Aquí está.
MARQ. (*Corriendo hácia el fondo.*) Enrique!...

ESCENA V.

Dichos.—SANTIAGO.

SANT. Soy yo, tia!
MARQ. Ah!... Santiago!
SANT. (*Aparte á la Marquesa.*) Nada tema usted.
MARQ. Y Enrique?
SANT. No se verificará su desafio.
MARQ. Me lo prometes?
SANT. Lo juro.
MARQ. En tí confio!
SANT. Aguárdeme usted en las habitaciones de doña Isabel. (*Conduce de la mano á la Marquesa, que se retira por la puerta de la izquierda. El criado vase por la del fondo.*)

ESCENA VI.

VILLAR.—SANTIAGO. (1)

SANT. Dispense usted, caballero. Tengo el honor de dirigirme al señor don Pedro Villar?
VILL. Servidor... Tome usted asiento.
SANT. (*Sentándose en la silla que le indica Villar.*) Mil gracias.
VILL. (*Tomando asiento tambien.*) Y qué se le ofrece á usted?
SANT. Poca cosa!... No vengo mas que á levantarle á usted la tapa de los sesos.
VILL. (*Retirando un poco su silla.*) Eh!...
SANT. Lo dicho.
VILL. (*Mirando fijamente á su interlocutor y soltando luego una carcajada.*) Já!... já!... De veras?... Já!... já!... já!... Chancero es usted como un demonio!... Me alegro á fé mia!... Tambien yo soy un poco burlon...
SANT. No hay burla que valga!... Ya se convencerá usted de ello, con solo prestarme cinco minutos de atencion.

(1) On ne saurait trop recommander aux artistes qui joueront le rôle de don Guillen («Santiago.») de jouer toute cette scene en comédie et non en drame. (NOTA DEL ORIGINAL FRANCES.)

VILL. Cinco minutos?... Y media hora tambien! Por la muestra se conoce el paño, y la que usted me ha dado es deliciosa... Con que vaya usted echando varas!... Precisamente estaba yo de mal humor, y necesitaba algun esparcimiento... Já! já!... Vaya un modo de empezar su arenga un hombre á quien no conozco, ni he visto en mi vida!

SANT. Tampoco yo le conocia á usted.

VILL. Tampoco? Soberbio! Prosiga usted, caballero.

SANT. Prosigo. Aquí donde usted me vé, he sido poseedor de cuarenta mil escudos, que me he comido en un santiamen.

VILL. Nos parecemos estraordinariamente... Yo he despabilado ya sesenta mil.

SANT. Pues señor, decia yo para mi sayo, cuando no me queden mas que cien escudos los emplearé en un billete de pasage, á bordo de un vapor, que me transporte á América, donde volveré á probar fortuna. Cuando yo tengo un propósito entre ceja y ceja, lo ejecuto sin remedio. No sé si he dicho á usted que desciendo de aragoneses... Téngalo usted por sabido. Para abreviar: ayer se tragó el juego mi última moneda, volví á casa, tomé los cien escudos que habia puesto aparte, hará cosa de un año, me fuí al puerto, y compré este billete, (*Enseña un papel.*) que me servirá hoy á las seis de la mañana, para lanzarme al Occéano, en un vaporcito que se llama ¡*El terror del universo*! Desde esa ventana podrá usted verlo, así que amanezca.

VILL. Bien; muy bien!... Pero fué mejor aquel exabrupto!...

SANT. Aguarde usted hasta el fin: seguro estoy de que le ha de parecer digno del principio. Esta noche he dado á mis amigos una cena de despedida, porque un calavera no ha de tomar las de Villadiego, como algun funcionario público, que anochece y no amanece... Pues, señor, la conversacion giraba sobre varios asuntos, y por último se habló de los calumniadores, de los infames libelistas... En una palabra: se habló de usted.

VILL. Esto marcha! Ya veo que la cena ha sido fuerte.

SANT. No ha sido floja, pero vamos al caso. En aquel momento entró en el comedor un primo mio, hombre de corazon como pocos, el marquesito de Urrea: nos refirió la última fechoría de usted, el insulto que á usted ha dirigido, y el contenido de la esquela, que acababa de enviarle.

VILL. Sí, aquí la tengo. (*Saca un papel de un bolsillo, y lo tira sobre el velador.*)

SANT. De improviso una idea iluminó como un relámpago mi mente. «Voto al chápiro, dije para mí, la ocasion es magnífica! Mi vida »no ha sido muy ejemplar, mi conciencia no está tranquila... »Antes de esponerme á los percances de la mar, me conviene »ejecutar una buena accion... Voy á matar á ese tunante!»

VILL. Bravo! ¡Sorprendente! Y cómo piensa usted realizar su proyecto?

SANT. Pchè!... de la manera mas natural y sencilla.

VILL. Permítame usted que le haga una pregunta. Está usted enamorado de la hija del coronel Aureiro?

SANT. Qué disparate! No, se lo juro á usted. Esto es puramente un caso de conciencia. He pensado que allá arriba me tomarán esta accion en descargo de mis culpas. Mire usted: para los asesinos, existe el verdugo; para los pueblos corrompidos, la esclavitud y las epidemias; para los criminales que están por cima de la ley, Dios inventa un castigo, un azote especial... Pues bien; yo soy el que á usted le ha tocado.

VILL. Me permitirá usted al menos que tome algunas disposiciones? (*Se vuelve hácia el velador.*)

SANT. (*Con urbanidad.*) Sí, señor: nada mas justo. (*Villar toca la campanilla.*) Qué hace usted?

VILL. Llamar á mis criados para que le planten á usted en la calle.

SANT. Ah, señor mio, eso es abusar de mi confianza! (*Se aproxima á Villar y le enseña el cañon de una pistola, que monta en el acto. Preséntase un criado en la puerta de la derecha.*) Mande usted á ese criado que se vaya, y prohíbale volver, ó le mato á usted como á un perro.

VILL. (*Asombrado.*) Eh!.. Será usted capaz?...

SANT. Si señor: de hacerlo como lo digo. Ya he dicho á usted que desciendo de aragoneses... Conque despida usted á ese hombre, ó si no...

VILL. (*Al criado con voz temerosa.*) Vete!...

SANT. Añada usted: y no vuelvas.

VILL (*Al criado.*) Y no vuelvas. (*Vase el criado.*) (Esto se pone malo.)

SANT. Perfectamente!... Ah, no hay que perder tiempo! Tiene usted, segun me dijo, que tomar algunas disposiciones? Aprisa! (*Saca el reló.*) Son las cinco y cuarto... A las cinco y veinte ha de quedar usted seco de un pistoletazo, y yo he de saltar por esa ventana, para llegar al vapor antes de las seis. Conque despáchese usted... (He dado con la hidra que buscaba!)

VILL. (*Con terror.*) Pero... vá usted á asesinarme?..

SANT. No señor!

VILL. (*Con alegría.*) Ah!

SANT. Aquí no se trata de un asesinato, sino de la ejecucion de un reo. (*Villar hace un movimiento de espanto.*) Hola!... Tienes miedo!...

VILL. Oigame usted: he estado en la guerra, he tenido veinte desafíos, y nunca he temblado... Pero morir así, sin defensa, como se degüella á un animal... Lo confieso: sí! me dá miedo!

SANT. Tanto mejor!

VILL. (*Suplicante.*) Un desafío!...

SANT. Un desafío?... Parece que les has cobrado aficion!... (*Mira el reló.*) Las cinco y veinte.

VILL. (*Con energía.*) Pues bien, sea! Máteme usted! Tire usted á un enemigo inerme! (Titubea!...) Asesine usted á un hombre como Villar, en vez de convertirle...

SANT. En qué diablos quieres que te convierta?

VILL. En alguna cosa grande y útil!
SANT. Tú?...
VILL. (*Tocándose á la frente*) Esto vale mucho!
SANT. (*Señalándole al pecho.*) Pero eso no vale nada!
VILL. Repito que mi poder es grande; y viviendo podría hacer en un año tanto bien, como mal he hecho en diez años; pero usted no quiere que yo viva... Máteme usted, máteme usted!
SANT. Eres hábil!... Pero á mí no me seduces con palabras huecas.
VILL. Nada de palabras, hechos!
SANT. Uno solo puede salvarte. (*Apuntándole con la pistola y señalándole la mesita de la derecha.*) Siéntate allí y escribe lo que yo te dicte: luego me darás el papel y yo te regalaré en cambio mi billete de pasagé para que en lugar mio te vayas á América, donde puedes dedicarte á calumniar á los cocodrilos y á difamar á las panteras. Manos á la obra! (*Dirige constantemente el arma contra Villar, el cual atraviesa el proscenio bajo la impresion del miedo, y se sienta en el lugar indicado.*) Escribe: «He calumniado al coronel Aureiro...»
VILL. Y esto ha de llevar mi firma?
SANT. Claro está!
VILL. (*Con rábia.*) No, jamás!... Prefiero morir cien veces!
SANT. (*Yendo á sacar la pistola, que ha guardado momentos antes en el bolsillo.*) La primera corre de mi cuenta.
VILL. (*Con terror.*) Un momento no mas!... Si hubiese otro medio de justificar al coronel...
SANT. Cuál?
VILL. (*Haciendo un esfuerzo.*) Si yo pudiera salvar su honra sin perderme...
SANT. Mejor seria que te perdieses al mismo tiempo... Pero en fin, qué medio es ese?
VILL. (*Siempre con dificultad.*) Cierto papel, una carta...
SANT. Una carta?... (Ya pareció aquello!)
VILL. La cual, si se publica, rehabilitará el buen nombre del coronel Aureiro...
SANT. Dónde está esa carta?
VILL. (*Haciendo el mayor esfuerzo, y llevándose la mano al bolsillo.*) Está aquí!...
ENR. (*Dentro.*) No, madre mia, ni un minuto mas!
SANT. Quién viene?
VILL. (Me he salvado!)

ESCENA VII.

Dichos.—ENRIQUE.—LA MARQUESA.—ISABEL.—*Los tres por la izquierda. Empieza á amanecer.*

ENR. (*Furioso.*) Pronto, Villar!... Abajo nos esperan.
ISAB. (*Cogiendo á su amante de un brazo.*) Enrique!
MARQ. Hijo mio!

VILL. (*Con aplomo á Isabel.*) Conténgale usted, señorita! De ello depende la honra del coronel Aureiro.
ENR. Te atreves á invocar?... Cobar...
VILL. Silencio!
SANT. (*Sujetando á Enrique.*) Déjale hablar!... (Qué farsa habrá improvisado?)
VILL. Aquí mismo, hace un instante, han pretendido arrancarme una firma, y para ello han empleado amenazas y violencias, que han sido inútiles, porque no hay poder humano que fuerce mi voluntad.
SANT. (Qué descaro!)
VILL. Existe sin embargo un documento, una prueba... que yo no poseia, señorita, cuando nos vimos.
SANT. (Mentira!)
VILL. (*Sacando una carta del bolsillo.*) Una prueba, que yo haría pedazos, si alguno de ustedes quisiera arrebatármela, porque ya he dicho que no cedo jamás á la fuerza!... (*Santiago se rie.*) Pero lo que no logran las amenazas de un hombre, lo consiguen las lágrimas de una mujer, y mas todavia las de una mujer tan bondadosa y tan bella como doña Isabel de Aureiro! (*Ofreciéndole el papel con galantería.*) Tome usted, señorita.
ISAB. (*Apoderándose de la carta.*) Ah, nos hemos salvado!... Esta es la contestacion de mi padre al general enemigo!
SANT. (*Aparte á Villar.*) Farsante!
VILL. (*Idem á Santiago.*) Calle usted, por Dios!
ISAB. Enrique!... Madre mia!... Nuestra felicidad es completa! Y la tuya tambien, Santiago; porque ya no partirás!...
ENR. Habias resuelto marcharte?
VILL. Sí, en el vapor que dentro de media hora, se dá á la mar con direccion á Rio Janeiro; pero ya no puedo irme, porque el señor Villar me ha suplicado que le ceda mi billete.
ISAB. De veras?
SANT. (*Aparte á Villar.*) Diga usted que sí. Este el precio de mi silencio.
VILL. Sí señores... Tengo en el Brasil una empresa...
SANT. Una colosal empresa... biográfica!
VILL. Justamente. Voy con permiso de ustedes á tomar mi equipage...
SANT. Vamos allá!
MARQ. Tú tambien?
SANT. Yo no me separo de este caballero hasta dejarle en el buque. Le he cobrado una aficion! Además me ha ofrecido espontáneamente escribir una carta, delarándose autor de las «Memorias históricas» y reconociendo la inocencia del coronel Aureiro.
ENR. Tanta generosidad!...
VILL. Tengo la obligacion de decir siempre la verdad.
SANT. (*A la Marquesa.*) Es un santo!
VILL. (*Haciendo una profunda reverencia.*) Señoras, beso á ustedes...

SANT. (*Colocándose delante de Villar, y poniéndole la pistola al pecho.*) Pronto, que es tarde! (*Villar hace un movimiento de despecho, y vase por la puerta de la derecha seguido de Santiago.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—ISABEL.—LA MARQUESA.—*Luego* SANTIAGO.

ENR. Cosa mas estraña!...
MARQ. Me parece haber adivinado...
ISAB. (*Interrumpiéndola.*) Madre mia, Enrique, silencio!
SANT. (*Por la puerta de la derecha.*) Isabelita?
ISAB. Ah, Santiago!... Todo lo he comprendido!
MARQ. Nuestra gratitud será eterna!
SANT. Basta, basta: no puedo detenerme ahora. Mi hidra está haciendo la maleta, y yo no he salido mas que para preguntar á ustedes si se dan por satisfechos con la deportacion de Villar.
ENR. Mayor castigo merecia!
SANT. Sí?... Pues todavía estamos á tiempo. Voy á expedirle otro pasaporte! (*Saca la pistola y se vuelve hácia el fondo.*)
ISAB. (*Cogiendo de un brazo á Santiago.*) Detente! Villar se retira á un pais remoto: las cenizas de mi padre quedan honradas: nosotros vamos á ser felices. Olvido y perdon!

FIN DE LA COMEDIA.

Los teatros de las provincias satisfarán los derechos de cada representacion de esta comedia, con arreglo á la siguiente tarifa:

TEATROS.	Rs vn.
1.ª clase.	120
2.ª idem.	80
3.ª idem.	60
4.ª idem.	50
5.ª idem.	40
6.ª idem.	30
7.ª y 8.ª idem.	20